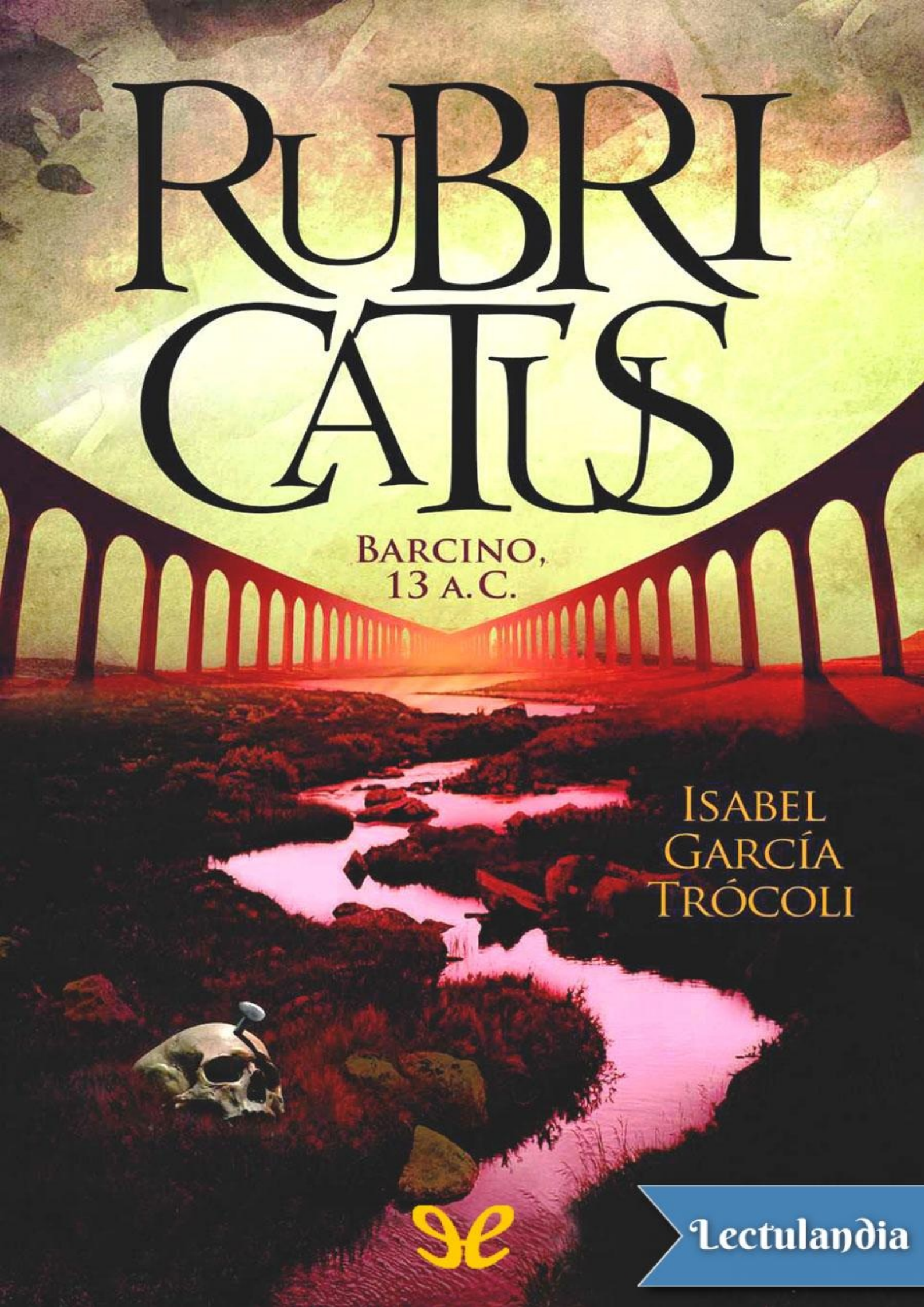
RUBRICATUS

BARCINO,
13 A.C.

ISABEL
GARCÍA
TRÓCOLI



Lectulandia

Año 13 a. C. Gayo Celio, veterano centurión de las guerras cántabras, y sus compañeros de la Cuarta Macedónica reciben a Octavio Augusto en el puerto de la ibérica Barkeno, allá donde el Rubricatus vierte sus enrojecidas aguas. El motivo: la fundación de la colonia Barcino. El viejo centurión, magistrado de la ciudad, ha contraído matrimonio en extrañas circunstancias con la hija de un poderoso patricio de Tarraco. Lucio Celio, su hijo, es su gran esperanza para obtener gloria y riquezas en Roma. En la colonia, Barkal, último noble layetano, es consciente de que su cultura está herida de muerte, y vive al estilo romano junto a su hija Garza, fruto de su relación con una misteriosa hechicera. Cuando las ambiciones familiares y políticas se desbordan, envidias y venganzas ahogan la amistad entre ambos pueblos. Lucio —Lug para los layetanos—, educado a caballo entre las dos culturas, que ha tenido una venturosa vida en las legiones acantonadas en Egipto y en Germania, vuelve a Barcino tras la muerte de su padre. Allí se reencontrará con Garza.

Pero nada le será fácil: la colonia se ha convertido en una pujante ciudad donde Roma impone su ley con mano de hierro a unos indígenas que se resisten a morir.

Lectulandia

Isabel García Trócoli

Rubricatus

Barcino 13 a. C.

ePub r1.0
Titivillus 02.04.2019

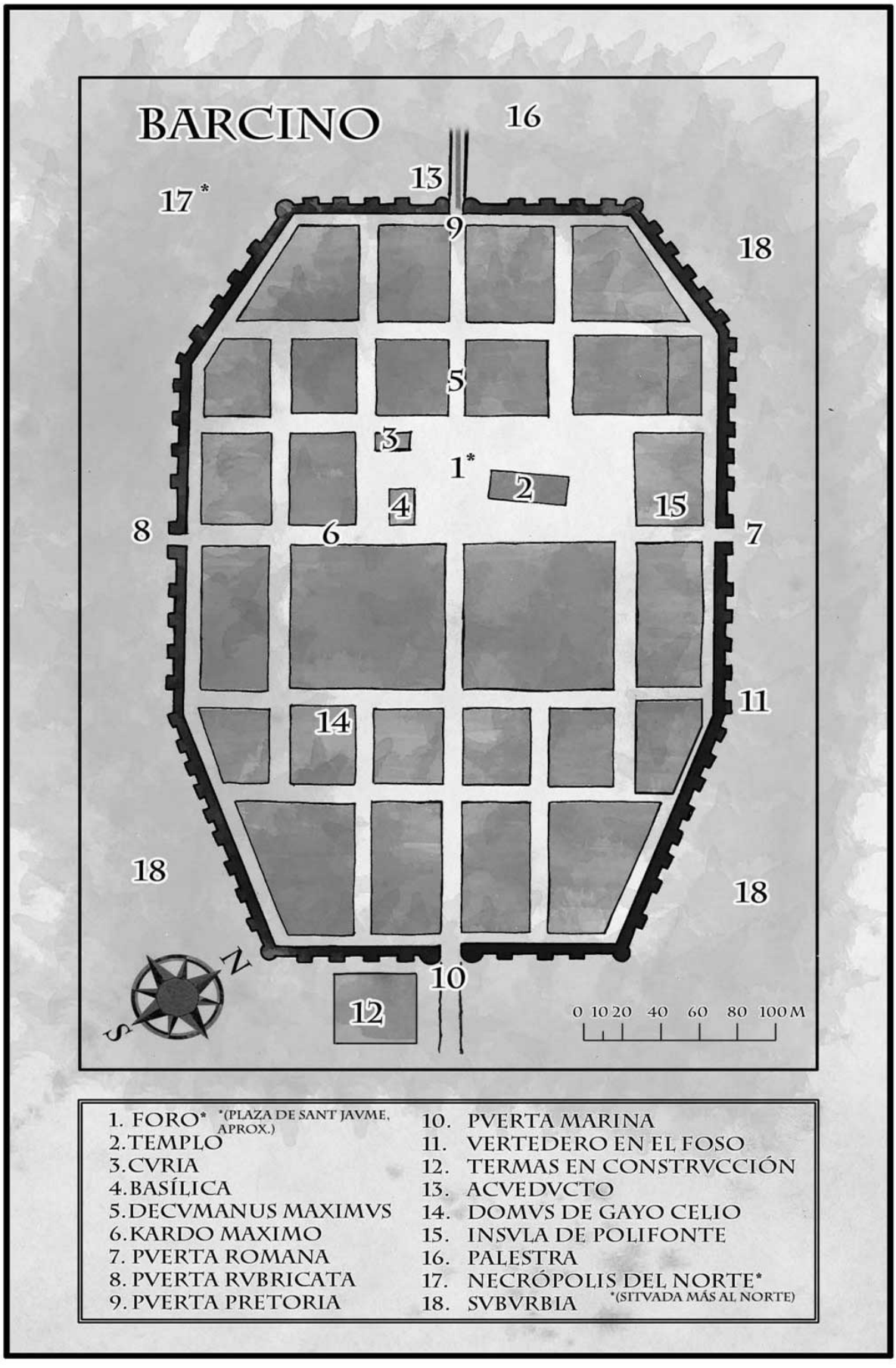
Título original: *Rubricatus*
Isabel García Trócoli, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

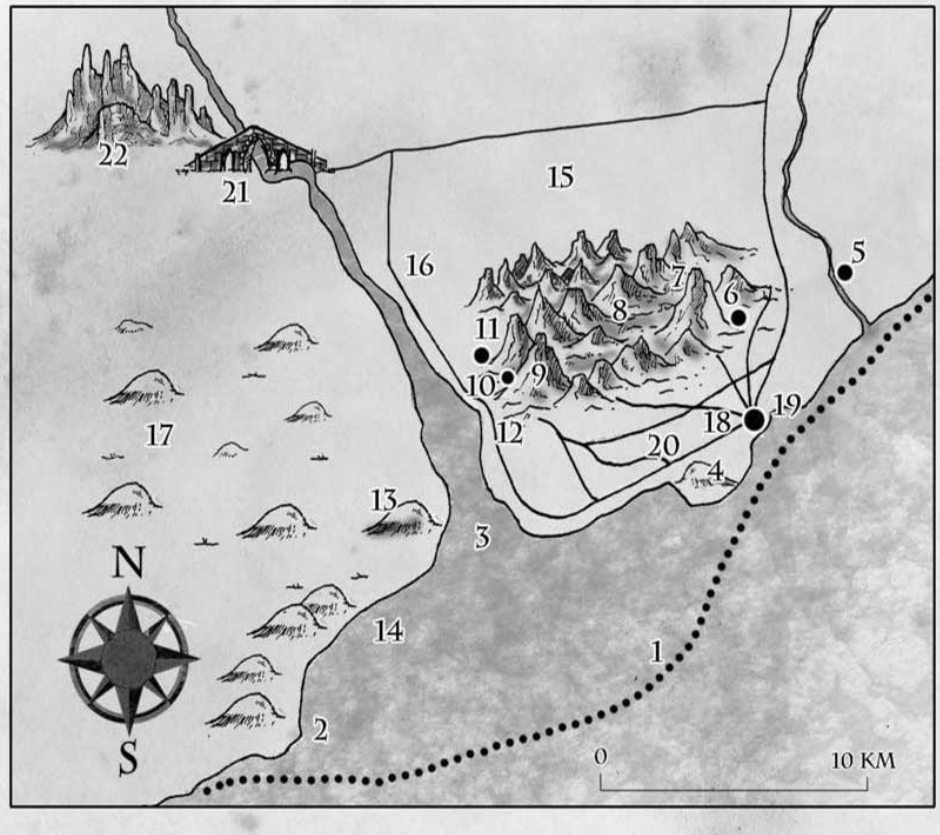
A la memoria de todos aquellos que han creado,
conservado y amado el espíritu de esta ciudad a
lo largo de los siglos.

Amor omnibus idem
[El amor es el mismo para todos]
Virgilio, *Geórgicas*, III, 244



1. FORO* *(PLAZA DE SANT JAVME, APROX.)
2. TEMPLO
3. CVRIA
4. BASÍLICA
5. DECVMANUS MAXIMVS
6. KARDO MAXIMO
7. PVERTA ROMANA
8. PVERTA RVBRICATA
9. PVERTA PRETORIA
10. PVERTA MARINA
11. VERTEDERO EN EL FOSO
12. TERMAS EN CONSTRVCCIÓN
13. ACVEDVCTO
14. DOMVS DE GAYO CELIO
15. INSVLA DE POLIFONTE
16. PALESTRA
17. NECRÓPOLIS DEL NORTE* *(SITVADA MÁS AL NORTE)
18. SVBVRBIA

DESEMBOCADVRA DEL RVBRICATVS



1. LÍNEA DE COSTA ACTVAL
2. LÍNEA DE COSTA EN ÉPOCA ROMANA
3. ESTVARIO DEL RVBRICATVS
4. PROMONTORIO DE IVPITER
5. RÍO Y MVNICIPIO DE BAETVLO
6. POBLADO DE LA ROBLEDA
7. PODIVM AQVILAE
8. SIERRA OSCVRA
9. MONTE VRSA
10. POBLADO VIEJO
11. POBLADO DE OLORDA
13. COLINA DE HÉRCVLES
14. FONDEADERO DE HÉRCVLES
15. VÍA AVGVSTA, RAMAL INTERIOR
16. ALFAR DE CELSO
17. TERRITORIO DE TARRACO
18. VÍA AVGVSTA, A SV SALIDA POR LA PVERTA RVBRICATA
19. PVERTO
20. CALVERO DE LA ENCRVCIJADA *(PLAZA ESPAÑA)
21. PVENTE DE AD FINES
22. MONTAÑA SAGRADA

LIBRO I

RUBRICATUS

1. UNA NIÑA DE PELO AZAFRÁN

Puerto de Barkeno
Nonas de agosto
3 d. C. (756 *ab urbe condita*)

El antiguo espigón asomaba indestructible entre la arena como la cabeza renegrida de un titán. Hipnotizado por el vaivén, Lucio contemplaba esa mole incrustada de lapas mientras la chalupa que lo había llevado hasta la nave anclada mar adentro ponía proa de vuelta a la playa. El enérgico vuelo de una gaviota condujo su mirada hasta un zigzagueo plateado en la superficie.

Un banco de sargos se internó en la marea lodosa que se aproximaba al casco del barco. Las tormentas del día anterior habían arrastrado al mar la arcilla de las riberas del Rubricatus. El río, tumultuoso, enrojecía el estuario con la violencia de un torrente. Se sobresaltó al oír una voz muy cerca de él.

—¿Habías visto alguna vez el panorama desde el mar? El promontorio de Júpiter parece aún más imponente —dijo un pasajero de voz gangosa.

Lucio tardó en responder. Por su mente cruzaban imágenes de su infancia, amaneceres de pesca a la sombra del promontorio contemplando, intimidado, aquella masa pétrea que se introducía en las aguas.

—De pequeño creía que la montaña era un gigante herido apoyado sobre sus manos —respondió, echando una ojeada a su interlocutor—. El río le lamía las heridas, pero él no dejaba de mirar al mar desafiando a Neptuno.

La brisa les llevaba los efluvios de la brea fresca, mezclada con el sudor de los marineros. Tras unos instantes, Lucio oyó que el desconocido respondía:

—Después, de mayor, te das cuenta de que nada tiene más sentido que lo aprendido en la infancia. Aunque no sea verdad.

«Ciertamente», pensó Lucio. De niño imaginaba las hileras de muchachos íberos subiendo a bordo de los buques griegos, cartagineses y romanos con destino a Sicilia, a Grecia, a Italia para luchar como mercenarios. Y ahora era él quien se iba.

Entonces rememoró las historias de Barkal sobre los íberos layetanos y sobre las riquezas que la gran Barkeno, que asomaba a la desembocadura desde las laderas del promontorio, atesoraba tras sus muros. Como antaño, las

barcazas cargadas con lingotes de hierro y de plomo, con la sal de la Montaña Blanca de Kardo, con la madera y los perniles de los ceretanos, y con el cereal de Ilerda y de la Sigarra, seguían descendiendo cada primavera y cada otoño río abajo, aprovechando el caudal del deshielo y de las lluvias.

Se dejó mecer por el balanceo, fijando los ojos en la costa. Los aguaceros habían despejado el ambiente caliginoso del verano. Su mirada vagó por el curso del río, tierra adentro, hasta que se perdió en la falda de la Montaña Sagrada.

—El gran río rojo… —dijo aquella voz, de una sonoridad nasal algo desagradable.

Lucio se volvió hacia el desconocido que en ese momento se amorraba a la bota de vino que llevaba en bandolera. Tras echar un largo trago, continuó hablando:

—El río ha sido la riqueza de Barkeno, pero también su fin, ahora que el puerto está casi cegado. ¿Gustas, joven?

Lucio negó con un gesto amable. Sentía el estómago revuelto.

—Dentro de pocos años ya no podrán atracar ni las naves más pequeñas. Pero ¡qué desconsiderado por mi parte! ¡No me he presentado! —Varias gotas de vino habían manchado su túnica y, cuando sonreía, un destello indicaba que tenía varios dientes de oro—. Soy Julio Aniceto, comerciante de vinos. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Soy Lucio… Lucio Celio, señor. Voy a Roma, a casa de mi tía Domicia, para incorporarme a las legiones.

Julio Aniceto se rascó la calva e inquirió:

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Lucio Celio, señor.

—¿No serás familiar del duunviro Gayo Celio, que tiene las tierras cerca de las Espeluncas? —Mientras hablaba intentaba acomodarse los escasos mechones para que le cubrieran la calva, pero el viento se los volvía a levantar.

—Sí, señor, soy hijo de Gayo Celio, veterano de las guerras cántabras.

—He hablado con tu padre en un par de ocasiones. —Hizo un mohín—. Prefiero el trato con su esclavo… ¿Cómo se llama? ¿Elbón? Tiene más don de gentes, sabe negociar. Sin embargo, tu padre… tiene mente de campesino. Con todo el respeto, claro. Todo lo contrario de tu madre, una patricia de pies a cabeza.

Sabía a lo que se refería el tal Aniceto, pero, aun así, le dolió el comentario. Habría preferido estar solo en aquellos momentos. Se retiró de él

unos pasos. En el puerto relumbraban las paredes enjalbegadas de la taberna de la Gorgona. Cuántas veces, tras una larga noche de pesca, Barkal, Garza y él se habían calentado los huesos ante el fuego con un vaso de vino caliente y miel. Hasta le pareció divisar a Clodio, el sirgador ciego, quien, como todas las mañanas, estaría sentado al sol en la puerta de la taberna, mascando con las encías desdentadas las tiras de pescado salado que constituían su desayuno. Imaginó a las mujeres de los pescadores jaleando a los borrachos adormilados sobre las redes y a Vico, el niño tullido de grandes ojos oscuros, suplicando a la pandilla de mocosos del puerto que lo dejaran jugar, a cambio de una nuez, o de un pajarillo muerto, o de una concha de extraños colores.

—Barcino es un buen lugar para el comercio —prosiguió el comerciante —, y pronto lo será aún más, sí, señor, por eso me estoy edificando una casa en la colina de Hércules. He llegado a un acuerdo con el jefe del poblado: él me proporciona tierras y yo doy trabajo a sus habitantes. Lo primero que he construido son las termas, donde tengo al capitoste y a su séquito bien contentos en remojo, día sí, día también. Todos quieren ser romanos, sí, señor.

Un movimiento en la cima llamó su atención. El fuego del faro se iba extinguiendo ante la progresiva victoria del día sobre las tinieblas nocturnas. A su lado se erguía un pequeño templo dedicado a Júpiter y, un poco más abajo, se divisaba la parte más alta de la muralla que había protegido Barkeno durante siglos.

Entre las tribus del interior, la ciudad había sido famosa por sus silos gigantescos, donde se guardaban toneladas de cereal, el excedente de muchos poblados. «Sin ese grano, los ejércitos de Escipión se habrían muerto de hambre», le había contado Barkal. En aquel momento se habían convertido en enormes escombreras en las que arrojar cadáveres incómodos. El mismo puerto pronto acabaría inutilizado por los limos, de manera que la actividad comercial se estaba trasladando al fondeadero ubicado en la otra punta de la bahía, y Barkeno ejercía de puerto de la colonia romana, construida en la planicie costera al otro lado del promontorio.

—Prefiero hacer negocios fuera de Roma, ¿sabes? Aquí nadie pregunta tu origen, porque todos son de otra parte. Y los layetanos son buenos trabajadores, aprenden rápido. No hay más que ver a Barkal, tu vecino. Siempre insiste en ser llamado por su nombre romano, Aulo. Ya te digo, todos quieren ser romanos, ¡por Mercurio que quieren serlo!

Lucio examinó con avidez los carruajes estacionados frente a la hilera de almacenes. La carreta de su padre ya no estaba, no habían esperado a que el

barco zarpase. Bajó la cabeza y cerró los ojos para recrearla. Melena al viento, perfil arrogante, ojos de gato. Y su mirada… Había reservado para el momento del adiós la más dura, aunque también la más altiva. Los labios de Lucio dibujaban un nombre: Garza.

Oyó la tosecilla nerviosa de Julio Aniceto. Allí seguía.

—Barkal murió hace poco más de un año —dijo Lucio, girando la cabeza para ocultar la humedad de sus ojos.

Recordó sus últimos días, la mente embotada por los sahumerios que le apaciguaban el dolor, el bravo guerrero layetano convertido en un ovillo de piel y huesos. «Lug, cuida de ella». La cargante voz del comerciante lo sobresaltó:

—¡Vaya! No sabía de su muerte, no trato con él desde hace tiempo. Me acuerdo bien de su mujer, cómo no, esa extraña cántabra que vive en una cueva. ¡Y la hija es una belleza! Garza, extraño nombre. Habrá heredado una fortuna, las tierras de ese hombre valen su peso en oro. Tienen la orientación perfecta, agua en abundancia, alfar propio para envasar el vino y lo mejor: los campesinos. Todos son familia, indígenas, emparentados con Barkal, trabajan la tierra como si fuera suya. Un latifundio de esclavos es menos productivo que esas tierras, ya lo creo. Pero qué te estoy diciendo, lo debes de saber muy bien.

—Mi padre siempre ha envidiado a Barkal por ello —acertó a decir Lucio mientras se llevaba la mano al cuello, del que pendía el colgante que le había regalado Garza. Había pertenecido a su madre: un círculo de piedra durísima y gris, reluciente como el metal. Lo había tenido guardado a buen recaudo, lejos de la mirada de su padre. No obstante, al prepararse para el largo viaje, había sentido el impulso de ponérselo.

Agarrado al estay y absorto en sus pensamientos, Lucio no se percató de que los marineros alzaban ya el ancla. Aniceto lo observaba con detenimiento: pelo castaño y, por su madre, ensortijado, tez clara y ojos azul oscuro. Sin duda, había heredado el agraciado aspecto de los Domicios, su aristocrática nariz griega y aquella gallardía de movimientos, pero matizado con los ásperos rasgos de los Celios: mentón partido, rostro anguloso y una expresión que podía pasar de la calidez al hielo en pocos segundos.

Barcino empezó a deslizarse por delante de sus ojos, como si fuera la tierra la que se moviera. Por la Puerta Marina entraban y salían regueros de personas como hormigas atareadas. La Sierra Oscura, así llamada por el color parduzco de las encinas, cerraba la llanura por el norte. Algún dios bueno se apiadó de él y envió a Julio Aniceto a departir con el capitán, de modo que

Lucio escapó hacia la proa. Respiró hondo sin conseguir sosegarse y buscó un rincón donde descansar.

La libertad. Debería sentirse estimulado, feliz. Pero no era así. Un nudo le oprimía la garganta, como si tuviera una soga al cuello. Metió la mano en el cubo de agua que un marinero acababa de subir por la borda y se refrescó la cara, mientras el barco se adentraba lentamente en aguas profundas y azules.

⁎ ⁎ ⁎

El sol caía inclemente sobre la colonia. Garza avanzaba exhausta por el *kardo maximo,* flanqueada de dos hombres. Se tapaban la nariz con pañuelos de lino, pues el hedor de las cloacas se mezclaba con el de los orines que, almacenados en grandes tinajas en la planta baja de algunas casas, eran recogidos por los tintoreros. El hombre que encabezaba el grupo les gritó mientras blandía una vara de vid:

—¡Decidle a vuestro amo que estas tareas se hacen por la noche! ¿Qué tiene en la cabeza ese viejo loco? Hablaré con el edil.

—Por la noche el amo está muy ocupado con su nueva esclava y no se acuerda de dar órdenes, ¡ja, ja, ja! —se burló uno de ellos.

—¡Dile que el duunviro Gayo Celio en persona le meterá su mugrienta cabeza en la cuba de los orines si no se atiene a la ley municipal!

Elbón, el esclavo personal de Gayo, había sido el primero en darse cuenta de que Garza estaba indispuesta, y por ello, a la vuelta del puerto, había acelerado el paso de la carreta, evitando en lo posible los baches. Ella no había dejado de palparse el abultado vientre en todo el camino, intentando disimular una mueca de dolor. Acababan de dejar las caballerías en los establos cercanos a la Puerta Rubricata para dirigirse a pie hasta la casa, una de las primeras *domus* construidas en la ciudad. Garza buscó apoyo en los brazos de Elbón y de su marido, Vibio Crispio.

Gayo Celio se giró y, con ademán impaciente, empezó a golpetear la vara contra la palma de la mano. Garza lo miró: mandíbula angulosa, pelo cano, piel colorada… Él y Elbón, amo y esclavo, parecían hermanos; claro que Gayo destacaba más debido al parche que tapaba su ojo izquierdo y a la túnica angusticlavia.

—Deberías haberte quedado en casa con Domitila, mujer. Mírate: casi no puedes caminar —dijo Gayo.

¿En casa? ¿Y perderse la despedida? De ningún modo. Ni siquiera la había detenido la humedad que al amanecer se escurría por sus piernas; la última imagen que se llevaría de ella no sería de debilidad e impotencia. Por

eso subió a la carreta con el vientre fajado y la cara bien alta. El embarazo la favorecía: nunca antes había tenido los labios más rojos ni las mejillas más sonrosadas, y hasta parecía que su pelo, lacio, siempre ingobernable, lucía ahora más dócil y ondulado. El viento marino le había soltado algunos mechones de la cabellera color miel, recogida con cintas amarillas, y su mirada de trigo verde centelleaba con el sol de aquellos sofocantes días de agosto, unos días que quedarían cincelados en su memoria como las letras sobre una lápida de mármol.

Cuando llegaron a casa, Garza quiso dedicar unos minutos a Domitila, que no había salido de su habitación en todo el día. Estaba atravesando uno de sus periodos de melancolía, durante los que se refugiaba en los recuerdos de una infancia feliz, en Roma y en Tarraco, junto a sus dos hermanas. La mayor, Domicia Calvina, seguía viviendo en la casa familiar, junto al Tíber, mientras que Domicia Cincinata vivía con su marido y su hijo Quinto en la dulce Tarraco.

—Todo ha ido bien, *domina* Tila, tu hijo Lucio navega ya hacia Roma y en unos días llegará a casa de tu hermana —dijo Garza con voz fatigada.

—Llevo semanas orando a Neptuno para que llegue sano y salvo, el mar es tan traicionero… No tienes buena cara, deberías haber evitado ese viaje, ¡hace tanto calor! Tendríamos que estar en la casa de las Espeluncas, es más fresca. En la casa de tu difunto padre, me refiero, ahora eres de la familia y por tanto también es nuestra. —Garza la miró con una mezcla de fastidio y rabia—. ¡Oh, querida! ¿Te encuentras mal? Seguro que has ido al puerto para que Lucio no notase tanto mi ausencia. Si te pasa algo me sentiré culpable. Aún te faltan muchos días para dar a luz, debes cuidarte.

—Si no necesitas nada, me voy. —Garza se puso en pie con dificultad y caminó hacia la puerta. Pero al llegar a ella se sintió desfallecer. Se apoyó en la pared y, lentamente, fue dejando resbalar las manos hasta quedar a gatas.

—*Domina* —dijo con inquietud—, no habrá que esperar más tiempo: ¡el niño está en camino!

—¡Por las diosas camenas! —Tila se puso en pie de un salto, para la sorpresa de Garza—. ¡Elbón! ¡Harmonía! ¡Enviad a por la partera! —gritó con una fuerza desconocida—. Y tú, Garza, levántate si puedes y cógete de mi brazo, vamos a tu habitación. No te preocupes, todo va a ir bien.

Elbón y Harmonía, su mujer, pusieron en marcha todo lo necesario. Ellos, que habían implorado descendencia a los dioses, se habían tenido que conformar con ver crecer a sus sobrinos de Castrum Bergium y a Lucio, a quien habían criado como a un hijo. Si por algo era envidiado Gayo Celio en

Barcino era por ellos, leales y discretos. Eran el alma de la casa, ni una sola queja salía de sus labios, aportaban el buen ánimo que faltaba en la familia desde la enfermedad de Tila. Todos se preguntaban por qué Gayo no les había otorgado ya la libertad, pues si alguien la merecía eran ellos.

Tila, con los ojos chispeantes, llevó al cuarto de Garza un cofrecito del cual extrajo, uno por uno, todos sus talismanes. Cada vez que tomaba uno entre sus manos, lo miraba, se lo llevaba al corazón y a los labios, y musitaba alguna oración. La parturienta, arrodillada sobre la cama y retorciendo las sábanas en cada contracción, recibía los masajes de Annia, su esclava personal, que miraba nerviosa a Tila. Esta, ajena a cualquier otra cosa, continuaba ocupada con su ritual.

Por fin llegaron Nasia Sabina, la partera, y Fabia Tertula, el ama de cría. La primera empezó a dar órdenes a todo aquel que se cruzaba con ella mientras un sirviente instalaba la silla de partos en la habitación de Garza.

—¡Harmonía! ¿Te has ocupado de deshacer todos los nudos? Toma, pon la estatuilla de las tres acuclilladas en la habitación de la parturienta. ¿Habéis colocado a Juno Lucina en el larario? Sí, ya veo. A ver, Fabia, ayuda tú también.

La partera entró en la estancia, casi en penumbra, y enseguida notó el aroma dulzón del espliego que ardía en un pebetero de cerámica con la efigie de Deméter. Al ver a Garza se echó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Por la madre Venus! ¿Y esas cintas en el pelo? ¡*Domina* Tila! Estás dormida, mujer, ¡desanúdalas! ¡Y las tuyas también! —En circunstancias normales, una patricia no habría tolerado aquel tono, pero Tila pareció no tenerlo en cuenta. La partera siguió dando órdenes—: ¡Os quiero ver a todas con el pelo suelto! ¡No quiero ni un solo nudo en toda la casa! ¿Ha roto aguas? —preguntó a Annia.

—No.

—¡Sí! Esta madrugada —dijo Garza con un hilo de voz.

—¿Esta madrugada? ¿Has perdido el juicio? Y te has ido tan tranquila al puerto… ¡Qué insensatez! Podrías haberte puesto de parto en la carreta —gritó Tila.

—Venga, menos hablar y más hacer. Échate en la cama y déjame palparte. A ver… ¡Ay, madre! Estás más dilatada de lo que creía, esto va a ir rápido. Claro, si llevas desde la madrugada… ¡Qué locura, muchacha! Te has arriesgado demasiado. Espera, creo que estoy tocando la cabecita. ¡Que venga el padre y traiga su cinturón! —pidió Nasia.

Pero Vibio Crispio no aparecía por ninguna parte, y tampoco Gayo Celio. Elbón y Herennio, el esclavo encargado de la puerta, salieron apresuradamente a buscarlos. Nasia Sabina se quejó:

—¿No está el padre? ¡Qué desbarajuste! Menos mal que el niño viene bien.

Llegó Harmonía resoplando con un cinturón de Vibio en la mano y se lo tendió a la partera para que lo abrochara alrededor del vientre de Garza. Nasia cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Colocó las manos a ambos lados de la barriga de la chica quien, concentrada en las sensaciones de su cuerpo, empezó a escuchar un leve canturreo, que fue ganando en intensidad. La mujerona estaba entonando un *carmen*, un cántico tan antiguo que ninguna de las allí reunidas pudo descifrar más que algunos nombres: *Antevorta, Cinxia, Dis Pater*… La salmodia subía y bajaba de tono, en medio de un silencio solo roto por los quejidos de Garza. Al final del canto todas entendieron: «que el mismo que te ciñó y te ató con el matrimonio se suelte ahora y permita salir al niño», susurraba la partera mientras desabrochaba el cinturón. Entonces se dirigió a Garza:

—¡A la silla de partos! Fabia, Harmonía, os colocaréis detrás. *Domina* Tila, tú a mi lado. Garza, si lo necesitas agárrate a nosotras. Y acuérdate: cuando yo te diga, aprietas fuerte.

Se oyeron pasos apresurados en el atrio. Vibio y Gayo habían llegado. Se acercaron a la habitación, sin entrar en ella. Dentro se podían oír los gemidos de Garza y las palabras de ánimo de las demás mujeres. Gayo paseaba meditabundo, y a veces hacía como que contaba con los dedos. Vibio, sin embargo, parecía más relajado: apoyado contra el muro, mordisqueaba un hueso de oliva mientras observaba todo lo que las mujeres habían preparado en el atrio: una cama para Juno Lucina, pues la diosa no abandonaría la casa en los siguientes días, y una mesa preparada para Hércules, su hijo, que mamaría la leche de su seno y crecería fuerte.

Pasó una hora. Elbón no soportó la espera y se fue a la cocina a desgranar guisantes. De repente, de entre las voces de las mujeres surgió un llanto potente y se oyó a Nasia Sabina gritar:

—¡Es una niña! Y tiene una preciosa mata de pelo… ¡rojo!

A Elbón se le derramaron los guisantes por el suelo. Gayo, con el semblante sombrío, ordenó a Vibio que lo acompañase al *tablinum*. Vibio escupió el hueso de aceituna y lo siguió.

Garza, hija de Barkal, había traído al mundo a una niña de pelo azafranado y piel traslúcida de tan blanca. El vivo retrato de su abuela

cántabra.

2. LA COLONIA BARCINO

Espeluncas
23 de febrero, *Terminalia*
13 a. C.

Todo estaba ya preparado: el pozo con las brasas humeantes, las ofrendas y el cordero, que pastaba cerca del altar de piedra donde reposaba la hoz sacrificial. Gayo Celio y Barkal habían elegido para la ocasión uno de los hitos de término entre las dos propiedades, en la zona más elevada. Desde allí, campos de vides recién podadas y otros en barbecho descendían suavemente hasta el río.

—¡Si en Cantabria hubiera sabido que tus tierras lindarían con las mías habría corrido a enrolarme de nuevo, grandísimo *fellator*! —exclamó Gayo, haciendo que Tila frunciera el ceño.

—Perdona los modales de mi marido, Aulo, cree vivir todavía en un campamento. —Tila dedicó la mejor de sus sonrisas a Barkal. Buscó con la mirada entre sus acompañantes, pero solo vio a varios mozos y a una niña de la edad de Lucio, de la mano de dos muchachas indígenas.

—No te preocupes, Gayo es un viejo conocido. Mi cohorte de auxiliares luchó codo con codo junto a sus hombres en muchas ocasiones. Su centuria siempre fue la más disciplinada cuando había que serlo… ¡Y también la más granuja cuando convenía! —Barkal saludó a Gayo estrechándole los brazos —. Es un buen día, el sol calienta y ya he visto las primeras golondrinas.

Se quedaron unos momentos mirando la desembocadura. A la izquierda, el promontorio de Júpiter se adentraba en el mar, formando una bahía cuyo otro extremo lo constituía la colina de Hércules. El Rubricatus marcaba el confín de la Layetania; del otro lado del río estaban las tierras de los cosetanos, bajo la jurisdicción de Tarraco. Era época de *mare clausum*, así que solo se veía alguna embarcación de cabotaje y barcas de pesca.

—Avisa a tus hombres, dentro de unos días empezarán las obras de la vía —informó Gayo—. Mercurio nos ha favorecido, la misma puerta de nuestra casa estará conectada en poco tiempo con la Vía Augusta.

—¿Qué más se puede pedir? —dijo Barkal mirando al cielo.

—Tú nada, has quedado bien provisto; en cambio yo… —Gayo no continuó. Golpeteó suavemente una cepa con su vara de vid. Las hormigas que subían por el tronco iniciaron una danza frenética.

—Lo comprendo. Como prefecto del campamento, la construcción de la ciudad debe de estar causándote muchos quebraderos de cabeza. No querría estar en tu lugar. —Barkal habló con su tono de voz característico, suave, casi aristocrático si no fuera porque un ligero acento íbero delataba su origen.

—¡Ja, ja! ¿Quebraderos de cabeza? Diversión, diría yo. Lo peor son esos funcionarios de Roma, con las narices metidas dentro de sus tablillas y sus rollos, asignando lotes de tierra y anotando el patrimonio de cada uno de los futuros ciudadanos. Casi todos somos veteranos de la Cuarta Macedónica, deberían saber que solo poseemos lo que Augusto nos ha dado. —Gayo respiró hondo y puso los brazos en jarras—. Y a ti te ha dado mucho.

—¿Dado? ¡Estas tierras son mías por derecho propio! Aquí nacieron y murieron mis antepasados. Ahora Roma las ha catastrado y me pide impuestos por ellas, ¿debo estar contento? Si deseo visitar las tumbas de mis ancestros o rezarle a la diosa del manantial he de atravesar tu propiedad. Cuando yo era niño, las tierras que conducían a las necrópolis eran sagradas, pertenecían a todos. —Había hablado con más pasión de lo que en él era habitual y se había dado cuenta. Se irguió sobre sí mismo, recuperando la compostura antes de continuar—. Roma me ha dado mucho, sí, aunque también es mucho lo que me ha arrebatado.

Lucio observaba la escena cogido de la mano de su madre. Barkal era tan alto como Gayo. Su cabello, ya canoso, no era demasiado abundante, al contrario que las pobladas cejas angulosas, como de ave nocturna. Hablaba con parsimonia, eligiendo las palabras, gesticulando con unas manos de dedos largos y delicados, impropias de un guerrero.

El cordero baló, distrayendo la atención del niño. ¡Dioses! ¿Qué clase de vellón era aquel? ¿Amarillo? No… ¡Era una niña! Se había abrazado a la bestia y la larga cabellera rubia cubría todo el lomo del animal. Lucio no le quitó el ojo de encima, pues era más o menos de su edad. Barkal prosiguió:

—Gayo Celio, te lo ruego: oficia tú la ceremonia, aún no estoy muy familiarizado con los rituales romanos. Por cierto, no me importa si entre nosotros me llamas Barkal, pero en público soy Aulo Asedilo Layetano. Tengo derecho a los *tria nomina*… Como ya sabes, soy ciudadano romano. —La voz de Barkal seguía sonando tranquila, sin rastro alguno de rencor.

—Serviste fielmente a Roma, tu ciudadanía es bien merecida. —Gayo miró a su alrededor y después a Barkal—. No puedo evitar preguntarte de

dónde has sacado ese nombre, «Aulo Asedilo». No es muy común.

—Yo he sido el último de una larga lista de familiares que han comandado tropas auxiliares layetanas. Uno de mis antepasados luchó contra los celtíberos a las órdenes de Aulo Terencio Varrón. Ese fue el primer nombre en latín que escuché en mi infancia, de labios de mi abuelo. En cuanto a Asedilo, así se llamaba el padre de mi madre.

—¡El genio de Roma es poderoso, amigo Barkal! —exclamó Gayo, colocando ambas manos encima del pecho en señal de orgullo—. Despierta en el corazón de los hombres el deseo de compartir su prestigio. ¡Empecemos! En primer lugar debemos cubrirnos la cabeza, como un sacerdote, pues el *paterfamilias* actúa como tal en los rituales privados.

Ambos se cubrieron con un pliegue de la toga. Barkal imitaba a Gayo en todo, en una ceremonia que debía ser realizada por ambos vecinos, pues solo así el dios Terminus protegería el límite de las dos propiedades. Lucio ayudó a su padre y Barkal instó a Garza a hacer lo mismo, aunque fue difícil separarla del cordero. Cada uno de ellos depositó una corona de flores, una guirnalda y un pastelillo de miel sobre el altar, situado al pie del mojón. Después, Gayo encendió fuego dentro de un recipiente de cerámica, al cual se arrojaron unos granos de espelta, varias gotas de leche y vino y un copo de lana del cordero. Tras una oración, que ambos pronunciaron con las manos extendidas, se partió por la mitad un panal de miel y se depositó junto a la piedra de término, cada uno de los trozos mirando hacia una propiedad.

Lucio, al ver cómo se derramaba la miel por la hierba, hizo ademán de ir a mojar el dedo, pero Tila lo agarró con fuerza por la espalda. «Si hubiera una pequeña desviación del ritual o una interrupción habría que empezar de nuevo», le había explicado su madre. Como no lo dejaban ni pestañear, dejó correr su imaginación. La miel se filtró a través de la tierra y goteó encima de la torta de trigo que se estaba comiendo Dis Pater en el Infierno.

Otra vez el balido del cordero. ¿Qué le estaban haciendo? Sin apenas tiempo de despertar de su ensimismamiento, el niño vio hacer a Gayo un rápido movimiento de izquierda a derecha mientras Barkal recogía en un cuenco la sangre que, a chorro, manaba del cuello del animal. Acto seguido, ambos padres rociaron el mojón con ella.

Los esclavos de Gayo extendieron una manta en el suelo para Tila. Elbón empezó a despiezar el cordero antes de untarlo de miel y romero y echarlo a las ascuas. Garza se acercó a Lucio y lo invitó a jugar con ella, pero acabaron por asomarse demasiado al pozo de las brasas y Tila los conminó a sentarse a su lado.

—Garza, ¡qué nombre más raro! —dijo Lucio—. Me suena a… ¡serpiente!

La niña se carcajeó, contagiando al chico. Entonces se encogió de hombros y mostró una sonrisa mellada.

—Mi madre eligió el nombre, es cántabro. Me gustan mucho las serpientes, pero las garzas son pájaros, les gusta picotear en las orillas de los ríos. Y como yo siempre estoy en el río… —Garza se limpió la nariz mocosa con la manga de la túnica.

—Y tu madre, ¿no va a venir? —preguntó Tila.

—No. Ella vive en la cueva del manantial. No habla latín. —Se abrazó las rodillas y colocó la barbilla encima—. Pero sí sabe hablar con los animales.

—En mi casa hay cucarachas —intervino Lucio—. A lo mejor tu madre les puede decir que se vayan. Me dan mucho miedo. Y asco.

—¡Seguro que esto no te da asco! —Harmonía se acercó con un cuenco de caldo caliente para cada uno.

Tras la sopa, llegó el turno del cordero. Garza se negó a comer, y Lucio quiso hacer lo mismo pero su padre lo obligó. El dios Terminus no aceptaría aquel desprecio. Gayo reprendió a Garza por no comer la carne del cordero sacrificial y la niña se enfurruñó. Después, cuando nadie los veía, los niños mojaron los dedos en la miel, mezclada con sangre, que chorreaba por la piedra sagrada.

La comida no se alargó demasiado, pues empezaba a hacer frío. Tras recoger los enseres, los adultos se despidieron y, cuando echaban a andar cada uno hacia su casa, Gayo Celio se volvió hacia Barkal y le dijo en voz bien alta:

—Puedes ir hasta la necrópolis y la cueva sagrada sin mi permiso, no quiero incomodar a los espíritus de tus padres. ¡Pero no le permitas a esa mujer que trajiste de Cantabria acercarse a mi casa ni merodear por mis tierras! ¿Ha quedado claro?

Barkal, muy serio, asintió con la cabeza antes de irse. Durante el camino de vuelta empezó a levantarse viento y aceleraron el paso. Lucio, de la mano de su padre, notó que se había puesto de mal humor.

—¿No has oído a ese cretino, Tila? En cuanto podía se ponía a hablar la jerga indígena para que no lo entendiéramos.

—¡Barkal es muy refinado y agradable para ser layetano! Además, solo hablaba íbero cuando daba órdenes a sus hombres, ¿es que no te has fijado?

—Ese engreído habla íbero cuando no quiere que nos enteremos de lo que dice. Seguro que se ha estado riendo de mí delante de mis narices.

En cuanto llegaron a los *horrea* de los cereales, Gayo recordó a Elbón los trabajos pendientes:

—Necesitamos más trípodes para las ánforas de la *cella olearia*. ¡Maldito Numio! ¡La *cella vinaria* ha de orientarse al norte! Cada vez que la veo me dan ganas de… ¿Y los sacos? ¿Están ya preparados?

—No tenemos gente suficiente para los telares… Dextro no da abasto en los corrales, además se ha estado ocupando de la poda y de construir la zahúrda.

Lucio se soltó de la mano de su padre y corrió para perseguir a las ocas.

—¿Cómo es posible? Barkal, sin un solo esclavo, produce más que nosotros —se extrañó Gayo.

—Sus familiares trabajan para él. Viven en la propiedad, antes habitaban en el poblado viejo y en Barkeno, y ahora Barkal los ha empleado. Ha contratado a Lucceyo Quilón, un capataz campano, y le está enseñando a cultivar a la manera itálica.

—Vaya, vaya, a la manera itálica, ¿eh? —Gayo se pasó la mano por la barbilla—. Me he criado en Italia, he trabajado la tierra desde que pude sostenerme en pie, a la edad de mi hijo ya ordeñaba cabras y pisaba uvas, y a los diez años esquilaba ovejas. Pero si tengo que estudiar los libros de Catón —¡que los dioses honren su memoria!— para demostrarle a ese palurdo cómo trabajamos los romanos, por el negro diente de las Grayas que lo haré.

* * *

Puerto de Barkeno
14 de junio
13 a. C.

El sol centelleaba sobre el mar. Gayo Celio esperaba de pie en la playa; el barco del emperador no podía tardar. Casi no había pegado ojo repasando los preparativos. Iba a encontrarse cara a cara con Octaviano, ¡por Marte Vengador! Eso superaba en mucho sus expectativas. Primo Domicio, su suegro, llegaría con la flota imperial y Servilio Pulcro, el magistrado enviado desde Roma para supervisar la fundación de la nueva colonia, esperaría en el foro la llegada de la comitiva.

No lo podía creer. Allí estaba, mirando ansioso hacia el otro extremo de la bahía, con su brillante cota de malla, luciendo sus condecoraciones en el pecho, las tres *phalerae* de bronce ganadas en Actium y la de plata, obtenida

por su valor en Asturia; el tahalí nuevo para la espada, con su empuñadura de madera de arce, ennegrecida de tanto uso; el casco de centurión con penacho de crin de caballo, teñida de rojo, y las grebas de bronce dorado.

La jornada iba a ser cálida. Mientras se ajustaba el parche, notó que el pañuelo del cuello empezaba a mojarse de sudor. Había estado soñando con una ocasión como esa toda la vida. Evitaba echar la vista atrás, a los años de juventud en Bononia, antes de alistarse en la Cuarta Macedónica huyendo de la miseria y el sufrimiento. Media vida en el ejército, cumpliendo órdenes. Media vida viendo y callando, trabajando del alba al crepúsculo, luchando por conservar la vida y por obtener su minúscula parcela de honor. Durante ese tiempo había intentado no pensar demasiado en nada que no fuera progresar. Solo guerrear, comer, marchar sin descanso, proteger al compañero y siempre obedecer, ciegamente, obedecer, al *optio*, al centurión, obedecer al tribuno, al legado, a Augusto. Obedecer y hacer obedecer, únicamente así se obtiene el triunfo y se engrandece la patria, con un ejército disciplinado, integrado por campesinos rudos, soldados de manos encallecidas.

Ante sus ojos, cientos de cerdos, ovejas y toros se habían desplomado, para la mayor honra de Roma, en *lustrationes* y sacrificios que alegraban a los dioses y propiciaban la victoria, mientras él, pasivo, paciente, sin pensar en nada, solo en sobrevivir, veía a los sacerdotes rebanar el cuello de las víctimas y elevar sus manos ensangrentadas al cielo. Imaginaba que entonces Júpiter los miraba directamente a los ojos y el alma del sacrificante se alimentaba de gloria.

Era una jornada luminosa de junio, el día después de los *idus*, y todas las miradas estaban puestas en él, Gayo Celio, hijo de Atisio, prefecto del campamento convertido en ciudad. Actuaría de sacerdote, oficiaría la *lustratio* para consagrar la colonia de veteranos. ¿Y después? Su mente voló hacia los años que aún estaban por venir y vio a sus nietos luciendo la toga patricia, como los Domicios. ¡Cómo se les iluminaría la cara cuando Lucio les explicara el día en que el abuelo Gayo Celio levantó sus manos ensangrentadas al cielo y el viejo Júpiter lo miró a los ojos!

El espigón de Barkeno emergía de las aguas bajas. Había perdido el revestimiento y mostraba su corazón de mortero y guijarros. Una de las primeras deliberaciones del senado municipal se había referido a esa cuestión: ¿convenía invertir esfuerzos en un puerto ya casi cegado? Estaba claro. Era preferible construir muelles y escolleras en Barcino, entre la Puerta Marina y la Puerta Romana. Al fin y al cabo, hacía años que el fondeadero del otro lado

de la bahía, más allá de la colina de Hércules, había empezado a monopolizar el comercio fluvial del Rubricatus.

Los vítores y las exclamaciones de la gente congregada en la playa despertaron al prefecto de sus cavilaciones. Entornó los ojos y vio a la flota de Augusto entrando en la bahía: la Ops, una impresionante hexarreme, el buque insignia de la flota de Miseno, venía escoltada por tres trirremes y varias liburnas. Cientos de remos subían y bajaban majestuosos mientras el viento de poniente henchía el velamen purpurado de la nave *oneraria* que formaba parte de la flotilla. Corrió hacia la pasarela de madera que servía de muelle y dio orden de zarpar a las barcas. Tras ello, subió a un estrado improvisado y arengó al grupo de veteranos.

—¡Soldados! Este es el día más importante de vuestras vidas. —Gayo se arrancó de un tirón el pañuelo rojo del cuello, completamente empapado. Por suerte llevaba otro de recambio—. Hemos caminado mucho para llegar hasta aquí. Por fin tenemos un hogar, somos afortunados, hemos dejado a tantos valientes por el camino…, Lutacio, Cepio, Rutilio hace años que de día tragan polvo en el Averno; y ¿sabéis qué hacen por las noches?

—¡Se juegan a los dados las bragas de Proserpina! —gritó una voz entre la multitud.

Los hombres rieron nerviosamente.

—Se desvanecen en el olvido. ¿Y nosotros? Dormimos en nuestras casas, trabajamos nuestras tierras, cuidamos de nuestras mujeres. Tras una vida de lucha sirviendo a nuestro amado Augusto nos lo hemos ganado. ¡Somos la Cuarta Macedónica! —Los hombres lo vitorearon—. ¡Por los dioses de vuestros antepasados, cuanto más satisfecho quede el emperador más beneficios obtendrá la colonia!

Una multitud de indígenas, con las características túnicas claras con bordados color vino y alpargatas de esparto, abarrotaba las calles de Barkeno que bajaban hacia el puerto. Estaba todo bien previsto, el séquito no avanzaría por el antiguo camino que rodeaba el promontorio. Los cascos de los caballos hollarían la flamante vía que recibía el nombre del emperador. Gayo, ya con el pañuelo limpio, se ajustó la correa que le sujetaba el manto escarlata e hizo ademán de acercarse a un hombretón de pelo cano:

—¡Clodio!

Con túnica nueva y sandalias oscuras, Clodio se puso firme cuando oyó su nombre. Aún no se había podido librar de esa costumbre. Después caminó hacia quien había sido su centurión. Gayo lo agarró del antebrazo diciéndole:

—Confío en ti, hermano. Haz que esta piara de verracos se comporte.

El hombre sonrió, dejando al descubierto cuatro dientes amarillos y unas cuantas muelas negras.

—¡Atención, legionarios! —bramó Gayo.

Las barcas se acercaban. Cuando embarrancaron sobre la arena, dos porteadores elevaron por encima del agua la silla de Octavio Augusto y lo llevaron hasta tierra firme. Gayo lo había visto por primera vez en Filipos, cuando era un apuesto joven de veintiún años aliado con Marco Antonio, ambos luchando contra los asesinos de Julio César. En Actium había combatido en el mismo barco que Octavio, convertido ya en general victorioso. Siendo *optio* en Cantabria, Gayo fue testigo de la severa enfermedad que lo aquejaba: como su padre Julio César, los favorecidos por los dioses están condenados a soportar el fuego divino en sus entrañas.

A sus cincuenta años, Augusto conservaba todo su vigor; sus frecuentes afecciones no parecían haber hecho mella en su aspecto. Bronceado y sonriente, con el pelo castaño claro bien recortado, vestía como un soldado, con una impresionante coraza musculada. Cuando Primo Domicio y los demás hubieron desembarcado, el grupo de notables se dirigió hacia donde los esperaba Gayo. Este empezó a aclararse la garganta para hablar, pero entonces la comitiva se quedó mirando fijamente hacia la multitud. Augusto, ignorándolo, dijo:

—¡Son formidables!

Confundido, Gayo Celio se dio media vuelta. ¡Por Cástor y Pólux! ¿Qué significaba aquello? La muchedumbre había abierto espontáneamente un pasillo al escuchar un sonido metálico tintineante. Un grupo de jinetes avanzaba encabezado por Barkal. Se colocaron en semicírculo justo por detrás de Gayo, desmontaron e hincaron la rodilla en tierra. Acto seguido, se inclinaron al unísono ante un Augusto que los contemplaba extasiado.

Lucían magníficos con sus túnicas blancas de lino ribeteadas de escarlata, un disco metálico a modo de coraza sobre el pecho, escudos circulares de vivos colores, cascos de cuero endurecido con apliques dorados y el talle ceñido con los cintos de las impresionantes espadas curvas, las falcatas. Barkal destacaba entre todos por su pectoral, repujado con una cabeza de lobo, y el casco dorado con penacho de plumas negras tornasoladas, agitadas por la brisa. Parecían guerreros antiguos: los muslos brillantes untados de oloroso ungüento y el largo pelo trenzado como la crin de sus caballos, enjaezados a la manera íbera, con discos de plata en el freno y en las bridas.

—Gran Augusto —habló Primo Domicio, el suegro de Gayo Celio—, permíteme presentarte a Barkal. Gracias a él, Agripa y yo logramos un

acuerdo rápido y ventajoso con los layetanos del sur para establecer la colonia.

—Levántate, Barkal. Tengo entendido que dicho acuerdo implicaba la entrega a Roma de todas las armas… Y parece que esa parte del trato no se ha cumplido. —Augusto reprendió a Barkal con una media sonrisa mientras admiraba su falcata.

—*Imperator*, soy Barkal, sí, pero me enorgullece haber adoptado el nombre de Aulo Asedilo Layetano. En cuanto a las armas, están inutilizadas. Pertenecieron a nuestros abuelos, y a los abuelos de nuestros padres, es lo único que conservamos de la época en la que ayudamos a los Escipiones. Nuestra fidelidad a Roma no es nueva, como ya sabéis.

—No te preocupes, solo te ponía a prueba, noble Aulo. Toma asiento a mi lado durante la ceremonia. Consideraré un honor que tus jinetes me escolten hasta el foro de la nueva Barkeno. Roma se honra de contar con amigos como los layetanos.

Gayo carraspeó de nuevo. El mamarracho de Barkal le estaba estropeando el día, ¡sentarse al lado del emperador! Dirigió a su suegro una mirada gélida.

—¡Ah, gran Augusto! Este es Gayo Celio, prefecto del campamento. Si vos no ordenáis lo contrario, le corresponde a él oficiar la ceremonia de la *lustratio* —informó Primo Domicio.

—Es un orgullo para la Colonia Julia Augusta Faventia Paterna Barcino que nuestro *imperator* esté presente en su consagración —dijo Gayo.

No pudo sostener por mucho tiempo la mirada de Augusto. El príncipe del Senado irradiaba un magnetismo capaz de acobardar al más fuerte. Por un instante, Gayo olvidó la rabia hacia Barkal y su exhibición ecuestre. Por Júpiter que aquel era el día más importante de su vida. Algunos decían que Augusto era un dios viviente.

* * *

El ritual obligaba a magistrados y víctimas del sacrificio a dar tres vueltas completas a la ciudad que debía ser purificada. La comitiva la encabezaba Augusto, a caballo, acompañado de Primo Domicio, el primer patrono de Barcino, y Servilio Pulcro, el *curator* de la naciente colonia. Al frente del séquito municipal iba Gayo Celio, a pie, llevando de la mano a Lucio. Tras ellos avanzaban sacerdotes y magistrados, y los animales, un gran buey blanco, un cordero y un cerdo negro, debidamente engalanados con flores y coronas vegetales, llevados por sus pastores. Barkal y sus jinetes íberos cerraban el cortejo, al que habían asistido casi todos los ciudadanos.

Justo cuando habían iniciado la segunda vuelta, Primo desmontó y se ofreció a llevar a Lucio en el caballo. Gayo aprovechó para entablar una charla con él.

—Tenía entendido que iba a venir también Agripa —dijo Gayo.

—Qué contrariedad para ti, ¿verdad? Tu querido Marco Vipsanio Agripa está en Panonia. No cuentes con verlo.

—En realidad, era a ti quien quería ver. Pronto adjudicarás el *portorium* de Ad Fines, ¿no es así? ¿Quién mejor que tu yerno para ocuparse del cobro del impuesto?

—Desde que Augusto está en Tarraco, hay legiones de funcionarios controlando hasta el último sestercio. Olvídate del *portorium*, el censo de la provincia está casi acabado, no puedo actuar con la libertad de antes. Los publicanos planean sobre él como una bandada de urracas.

—Pero tú, como procurador de finanzas de la Tarraconense, no vas a permitir que las urracas se lleven una joya que puede lucir tu querida Tila. Tengo intención de construir una *domus* en Barcino, una casa digna del rancio abolengo de tu familia. El dinero que te pido es por tu hija.

—¿Mi hija? ¿Desde cuándo te importa mi hija? —El sol daba de pleno y Primo colocó una mano a modo de visera sobre sus ojos—. Tila es para ti un trofeo para pavonearte entre tus hombres. Esto ha de acabar, Gayo.

—¡Incumplisteis el trato! Habíamos hablado de trescientas yugadas de tierra y al final fueron solo doscientas, la mitad de vides. Con suerte podré sacar trescientos *cullei* de vino al año. Barkal tiene más y mejores campos. Y aspiro a ser uno de los benefactores de la colonia —respondió Gayo.

—¡Baja la voz! —Primo miró a Gayo con los ojos encendidos de ira—. Debería haber traído un sombrero, este sol va a acabar conmigo. —Se cubrió la cabeza con la toga—. Aulo Asedilo Layetano, o Barkal, como quiera que se llame, recibió lo que era justo. Gracias a su mediación con los indígenas, la fundación de la colonia progresa como la seda, tú lo sabes bien como prefecto del campamento, cargo, por cierto, para el cual no hiciste ningún mérito. Me lo debes todo a mí.

—¿A ti, dices? ¿Olvidas que fue Agripa quien me ascendió a *primus pilus* en Cantabria después de perder el ojo? Me gané la dignidad ecuestre.

—La dignidad sí, pero tu pequeña fortuna te la di yo, aparte de una patricia como esposa.

—¿Y de qué me ha servido? Una muñequita de vidrio que gimotea día y noche, una tarada a quien no habrías podido casar con ningún otro. A estas

alturas ya debería haberme dado dos o tres hijos —se lamentó Gayo, mirando de soslayo a Lucio, absorto en la cabalgata.

—Una patricia con una dote considerable. Además, me expuse mucho para que pudieras quedar al margen del sorteo de las parcelas. Recibiste las mejores tierras, muchas más de las que te correspondían. Con eso acabó nuestro trato.

—Comprendo, suegro. No te apures. Tras la ceremonia, supongo que el emperador estará muy interesado en escuchar al prefecto del campamento de la nueva colonia. Hablaremos de los malditos cántabros, y de las fatigas allí vividas por las legiones y por él mismo. Poseo una gran memoria, recuerdo todo lo que vi, día tras día. Y noche tras noche. —Gayo desafió a Primo con la mirada—. Lo recuerdo con pelos y señales.

Primo apretó los puños y murmuró entre dientes:

—¡Que se te lleven las Furias! Eres temerario y a la vez estúpido, Gayo Celio. Desde que está en Tarraco, el emperador come de mi mano. Me sería muy fácil deshacerme de ti.

—Y a mí de tu querida Tila. —El ojo del cíclope centelleaba.

—¡Maldito bastardo, hijo del Averno! Esto tiene que acabar, por el bien de Lucio. El *portorium* de Ad Fines será lo último que obtengas de mí. ¡Lo último!

* * *

Cuando el séquito se dirigía hacia la Puerta Rubricata, Primo volvió a montar en su cabalgadura, ocasión que Augusto aprovechó para montar a Lucio con él. Gayo Celio no cabía en sí de orgullo. El emperador no se cansaba de ensalzar los valores de la familia y de la educación según las costumbres de los antepasados y arrastraba una gran tristeza por no haber engendrado hijos varones. Cuando el niño apareció en el foro sobre la montura imperial, Tila estuvo a punto de desmayarse de la rabia, pues nadie había allí de su familia o de sus antiguas amigas patricias para presumir de ello. El disgusto le duró unos meses y Lucio nunca comprendió por qué razón su madre no compartía su alegría y la de su padre.

En el estrado principal, acomodado delante del altar, sobre las escalinatas del templo, los notables explicaban a Augusto sus necesidades. En efecto, varias familias romanas llevaban establecidas desde antiguo en aquellas tierras: Gayo Emilio explotaba los filones de hierro, plomo y plata de ambos lados del río, y Décimo Julio había sido uno de los pioneros en el cultivo de la vid. Presumía de sus prensas y depósitos, construidos en antiguas tierras

comunales arrebatadas a los indígenas. La sed de vino propiciaba la sustitución progresiva de los cereales y los olivos por vides. Cada día aparecía un nuevo comerciante dispuesto a comprar el vino de la próxima cosecha.

Barkal tampoco desaprovechó la oportunidad para charlar animadamente con Augusto, ante un Gayo furibundo. Ancianos y mujeres habían llevado sus sillas y las habían situado frente al templo. A ambos lados del estrado, alzaban sus insignias los portadores de las águilas de la legión, acompañados de los músicos, provistos de trompas y curvados cuernos, además de los veteranos portaestandartes —los toros de la Sexta Victoriosa y la Décima Gémina y el capricornio de la Cuarta Macedónica—, dos de ellos con el yelmo cubierto de una piel de lobo y el tercero con una piel de oso.

El templo aún no estaba del todo terminado, como buena parte de la colonia. Augusto había querido estar presente en la consagración de la ciudad antes de partir para Roma, por eso la ceremonia se estaba realizando antes de lo acostumbrado.

—Los hombres han estado trabajando duro estos años para construir la cimentación de la muralla, las cloacas, la pavimentación, el acueducto y el templo —dijo Primo Domicio a Augusto mientras este se desprendía de las grebas y la coraza, dejando al descubierto grandes manchas rojizas en los brazos y en las piernas. Parecían picarle mucho, y se las rascaba con fruición cuando le respondió en voz baja a Domicio:

—Manga ancha con Emilio y Julio; si quieren construirse una *domus* antes de que el foro esté acabado, permíteselo —dijo con la mano delante de la boca para que nadie pudiera leerle los labios—. Esos dos pájaros llevan muchos años escapándose del fisco, deben de haber amasado una fortuna con los metales y el vino. Julio me ha confesado haber recibido una propuesta de Baetulo para ser patrono del municipio.

—Lo sé —contestó Domicio—, pero no tiene ningún interés en proteger a los nietos de las mulas de Mario, emparentados todos ellos con indígenas. Baetulo no tiene la suficiente enjundia para él.

—Dile algo de mi parte: ya que Augusto le ha construido una pequeña Roma al lado de sus tierras, un lugar donde podrá hacer sacrificios a los dioses ante un templo, donde habitarán médicos, abogados, jueces, donde se podrá bañar en condiciones y celebrar juegos y espectáculos, y teniendo en cuenta los viajes a Tarraco que se ahorrará para todos esos menesteres…

—… lo invitaré en tu nombre a engrandecer esta pequeña Roma con su protección —prosiguió Domicio—. Le diré que hace falta un benefactor para el colegio funerario de los veteranos y los diferentes sodalicios…

—… etcétera, etcétera. Si tantas ganas tienen de gloria, que paguen. —Augusto bostezó sin control. Prosiguió con un tono cansino, como si hubiera pronunciado aquellas frases cientos de veces.

—Respecto a lo sugerido por los colonos sobre la dedicación del templo… —intervino Servilio.

—No quiero que se vuelva a hablar del tema. —Augusto acompañó su afirmación con un gesto categórico con la mano—. El templo estará dedicado a la diosa Roma y al genio de Augusto, nunca a mi persona.

—Sí, pero en Oriente…

—Oriente es Oriente, allí las cosas funcionan de otra manera. Recuérdalo, Servilio, yo solo soy un mortal, el primer servidor de Roma.

⁎ ⁎ ⁎

Las trompas sonaron. Gayo señaló hacia el templo y se inició el ritual. Un agrimensor descendió las escaleras con la *groma* en la mano, pues la centuriación de las tierras se había dado por finalizada hacía ya tiempo. La llanura litoral, hasta la misma desembocadura del Rubricatus, se había dividido según una retícula de cuadrados, a partir de la cual se había diseñado la planta de la ciudad y se habían parcelado las tierras, repartidas después por sorteo entre los veteranos.

A continuación, dos porteadores presentaron ante el emperador la *forma*, es decir, las planchas de bronce con el plano de la ciudad que serían colocadas en el foro. Un camilo ofreció a Servilio Pulcro un *codex*, mucho más detallado, con el nombre de todos y cada uno de los propietarios de las parcelas urbanas y de las rústicas, para que fuera custodiado en los archivos de Roma, además de la ley municipal.

Gayo, que había cambiado la indumentaria militar por una toga nueva ribeteada de dos franjas púrpura, se cubrió con ella la cabeza antes de iniciar el ritual. Con una rama de olivo, roció agua del Tíber sobre los animales y después lanzó aspersiones simbólicas a los cuatro puntos cardinales. Solo entonces se procedió al sacrificio de las tres bestias, que se entregaron dócilmente al victimario y derramaron su sangre sobre la *Tellus Mater*. Cuando Gayo alzó al cielo las manos ensangrentadas, siete gaviotas volaron hacia su derecha. La Colonia Julia Augusta Faventia Paterna Barcino nacía con los mejores augurios.

3. SOMBRAS DE SOSPECHA

Barcino
Nonas de agosto
3 d. C.

Sentado en su cátedra de madera de roble con una tablilla encerada en la mano, Gayo contaba las lunas desde el matrimonio de Garza y Vibio. Este, recostado en un escabel de mimbre, lo miraba con gesto apático. Su cabello negro era espeso y ondulado, y la nariz grande, con las aletas abiertas. Unos labios carnosos, casi femeninos, contrastaban con la mirada ligeramente bizca de sus ojos oscuros y saltones.

—Ha nacido antes de tiempo —dijo Gayo con voz grave.

—¿Y qué? Yo mismo nací antes de tiempo, mi madre siempre me lo decía.

—¿No te das cuenta? Esa niña puede no ser tuya. —Gayo intentaba hablar en voz baja, pero nunca había sabido hacerlo.

—Imposible —contestó Vibio arrastrando la «i» con aquella desgana que tanto encabritaba a Gayo—. Yo mismo la desvirgué. Vi la sangre.

—¿Estás seguro? Hay maneras de engañar a la *pronuba*. Esa Garza siempre ha correteado por los campos con el pelo suelto, como una mujerzuela.

Gayo posó la vista sobre el magnífico armario de haya que acababa de construirse él mismo. Desde niño había sido muy hábil con las manos; no había tenido más remedio, pues su familia sobrevivía apenas en una pequeña granja cerca de Bononia, en la Galia Cispadana. En el mueble se guardarían las *imagines maiorum* de su estirpe, que se iniciarían con la suya propia cuando él muriera. Los patricios recordaban a los ancestros sacando en cada funeral sus máscaras de cera, verdaderos retratos de los antepasados. Él no era patricio, aunque se había ganado a pulso el ascenso al orden ecuestre y, con la ayuda de los Domicios —y del dinero de estos—, su hijo Lucio tendría su efigie por derecho propio.

—¿Y no será que no la quieres porque es pelirroja? La madre de Garza lo era. —Se acomodó los pliegues de la toga para no arrastrarla por el suelo—.

La niña es mía. Dejé preñada a Garza la misma noche de bodas —dijo Vibio con aire petulante.

Vibio Crispio había llegado a casa de Gayo con catorce años, desnutrido y andrajoso, tras perder a sus padres en el terremoto de Neápolis. Gayo era su única familia, por lo que se embarcó de polizón hacia Barcino. Al ser descubierto, los marineros lo molieron a palos y lo amenazaron con tirarlo por la borda. El capitán le propuso un acuerdo: lo mantendría con vida si se esforzaba en hacerle las noches más placenteras. Al arribar a puerto lo arrojaron a la arena, con el orgullo quebrado, además de algún hueso. Se arrastró hasta casa de Gayo, ante quien se presentó con un aspecto que partía el alma, y su tío le dio amparo, como hijo que era de su hermana Celia.

Ante el silencio de Gayo, Vibio empezó a recelar. No porque tuviera un especial interés en la recién nacida —no estaba en absoluto inclinado hacia la paternidad—, sino por la desagradable situación que se avecinaba, y que él se veía protagonizando. Sin embargo, obedecer era su única alternativa. Había tensado demasiado la cuerda con su tío y había estado muy cerca de verse en la calle, por eso había aceptado sin rechistar su proposición. Casarse con Garza no había entrado nunca en sus planes, pero era la mejor forma de vincularse a la familia para siempre y procurarse un suministro regular de dinero para sus gastos.

Gayo se levantó y mandó llamar a Nasia Sabina, que acudió a regañadientes. La mujer entró sin llamar y, con los brazos en jarras delante de los dos hombres, dijo:

—¿Qué queréis? Todavía no he acabado mi trabajo. Aún no ha expulsado la placenta y no debería moverme de su lado. Pero… ¡qué vais a saber vosotros!

—Mujer, ándate con cuidado y mide tus palabras. He ayudado a parir a muchas yeguas y sé muy bien de qué hablas. Quiero saber una cosa: la niña ¿ha nacido bien formada? —la interrogó Gayo.

—La niña es preciosa, con la cara sonrosada y el cuerpo perfecto.

—¿No la ves… pequeña? —preguntó Vibio.

—¿Pequeña? Bueno, las niñas siempre son más pequeñas… —Nasia arrugó la nariz. ¿Qué pretendían?—. Tiene un hermoso cabello pelirrojo, será una belleza.

—De acuerdo, vuelve a tu trabajo —le ordenó Gayo con el ceño fruncido.

La partera, que había entrado muy brava en el *tablinum*, salió cabizbaja. Antes de entrar en la habitación de Garza, le hizo una seña a Harmonía.

—¿Tienes almendras en la despensa? —preguntó con una voz apenas perceptible.

—Sí, esta mañana Lucio se ha llevado una buena bolsa para el viaje.

—Rápido, haz leche con ellas, tengo un mal presentimiento.

⁎ ⁎ ⁎

La niña, ya limpia y bien fajada, berreaba sobre la piel de cordero que Harmonía había colocado encima de las losas del atrio. A su alrededor, las mujeres intentaban calmarla: una chascaba la lengua, otra se arrodillaba y la acariciaba y otra le hablaba con la voz atiplada, como solo las mujeres saben hablar a los bebés.

Nasia Sabina, ante el larario, derramaba un poco de leche ante la figura de las *Nixae*, las tres diosas acuclilladas. Elbón seguía en la cocina, colando la pasta de almendras y avena puesta previamente a remojar. Le temblaban las manos, por eso derramó gran cantidad de leche cuando llenó el biberón de cerámica que había pertenecido a Lucio. ¿Para qué lo querrían? ¿No estaba presente acaso Fabia Tertula, el ama de cría?

Los minutos pasaban y la niña no se callaba. Las mujeres miraban nerviosas hacia el despacho de Gayo, sin saber qué hacer. Vibio se demoraba demasiado en recoger a su hija del suelo, y eso solo podía traer mala suerte. La *nutrix*, con los senos ya hinchados, no pudo soportar más la situación y echó a andar hacia el *tablinum*. Antes de dar tres pasos, la pesada cortina se descorrió. Vibio, impasible, clavó sus ojos en la mujer, que se apartó para dejarle paso. Se colocó delante de la niña y esperó a Gayo. Este llegó, miró al suelo y se cruzó de brazos.

De repente, ante la incredulidad de las congregadas, Vibio miró al bebé y dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta de la casa y se marchó. Como si presintiera la gravedad de la situación, la niña dejó de llorar. Se hizo el silencio. En las gargantas de las mujeres se congelaron los gorjeos. Gayo llamó a Elbón, quien esperaba, en la cocina, la peor de las órdenes.

Llegó con la mirada baja, no queriendo escuchar lo que estaba a punto de oír:

—Llévatela al vertedero. Esta niña no es aceptada. Te quiero de vuelta enseguida.

Tila se desvaneció. Harmonía, siempre pendiente de ella, logró sostenerla con su corpachón. Gayo fue hacia ellas y ayudó a Harmonía a tender en el suelo a su esposa. Fabia levantó enseguida a la niña, quien retomó el llanto de

nuevo. La vieja esclava recogió la piel de cordero, la enrolló y se dirigió apresurada a la cocina. Gayo rugió:

—¡Elbón! ¿Es que no me has oído? Coge a la niña y llévatela. Y vuelve enseguida, te estaré esperando —ordenó Gayo Celio, endureciendo su mirada de cíclope.

Elbón tomó a la niña de los brazos de una estupefacta ama de cría y se dirigió a la entrada, arrastrando los pasos. Cuando se disponía a salir, Herennio, el atriense, le dio un morral que había preparado Harmonía, con la piel de cordero, dos paños de lino fino y el biberón con forma de delfín lleno de leche tibia de almendras y avena.

Elbón apretó a la niña contra su pecho y echó a andar con premura. No quería ser preguntado. Evitó las calles principales y recorrió un tramo del *intervallum* hasta la Puerta Romana. Lo que vio tras la muralla le revolvió el estómago. El vertedero, un enorme montón de desperdicios apilado en el foso, había rebasado el nivel del suelo. El cúmulo de verduras podridas, excrementos humanos y cadáveres de animales provocó la náusea del esclavo. Algunos decuriones habían expresado su malestar por esa situación en varias ocasiones, pues los caminantes llegados a la ciudad por la Vía Augusta se encontraban con aquel montículo de basura maloliente.

Se detuvo desesperado. Se quedó allí, sin saber qué hacer, mirando a todas partes. No había dónde cobijarse del sol de agosto y sudaba profusamente. Unos cerdos rebuscaban entre los despojos, otros se disputaban el cuerpo tieso de un gato. Después de unos instantes eternos, dio media vuelta y empezó a caminar a grandes zancadas, rodeando la muralla. Por Cástor y Pólux que no iba a dejar a la niña allí, antes dejaría que Gayo lo desollara a latigazos. Ya había recibido una vez un castigo monumental que casi le cuesta la vida, y había sido, albures del destino, por culpa de la abuela de aquella niña. Desde entonces, Gayo no había vuelto a ponerle la mano encima, pero lo podía volver a hacer. El bebé se había dormido en el vaivén del paseo. Elbón se detuvo a contemplar sus facciones delicadas, la piel sin mácula, la perfección recién nacida. Extrajo del morral uno de los paños de lino y se secó el sudor de la cara. Lo guardó e instintivamente acercó la cara al pelito anaranjado de la niña. La salvaría, por lo más sagrado.

4. JUSTICIA

Espeluncas
Finales de invierno
9 a. C.

Pardeaba ya el día. Densas nubes de lluvia descargaban sobre el mar. Una carreta enfilaba el camino hacia la casa, flanqueado de cipreses oscuros y altos como lanzas. Garza, desde el pescante, se fijó en una bandada de estorninos que agitaban sus negras alas. Adoptaba formas caprichosas, sobrevolando la casa como un ominoso auspicio.

—Ya podéis bajar. —Elbón ayudó primero a la niña y después a una figura oscura que cargaba un zurrón y una pesada bolsa de cuero.

Entraron en la casa y el hombre las llevó hasta una habitación donde había un niño consumido por la fiebre, tendido en un jergón. Era Lucio. Tila lloraba a un lado de la cama y Harmonía, al ver entrar a la cántabra, se arrojó a sus pies y le besó la mano.

—¡Ya no sé qué hacer, señora, ayúdanos!

La recién llegada se quitó el manto. Ante la visión de la extranjera, el llanto de las mujeres cesó: una ensortijada melena roja enmarcaba un rostro lechoso donde refulgían como luceros dos ojos esmeralda. Se dirigió a la cama y colocó ambas manos sobre el pecho del niño. Respiraba con dificultad. Estuvo así un rato, hasta que pronunció unas palabras en su lengua. Garza tradujo:

—Está muy mal, pero mi madre sabe cuál es la lamia que os lo quiere arrebatar. En su tierra la conoció, la llevaron los romanos. Mató a muchos cántabros, pero los hechiceros aprendieron cómo derrotarla.

La mujer sacó del zurrón una paloma. La sostuvo entre sus manos, llevándosela a veces a los labios para susurrarle algo. Cogió la navaja que le alcanzó Garza y, de un tajo, le rajó el buche. La colocó sobre el pecho del niño inconsciente y chorreones de sangre descendieron por sus costillas. Entonces extrajo una cajita de madera, la destapó y un fuerte olor a trementina inundó la habitación. Masajeó el pecho y la espalda de Lucio con un ungüento marrón que se mezcló con la sangre derramada. Sacó unas cortezas de su bolsa y volvió a hablar. Garza informó:

—Poned esto a hervir, tomará tres vasos antes del canto del gallo. Puede empeorar, aunque es fuerte y se salvará. Mi madre ahora debe ir a hablar con la lamia y convencerla para que deje tranquilo a Lucio.

Garza le acercó la piel de oso pardo que llevaba en otra bolsa y su madre se la ajustó sobre la cabeza. El pelaje rojizo se confundía con la melena de la mujer, que, con los ojos cerrados, alargó su mano para recibir la sonaja de las manos de Garza. Elbón y Harmonía ya habían visto curar a los antiguos sanadores indígenas y no se inmutaron. Tila, acostumbrada a las pastillas y a las sangrías de los médicos romanos, se asustó. La cántabra emitió algo que parecía un lamento y, mientras su voz adquiría extrañas modulaciones, empezó a agitar la sonaja por encima del cuerpo de Lucio. La lucha con la lamia se había iniciado.

* * *

Gayo volvió poco antes de la medianoche. Estaba de malhumor, había ido hasta Baetulo en busca de un médico que se había creado buena fama en la ciudad, pero no lo encontró. Al desmontar del caballo, le pareció oír el chirrido de la carreta. Corrió hasta la casa y solo alcanzó a ver cómo se alejaba. Divisó varios bultos, ¿quiénes eran? El cielo estaba cubierto y la negrura de la noche le impidió ver más. Pensó en volver a coger su caballo y perseguirlos. De improviso, un rayo de luna se filtró entre dos nubarrones y pudo distinguir un destello rojizo en la cabeza de una de las figuras. Una corazonada lo dejó clavado en el suelo y allí permaneció unos instantes. Empezaron a caer gruesos goterones que le repiquetearon en la capa.

Caminó deprisa hasta la casa y fue a la habitación de su hijo, temeroso de lo que iba a encontrar. El niño tenía muy mal aspecto, su rostro estaba azulado y respiraba con mucha dificultad. Tila, con los ojos idos, se abrazaba a sí misma y se mecía de un lado a otro. Harmonía intentaba darle de beber unas hierbas al niño, que hervía de fiebre.

—¿Qué es este olor a resina? ¿Y esa sangre? Por Júpiter, ¿quién ha estado aquí? —preguntó Gayo a su mujer.

—Son las hierbas, *domine*, ayudan a respirar —respondió Harmonía.

—¡Tila! —rugió Gayo—, ¡quién ha estado aquí, he dicho! —Se dirigió a su esposa y la zarandeó con violencia. Ella no reaccionó. Entonces se volvió hacia Harmonía—: ¿De quién ha sido la idea? ¡Lo dije bien claro! Esa mujer no debía pisar mi casa. —Gayo agarró a Harmonía del cuello.

—¡No sabíamos qué hacer, *domine*, el niño se está ahogando! —dijo la esclava entre sollozos—. Ella dice que se recuperará… ¡Sus espíritus se lo

han hecho saber!

Gayo, fuera de sí, soltó a Harmonía y se fue hacia Tila. La levantó a la fuerza y la abofeteó hasta que el dolor la hizo reaccionar.

—¿Lo ha tocado? ¿Esa bruja ha tocado a mi hijo? ¿A mi único hijo? Porque si lo ha hecho, ¡prepara ya su urna! ¿No te das cuenta? ¡Los cántabros nos odian!

Tila gritó, mientras golpeaba con los puños el pecho de Gayo:

—¡Maldito seas! ¿A quién más podía recurrir? ¡Dolor y soledad, esa es la vida que me has dado! Si Lucio muere…

Gayo la sujetó por las muñecas y, con los dientes apretados, le susurró al oído:

—Si Lucio muere será por tu culpa, por haber confiado en esa arpía. Prepárate para darme más hijos, mujer, porque a este… a este lo puedes dar por muerto.

Soltó a Tila y miró a su hijo. Sin poder soportar el estridor agonizante que se había apoderado de su cuerpecito, salió al exterior, donde la tormenta se había desatado. Sintió cómo la lluvia lo empapaba. Caminó hasta el establo para que nadie pudiera verlo llorar. Derribó a puñetazos las haces de paja amontonadas dentro y, arrodillado, golpeó el suelo hasta que le sangraron los nudillos. Aquella noche, Gayo hizo una promesa a los dioses del Inframundo: les sacrificaría su caballo negro si devolvían la vida a Lucio.

* * *

En el aire de la casa flotaba un silencio brumoso y gris, impenetrable a la felicidad. Nadie habría dicho que un niño acababa de sortear, victorioso, el angosto desfiladero de la muerte. Cincinata, la mediana de las hermanas Domicias, tras enterarse de que las Parcas habían estado a punto de cortar el hilo de su sobrino Lucio, envió a su hijo Quinto desde Tarraco. Los dos primos pasarían la primavera juntos.

Gayo andaba muy ocupado —circunstancia que todos agradecían—, absorbido en el trabajo en la naciente Barcino. Las rentas del *portorium* de Ad Fines crecían al mismo ritmo que la actividad comercial, y ello le había permitido iniciar la construcción de una *domus* en la ciudad, muy cerca del foro. En eso le daba la razón a su mujer: no podían seguir habitando en una granja, y no solo por la dignidad patricia de ella, sino porque Gayo era uno de los veteranos con más graduación y una figura de peso en la comunidad. Cuando volvía al hogar, todos se esmeraban en cumplir con sus obligaciones y en adelantarse a sus necesidades. Gayo era un volcán que podía entrar en

erupción en el momento menos esperado y aún no había dicho su última palabra sobre lo acontecido.

A pesar de todo, a Lucio se le veía contento de estar vivo, lo cual no le evitaba una cierta confusión de ánimo. Una tarde, mientras una esclava los despiojaba, Lucio le contó a su primo que Harmonía le había pedido uno de sus juguetes para arrojarlo a la diosa del manantial, en señal de agradecimiento.

—¿El manantial? ¿No es allí donde vive la madre de Garza? —preguntó Quinto.

—Sí, en una cueva cerca de donde mana el agua. Oye, primo, ¿tú crees que los dioses cántabros me salvaron? —dijo Lucio frotándose una oreja. El vinagre le escocía en la cabeza—. Yo soy romano. Debieron de ser nuestros dioses los que me libraron de los hechizos maléficos de esa mujer.

—Los nuestros son los más poderosos, por eso los romanos siempre vencemos. Los dioses indígenas deben de estar rabiosos. Habrán sido los romanos.

—Clodio, el sirgador, dice que los dioses son unos viejos cascarrabias. Conviene complacerlos y hacerles ofrendas, pues ellos mandan en el mar de la vida, aunque cada uno de nosotros es el timonel de su propio barco.

—Y eso, ¿qué significa? —quiso saber Quinto.

—Que, al fin y al cabo, eres tú quien decide en cada momento. Probablemente tiene razón. Los dioses no pueden estar en todas partes.

Lucio se quedó callado, recordando las palabras de su padre: «Has contraído una gran deuda con los poderes sobrenaturales, por eso he sacrificado a los dioses infernales no uno, sino dos caballos negros. Los he mandado enterrar en la necrópolis del norte de la colonia». ¿Habría sido suficiente? ¿Cómo se podía saber si los dioses se habrían dado por satisfechos? Desde el sacrificio, una idea revoloteaba por su cabeza: no le gustaba en absoluto deber favores a los dioses, ya fueran romanos, cántabros o hiperbóreos, porque tarde o temprano se los acabarían por cobrar. Si los dioses podían barrer ciudades enteras con un temblor y mover las estrellas de lugar, ¿qué no harían con un simple mortal?

La calma de la tarde se rompió cuando los niños salieron al patio a jugar. El golpeteo seco de las peonzas contra las losas de piedra alertó a Harmonía:

—¡Lucio, todavía no puedes salir! Te vas a enfriar y aún no estás restablecido —gritó la esclava desde el cuarto de Tila.

—Déjalo, Harmonía. —Tila hablaba sin apenas fuerza—. ¿Está preparado ya Elbón?

—Sí, *domina*. Tu marido llegará a la hora octava, debe de faltar poco. —La esclava apretaba entre las manos un tarro de cerámica. Dudó unos segundos antes de continuar—. Ha dado una orden…

—¿Qué más quiere este hombre de nosotros? Habla.

—*Domina* Tila… Cuando llegue el momento, cierra los ojos y piensa solo en tu hijo, así se te hará más llevadero. Mira, he preparado un ungüento de cera y fenogreco.

—¡Dime qué otra orden ha dado Gayo, habla de una vez! —La rabia hizo que recuperara las fuerzas por un instante.

—Los niños deben presenciarlo. Y todos los esclavos.

Tila era la viva imagen de la desesperación. Profundas ojeras rojizas enmarcaban sus ojos y ya no se arreglaba los rizos dorados.

—No pienso salir de esta habitación. Tendrá que bajarme a rastras. Cuando mi padre se entere de esto… Diles a los esclavos que mataré a palos a cualquiera que se vaya de la lengua. Ya solo me falta ser el hazmerreír de los amigotes de Gayo y de sus toscas mujeres.

⁎ ⁎ ⁎

Gayo llegó poco después, látigo en mano. Se había puesto sus sandalias militares y un cinturón ancho de cuero, el mismo que usaba, a modo de faja, cuando tenía que realizar esfuerzos. Su aspecto intimidaba al más valiente. Hizo trasladar su cátedra al patio y pidió una jarra de vino sin mezclar. Elbón esperaba ya, con el torso desnudo, apoyado contra la pared. A Tila tuvo que ir a buscarla.

—¡Niños! —gritó Gayo—. Venid aquí, uno a cada lado de mi asiento. ¡Harmonía, tráele una manta a Lucio!

Gayo se acercó a Tila, de pie junto a Elbón, y le dijo:

—Bájate la túnica hasta la cintura, empezaré por ti. —Se volvió y habló para los demás—: ¡Esto es lo que ocurre en esta casa cuando alguien no acata mis órdenes!

Lucio comprendió de golpe, salió corriendo hacia su padre y le agarró el látigo:

—¡Padre, no la azotes, por favor! ¡Madre, dile que no volverás a desobedecerlo!

Gayo lo asió por los brazos y lo llevó en volandas hasta su asiento. Lo miró fijamente y le dijo:

—Silencio, Lucio, observa y aprende. Tú también serás algún día el *paterfamilias* y como tal actuarás. Recuérdalo bien, muchacho, no te puede

temblar la mano para azotar a la esposa. Así lo hacía mi padre y así lo hago yo.

El parche del ojo se le había movido y había dejado al descubierto parte de la cuenca ocular, hundida, lo cual le confería un aspecto siniestro. Lucio se quedó inmóvil y no volvió a abrir la boca. No aceptó la mano que le tendía Quinto, que lo miraba con ojos asustados.

Mientras, Tila había empezado a sollozar quedamente. Su cuerpo temblaba como una gota de agua a punto de caer. Gayo le gritó:

—¡Obedece, mujer!

Entonces Elbón se volvió y miró a Gayo, diciendo:

—*Domine*, fui yo quien tuvo la idea de llamar a la cántabra. La desesperación por salvar al niño me ofuscó. Yo merezco el castigo, no ella.

Gayo le dirigió una mirada de desprecio a su esposa. Después se dio media vuelta y, con un rápido movimiento, dejó descansar el látigo encima de su hombro. Se acercó a la mesilla donde estaba el vino. Solo se oían las suelas claveteadas de las sandalias contra las losas del patio. Tras un trago largo, dijo a Tila:

—Vístete antes de que me arrepienta. Merecerías un azote por no saber controlar a tus esclavos, por haber permitido a esa mujer entrar en la habitación de Lucio. Pero ¿qué se puede esperar de ti? Por tus venas corre agua, no sangre. —Miró entonces a Elbón—: Agradece a los dioses que no te mate, si fuera tu centurión estaría obligado a hacerlo. ¡Vuélvete y acabemos con esto!

⁎ ⁎ ⁎

Al día siguiente, Elbón reposaba boca abajo sobre su jergón. Lucio, sentado a su cabecera, le tenía la mano cogida. Le gustaban las manos de Elbón, siempre estaban cálidas.

—¿Cómo puede haberte hecho esto? ¿Por qué es tan cruel?

—No, Lucio, un hombre debe hacerse respetar. Así ha de ser. Cuando un pámpano crece desviado conviene ligarlo a la cepa.

—Cuando vea al abuelo Domicio se lo contaré todo.

—Tu abuelo Domicio habría hecho lo mismo. Además, Gayo sabe cómo usar el látigo, me podría haber hecho mucho más daño.

—¡Pero si te dejó toda la espalda ensangrentada! Mamá dice que es un bruto.

—No hables así de tu padre. He visto hombres con los huesos al descubierto después de los azotes. Él sólo me ha lastimado un poco. Ya verás,

me curaré enseguida y pronto podremos volver a salir a cazar liebres.

Lucio se limpió las lágrimas. A veces le costaba entender el porqué de las cosas. Elbón había actuado movido por el deseo de salvarlo, ¿por qué recibía ese castigo? Era injusto. «La obediencia engendra grandeza», decía su padre, y sin embargo él no veía nada de grandeza en la espalda descarnada de Elbón. Cuando fuese mayor, haría entender a su padre que solo las normas justas merecen ser obedecidas.

5. A SALVO

Barco de Adad
Nonas de agosto
3 d. C.

La luna arrancaba reflejos perlados del mar, totalmente en calma. Julio Aniceto y Adad, el capitán, se acercaron hasta Lucio y se sentaron junto a él.

—Por lo que veo, vas a dormir en cubierta —advirtió Adad—. Si es así, guarda tus pertenencias dentro de la cabina. —Miró a los marineros—: Son buenos hombres, aunque es mejor no tentar a la suerte. ¿Puedo preguntar a qué vas a Roma, joven Celio?

Lucio carraspeó y contestó de un tirón:

—Voy a cumplir el sueño de mi padre, de quien espero ser un digno hijo. Cumpliré un tribunado militar y después me dedicaré a la vida pública.

Mientras hablaba, le pareció que se refería a otra persona. ¿Cómo iba a dedicarse a la vida pública si le temblaba la voz hasta para hablar con un capitán de barco? Él no era hombre de discursos. En las clases de oratoria del último verano se aburría mortalmente, no veía la hora de escaparse al puerto a husmear entre las embarcaciones en construcción. Desde pequeño le había gustado saber cómo funcionaban las cosas. Para Lucio no existía mejor aroma que el de la madera recién cortada, ni textura más agradable que la del ladrillo bien cocido. El día de la colocación de las columnas del foro de Barcino, siendo un adolescente, todos admiraban orgullosos la gran plaza porticada y el templo coronando uno de los lados. Él, sin embargo, quedó fascinado por las simetrías arquitectónicas y por la suavidad de la superficie de las columnas: ante un Gayo estupefacto se había abrazado a una de ellas, palpando con los ojos cerrados la fresca lisura del estuco, imaginando que se trataba de los hombros torneados de una mujer.

—¿Dedicarte a la vida pública, dices? Vaya, hace falta mucho dinero para eso. Y muchas amistades importantes —intervino Julio.

—¿Y el sueño de tu padre coincide con el tuyo? —preguntó Adad.

—Bueno, no creo faltar a la verdad si digo que me atrae más el ejército y no tanto la política. La retórica no es una de mis destrezas, se me dan mejor la espada y los números.

—A veces, la vida nos lleva por derroteros ignotos y uno descubre habilidades que desconocía poseer —le respondió el capitán—. Antes te he visto inspeccionar los sobrebaos de cubierta. Están flamantes, acabamos de reforzarlos.

—Sí, me he dado cuenta. Tal como los veo, el barco tiene tendencia a abrirse por la popa, ¿no es así?

Adad, un hombre fornido y de baja estatura, curvó hacia arriba las comisuras de los labios en un gesto que pretendía ser una sonrisa, pero más bien parecía una mueca de dolor. Le faltaban varios dientes, y los que mostraba presentaban una extraña coloración verdosa debido a unas hierbas que mascaba constantemente. Miró a Aniceto y dijo:

—Este muchacho sabe de qué habla, es espabilado, como deben ser los jóvenes. —Se dirigió entonces a Lucio, con una media reverencia—. Si alguna vez necesitas ayuda, en el puerto de Ostia te sabrán dar razón de mí. Me conocen como Adad, el babilonio. Roma es tan fascinante como peligrosa. Ándate con cuidado, hijo.

—Excelente, excelente, el chico es listo —dijo Julio con ojos de sueño—. Lucio, te digo lo mismo. En cuanto lleguemos te presentaré a mis agentes. Cuando desees enviar correo a Barcino ven a verme. Si no estoy yo, te atenderán mis esclavos. Por desgracia, mi vida es un ir y venir constante, la gente cree que soy libre y, sin embargo, a veces me siento esclavo de mis ocupaciones —reveló con cierto pesar. A lo que añadió el capitán:

—Todos somos esclavos de algo o de alguien. De eso nadie se libra.

Se dieron las buenas noches. Lucio se tumbó boca arriba, apoyando la cabeza en un sobrebao. Junto al colgante de Garza, llevaba al cuello uno de los amuletos de su madre, la mano de Sabacio, que lo protegería de los peligros del mar. ¿Qué misteriosos hilos conectarían a los dioses con sus talismanes? Al contrario que a Tila, a él le costaba imaginar lo que su mano no podía tocar. Se avergonzó al sentirse aliviado por alejarse de ella, de sus soliloquios, de sus manías y de su eterna enfermedad.

Su estómago se espesaba por momentos y cada vez le costaba más tragar saliva. Sabía reconocer muy bien los síntomas del mareo y aquella sensación era otra cosa. Sentía ganas de correr; pero ¿hacia dónde? Contempló los pocos metros de cubierta en los que debería moverse en los siguientes diez días. Otro en su lugar habría estado deseoso de iniciar el viaje, de desempeñar el cargo de tribuno militar, de zambullirse en la política de la gran urbe. La vida le brindaba esa oportunidad y, sin embargo, sentía el cerebro adormecido, aletargado.

El mar seguía en calma. La vaca lunar, juguetona, corneaba una miríada de estrellas. Lucio se durmió intranquilo, y soñó que su alma se había rezagado y aún merodeaba por el puerto de Barcino, enredada en unas cintas amarillas, extraviada en un mar esmeralda.

⁎ ⁎ ⁎

Garza se despertó a media tarde. Encontró a Harmonía y a Annia sentadas al lado del lecho, mirándola. Se llevó las manos al vientre mientras escudriñaba la habitación buscando la cuna. Notó los pechos duros y doloridos.

—Garza, niña, ¿has descansado? —preguntó Harmonía sonriente, dejando ver sus encías casi desdentadas—. Deberías incorporarte y vaciarte el pecho. Te prepararé unos paños calientes con perejil y una infusión de hojas de nogal.

—¿Dónde está el bebé? —dijo Garza dirigiéndose a Annia.

—Yo…, eh… Está bien. —Annia se acercó a Garza y le dijo en voz apenas audible—: No te preocupes, está a salvo.

—¿A salvo? ¿A salvo de qué? ¡Harmonía! ¿Dónde está? —Garza levantó la voz, pues empezaba a alarmarse.

La esclava respondió:

—La niña está bien, es fuerte como tú. Aunque ha sucedido algo. No te alteres, aún estás débil.

Garza conocía ese tono. Harmonía medía muy bien las palabras, como si temiera que se desbordase.

—Tráeme primero a la niña. Quiero verla. ¿Dónde está mi hija? —Garza apretó la mano de Annia.

—No podrá ser, cariño —y añadió en voz baja—: Pero está a salvo.

—¿Qué estás diciendo? ¡Es mi hija! ¡Traédmela! —Garza hizo ademán de querer salir de la cama. Entre las dos mujeres la detuvieron.

—Tranquilízate, Garza. Todo ha ido mejor de lo que esperábamos. Ha nacido bien, tiene buena osamenta y un llanto fuerte. Domitila va a venir a contarte qué ha pasado, le corresponde a ella. —Harmonía se levantó del escabel y salió de la habitación.

—Annia, cuéntame, ¿ha sido Vibio? ¿Acaso no la ha aceptado?

La esclava asintió y empezó a llorar. En ese momento entró Tila, muy desaliñada, pues aún no había tenido ánimo para rehacerse el peinado. Se sentó al lado de Garza y le cogió las manos:

—Hija, tienes que ser fuerte y aceptar que a los hombres, a veces, les divierte vernos sufrir. —Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos—. La

jaqueca me está matando. Y este calor… Después de semejante disgusto no creo que sobreviva a este verano. ¡Algún día me encontraréis muerta sobre mi cama!

Harmonía imploró a Garza paciencia con la mirada. Annia seguía sollozando y la vieja esclava le mandó salir de la habitación.

—En fin, Garza, hija, Vibio no ha aceptado a la criatura. No lo culpes a él, sino a Gayo. Por desgracia, siente una profunda aversión por los pelirrojos, ya lo sabes. —Tila tendió la mano a Garza y le ofreció un pequeño amuleto egipcio. Era la figura de un enano malcarado—. Guárdalo, protegerá a tu hija.

Garza, de un manotazo, envió la figurilla hasta la palangana de agua que estaba al lado de la cama.

—¡No quiero amuletos de enanos, quiero a mi hija! ¡Es inocente! ¡Qué más da de qué color tenga el pelo! Por todos los dioses, ¡es un bebé! —Garza empezó a perder los nervios.

—No lo hagas más difícil, te lo ruego. Harmonía, la cabeza me va a estallar, llévame a mi habitación —imploró Tila con voz afectada.

Harmonía llamó a Elbón, quien llegó a la carrera. Se quedó unos instantes con Garza.

—Amigo mío, cuéntame qué ha pasado. Desde que llegué a esta casa solo he sufrido sinsabores. Ojalá mi padre estuviera vivo… ¿Y la niña? —preguntó Garza sin poder reprimir el llanto.

—*Domina*, he hecho lo mejor para la criatura, debes creerme. El amo me ordenó llevarla al vertedero y me advirtió que volviera enseguida. Si no actuaba rápido, yo sabía que Gayo iría a buscarme, y él mismo cumpliría su orden y después me mataría a latigazos.

—¿Adónde la llevaste? —balbuceó Garza, invadida por la pena.

—Los dioses me iluminaron. Mi sobrino Seihar se había quedado un día más en Barcino para reparar una rueda de la carreta antes de volver a las montañas.

—¡Seihar! ¡Alabada sea la diosa del manantial! —exclamó Garza.

—¡Alabada sea, pues en buena hora hizo que se rompiera la rueda! —respondió Elbón—. Lo encontré en el taller de Fusco, el herrero. Cuando le expliqué, Seihar no dudó en llevarse a la niña a Castrum Bergium. No te preocupes, Garza, mis hermanas sabrán qué hacer; nuestra familia es grande, siempre hay mujeres amamantando.

—¡Es un viaje muy largo y por caminos pedregosos! ¡Se tarda varios días en llegar, mi niña se morirá de hambre! —Tras pronunciar estas palabras, notó una sensación desconocida en los pechos, un hormigueo que arrancaba

de los costados y subía vertiginoso hasta los pezones. Los sintió gotear y le mancharon la túnica. Garza se tapó con la sábana.

—No temas —dijo Elbón, azorado—. Harmonía tenía guardado el antiguo biberón de Lucio. Preparó leche de almendras, lo metió en un morral junto a otras cosas y yo se lo di a Seihar. Es un buen chico, ya lo conoces. Siempre viaja acompañado de su hermana, él llevará las riendas y ella llevará en brazos a tu hija todo el camino, quédate tranquila.

Annia le enseñó a aliviar la tensión de los pechos. Garza se empleó en ello, necesitaba dejar de pensar y centrar la atención en algo para reprimir las ganas de ir a por Gayo y matarlo. Al menos, su hija estaba viva y en buenas manos. Ahora era una matrona romana, le sobraba tiempo para planear la venganza, que llegaría a su debido tiempo. Lo más inteligente sería hacer creer a todos que había aceptado, sumisa, su destino.

Más tarde, Annia le llevó un caldo de gallina y la dejó descansar. Se sentía débil, vacía, y ansiaba dormir, pero un sentimiento de rabia y abatimiento se lo impedía. Se levantó con cuidado y se asomó por la ventana. Respiró hondo el aire de la noche, que daba una tregua al calor inmisericorde de agosto. En el cielo, el resplandor lácteo de una media luna iluminaba la ciudad dormida.

6. EL PUENTE DE AD FINES

Ad Fines
20 de mayo
9 a. C.

Gayo no consintió que los niños hicieran la peregrinación nocturna hasta Ad Fines, como era costumbre cada primavera entre los layetanos del sur. Lucio aún estaba débil, por eso lo llevó el día antes a caballo, bien envuelto en el *sagum* de lana negra que había usado en las últimas campañas cántabras. Tila y Quinto los acompañaron. Los esclavos llegarían al día siguiente en carreta. La esposa de Gayo refunfuñó todo el viaje a causa de la incomodidad de su silla de montar y por ver al niño dentro de aquella prenda vieja, apestosa debido a las sucesivas capas de grasa para impermeabilizarla.

Avanzaban a buen paso. Gayo les explicó el acuerdo establecido entre las autoridades romanas, Barkal y los demás notables indígenas. Harían coincidir la fiesta layetana de inicio de la primavera con el ritual romano de los Argea. A los recién llegados les interesaba conservar la paz, y nada mejor para ello que fomentar las celebraciones conjuntas.

Remontaron el Rubricatus por el flamante tramo litoral de la Vía Augusta. En la falda de las colinas, a ambos lados del río y cerca de los cultivos ribereños, se arracimaban las humildes casas indígenas de tapial y suelo de tierra batida. La mayoría de los poblados amurallados, situados en la cima de los cerros, como el de Olorda, permanecían abandonados hacía ya tiempo. Algunos indígenas se habían trasladado a los aledaños de la ciudad para ejercer un oficio y otros eran jornaleros o esclavos en las explotaciones vinícolas romanas, cada vez más numerosas. Pero el grueso de los hombres jóvenes nutría las filas de las fuerzas auxiliares de las legiones. La recompensa valía la pena: tras veinticinco años de servicio obtenían la ciudadanía romana, solo así podrían adquirir los derechos de los hombres libres.

A la hora de comer se detuvieron a la altura del alfar de Celso; un poco de pan con queso y olivas fue suficiente para saciar el apetito. Los niños chapotearon en el río al lado de unas lavanderas íberas. Cuando acababan, estas tendían los trapos sobre las rocas calientes y los arbustos, y jugaban a

mojarse unas a otras. Las túnicas se les pegaban al cuerpo, ante un gozoso Gayo que intentaba dar a los niños su primer aleccionamiento en la lucha cuerpo a cuerpo y una inconforme Tila, malhumorada al ver cómo se embarraban la ropa. Las clases acabaron en un ataque de cosquillas y una reprimenda materna.

—¿Es que no sabéis por qué se llama Rubricatus? ¡Mirad vuestras togas!

—Solo es tierra roja, tía Tila… —respondió Quinto, pasando las manos por encima de las manchas.

Con la ropa empapada siguieron su camino, dejando atrás los cerros bermejos. Pronto el río empezó a encajonarse entre barrancos donde crecían almendros, higueras y granados. Tras una pronunciada curva, apareció un panorama casi irreal: al lado de una agrupación de casas indígenas, un gran puente de piedra con un arco de triunfo en uno de sus extremos se alzaba de orilla a orilla; más allá se iniciaba una fértil llanura limitada, a lo lejos, por una mole rocosa que a los niños les pareció un gigantesco animal dormido. La luz anaranjada de la tarde se reflejaba en la Montaña Sagrada y resaltaba las manchas veteadas de vegetación entre sus extrañas formas redondeadas, como un coloso cubierto de algas que emergiera del océano.

Desmontaron y Gayo los llevó hasta el embarcadero para que pudieran ver el puente de cerca. Lucio parloteaba maravillado:

—Mira, Quinto, este es el puente de mi padre, él lo construyó, ¿verdad, padre? Y ahora cobra dinero a los que quieren pasar por él.

—¡Ja, ja! Así es. Pero fueron mis hombres quienes lo construyeron, hijo. Estuvimos trabajando aquí mientras los agrimensores proyectaban Barcino. ¿Ves ese arco, zagal? ¿No te recuerda algo?

—¡Sí! ¡El arco de Tarraco! Lo vimos cuando fuimos a visitar al abuelo Domicio. —Lucio pasó de la euforia a la seriedad. Miró a Quinto y le dijo, con una solemnidad que hizo sonreír a su padre—: Cuando sea mayor, seré un ingeniero y construiré puentes, acueductos y murallas…

—¡No, por los dioses! —contestó Gayo—. Los ingenieros son aburridos y cargantes, solo tienen números y líneas en la cabeza, y el bolsillo siempre vacío.

—Y antes de construir el puente, ¿cómo se cruzaba el río? —preguntó Quinto.

—Había un puente de barcas, más podridas que los dientes de una vieja. No sé cómo resistía, el Rubricatus es muy bravo en otoño.

—¡Mirad! Allí hay una inscripción, ¿la veis? En aquel pilar… —A Lucio le brillaban los ojos de emoción.

—Cuando nosotros ya no estemos —intervino Gayo—, los nietos de vuestros nietos la leerán, y dirán con orgullo que las legiones Sexta Victoriosa, la Décima Gémina y la Cuarta Macedónica construyeron este puente. Lo hemos dejado escrito sobre piedra, ¿sabéis por qué?

—*Verba volant, scripta manent* —respondieron al unísono.

—Así es. Primero construimos Caesaraugusta y, después del puente, nos esperaba Barcino. Creedme, muchachos: no hay nada más bello que contemplar a millares de hombres perfectamente organizados actuando como si los moviera una sola alma. ¡Eso es el ejército!

Atravesaron el puente. Al alcanzar el otro extremo, saludaron a los oficiales de guardia del *portorium*, encargados de cobrar el *portorium*. Mientras Gayo despachaba con ellos, Tila y los niños descansaron en un prado junto al río. Lucio no podía apartar la mirada de la construcción. Le parecía lo más bello que había visto nunca. El arco central era algo mayor que los laterales. Los dos pilares hundían sus cimientos bajo el agua y, sobre estos, se abrían unas pequeñas ventanas de descarga. No era plano, sino que se elevaba en dos vertientes con el punto más alto en el centro. En el otro lado del puente, en la orilla este, el arco de triunfo recordaba a los viajeros las victorias del omnipresente Augusto.

* * *

Al día siguiente desayunaron gachas de cereales y huevos rellenos que les había preparado Melonia, la posadera de la *mansio* de Ad Fines. Gayo Celio demostró tener con ella mucha familiaridad. Al parecer, Melonia había acompañado muchos años a la legión, sirviendo al ejército de muy variadas maneras. Veterana también ella, había decidido establecerse y regentar su propio negocio.

Las carretas de los peregrinos estaban cruzando el puente cuando los niños y Tila salieron del establecimiento. Lucio, excitado, se abalanzó hacia su madre y la abrazó con fuerza.

—¿Qué haces, bruto? ¡Me vas a manchar la ropa! Te lo he dicho muchas veces: no me gustan los abrazos, me ahogo, déjame. —Sin abandonar el gesto de disgusto, añadió ante un frustrado Lucio—: ¿Por qué los dioses no me darían una niña?

De repente, una voz muy conocida los llamó desde la otra orilla. ¡Era el abuelo Domicio! Su comitiva empezaba a cruzarlo en ese momento. Iba acompañado de Melampo, su inseparable secretario.

—¡Hija mía, qué alegría veros! ¿Cómo está Lucio?

Tuvieron que alzar la voz. La muchedumbre se estaba concentrando cerca del puente para ver llegar las carretas adornadas con enramados y guirnaldas de flores. Un grupo de flautistas ensayaba cerca de ellos.

—Ay, padre, Lucio está bien, ¡soy yo quien no está bien! —gritó Tila.

—No será para tanto —respondió Primo con un gesto de desdén—. ¿Avanza a buen paso la nueva ciudad?

—¿Ciudad? ¡Es un campamento a medio construir! No hay ni una sola persona interesante, solo me relaciono con indígenas, esclavos y legionarios. ¡Lucio se está criando como un campesino! —El niño bajó los ojos con expresión avergonzada. Tila continuó—: Padre, quiero divorciarme. No soporto más esta situación, me paso días enteros sin levantarme de la cama, me faltan las fuerzas.

—¿En la cama? ¿Y quién lleva tu casa, los esclavos? —Primo se pasó la mano por el cabello blanco, se colocó bien la toga y alzó la barbilla, recuperando enseguida su porte patricio—. Tu madre hilaba y tejía sin descanso, ¿o es que no lo recuerdas? Hija, una buena esposa cumple con sus obligaciones. Además, eres una Domicia, nunca lo olvides. Barcino prosperará y tú representas allí a nuestra familia. Por cierto, ¿has buscado un pedagogo para Lucio? Con ocho años, ya debería…

—No hay mucho donde elegir —respondió Tila—. Podrías enviarnos alguno de Tarraco.

Lucio levantaba la mirada fugazmente para mirar a Primo Domicio. Recordaba muy bien la última vez que se habían visto. Toda la familia había viajado tres días en carreta hasta Tarraco para ir a festejar el nuevo año a casa del abuelo. Su madre pasó meses reprochándole a Gayo el no haber ido en barco, lo cual les habría permitido llegar en el mismo día. Pero desde la batalla de Actium, Gayo Celio consideraba que el reino de Neptuno era para él un lugar hostil.

Se alegraba de llevar las botas de cuero rojo que el abuelo le había regalado como *strena* de Año Nuevo, aunque las tablillas enceradas fueron de lejos el regalo más apreciado. El secretario, que se había quedado un poco rezagado, los alcanzó. Al verlo, Lucio dio un paso atrás, asustado. Observó con asombro su piel lechosa, excepto unas feas manchas marrones que salpicaban aquí y allá su rostro. Los diminutos rizos de su cabello, del color del huevo batido, le enmarcaban la cabeza como si se tratara de un gorro de lana. La nariz era ancha, con unos agujeros enormes como ojos de animal, y sus labios, de tan gruesos, parecían inflamados por una buena tunda.

—¡Te saludo, Melampo! —dijo Quinto.

Lucio abrió los ojos con horror.

—¿Le conoces?

—¡Claro! Es el secretario del abuelo. Es albino. Se lo compró a un mercader garamante cuando aún era un bebé. Tener cerca a un albino atrae la buena suerte.

En ese momento llegó Gayo, muy sonriente. Se le torció el gesto al ver a su suegro, a quien saludó con fingida reverencia:

—¡Querido suegro! ¿A qué se debe tu ilustre visita?

—Te saludo, yerno. El colegio de pontífices de Tarraco me ha elegido para desempeñar la ceremonia del puente. El anterior pontífice ha alcanzado una edad provecta y no puede desplazarse, y yo aún puedo dar mucha guerra. —Sus aristocráticas facciones y el marcado acento romano de su latín le conferían un aura de autoridad de la que nadie parecía poder sustraerse. Nadie excepto Gayo—. Ha sido buena idea hacer coincidir la ceremonia con la peregrinación de los íberos. ¡Lucio! Ven aquí, hijo, déjame verte.

El niño dio un salto y avanzó hacia él como un potrillo, sin dejar de mirar de soslayo al extraño personaje.

—No tengas miedo; es Melampo, mi secretario. Ya debes de saber algo de griego, adivina por qué se llama así.

—No sé griego, abuelo, aunque puedo hablar muy bien la lengua de los layetanos —contestó el niño con una sonrisa triunfal.

—¿De los layetanos? ¡Y de qué sirve eso! Tu primo Quinto tiene un preceptor de griego. Verás, Melampo significa «hombre de pies negros».

—¿Y de qué sirve un secretario? —preguntó Lucio, aunque se arrepintió después. Al lado de Quinto sentía que él no sabía nada de nada, y temía que el abuelo lo tomara por un ignorante. Ni siquiera sabía qué era un «garamante».

Tras una carcajada, Primo Domicio escrutó con detenimiento las facciones de su nieto antes de responder:

—Pues, como ya te debes imaginar, un secretario sirve para guardar secretos. —Lucio miró de hito en hito al albino, que al sonreír mostró una dentadura perfecta. El abuelo cambió de tema—: He dado gracias a los dioses cada día por haberte recuperado de tu enfermedad. Eres fuerte, hijo, me siento orgulloso de ti. —El anciano miró a Tila y después al niño—: Pronto acabaré mi cometido en Tarraco y regresaré a Roma. Me hago viejo y quiero volver a casa. Quizá tú y tu madre me podríais acompañar y pasar allí un tiempo, si tu padre lo permite, claro —dijo Primo, colocando una mano sobre el hombro de Lucio.

Gayo lo miró sorprendido. Fue a hablar, pero no salió ni una sola palabra de su boca. Miró a su esposa, cuyo rostro se había iluminado súbitamente.

—Vaya, esto no me lo esperaba. Creía que querrías mantenerte alejado de nosotros, tan poco acordes con tu alcurnia —respondió Gayo con sorna.

—¡No seas necio! Piénsalo, yerno. En Roma yo podría educar a Lucio como le corresponde. —Primo Domicio hablaba muy erguido. A pesar de su edad, se conservaba delgado. Lucio lo adoraba, era alto y poderoso, y era su abuelo.

Se hizo un silencio incómodo. El niño, con la perspicacia de sus ocho años, comprendió la trascendencia del momento. Entre las miradas de soslayo y las sonrisas nerviosas se estaba dirimiendo su destino. Y era su padre quien debía decidir. Finalmente este habló:

—Estimado suegro, todo a su debido tiempo —dijo Gayo despacio, eligiendo muy bien las palabras—. A tu hija parece habérsele secado el vientre, por no decir más cosas. Lucio es mi único vástago y no creo que eso vaya a cambiar. Aún es niño y quiero tenerlo a mi lado. Hay cosas que solo un padre puede enseñarle a su hijo.

—¿Y qué le vas a enseñar? ¿Cómo trasegar ánforas de vino en la bodega? —La voz de Primo sonó burlona.

Gayo apretó los puños, intentando mantener la calma.

—Sí, si es necesario. Mi hijo será un hombre. —Gayo miró intensamente a Primo—. Un hombre de verdad. Hará carrera en Barcino y heredará mi negocio.

Las palabras le salieron sin pensar, y en cuanto acabó de pronunciarlas se arrepintió. El plan que había trazado en su mente no era ese. Era el corazón el que había hablado: amaba a Lucio y le dolía imaginarlo lejos de él, y más aún verlo convertido en un señorito de manos inmaculadas.

Primo Domicio no perdió la sonrisa ni el porte, pero su mandíbula se endureció.

—Disculpadme —dijo abruptamente—, debo prepararme para la ceremonia. Por cierto, Gayo Celio, te espero después en el despacho del *portorium*. He de tratar un asunto contigo.

Mientras Gayo se alejaba, Tila no pudo evitar encararse a su marido:

—¿Prefieres ver pudrirse a tu hijo en este agujero del mundo antes que educarlo en Roma? ¡Lucio también pertenece a la familia Domicia!

—¡Oh, mujer, no empieces con tus necedades! Nadie, ni siquiera el mismísimo Júpiter, me va a decir cómo educarlo. Tu padre es astuto, Tila, y tú no sabes nada de la vida, no tienes ni idea cómo actúa toda esa ralea

patricia. Si tanto quiere a su nieto… ¿por qué no viene nunca a visitarnos? Lucio ya tiene una familia, no necesita a nadie más. Por ahora.

⁎ ⁎ ⁎

Primo quiso imitar, en la medida de lo posible, la ceremonia anual de Roma, cuando desde el puente Sublicio se arrojaban al Tíber muñecos de mimbre, atados de pies y manos, que eran arrastrados por la corriente. En esta ocasión fue el Rubricatus el que recibió los sucedáneos de víctimas humanas que, en el ánimo de todos los presentes, se llevaron consigo penas y negruras, purificando sus almas y dejándolas impolutas, prestas a disfrutar de las alegrías que la primavera auguraba.

La carreta de Elbón y Harmonía llegó tarde, pero con una sorpresa: los acompañaba Seihar, un sobrino de Elbón. Tenía más o menos la misma edad de Lucio y Quinto, y no les faltó tiempo para encontrar intereses comunes. Seihar no hablaba muy bien el latín, así que se entendieron ayudándose de las palabras íberas que conocían.

Estuvieron un buen rato espiando al albino y, al verlo comer, beber y hablar como una persona, perdieron el interés y bajaron al río por la escalinata de piedra que descendía hasta el agua. Construyeron diques con ramas y piedras mientras Garza tejía nasas de junco para capturar peces. Lucio no dejaba de mirar el puente, el aparejo de los pilares, los arcos. Era todo de piedra, como la Montaña Sagrada. ¿Quién construía las montañas? Quizá, pensó, en la época de los Titanes, cuando se creó la Tierra, también hubo ingenieros. Una vez, cuando visitaban las obras de Barcino, su padre le dijo que nadie igualaba a los romanos en el arte de la construcción, ni siquiera los egipcios. Podían hacer cualquier cosa, pues habían inventado un tipo de argamasa, el hormigón, que se lo permitía. Un gorgoteo en el estómago lo despertó de sus pensamientos. Ya era hora de comer y volvieron corriendo al prado.

Familias enteras reían y comían habitas tiernas recién desgranadas y queso de cabra, tortas de centeno con miel, bocados de peras cocidas en vino y muchas otras delicias. Lucio vio a Elbón y Harmonía charlando con indígenas, desconocidos para él. Oyó que lo llamaban y, al girarse, divisó a Barkal haciéndole señas. Estaba sentado con Garza y otros layetanos. Le pareció grosero no atender a su llamada, pero temía a su padre: no le gustaría verlo con ellos. Dudó unos instantes, sin saber qué hacer, así que Barkal tuvo tiempo de adivinar qué sucedía. Se levantó y fue hacia él.

—Hola, Lucio. ¿Quieres venir a jugar un rato con Garza? No te preocupes, querido, mi mujer no está.

«¿Querido?». Nunca nadie le había aplicado ese calificativo. No le molestó. Se mordió los labios y buscó con la mirada por todas partes. Barkal insistió:

—Hace muy poco he visto a tus padres caminando con tu abuelo hacia el puente. —Se inclinó y le dijo al oído—: No hay peligro a la vista. Ve a avisar a Elbón y dile que estás conmigo.

Lucio sonrió. Le gustaba Barkal, con él nunca se sentía cohibido o amenazado. Aceptó su propuesta y, al poco, se presentó con Seihar y Quinto llevando una pata de jamón de parte de Elbón.

—¡Por Lug, el temerario! ¡Un jamón ceretano! Preséntame a tus amigos —dijo Barkal.

—Quinto es mi primo, vive en Tarraco, y este es Seihar, sobrino de Elbón, a quien ya conoces. ¿Has dicho Lug, el temerario? ¿Quién es?

—¿No conoces a Lug? Deberías, pues lo llevas en tu nombre. Es el dios de la luz. Los pueblos de las montañas lo veneran.

—¡Un dios que se llama como yo! —A Lucio se le salían los ojos de sus órbitas—. Bueno, mi nombre es Lucio Celio, pero a mí me gusta más Lug.

Seihar se adelantó y saludó a Barkal:

—A su servicio, señor. Soy Seihar, bergistano, y mi familia viene a Barcino de vez en cuando para vender jamones y maderas. El jamón es un regalo para ti y tu familia. —Habló en íbero y Lucio lo entendió un poco. En atención a Quinto, que parecía muy perdido, Barkal respondió en latín:

—Seihar, cada vez que tu familia pase por casa de Gayo Celio estaré encantado de recibirlos también en la mía y comprarles sus productos. ¿A qué esperamos? Pásame el cuchillo, Garza; hagamos los honores a esta pieza.

Los chicos comieron hasta hartarse y después enseñaron a Garza a jugar a las nueces. La niña no hablaba mucho; sin embargo, sus expresivos ojos verdes decían todo lo que su boca callaba. Llevaba recogida en una trenza su espesa cabellera rubia y vestía una túnica blanca bordada de flores amarillas. Lucio y ella se miraban y sonreían.

Una voz airada sonó de repente. Lucio se fijó en el fornido layetano que estaba discutiendo con Barkal:

—¿Cómo has permitido esto? ¿Qué tienen que venir a hacer los sacerdotes romanos a nuestra celebración?

—No espero que lo entiendas, Artabeles. Con este enemigo no vamos a poder, más nos vale colaborar para poder conservar cierto poder de decisión.

—¿Poder de decisión? Te has vendido a los romanos, Barkal.

—No, Artabeles, aprendo de ellos. Pondremos nuestras leyes por escrito, como ellos hacen, disfrutaremos del agua que traen sus acueductos, calentaremos nuestras casas —dijo Barkal, dándole un codazo amistoso—. Tú mismo disfrutas de mis pequeñas termas de vez en cuando, te encanta pisar el mosaico caliente de mi baño… Después de haber conocido cómo vive un romano, ¿prefieres seguir durmiendo en una choza de adobe abrazado a las cabras?

—No sé cómo te permito esas palabras. —Una vena se le hinchó en la sien—. Tú estás soñando. Masacran a los pueblos que no doblan ante ellos la cerviz, arrasaron Ilduro y todo el norte, después fue Baitolo. Lo único que quedaba de la Layetania, Barkeno, ya está muerto. Pronto ni siquiera hallaremos refugio en las montañas, esos perros llegarán a todas partes.

—La Layetania hace tiempo que estaba sentenciada, solo era cuestión de elegir cuál era la mejor muerte. En cuanto a Barkeno, con el puerto casi cegado, ¿qué futuro le esperaba? Y esos perros, como tú los llamas, nos han construido una nueva Barkeno. ¿Es que no lo ves?

—Eres tú quien no ve lo que realmente sucede. La mayoría de los layetanos acabarán trabajando como esclavos en las haciendas de esos advenedizos. Me avergüenzas, Barkal. Mírate, pareces uno de ellos, sentado en su senado y vestido con su toga. Antes labrábamos la tierra de nuestros padres, ahora nos sentimos extranjeros en ella, dividida y regalada a esos patanes. Por fortuna, no todos pensamos como tú. Aún hay íberos que quieren luchar. —Se puso en pie y se llevó la mano al cinto, buscando algo que no encontró.

—Tú trabajas bien el cuero. —Barkal intentaba mantener la calma—. Antes no ganabas ni una sola moneda hasta el día de mercado, una vez cada tres lunas, ¿ya lo has olvidado? Ahora puedes vender correajes, sandalias, arreos, zurrones y todo lo que quieras a los romanos deseosos de hacer negocio contigo.

—Ese es el problema, amigo. Para ti todo es un negocio. Arreglos, pactos, acuerdos… Lo que está en juego es nuestra manera de vivir, nuestros dioses no nos perdonarán que los olvidemos. Yo no me vendo por un baño caliente. Y no dejaré a mi hijo Untiken mezclarse con ellos.

La voz de Artabeles quedó ahogada por el son de los caramillos y los flautines. Unas chicas indígenas, con un vestido hasta los pies bordado con motivos ajedrezados, avanzaban cogidas de las manos en dirección a otros

tantos muchachos. La gente se unió a ellos, formando una cadena que serpenteaba por todo el prado.

Mientras tanto, Lucio y Garza fueron a mirar si había algún pez en las nasas. Al acercarse al puente, el niño oyó los gritos. De pie, en la puerta de la oficina del *portorium*, Primo Domicio parecía transformado. Su rostro estaba rojo de cólera, los pliegues de la toga se le habían caído y la llevaba arrastrando. En unas horas había envejecido años. Lucio se paró en seco al comprobar que era a su padre a quien gritaba:

—¡Esto se acabó, Gayo, se acabó! No quiero volver a verte, desaparece de mi vida. Pero si me entero de que maltratas a mi hija o a Lucio… usaré todas mis influencias para destruirte. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Primo Domicio reparó en la presencia del niño. Se apoyó contra la pared, se llevó la mano al corazón y se forzó a sonreír. Lucio comprendió el gesto. Antes de poder reaccionar, su padre lo había agarrado por el brazo.

—¿Y tú qué haces con esta? —Gayo señaló con la cabeza a Garza.

La niña salió corriendo hacia donde estaba Barkal, que saludó a Gayo con la mano. Sin hacer caso del saludo, este ordenó a su hijo que lo siguiera. Lucio arrancó a andar mirando hacia atrás para ver si su abuelo aún estaba allí, pero no lo vio. Barkal y Garza lo observaban y levantaban la mano despidiéndose. La fiesta había acabado rematadamente mal.

7. *ORBIS TERRARUM*

Roma
Idus de agosto
3 d. C.

Lucio Celio y su primo Quinto, que hacía meses se había trasladado a Roma, a casa de su tía Domicia Calvina, enfilaron por la Vía Lata, dejando a la izquierda la Saepta, la plaza porticada donde se celebraban los comicios. El día era luminoso y, a medida que se adentraban en el Campo de Marte, el bullicio de Roma se iba diluyendo con el burbujeo refrescante de mil fuentecillas y surtidores.

Llegaron hasta el reloj solar construido por Augusto, cuya aguja la constituía un gigantesco obelisco. A la vuelta se detuvieron en el *Orbis terrarum*, un mapa pétreo del mundo conocido, situado entre las rosaledas del Pórtico de Vipsania. Roma era la encrucijada de donde partía un larguísimo *decumanus* que, pasando por Judea, Asia Menor y Grecia, llegaba hasta los confines de Arabia. Hacia el otro lado se proyectaba por el Pirineo hasta el *finis terrae*, a través de las montañas de los salvajes cántabros y de los celtas galaicos.

—Elige destino, el mundo está a tus pies —bromeó Quinto.

Quinto tenía la misma edad de Lucio. Había pasado toda su vida en Tarraco, donde vivía su familia desde que Primo Domicio, el abuelo, había recibido el encargo imperial del control financiero de la provincia Tarraconense. Eran casi de la misma estatura, aunque Lucio era más esbelto. Quinto carecía de la timidez de su primo y había recibido una sólida educación patricia. Lucio envidiaba su don de gentes, su elegancia natural y esa arrogancia inconsciente que solo poseen los jóvenes de buena familia.

Los unía un fuerte vínculo. Sin embargo, al lado de Quinto Lucio se sentía algo rústico. Tarraco era una gran ciudad, convertida temporalmente en la capital del Imperio durante los años en que el mismísimo Augusto había residido en ella. El refinamiento de sus patricios era similar al de la metrópolis. Barcino, sin embargo, era una ciudad pequeña y nueva, habitada por antiguos soldados, como Gayo, comerciantes y extranjeros, pero sin patriciado. Lucio se había criado en el campo, en las tierras cercanas al río y

al antiguo puerto. Se jactaba de ser un experto cazador de conejos y de pescar los pulpos a mano; sabía la cantidad exacta de agua de mar que había que echar al vino para conservarlo y cuántos árboles se necesitaban para construir un establo mediano. Pero cuando se trataba de hablar ante desconocidos, sentía la lengua pastosa y su ánimo se turbaba.

—A tía Domicia le faltó tiempo para decirme que conoce al prefecto de Egipto, Publio Ostorio Escápula. Según parece, este le debe un favor —dijo Lucio mirando fijamente el mapamundi. Esperaba encontrarlo más detallado. No figuraba Barcino, ni Tarraco, ni Caesaraugusta, solo Hispania, una península situada en un extremo del *Mare Nostrum*, en el confín del mundo, separada de la Galia por unas montañas esculpidas como los eslabones de una cadena. Solo eso.

—¡Egipto! Un destino tranquilo. En la Tercera Cirenaica hace tiempo que no sufren el incordio de los chinches —dijo Quinto muy serio.

—¿Cómo es eso? ¿Es la sequedad del desierto? —preguntó Lucio, intrigado.

—No… —respondió Quinto—: ¡Se han muerto de aburrimiento! —contestó entre carcajadas—. Yo preferiría algo más movidito… la Germania, quizá.

—Pues yo iría a Apolonia. Allí hay excelentes maestros de arquitectura, aunque ninguna legión. Y mi padre no quiere ni oír hablar de enviarme allí a estudiar.

El corto cabello castaño de Lucio contrastaba con los rizos claros de Quinto, característicos de los Domicios.

—¿Qué te parece si vamos a ver esa maravilla acuática que ha construido Agripa? Por cierto, te veo mustio. ¿Qué te pasa?

—Esta noche no he dormido bien. *Niso* ha estado aullando y arañando una puerta, y no he parado de oír voces y pasos apresurados por la casa —contestó Lucio.

—Debe de haber sido Melampo.

—¿Melampo? —El rostro de Lucio se contrajo en actitud pensativa—: Melampo. —Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se quedó mirando a su primo—. ¡Ahora recuerdo! ¡Era el secretario del abuelo!

—Así es. Por alguna razón, no le otorgó la libertad en su testamento, por lo que permaneció en la casa llevando la administración. Tía Domicia no lo ha soportado nunca, y tampoco se atreve a venderlo. Le teme. Sabe demasiado.

—¿Y qué tiene que ver Melampo con la algarabía de esta noche?

—Está muy enfermo, y su perro, *Niso*, no se separa de él. Nunca sale de su habitación de día. Vive de noche, cuando todos duermen. Tiene el rostro desfigurado por los tumores. Tía Domicia espera que la tijera de Morta haga su trabajo pronto para poder librarse de él.

Melampo. «¿Para qué sirve un secretario?, —le había preguntado a su abuelo—. Para guardar los secretos». ¿Era una broma hecha a un niño preguntón o era realmente cierto? ¿Qué secretos guardaba Melampo?

Caminaron siguiendo el Aqua Virgo, un acueducto construido por Agripa justo después de volver de las guerras cántabras. De hecho, toda la zona se debía a él, general, yerno y mano derecha del emperador. Tras haber desempeñado varias veces el consulado, había elegido el cargo menor de edil —el primer escalafón de las magistraturas municipales— para poderse dedicar a su pasión: la arquitectura.

—¡Por Júpiter Óptimo Máximo! —exclamó Lucio cuando desembocaron en la imponente plaza porticada que daba acceso a dos edificios: por una parte, el templo de mármol dedicado a los dioses protectores del divino César y, frente a él, la basílica de Neptuno. Más allá se abría una gran piscina natatoria al aire libre, conectada con el Tíber por el Euripo, un canal que serpenteaba entre jardines, altares y pórticos, donde los jóvenes nadaban tras ejercitarse en la palestra.

—Al lado de esto, Barcino parece un burdo campamento del *limes* —dijo Lucio.

—Quizá no puedas ir a Apolonia a estudiar arquitectura, pero podrías ser ingeniero de las legiones germanas. Allí están los mejores. Somos parientes de Domicio Aenobarbo, el constructor de los famosos Puentes Largos sobre los pantanos que hay más allá del Rhenus. Precisamente la Primera Legión está destinada allí; enrólate como legionario y así yo seré tu tribuno —sugirió Quinto con expresión socarrona.

—¿La Primera Legión? ¿Estás loco? Mi padre me mataría; esa legión fue diezmada delante de sus narices. Sus soldados se echaban rodando montaña abajo con tal de no combatir contra los cántabros. Además, tía Domicia desea para mí un puesto de tribuno *angusticlavio*. Seis meses de servicio y de vuelta a Roma. Para ingresar en el cuerpo de ingenieros debería pasar algunos años como soldado raso, y mi padre no me ha enviado aquí para eso.

—Entiendo. Gayo le ha pedido a los Domicios una ayudita, como de costumbre. Aunque tu padre sea caballero, la dignidad ecuestre no se hereda.

—Exacto —dijo Lucio—. Y un plebeyo como yo no puede ser tribuno militar. Sinceramente, no sé cómo lo voy a conseguir, aunque tía Domicia lo

da por hecho. Aun así, no me seduce la idea de pasar seis meses entre oficiales imberbes como tú, mandando a soldados curtidos que me doblan la edad.

Le costaba apartar los ojos de las edificaciones. En su siguiente salida llevaría consigo un pequeño rollo de papiro y un carboncillo para dibujar. Entre toda aquella magnificencia se sentía orgulloso de ser romano. Gayo Celio había luchado a las órdenes de Agripa en Cantabria y él mismo había presenciado la consagración de Barcino, con cuatro años, desde el regazo del emperador. Daría lo que fuese para que su padre pudiera admirar todo aquel esplendor.

Varias estatuas griegas presidían la entrada a las termas. Cruzaron la puerta y accedieron a un gran espacio circular central techado con una cúpula, alrededor del cual se organizaban las salas de las termas. Los mármoles de colores, los surtidores y los mosaicos polícromos los fascinaron. Nunca se habían movido en un ambiente tan lujoso, al alcance de cualquier romano. Octavio Augusto había hecho honor a su título, aumentando la prosperidad de Roma y ofreciéndosela al pueblo.

Sumergidos en la piscina de agua fría, se acomodaron en un ángulo donde unos tritones de mármol verde echaban agua por la boca.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o no? —preguntó Quinto.

—¿El qué? —respondió Lucio con expresión distraída.

—Ya sabes qué: la boda de Vibio y Garza.

—No hay nada que contar. —El tono de Lucio era cortante—. Antes de morir, Barkal le pidió a mi padre que aceptase ser el tutor legal de Garza. Y mi padre estimó que lo mejor para todos era casarla con Vibio. Garza tiene dieciocho años y Vibio necesita sentar la cabeza.

—Me parece estar escuchando a tu padre o a tu madre, no a ti. ¿Lo mejor para todos? ¿Estás tú incluido? Lucio, hombre, no me engañes; cuando Garza estaba cerca temblabas como un ternero enamorado. No me trago que te da igual verla casada con la sabandija de tu primo.

—Ahora es mi hermano. Mi padre lo ha adoptado —dijo Lucio, endureciendo su rostro por momentos.

—¿Adoptado? ¿Que tu padre lo ha adoptado? ¡Ay! —exclamó Quinto, al golpearse con el tritón cuando se quiso incorporar.

—Pocos días antes de la muerte de Barkal, mi padre le prometió que Garza se casaría con su hijo —dijo Lucio sin atreverse a mirar a Quinto.

—Exacto, su hijo. Ese eres tú.

—Y ahora Vibio, también Vibio —replicó Lucio mientras se situaba bajo el chorro de agua fría.

—¡Qué hábil! Apuesto a que lo adoptó cuando las cenizas de Barkal ya reposaban en la panza de una urna —manifestó Quinto.

—Mi padre es hombre de pocas explicaciones. Pudo haberlo hecho antes y no decírselo a nadie.

—Sí, pero el gusano sinvergüenza de Vibio lo habría pregonado a los cuatro vientos, inflando el pecho como un pavo. Yo no me lo trago. ¿Y Garza? No quiero imaginar el escándalo que habrá armado. No es posible que Barkal, en su sano juicio, acordase con tu padre casar a su única hija con Vibio.

Lucio bajó la mirada y apretó los labios. Eso mismo decía Garza, su padre nunca habría hecho ese trato. Aseguraba que Barkal no sabía nada de la adopción. ¿Qué podía hacer? ¿Poner en duda la palabra de su padre? ¿Gayo había sido capaz de mentirle a un moribundo? Lucio se había visto obligado a elegir: o creía a Garza o a su padre. No tenía alternativa. Con el corazón hecho añicos, acató los hechos, aun cuando eso implicara renunciar a Garza.

—El abuelo Domicio no soportaba a Gayo. El viejo siempre decía que la ambición lo perdería. Mi madre y tía Domicia lo detestan. Es un oportunista.

—¡Hablas de mi padre! Has vivido largas temporadas en mi casa, bajo su techo, ¿cómo puedes decir eso? —le recriminó Lucio.

—¡Vamos, primo! Te considero un hermano, por eso me permito la libertad de hablarte con franqueza.

Al salir del agua, los esclavos los cubrieron con un manto. Lucio le habló a su primo con enojo y el dedo índice levantado:

—Escúchame, Quinto. Mi padre se ha ganado a pulso su patrimonio con su esfuerzo como soldado; ha pasado media vida sirviendo a Roma, ha alcanzado la dignidad ecuestre, y es natural que quiera ver a su hijo bien situado. Los patricios no lo podéis comprender. —Se ajustó la toalla alrededor del cuerpo—. Él no tenía nada, ¡nada! ¿Acaso es mala la ambición? Entre patricios es una virtud, pero ¿y si un plebeyo quiere prosperar? Entonces lo tacháis de oportunista.

Nunca le había hablado a su primo en esos términos. Desde niños se habían tratado como iguales. Pero un abismo social los separaba.

Quinto se le acercó y dijo, intentando mantener la calma:

—Tienes bien aprendida la lección, ¿eh? La ambición es buena cuando es sinónimo de superación. Lo de Gayo es codicia. No le importa manejar vuestras vidas a su antojo. ¿No te das cuenta? Gayo siempre ha tenido dos

obsesiones: la tierra y ver a un Celio entre los patricios. No ha dudado en utilizaros. La muerte de Barkal le ha puesto en bandeja una jugada maestra: por fin se ha apoderado de sus tierras y su hijo está a punto de empezar carrera en Roma. Ya puede estar satisfecho.

8. EL POBLADO VIEJO

Espeluncas
Verano
7 a. C.

Tila nunca llegó a recuperarse de la ruptura con su padre. Desde aquel día fue presa de un decaimiento que la tuvo largos meses en cama. Dos años después del suceso de Ad Fines, Gayo accedió a la petición de su esposa y permitió a Quinto pasar de nuevo el verano con Lucio. Seihar, el sobrino de Elbón, se unió al grupo durante varios días mientras sus padres recorrían la Layetania vendiendo sus productos. Lucio estaba feliz, se compenetraba bien con ambos.

Una mañana sus correrías los llevaron hasta el río. Allí se encontraron con Garza, cazando ranas con un niño indígena a quien ya habían visto en la fiesta de primavera. Al verlos, este les gritó:

—¡Fuera de aquí, romanos!

—Déjalos, son mis amigos Lug, Quinto y Seihar —dijo Garza.

—Venimos a bañarnos —informó Quinto con el ceño fruncido.

—Nadie se va a bañar aquí, guapito. —Untiken parecía mucho mayor por su corpulencia y por la fiereza de su expresión—. Id a molestar a otra parte.

—Estas tierras son de mi padre, así que si alguien molesta eres tú. —Lucio miró a Garza—. Aunque si eres amigo de ella puedes quedarte.

—Es Untiken, el hijo de Artabeles —respondió Garza—. Hemos planeado subir al poblado viejo por el camino de las Espeluncas. Nos gusta trepar por las rocas y meternos en las cuevas. ¿Queréis venir?

—Podemos poner trampas —dijo Seihar—, y quizá cacemos algún conejo.

—¡Sí! Llevo mi honda y mi piedra de fuego —añadió Lucio, sacando sus tesoros de una bolsa de piel que llevaba en bandolera.

El grupo se puso en marcha ante el evidente disgusto de Quinto. Garza y Lucio, compañeros de juegos en los últimos tiempos, encabezaban el grupo. Untiken los observaba molesto.

—¿Qué le pasa a Quinto? ¿Está enfadado? —le preguntó Garza.

—Se ha criado en la ciudad, no le gusta mucho ensuciarse y esas cosas. Pero le estoy enseñando a cazar, se acostumbrará.

—Mi madre me ha dicho que algún día te lleve al manantial. Podrías venir con tu madre.

—¿Mi madre? —dijo Lucio, enarcando las cejas—. No lo creo. Ella también prefiere vivir en la ciudad. Además, siempre está enferma.

—La mía tampoco está bien. Siente mucha añoranza de Cantabria. No quiere aprender latín. Está triste porque ella es la última de su pueblo y cuando muera no quedará nadie que pueda hablar con los antepasados.

—Eso no es cierto. Tú hablas su lengua. Te he oído —señaló Lucio.

—Eso le digo yo. Además, su estirpe se transmite de madres a hijas. Yo podré transmitirla, y enseñaré a mis hijos a hablar como los cántabros. —Garza arrancó una ramita de hinojo y empezó a chuparla.

—¡Yo también quiero aprender! —dijo Lucio, poniéndose delante de ella y caminando de espaldas.

—Eso no le gustaría a tu padre…

Lucio cogió una rama del suelo, se tapó un ojo con la mano y empezó a imitar a Gayo, blandiendo el palo por encima de su cabeza:

—¡Por el gran culo de la diosa frigia! ¿Qué estás farfullando, maldita hija de Plutón?

Todos estallaron en carcajadas menos Untiken, a quien no le había hecho nada de gracia la irrupción de Lucio, Quinto y Seihar. Garza echó a correr gritando:

—¡A ver quién llega antes a la cueva de la Mujer Muerta!

Corrieron sorteando matojos y trepando por las piedras. Seihar fue el primero en llegar, seguido de Lucio y Garza. Untiken se movía más lento, pues su robustez le restaba agilidad.

—Quinto y Untiken, por haber llegado los últimos tendréis que entrar y sacar un hueso —dijo Garza con una sonrisa pícara.

—Yo entro solo, no necesito a ese —dijo Untiken señalando a Quinto.

—Adelante, no me apetece nada entrar en esa cueva con un oso —se burló Quinto, arriesgándose a recibir una pedrada.

Al cabo de unos minutos, Untiken salía con un omóplato en la mano. Los demás se apartaron, todavía tenía pegados restos de carne podrida y, con el calor, hedía. Se lo arrojó a Quinto, este a Lucio y así sucesivamente. Seihar cogió el hueso, lo miró y dijo:

—Esto es solo un hueso de jabato. Yo he visto los huesos de los gigantes; esos sí son grandes.

—¿Y tú cómo sabes que son huesos de gigantes? —preguntó Untiken con los brazos en jarras.

—Mi padre me los enseñó, están cerca de la ciudad de Eso, en la tierra de los ilergetes. Los he visto con mis propios ojos —dijo Seihar, poniéndose los dedos índices en las mejillas—. Son de la época en que la diosa de la Montaña Sagrada creó a los animales y a los hombres, grandes como los titanes. Desde entonces todo se ha ido empequeñeciendo, hasta que seamos como hormigas y desaparezcamos.

—¿Qué tonterías dices? Quizás eso os suceda a los íberos, pero no a los romanos —dijo Quinto ante un Untiken que enrojecía por momentos. La voz de Garza les llegó desde arriba:

—¡Eh! ¿Subís o no? Por aquí hay muchos agujeros de abejarucos, ¿queréis verlos?

Había trepado por encima del abrigo rocoso y seguía adelante como una cabra montesa. Con los pies desnudos y los dedos como garfios, trepaba con una facilidad pasmosa. Seihar intentó emularla, sin éxito. Resbalaba una y otra vez.

Lucio la miraba con cierta preocupación, si se caía desde aquella altura podría golpearse la cabeza contra la roca. Sin embargo, la admiraba. Nunca demostraba miedo. Las horas transcurridas a su lado eran las más divertidas y estimulantes. Buscaban nidos de avispas, montaban en el burro coceador de Cauco, el viejecillo giboso que vivía en una choza del bosque, y jugaban a ver quién lanzaba más lejos los guijarros en el río. El tiempo parecía volar cuando estaban juntos. Gayo no aprobaba esos encuentros, por eso procuraban hacerlo cuando estaba en Barcino.

Sin dudarlo, Lucio empezó a trepar tras ella, pero a los pocos metros resbaló y se desolló las rodillas. La potente voz de Untiken sonó a su lado, perforándole el oído:

—¡Rubia, trepas como un lince!

—¡Y tú ruges como un oso! —gritó Garza desde las alturas, imitando su voz.

Lucio no se dio por vencido y, al tercer intento, consiguió llegar hasta arriba. Garza lo esperaba con una corona de hierbas trenzadas.

—¡Bravo! Untiken es el más fuerte, pero tú eres el campeón. El premio es tuyo. —Le colocó la corona y lo besó fugazmente en los labios.

Lucio bajó la cabeza para disimular el rubor. Su mirada se encontró con la del íbero. ¿Así que él era el más fuerte? Sintió una punzada de rabia. Aquel condenado chico le estaba fastidiando el día.

⁎ ⁎ ⁎

Durante el camino practicaron con sus hondas y tirachinas. De nuevo Garza demostró ser la más hábil, pues atrapó un conejo, frente a los cuatro pajarillos que ellos cazaron.

Cuando llegaron al poblado viejo hicieron fuego y asaron los animales. Después de comer, merodearon por las casas en ruinas. Debajo de unas maderas encontraron unos gatitos recién nacidos. Los tomaron en sus manos y los llevaron consigo, tras prometerle a Garza devolverlos a su lugar para que mamá gata los alimentase a su vuelta.

—¿Quién vivía aquí? —preguntó Seihar.

—Los antepasados de mi padre, aunque todos acabaron por trasladarse a Barkeno —informó Garza.

Caminaron por una calle excavada en la roca. A ambos lados se levantaban paredes de adobe encima de un murete de piedra. Los tejados se habían hundido, excepto el de una casa que se encontraba al final de la calle. Garza los mandó callar llevándose un dedo a los labios, y les susurró:

—¡Rápido, escondeos!

Todos se parapetaron detrás de un muro y observaron. Garza les contó que, desde hacía una temporada, alguien había convertido aquella casa en su refugio. A veces se reunían allí varios jóvenes y llevaban odres de vino y muchachas.

—El cabecilla del grupo es muy antipático. Cuando me ve merodear por aquí me tira piedras.

Quinto había apoyado la rodilla en una roca saliente del murete, que cedió con su peso. Cayó hacia adelante lastimándose la barbilla. En el muro quedó al descubierto un hueco, del que sobresalía algo. Lucio metió la mano y sacó un cráneo de cabrito. Untiken, enfurecido, lo derribó de un golpe. Los gatitos rodaron por el suelo.

—¡No toques eso, maldito romano!

Lucio se levantó con furia y le devolvió el puñetazo. Garza se interpuso. Quinto agarró a Lucio y Seihar a Untiken, quien se lo sacudió de encima con energía.

—¿Qué ha hecho de malo? ¡Solo es un hueso! —gritó Quinto.

—Es un sacrificio de fundación —explicó Seihar—. Los constructores de esta casa sacrificaron un cabrito para ganarse la protección de algún dios.

Mientras hablaban, un hombre salió de la casa y se aproximó. Lucio, palpándose la mandíbula dolorida, reparó en él. Era Vibio.

Había llegado a su casa hacía dos años, andrajoso y desnutrido. Recordaba con detalle la ocasión, pues fue la primera vez que vio llorar a su padre, cuando supo de la muerte de su hermana Celia Claudia, la madre de Vibio, en el terremoto de Neápolis. Lucio y él no se llevaban bien, debido a la diferencia de edad y de caracteres. A pesar de todas las trastadas, Gayo siempre lo disculpaba, y eso enfurecía a Lucio.

—¡Una agradable reunión de niñatos! Me habéis despertado de la siesta, zopencos. ¿Qué estáis haciendo aquí? —les preguntó Vibio tras un amplio bostezo.

—¿Y tú? ¿Qué estás haciendo tú aquí? —lo interrogó Lucio con expresión de fastidio—. Esta mañana mi padre te ordenó que ayudaras en el aclareo de la viña nueva.

—¿Por qué no vas tú en mi lugar, niño bonito? Espero a alguien, ¡largo de aquí! —Vibio les dio la espalda y empezó a caminar. Se oyó un maullido, y se volvió.

—¿Dónde está el gato?

Los niños le enseñaron los cachorrillos. Vibio se acercó y les pidió permiso para cogerlos. Lucio le hizo una señal a Garza para que escondiera el suyo. Él hizo lo mismo.

—¡Qué tierno! —exclamó Vibio cogiendo el gatito de Quinto.

Una gata se acercó a Garza y se restregó contra sus piernas, alzando sus ojos hacia ella. Reclamaba maullando a su progenie.

Antes de que pudieran reaccionar, Vibio estrelló el cachorro contra una pared y después dijo:

—No me gustan los maullidos de los gatos. Parecen almas en pena.

9. LAS ESPELUNCAS

Espeluncas
Idus de agosto
3 d. C.

La familia se había desplazado a la casa de campo en busca de frescura. Garza apenas salía de su habitación, pues evitaba encontrarse con Gayo o Vibio.

Apoyada en un álamo, agradecía la brisa marina que subía río arriba. Sopló sobre una tela de araña tejida entre unas ramas pequeñas, pero los animalillos atrapados en ella no se desprendieron. Todo lo que amaba se había desvanecido. La sacerdotisa del manantial, la hija del respetado Barkal, ahora era considerada una mujerzuela por su marido y su suegro, una cualquiera a quien arrebatar su criatura recién nacida. Respiró hondo. La ira podía llevarla a cometer errores.

Annia aprovechó el momento para contarle lo que había escuchado la noche anterior, mientras ayudaba a servir la cena.

—Gayo preguntó por ti varias veces y *domina* Tila le dijo que aún no estabas recuperada. Habrá mudanza a la casa de tu padre justo después de la vendimia. La de Gayo se convertirá en granero y almacén.

—Aún no puedo creerlo, Annia. Mi padre está muerto y Gayo es el dueño de todo, hasta de mí —dijo Garza con un hilo de voz—. Las cosas han sucedido tan deprisa… Y dime, ¿qué más escuchaste? —preguntó, limpiándose las lágrimas con fuerza, como si le escocieran en la piel.

—Gayo le dijo a Vibio que esperaba mucho de él. Que dejara de holgazanear, pues Elbón no se basta solo, y que debía ganarse las gachas que comía —explicó la muchacha sin atreverse a mirarla.

Permaneció un rato en silencio, mirando las aguas tranquilas. Se llevó las manos al vientre deshinchado. Su bebé ya no estaba allí. Una punzada negra le encogió el estómago. Musitó en voz baja: «La diosa te acompaña allá donde estés». Se pusieron en marcha hacia la casa mientras Annia continuaba su relato:

—También dijo algo que no te va a gustar, *domina*. —Garza se volvió hacia ella y con la mirada la incitó a hablar—: Te prohíbe salir a cabalgar, pues el lugar de las mujeres es la casa, y solo podrás salir acompañada.

No había podido montar durante todo el embarazo. Había deseado tanto volver a sentirse a lomos de *Viento*, el potro negro que le regaló su padre al cumplir quince años… Ya no sentía tristeza sino cólera. Al llegar al límite de la viña grande descubrieron a lo lejos a Gayo, a Vibio y a Elbón inspeccionando las uvas. Garza fingió no haberlos visto, y empezó a rodear el campo cuando oyó la voz de Vibio llamándola. Se despidió de la esclava diciendo:

—Ve a la casa. Harmonía está haciendo queso, ayúdala.

Garza le dio la espalda a la viña y fijó su mirada en el río, deseando que la mansedumbre de las aguas calmara la furia de su interior. Tarde o temprano debía enfrentarse a él. Oyó la voz de Vibio tras ella:

—¿Es que el parto te ha dejado sin habla? ¿O te ha rebajado la altivez?

Garza apretó los puños, se volvió y los descargó contra el pecho del hombre.

—¡Has enviado a la muerte a una criatura inocente! ¡Miserable! —Vibio la sujetó por los brazos y se los inmovilizó por detrás de la espalda. Le acercó la cara al oído y le susurró:

—Fierecilla, cálmate. Ojalá demostraras este genio en la cama, lo podríamos pasar muy bien si tú quisieras. —La penetró con sus ojos saltones mientras dibujaba una sonrisa burlona. Garza lo imitó y le murmuró cerca de la oreja:

—No te atrevas a venir a mi habitación. Si lo haces, no dudaré en agarrar mi puñal. Sabes que lo sé usar y me sobra determinación para hacerlo.

—Estoy deseando pelearme contigo encima de un jergón —le contestó frotando su excitada entrepierna contra el vientre de ella—. No me gustan las mujeres lánguidas. ¡Ay, Garza, Garza! —Le colocó una mano alrededor de la garganta—. Siempre tensa y enfadada. *Carpe diem*, mi amor, haz caso a los poetas. La muerte acecha, la juventud se marchita rápido y, cuando menos lo piensas, se acaba todo. —Bajó la mano húmeda hacia el pecho de ella—: Vayámonos a Tarraco, necesitas divertirte. Puedo enseñarte placeres que ni siquiera sospechas.

—Siempre me has dado asco. No intentes acercarte a mí.

El hombre se humedeció los labios con la lengua. La aprisionó contra su cuerpo y la besó. Ella intentó resistirse. De repente, Garza cayó en la cuenta de que la violencia lo estimulaba aún más, así que se relajó y le dejó hacer. Cuando Vibio menos lo esperaba, hincó sus dientes en el labio inferior de él. La soltó de golpe:

—¡Zorra! No tendrás un minuto de paz, te estaré vigilando, y cuando menos lo esperes caeré sobre ti y te haré pagar tu desdén.

Garza miró hacia la viña y vio a Gayo observándolos en la distancia. Con todo el orgullo que fue capaz de reunir, le dijo:

—No hagas esperar a tu amo. Y dile que nunca seré una ficha más de su tablero.

* * *

Antes de llegar a la casa, sintiendo el corazón desbocado, Garza se detuvo ante el cobertizo donde dormían los perros. Un enorme mastín leonado echó a correr hacia ella, pero la corta cadena que lo ataba se tensó. Garza se abrazó al fiel *Toro*, su perro guardián, su inseparable compañero en los últimos años, ahora reducido a un simple can en la jauría de caza de Gayo.

—Querido mío, intentaré sacarte de aquí. El destino se nos ha torcido, ¿eh? —le decía mientras *Toro* le lamía las lágrimas—. Ten paciencia. Recurriré a Untiken. Él es el único que puede ayudarme.

—¡Garza! —La voz de Tila sonó tras de ella. Se volvió y la vio sentada en una silla de mano, abanicándose con indolencia, transportada por dos esclavos númidas, su último capricho, quién sabe si comprados con el dinero de su dote—. Ven, vamos al río, allí se estará más fresco. ¿Qué tienes? Estás horrible, tan despeinada. No deberías dejarte ver así: una mujer casada ha de estar siempre perfecta para su marido. Por cierto, ¿has hecho ya las paces con él? —preguntó con una despreocupación que agigantó la ira de Garza.

La muchacha se incorporó, miró a *Toro* y se vio reflejada en sus ojos limpios.

—Perdóname, me siento mal. Disfruta de tu paseo. —Se despidió del perro con un tirón de orejas y caminó hacia la casa. No dejaba de pensar en su madre, la cántabra rebelde que siempre habitó en la cueva, ajena a la vida romana. «No tienen escrúpulos; con tal de conseguir lo que desean son capaces de aniquilar pueblos enteros. Nunca les perdonaré lo que hicieron con el mío».

Se alegró de que su madre estuviera muerta y se hubiese ahorrado verla sufrir. Subió a su habitación y se dispuso a escribir a Lucio.

10. LA NOCHE DE CERNUNNOS

Poblado de la Robleda
Finales de junio
1 d. C.

El sol estaba a punto de ponerse cuando Lucio dejó el caballo atado al tronco de un roble viejo junto a la puerta del poblado, flanqueada por dos grandes torres. La muralla se veía derruida en algunos tramos, igual que algunas casas —quedaban ya pocos poblados indígenas habitados—, pero alrededor de una de ellas, la más grande, había movimiento.

Frente a la muralla se iniciaba un camino que conducía a una explanada exterior, sobre una prolongación de la colina proyectada hacia el llano. Desde donde estaba Lucio solo se alcanzaba a ver el resplandor de la hoguera que cada año se encendía la noche de Cernunnos con el fin de reforzar al sol, pues desde aquella noche los días se irían haciendo más cortos. Se ajustó bien la capucha y franqueó los muros de piedra. Empezó a subir por un sendero pedregoso en dirección a la casa. A medida que se acercaba, pudo divisar a Barkal entre los ancianos. Uno de ellos estaba pintando de oscuro el rostro de Untiken, que encarnaría a Cernunnos en la ceremonia; otro supervisaba un tocado realizado con cornamentas de venado y varios hombres se ayudaban unos a otros a colocarse grandes capas peludas. Las sombras oscilantes que la luz de las antorchas arrancaba de las figuras formaban un coro de espectros danzantes. Parecían muy atareados. A Untiken no le agradaría verlo por allí, así que decidió volver sobre sus pasos e ir a la explanada.

No había visto a Garza desde el principio de la primavera, cuando participó en la caza del lobo con Barkal y los muchachos layetanos. A la vuelta, había pasado varias semanas muy ocupado en la casa de Barcino, entre las lecciones de retórica y geografía de Polifonte y las clases de lucha con Salvio, y había ido pocas veces a las Espeluncas. Gayo deseaba acelerar su formación para poder optar lo antes posible a uno de los cargos municipales. Lucio lo esperaba con ansia, impaciente por demostrar a su padre de lo que era capaz. Le gustaba la acción y la oratoria lo aburría.

Quizá Barkal habría recluido a Garza después de su osadía: aunque se trataba de la iniciación de los varones, ella no había querido perderse la batida

del lobo. Había seguido al grupo de muchachos durante días hasta los mismísimos Montes Negros. Lucio no recordaba haber visto nunca a Barkal tan enojado como cuando la descubrió. La envió de vuelta a casa en aquel mismo instante: si había sido capaz de viajar hasta allí ella sola, igualmente podría volver sin compañía.

Untiken y los demás también se habían disgustado mucho con ella. Ya no eran los mocosos que correteaban juntos por los campos y se bañaban en las pozas. La iniciación era una cuestión sagrada para los pocos que aún estaban dispuestos a pasar por ella. Debía quedar claro ante los dioses que los niños se habían convertido en hombres; la intromisión de una mujer en tales asuntos podía tener consecuencias nefastas para su virilidad. Pero Garza no era una chica que apreciara sentarse al lado de las mujeres a dar vueltas a la rueca o a devanar madejas. Mientras las demás hilaban la lana para su ajuar, ella cabalgaba a *Viento*, seguía el rastro de los jabalíes y acompañaba a Barkal en sus visitas a las aldeas donde todavía se empeñaban en vivir los ancianos.

Lucio caminaba por un antiguo camino empedrado, cuyas gastadas losas parecían blanqueadas a la luz de la luna. Se había vestido de indígena para pasar inadvertido y le costaba avanzar con alpargatas de esparto. Garza se llevaría una sorpresa cuando lo viera así. Nadie se ocupaba ya de mantener los caminos despejados, de ahí que la vegetación fuese tan espesa que dificultaba el avance.

Se detuvo bruscamente cuando le pareció oír ruidos de pisadas detrás de él. Alguien lo estaba siguiendo. Se volvió, oculto en su capucha. No vio nada. Continuó a paso ligero, algo alarmado pues en los últimos tiempos se habían dado casos de ciudadanos romanos asaltados por indígenas. ¿Lo habrían reconocido? ¿Su padre lo habría hecho seguir? ¡Qué tontería! Volvió a detenerse. Miró atrás y una sombra se agazapó para no ser vista. Era evidente que lo seguían. Fue presa de un sudor frío. Echó a correr con todas sus fuerzas, estaba muy cerca de la explanada. No le dio tiempo a dar más de cuatro zancadas porque un sujeto se le echó encima. Cayeron ambos al suelo, entre los matorrales. En los forcejeos, Lucio se arañó la cara con las espinas de las zarzas. Estaba tan asustado que tardó en reaccionar al ver que el individuo, también embozado, reía a carcajadas mientras lo mantenía inmovilizado.

—¡Seihar! ¡Que los dioses te confundan! —gritó Lucio visiblemente disgustado—. Estaba a punto de sacar la daga, con estas bromas podrías salir malparado.

—¡Ja, ja, ja! El romanito se ha asustado… Elbón me dijo que no vendrías. ¿Por qué vas vestido de layetano? ¿No quieres que te reconozcan? —dijo Seihar con su potente voz, tan hermosa que Barkal le insistía en que aprendiera las olvidadas historias de los bardos layetanos.

Se ayudaron el uno al otro a levantarse y recompusieron su ropa. Seihar se había convertido en un fornido joven de mejillas coloradas, como su tío. Se había cortado el pelo tras la iniciación y se estaba dejando barba. Continuaron caminando.

—Mi padre me cree pescando sargos —dijo Lucio—. Me permitió asistir a la batida del lobo con cinco layetanos, y ahora no me deja venir aquí. No lo entiendo.

—Yo sí. Antaño, en la noche de Cernunnos se reunían los jóvenes guerreros, se bebía cerveza y se resolvían pleitos a puñetazos. Hoy se van a dar cita aquí muchos íberos de la costa y del interior, los menos predispuestos hacia los romanos. Pero tú no te enteras de nada porque solo tienes ojos para una gatita… Y dime, ¿cómo fue la cacería con Barkal?

Lucio eligió las palabras con cuidado. No quería hablar de los momentos de pánico vividos y pasar por un cobarde.

—Fue una experiencia… difícil de olvidar. Sin embargo, volvería a repetirla hoy mismo si tuviera de nuevo la oportunidad. Aunque estoy vivo de milagro.

—¿No exageras? Me he visto las caras con los lobos en más de una ocasión, y siempre acaban por huir.

—¡Será porque eres feo y peludo como ellos! —bromeó Lucio.

Llegaron ante la hoguera entre chanzas y empujones, y la rodearon buscando un lugar donde sentarse. Lo encontraron en un saliente rocoso desde el cual se dominaba toda la llanura.

—Estuvimos siguiendo durante días a un lobo solitario que conocía todos los escondrijos de los Montes Negros. Por las noches no nos dejaba pegar ojo, aullaba como un espíritu errante. Barkal se conoce todas las sendas de los animales y los hilillos de agua donde van a abrevar. Es capaz de encontrar pelos prendidos en los arbustos allí donde tú no ves nada. Antes de dar con él ya sabía el tamaño de lobo solo por la profundidad de las huellas.

—Es un buen cazador. Apuesto a que os hacía mear a menudo para que fuera el lobo quien siguiera vuestro rastro.

—Sí, y creo que fue eso lo que lo atrajo hasta mí. Nos quedábamos por turnos en el campamento para preparar la cena. Cuando me tocó a mí, acabé pronto, oriné en un arbusto y me senté a dormitar al pie de un castaño. Un

escalofrío me hizo abrir los ojos de repente y allí estaba, mirándome fijamente, a pocos metros de distancia.

—¿Y qué hiciste?

—Eché mano de mi daga y me puse en pie lentamente. Empezó a enseñarme los dientes. En ese momento se oyeron unos pasos entre la maleza. Era Untiken, que volvía. Iba sin arma alguna para defenderse. El lobo giró la cabeza, se olvidó de mí y avanzó hacia él. Aún no sé cómo pude hacerlo, Seihar, ni de dónde saqué el valor, pero me vi arrojándome por detrás sobre la bestia. —Lucio gesticulaba con energía—. Le clavé la daga en el costado y entonces se revolvió hacia mí. Con todas mis fuerzas, le agarré el cuello con las manos. Chorreaba tanta sangre que los dedos se me escurrían. Sentí su aliento cerca y contemplé sus quijadas abiertas como las fauces del Cancerbero. El único consuelo era saber que tendría una muerte honorable.

—¿Y qué hizo Untiken?

—Le agarró la cabeza por detrás y lo desnucó.

—¿Desnucó a un lobo? ¿Como Hércules? —Seihar se puso en pie.

—¡Hércules estranguló a un león! Sí, lo desnucó. La verdad es que ya estaba muy debilitado, pero yo no habría tenido la fuerza para hacerlo.

—¡Él mató a un lobo moribundo y tú te abalanzaste sobre un lobo vivo! ¿Qué cuenta más, el coraje o la fuerza? Tú deberías ser Cernunnos esta noche, y no él.

—Menudo escándalo, ¡un Cernunnos romano! —bromeó Lucio.

—Os salvasteis la vida mutuamente. Ahora sois hermanos de sangre.

—¿De ese bruto? Ni en el peor de mis delirios. Anda, sé bueno con tu viejo amigo Lug, el layetano, y consigue por ahí algo de vino para celebrar que sigo vivo.

Aquella era la noche más corta del año. La Robleda, el antiguo poblado indígena situado en las estribaciones de la Sierra Oscura, se alzaba a la espalda de la ciudad de Barcino. Era la más meridional de tres colinas que los indígenas llamaban «Las tres hermanas». La hondonada que quedaba entre ellas y la Sierra Oscura era muy fértil, pues estaba regada por múltiples cursos de agua.

La luminosidad lunar bañaba la llanura, cubierta de bosquecillos que llegaban hasta las marismas. Las legiones, a su llegada, se habrían encontrado un espeso bosque de encinas surcado de arroyuelos que llegaban hasta la misma costa. Lucio distinguió la silueta del promontorio de Júpiter y la bahía donde desembocaba el Rubricatus. Las antorchas de la muralla de Barcino alumbraban los suburbios y, al este, brillaba el fulgor lejano de las luces de

Baetulo, el municipio romano creado a orillas del río del mismo nombre cien años antes.

⁎ ⁎ ⁎

El bullicio iba en aumento. Se habían congregado cientos de personas de muy variada procedencia. Muchos de ellos parecían gente ruda, iban descalzos y llevaban el cuerpo cubierto de tatuajes azules y ocres.

—Mira —dijo Seihar—, a esos los conozco, son bargusios, y esos son ausetanos. Viven en el corazón de los bosques, rehúyen el contacto con otras gentes. Se han pintado como los antiguos guerreros. Desprecian a los que tratamos con romanos.

Lucio observó a su amigo. Habían crecido juntos y eran como hermanos. Con él se sentía incluso más a gusto que con su primo Quinto. Conocía cada uno de sus gestos y podía prever sus reacciones, sus enfados. Lo apreciaba de corazón.

—Seihar, muchas veces he pensado que… Eres mi mejor amigo, pero yo soy romano, y tú… —empezó a decir Lucio entre titubeos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué sientes hacia mí o hacia mi padre? Tu tío es nuestro esclavo. A veces pienso que deberías odiarnos…

—¿Odiarte? ¿No te ha contado mi tío Elbón cómo acabó en casa de Gayo?

No, nadie lo había hecho. En su familia había demasiados interrogantes. Apenas sabía nada de la familia de su padre, y lo poco que conocía de los Domicios se lo había contado su primo. En cuanto a su abuelo, no había vuelto a tener noticias desde su regreso a Roma.

Seihar le guiñó el ojo a unas chicas. Aparentaba más edad de la que tenía. El trabajo en los bosques había moldeado su cuerpo y la piel se le había cubierto de un dorado y rizado vello. Lucio, de rostro algo aniñado, no aparentaba los diecisiete años que tenía. Sin embargo, aquella noche las sombras proyectadas por el fuego endurecían sus rasgos: la barbilla partida, la mandíbula angulosa, la nariz recta. Llevaba el pelo más largo de lo normal, después de haber vivido quince días en los bosques como un indígena. Su padre insistía siempre en que lo llevara muy corto, y él imaginaba a veces cómo sería su aspecto si lo luciera largo como los muchachos íberos.

—Mi tío Elbón era un jovenzuelo… algo díscolo. Su padre insistía en que fuera pastor, como él, pero a mi tío le gustaban la ciudad, el dinero y la juerga.

—¿Me estás hablando en serio o es una patraña de las tuyas? —preguntó Lucio.

—Calla y escucha. Se aficionó a frecuentar las tabernas y a desplumar a los romanos con los dados. Siempre se le ha dado bien el manejo del dinero, eso ya lo sabes. Pero en una ocasión lo pillaron con un dado trucado y lo conminaron a devolver hasta el último as. El reclamante era el prefecto de la guarnición romana de Castrum Bergium. No pudo hacerlo, se lo había gastado todo, y así es como se convirtió en esclavo. Por una deuda de juego.

—¿Estamos hablando del mismo Elbón? —se extrañó Lucio.

—El mismo. En la casa del prefecto conoció a Harmonía y se enamoraron. Cuando desplazaron al prefecto a otro lugar, los vendió en el mercado de esclavos de Tarraco. Tu padre estaba allí ultimando los trámites de su casamiento con Tila. Necesitaba un administrador para su casa y sus tierras, así que compró a Elbón.

—¿Y Harmonía?

—El mangón los quería vender por separado para obtener más ingresos. Elbón suplicó a tu padre que comprara también a Harmonía, le prometió que nunca le reclamarían la libertad y que ambos trabajarían con ahínco. Gayo se enterneció.

—Elbón jugador y mi padre enternecido. No sé si fiarme de ti. Lo más probable es que necesitara también una mujer que se ocupara de la casa y ayudase a mi madre y por eso compró también a Harmonía.

—O quizá tu padre no sea tan duro como crees. Sea como fuere, les dio a Elbón y a Harmonía la oportunidad de estar juntos. Mi tío dice que nunca habría podido desarrollar sus habilidades de no ser por tu padre.

Ambos dieron un trago largo al vino, arrojando el resto al suelo a modo de libación a Cernunnos. Seihar siguió hablando:

—Antes de la llegada de los romanos, los de las montañas robábamos grano a los pueblos de las llanuras y después los muchachos de las llanuras subían a las montañas a robar ovejas… Ahora sigue pasando lo mismo, la diferencia es que las guarniciones romanas garantizan el orden. Además, el comercio con Roma nos está permitiendo prosperar a muchos, no como antaño, cuando solo se beneficiaban los nobles, como la familia de Barkal. —Seihar hizo una pausa. Arrancó una ramita, la peló y la usó como palillo—. Sí, algunos íberos desprecian a los romanos y después se emborrachan con el vino que han pagado con su moneda. ¿Sabes qué te digo? Hay que vivir, amigo mío, y no hacerse tantas preguntas.

El diálogo con Seihar quedó interrumpido cuando unos parientes de Barkal, trabajadores de sus campos, los reconocieron y se acercaron. Llevaban almortas tostadas y una bota de vino, que compartieron con ellos. Lucio les pidió discreción en cuanto a su presencia allí y les explicó su coartada: estaba pescando sargos.

—No he visto a Garza, ¿y vosotros? —preguntó Lucio, que a duras penas podía ocultar las ganas que tenía de verla.

—No, ni la veremos. No estará de humor después de lo que ocurrió —dijo uno de ellos, un gordinflón que había empinado mucho el codo.

—Claro, Barkal debe de estar muy enojado con ella. —Lucio intentó disimular su desilusión. Había mentido a su padre para estar en ese lugar, se había puesto en riesgo solo con la esperanza de volver a verla.

—¿Enojado? —contestó la esposa del anterior—. ¿Por qué habría de estarlo, después del mal trago por el que ha pasado la criatura?

—¿Qué le ha sucedido? —Lucio notó el ardor en sus mejillas. Por fortuna, con el resplandor de la hoguera pasaría inadvertido.

—Sí, algo terrible. Volvió desde los Montes Negros y atravesó la Sierra Oscura. Ya sabes, dice que se siente más segura en el bosque que en los caminos. Llegó hasta el pie del Monte Ursa y buscó a su madre por los torrentes donde ella recoge sus plantas, allí crecen muy bien las euforbias y los torviscos… ¿Recuerdas, Imilco, que cuando estuve con descomposición ella me curó atándome un cinturón de torvisco?

Lucio se retorcía la oreja derecha, impaciente, sin perder la sonrisa.

—Pues el caso es que volvía por las cañadas que su madre frecuentaba y no la encontró, así que se fue derechita a la cueva donde vivía… Y allí estaba, vaya que si estaba. Y bien muerta, al lado de la poza.

—¿Mu, mu… muerta? ¿La madre de Garza? —acertó a decir Lucio.

—Tú la conociste, Lucio, te curó siendo niño. Muerta se la encontró, la pobre. Se había colocado su capa de piel de oso y había bebido agua de tejo. ¡Vamos, que se fue al otro mundo por su propio pie! Cuando la pusieron en la pira parecía un espectro, estaba más blanca que la leche de burra y tenía el pelo más rojo que las ascuas de esa hoguera.

Todos callaron un instante, pero la mujer tenía ganas de hablar.

—Tejo… Dicen que es así como se suicidan los montañeses. Esa mujer era muy extraña, nunca quiso hacerse a los romanos ni aprender su lengua. Y digo yo: ¿cómo puede una madre, teniendo hijos, preferir la muerte? Garza lleva días sin comer. Barkal teme que se haya trastornado y se eche al monte, como su madre.

—Perdonadme —se excusó Lucio—, debo irme.

El gordo intervino:

—El vino hace efecto, ¿eh, muchacho? Yo me acabo de aliviar…

Lucio se alejó corriendo. Ya no tenía sentido quedarse allí, Garza no estaba y otras personas podrían reconocerlo. La cántabra, muerta. Se apoyó en un tronco, le faltaba el aliento. Ella, que lo había devuelto a la vida, había preferido irse al Más Allá. Solo la había visto una vez después de su enfermedad. Fue en el manantial; Garza lo había llevado hasta allí a escondidas, pues su madre se lo había pedido. La encontraron sentada al borde del arroyo, acariciando el agua o quién sabe si la mejilla de una náyade, la misma mano que colocó sobre la cabeza del niño, chorreando frescura sobre su rostro. No hizo falta hablar. Lucio nunca más había vuelto a sentir una paz como aquella. La sonoridad del agua, el canto de una calandria, el murmullo de un chopo cercano azotado por la brisa… Las palabras, las ideas, las razones dejaron de tener sentido. Al notar la mano fresca sobre su rostro supo que todo estaba en orden.

Llegó Seihar y le preguntó qué sucedía. Tranquilizó a su amigo y se despidieron. Siguió avanzando a paso rápido, tenía prisa por salir de allí, pues su intención era galopar hasta el manantial. Casi había alcanzado la muralla cuando una riada de gente empezó a inundar la plaza, impidiéndole salir de ella. Por el sendero que llevaba a la explanada bajaba Cernunnos, con su acompañamiento de machos cabríos provistos de garrotes con los que iban golpeando la tierra. Arrollado por la multitud, Lucio perdió la capucha. Un ser untado de ceniza y grasa de la cabeza a los pies se le plantó delante y se le abrazó, para no ser derribado por el tumulto. Lucio se sobresaltó e intentó zafarse, pero cuando lo miró con cierto detenimiento su corazón se aceleró y sus ojos se abrieron con un gesto de horror: era Garza.

La gente gritaba y jaleaba al cortejo, cada uno hacía ruido con lo que tenía a mano, palos, platos de madera, cencerros, palmas… Garza habló y él solo pudo entender una palabra: luto. Su melena semejaba la cabellera gris de una anciana, grandes círculos negros rodeaban sus ojos, que refulgían; fuego verde salido del Averno en un rostro ceniciento. Lucio solo oía sus propios latidos. La agarró por la cintura para no perderla. Ella le acarició los arañazos de su mejilla. Su virilidad se rebeló y presionó contra el cuerpo femenino.

Untiken ya estaba casi a la altura de donde se encontraban. Llevaba un atavío confeccionado con vellón de carnero negro que le cubría por completo el cuerpo hasta los pies. En la cabeza portaba una imponente cornamenta de ciervo. La piel de su rostro lucía complicados dibujos de ocre y carbón, y con

las manos agarraba una verga hecha de corteza de alcornoque, pintada de rojo, que sobresalía a la altura del bajo vientre por una rendija del ropaje, simulando un falo gigante.

A su paso, los hombres se retiraban y empujaban a las mujeres casadas hacia el dios cornudo para que las rozase con el palo. De repente, Untiken detuvo su danza y dirigió la mirada hacia donde Lucio abrazaba a Garza, muy fácil de reconocer por su atuendo enlutado. El cortejo de falsos machos cabríos se adelantó, pero Cernunnos se rezagaba, incapaz de apartar la vista de ellos dos.

Garza, al ver que Lucio fijaba su atención en otra parte, se dio la vuelta para ver qué sucedía. En ese instante, Untiken reinició la danza. Pero no siguió al cortejo, sino que avanzó hacia la chica con decisión. Por su aspecto, todos sabían que Garza era doncella. Cuando Untiken golpeó la falsa verga contra el cuerpo de ella, la algarabía cesó y la gente formó un círculo alrededor de los dos. No había sido un roce accidental. Cernunnos acababa de contaminar a una doncella con una fuerza que solo correspondía a las mujeres casadas. Se acababa de cometer un gran sacrilegio.

11. UNA CARTA DESDE HISPANIA

Roma
24 de agosto
3 d. C.

Los invitados a la cena de tía Domicia pertenecían a una rama secundaria de la familia de los Cornelios Balbos, un ilustrísimo linaje de origen hispano. El objetivo del encuentro era introducir a Lucio y a Quinto en la alta sociedad, de cara a iniciar su *cursus honorum* a la vuelta del tribunado. Lucio se había comprometido consigo mismo a departir con todos, aunque le fue difícil encontrar temas comunes de conversación. En la cena derramó con torpeza una copa de vino mamertino sobre la túnica de seda india de Emilia, la esposa de Cornelio, y al probar el plato de moda en Roma, las ubres de cerda rellenas, le subieron arcadas difíciles de disimular.

Tumbado en el lecho, intentaba poner nombre al sentimiento que lo había embargado desde la llegada a casa de su tía. Fuera de lugar. Eso era, en efecto; él no pertenecía a aquel círculo refinado en el que Quinto se movía con naturalidad. Hasta su acento, tan diferente del de su primo, quien incluso podía hablar griego con remarcable desenvoltura, delataba su origen plebeyo.

La cena se animó un poco cuando las Cornelias dieron un repaso a todas las alcobas de Roma donde raramente dormían los cónyuges correspondientes. Hablaban utilizando un lenguaje artificioso, como hacen los adolescentes, una jerga solo descifrable para los de su clase. ¿Aquella era la Roma de Augusto, el defensor de la moral de los antepasados? Julia, la propia hija del emperador, vivía exiliada hacía años en la isla de Pandataria, pues su desvergüenza y los reiterados adulterios no ayudaban en nada al programa político de su padre. De hecho, lo más destacable de la noche sucedió cuando Cornelia Alba, una chica delgadísima y pizpireta que había conocido la viudez con veinte años, le deslizó un par de veces la mano por debajo de la túnica para palpar sus atributos.

Tras la cena se aburría tanto que hasta cabeceó varias veces, ante la mirada de desaprobación de su tía. Se imaginó viviendo en Roma, con los egregios Cornelios, los altivos Emilios y los insignes Julios como compañeros de viaje; según parecía, ese iba a ser su destino. ¡Por todos los dioses! No

sería el primero ni el último chico de provincias en pasar por ello, se acabaría acostumbrando. Estar en Roma también le proporcionaba algunos momentos de dicha: el dibujo de las fastuosas edificaciones, los paseos en busca del recodo de un acueducto, la vista de las villas levantadas sobre las colinas o el ejercicio en la palestra junto a soldados veteranos que le enseñaban las argucias del combate cuerpo a cuerpo. Solo entonces lograba espantar la confusión imperante en su mente.

Respiró hondo y cerró los ojos, temiendo otra noche de insomnio. Más de una vez había estado tentado de salir de su habitación en busca de Melampo. No abandonaría la casa de su tía sin tener una charla con el secretario, él podría explicarle… Había tantas zonas oscuras en su familia, tantas preguntas sin respuesta, que quizá fuera esa la razón de no poder entender su vida presente con claridad. ¿Cómo iba a poner los cimientos de su futuro? Pero aquella noche no era la más adecuada para ello; sentía la cabeza embotada por el exceso de vino y comida.

Se levantó de la cama, hundió un vaso en el agua de una palangana, se enjuagó la boca y se lavó la cara para disipar el sopor del vino. Cuando se estaba desvistiendo, reparó en que había una carta en la mesilla. El correo habría llegado por la tarde y algún esclavo la habría dejado allí. La cogió y la abrió. Súbitamente, se le secó la garganta. Era de Garza.

Se sentó y empezó a leer:

Para Lucio Celio, hijo de Gayo:

Ya lo tenéis todo, nuestras tierras, nuestra casa, mi herencia… Muerto mi padre, todo es más fácil, ¿verdad? Dime, ¿su muerte formaba parte de vuestro plan? ¿Te mandó tu padre seducirme para después casarme con otro? Estaba claro que de Vibio no me iba a enamorar, por lo tanto te tocó a ti ese trabajo. Ahora lo veo tan claro… Maldigo el día en que te conocí.

No se me permite cabalgar ni salir sola de casa. Esta carta la envío a escondidas. Vivo en las sombras, como un espectro. Cuando se entere de mi situación, Untiken me ayudará a escapar de esta prisión.

Nuestra hija nació bien. Tenía la piel blanquísima y el pelo rojo. Yo no la pude ver, Gayo y Vibio ordenaron su abandono en el vertedero de la Puerta Romana. Pido a los dioses infernales que su espíritu te persiga y te atormente allá donde vayas.

Garza

Lucio cayó de rodillas. «Nuestra hija». Dos palabras que le golpearon el cerebro. «Nuestra hija». ¿Cómo era posible que Garza lo hubiera dejado partir sin decirle nada? Volvió a leer la carta, una vez, dos, tres, diez veces, buscando interpretaciones diferentes, significados ocultos. «Nuestra hija» seguía allí. No era una pesadilla. «En el vertedero». No podía ser, estaba delirando, posiblemente el vino de la cena le había afectado.

Apretó un puño contra su frente. ¿Cómo había podido su propio padre ordenar fríamente deshacerse de la niña? Habiendo nacido antes de tiempo, quizá sospechó que no era hija de Vibio. ¿O fue solo por ser pelirroja? Las lágrimas afluyeron a sus ojos con violencia, mas no las reprimió. Se arrastró a cuatro patas hasta el arcón, lo abrió y cogió el pellejo de vino que había llevado consigo en el barco. Echó un trago y lo escupió enseguida, se había avinagrado. Arrodillado ante la cama, la emprendió a golpes con el jergón. Se tapó los oídos para no escuchar su propia voz: «Garza jamás te perdonará. Eres un cobarde y un desgraciado por haberla dejado al lado de un marido sin escrúpulos, bajo la tutela de Gayo. Tú sabías que la odiaba desde niña».

Había sido padre de una hija, el fruto de una noche hermosa que de tan perfecta parecía soñada. La vida había brotado entre él y Garza como brotan los juncos en las riberas del río, una vida nueva, limpia, extinguida de una horrible manera.

Garza debía de estar viviendo un infierno. ¿Cómo había podido renunciar a ella tan mansamente? Le había prometido a Barkal que cuidaría de ella. Puede que Garza tuviera razón: era un cobarde. Su primer impulso fue agarrar sus cosas, embarcar en el primer navío y navegar hacia Hispania. ¿Y después qué? ¿Le diría a su padre que la niña era suya? ¿Que detestaba su futuro «prometedor»? ¿Que prefería ser campesino o carpintero en Barcino antes que caballero en Roma? No. No podía hacer nada. El mal ya estaba hecho. Él era el único hijo de su padre y le correspondía honrarlo y obedecerlo. Garza estaba en su casa, bajo el amparo de su padre, un notable de Barcino, y contaba con la protección de estar casada con un ciudadano romano. Además, Elbón y Tila cuidarían de ella.

Era esposa de Vibio, eso era ineludible, por más ira y dolor que le causara. Sin embargo, cuando pensaba en ella prefería imaginarla en brazos de Untiken, en algún poblado de los Montes Negros, antes que subyugada y en el lecho de Vibio. La amaba, y hasta después de leer la funesta carta no lo había sentido con tanta certeza. Era una emoción que se le presentaba a borbotones, tras haber intentado sofocarla durante meses para no sufrir. La amaba ya

antes, la había amado siempre, pero un buen romano antepone el honor de su familia a todo. Incluso al amor.

⁎ ⁎ ⁎

A la mañana siguiente, fue a la cocina y se sirvió un plato de gachas frías de cebada. Salió al jardín y se sentó a la sombra de un arce, con los pies metidos en el agua del estanque. Entonces oyó un revuelo de voces en la casa y, al instante, apareció tía Domicia, resoplando por el calor.

—¡Lucio! ¡Saca los pies de ahí, muchacho! Quienquiera que te vea te creerá un gañán de provincias —gritó sin perder la sonrisa, mientras se limpiaba el canalillo sudoroso con un paño de lino.

—No iría muy desencaminado. A todas luces me faltan modales y refinamientos —dijo Lucio con sorna, sacando los pies del agua y sentándose de espaldas a la fuentecilla.

—Deberías haber venido a la ceremonia del *mundus patet*. —Domicia respiraba con dificultad—. Al menos te habrías solazado la vista con las doncellas casaderas de las familias más selectas…

Lucio la interrumpió:

—A las cuales no tengo acceso. Soy un vulgar plebeyo, un patán sin educación, querida tía. —Lucio ensombrecía su faz por momentos.

—No olvides que eres hijo de un caballero y nieto, por la familia de tu madre, de un senador romano. La dignidad ecuestre no es hereditaria, aunque a veces se hacen excepciones… Ay, hijo, déjame respirar, últimamente no puedo dar un paso sin ahogarme. —Una esclava se situó a su lado y la empezó a abanicar—. Conozco a las personas adecuadas, te vamos a conseguir un buen destino como tribuno.

Lucio no parecía demasiado interesado en la charla. Dejó a un lado el plato, casi sin haber probado bocado. La falta de sueño había robustecido su desesperación. Intentó disimular:

—¿Y cómo ha sido la ceremonia? Los de provincias sabemos poco de la vida capitalina —dijo en tono burlón.

—Por eso deberías haber ido. Toda Roma estaba allí, y es bueno que te dejes ver. Este año había una delegación de sacerdotisas de Ceres venidas de Sicilia, todas ellas matronas entradas en carnes, algo así como yo. —Siguió una carcajada profunda, muy propia de su tía, durante la cual parecía poder tragarse la tierra entera—. ¡Ha sido tan… poco afortunado! El *flamen cerialis*, un carcamal que casi no se tiene en pie, en medio de todas esas sicilianas con el culo en pompa simulando descorrer la *lapis manalis*, una losa tan pesada

que, en realidad, la retiran unas mulas con cuerdas. Imagínate: el *mundus* está abierto, silencio sepulcral entre la multitud. —Domicia se acercó a Lucio, quien pudo percibir el olor acre del sudor mezclado con algún perfume, y le susurró con ademán teatral—: Durante el día de hoy no habrá frontera entre los vivos y los muertos.

—Eso ya lo sé, la cocina está desierta, los esclavos aún no han salido de sus cuartos.

—Ni saldrán hasta que el pozo se cierre. La mayoría son etruscos, le tienen pavor al *mundus patet*, creen que los *lemures* y las *larvas* los van a arrastrar hasta el agujero. Yo no tengo miedo, harían falta muchos espíritus para arrastrarme a mí. —Domicia volvió a reírse de esa forma contagiosa. Lucio adoraba aquella risa—. Además, las ofrendas que se echan a la fosa son exquisiteces, como las doncellas que lo hacen; hoy debe ser un día de fiesta para los pobres fiambres —acertó a pronunciar entre carcajadas seguidas de un ataque de tos.

—Pues voy a darme un paseíto por el foro a ver si me caigo en el agujero y ya no vuelvo a salir —replicó Lucio con una amargura poco disimulada.

Su mente seguía sin darle descanso: ahora le parecía sentir el olor de Garza, un segundo después la recordaba embarazada, bellísima como nunca; veía a la niña depositada en el suelo del atrio, sintiendo en su propia carne el frío del pavimento; el gesto de disgusto de Vibio, y Elbón, con la niña en brazos, camino del vertedero. No, no, Elbón no habría podido hacer algo así…, pero era un esclavo, debía obedecer. «¿Y yo, qué soy? También debo obedecer. No tengo otra posibilidad».

—Lucio, hijo, ¿qué tienes? Pareces un espectro, no te reconozco. Ha sido el correo, ¿verdad? Ayer llegó una carta para ti, y no era de tu madre, conozco su letra —le dijo su tía sentándose a su lado—. También llegó carta para mí, de Tila. ¡Alégrate! Parece que tu padre se va a convertir en el nuevo benefactor de Barcino y por fin se van a acabar las puertas de la muralla. ¡Esos pazguatos de los Pedanios! Sus aires de grandeza no han sido suficientes para acabar la obra. Se han quedado sin dinero. Los conocí en Tarraco, cuando era jovencita. —Volvió su cara hacia Lucio y le pellizcó una mejilla—. Lucio, cariño, ¿es por lo del bebé? Ha tenido que ser muy desagradable para la pobre Garza. Ese Vibio…

Lucio estaba lejos de allí. Su alma merodeaba por los vertederos, donde cientos de bebés se abandonaban cada año, bebés desconocidos, de gente desconocida. Pero aquella niña era hija suya. Suya y de Garza. Cerró los ojos, desolado. ¿Cómo habrían podido saber lo que se estaba fraguando alrededor

de ellos? ¿Por qué razón Garza no le había dicho nada hasta entonces? No quería hablar demasiado. Temía que, si lo hacía, su tía acabaría sonsacándole más de la cuenta. Era muy hábil en eso.

—La dote de Garza debe de haber sido sustanciosa para que tu padre se haya atrevido con una obra de esas características. Después de haber sido duunviro quinquenal, es muy adecuado que se convierta en patrono.

Unos pajarillos se posaron en el borde del estanque para beber. El peristilo de tía Domicia era un refugio de frescura en una Roma abrasada por el calor. Aspidistras, hortensias y helechos prosperaban en enormes macetas, distribuidas entre estatuas rapiñadas por el abuelo en la Magna Grecia. En los arriates se combinaban los rosales con las matas de espliego y el arce de grueso y rugoso tronco ofrecía, en una de las esquinas, una balsámica sombra.

—Sin embargo, Gayo Celio tiene un corazón de pedernal. Vibio no habría podido rechazar a la criatura sin el consentimiento del *paterfamilias*. Traté pocas veces a tu padre, y fue suficiente. Vamos, chico, piensa ahora en ti, en tu nueva vida. Eres un oficial en ciernes, tienes que ser fuerte, forjar tu carrera y templar el carácter. Deja que sea su madre quien llore a ese bebé.

Domicia se pasó el paño de lino por la frente. Observó a Lucio: tenía los ojos enrojecidos, todavía llevaba la túnica de la noche anterior y parecía no haber dormido.

—No pienses más en ello —añadió—, no te corresponde a ti atormentarte. Seguramente Vibio sospechaba que esa niña no era suya, y por eso…

Domicia se llevó el pañuelo a la boca, como si quisiera enmudecerla. Se levantó de repente y se quedó mirando a su sobrino, la viva imagen de la desesperación. Dio media vuelta y se dirigió hacia el gran árbol. Se apoyó en él, fijos sus ojos en el chorro que salía de una cabeza de león empotrada en la pared. El agua caía en una pileta hecha de sillares de varios colores y tamaños, algunos de ellos inscritos con letras griegas.

Se escucharon las patas de *Niso* sobre los mosaicos. Lucio levantó la cabeza y observó una sombra humana escabulléndose hacia las cocinas. El perro avanzó pesadamente hacia él y se tumbó a sus pies buscando el frescor de la fuente. Tras unos instantes, Domicia se acercó a su sobrino y le palmeó la espalda diciendo:

—Ánimo, Lucio. Si el abuelo siguiera vivo estaría orgulloso de ti.

Desapareció un momento para volver enseguida con una anforilla alargada y dos copas de vidrio azulado.

—Sobrino, nos vendrá bien catar este vino de Corinto, le he echado pasas y miel. Toma, bebe. La vida acaba poniendo las cosas en su sitio. Ahora cada

uno a su deber. Garza está casada con Vibio y tú harás carrera en Roma. Brindo porque, finalmente, el hijo de mi hermana está en el lugar que le corresponde.

Domicia escanció el vino y bebió un trago largo. Se relamió, se limpió las comisuras y dijo:

—No debería tomar más, ya vengo algo achispada y hace unos meses que el vino me sienta mal. Sobrino, no eres el muchachito que esperaba, ya eres un hombre hecho y derecho. Por cierto, ¿te he hablado de Publio Ostorio Escápula? Antes de ser prefecto de Egipto hicimos negocios juntos, y desde entonces me debe un favor. En Egipto estarías tranquilo: seis meses para cumplir el trámite del tribunado y te vuelves a Roma. Aquí yo te respaldaré económicamente y te presentaré en los círculos del emperador. Será fácil obtener un cargo administrativo para empezar.

—Tía, te agradezco tu ofrecimiento, pero Quinto es el más adecuado para ello. Yo…

—¿Tú? ¿Tú qué? ¡Levanta ese ánimo y déjate de remilgos!

Lucio se puso en pie.

—Discúlpame, necesito tomar el aire.

—Lo comprendo. Esa carta te ha trastornado demasiado. ¿Quieres que Quinto te acompañe? —le preguntó Domicia con voz meliflua.

—¿Para que me defienda del ataque de los *lemures*? No, gracias, me basto yo solo. Además —Lucio miró a su tía y sus ojos recobraron la luz por un instante—, llevo conmigo los cien amuletos de mi madre. Ahora se demostrará si son o no eficaces.

12. LA PROMESA DE LUG

Espeluncas
Agosto
1 d. C.

Tras la noche de Cernunnos, el calor se intensificó. Lucio, subido en *Céfiro*, un alazán joven regalo de su padre tras la ceremonia de la toga viril, contemplaba cómo los bueyes trillaban la parva en la era con sus botitas de esparto. Esperaba a su padre mientras escuchaba los monótonos cantos de los segadores. El caballo piafaba, impaciente.

—¡Amo Lucio! —dijo una pequeña esclava llegada a la carrera—, tu padre te espera en el calvero de la encrucijada, él irá por el camino de arriba para ver las viñas.

—¡Está bien, Belaiska! —Se agachó hacia ella y le susurró cerca del oído —: Que Harmonía te dé unas nueces con miel, dile que es orden mía.

—¿Cuándo me enseñarás a nadar? Me lo prometiste —dijo la niña con un puchero.

—Espero ir pronto con Garza río arriba. Conozco un remanso donde podrás practicar…, si quieres acompañarnos, claro.

La niña saltó de alegría mientras palmeaba las manos. Salió corriendo hacia la casa y Lucio enfiló el camino hacia la Vía Augusta. No tenía prisa, su padre tardaría bastante más en llegar al collado, entretenido en pasar revista al trabajo de los espurgadores. Gayo no sabía vivir lejos de sus tierras. Los asuntos municipales lo retenían cada vez más en Barcino y, sin embargo siempre encontraba un instante para cabalgar hasta las Espeluncas y vigilar el trabajo del mayoral o asegurarse de que los corrales tuvieran suficiente paja.

Era temprano, pero la vía estaba muy transitada. Dos indígenas de rostro tostado tiraban de un asno cargado de acelgas y coles y, tras ellos, varios carros repletos de melones y cogombros avanzaban pesados sobre el pavimento de piedra. A la derecha, una extensa marisma ocupaba el terreno hasta el mar, y a la izquierda, un manto de vides se extendía hasta la falda de las colinas. Desde el Rubricatus hasta el Tarnum, cientos, miles de ánforas de vino layetano eran embarcadas cada año hacia Roma, hacia las Galias, e incluso hacia los campamentos de la frontera germana.

Polifonte no conocía la frontera germana, pero sí Roma, y Atenas, y Cartago, y Alejandría, y Pérgamo. Lucio añoraba las clases de geografía, pues aquel año su padre había acordado con el maestro que se centrarían en la oratoria y la retórica. Analizaban hasta la extenuación discursos y controversias, aunque Lucio siempre le acababa preguntando por las cariátides, las columnas en forma de mujer que pueden soportar el entablamento de un templo; le intrigaba la gigantomaquia del altar de Eumenes, en donde los dioses parecen cobrar vida cuando se los mira a los ojos; inquiría al maestro por el coloso de Rodas, yacente en el puerto como un gigante derribado; por los rayos de Khepri, el sol matutino que baña el vértice de las tres pirámides…

—¡Cuidado, chico, mira por dónde vas!

Desde la cortina descorrida de una silla de mano, una señorona con el pelo teñido y rizado le gritaba con voz aflautada.

—¡Dispensa, *domina*! —se disculpó Lucio, alejándose al trote.

Era Saturnina, la esposa de Cornelio, el liberto establecido en las tierras al sur de las Espeluncas. Enjambres de itálicos harapientos arribaban a Hispania cada año atraídos por la producción de sus minas, pero también libertos, comisionados por las grandes familias romanas, perros de presa que olfateaban dónde hacer buenos negocios. Y Barcino aún era tierra virgen.

Lucio esperó a su padre sentado en una taberna de arrieros. Desde allí, la vía continuaba hacia la colonia dejando a la derecha el camino hacia Barkeno y a la izquierda un collado desprovisto de vegetación. El lugar tenía un nombre íbero impronunciable, por eso todo el mundo lo conocía como el calvero de la encrucijada. En la parte más alta había una piedra hincada rodeada por un murete, donde acudían en peregrinación las mujeres deseosas de quedarse embarazadas. Para ello, arrojaban a un pozo de ofrendas una figurilla en forma de orante, de bronce las más pudientes, de arcilla o madera las más humildes.

En la encrucijada de caminos se había formado un suburbio. Por doquier prosperaban talleres, tabernas y establecimientos de alquiler de mulas; unos chiquillos descalzos vendían pescado, un aguador ofrecía su pellejo a los caminantes y, en destartalados cobertizos, mujeres desdentadas se abrían de piernas por un plato de gachas y una cerveza. La ciudad estaba cerca.

Un niño muy pequeño, medio desnudo, le alargó la mano:

—¡Señor! ¿Me compras conchas de colores?

A pesar de ser tullido y caminar sosteniéndose en una horquilla de madera, Lucio no pudo sustraerse al magnetismo de sus ojos negros, tan

grandes que no le cabían en su cara diminuta. Sacó unas monedas de su bolsa y se las cambió por las conchas:

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde está tu madre?

—Soy Vico. Mi madre vive allí —dijo señalando hacia los cobertizos.

—¡Hijo! —Gayo había llegado y lo llamaba desde de su montura—, vámonos o llegaremos tarde.

—Adiós, Vico —dijo Lucio con una sonrisa—. Que los dioses te acompañen.

Cabalgó un rato junto a su padre. Iba a asistir a su primera reunión municipal y estaba inquieto. Gayo rompió el silencio:

—Ayer estuve hablando con Quinto Salvio y dice que eres bueno en la lucha. ¿Te he dicho alguna vez que Salvio conoce algunas técnicas del pancracio? Aprendió en Grecia, antes de enrolarse. Le he visto partirle el espinazo a un hombre con solo una patada.

—Mis amigos se ríen de Salvio… Dicen que el pancracio es un arte anticuado. Además, quien quiera entrenar deberá primero conocer a fondo cómo funcionan los músculos, los huesos y los tendones. Nos dio una primera lección y nadie se mostró interesado en continuar, pretendía que nos manoseáramos los unos a los otros para identificar cada músculo.

—Lo sé, también lo intentó con nosotros —dijo Gayo entre carcajadas—. Yo di con él unas cuantas lecciones… que se acabaron en cuanto me obligó a memorizar una poesía griega en cada movimiento. «¡Oye, *mentula delicata*! —le dije—, te dejo que me toques el costillar, pero no te consiento que mientras tanto me recites a Píndaro al oído». ¡Ja, ja! Eso fue hace tanto tiempo…

Le gustaba escuchar a su padre. Con Tila presente, Gayo se contenía, pero en cuanto abandonaba la casa volvía a ser el fanfarrón de siempre.

—¿Y los sargos que pescaste la otra noche? ¿Te los comiste todos tú, bandido? —preguntó Gayo.

—¿Sargos? ¿Qué…? ¡Ah, los sargos! Bueno, el mar estaba revuelto y pescamos pocos —contestó Lucio, nervioso.

—Viniendo hacia aquí he visto a la hija de Barkal. Se dirigía al manantial, acompañada de varias mujeres. No me gusta nada tanto ir y venir de esa gente por mis tierras. Con el pretexto de ir a la necrópolis o a hacer una ofrenda quién sabe si no entran en los campos y nos roban. Por cierto, esa chica ya es una mujer…, y vaya mujer.

Lucio se aferraba al caballo con tanta fuerza que le dolían los muslos.

—No necesitan robarnos, padre. Las tierras de Barkal producen mucho más, y esas gentes viven y trabajan con él. ¿Para qué iban a exponerse?

—Barkal, Barkal, siempre Barkal. Yo haría maravillas si tuviera los campos de ese bribón. Ha plantado olmos cerca del olivar viejo, ¡olmos! No sé de qué le sirve tener un capataz itálico, hasta un niño sabe que la oliva no prospera cerca de un olmo. A no ser que lo haya hecho a propósito para mermar mi cosecha de aceite.

Las murallas de Barcino se divisaban cada vez más cerca. Gayo prosiguió, reflexionando en voz alta:

—Y esa mozuela descarada es hija única, no hay heredero varón. Deberá elegir muy bien con quién la casa.

Lucio no contestó. A ambos lados de la vía empezaron a aparecer pequeñas agrupaciones de tumbas, muy humildes, apenas una piedra que hacía las veces de estela funeraria.

—Y hablando de mujeres, zagal…, deberíamos ocuparnos de ese asunto. Un día tú y yo haremos una visita a Melonia, ya tienes edad.

—¡Padre! —Lucio se sintió azorado—. No será necesario. Yo ya…, quiero decir que ya he conocido mujer.

—¡Por el rayo de Júpiter! ¿Y qué esperabas para contármelo? ¿Te sonrojas? Con dieciséis años yo ya era un veterano en esas lides. —Entornó el ojo como buscando algo en el borde del camino—. A tu edad abandoné la casa de mi padre, remonté el río Reno y llegué hasta el mar Adriático.

Gayo salió del camino. Lucio lo siguió, desmontaron y se arrodillaron ante una tumba. Sobre una tosca estela de piedra se podía leer: «*No me ignores, viajero. Detente y lee: "Aquí yazgo"*». Del rostro de Gayo desapareció todo rastro de jovialidad. Musitó unas palabras:

—Ave, Curcio, buen amigo, *sit tibi terra levis*. —Miró a Lucio, y este captó una tensión en la mandíbula de su padre—. Curcio era de Bononia, como yo. Sus padres, como los míos, tenían tierras y vivían de su cultivo hasta que llegaron los patricios de Roma y sus latifundios propiedades en las cuales nunca pusieron sus lindos pies para no ensuciarse con la mierda de los miles de esclavos que en ellas trabajaban —dijo Gayo, sombrío.

—Nunca me has contado nada sobre tu infancia, padre.

—Hay poco que contar. Esos codiciosos patricios arruinaron a los campesinos. Mi padre, Atisio, era uno de ellos. Mis hermanos y yo solo conocimos el hambre y la miseria. —Gayo apoyó una mano en la estela de piedra y con la otra resiguió las letras toscamente cinceladas—. Hambre y miseria, hijo. Nada más.

—¿Cuándo te enrolaste en el ejército?

—En cuanto pude. Embarqué en una liburna donde, casualmente, viajaban un grupo de reclutadores de la Cuarta Macedónica.

—Empezaste tu servicio en Filipos y lo acabaste en Cantabria. Y allí conociste al abuelo Domicio, ¿no es así? —Lucio no sabía cómo abordar la cuestión, pero debía intentarlo. Su padre parecía predispuesto a las confidencias y tenía que aprovechar la oportunidad—. ¿Cómo os conocisteis? ¿Y cómo conociste a madre?

Se pusieron en pie y Gayo puso una mano sobre el hombro de su hijo.

—Tu abuelo Domicio llegó con el grupo de ingenieros y políticos que estaba preparando la fundación de colonias para los veteranos. Lo ayudé en un asunto —Gayo parecía estar eligiendo muy bien las palabras— y quedó muy contento. Trabajé duro y bien, y la diosa Fortuna me ayudó a prosperar. —Alzó la vista hacia el cielo y observó el sol—: Vamos, no quiero llegar tarde a tu primera sesión de la Curia.

Montaron de nuevo. Lucio no estaba dispuesto a dar la conversación por zanjada:

—¿Por qué odiabas a la madre de Garza?

—Hijo, si tú hubieras vivido lo que yo… Los cántabros son seres surgidos del infierno, sin entrañas. Yo he visto cómo las madres mataban con sus propias manos a sus hijos antes de caer prisioneras, arrojándolos al vacío. He contemplado hileras interminables de crucificados entonando con una sola voz cánticos guerreros, inmunes al sufrimiento. La tribu de la madre de Garza era la más salvaje. Demonios de pelo rojo deseosos de capturar un romano para ofrecérselo en sacrificio a sus dioses. Mi madre temía a los pelirrojos, decía que eran pájaros de mal agüero.

—Los layetanos no deben de pensar lo mismo, Barkal se casó con ella.

—Lo hechizaría, con esos ojos de bruja que su hija ha heredado. —Avanzaron un rato en silencio—. Es natural que quieras saber, siempre has sido muy despierto. Sin embargo, hay veces que es mejor dejar las cosas como están, hijo.

«Vivir sin hacerse demasiadas preguntas», eso creía Seihar. Pero él deseaba saber, porque necesitaba cimentar bien el edificio de su memoria, de su vida, encajar cada acontecimiento como los sillares de un muro.

—Esa cántabra era la esposa de un jefe. Las hostilidades ya habían finalizado y los soldados estaban ocupados remozando el campamento. Yo no estaba tranquilo, algo me decía que se estaba tramando algo… Desoí las órdenes de Agripa sobre disminuir las patrullas y me llevé a un grupo de

hombres con la excusa de ir a talar árboles para reforzar la empalizada. Durante un instante me rezagué un poco para orinar. Cuando me di la vuelta, vi un oso avanzando hacia mí.

—¡Nunca me lo habías contado!

—Yo sabía que debía quedarme quieto y echarme al suelo, pero lo tenía tan cerca que, instintivamente, alcé el *pilum* para lanzárselo cuando se oyó un grito, seguido de unos sonidos guturales. El oso se detuvo en seco, olfateó el aire y dio media vuelta. Entonces la vi; apareció como una llamarada entre el verde de los avellanos. El animal se fue hacia ella como un cachorrillo manso. La mujer me miró con fiereza y desapareció seguida de la bestia. Era una hechicera poderosa, quién sabe de cuántas maldades era capaz.

—¡Pero si te salvó la vida! El oso te habría despedazado.

—¿Y qué sabrás tú? Habría matado al oso sin ayuda de ninguna mujer, y menos aún de una bruja. No me gusta estar en deuda con ese tipo de personas.

—No comprendo por qué la odiabas tanto. —Lucio sintió una punzada de tristeza. Qué importaba. Ya estaba muerta.

—Me reuní con mi patrulla y seguimos rastreando hasta que dimos con ellos. Un grupo de supervivientes se había refugiado en unas cuevas. La extraña mujer era la esposa del jefe. Participó en la lucha como una guerrera más.

—Y en la refriega perdiste el ojo.

—En efecto, perdí el ojo a causa de una de las piedras que disparó con su honda.

Lucio se detuvo estupefacto. Ahora comprendía. Era natural que su padre la detestase. Gayo vio la turbación en el rostro de su hijo y siguió hablando:

—Perdí el ojo pero gané el puesto de *primus pilus* y el acceso al orden ecuestre. A los pobres, la vida no nos da nada sin llevarse algo a cambio. El jefe resultó muerto y su mujer fue hecha esclava del Estado. A veces, de una cosa mala sale una buena.

«Tú perdiste el ojo. Ella lo perdió todo», pensó Lucio.

Gayo detuvo el caballo y le acarició la crin. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido la firmeza acostumbrada:

—Algunas noches me despierto sobresaltado y, justo antes de abrir los ojos, un fogonazo verde me quema el cerebro. Sé que es ella, la veo de pie ante mí, observándome. —Gayo miró a su hijo y sonrió. Lucio reconoció en la expresión de su padre la suya propia, la barbilla partida, la determinación de su mirada—. Y el cretino de Barkal la compró y se la llevó con él. No te

niego que, a esas alturas, estábamos todos deseosos de conseguir una mujer para establecernos cuando nos licenciaran.

Reanudaron la cabalgata.

—Tú conseguiste a una Domicia. No está mal para un campesino.

Gayo estalló en una carcajada y añadió:

—¡No está mal para un centurión tuerto! Pero ahora pregunto yo. Quiero saber a quién te ofreció Venus para estrenarte en la batalla del amor.

Lucio se sonrojó, aunque le gustaba que su padre se interesara. Lo admiraba, había conseguido llegar muy alto gracias a su valentía y su esfuerzo. Se sentía orgulloso, aunque continuaba sin saber cómo había conocido a su madre.

—Yo pensaba que ya lo sabías —dijo Lucio—. Fue el año pasado, en la vendimia. ¿Recuerdas que me sorprendiste de noche saliendo de la aliseda con Quinto?

—¿Fue con una vendimiadora? —Gayo le dedicó una sonrisa cómplice—. Vaya, con una mujer hecha y derecha. Ya eres un hombre, pronto empezarás tu *cursus honorum*, y cuando llegue el momento buscaremos una buena familia con la que emparentar. Eres hermoso de cuerpo y de cara, y espabilado, puedes aspirar a una buena hembra.

La sonrisa desapareció de pronto del rostro de Gayo, y añadió, acercándose a su hijo y con la voz grave:

—Escúchame, zagal, ve donde Melonia todas las veces que quieras. Diviértete, pero nunca te encariñes de una mujer. Nunca. Si es de tu familia, te afligirás cuando la veas casada con un viejo baboso siendo aún una niña; si es tu madre, te dolerá el alma cuando la veas morir, y si es tu mujer, se te partirá el corazón cuando muera de parto. Deja el sufrimiento para ellas, saben sobrellevarlo mejor que un hombre y viven para eso. ¡Nosotros estamos hechos para mandar!

No entraron en la ciudad por la Puerta Rubricata. Bordearon la muralla hacia el norte hasta que llegaron a la Puerta Pretoria. Bajo los arcos del acueducto, algunos indígenas vendían canastos, esteras y alforjas. Habían construido casuchas de madera alrededor de la ciudad, donde vivían y trabajaban, en las improvisadas calles de tierra. Con las últimas lluvias, los torrentes que bajaban de la Sierra Oscura habían arrastrado mucho lodo y parte del foso se había cegado.

—Cuando eras pequeño te subía a mis hombros y te paseaba por las obras. Eras un niño curioso, querías saberlo todo. En una ocasión, te encaramaste a

la rueda de un polipasto y tuve que subir a por ti. Querías ver cómo funcionaba.

Gayo seguía desgranando los avatares de la construcción de la ciudad. Conocía cada piedra y cada ladrillo, cada teja y cada voladizo, y a Lucio le fascinaba escucharlo, a pesar de que había oído esas historias cientos de veces. Dejaron los caballos en un establo y se detuvieron ante la gran puerta trífora. El acueducto se entregaba a la muralla, a un lado de la puerta. Gayo se detuvo ante ella.

—Ese maldito Pedanio… dijo que este año construiría el camino de ronda y acabaría la puerta del mar. Si dispusiera de más dinero, podría convertirme en patrono de la ciudad, mis hombres me lo han pedido muchas veces. ¿Te imaginas, hijo, poder ver mi nombre escrito en piedra?

Lucio captó el brillo en la mirada de su padre.

—¡Eso supone un enorme desembolso! ¿Y si vinieran varios años seguidos de malas cosechas? No puedes arriesgarte, no somos tan ricos como Pedanio.

—Ah, sí —dijo Gayo con la mirada extraviada, ajeno a las palabras de su hijo—. Mis nietos estarían orgullosos. El olvido es envidioso, y convierte los palacios en ruinas y a los difuntos en polvo. Mi nombre en una lápida de piedra, Lucio. Como un potentado.

⁎ ⁎ ⁎

Los Celios entraron en la Curia cuando buena parte de los decuriones estaban acomodados en los bancos de madera. El edificio era un cascarón construido al mismo tiempo que el foro. En espera de otra inyección de fondos por parte de Marco Licinio o Gayo Emilio, que compartían el patronazgo de la colonia, la Curia carecía aún de todos los elementos que confieren a una obra belleza y comodidad. Aun así, cumplía su función.

—¡Orden, orden! ¡Gayo Celio, llegas tarde! ¿Por qué te acompaña tu hijo? Todavía no puede participar en las sesiones. ¡Es demasiado joven! Y hasta que no lleve la toga cándida de los candidatos… —indicó el moderador desde el estrado.

—¡Oh, vamos, Mamilio! No estamos en Roma. Los chicos han de aprender. ¿No habrías agradecido tú algo más de experiencia cuando luchamos en Filipos, viejo gruñón?

—¡Pido la palabra! —gritó Barkal desde la última fila. Con un gesto del moderador, le fue concedida—. Ruego que el joven Celio pueda estar presente. Posee información importante.

Gayo miró a su hijo, intrigado. Lucio se estremeció. En su primera visita al senado municipal se vería obligado a hablar en público, algo que temía. Confió en las clases de oratoria de Polifonte. Se sentaron y dio inicio la sesión. Barkal pidió exponer un hecho para ponerlo en conocimiento de todos los decuriones. No tenía buen aspecto, su mirada de águila estaba apagada y no hablaba con la fuerza habitual.

—Duumviros, decuriones: muchos de vosotros ya sabréis que, a raíz de un sacrilegio cometido por un muchacho impulsivo la noche de Cernunnos, los ancianos layetanos decretaron que mi hija viviera en la cueva del manantial de las Espeluncas, donde ejercerá como sacerdotisa de la diosa. No puede ser tocada, ni ella puede tocar a nadie, hasta convertirse en una mujer casada. —La sala se llenó de murmullos—. Pues bien, anoche tres jóvenes romanos fueron hasta el manantial con malas intenciones. Voy a cederle la palabra al joven Celio, que fue testigo del hecho, para que no creáis que pretendo influir en vuestro juicio.

Gayo miró a su hijo con estupor. Con una leve inclinación de cabeza, lo instó a levantarse. Lucio carraspeó, las manos le sudaban. Si al menos hubiera podido prepararse… Debía hacerlo por el bien de Garza, así que se levantó y caminó hasta encontrarse frente al estrado del moderador.

—Duunviros, decuriones: ayer fui a la sede del *collegium iuvenum* después de mis clases de lucha. Aufustio me contó que Salvio hijo, Nonio Felix y mi primo Vibio habían estado bromeando toda la tarde con hacer una visita a Garza para asustarla.

Gayo empezaba a ponerse lívido. Miraba alternativamente a Barkal y a su hijo. No le gustaba estar al margen de los sucesos que afectaban a su familia. Uno de los duunviros, Gayo Julio, se levantó y gritó:

—¡Cuando esos tres se reúnen no es para nada bueno! Acordaos de cuando Clodio perdió la vista por la paliza que le dieron o cuando untaron de pez al galo Caprinio y lo rebozaron en plumas… Disculpa, hijo, prosigue.

—Pues, yo… tuve una corazonada y fui a persuadirlos de que no se metieran en líos. —Lucio se sostenía los pliegues de la toga con las manos, el viejo truco para que nadie notara el temblor. Miró a Barkal y añadió—: De hecho, estaba preocupado por la hija de Barkal… Nos conocemos desde niños. —Sentía que sus mejillas ardían, todo su cuerpo estaba en tensión—. Cuando llegué, alguien se me había adelantado. Untiken, el muchacho que cometió el sacrilegio, estaba golpeando a Nonio Felix. Este tenía en la pierna varias dentelladas de *Toro*, el mastín de Garza.

Lucio hablaba mirando al suelo, sin atreverse a levantar los ojos hacia su padre. No le había contado nada de lo sucedido para evitar que acabara por descubrir también la mentira de la noche de Cernunnos.

Barkal pidió la palabra:

—Nonio intentó forzar a mi hija ante las risotadas de Vibio y Salvio.

—¿Cómo lo sabes? —intervino Ratumedio Vatia, el otro duunviro, un etrusco de voz sibilante.

—Ella me lo ha dicho —afirmó Barkal.

—¿Ella? Entonces habrá que preguntar a los chicos. Se impone la cautela con los testimonios femeninos, las mujeres son mentirosas por naturaleza.

Barkal apretó los puños y respondió con dureza:

—Quizás eso suceda con las mujeres romanas. Mi hija es noble, incapaz de mentir. Por fortuna, el perro la defendió. Y también Untiken, que cazaba por las proximidades. La cosa no llegó a mayores.

—Tengo entendido que Untiken es hijo de ese indígena… ¿Cómo es su nombre?

—Artabeles —informó Barkal—. Un padre de familia, trabajador y…

—¡Un enemigo de Roma! —le interrumpió el duunviro Gayo Julio—. Dicen que es el mejor talabartero de la región, y sin embargo los arreos que nos vende a los romanos están manipulados para que se deslicen y nos caigamos de la mula. ¡Preguntadle a Cátulo!

—En efecto, Untiken es hijo de ese Artabeles. Si no recuerdo mal, ese alborotador fue desterrado por los ancianos de tu pueblo tras cometer un acto nefando, ¿no es así? —El etrusco quería acorralar a Barkal.

—Así es. Digamos que el chico es un poco… levantisco, y no acaba de comprender la gravedad de su acción —respondió, con un semblante cada vez más pálido.

Ratumedio se puso en pie, invitó a Lucio a volver a su asiento y tomó la palabra:

—Tienes razón —dijo alargando las eses como el silbido de una serpiente —, una grave acción. Que un indígena ataque al hijo de un ciudadano romano es, cuando menos, un asunto de la mayor importancia, y merece que enviemos a la guardia a prenderlo si aún merodea por aquí. De vez en cuando conviene usar la cruz para recordar a los revoltosos quién manda aquí.

Barkal se apoyó en el hombro del decurión que estaba sentado a su lado. Habló con un hilo de voz:

—Con el debido respeto, Ratumedio, si aquí ha habido alguien atacado hemos sido mi hija y yo. Untiken defendía el honor de Garza, que no es otro

que el mío propio. En cuanto a Nonio Felix… La tradición manda que el primer muchacho en tocar a Garza se case con ella. Disculpadme, necesito sentarme. —El portero se acercó con un vaso de agua.

—Tú lo has dicho, la tradición. *Vuestra* tradición. Ahora impera la ley romana y no vamos a forzar a Nonio Felix a casarse con una… medio cántabra. —El duunviro levantó los brazos y dijo, no sin cierta teatralidad—: ¡Con alguien a quien su madre quizás haya enseñado a lavarse los dientes con orines viejos!

Las risas inundaron la sala. A Barkal, que se había puesto en pie, le temblaban los labios. Su sufrimiento era tan evidente que Lucio hizo ademán de levantarse para ir a ayudarlo, pero Gayo lo frenó. El etrusco continuó:

—¡Hay cientos de mujeres indígenas a la caza de un ciudadano romano, a saber si tu hija les tendió una trampa a los chicos! —exclamó una voz.

—Aulo Asedilo Layetano, Barkal, o como quiera que te hagas llamar, como ciudadano romano tienes la obligación de guardar a tus mujeres en casa, y si no lo haces te debes atener a las consecuencias. —Ratumedio casi no pestañeaba. Cuando hablaba, fijaba la vista en un punto indeterminado y se escuchaba a sí mismo—. El derecho romano solo amparará a tu hija si se comporta como una romana, lo que le pase en el manantial no es asunto nuestro.

—¡Vamos, vamos, no hay necesidad de ponerse tan pomposos! —intervino Gayo Celio—. Te informo, Ratumedio, aunque lo debes saber, que la mayoría de nosotros somos antiguos compañeros de armas y no acabamos de acostumbrarnos a solucionar las cosas como los senadores de Roma. Ya sé que en Etruria amáis las normas, pero en Barcino…, en este pequeño campamento, que no es otra cosa, hablamos claro: ¡los chicos hacen chiquilladas! ¿Quién no se ha metido en líos de joven? Además, la sangre nos hierve delante de las mujeres hermosas, por eso el lugar natural de ellas es la casa, así se evitan problemas. Y en cuanto a tu hija —dijo Gayo, dirigiéndose a Barkal—, creo que estamos todos de acuerdo: debería estar más protegida. Es toda una mujer.

Barkal abandonó la Curia, le faltaba el aire y se encontraba cada vez peor. Gayo se ofreció a llevarlo a su casa. Lucio los acompañó hasta los establos. Barkal se apoyaba en él para caminar. Cuando se despidieron, el hombre le cogió por los hombros y, mirándolo fijamente a los ojos, le dijo:

—Lug, prométeme que la protegerás. Tengo la impresión de que ahora solo en ti puedo confiar. Garza te va a necesitar.

Lucio le mantuvo la mirada al viejo guerrero y, tras unos instantes, contestó:

—Tienes mi palabra.

13. TRAS LA CORTINA

Barcino
Septiembre
3 d. C.

Poco después de la partida de su hijo hacia Roma, Gayo volvió a padecer dolores de cabeza. En Cantabria, tras perder el ojo, los había sufrido tan intensos que llegó a pensar en hundir su espada en el vientre. Una mañana, yendo hacia las Espeluncas, había sentido un vértigo súbito a lomos del caballo. Desde entonces, un zumbido insoportable le taladraba el cerebro y no le daba paz ni de noche ni de día. Harmonía le preparaba infusiones de corteza de sauce e hipérico, aunque ya no le proporcionaban el alivio de antaño. Por si fuera poco, en el último invierno había asistido a las exequias de varios de sus compañeros. Le atormentaba pensar que la funesta Libitina pudiera estar merodeando por las esquinas de su lecho. Se sentía intranquilo, las noches se le hacían muy largas y cada vez le añadía menos agua al vino.

En cuanto a la ausencia del hijo, le costaba aceptar que quizá no volviera a verlo más. Era su único hijo. Probablemente esa idea, rondándole la cabeza a todas horas, era la culpable de sus dolores y de que, por primera vez en su vida, se sintiera viejo y cansado. Por fortuna, los quehaceres de la política municipal y del negocio, que marchaba como nunca, lo distraían de sus malestares. Además, Tila había dejado de ser una molestia desde que formaba parte de un grupo de matronas encargadas de velar por la moralidad de las familias de la colonia.

Un viento caliente había empezado a soplar desde la mañana. Estaba de mal humor, pues los días ventosos incrementaban sus jaquecas. La berrea del ciervo había comenzado en los bosques de la Sierra Oscura. Por las noches, el entrechocar de las testas y los bramidos se podían escuchar desde las inmediaciones de la ciudad, privándolo del sueño.

Entre todos los curanderos, sacamuelas y sobacarnes de la ciudad estaba Carnuta, la esposa del galo Caprinio. Sus manos eran fuertes como las de un herrero, con sus dedos huesudos ablandaba cualquier espinazo, por rígido que estuviera. La mujer prestaba sus servicios en las pequeñas termas del antiguo campamento, las únicas que había en la ciudad, a las horas en que iban las

mujeres. Tila le pidió si podía atender a Gayo por la mañana, en el horario de los hombres. Un buen masaje le haría bien.

Después de estar un rato en el *caldarium*, ablandados los músculos por el agua caliente, Gayo se puso en manos de la gala. Ocuparon una estancia cubierta con una cúpula en cuyo centro se abría un lucernario que bañaba de luz la losa de piedra donde reposaba el antiguo centurión. Carnuta, poco habladora —algo que Gayo agradeció— y aún menos simpática, inició las friegas con sus manos aceitosas.

¿A qué venía ese desasosiego? La vida lo había tratado bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Sintió la piedra caliente bajo su cuerpo y las tibias manazas de Carnuta. En efecto, la diosa Fortuna no lo había abandonado desde aquella negra noche en Cantabria. Quién sabe si la misma osadía que lo había llevado a huir tan joven de su casa lo había empujado a exprimir al máximo los pocos momentos de buena ventura de su vida. Aquella lluviosa y gélida noche tuvo su oportunidad y la aprovechó. Por Vulcano que la suerte es de los audaces.

El sonido acompasado de las gotas de agua que caían del techo y los masajes de la mujerona liberaron su mente. Sobrevoló las frondas del norte, los neblinosos avellanares donde se alimentaban sus hombres cuando no llegaban las raciones, donde los espectros moraban en los troncos de los abedules. Cuántas veces, ante la falta de trigo, tuvo que conformarse con duro pan de castaña. Le pareció escuchar de nuevo los aullidos que impedían el sueño, alaridos espeluznantes surgidos de gargantas humanas dispuestas a destrozar el cráneo de cuantos romanos hallaran en la espesura.

—Carnuta, podría estar en tus manos durante días, sería incluso capaz de divorciarme de mi esposa para casarme contigo, ¿aceptarías? —dijo Gayo a media voz.

—¿Casarte con esta mula? ¿Has perdido el juicio, *mentula*? —resonó una voz masculina.

Gneo Sabino se pasaba la vida en las termas, cuchicheando de sala en sala como una mujer. Era la fuente de información más fiable de todo cuanto acontecía en la colonia, de ahí que el grupo de respetables matronas amigas de Tila se reuniera en su casa. Gneo Sabino, veinte años atrás, se jactaba de ser el más avispado de toda su cohorte, y los tribunos, para rebajarle los humos, le endilgaban más guardias que a los demás. Sin embargo, Gayo fue capaz de burlar su vigilancia aquella noche, cuando se escabulló del campamento siguiendo las indicaciones de Primo Domicio.

—¡Ve a casa de los Pedanios a remojarte en el estanque de las morenas! —gritó con sorna Gayo al fisgón.

En Cantabria, Gayo Celio se había convertido en uno de los hombres de confianza de Agripa. Fueron los médicos del general quienes lo atendieron después de la pedrada que le vació el ojo. Cuando se recuperó fue ascendido a *primus pilus*, el primero entre todos los centuriones, de modo que soldados rasos y hasta oficiales lo obedecían sin rechistar. ¿Quién se iba a preocupar de las idas y venidas de Gayo Celio? Por esa razón, Primo Domicio lo eligió para desempeñar una misión secreta. Nadie debía saber nada, ni siquiera el general. No había de qué preocuparse: el enemigo estaba vencido, sus jóvenes masacrados, las mujeres y los niños esclavizados. En aquella noche helada, las mentes de los veteranos a punto de licenciarse, y también la de Gneo Sabino, el legionario de guardia, descansaban ya bajo una parra, a resguardo del sol mediterráneo.

Imaginaba su vida de veterano guiando una yunta de bueyes en un pedazo de tierra hispana, quizá casado con una Imilce o una Edereta que le darían muchos hijos, gozando de los escasos placeres que su pensión de centurión le permitiría. Si conseguía algo más de dinero podría comprar algunos esclavos más.

Sin embargo, faltaba muy poco para completar su servicio militar y no quería buscarse problemas; por eso su primera reacción ante la propuesta de Domicio fue de duda. Por otra parte, la recompensa era importante, y él llevaba muchos años esperando que la suerte le sonriera. No podía dejar pasar la oportunidad. Así que cuando se vio ante la puerta de atrás del burdel de Melonia respiró. Había finalizado el encargo sin novedad, podía volver al campamento. El trabajo había sido fácil, mucho más de lo esperado.

Empezó a caminar bajo una lluvia fina que pronto se convirtió en torrencial. Los rayos dibujaban extraños perfiles en los hayedos y parecía que el mismísimo Júpiter se precipitaba vengativo sobre la tierra. Sentía pavor por los truenos, como todo romano piadoso, y no tuvo más remedio que volver a refugiarse bajo el pórtico del cuchitril de Melonia. Por fortuna, su *sagum* de lana y cuero, bien untado de grasa, había evitado que la lluvia le calara la ropa.

Le extrañó el silencio del lugar, normalmente tan ruidoso y frecuentado. El cielo parecía desplomarse sobre su cabeza y el camino se había convertido en un fangal. Era un buen momento para buscar solaz entre las chicas, que parecían tener poco trabajo. Abrió la puerta y nadie lo recibió. ¿Qué estaba sucediendo allí? Seguramente nadie se habría aventurado a ir hasta tan lejos

del campamento una noche como aquella pero ¿y las mujeres? Avanzó con sigilo, la mano en la empuñadura de la espada. Advirtió que solo había luz en dos habitaciones, en la grande del fondo y en el cuartucho al lado de la cocina. En este último, la cortina estaba algo descorrida, por lo que pudo ver la grotesca cabeza del secretario albino, que montaba frenéticamente a una indígena de carnes casi tan blancas como las suyas.

No había rastro de Melonia, quien siempre recibía con empalagosa efusión a sus clientes. Todas las estancias estaban vacías, y siguió avanzando hasta la más grande. Allí la cortina estaba echada, aunque algo rasgada a la altura del pecho. Parecía haber más de dos personas en la habitación, a juzgar por los sonidos. Flexionó las piernas para mirar, seguro de que allí encontraría a la patrona, tal vez haciendo un servicio especial a alguien importante.

Acercó el ojo al desgarrón sintiendo un escalofrío en la nuca: podría no salir vivo del tugurio. En aquellas circunstancias, lo más inteligente era no ver, no saber. Pero la curiosidad pudo más. La escena le repugnó, pues un hombre hundía la cabeza entre las piernas de una furcia mientras era penetrado por un bárbaro. Y ese hombre era Primo Domicio.

Aquella bajeza era indigna de un romano. Comprendió por qué el lupanar estaba vacío y no había escolta, solo el albino. No era conveniente tener testigos, especialmente en un tiempo en que las leyes de Augusto castigaban con dureza a los que no se regían por las austeras costumbres de los antepasados. Debía abandonar el lugar enseguida, aunque había ido armado y, si fuera el caso, podría defenderse. Pero ¿defenderse de quién?, ¿del albino?, ¿del blandengue de Domicio?, ¿del bárbaro afeminado? Empezó a relajarse, posiblemente nadie sabía que Primo estaba allí. Sus vicios debían mantenerse en secreto. Por lo tanto, él solo se bastaba para controlar la situación.

Y eso fue lo que hizo. Aprovechar la ocasión.

14. SATURNALIAS

Casa de Barkal
Cena de Saturnalias
17 de diciembre
2 d. C.

Qué agradable era estar sentada en un escabel tan mullido, delante de una mesa rebosante de manjares, rodeada de seres humanos. Garza no acababa de acostumbrarse al sacerdocio. Lo peor de vivir en la cueva no era tanto la falta de comodidades como la soledad. Además, desde el desgraciado incidente de la noche de Cernunnos, su padre no había recuperado la salud, y hasta parecía que le flaqueaba el ánimo, pues rara vez tenía fuerzas para ir a verla. Por fortuna, cada día llegaba alguien con una ofrenda y una petición, incluso familias romanas en busca de una divinidad que las escuchara. Los parientes indígenas eran los únicos en visitarla regularmente. Y Lug. Sobre todo Lug. A él le encantaba que lo llamaran por ese nombre, y así lo habían hecho desde que eran niños. No había dejado de ir ni un solo día, siempre pendiente de sus necesidades. Para no levantar suspicacias, acordaron verse tras la puesta de sol, cuando nadie se aventuraba por los caminos. *Toro*, el perro de Garza, esperaba cada noche con ansia su hueso.

En atención a Barkal, los ancianos habían permitido a su única hija pasar junto a él las festividades. Gayo, muy cálido y atento con su vecino en los últimos tiempos, los había invitado a la cena de Saturnalias. Era la primera vez que sucedía algo así. Garza pensó que hasta el corazón de Gayo se habría ablandado ante el triste estado de su padre. Casi no caminaba, debía ser llevado de un lado a otro en silla de mano y a duras penas sonreía. El dolor de huesos que lo aquejaba desde hacía un año se había recrudecido, y solo se calmaba con unos sahumerios que lo adormecían y que se hacía enviar desde Roma.

Por la mañana, Garza había acompañado a su padre, a Tila, a Gayo Celio y a Vibio al templo de Augusto para sacrificar un cordero, el mismo que humeaba en la cena sobre la mesa. Lucio estaba muy atareado desde que desempeñaba el cargo de escriba del edil. No obstante, apareció para estar presente en el sacrificio, junto a su familia. Había continuado sus clases de

lucha y espada con Salvio, y era un alumno aventajado, escurridizo como una anguila. A veces, cuando podía escaparse hasta la cueva, se llevaba las espadas de madera para practicar con Garza, y acababan los dos por el suelo, riendo como cuando eran niños. En otras ocasiones se escapaban disfrazados hasta el río, su playa secreta. Viendo al muchacho nadar, su cuerpo esbelto y musculado, y cómo se le rizaba el cabello al secarse al sol, Garza deseaba tocarlo… Pero ni siquiera podía acercarse a darle un beso a su padre. Los ancianos habían sido muy claros al respecto: contaminaría a todo el que tocase. Ella misma estaba en peligro hasta su casamiento.

Probablemente Barkal le anunciaría pronto su enlace con algún pariente. Aquella situación no podía mantenerse mucho más, su padre sufría por ella. Por las noches fantaseaba con que caía accidentalmente en brazos de Lug y se veía obligada a casarse con él. Quimeras y ensueños: ni su padre la casaría con un romano ni Gayo permitiría que Lug se casara con la hija de la cántabra.

No obstante, su percepción le jugaba malas pasadas. Aquella misma noche, por ejemplo, creyó estar respirando un ambiente diferente al acostumbrado: Gayo los había invitado por vez primera a la cena de Saturnalias, y Barkal, contra todo pronóstico, había aceptado. Sin embargo, el *triclinium* de invierno de Gayo era muy reducido, así que Barkal había ofrecido su casa. Como era costumbre, los esclavos se sentaron a la mesa y habrían debido ser los amos quienes trabajaran, pero fueron los sirvientes de Barkal quienes lo hicieron. Si en Saturnalias todo se trastocaba, aquella ocasión lo estaba dejando muy patente.

Gayo compartía el lecho de honor con Barkal, a cuyo lado se sentaba Garza. Tila ocupaba un escabel a la derecha de Gayo. En el lecho de la izquierda estaban Elbón y Lug, con Harmonía sentada a un lado. En el de la derecha estaban Vibio y Annia Layetana. A Garza le extrañaba la indiferencia de Lug hacia su madre, algo tan distinto de las atenciones que dedicaba a Harmonía.

—Permíteme, amigo Gayo, hablar en primer lugar —dijo Barkal con solemnidad—. Después de todos estos años, no esperaba de ti esta invitación, te soy sincero. Sin embargo, has sido el único romano que te has interesado por mi bienestar y el de mi hija. Durante mucho tiempo pensé que yo, Barkal, hijo de Bilistages, del clan del Lobo, el último noble layetano, podía ser uno más en el senado municipal, y que entre nuestros dos pueblos había amistad sincera, colaboración y respeto mutuo. Pedía demasiado, amigos —suspiró, mirando al suelo—. Pedía demasiado.

—No te fatigues, Barkal, es un placer para mí celebrar juntos estas Saturnalias —contestó Gayo con desacostumbrada empatía—. Me hago cargo de tus sentimientos, amigo mío. ¡Comamos y disfrutemos!

Tila, que miraba a su marido con las cejas enarcadas, pidió la palabra:

—Yo también quiero agradecer algo a Aulo Asedilo Layetano: que me haya librado de la absurda costumbre de tener que trabajar para los esclavos, ¡es algo ridículo!

—Con el debido respeto, ama Tila —dijo Elbón—. Harmonía y yo la dispensamos de tan enojosa tarea, teniendo en cuenta que en las Saturnalias del año pasado nos derramó la sopa por encima cuando tropezó al servirla en la mesa. —Hubo una carcajada general—. ¡Tuvimos que limpiarlo todo nosotros y acabamos teniendo más trabajo!

—¿Podemos acabar ya la charla? —dijo Vibio con el aire de fastidio que siempre lo acompañaba—. ¡Estoy hambriento como un león de Getulia!

La cena fue un compendio de platos indígenas y romanos, muy bien condimentados con el *garum* que Sergio Salinator había empezado a elaborar en su taller, cercano a la Puerta Romana. Los erizos, muy abundantes en toda la costa layetana, le otorgaban a la salsa de pescado de Salinator un sabor especial. El ágape finalizó con la torta de Saturnalias, muy celebrada por Annia, y el haba seca apareció en el pedazo de torta de Lucio, que fue nombrado por ello rey de las Saturnalias.

Garza disfrutó de la velada, a pesar de las continuas salidas de tono de Vibio. Descubrió en Tila una excelente anfitriona y que Gayo, si se lo proponía, además de divertido podía ser incluso agradable. Lucio bromeó con ella toda la cena. Deseó que la noche no acabara nunca.

—Sabemos que, para Saturnalias, en Roma acostumbráis a regalar figurillas de cera —expuso Barkal—, por eso he pedido a Garza que modelara algunas con sus propias manos.

Garza se levantó y volvió con una cesta. Fue entregando las figurillas una a una: a Tila, a Harmonía y a Annia una manzana de cera, cuyo rabillo era el pábilo. Para Gayo había confeccionado un racimo de uvas, para Elbón un cálamo, y Lucio recibió la figurilla de un lobo.

—Ya ves, Lucio —declaró Barkal—, un lobo. Perteneces a nuestro clan. Para nosotros eres Lug, el layetano.

Gayo Celio, henchido de orgullo, replicó:

—Lucio es un Celio, un valiente como su padre y su abuelo. Deberías verlo en la lucha, con la espada en la mano. Tú también, Barkal, viejo amigo,

tienes una hija… fuera de lo común. Tiene temple, es fuerte como pocas. ¡Ay del que se case con ella! —bromeó.

¿Había mirado fugazmente a Lug? ¿O solo se lo había parecido? Garza dirigió sus ojos hacia él y se encontró con su mirada fija. La respiración se le aceleró. ¿Qué significaba tanta simpatía repentina? ¿Había algún motivo tras aquella inesperada cena?

—Hija, ¿y el regalo de Vibio? —preguntó Barkal.

Garza dudó en responder. Habría podido decir que se lo había olvidado, que se le había caído o que *Toro* lo había destrozado. No quería deshacer la magia de un momento en que la ilusión llevaba a su alma en volandas. La mueca burlona de Vibio la devolvió a la realidad.

—Para él no hay regalo.

Vibio estalló en carcajadas, le guiñó un ojo y añadió:

—No importa. Ya me mostrarás tu generosidad en otra ocasión.

* * *

El segundo día de Saturnalias fue agotador para Garza. Algunas familias romanas subieron al manantial para ofrecer libaciones a Diana, como llamaban ellos a la diosa. Casi todos la miraron como un bicho raro, pues había corrido la voz del extraño acontecimiento de la noche de Cernunnos. A mediodía montó a *Viento* y fue a visitar a su padre. Necesitaba hablar sobre una idea que la acuciaba hacía meses. ¿Qué pasaría si él moría y ella todavía no se había casado? ¿Estarían dispuestas las autoridades romanas a reconocerle a Garza los mismos derechos que a Barkal?

Cuando salió del bosquecillo vio llegar un jinete al galope. Era Lug. Lo esperó, y cuando se encontraron lo retó a una carrera hasta la casa de su padre. Ella fue en cabeza todo el camino.

—¡He ganado, y eso que voy sin silla! —gritó Garza al llegar, con la mirada brillante.

—¡Pues claro, mujer! Eres un jinete más ligero. Y te agarras a las crines como a las rocas por las que trepas. —Él sonreía viéndola tan feliz.

Era diciembre, pero el sol calentaba con fuerza. Barkal estaba fuera, recostado sobre un lecho. Cuando los vio llegar intentó levantarse, en vano.

—Qué alegría veros juntos. Sois tal para cual, desde niños. —Ambos sonrieron—. Aquí me tenéis. Yo, que combatí contra los fieros cántabros, y antes contra tantos otros, estoy más muerto que vivo. Maté a muchos de ellos, y ahora reclaman su venganza desde el Hades. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—¡Padre, no hables así! Seihar va a traerte una hechicera del Pirineo, seguro que alguien te ha embrujado. —Garza le miró las manos, que tanto amaba, ahora huesudas y cubiertas de manchas oscuras. Era tan doloroso no poder tocarlo.

—Ojalá estuviera viva tu madre, ella me podría curar. Lug, llegas en buena hora, me has leído el pensamiento. Tengo que ver a tu padre con cierta urgencia. Si puede venir hoy, mejor que mañana. Debemos acabar de solucionar un asunto importante.

—Descuida, Barkal. Iré ahora mismo a buscarlo.

Se levantó una suave brisa que meció la hiedra de la fachada de la casa, coronada por un reloj de sol.

—Hace un buen día. Me gustaría mucho bajar paseando hasta el río. —Barkal hablaba con los ojos cerrados—. Id vosotros, y traedme un poco de agua del padre Rubricatus, quizá me alivie algo. Siento frío por fuera y me abraso por dentro.

Caminaron hasta la orilla, sin decir palabra. Garza se sentó, hundió la cabeza entre las rodillas y empezó a sollozar. Lucio alargó la mano para consolarla, pero la dejó detenida en el aire.

—¿Qué va a ser de mí? Mi padre es lo único que tengo.

Él tenía la mirada perdida. En una rama cercana, dos libélulas azules se acoplaban en extraña contorsión. Un grupo de patos pasó volando, rozando el agua.

—Toma. —Garza se quitó un colgante que llevaba al cuello y se lo tendió —. Lo he encontrado en la cueva, entre las cosas de mi madre. Mira, tiene una «L» inscrita. Quizá lo hizo para ti.

Lucio lo examinó. Era redondo y estaba hecho de un tipo de piedra grisácea muy dura. Se lo puso. Tras unos instantes en silencio, dijo:

—Yo me ocuparé de ti, Garza. No permitiré que te pase nada malo. Te lo prometo.

Ella se lo quedó mirando con ojos incrédulos. ¿Cómo lo iba a hacer, si era tan esclavo de su padre como ella de los ancianos? ¿O sabía algo que ella no sabía? Cuando fue a hablar, su voz se quebró:

—No podré soportar esta situación mucho tiempo. No me bastan ya los abrazos de *Toro* o el calor de *Viento*. Es cruel no poder cogerle la mano a tu padre enfermo ni poder recibir un abrazo de aliento.

Tras un instante, él se levantó y llenó un cántaro de agua del río.

—Vamos. Es preciso que llegue a casa para avisar a mi padre. —Caminó unos metros con el cántaro en la mano, pero a cada paso el agua se

derramaba. Garza se quitó el manto, hizo un soporte con él y se lo ajustó en la cabeza. Después pidió a Lucio que le colocara el cántaro encima. Llevaría el agua como las indígenas. Él, divertido, accedió. Y así llegaron hasta donde estaba Barkal: Garza con el cántaro en la cabeza, agarrándolo con las dos manos, y el chico detrás, atento al contoneo de las caderas de ella.

* * *

Las Saturnalias llegaban a su fin. El tercer día, los amigos se juntaban, comían y bebían juntos, hombres con hombres y mujeres con mujeres. Después se disfrazaban y bailaban hasta caer rendidos. Garza, ajena a las celebraciones, pasó la tarde con Barkal y después se encaminó hacia el manantial. Antes de irse a dormir, se lavó en el arroyo, hizo la libación correspondiente y oró por su padre.

La cueva era fría. Cuando la cántabra se fue a vivir allí, Barkal se ocupó personalmente de llevarle un grueso jergón de lana y varias pieles de cordero. La abertura de la cueva se tapó con una puerta. Garza se disponía a entrar cuando oyó que *Toro* gruñía. Alguien se acercaba. Se metió dentro rápidamente, atrancó la puerta y pegó el oído a ella. Su padre le había rogado que tuviera mucho cuidado, en el último día de las Saturnalias se desataba el desenfreno. *Toro* ladró, el intruso estaba cerca. Oyó pasos sobre la piedra, un sonido metálico, como el que hacían las sandalias de los legionarios. De repente, los ladridos cesaron, lo cual sorprendió a Garza. ¿Le habrían hecho algo al perro? Del miedo, le costaba tragar saliva. Abrió el arcón de madera y cogió un garrote. Se oyeron unos golpes en la puerta:

—¡Abran, en nombre del emperador! ¡Traigo una orden!

Garza no se movió, estupefacta. Un soldado. Seguro que no estaba solo y que los demás habrían matado a *Toro*, por eso no lo oía ladrar. ¿Qué podía hacer? Los golpes sonaron de nuevo.

—¡Abran, necesito refugio! ¡Vengo en misión secreta!

¿Qué significaba aquello? Había algo en la voz… Garza voló hacia la puerta y la abrió sin titubeos. Dio unos pasos atrás y un centurión romano entró, agachándose para que la roja crin de su casco no chocara contra el dintel. Era Lug, disfrazado. Pasado el susto, Garza se puso a reír sin parar. Resultaba varonil. Decidió seguirle la broma, hacía tanto tiempo que no disfrutaba…

—Dime, centurión, ¿cuál es esa orden, si puede saberse?

—Vengo a abrazar a una sacerdotisa triste. Y debo hacerlo varias veces, si es preciso. —Lucio, con pose marcial y mirada al frente, apretaba los labios

para no reír. Acto seguido, se quitó el casco, lo depositó sobre el arcón y le pidió a Garza que le ayudara con la cota de malla.

—No me pidas eso; sabes que no puedo tocarte. —Se le quitaron de repente las ganas de reír.

—Está bien, lo haré yo.

Empezó por las armas, el tahalí y el pañuelo. Siguió con la loriga, recreándose en desanudar cada lazo. Después se quitó las grebas y las sandalias tachonadas. Hacía frío, pero ninguno de los dos parecía sentirlo, las gruesas esteras del suelo de la cueva les ofrecían su calidez. Cada vez que Lucio clavaba los ojos en ella, una oleada de calor la envolvía de los pies a la cabeza.

—Lug, ha sido divertido. Ahora debes irte. Por nuestro bien.

—¡Oh, no, por los dioses! —Lucio señalaba la pared de la cueva con un mano y con la otra se tapaba los ojos. Una enorme cucaracha trepaba por la pared—. Mátala, Garza, te lo ruego.

—¡Ja, ja! ¡Menudo legionario! ¿Y tú mataste un lobo? —Garza se acercó a la pared y agarró la cucaracha por las antenas, ante el disgusto de Lucio.

—¿Pero cómo puedes…? ¡No, no, no! ¡No te me acerques! —gritaba él.

—¡Solo voy a abrir la puerta para echarla fuera! —dijo Garza.

Volvieron a mirarse, hasta que a los dos se les escapó una carcajada. Se quedaron en silencio, contemplándose. Un candil iluminaba la cueva. Los ojos de Lucio brillaban tanto como el metal de la armadura. Alargó los brazos hacia ella y respondió:

—Te voy a abrazar, porque tú lo estas deseando tanto como yo y por otra razón mucho más poderosa.

—¿Y qué razón es esa, si puede saberse? —inquirió una Garza que aún no había perdido la sonrisa.

—Soy el rey de las Saturnalias, el haba del pastel así lo quiso. —Avanzó un paso hacia Garza—. Estoy al mando.

—Abrió la mano y le mostró el haba seca.

—¡Lug! ¿Cómo puedes bromear en esta situación? —Aunque se quejó, sonrió con expresión traviesa. Sabía cómo divertirla, incluso en los momentos difíciles. Así había sido desde niños, desde siempre. Cómo deseaba salir por aquella puerta, cogida de su mano, y escapar de su reclusión.

—Ven, déjame que te abrace. Es la noche de Saturnalias, todo está al revés, todo está permitido. Además, nadie lo sabrá.

—¿Nadie? ¡Lo sabrá la diosa! Hice un juramento cuando los ancianos me trajeron aquí. Es algo sagrado. No puedes entenderlo, tus dioses son de piedra

y viven escondidos en templos. Mis dioses están en las plantas, en los animales, en todas partes. Cualquiera puede sentirlos, si así lo quiere.

—¡Yo lo quiero! —Su rostro se ensombreció de repente—. Quiero sentirlos, escucharlos y hablar con ellos para decirles que tú no mereces este destierro. Vivir aquí, en el mismo sitio en que vivió tu madre, encerrada, aislada, sin calor humano, apartada de tu padre cuando más lo necesita, ¡es despiadado! Tú no cometiste ningún sacrilegio, Untiken fue el culpable. Será él quien pague por ello cuando lo encuentren.

Continuó avanzando hacia Garza e intentó cogerla. Ella se apartó y se arrumbó contra la pared. Su mente era un torbellino. «¿Qué más da? Nadie lo sabrá. Necesito su abrazo o me volveré loca. No podré aguantar mucho más. Y a él…, a él lo siento tan cerca de mí».

—¡Garza, acabemos ya con esta pantomima! ¿Quién conoce el designio de los dioses? ¿Quién puede estar seguro de lo que piensan o esperan de nosotros? Has sufrido demasiado. Solo es un abrazo, cielo, solo un abrazo. Te hará bien.

Garza, deshecha en lágrimas, dio un paso hacia los acogedores brazos. Llevaba dieciocho lunas sin sentir el contacto de un ser humano, y se derrumbó. Estaba cansada de ser fuerte. Se acurrucó contra aquel cuerpo masculino que la alzó en sus brazos mientras le cubría el rostro de besos. Después sintió bajo ella el tacto del jergón y el aliento suave de Lug en su oído, que con voz entrecortada le susurró:

—Garza, deja que te ame, no pensemos en nada más.

Ella se abandonó, una rendición dulce, secretamente deseada. Sus manos trémulas recorrieron el cuerpo de Lucio mientras él la besaba. Se deshicieron torpemente de las ropas, acuciados por un deseo más fuerte que cualquier otra emoción que hubieran sentido antes. Se dejaron arrastrar por él y el mundo se disolvió.

Garza se vio sumergida en una espiral de sensaciones desconocidas, la boca de él, su pecho, sus brazos, mundos por recorrer. Lamía, y era lamida, mordía y era mordida, en lugares de su cuerpo que despertaban a la vida cada vez que él los tocaba. Cuando hundió la cabeza entre sus pechos y le rozó los pezones con la lengua, Garza gimió y pensó que no era posible sentir más placer. Pero estaba equivocada.

Porque Lucio se los succionó y ella notó cómo su sexo se inundaba. La respiración se le aceleró todavía más al sentir la presión del pene. Sintió un intenso placer en un punto preciso y dejó que su cuerpo tomara las decisiones. Agarró con fuerza las nalgas de Lucio y empezó a mover las caderas, frotando

aquel punto contra el miembro masculino, tan rígido pero tan palpitante, tan duro pero tan terso, y pensó que no era posible sentir más placer. Volvió a equivocarse.

Él la besó tan fuerte que le lastimó los labios, y parecía que quería fundirse con ella. Se incorporó y le pidió permiso con la mirada. Se contemplaron unos segundos, sintiéndose inmortales, inmunes, invulnerables. Ella se ofreció, y él la penetró con suavidad. Primero sintió dolor y quiso retirarse. Un punto de gozo la llevó a continuar, el dolor se fue atenuando a medida que Lucio se humedecía dentro de ella y el goce iba creciendo. Colocó sus piernas alrededor de la cintura masculina y a cada acometida de él pensaba que jamás había sentido algo así. Le gritó que no parase, le suplicó que continuara, hasta que sintió la explosión en su interior y una oleada de espasmos se expandió por todo su vientre, alcanzando cada fibra de su cuerpo y dejándola sin resuello. Lucio continuó cabalgando un cuerpo ya inerte, cuando pareció ser presa del mismo delirio. Se derrumbó sobre ella, respirando pesadamente.

Y así permanecieron un rato, hasta que los besos se reanudaron.

Un ladrido de *Toro* los alertó.

Y un grito:

—¡Garza, Garza, despierta! ¡Tu padre se muere!

15. EL QUE GUARDA LOS SECRETOS

Casa de los Domicios
Roma
3 d. C.

El ábrego se levantó a medianoche. Caliente y pesado, se colaba por rendijas y ventanucos, agitaba las adelfas del jardín y el sueño de los durmientes. Lucio llevaba horas dando vueltas en la cama, empapado en sudor. Las palabras escritas por Garza le martilleaban las sienes, lo hundían en la zozobra. ¿Cuál fue el último deseo de Barkal? ¿Mentía su padre o era Garza la embustera? Intuía la respuesta y eso lo mortificaba. Además, no soportaba la idea de que ella lo creyera un cobarde, o peor, pues de las palabras escritas en la carta se desprendía la acusación de que él y su padre deseaban la muerte del layetano.

Qué más daba. Ya no había vuelta atrás. ¿Cómo habían podido derrumbarse sus vidas, sus sueños, tan de repente? Oyó las patas de *Niso* arañando su puerta. De día lo veía durmiendo sobre su estera en la cocina, o echado al sol, bajo el arbolito de laurel del peristilo. De noche se hacía el dueño de la casa y se podía oír el repiqueteo de sus patas sobre el pavimento, siguiendo al fantasma de Melampo.

Melampo. No podía dejar pasar la oportunidad de interrogarlo. Tal vez no recordara o no supiese nada, pero había que intentarlo. Se puso en pie y se acercó a la puerta. *Niso* percibió el movimiento y volvió a rascar con sus patas desde el exterior. Lucio se armó de valor: Quinto le había dicho que Melampo estaba desfigurado por los tumores, lo que iba a encontrar no sería agradable. Aun así, debía hacerlo. Se calzó y se puso una túnica. Abrió la puerta con sigilo, el perro no estaba. Había luz al otro lado del atrio y avanzó por el corredor haciendo el menor ruido posible. La puerta de una de las habitaciones estaba abierta. Siguió avanzando hasta escuchar cerca de él un gruñido y advertir unos ojos perrunos brillando en la oscuridad. De pronto, se oyó una voz en la habitación iluminada y el animal se calmó. Lucio empezaba a arrepentirse de haber salido de su cuarto, y a punto estaba de dar media vuelta cuando notó una húmeda calidez en su mano: *Niso* lo estaba lamiendo. Respiró hondo, había superado el primer obstáculo.

Se asomó a la puerta abierta. Melampo estaba sentado de espaldas, delante de un escritorio. Lo reconoció por los diminutos rizos blancos que enmarcaban su cabeza como un casco. Las paredes de la habitación estaban tapizadas de arriba abajo de cientos de volúmenes y rollos, organizados en estanterías en forma de cruz. Una mesa, un arcón y un catre bajo unos anaqueles completaban la estancia.

—Has tardado mucho en venir. He tenido que enviar a *Niso* a por ti —dijo la extraña figura—. Entra y siéntate.

—Gracias —respondió Lucio—. El otro día te vi en la balaustrada. De hecho no te vi, percibí un rápido movimiento y tuve la certeza de que eras tú.

—En efecto. —Melampo continuaba hablando hacia la pared—. Perdonarás, *domine*, que no te mire al hablar. Los dioses han determinado que acabe mis días en soledad, todos se horrorizan ante mi rostro desfigurado. Por favor, cierra la puerta.

Lucio sintió un escalofrío. No deseaba en absoluto encerrarse entre cuatro paredes con aquel ser, en una habitación oscura que olía a orines, papiros ajados y carne purulenta. Pero obedeció, cerró la puerta y se sentó sobre el arcón.

—¿Por qué has enviado al perro a buscarme? ¿Qué me quieres decir?

—Lo que tú quieras preguntar. Porque eres tú quien deseas saber.

—Además de secretario eres adivino. —Era incómodo hablar con una nuca.

—¡Oh, espero no haberte ofendido, *domine*! Sin poder salir, los días para mí son tremendamente aburridos. Me entretengo ordenando los documentos de Primo Domicio. Tu abuelo tuvo una vida intensa. Cuando el *tablinum* se quedó pequeño hubo que seguir guardando los documentos aquí. Siempre me ha gustado el trabajo de secretario. Por ejemplo —Melampo señaló un anaquel en la parte superior y, al hacerlo, ladeó ligeramente el rostro. Una excrecencia oscura le cubría la frente y el párpado izquierdo—, allí está todo lo que dejó sobre los meses pasados en Cantabria.

—Quiero consultar esos volúmenes.

—Como desees, *domine*, pero no encontrarás en ellos lo que buscas.

—¿Estuviste en Cantabria con él? —preguntó Lucio.

—Tu abuelo te quería mucho, y nunca abandonó la esperanza de que vinieras a Roma. Tenía grandes ilusiones puestas en ti y en Quinto. Vosotros sois los únicos nietos varones. ¿Recuerdas dónde nos conocimos?

—Por supuesto. Junto al puente de Ad Fines. Yo no sabía entonces quiénes eran los garamantes.

—Unos diablos que habitan en ciudades de barro, en el desierto. Trafican con esclavos africanos y se los venden a los romanos. Siempre hay alguien dispuesto a pagar bien por un albino negro como yo. Dicen que somos un talismán para quienes nos posee.

—Estuviste en Cantabria, ¿sí o no? —preguntó Lucio, impaciente. El calor empezaba a sofocarlo.

—Sí. El lugar más horrible de todos cuantos he conocido. En invierno, el viento del norte te araña el rostro como la garra de una arpía. Y esos cántabros, hordas de demonios que, por fortuna, yacen exterminados en el fondo de las barrancas. Nuestro Augusto cayó enfermo allí por primera vez, quién sabe si hechizado por sus druidas.

—¿Qué pasó entre Domicio y mi padre?

—Tu padre era un hombre rudo, pero espabilado. Y tu abuelo se volvió tan poderoso que a veces no tomaba las precauciones debidas. Así que el ratón atrapó al gato.

—Explícate, te lo ruego —dijo Lucio mientras observaba al perro, que olisqueaba con fruición el contenido de un orinal.

—Supongo que ya te lo puedo contar. Domicio está muerto y yo no espero vivir mucho. Y en cuanto a tu padre…

—No te preocupes por él. Sabré ser discreto. Necesito saberlo todo. A veces siento que todos los miembros de mi familia me son desconocidos.

—He imaginado miles de veces cómo serían mi madre, mi padre, mis hermanos. Era un bebé cuando me robaron. Mi existencia ha estado marcada por la incertidumbre. Siempre adulando a mi amo, alabándolo y cubriéndole la espalda para que no me vendiera. Era un buen amo, no tengo queja, y sé que había recibido muchas ofertas por mí. Pero soy un esclavo, *domine*, y tú no. Mereces saber. Aquel niño de ojos risueños se ha convertido en un apuesto joven. Sin embargo, debo advertirte algo. —Hizo una pausa que a Lucio se le antojó larguísima—. Puedes resultar decepcionado.

—Adelante.

Lucio, con los codos apoyados sobre las rodillas, sentía las gotas de sudor deslizarse por su rostro. La fetidez de la atmósfera la hacía irrespirable, y sin embargo Melampo no parecía notarlo.

—Una de las tribus a las que hostigábamos tenía acceso a varias minas de oro y plata. Domicio se arriesgó mucho, pues estableció unos acuerdos secretos con el jefe. Agripa no debía saber que una parte sustancial del tesoro confiscado a los bárbaros iba a ir a parar a su bolsa.

—¿Y qué tuvo que ver mi padre en todo ello?

—Él fue quien sacó del campamento una carreta llena de oro y plata. Fue un encargo de Domicio. Tu padre se había convertido en la mano derecha de Agripa: un buen general necesita a su lado a un centurión disciplinado, y así era Gayo: recto, duro, comprometido con la causa de Octavio Augusto, a cuyo lado había luchado desde joven.

—No me imagino a mi padre traicionando al Estado. Invéntate otro embuste. —Lucio se puso en pie, necesitaba salir de allí.

—¡Espera! No te miento. Tu abuelo lo eligió porque sabía que nadie le haría preguntas. Estaba a punto de licenciarse, era ambicioso y le costaría rechazar una buena cantidad de dinero. Y tu padre… Supongo que se olía que Domicio estaba metido en algo turbio, pero decidió cerrar los ojos. Nunca supo el contenido de la carreta, estaba bien camuflado.

—Sigo sin entender la antipatía mutua. Ambos colaboraron para beneficiarse.

—Verás, hay algo más… Es mejor que vuelvas a sentarte.

—No sé cuánto sabes sobre mí, ni cuánto escuchaste el otro día. Lo que me cuentes no puede ser peor que las noticias llegadas de Barcino. Habla de una vez y no lo demores más. —Lucio se sentó de nuevo.

—Te prevengo, *domine*: no conviene que esta información la sepa nadie más. Tu tía Domicia ha vivido toda su vida al margen de las preocupaciones de su padre. Se ha dedicado de forma excelente a mantener a la familia bien relacionada. Es una buena mujer.

—¿Por qué un potentado como Domicio permitió a su hija menor casarse con mi padre?

—¡Oh, no solo lo permitió, fue él mismo quien se la ofreció!

—¿Por qué? Era evidente que ese matrimonio fracasaría.

—Sí, pero tu abuelo quería mantener la boca de Gayo cerrada. Le dio riquezas, lo hizo caballero y lo casó con su propia hija. Cualquiera en su sano juicio habría tenido suficiente.

—Sigo sin entender. Es un pago excesivo por un trabajo fácil. Mi padre ni siquiera sabía con certeza que estaba cometiendo algo… execrable. Desconocía el contenido de la carreta.

Niso se levantó y se arrastró hasta un rincón, donde hundió su cabezota en un plato de gachas resecas que Melampo no se había terminado.

—Hay una razón por la que Primo sobornó a Gayo generosamente. —Melampo lanzó un suspiro al aire e hizo una pausa—. La noche en que tu padre fue a entregar la carreta en el lugar concertado, la casualidad quiso que encontrara a tu abuelo en una situación… digamos, inadecuada.

—¿Qué situación? ¡Habla, por los dioses! —Lucio sintió el deseo de dar dos zancadas y zarandear a aquel interlocutor exasperante.

—Tu padre encontró a Domicio en un lupanar. Descubrió sus aficiones sexuales, las cuales, de hacerse públicas, habrían arruinado su reputación. Ya sabes, eran tiempos en los que Augusto dictaba una ley tras otra para recuperar la moral romana.

Lucio, asqueado, salió a toda prisa de allí. Necesitaba respirar aire puro. Bajó al peristilo y vomitó en un arriate. Se sentó en el borde del estanque para remojarse la cara. Todo estaba en calma. Respiró hondo varias veces, necesitaba liberarse de las miasmas de aquella habitación pestilente. ¡El albino mentía! Recordó a su abuelo, su apostura patricia, el pelo cano, que le otorgaba la dignidad de quien ha vivido mucho y bien. ¿Un desviado? ¿Un ladrón? ¿Qué iba a saber Melampo?

Melampo sabía mucho. Era él quien no sabía nada. Domicio era otro extraño para él, lo mismo que su padre. Se negó a creerle. El albino quería emponzoñar su recuerdo por despecho, por no haberle otorgado la libertad en su testamento. Al poco, escuchó un rumor en las escaleras. Enseguida supo quién era, pues el sonido de las uñas del perro contra el mosaico lo precedía.

Melampo se sentó al otro lado del estanque, con la cabeza cubierta con un velo oscuro. Antes de que abriera la boca para hablar, Lucio se adelantó:

—Debes de estar muy dolido con mi abuelo por no manumitirte. Si ahora fueras libre…

—Si ahora fuera libre estaría muriéndome en un cuartucho del Aventino, abandonado hasta por el olvido. Aquí tengo a *Niso* y a los demás esclavos, y los papeles del archivo me salvan de la desesperación. Estoy agradecido a esta familia, me ha permitido llevar una vida interesante. Mereces saber más, ahora que inicias tu vida lejos de todo lo que amas. En cierta forma estás solo, rodeado de extraños, como lo estuve yo.

Los murciélagos sobrevolaban el jardín, esquivándose milagrosamente en su baile enloquecido. Tanto tiempo queriendo saber y ahora solo deseaba que Melampo callara. Pero no lo hizo:

—No sería justo culpar a tu padre. Cuando supo el enorme peligro en que había incurrido por culpa de Domicio, se hizo dueño de la situación e impuso las condiciones de su silencio, espada en mano. Cualquiera habría hecho lo mismo. —Un remolino de viento levantó parcialmente el pañuelo que le cubría el rostro. Lucio se atrevió a mirar. Sin embargo, las sombras proyectadas por la penumbra no le permitieron verlo con claridad—. El problema empezó cuando Gayo siguió exigiendo prebendas y favores. No

habría tenido suficiente ni con todo el oro de Atalo. Tu abuelo se arriesgó mucho concediéndole el usufructo del *portorium* de Ad Fines. Hubo varios publicanos que airearon el hecho en Roma, y Domicio estalló. Le dijo a Gayo que, si así lo deseaba, fuera él mismo en persona a ver a Augusto y denunciarlo, pero que él también sería sentenciado.

—Fue el día de la fiesta en el puente. Lo recuerdo como si fuera ayer. —Lucio reseguía con el pie el dibujo del suelo que rodeaba el estanque, hecho con un pavimento de guijarros de colores—. Siempre me he preguntado qué pensó Barkal al presenciar aquellas escenas.

—Barkal sabía lo que le contó su mujer, pues ella era la viuda del jefe con quien Domicio pactó. El acuerdo era que, a cambio de la carreta de oro y plata, se respetaría la vida del jefe y la de su tribu. No obstante, tu padre, como buen soldado, se olió movimientos extraños en el bosque y redobló las patrullas de reconocimiento sin informar a Domicio, pues él solo se debía a Agripa. Al final, todo se complicó.

—Y murieron todos excepto la mujer del jefe. La cántabra. Fue en esa escaramuza donde mi padre perdió el ojo. Ahora comprendo el odio mutuo.

—Lo sentí por ellos. Tenían la apariencia de héroes, con el cabello de fuego y ella los ojos más verdes que he visto nunca.

—Lo sé. Esos ojos no se pueden olvidar.

El viento agitaba los árboles y alborotaba sus hojas en la negrura de la noche. Melampo contestó:

—No juzgues a tu padre, *domine*. Nadie está a salvo de la tentación. La vida es veleidosa: unos están arriba y otros abajo, y uno nunca sabe de lo que es capaz un hombre ambicioso. En cuanto a Domicio, eres joven todavía para saber que hasta los hombres más probos poseen recovecos oscuros.

Lucio no quería escuchar más. Despertó al atriense para que le abriera la puerta de la casa. Caminó por las calles desiertas en busca de aire fresco, pero solo sintió las caprichosas ráfagas de aire, presagio de tormenta.

Por la ciudad se extendía la pestilencia de las cloacas.

16. UNA CRUEL ENCRUCIJADA

Espeluncas
25 de diciembre
2 d. C.

Nadie recordaba cuándo había sido la última ocasión en que se habían dado cita todos los clanes. El entierro de Barkal sería casi con toda probabilidad la postrera. Muchos fueron los llegados desde todos los rincones de la Layetania: ancianos que se empeñaban en seguir habitando los remotos poblados fortificados de los Montes Negros; comerciantes togados, con la bolsa repleta de dinero, procedentes de la opulenta Iluro; campesinos de las llanuras cerealícolas del otro lado de la Sierra Oscura; habitantes de las marismas; gentes de Egara y de Aquae Calidae, y los últimos curanderos, tres hermanos enjutos que llegaron en un carro de ruedas macizas desde sus cuevas en la Montaña Sagrada.

De entre ellos, los más distinguidos caminaron tras el carro fúnebre con gesto grave: los abuelos, sostenidos sus mantos con vetustas fíbulas de bronce, iban de la mano de sus nietos, que lucían torques dorados y túnicas de vivos colores; las doncellas, con cinturones tintineantes y brazaletes como sierpes, acompañaban a ancianas de largos cabellos blancos recogidos en tocados, con diademas, rodetes y grandes pendientes a la manera antigua. Los niños, ajenos a la trascendencia de la ocasión, parloteaban un íbero entreverado de palabras traídas por los conquistadores. Flotaba en el aire una convicción: no era solo una persona a quien se estaba enterrando.

La bodega y las despensas se agotaron para ofrecer vino y un bocado a los que se acercaron a rendir homenaje. Algunos vieron el mar por primera vez, otros llegaron con los pies llagados, y todos comieron y bebieron en recuerdo del último gran jefe.

El día se había levantado gris y frío. Fuertes ráfagas de viento alborotaban la hojarasca. Garza, hierática y altiva, de nuevo cubierta de luto, contemplaba la pira funeraria donde ardía el cuerpo de su padre. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas dibujando surcos en la ceniza grasienta que las cubría.

En su mente se arremolinaban las últimas palabras que, con voz marchita, había pronunciado su padre antes de expirar: «Te casarás con el hijo de Gayo

Celio, él está de acuerdo. Como hija y esposa de un ciudadano romano nadie podrá hacerte daño. Me voy tranquilo: las tierras de mis ancestros volverán a estar unidas». ¿Sería Lug conocedor de la voluntad de Barkal? Era lo más lógico, a juzgar por la visita que le había hecho en la cueva la noche de Saturnalias. ¿Habría actuado por voluntad propia o empujado por las circunstancias? Fuera como fuese, el inmenso dolor por la muerte de su padre se entreveraba con el recuerdo de la noche pasada junto a Lug, tan intensa que la desconcertaba.

La desolación por la muerte de su padre y la dicha de saber cuál iba a ser su destino, fundidas ambas en el mismo crisol, fraguaron una amarga alegría, una pena dulce semejante al vino con el que se apagaron, muchas horas después, los rescoldos de la pira. Los huesos quemados se lavaron con agua del Rubricatus, se envolvieron en un sudario y reposaron, junto a las cenizas, dentro de una urna. La tumba de Barkal se excavó en el lugar más destacado de la necrópolis. Junto a la urna se depositaron tarros de miel, un ánfora de la mejor cerveza, panes de espelta, jarras de vino, una pátera de plata, vasijas llenas de cereales, almendras y arrope de frutas, túnicas de fino lino y las armas de sus antepasados, que Barkal había lucido por última vez ante el gran Augusto.

Antes de correr la gran losa de piedra, varias parejas de jóvenes guerreros honraron al difunto demostrando sus habilidades. Lucio y Seihar fueron los más celebrados. El primero se impuso en la lucha y el segundo con la espada, y ambos derramaron su sangre como sacrificio a los dioses del Inframundo, con la esperanza de que acogieran a Barkal como se merecía. Mientras se celebraban los juegos funerarios se dio muerte a varias ovejas, que después se consumieron en el banquete.

Las gentes abarrotaron la Barkeno antigua y la nueva, los mercados se vaciaron, como las ánforas de vino y las de salazones, los panaderos trabajaron el triple, aunque ni Garza ni Lucio probaron bocado en todo el día. Finalizadas las ceremonias fúnebres, Gayo Celio se acercó a parlamentar con los ancianos. Aquella noche, Garza ya no dormiría en la cueva.

* * *

Faltaba poco para que brotasen las vides y Gayo no podía perder tiempo. Él mismo se hizo cargo de los campos de Barkal y Elbón continuó sus tareas habituales, aunque con un nuevo esclavo griego como ayudante. Vibio fue enviado a Tarraco durante unos días para ampliar los contactos con

comerciantes de vino. De la noche a la mañana, el negocio se había duplicado y era necesario armonizar la administración de las dos haciendas.

Gayo pasaba jornadas enteras inspeccionando las tierras de su vecino, acompañado del capataz, Lucceyo Quilón, con quién llegó a llevarse bien. Admiraba las altas vides, guiadas con rodrigones y yugos, a la manera latina, los frutales primorosamente dispuestos al tresbolillo, y la viña secreta, plantada al pie de unos robles centenarios, cuyo vino estaba reservado para el consumo de la casa. Otros días se encerraba con Emilio Antoniano, su abogado, por lo que Garza no encontraba la ocasión de hablar con él. No estaba dispuesta a ser una muñequita de marfil; deseaba poder ayudar a Elbón y conservar cierta responsabilidad sobre las tierras y la herencia de su padre.

Tampoco tenía muchas oportunidades para estar a solas con Lucio. Justo después del amanecer, y tras asistir a su padre en la plegaria doméstica ante el *lararium*, el joven Celio se iba a atender a los ediles. Hacía pocos meses había sido nombrado escriba municipal. Volvía a casa a la hora de la comida y ambos aprovechaban la siesta de Tila para esconderse en algún rincón. Buscaban aquellos instantes con la excitación del ladrón que puede ser descubierto, pero confiados, pues estaba a punto de suceder lo que solo un mes atrás parecía imposible. Por una vez, el diosecillo sagitario había hecho su trabajo. De un momento a otro, Gayo los convocaría para hablar de su futuro.

Tila, quien siempre había deseado una hija, acogió a Garza como una gallina clueca. Por orden de Gayo, la muchacha no podía salir de casa si no iba acompañada, por lo que Tila se convirtió en su sombra y la introdujo en las costumbres de las mujeres romanas. Durante aquellos días, Garza respetó escrupulosamente el luto y nunca mencionó sus sentimientos hacia Lucio. Una buena hija no pensaba en casamientos estando la muerte de su padre tan reciente.

Una tarde, poco antes de la cena, se retiró un rato a su habitación. Encendió una lucerna y rebuscó en su arcón. Sacó unas tablillas, las abrió y contó las muescas trazadas con el estilo sobre la cera. Treinta y tres, tantas como días habían pasado desde que lavó por última vez los paños menstruales. Sus ciclos eran muy regulares. Se llevó al vientre la palma de la mano. Tan absorta estaba en sus pensamientos que no oyó a Annia llamándola. La muchacha entró y la tocó en el hombro:

—Gayo Celio requiere a toda la familia en el *tablinum*.

Respiró hondo. El día había llegado, pronto acabaría su confinamiento. Lug aceptaría, tras la boda, trasladarse a vivir a la casa de Barkal y allí, en el

hogar de su padre, entre su gente, todo sería más fácil. La aflicción se iría desvaneciendo. Ya no soportaba más la túnica negra, así que se cambió y eligió una violeta, que destacaba el verde de sus ojos. Annia le retocó el peinado mientras ella se coloreaba las mejillas a pellizcos. Estaba nerviosa y expectante.

Bajó a toda prisa hacia el *tablinum*, donde aguardaban todos: Gayo sentado en su pesada silla de roble, los demás en escabeles alrededor de la mesa. Garza se colocó al lado de Tila, con la mirada baja, intentando apaciguar su corazón. Esta le dedicó un ademán reprobatorio, ¿quién le había dado permiso para saltarse el luto? Garza le sonrió, pícara. Muy pronto, el velo flamígero de novia le haría olvidar los ropajes negros. Buscó a Lug, pero se encontró por el camino con la mirada puntiaguda de Vibio. Sus labios apretados, reprimiendo una expresión de sarcasmo, dibujaban en su rostro algo que la puso en guardia, pues leyó en ellos un gesto más allá de la presunción habitual. La voz de Gayo retumbó en la estancia y no tuvo tiempo de descifrarlo.

—Hace un mes, Aulo Asedilo Layetano se fue al encuentro del negro Caronte. Y hace también un mes me convertí en tutor de su hija, Garza Layetana, aquí presente.

Gayo era un soldado, no cabía ninguna duda. Intentaba imprimir a su discurso una solemnidad que no dominaba.

—Es conveniente seguir cumpliendo la voluntad del finado, voluntad que él me transmitió unos días antes de su muerte. Me trasladó su preocupación por Garza. Varios parientes de Iluro habían pedido su mano; sin embargo, Barkal no deseaba que abandonase la casa donde nació, pues como única descendiente de su estirpe le corresponde a ella, y a quien sea su marido, velar por las tierras de sus antepasados.

Gayo Celio se puso en pie y rodeó la mesa, hasta colocarse a la altura de ella. La muchacha, con los ojos humedecidos, notó que se encendían sus mejillas cuando el hombretón le cogió las manos y las cubrió con las suyas, recias y ásperas:

—Garza Layetana, juré a Barkal protegerte como lo haría un padre. Ambos acordamos que lo mejor para todos sería acogerte bajo nuestra ala, pues casarte con un romano te proporcionará la seguridad jurídica necesaria.

Garza quería retirar la mano, la sentía aprisionada. Siguió erguida, inmóvil, soportando la inquietante cercanía de aquel rostro siniestro que la escrutaba desde un único ojo. Gayo la soltó por fin y volvió a sentarse. Juntó las manos por las yemas de los dedos y dijo, suavizando extrañamente su voz:

—Os anuncio que Garza Layetana va a contraer matrimonio, con mi hijo… Vibio.

El silencio contenido dio paso al estupor. Lucio y Garza se miraron, desconcertados, y después miraron a Vibio, que sonreía abiertamente entornando sus ojos de batracio. Tila habló:

—Gayo, ¿qué estás diciendo? Vibio es tu sobrino.

—Vibio es mi hijo. Hace unos meses encargué al abogado Emilio Antoniano que iniciara el procedimiento de adopción —informó imperturbable.

Lucio aún no creía lo que acababa de escuchar. Abrió la boca varias veces para hablar. No pudo articular ni una palabra.

—Con el debido respeto, Gayo Celio —habló Garza, muy agitada—, mi padre deseaba que me casara con tu hijo Lucio, a quien apreciaba profundamente desde niño. Estoy segura de que era él el elegido de mi padre, pues no conocía tu intención de adoptar a Vibio.

—Claro que la conocía. —Gayo se recostó en el respaldo de su asiento y esbozó una inquietante sonrisa—. Yo mismo se la revelé.

Garza no daba crédito a las palabras de Gayo.

—Si estás diciendo que mi padre se mostró de acuerdo en mi boda con Vibio estás mintiendo —lo retó.

Gayo la fulminó con la mirada. Cogió la vara y apuntó con ella hacia la chica:

—No vuelvas a emplear ese tono conmigo, jovencita. Tu padre te trató muy blandamente y tendré que enderezarte. ¿Me crees un embustero? ¡Habla, mujer estúpida! —Gayo golpeó la mesa con la vara y todos se sobresaltaron.

—Padre, cálmate, te lo ruego. —Lucio se había puesto en pie. Miró a Garza y después a Gayo—. Barkal estaba muy débil, posiblemente se confundió, se le nubló el entendimiento. El día en que cayó enfermo en la Curia me hizo prometer que cuidaría de Garza. Creo que ella tiene razón.

—¿Razón? ¿Acaso esta muchachita rebelde y estúpida tiene razón? ¿Acaso quieres decir que soy un embustero?

Gayo miró a su hijo con severidad y este bajó los ojos, desarmado. Garza temblaba de rabia. Las lágrimas pugnaban por salir, pero no quería parecer débil. Intervino, pronunciando lentamente cada sílaba:

—Mi padre nunca habría consentido mi matrimonio con este… ¡necio! —dijo señalando a Vibio.

—¡Mujer malcriada! ¡No dudaré en azotarte si es preciso! —bramó Gayo —. Escúchame porque no te lo voy a repetir: cuando le expliqué a tu padre los

planes que yo tenía para Lucio no tuvo otra alternativa que aceptar tu casamiento con mi otro hijo, Vibio. Y esa es precisamente la segunda noticia que debo anunciaros: Lucio nos dejará en breve. Irá a Roma.

—¿A Roma? —saltó Lucio—. ¿Por qué? Pronto iniciaré en Barcino el *cursus honorum*. Además, yo pensaba que tú… que tú… —Lucio balbuceaba.

Garza lo contemplaba sin creer lo que estaba viendo. Actuaba como un animal acorralado, incapaz ni siquiera de expresar sus sentimientos.

—Vibio me ayudará aquí. No voy a permitir que permanezcas en casa, contemplando si engordan más los racimos o la barriga de una esposa. —Garza se llevó sin darse cuenta la mano al vientre. ¡No podía saberlo! Solo lo sabía ella y nadie más, ni siquiera Lug. Gayo continuó—: Eres joven, necesitas acción, salir del nido y aprender a vivir entre hombres. Los negocios son asunto de libertos y viejos.

Vibio dio un paso al frente y exclamó:

—¿Libertos y viejos? Entonces, ¿para qué me quieres a tu lado? Es evidente que no soy ni lo uno ni lo otro.

—Tú serás el esposo de Garza y harás lo que yo te ordene. Porque, sinceramente, Vibio, aún no sé para qué más sirves.

Lejos de sentirse ofendido, Vibio miró a Garza con descaro y murmuró:

—Sé de alguien que pronto lo descubrirá.

Espoleado por la ira y la contrariedad, Lucio saltó sobre él y lo agarró de la túnica:

—¡Siempre andas molestando a las mujeres porque no te atreves con un hombre!

Entonces lo derribó de un puñetazo. Vibio, sangrando por la nariz, se levantó y le dedicó una sonrisa burlona. Se levantó con parsimonia y salió de la estancia tras guiñarle un ojo a Garza. Gayo contempló la escena sin inmutarse. No movió un dedo para ayudar a Vibio.

—¡Lucio, escúchame! —dijo Tila—. En una ocasión, el abuelo te invitó a ir a Roma para que hicieras carrera allí. Pues bien, su hija mayor, tu tía Domicia Calvina, está dispuesta a ayudarte. Asististe a la fundación de tu ciudad acompañado del emperador, mereces una posición algo más elevada de la que aquí podrías aspirar a tener.

Tila sonreía como una niña con sandalias nuevas. Miraba a Lucio embelesada, y después a Gayo, que dijo:

—Puedes llegar muy arriba, hijo. —Cogió a Lucio por los hombros y continuó—: Primero deberás obtener la dignidad ecuestre y después… Quién

sabe. Con el dinero y la posición de los Domicios, tú harás que el viejo Gayo llegue a presumir de nietos patricios.

Tila pasó su brazo por la cintura de Garza, deshecha en llanto. La llevó a su habitación mientras le susurraba:

—Ven, muchacha, no llores. Patricias, plebeyas o esclavas, ¿cuál es la diferencia, si todas obedecemos a un amo? Resignación, hija, no te queda otra.

⁂

Padre e hijo permanecieron solos en la estancia. Gayo pidió vino. Sirvió dos cubiletes, aunque Lucio no probó el suyo. Visiblemente enojado, habló sin rodeos:

—Azótame si es tu deseo, padre, pero… ¿a qué viene todo esto? Yo no quiero ir a ninguna parte; mi sitio está aquí, contigo. Además… —Lucio lo miró dubitativo.

—¡Sigue! Di todo lo que tengas que decir.

—Todo el mundo sabe que anhelabas las tierras de Barkal.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Garza tiene razón. Barkal nunca habría consentido casarla con Vibio. Todo parece una treta muy bien urdida.

—¿Una treta, desagradecido? ¡Barkal está muerto y nosotros vivos! Vibio servirá por fin para algo. En cuanto a ti, tu sitio está en Roma. Allí harás carrera. Tu madre tiene razón: Barcino es apenas una aldea de palurdos. ¿Para qué emparenté si no con los Domicios? Métetelo en la cabeza: mi hijo no se casará con una mujerzuela que recibe visitas en su cueva.

Lucio se puso rígido, intentando disimular su sorpresa. ¿Los habría descubierto? Gayo prosiguió:

—Yo mismo he visto con mis propios ojos, y varias veces, cómo ese íbero proscrito salía de la cueva del manantial.

Lucio calló y bajó la mirada. Los celos lo atacaron en el peor momento y penetraron en su alma como una bandada de cuervos. La sombra de una duda lo atravesó por dentro. Hacía años que Untiken rivalizaba con él por la compañía de Garza, no podía negarlo. ¿Había sido sincero el amor de ella hacia él o solo buscaba una seguridad que con Untiken no tendría? Lo que habían compartido, ¿era de verdad o solo un espejismo? No era posible. Y sin embargo…

—¡Garza y Untiken son como hermanos! —dijo Lucio, queriendo convencerse a sí mismo tanto como a su padre. Pese a ello, estaba tan

aturdido que no supo qué más decir. En un segundo, sus expectativas habían dado un vuelco completo. Las dudas lo asediaban y no sabía qué pensar.

Y lo más curioso era que irse a Roma se le antojaba la mejor solución.

17. UNA TABERNA EN SUBURA

Roma
Kalendas de septiembre
3 d. C.

El día había empezado bien: ejercicio desde el amanecer en el Campo de Marte, lucha, puntería y carrera, seguido todo ello de un baño en las termas. Después, una visita a la biblioteca del Pórtico de Octavia, donde Lucio descubrió un inesperado tesoro: diez volúmenes dedicados al oficio de ingeniero, planos, engranajes, máquinas de guerra. El autor era un tal Vitruvio Polión, experto constructor de balistas y escorpiones en las legiones de César. Tras informarse a través de Gayo Elio Meliso, el bibliotecario, del lugar donde podía conseguir una copia, Lucio y Quinto salieron de allí trotando como si les persiguieran los toros de Gerión. A la altura de los foros, Quinto se había quedado enredado en los brazos de las hermanas Calpurnias, tiempo que Lucio aprovechó para comprarle a un librero del Argiletum una copia del primer volumen de Vitruvio. El resto de volúmenes los tendría a su vuelta de Egipto.

El sol había superado su cenit y ambos estaban hambrientos y acalorados. Subieron hacia el *Clivus Suburanus* en busca de una taberna donde poder tomar un bocado.

—¡Por Júpiter, Juno y Minerva! ¿Aquí vivía Julio César? —exclamó Quinto.

El barrio de la Subura no era precisamente un lugar agradable. Altísimas *insulae*, como colmenas humanas, amenazaban ruina y mostraban su esqueleto de madera y ladrillo; los carniceros descuartizaban animales en tajos colocados en plena calle, reguerillos rojos corrían por entre las piedras del pavimento y formaban charcos de sangre coagulada; más allá, en grandes calderos, se hervían cartílagos, vísceras y otros despojos, que después eran embutidos en tripas por adolescentes semidesnudos y en algunos portales individuos de aspecto patibulario cantaban las virtudes de las chicas de los lupanares cercanos.

En un instante, un corrillo de niños zarrapastrosos los había rodeado.

—Vámonos de aquí. Mañana embarcamos y no deberíamos buscarnos problemas —sugirió Lucio. Su primo no estuvo de acuerdo.

—No seas pusilánime. En estos burdeles hay mujeres de la Galia Cabelluda que te montan al estilo de Hermes y te dejan la *mentula* seca como un salchichón, ¡ja, ja! —bromeó Quinto mientras le daba un suave puñetazo en sus partes—. Venga, Lucio, dejémonos asaltar por el lúbrico Cupido.

—Sí, es muy probable que nos asalten, aunque no exactamente con flechas de amor. —Lucio suspiró. Era excitante, por supuesto, pero no llevaban esclavos y los tirabuzones rubios de Quinto, además de su fina indumentaria, eran un reclamo demasiado vistoso.

Lucio preguntó a los mocosos que tendían la mano hacia ellos:

—¡Le doy un as a quien me diga dónde podemos encontrar buena comida! —Uno de los niños le tironeó de la túnica—. *Domine*, mi hermana trabaja en El sátiro feliz. Se llama Cleopatra y os atenderá bien. También podréis comer un buen plato de *puls*. Si me dais la moneda, os llevo.

Lucio miró a su primo, quien asintió con la cabeza, y ambos, después de espantar casi a golpes a los demás, se dejaron conducir por el golfillo. Se adentraron en el barrio. A sus oídos llegaban sonidos en lenguas ignotas, salpicados aquí y allá de palabras en latín. Cuando llegaron a la taberna, vieron en la entrada a un grupo de jóvenes patricios, entre los cuales reconocieron a un Cornelio con el cual habían cenado en casa de tía Domicia.

La taberna despedía un hedor rancio, una mezcla de comida grasienta, sudor y vino, pero estaban tan hambrientos que no les importó. El niño los acomodó en un rincón y cuando Quinto le dio su as se escabulló hacia la planta superior y no lo volvieron a ver. Los candiles que iluminaban las paredes del local eran claramente insuficientes, quizá para ahorrar sebo, lo cual no parecía un inconveniente para los clientes, una abigarrada mixtura de castas y orígenes. Sin mediar palabra, una chica escurrida de carnes y con los ojos mal pintados de negro les sirvió vino. Acto seguido, se sentó sobre las rodillas de Quinto. Les dijo que se llamaba Cleopatra y que era egipcia. Los dos primos se sonrieron: su acento era marcadamente bético.

—Dime, bella Cleopatra…, ¿qué nos vas a traer de comer? ¿Lechugas sagradas del dios Min para acrecentar nuestra virilidad?

Quinto era atrevido. Mientras hablaba le había bajado la túnica hasta la cintura y le acariciaba el pecho. Lucio reparó en que las manos de la fingida hija del Nilo mostraban manchas blanquecinas y estaban tan arrugadas como las de una anciana. Le preguntó por ellas y la chica respondió en voz baja:

—He trabajado mucho tiempo en la lavandería de Glauco. Los pies y las manos te arden con los orines y el agua de ceniza.

Lucio prosiguió su interrogatorio:

—¿Y cómo llegaste hasta aquí desde Hispania?

La muchacha se lo quedó mirando fijamente y sonrió. La había descubierto.

—Con Onira. Me crie en el mismo prostíbulo en que ella trabajaba —dijo mientras miraba ansiosa hacia la barra.

—¿Tu padre es hispano también?

Cleopatra echó otra ojeada nerviosa, como un perrilla asustada. Volvió la cabeza hacia ellos y les susurró:

—No conozco a mi padre. —De nuevo miró inquieta alrededor y dijo—: Ese que viene hacia aquí es Glauco.

Un hombre alto y musculoso, con la cabeza rapada, se acercó a la mesa con dos cuencos humeantes y preguntó si les apetecía comer. Ambos aceptaron enseguida. Cleopatra se había restregado los ojos y la pasta de galena, completamente corrida, le había marcado dos grandes ojeras negras, lo cual le confería un aspecto aún más desvalido. El hombre le hizo una señal con la cabeza para que se fuera, tras lo cual se sentó con ellos.

—Sois nuevos por aquí, ¿no? Es un honor que hayáis elegido mi taberna. ¿Puedo conocer el nombre de estos ilustres clientes?

—Soy Quinto Valerio Albo, de Tarraco, y él es mi primo Lucio Celio, de Barcino. Y tú eres Glauco, ¿no? —preguntó Quinto antes de embucharse una cucharada del engrudo marrón.

—Sí, soy el dueño de todas las tabernas de esta calle. —Hablaba echado hacia atrás en la silla, con las piernas estiradas y las palmas de las manos sobre sus pectorales—. Puedo ofreceros las mejores hembras, si ese es vuestro deseo, aunque también tengo mozalbetes imberbes. ¿Preferís sirias, de tetas duras y corazón caliente? ¿O negras como el carbón, con la vulva sonrosada y suavecita? ¿Egipcias? ¿Hispanas?

Lucio interrumpió la orgullosa enumeración de Glauco:

—¿Y Onira?

—¿Onira? —dijo Glauco con extrañeza—. Murió el año pasado, y no hay día que no escupa a los dioses por habérmela arrebatado. Esa jaca era una mina de plata. Primero hechizaba a los clientes con sus contoneos al ritmo de las castañuelas y después todos hacían cola para estar con ella. Creedme: no hay mujeres en este mundo como las bailarinas gaditanas.

Era difícil entenderlo, pues utilizaba la jerga plebeya y su acento romano era muy cerrado. Lucio y Quinto habían devorado el plato y apuraban el vino. Glauco prosiguió:

—¿Qué me decís del vino? Viene de un lugar llamado Layetania, a saber dónde queda eso. —Quinto, reprimiendo la risa, le dio un codazo a Lucio mientras Glauco seguía con su perorata—. Lo compro baratito y con una buena mezcla ahuyenta la murria y calienta la andorga. Vamos a lo nuestro: veo que os ha gustado Cleopatra. Parece poca cosa, pero engaña: yo mismo la he entrenado, sabe cómo hacer disfrutar a un macho.

Quinto miró a Lucio, que parecía estar a millas de distancia, y dijo:

—Está bien, llevo tanto tiempo sin solazarme la entrepierna que lo haría hasta con una gallina. Maestro, sírvele más vino a mi primo, a ver si se le suelta la lengua y te cuenta cómo son las «jacas» layetanas —dijo Quinto, irónico.

Lucio lo fulminó con una mirada de gorgona. Se levantó y, ante la atenta mirada de Glauco, le dijo a su primo:

—Tú invitas, ¿no? Te espero fuera. Y cuidado con la jamelga, no te vaya a cocear.

Necesitaba salir de allí. La cháchara de Glauco le había revuelto el estómago. Se sentó en un poyete unos metros más abajo de la taberna y esperó a sentirse mejor. Por alguna razón, en su mente apareció la figura de Cleopatra, pero con unos ojos verdes que él conocía muy bien. Le habría gustado conocer a Onira, la bailarina gaditana. Quién sabe adónde iban a parar los muertos, en qué oscuro rincón del infierno estaría bailando. ¿Habría también en el Hades un callejón para las putas y otro para los maleantes? Cruel vida la de Cleopatra. ¿La encontrarían en un vertedero? ¿En qué momento se decide el destino de cada uno? «Los dioses deben divertirse a nuestra costa jugándose nuestro destino como quien juega a las tabas», pensó Lucio. La brújula de su vida apuntaba lejos de Roma. Seis meses, solo seis meses, y estaría de vuelta. Y entonces, ¿qué?

Lucio se impacientaba. Echó a andar calle arriba, sobrepasó la taberna y, por el rabillo del ojo, captó a su derecha un destello de luz sobre una hoja de metal. En la callejuela, un hombre se batía contra tres atacantes. Era el joven Cornelio. Lucio corrió hacia la taberna y encontró en la puerta al mocoso que los había llevado hasta allí.

—¡Chico! ¿Quieres ganarte otro as? Ve a avisar a mi amigo, está arriba con Cleopatra, dile que Lucio está en apuros y arrástralo hacia esa callejuela, ¿me has entendido? —Antes de acabar la frase, el niño ya se había esfumado.

Lucio agarró el palo de atrancar la puerta de la taberna y se dirigió rápidamente a ayudar a Cornelio. Avanzó con sigilo para sorprender por la espalda a uno de los asaltantes, a quien propinó un trancazo en la cabeza. «Al menos, ahora somos dos contra dos», pensó.

El joven Cornelio acababa de recibir un buen revés en la mandíbula que lo había dejado sin sentido. Lucio se encomendó a Hércules y deseó con todas sus fuerzas que apareciera su primo lo antes posible. Quinto Salvio, el mejor luchador de la Cuarta, lo había entrenado bien, y agradeció las lecciones de pancracio, la lucha libre griega, aunque sus peleas siempre habían sido fingidas. Por fortuna, en los meses transcurridos en Castrum Bergium, antes de ir a Roma, había incrementado su condición física. Estaba defendiendo su propia vida y la de un Cornelio, así que dejó a un lado los remilgos y se dispuso a hacer todo el daño que pudiera, la ley estaba de su parte.

Con el palo pudo ir manteniendo a raya a los dos contrincantes. Su preocupación creció al observar a uno de ellos, un tipo peludo como un oso dálmata y navaja en mano, así que lo eligió como primera víctima. Intentó varios golpes secos para desarmarlo, aunque el otro atacante, un sujeto de baja estatura pero fuerte como un roble, logró agarrarle el palo por un extremo. Lucio, al darse cuenta, bajó la guardia, momento aprovechado por el de la navaja para patearle el vientre. Cayó al suelo sin soltar el bastón, a pesar del dolor. Maldito Quinto, ¿a qué estaba esperando? Con ambas piernas golpeó al de la navaja y consiguió que esta se le cayera de las manos. Mientras tanto, el otro no aflojaba, y forcejeó con él sin poder evitar que le arrebatara el palo.

Cornelio empezaba a recuperarse. En un movimiento rápido, cogió la navaja del suelo, con tan mala suerte que el oso dálmata le dio una patada y el arma voló por los aires. Si de algo podía presumir Lucio era de agilidad. Poseía un cuerpo esbelto y rápido, y eso le permitió elevarse por encima de los demás y coger la navaja al vuelo. Los otros dieron un paso atrás. Lucio, de un vistazo, advirtió una rendija en la cloaca del pavimento. Deslizó la navaja por ella. Prefería luchar a puñetazos.

—¡Cornelio, levántate! —gritó Lucio—. ¡Yo me ocupo del peludo, tú encárgate del otro!

No le fue difícil poner fuera de combate al contrincante. Era grandote pero torpón, y a su lado Lucio se movía con la ligereza de un rebeco. ¿Dónde estaba el *mentula* de Quinto? El oso no tenía tiempo de recuperarse entre golpe y golpe, y Lucio acabó por hacerse de nuevo con el bastón, con el que consiguió neutralizar al oponente.

Cornelio se defendía como podía, aunque el roble lo estaba acorralando a derechazos. Lucio agarró al bribón por el pelo y lo obligó a darse la vuelta, lo cual dio un respiro al joven, cuyo aspecto empezaba a ser lastimoso. Por salvarlo, Lucio recibió varios puñetazos que casi lo dejaron sin sentido, pero sus rápidas reacciones y el vertiginoso baile al que sometió al bruto acabaron por marearlo. Lo derribó con una patada en el esternón. Al caer, su nuca rebotó contra el suelo y un círculo carmesí empezó a enmarcarle la cabeza como un aura.

Unas palmadas sonaron por el callejón. Cornelio y Lucio, con las manos apoyadas en las rodillas y la respiración desbocada, alzaron la cabeza alertados por el sonido. Era Quinto, seguido de Glauco y del mocoso. Lucio dirigió una mirada cortante a su primo, que fue el primero en hablar:

—¡Brillante! Ni un salio borracho habría danzado con ese brío —exclamó Quinto en tono burlón.

—¡Me podían haber matado! Mereces que te corten tu *mentula crassa* y la echen a los cerdos, yo mismo lo haré en cuanto te descuides. ¡Por todos los dioses, Quinto! ¿Alguna vez te vas a tomar algo en serio? —Lucio estaba furioso. Escupió la sangre que le corría desde la nariz y caminó hacia Cornelio, cuya faz se amorataba por momentos.

—Gracias, amigo. Estamos en deuda —acertó a pronunciar el patricio—. Necesitamos lavarnos y descansar. ¡Glauco!, prepara una sala para mí y para mis amigos, yo invito.

—¡Eso está hecho! Venid, señores: mis chicas limpiarán vuestras heridas y os reconfortarán con el mejor vino.

* * *

Casi había anochecido. Cornelio había sido transportado hasta su casa en angarillas, pues sus ojos se habían hinchado hasta el punto de no poder ver. Se aseguró de dejar una escolta para que acompañase a Lucio y Quinto cuando volvieran a la suya.

Yacían en un *triclinium* acompañados de dos hermanas lucanas, menudas y morenas. Sobre la mesa había un cuenco de nueces y varios vasos de vino vacíos, como vacía estaba la crátera donde Glauco había mezclado el néctar. Una chica entró en la habitación, portando un guiso de cordero con especias. Volvían a estar hambrientos, se sirvieron una buena porción y la devoraron al instante.

—Este cordero apenas tiene sabor, debe de estar castrado —dijo Lucio, gangoso por la borrachera. Estaba abrazado a una de las chicas, a la que

acercó su cara para susurrarle—: Cariño, sigue haciendo eso, tus labios son suaves como los de una vestal.

Estaba magullado por todas partes, sus músculos se habían tensado por el esfuerzo y, aunque pareciera delgado, los meses pasados ejercitándose en las montañas lo habían fortalecido. La chica lo besó en el hoyuelo del mentón, ronroneó como una gata y se empleó a fondo en su oficio. Lucio siguió hablando, con una voz cada vez más pastosa:

—¿Sabes, Quinto, por qué castran a los borregos? Para ablandarlos. Deberías ver a mi padre, lo sabe hacer muy bien. Es un *esberrrrto*. —Le costaba hablar.

Quinto respondió, aún en peores condiciones:

—¿Qué tonterías dices? Aquí estamos dos sementales, deja ya de hablar de borregos castrados. *Bor cierrrto*, *brimo*, *estoy imbresionado*. Te has cargado a tres rufianes tú solito. Pero también te has llevado unos buenos *mamborros*.

—Pedazo de asno, ¡que se te lleve al infierno la negra *Broserbina*! ¿Qué iba a hacer? ¿Ver cómo se cargaban a un *Corrrrnelio* delante de mis narices mientras tú fornicabas con media taberna?

—*Brimo*, escúchame: estás *brebarado* para ser soldado. Sabes defenderte y no quiero ni *bensarrrr* qué harás con el *gladius* en la mano.

Lucio pareció recuperar la sobriedad de golpe:

—Deja de decir sandeces. Aprenderé rápido y engordaré bien mi patrimonio. ¿Qué clase de estúpido podría preferir ser un simple soldado raso a prosperar en Roma?

Quinto lo miró con aire divertido mientras se metía una uva en la boca:

—Tú, *brimo* Lucio. *Borrrque* es la única manera de ingresar en el cuerpo de ingenieros. A no ser que optes *bor* aceptar el destino de un borrego castrado.

LIBRO II

EGIPTO

18. LA LLEGADA A ALEJANDRÍA

Costa de Egipto
Estación de *akhet* (inundación)
3 d. C.

Una miríada de destellos ambarinos anunció la primera claridad del día sobre un mar confundido con el cielo. El barco parecía flotar en la nada y, por unos instantes, Lucio creyó que hasta el tiempo se había detenido. De repente, como una aparición, se delineó el horizonte. Solo entonces se separó el cielo de la tierra, que fue emergiendo paulatinamente, como en el día de la creación.

Lucio contemplaba absorto la creciente franja amarilla pugnando contra las sombras, que se batían en retirada. Surgió por estribor un punto naranja y brillante sobre la tierra aún muy lejana. Un marinero le tocó el hombro y le ofreció un vaso de vino aguado. Lo acepto, casi no le quedaban víveres. Sacó de su bolsa un trozo de pan duro y lo mojó en el vino; al menos, acallaría su estómago durante un rato. El barco viró y un golpe de mar hizo que el vaso se derramara sobre su manto. El punto anaranjado, cada vez más cerca, empezó a centellear.

—Fuego en tierra firme —le comentó Lucio a un marinero mientras señalaba hacia el horizonte.

Al oír sus palabras, otros se acercaron sobresaltados para mirar hacia la proa. Después se sonrieron unos a otros. El de más edad dijo:

—No te equivocas, muchacho, es fuego. En la torre están quemando espuertas de alquitrán y excrementos.

—¡La mierda seca del buey Apis! —exclamó un jovenzuelo de dientes carcomidos. Todos estallaron en carcajadas ante la cara de desconcierto de Lucio.

—Es el faro —le informó el más viejo—, el faro de Alejandría.

Hasta hacía unos meses era escriba de los ediles de Barcino y ahora se hallaba en el otro extremo del mar, a punto de llegar a la ciudad más admirada y odiada: la ciudad de Cleopatra VII. Quién habría imaginado que cumpliría tan pronto uno de sus deseos. Cerró los ojos y aspiró el aire fresco del amanecer. El sueño de Alejandría. Había dejado cartas escritas para su familia

en casa de tía Domicia informando de su destino. Quizá hubieran llegado ya a Barcino.

Se divisaba la mole del faro, que a medida que se iban aproximando sobrecogía por su altura inconcebible. Los rayos de un sol recién nacido reverberaron en la piedra caliza del edificio, tan blanca que asemejaba mármol. Lucio comprendió enseguida la utilidad del ingenio al contemplar la costa, completamente llana. Era el faro de Sóstrato de Cnido, aunque su gramático Polifonte lo habría corregido diciendo: «¡Es el faro de Ptolomeo II Filadelfo! ¡El rey que lo ha mandado hacer y quien lo ha pagado!». La fama nunca se la llevaban los verdaderos ejecutores de las obras, y le pareció injusto.

Comprobó que la carta para el prefecto aún siguiera en su zurrón. Tía Domicia se había enojado con él por rechazar el ofrecimiento de viajar acompañado de un esclavo. «Un tribuno necesita un esclavo personal. ¿Quién te pulirá la coraza? ¿Quién te preparará un baño? Acabarás comprando uno, y en Alejandría te resultará caro».

Se sentó sobre un fardo, dejando que el sol le calentara el rostro. Le resultaba difícil serenar su pensamiento. Llevaba días durmiendo mal y por las noches le costaba distinguir entre las imágenes soñadas y las imaginadas. Estaba deseoso de contemplar las pirámides, averiguar si realmente habían sido levantadas con la poderosa magia de los sacerdotes antiguos. Si Polifonte supiera que estaba a punto de probar sus tan añorados higos de sicómoro y la cerveza que se come con cuchara, y conocer la fragancia de las matas de heliotropo del templo del sol… El gramático, hijo de un mercenario griego y una egipcia, nacido en Heliópolis, le había hablado largamente sobre Egipto. Le había dicho que los alejandrinos eran revoltosos y embusteros, pero muy trabajadores; ni siquiera los tullidos estaban ociosos, pues a todos, fuera cual fuese su dios, les unía la adoración a un mismo ídolo: el dinero.

La embarcación rebasó el Puerto del Buen Regreso y pasó muy cerca del faro. No recordaba haber visto algo tan formidable en toda su vida. Los innumerables ventanucos servían para resistir los embates de las tempestades. El faro estaba compuesto de tres cuerpos, el más bajo era rectangular, el central octogonal y el superior, justo debajo de donde surgían las llamas, era un templete circular. Una estatua de bronce de Poseidón lo coronaba y, en las esquinas del primer nivel, unos tritones se encaraban a los cuatro vientos.

Entraron en el puerto oriental, resguardado del mar abierto por un sistema de diques cuyas dimensiones empequeñecían el rústico puerto de Ostia. A la izquierda, el cabo Lochias rodeaba con sus brazos el puerto donde, unos años

atrás, habían fondeado las naves de los faraones. Dentro del cabo, complejos palaciegos y jardines colgantes rivalizaban en belleza y en colorido, pues cada uno de los Ptolomeos había querido distinguirse de su antecesor construyendo el palacio más lujoso. Dejaron a la izquierda el embarcadero de los santuarios, cuyas escalinatas, flanqueadas de esfinges, llegaban hasta el mar. En muchos tramos la muralla estaba derruida o bien había sido engullida por las edificaciones. Defendida por Roma, Alejandría no le temía a nadie.

Cientos de barcos, birremes y falucas atestaban los muelles. Enfilaron hacia uno de los diques y atracaron. Enseguida, unos funcionarios subieron a bordo para revisar la carga. Desde la fundación de la Biblioteca de Alejandría, un edicto real obligaba a todos los visitantes a entregar los rollos que llevaran consigo para ser examinados por los sabios. Si estos lo creían conveniente, los copiaban y devolvían a su dueño los originales. A Lucio le requisaron el volumen de Vitruvio. Pasado este trámite, se despidió del capitán y de los demás pasajeros. Uno de ellos le indicó cómo llegar a su destino: Nicópolis, el campamento romano.

Caminó entre estibadores, marineros y algunas mujeres vestidas a la griega. Había nutridos grupos alrededor de tenderetes de comida de donde se desprendían los más variados olores. Le habían contado de la magnificencia de las construcciones alejandrinas y del lujo de sus jardines, pero no de los aromas, fragancias nunca percibidas por sus sentidos, emanadas de enormes flores rojas y blancas que crecían en varas, confundidas con el tufo del pescado cocinado con especias. Y las voces, una algarabía de lenguas como en las callejuelas del barrio de la Subura. Varios comisionistas de tabernas lo quisieron arrastrar, pero él se desembarazó con firmeza, cuidando de sus pertenencias.

Lo sobresaltaron unos relinchos; de un barco cercano, unos mozos intentaban desembarcar varios corceles, altos y esbeltos, de formas elegantes, muy diferentes a los pequeños percherones de Hispania. De otra embarcación bajaban unos nubios cargados con fardos de bellas pieles de felinos desconocidos para Lucio. Otros porteadores se cimbreaban bajo el peso de un gran objeto puntiagudo, blanco y curvado. ¿Sería un colmillo de elefante? Lucio, embriagado por las novedades, sonreía. No podía creer que estuviera allí.

Enseguida llegó a la Vía Canópica, la arteria principal. Las calles de la ciudad soñada por el gran Alejandro y construida por Dinócrates de Rodas eran rectas y anchas, y disponían de tuberías de agua. Por la avenida, porticada de principio a fin, podían pasar holgadamente varios carruajes a la

vez. Continuó hacia el este, deteniéndose a curiosear por las extensas explanadas, el Paneum, el Ágora, el recinto del Gimnasio y la avenida del Museo. No sentía hambre ni calor, extasiado ante las columnas que parecían palmeras, los capiteles como capullos apretados, los discos solares alados sobre las puertas, las cornisas coloreadas y los ureos, todo ello imbricado con la mayor naturalidad en la arquitectura de estilo griego. Agotó las hojas de su cuardernillo de papiro, de tantos bocetos y dibujos. A pesar de que las cosas no habían salido como esperaba, no le había ido tan mal. Quinto estaría en Germania, con barro hasta las rodillas y rodeado de salvajes.

Su corazón se alegró súbitamente cuando oyó hablar latín a un grupo de hombres. Eran legionarios de la Tercera Cirenaica, acantonada en Nicópolis. Le informaron de que aún tenía por delante treinta estadios antes de llegar al campamento.

⁎ ⁎ ⁎

Mientras Publio Ostorio Escápula, el prefecto de Egipto, leía la carta de tía Domicia, Lucio recordaba las burlas de su padre cuando hablaba de los tribunos: oficiales jóvenes y con poca experiencia de mando. Recordó la historia del tribuno Minucio Escauro, quien se había agarrado al faldellín de Gayo Celio al saber que debía entrar en batalla. Por suerte, Egipto era un destino tranquilo y, como mucho, le encomendarían tareas rutinarias y administrativas.

Cuando acabó de leer, el prefecto clavó en Lucio su mirada. Su rostro mostraba unas profundas arrugas que le descendían desde las aletas de la nariz hasta las comisuras de los labios, lo cual aumentaba la dureza de su expresión.

—Una mujer muy bien relacionada, Domicia Calvina. Las cenas en su casa siempre son estimulantes. —Hizo una pausa para comerse un dátil y continuó—: Así que tu padre es caballero.

—Sí, señor. El general Agripa lo nombró centurión *primus pilus* de la Cuarta Macedónica en Cantabria. Después fue prefecto del campamento durante la construcción de la Colonia Julia Augusta Faventia Paterna Barcino —dijo Lucio, muy erguido, evitando su mirada, como le había indicado Gayo, y fijando los ojos en una clepsidra al fondo de la estancia.

—Y dime, ¿por qué te presentas ante mí desastrado y polvoriento? Apuesto a que vienes directamente del puerto. Mírate, traes el manto manchado y hueles a sentina, ¿no te enseñó tu padre que ante un superior hay que presentarse limpio y descansado?

Tenía razón. Había pasado todo el camino absorto en sus dibujos y deslumbrado por las construcciones, hasta el punto de olvidar su aspecto. Tardó en responder, pues no sabía qué decir para no parecer provinciano, de manera que Publio Ostorio volvió a hablar:

—Así que Lucio Celio. Lucio Celio… ¿qué más? Conozco a los Celios Rufos y a los Celios Caldos, todos insignes varones de rango patricio. ¿Quién era el padre de tu padre?

No había empezado con buen pie. Y aquella pregunta lo llevaría a terrenos aún más pantanosos.

—El padre de mi padre era Atisio de Bononia, señor.

—¿Atisio de Bononia? Vaya, vaya, así que tengo ante mí a Lucio Celio, hijo de un legionario advenedizo y nieto de un galo greñudo. Otro bruto hispano que quiere salir del estercolero. Como tu padre lo consiguió, a saber con qué oscuras maniobras, tú también crees poder hacerlo, ¿no es así? —Eligió otro dátil de una pequeña fuente de plata y lo mordisqueó con parsimonia, como estaba haciendo con él. Continuó—: El problema, hijo, es que la dignidad ecuestre no se hereda. Entonces, ¿qué hacemos?

Aquello no lo había previsto. Esperaba que en la carta de tía Domicia quedaría clara cuál era su situación. Se sintió desarmado y dudó entre hacerse valer o callar, mostrando sumisión. Nunca antes se había sentido tan humillado; el origen de su padre o de su abuelo jamás había sido un problema. Añoró la vida sencilla de Barcino. Siguió sin hablar, conservando el porte marcial y la mirada al frente, apretando las mandíbulas para no estallar. El prefecto prosiguió:

—Tu tía me pide que te devuelva a Roma con una recomendación para ingresar en el orden ecuestre. Es lo mínimo aceptable para un sobrino suyo.

Se esforzaba por encontrarle sentido a las palabras: galo greñudo, legionario advenedizo, bruto hispano. ¿Debía seguir callando? ¿En eso consistía ser soldado? Escápula estaba insultando a su abuelo, a su padre, a él mismo. Desvió ligeramente la mirada de la clepsidra y observó la fastuosa estancia, atestada de objetos preciosos. La estatua de un celta moribundo. La cabeza de un filósofo. Una victoria alada. Un ánfora ática con Hércules matando al toro de Creta. El botín del vencedor.

—Escúchame bien. En atención a mi amiga Domicia, estoy dispuesto a saltarme el procedimiento normal. Sírveme con obediencia y, cuando vuelvas a Roma, podrás ir directo a la *domus Augusta* a recibir de manos del mismísimo emperador el anillo de caballero y el caballo del Estado.

—Señor, estoy al servicio de la República y del César.

¿Había hablado él? Le sobrevino un fuerte sentimiento de irrealidad. Se veía a sí mismo interpretando un personaje. Pero había algo peor: sentía que el temible Publio Ostorio Escápula, el antiguo jefe de los pretorianos en Roma, lo estaba comprando. «Sírveme bien y te recompensaré». ¿Era eso lo que le habría dicho su abuelo Domicio a su padre?

—Si cuentas con el respaldo de Domicia Calvina será que no eres tan incapaz como pareces. Según dice esta carta, has recibido instrucción militar y buena educación, aunque cuesta creerlo. ¿Has traído algún esclavo de tu confianza?

—No, señor. La inexperiencia y mi necedad me llevaron a rechazar el que me ofreció mi tía.

Publio Ostorio levantó la vista, lo miró y sonrió. Los surcos de su cara convirtieron la sonrisa en mueca. Se levantó y se acercó a un Lucio tan cerúleo como la cabeza del filósofo que contemplaba.

—Magnífico, el bruto hispano sabe hablar. —Caminó en torno a él, observándolo—. Tienes buen cuerpo, pareces fuerte. Estoy harto de niñatos presuntuosos y perfumados. Tengo un puesto para ti, pero no es precisamente como tribuno militar.

Lucio abandonó su hieratismo y miró finalmente al prefecto:

—Si no es un tribunado, ¿qué puesto voy a desempeñar?

—Se trata de algo… de mucha mayor importancia, pues asistirás a uno de los altos funcionarios de Augusto. Haz un buen trabajo y yo mismo recomendaré tu ingreso en la procuraduría de finanzas. Roma necesita caballeros leales al emperador, tu abuelo Domicio y tu padre lo han servido bien. Espero que tú sigas su ejemplo.

—A sus órdenes, señor.

—Apuesto a que aún no has desayunado. —El prefecto parecía haberse relajado, y su expresión era de satisfacción—. Ven, siéntate conmigo.

Publio Ostorio lo condujo a un extremo de la estancia, donde se sentaron en dos escabeles ante una pequeña mesa con comida. Lucio se quedó mirando unas frutillas de un color amarillo rosado que parecían higos. ¿Serían los higos del sicomoro? Dátiles y pastelillos de pasas completaban el cuadro.

—Toma, prueba este vino arsinoita. Es excelente.

—¿Puedo insistir, señor, en saber cuál va a ser mi cometido? Estoy impaciente por empezar —dijo tras dar un sorbo. Era un vino muy dulce y especiado.

—Eres un plebeyo muy bien respaldado. La fortuna te acompaña, porque vas a formar parte de la guardia del *Idios Logos*.

19. EL *IDIOS LOGOS*

Disponía de poco tiempo antes de prestar el juramento militar y pernoctar en el cuartel. En busca de un lugar para dormir, visitó varias fondas del puerto del lago Mareotis. Todas estaban completas, y una tabernera le dio a elegir entre compartir jergón con un desconocido o dormir con ella en su propio lecho. Al final se decidió por una posada que le recomendaron unos legionarios. Cuando se hubo lavado y cambiado de túnica, salió a comer algo. La dueña del establecimiento, una anciana de piel oscura cubierta de tatuajes, le ofreció a Anpu, su nieto menor, para que lo acompañara por la ciudad.

El puerto del lago era un hervidero de cabalgaduras que acarreaban las mercancías llegadas del interior del país. Mulas, asnos y camellos defecaban por las calles y en su estiércol picoteaban los ibis, una verdadera plaga. Aquellos insectos eran los animales sagrados de Tot y nadie podía tocarlos. El sol estaba en su apogeo, aunque la brisa generada por las corrientes que conectaban el lago y el mar refrescaba el ambiente y lo hacía agradable. Sin embargo, a Lucio le hervía la sangre. Tenía el presentimiento de que la humillación iba a ser su pan de cada día durante mucho tiempo. El hispano oportunista. ¿Iba a tolerarlo? No tenía otra salida, su situación no era ventajosa. Conque procurador de finanzas…, un puesto codiciado y con muchas posibilidades de enriquecerse. Tía Domicia había hecho bien su trabajo.

Tras degustar un sabroso puré de habas y una horchata de chufa, Anpu y él se encaminaron hacia el barrio de Rakotis. La acrópolis donde se levantaba el Serapeum era visible desde todas partes. La única pieza de vestir de Anpu era un exiguo lienzo de lino, que una vez fue blanco, anudado en la cintura y que le tapaba escasamente las nalgas y los genitales. No hablaba bien el latín, pero sí el griego:

—Ven, *kyrie*, subiremos hasta el templo y te mostraré el poder de nuestro señor Serapis —dijo con su extraño acento aspirado.

Al muchacho le faltaba una oreja. Lucio le preguntó cómo la había perdido.

—Mi abuela me encontró en la basura, cuando era un bebé. —Lucio contuvo la respiración—. Los ibis me habían picoteado la oreja, se me puso negra y me la cortaron. Mi madre sería una de las lobas romanas del puerto.

—¿Y cómo sabes que era romana? —preguntó Lucio.

—Las egipcias nunca abandonan a un hijo, los ancestros se enfadarían mucho, es una costumbre abominable. Dice mi abuela que esa mujer morirá en el río, si no está muerta ya: la hipopótama Tueris no tolerará esa ofensa. Ella cuida de todos los niños.

Lucio se sumió en el silencio y dejó parlotear a Anpu. Caminaron por calles tortuosas encaramadas hacia la muralla hasta encontrar la escalinata que subía al templo. Una pequeña construcción cobijaba un pozo, alrededor del cual una escalera de caracol se perdía en las profundidades. Lucio mostró curiosidad:

—Es el Nilómetro. Sirve para medir la inundación del río.

—¿Y cómo lo hace? El caudal del Nilo se dispersa por el delta, no llega hasta aquí.

—Sí llega. El padre Nilo llega a todas partes.

Lucio miró a su alrededor y respondió:

—¿Dónde está? Yo no lo veo.

—Hay cosas que no se pueden ver con los ojos de la cara.

—¿Acaso los egipcios tenéis otros ojos de los que carecemos los romanos? —dijo Lucio en tono divertido.

—Los romanos sois bastante ignorantes, ¿no?

—¿Ignorantes? ¿Qué te has creído, mocoso? —No quiso enfadarse, porque Anpu le había hablado con inocencia—. Aprecio tu sinceridad, Anpu, pero si fuéramos lo que dices no conquistaríamos todas las tierras en donde ponemos el pie. Egipto, por ejemplo. ¿De qué os sirve toda vuestra sabiduría y vuestros dioses con cabeza de animal si estáis bajo el yugo romano? —No pudo evitar hablar con sorna. Menudo mequetrefe.

—Mi abuela dice que dominái las cosas que se tocan, aunque desconocéis el mundo invisible. Cuando alguien muere y el *ba* abandona el cuerpo, tus ojos no lo ven, ¿verdad? Se puede ver de muchas maneras. Los topos de la arena no tienen ojos, sin embargo cazan y construyen madrigueras.

Lucio no contestó, se limitó a sonreír. Le pareció estar oyendo a Polifonte, tan preciso con la métrica y las fórmulas de la oratoria pero tan ilógico para los asuntos ordinarios. ¡Qué extraña forma de pensar tenían los egipcios! Las cosas están o no están. Aquella construcción habría costado mucho tiempo y mucho esfuerzo… ¿Para qué colocarla tan lejos del río? Le pareció un trabajo inútil.

Llegaron a la explanada y Lucio volvió a quedarse sin aliento. Un bosque de columnas rodeaba el templo de Serapis. Todos los capiteles centelleaban

con la luz del sol, pues parecían estar hechos de bronce dorado. El templo era colosal, ornamentado con estatuas y elementos vegetales, y resumía la magnificencia de una ciudad en donde todo estaba realizado a escala divina. Lucio sacó de su bolsa un pequeño cilindro de cuero endurecido, extrajo el carboncillo y los rollos de papiro y pasó un rato dibujando, completamente abstraído.

A la izquierda del templo se levantaba un altar y Lucio se interesó por él.

—Es el altar de Imhotep, el constructor de las pirámides. Los griegos lo llaman Hipócrates. ¿Tienes mucho dinero? —preguntó Anpu.

—No. ¿Por qué lo quieres saber?

Le gustaba escuchar al chico. Los egipcios aspiraban constantemente los sonidos y parecía en todo momento que se atragantaban.

—Para consultar el oráculo del pájaro de hierro. Es un autómata.

—¿Un autómata? —preguntó Lucio, extrañado.

—Son muñecos de metal y de madera que tienen vida.

—Eso es imposible, Anpu.

—¡Lo dices porque aún no los has visto! —El chico gesticuló algo ofendido. Puso los brazos en jarras y explicó—: Los dioses no pueden mostrarse abiertamente, se ocultan, pues temen la magia de otros dioses malignos, por eso tampoco conocemos sus nombres verdaderos. No los podemos ver, solo hablan con nosotros en los sueños o a través de los animales, y también a través de los autómatas —aclaró algo enfadado, como si le hablase a un niño torpe.

—¿Y ese pájaro de hierro del que hablas está aquí?

—Sí. Mira, está dentro de aquella casa donde hay tanta gente.

Se dirigieron hacia el lugar. Lucio se fijó en un recipiente de metal situado encima de una columna. El recipiente estaba completamente cerrado, a excepción de una ranura en la parte de arriba. Por debajo sobresalía un tubo, también metálico, y bajo el tubo había un vaso. Anpu se acercó y le pidió a Lucio que echara una moneda. Este, convencido de que Anpu estaba bromeando, se negó. Pero entonces se acercó una mujer y echó un *deben*. Acto seguido, por el tubo salió una cantidad de agua y el vaso se llenó. La mujer se lo bebió a sorbos, recitando una letanía entre trago y trago.

—¿Lo ves? Serapis es un dios bondadoso, da de beber su agua bendita al sediento.

—Sí, Anpu, al sediento que disponga de dinero.

* * *

Anpu volvió con su abuela muy contento, pues Lucio había considerado que sus monedas le aprovecharían más al joven que a Serapis. Pasó el resto de la mañana callejeando y a mediodía eligió una taberna cercana a la *stoa* de los judíos. Algunos de ellos llevaban un gorro circular en la cabeza y un manto con franjas negras y flecos, y hablaban una lengua más parecida al egipcio que al griego. La sencillez del vestido de sus mujeres contrastaba con las lujosas telas de las griegas y con la desnudez de las egipcias, a quienes no parecía importar mostrarse en público con el pecho al descubierto, sobre todo las más jóvenes.

Probó un delicioso guiso de garbanzos y verduras. Aún no había acabado cuando vio a un ladronzuelo intentando robar a un anciano sentado delante de él. Se levantó con sigilo y sorprendió al chiquillo con la bolsa de dinero en sus manos. El hombre resultó ser un *astos*, como se llamaba en Alejandría a los ciudadanos griegos. La peripecia se resolvió dándole al niño de comer, antes de que se escabullera por el mercado.

—Te lo agradezco. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó el anciano de pelo blanco y vivaces ojos negros.

—Lucio Celio, hijo de Gayo. Soy de Barcino.

—¿Barcino? ¿Dónde se encuentra eso?

—En Hispania, o Iberia, como diríais los griegos, en la costa del *mare nostrum* más cercana a la Galia.

—Yo soy Androgeo. Si me necesitas, me encontrarás aquí todos los días, vengo a comer hacia esta hora. ¿Qué te ha traído a Alejandría?

—Dentro de dos días haré el juramento militar para incorporarme a las legiones.

—Estoy en deuda contigo. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —Androgeo se arregló el *himation*, un manto ligero que le cubría el cuerpo desnudo—. Por las mañanas voy al Gimnasio y solo llevo el manto, es más cómodo —se explicó—. Ya sé que los romanos no aprobáis el desnudo tanto como los griegos. También los judíos nos desprecian por ello.

El anciano iba de camino a la Biblioteca y Lucio lo acompañó. Durante el camino, hablaron acerca de las costumbres de la ciudad y de su variopinta población. Fue una buena ocasión para indagar sobre el personaje bajo cuyas órdenes estaría en los próximos meses.

—Tengo entendido que el *Idios Logos* se encarga de recaudar impuestos.

Androgeo se detuvo y lo miró extrañado:

—¿El *Idios Logos*? No es un personaje estimado. Muchos escupen al suelo con solo oír su nombre. No es un recaudador de impuestos cualquiera.

Lucio se alarmó. Los recaudadores no eran estimados en ninguna parte, pero ¿qué tenía este de especial? Lo instó a que le contara más.

—El trigo egipcio alimenta a la plebe romana, a la que Augusto quiere tener ahíta de pan y entretenimiento. Egipto es vital para sus intereses, por eso ha puesto al mando a hombres de su confianza, todos pertenecientes al orden ecuestre. Sigue sin fiarse de los senadores. —Hizo una pausa para tomar aire —. Los romanos sois prácticos por encima de todo. Un ejemplo de ello es que la única utilidad que le encontráis a la ciencia es su aplicación a las máquinas de guerra. Por el contrario, los griegos amamos el conocimiento en sí mismo —dijo, deteniéndose en plena calle. Cojeaba ligeramente y le costaba avanzar. Lucio le ofreció su brazo.

—Gracias, Lucio. No creas que me he desviado del tema. Augusto ha sido práctico. Para conservar el equilibrio de poderes entre egipcios, griegos y judíos ha adoptado el sistema de gobierno heredado de los monarcas ptolomeos. Eso sí, los cargos más altos ahora son ocupados por romanos. ¿Qué cargos son esos? Ya te puedes imaginar: lo militar está a cargo de un general, así como las finanzas, la administración de los templos de Egipto y la justicia. Y también la «cuenta privada».

—¿La «cuenta privada»? ¿De quién?

—Hace unos años era la cuenta privada de los reyes de Egipto. ¿De quién es ahora? Nadie lo sabe exactamente, pero todos sospechan que pertenece al emperador. Y es el *Idios Logos* quien se ocupa de tener la cuenta bien repleta. Cuando Escápula accedió a la prefectura, nombró como *Idios Logos* a Tito Hortensio, un personaje aborrecible que se pasea por la ciudad con sus sabuesos viendo dónde pueden hincar el diente.

Llegaron al recinto de la Biblioteca dejando atrás los jardines del Museo. Caminaron a lo largo del pórtico que llevaba al edificio principal, ante el cual se extendía un estanque tapizado de lotos azules. Flanqueando el agua, las flores blancas del mirto, con las que se trenzaban las coronas de los atletas griegos, fundían su aroma con el de los lotos, simbolizando el hermanamiento de las dos culturas, griega y egipcia, desde la época en que el gran Alejandro liberó al país del yugo persa y fue proclamado faraón. Lucio sintió una punzada de añoranza: el atrio de su casa de Barcino estaba repleto de olorosos mirtos.

—¿Te importa que sigamos caminando un rato? Hoy siento el ánimo peripatético. Además, nos caerá mejor la comida. Yo paso mis días aquí, en la Biblioteca, soy *mechanikós*.

La pesadumbre desapareció de repente del ánimo de Lucio. Aquel anciano, que poseía la amable expresión de los pedagogos, era ingeniero.

—¡Qué agradable coincidencia! —respondió Lucio—. Yo amo el arte de construir. —De repente, sintió la necesidad de sincerarse con él—. Si no fuera porque mi destino ya está decidido, mañana mismo me enrolaría como soldado raso para poder formarme como ingeniero de las legiones.

—¿Y qué te impide hacerlo? —preguntó Androgeo, perspicaz.

Lucio no respondió, pero el hombre supo leer en sus ojos.

—Algo te turba, joven y bello amigo. Acabas de iniciar tu vida adulta en una ciudad soñada por cualquiera y estoy seguro de que te espera un brillante porvenir. Tu cuerpo es fuerte y saludable, pero tu semblante se muestra ensombrecido.

Lucio lo miró y exhaló un largo suspiro.

—Dudo de estar a la altura de lo que mi familia espera de mí. Alguien muy querido piensa que soy un cobarde, y empiezo a pensar que tiene razón.

* * *

Volvió hacia la posada tras despedirse de Androgeo. Mientras caminaba, su mente volvió a los lugares conocidos, a las personas amadas. A Garza. A todo lo que habían compartido, a aquella última noche, juntos. Debía olvidarla, como fuera. No había remedio, la suerte estaba echada y la vida de ambos trazada por sendas diferentes. Creyeron que les pertenecía, y no era cierto. Habían sido víctimas de su ingenuidad y de la perspicacia de su padre. Garza acabaría por comprender que él no tenía ninguna culpa y sufría tanto como ella.

—¡Eh, hispano!

Reconoció a los tres legionarios que lo habían orientado por la mañana.

—Pareces perdido. Siéntate y bebe, invitamos nosotros.

Le apetecía un vaso de vino fresco, así que aceptó. La taberna tenía varias mesas al aire libre, pobladas de personajes de todo tipo: soldados, busconas, fenicios de nariz ganchuda, árabes con turbantes azules y sirios de pelo rizado. Uno de los soldados, Djedi, era egipcio, de un pequeño oasis del desierto líbico, y los otros dos venían de la Magna Grecia, de Neápolis. Lucio comentó que su primo Vibio procedía de este último lugar, de donde había huido tras perder a su madre en un terremoto.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —dijo Néstor, uno de los neapolitanos, un hombre de mediana edad, moreno y vigoroso—: lo peor no fue el terremoto, sino la epidemia posterior. Morían como moscas, cubiertos de

ronchas; muchos niños quedaron huérfanos. Los comerciantes de esclavos engrosaron su bolsa aquel verano.

—¿En qué legión te vas a enrolar? —le preguntó el egipcio.

—Al parecer voy a formar parte de la guardia del *Idios Logos*.

Los soldados guardaron silencio. Intercambiaron miradas y pidieron otra ronda, pero a él no le sirvieron.

—No deberías estar sentado con nosotros —dijo Néstor—. No queremos problemas. La verdad es que no aparentas lo que eres.

—¿Lo que soy? ¿Y qué soy? —preguntó Lucio con firmeza. La sola mención del *Idios Logos* los había incomodado, y estaba claro que lo rechazaban porque iba a ser uno de sus hombres. Exhausto e irritado, Lucio contestó de mala gana—: Mi padre es caballero, cierto. Sin embargo, antes de enrolarse en la Cuarta Macedónica era campesino en la Galia Cispadana. Alcanzó el grado de *primus pilus* con su sangre y su esfuerzo. Yo me he criado en el campo, no soy un petimetre, si es eso lo que creéis.

—¿Criado en el campo e hijo de un campesino? ¿Y qué has hecho para formar parte de esos facinerosos? —preguntó Djedi.

Lucio no supo qué responder. La situación empezaba a ser embarazosa. Últimamente se quedaba sin palabras en demasiadas ocasiones. No habría debido mencionar al *Idios Logos*.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —respondió Furio, el otro neapolitano, quien aún no había abierto la boca—. Le habrá chupado la verga a Escápula.

Lucio se levantó y lo agarró de la túnica. Le dijo pegando su nariz a la del otro y con el puño levantado:

—No creas que por ser más joven no puedo hacer que te tragues tu insulto. Trátame con respeto y lo mismo haré yo contigo.

Con el prefecto no había tenido más remedio que humillarse sin rechistar. Su padre le había explicado claramente el código de conducta militar: «Aguanta, aunque por dentro explotes de ira; obedece a tu superior, porque la obediencia es lo que nos hace invencibles». Pero estaba cansado de ser sumiso. En su interior batallaba por ver la luz alguien diferente, alguien que pensaba propinarle un mandoble a ese bocazas. Aquel nuevo Lucio, más agresivo, no le desagradaba, al contrario. A pesar de la tensión del momento, sentía un júbilo incipiente, un secreto alivio, pues por primera vez peleaba por él, por su honor. Qué importaba de quién fuera hijo o nieto; era Lucio Celio, de la colonia Barcino, y no estaba dispuesto a tolerar más humillaciones. Se sentaron de nuevo y decidió sacar partido de la situación.

—Oídme —dijo, dirigiéndose a los tres legionarios—, voy a invitaros a todas las rondas que haga falta hasta que me aclaréis qué problema tenéis con los hombres del *Idios Logos*. Cómo he conseguido el puesto es cosa mía. Solo me queda un día antes de prestar juramento y quiero saber qué tipo de cerdos me voy a encontrar en la pocilga.

Néstor asintió con la cabeza. Llamaron a la cantinera, quien les sirvió más vino y un plato de olivas pasas de Chipre. Lucio les habló con franqueza, todo era nuevo para él y necesitaba saber cómo estaba organizada la vida militar en Egipto. Supo que había tropas romanas destacadas en Siene, en la frontera nubia, y varios destacamentos de caballería a lo largo de todo el país. Siendo un territorio pacificado, la principal ocupación de los soldados consistía en actuar como fuerza de policía en las ciudades pero, sobre todo, en Alejandría, donde los disturbios entre las tres comunidades, egipcios, griegos y judíos, eran cotidianos. Los legionarios también patrullaban el desierto, ofreciendo seguridad a las caravanas procedentes del mar Rojo, repletas de objetos de lujo llegados de Oriente, y supervisaban, además, las minas de oro y las canteras de Nubia.

—¿A qué se dedican exactamente los sabuesos del *Idios Logos*? Tengo la sensación de ir a meter la cabeza en un avispero —dijo Lucio sin ambages.

Furio, el mayor de ellos, un sujeto de aspecto fiero, contestó:

—Si tu deseo es dinero fácil y mujeres gratis, ese puesto te conviene. La guardia del *Idios Logos* es odiada y envidiada a partes iguales. Es el puesto ideal para individuos con pocos escrúpulos. Si realmente eres una persona de bien me atrevo a vaticinar que solo te queda una noche de sueño tranquilo.

Lucio resopló. Néstor le sirvió más vino y lo contempló divertido.

—Chico, las leyes que rigen las tres comunidades son muy estrictas. Si no fuera así, los judíos les rebanarían el pescuezo a los griegos por descreídos y materialistas; los egipcios matarían a griegos y romanos por ser extranjeros sacrílegos, y los griegos se cargarían a los judíos por ser insufriblemente fanáticos e intransigentes. ¿Y qué hacemos los romanos? Poner orden.

—Y a cambio de mantener el orden, Roma tiene el derecho de reclamar para sí el patrimonio de todos aquellos que incumplan esas leyes —dijo Djedi, el egipcio, haciendo con las manos el gesto de llenarse la bolsa—. Y esa es la tarea del *Idios Logos*.

Néstor sonrió dejando ver su blanquísima dentadura. Le dio una palmada a Lucio diciendo:

—La última ronda la pago yo, querido amigo, porque a partir de mañana ningún soldado querrá sentarse a beber contigo. Solo disfrutarás de la amistad

de los sabuesos.

20. LA ERUDICIÓN DE ANDROGEO

Al día siguiente, Lucio no recordaba cómo había ido a parar al catre. Debió de haber bebido en exceso, pues la cabeza le retumbaba como los platillos de un coribante. Anpu le dijo que fueron sus amigos quienes lo habían conducido hasta la posada.

Cuando consiguió ponerse en pie, el chico lo llevó hasta la orilla del lago para hacer las abluciones de la mañana. Era una agradable piscina natural, rodeada de juncos y papiros, donde no llegaba la suciedad del puerto.

—¿Qué te ha pasado? Tienes arañazos en el pecho —le señaló Anpu.

No le apetecía hablar. Cerró los ojos mientras flotaba y sintió la calidez del sol sobre su cara. Irrumpieron en su memoria las sensaciones de la noche, la fragancia del olíbano humeando en el quemador de perfumes, la barahúnda de voces femeninas, mezcladas con el punteo de las cítaras y las arpas, el sonar de los flautines y los gemidos. Recordó unos ojos rasgados y oscuros, un hilillo de vino dulce escurriéndose entre dos senos y unas caderas suaves como piel de melocotón que se movían sinuosas sobre su cuerpo. En Roma se decía que Alejandría era la letrina de Oriente, un impúdico lupanar. Él estaba descubriendo una ciudad deslumbrante, capaz de embriagar los sentidos y estimular el intelecto a partes iguales. Anpu esperaba respuesta.

—No es nada. ¿Sabes, Anpu? Yo también vivo cerca de un río. Se llama Rubricatus porque a veces sus aguas se tiñen de rojo.

—¡Oh, en el Nilo también sucede eso! Cada vez que un cocodrilo se come a un bienaventurado —contestó Anpu.

Lucio se incorporó de golpe y miró a su alrededor, alarmado.

—No te debes preocupar por los cocodrilos, acostumbran a alimentarse por la tarde. Ser devorado por una criatura de Sobek es un honor. Elige a las almas que merecen morar con él en los campos de juncos.

Lucio se aprestó a salir del agua, intentando convencerse de que Sobek no estaría interesado en llevarse a un sabueso romano a donde quiera que estuviese el Más Allá de los juncos. Se vistieron y se encaminaron hacia la posada. La abuela de Anpu les sirvió un desayuno egipcio: un plato de cerveza de cebada, que se comieron a cucharadas, y un pedazo de pastel de cebolla. No fue de su agrado, pero tenía mucho apetito y apuró su ración.

El reloj de sol le indicó que era hora de ponerse en marcha. El día anterior, Androgeo lo había invitado a seguir la conversación en el Soma,

junto a la tumba de Alejandro. Encontró al anciano sentado ante la entrada de la colina artificial que albergaba el mausoleo del conquistador. Franquearon juntos la imponente fachada dórica y contemplaron las pinturas que describían las victoriosas campañas de la India y una cacería de tigres. En la pared opuesta, persas barbudos, babilonios de puntiagudos cascos, bactrianos de pómulos marcados, egipcios y decenas de pueblos desfilaban rindiendo pleitesía ante un joven Alejandro de grandes ojos negros y pelo ensortijado, acomodado en su trono.

Halló al dios viviente dentro de un féretro de cristal. Era un cadáver ennegrecido y reseco, vestido de púrpura y oro. ¿Dónde habían quedado el poder y la gloria?

Androgeo adivinó sus pensamientos:

—Sus actos y sus logros modelaron la historia, eso es lo que perdura. Esta misma ciudad forma parte de su legado.

Lucio bajó la cabeza en señal de respeto. En Barcino, mientras ayudaba a los ediles, imaginaba a menudo cómo podría convertir aquel insignificante campamento en una hermosa ciudad. Se había prometido a sí mismo que, cuando fuera elegido duunviro, embellecería la ciudad, ampliaría las canteras del promontorio de Júpiter, llevaría a Barcino mármoles de colores para realzar los humildes edificios del foro y construiría diques frente a la Puerta Marina. Ese sería su legado y todos estarían orgullosos del hijo de Gayo Celio. Pero su vida había cambiado de rumbo: iba a formar parte de la masa de funcionarios que apuntalaban el edificio del Estado romano, y se preguntaba cuál iba a ser su legado. Androgeo interrumpió sus pensamientos:

—Se dice que cuando Augusto quiso colocar una guirnalda sobre la cabeza de Alejandro le rompió la nariz sin querer. Por fortuna, los embalsamadores la repararon enseguida.

—Y qué más da. Lo que está muerto, muerto está —respondió Lucio con cierto deje de amargura.

—Eso crees tú. Para los egipcios, por el contrario, es importante que el cadáver esté intacto. Solo así podrá ser reconocido por su alma y perdurar en el otro mundo. Siempre que haya llevado una vida honesta e intachable, claro.

—¿Y qué pasa con los deshonestos? —inquirió Lucio sin apartar los ojos del cadáver.

—Los sacerdotes dicen que Osiris rechaza en su reino a los embusteros, a los corruptos y a los carentes de compasión. Sus almas sufrirán la segunda muerte y desaparecerán para siempre entre las fauces de Ammyt, la devoradora.

—Vayámonos, Androgeo. No me gustan las tumbas. Salgamos a la vida.

Caminaron por una avenida de plátanos. Empezaban a desprenderse de sus hojas marrones, que crujían bajo sus pies. Un grupo de mendigos acampaban en una zona del paseo. Eran hombres y mujeres con zurrón, manto y cayado. Algunos de ellos dormitaban entre los arbustos. Se les acercaron para pedirles unas monedas o algo de comer. Androgeo los espantó como si fueran moscas. Le explicó que eran cínicos. ¡Cínicos! ¿Aquellos andrajosos eran los filósofos admirados por Polifonte?

—Son unos indeseables. Los han expulsado de la ciudad más de una vez, pero siempre vuelven. Viven al aire libre, imitando en todo a los animales, defecando en cualquier parte y dejándose llevar por su instinto; por eso se les llama la secta del perro. No responden ante nadie, dicen que libres nacemos y libres deberíamos vivir. Es inaudito que hombres con una buena educación como ellos vivan como alimañas.

—En cierto modo… —Lucio los miró pensativo— hay que ser valiente para renunciar a la familia y a las riquezas. Solo deben rendir cuentas ante sí mismos.

—La libertad siempre tiene un precio, amigo.

Pasearon en silencio entre arriates de arbustos exuberantes, Androgeo apoyándose en su bastón, Lucio con las manos en la espalda. Se sentía inquieto.

—¿En qué cavilaciones andas, joven Celio? —preguntó el anciano.

—Los envidio un poco, he de confesarlo. «El hombre nace con todo lo que necesita para ser feliz», dicen, pero la civilización nos corrompe.

—Eso dicen, en efecto. Y ahí les concedo algo de razón. Hay tantos hombres egoístas e insatisfechos…

—Somos el reflejo de los dioses que nos crearon —respondió Lucio—, caprichosos e insaciables.

El anciano lo miró y sonrió. Lucio se pasó las manos por la cabeza. Se sentía malhumorado y nervioso. Puede que fuera la resaca, o el sol cegador de Alejandría, o el baño en el Nilo, demasiado corto por culpa de Sobek. Necesitaba acción. Quizás Androgeo querría llevarlo con él al gimnasio.

Llegaron ante el estanque albiceleste frente al edificio de la Biblioteca. Androgeo, fatigado por el paseo, se sentó a descansar en una exedra revestida de granito rosa.

—Androgeo, ¿tú crees que las divinidades romanas son más poderosas que las egipcias o las cántabras? ¿No podría ser que los dioses fueran los mismos para todos, solo que cada pueblo los llamara de manera diferente?

—Quizá los dioses fueron hombres en épocas remotas, divinizados después por sus logros. Como Alejandro, o Julio César. ¿No lo has pensado, Lucio?

Era como volver a estar con Barkal. Sentía la seguridad de que cualquier cosa que dijera iba a ser recibida con respeto y tratada con sabiduría. Se sentó a su lado.

—Yo no estoy en absoluto interesado en los dioses —dijo Androgeo—, sino en los hombres y en el conocimiento. Soy de la opinión de Jenófanes: no ha nacido hombre, ni nacerá, que sepa si existen o no. ¿Realmente crees que estamos en manos de un rebaño de dioses ingratos y quejumbrosos? —Lucio se encogió de hombros—. ¿Conoces a Serapis? Pues bien, es un dios inventado. Ptolomeo I, griego de nacimiento y faraón de Egipto, deseando construir puentes de unión entre griegos y egipcios, lo concibió como un dios egipcio con aspecto griego. ¿Alguien puede asegurarme que, en los siglos pasados, otros reyes no hicieron lo mismo con Júpiter, con Astarté o con Baal? Los romanos os reís de los egipcios y de sus dioses con cabeza de babuino, pero yo te digo que tienen más sentido para mí las lechugas sagradas del dios Min que las cuitas de Zeus persiguiendo jovencitas. Porque las lechugas alimentan. —El anciano estalló en carcajadas, el manto se le deslizó y Lucio se fijó en su barriga arrugada, temblando por la risa.

—Sin embargo —intervino Lucio—, los arúspices romanos pueden leer los mensajes de los dioses en el hígado de los animales.

—¿Y quién te asegura que son mensajes de los dioses y no simplemente un hígado sano o un hígado de un animal enfermo? ¿Quién osaría vivir en un territorio en el cual habitan animales con las vísceras en mal estado? Es el raciocinio lo que debería guiar los pasos del hombre.

Lucio, con los antebrazos apoyados sobre sus piernas abiertas, observaba cómo un mosquito se posaba sobre su pie. Lo mató de un manotazo.

—Si no existen los dioses, ¿quién rige nuestros destinos, Androgeo?

—No existe el destino. Con nuestras acciones, con nuestras obras, vamos construyendo nuestras vidas —contestó, sin abandonar la sonrisa.

—¿Y los hechos que no controlamos? —respondió Lucio—. Nosotros no buscamos las enfermedades, ni la muerte, ni el sufrimiento.

El anciano suspiró profundamente y permaneció en silencio unos instantes. Las flores azules de los lotos se movieron, una rana saltó y se quedó mirándolos fijamente desde una enorme hoja.

—Te voy a ofrecer una idea en la que pensar: si no hay dioses, ¿de dónde procede el bien? Y si los hay, ¿de dónde viene el mal? Cuando era joven me

gustaba cavilar sobre todas esas cosas, hasta que comprendí la inutilidad de hacerlo. Hay cierto conocimiento que nos está vedado, en eso coincido con Jenófanes. Yo no sé si hay dioses, ni puedo saberlo. Pero si los hay, creo que les importamos poco. No nos permiten saber qué hacemos aquí, dónde estábamos antes de nacer o dónde iremos al morir.

Lucio había cogido una rama del suelo y dibujaba espirales en la tierra negra del jardín. La confusión de su mente no hacía más que aumentar. Había un volcán en su interior.

—Escucha, hijo: hay un camino para hacer frente a la angustia producida por la ignorancia y el dolor. Es la filosofía. Cuando Alejandro conquistó la India, los sabios que lo acompañaban escucharon las enseñanzas de los gimnosofistas. ¿Te ha hablado tu maestro de la ataraxia?

—Sí. Y de Pirrón el Escéptico.

—Exacto. Él decía que no podemos saber nada con certeza porque nuestros sentidos nos engañan. Por eso no emitía juicios sobre nada, solo opiniones. Prefería alcanzar el trance meditativo, como los filósofos desnudos en la India. Yo, sin embargo, creo que nuestros sentidos son lo único que nos puede llevar al conocimiento de la realidad. Lucrecio, un compatriota tuyo, afirma que si nuestros sentidos no son veraces, entonces toda nuestra razón es falsa.

—Cuando miro un arco —Lucio puso palabras a sus pensamientos—, me pregunto cómo pueden estar suspendidas esas piedras sobre el aire sin nada que las sostenga, como si no pesaran, desafiando al vacío, aguantadas solo por la fuerza ejercida por unas contra las otras. Y pienso que los sentidos no se bastan para comprender ese misterio.

—No es un misterio, Lucio. Los números lo pueden explicar casi todo: la música que crean las máquinas neumáticas, la distancia entre los planetas, las fuerzas que aguantan las piedras. La matemática consiste en desentrañar las leyes naturales. Aplicando esa sabiduría, los arquitectos pueden superar a la propia naturaleza.

—Por desgracia, esa sabiduría está al alcance de muy pocos.

—La plebe, como decís los romanos, no tiene posibilidad de acceder al conocimiento, tienes razón; bastante hacen procurándose el sustento… Por eso es bueno que existan los cultos a los dioses, para apaciguar el alma de las gentes sencillas.

—¿Y eso incluye la farsa? —Lucio olía con avidez un ramillete de flores de mirto que había arrancado.

—¿A qué te refieres?

—Ayer estuve en el templo de Serapis y vi los autómatas.

—¡Ah, el pajarito! Es el oráculo. Serapis ha dotado de vida a la materia, como hizo en la creación —el anciano hablaba lento, observando la reacción del joven.

—¡Vamos, Androgeo! —estalló Lucio, poniéndose en pie de un salto—. Con el respeto debido, tú mismo me acabas de decir que los dioses no te interesan. Tú eres *mechanikós*. Estoy convencido de que dentro del pajarito hay un mecanismo construido por alguien, y ese alguien debe de tener la bolsa repleta de monedas, ¿no crees?

El sol se filtraba por el follaje de los árboles y se reflejaba en el agua. La placidez del lugar no era suficiente para aplacar la agitación de Lucio.

—Tienes una mente despierta, eso es evidente. Y el corazón limpio y la cabeza llena de interrogantes. ¿Quieres ver cómo funcionan los autómatas? Yo he construido algunos. Ven, acompáñame a la Biblioteca; eres mi invitado.

21. A LAS PUERTAS DEL HADES

Tras el baño en el Nilo y, por fin, un desayuno romano —no había nada que se pudiera comparar a un buen plato de gachas de avena—, se colocó la túnica limpia, se hizo afeitar por un *tonsor*, estrenó sandalias y se despidió de Anpu y de su abuela. Llegó temprano, con la esperanza de evitar esperas; sin embargo, el prefecto dio prioridad a todas las personas que fueron apareciendo: tres altivos comerciantes de ensortijados dedos y otros tantos funcionarios cargados de volúmenes que ni siquiera le dirigieron una mirada.

Esperó durante horas. Sentado en un banco, con los ojos perdidos en el horizonte, tuvo la sensación de llevar dos semanas en Alejandría, cuando solo llevaba dos días. Dos intensos días. Las charlas con los soldados habían sido especialmente reveladoras, y Androgeo…, le dolía pensar que quizá no volverían a verse. Solo Polifonte podía estimular su mente como el anciano ingeniero.

Se abrió la puerta y Lucio se puso en pie, confiando en que fuera su turno. Un funcionario con aire engreído pasó por delante de él y entró. Oyó la voz de una tercera persona: Escápula no estaba solo en su despacho. Empezó a perder la paciencia. Se sentó de nuevo y recuperó el hilo de sus pensamientos. Androgeo le había mostrado en el Museo algunas de sus investigaciones: tornillos, palancas y engranajes movidos por agua, por pesos de arena, incluso por vapor; visitó las salas donde se diseccionaban cadáveres y vio anaqueles con cientos de volúmenes que recogían fórmulas y magnitudes para explicar el movimiento y las fuerzas. El Estado pagaba la manutención de los sabios que dedicaban allí su vida al estudio. ¿Los envidiaba? Solo en parte. No concebía su vida encerrado entre las cuatro paredes de un edificio.

Sacó de su exiguo equipaje el volumen de Vitruvio recuperado en la Biblioteca el día anterior y empezó a leer: «… la filosofía perfecciona al arquitecto, pues resulta imposible levantar una obra sin honradez y sin honestidad».

—¡Lucio Celio!

Por fin. Enrolló la obra, la metió en la cápsula cilíndrica y esta en su zurrón de cuero. Se levantó, respiró hondo y entró. El prefecto lo esperaba de pie, con los brazos cruzados y una mirada burlona:

—¡Vaya, vaya! Aseado pareces otro. Hortensio, este es el hispano de quien te hablé. Mañana mismo estará bajo tus órdenes. Lucio Celio, es una

suerte que hayas venido por la mañana, así puedes conocer a Tito Hortensio Mérula, el *Idios Logos*.

—¿No es demasiado joven? —preguntó Hortensio, un individuo orondo y de baja estatura que se desplazaba por la habitación con pesadez paquidérmica.

—Eso es bueno, créeme. Los jóvenes aún no tienen un criterio formado, son moldeables. Y Lucio Celio se empleará a fondo en complacerte, es mucho lo que se juega. Su familia lo tiene por un joven obediente y disciplinado. Además —el prefecto hizo una pausa mientras se colocaba las manos en los riñones y se arqueaba hacia atrás—, el hijo de un caballero armonizará sin reparos su ambición con una cierta… llamémosle flexibilidad moral.

Lucio respiró hondo. Debía reunir valor hablar. No quiso esperar más.

—Salve, Tito Hortensio. No esperaba encontrarte aquí, mejor si estás presente, pues lo que tengo que decir te concierne a ti tanto como al prefecto —dijo con voz firme. No era adecuado para un joven hablar si no era preguntado, él lo sabía, y aun así se había arriesgado.

Hortensio pareció no escucharlo. Caminaba a su alrededor, examinándolo con ojillos porcinos. Abarcó el bíceps del chico con sus dedos gordezuelos, le pasó la mano por la mandíbula y bajó al pecho, calibrando los músculos. Cuando posó su mano en la nalga de Lucio, este se apartó y le dedicó una mirada de desprecio.

—El prefecto no me había avisado de que el puesto incluía este tipo de servicios.

—Tienes genio, eso está bien. —Hortensio profirió unos gritos a modo de risa. Escápula parecía divertirse con la escena—. No temas, solo me aseguro de que eres apto. —Se acercó a una mesilla y cogió un puñado de pasas. Se las fue lanzando una a una a la boca mientras hablaba—. Me gustan los hispanos, tenéis la fiereza de un jabalí y la inteligencia de un gorrión. Habla de una vez.

Lucio ignoró a Hortensio. Se puso firme ante el prefecto, tragó saliva, clavó los ojos en la clepsidra del fondo, desprovista de agua, y habló:

—Señor, se lo agradezco, pero no puedo aceptar el puesto. Voy a enrolarme como soldado raso. Ese es mi deseo y el lugar que verdaderamente me corresponde, sin prebendas ni tratos de favor. En la Vigesimosegunda están los mejores ingenieros y, cuando llegue el momento, querría ser tenido en cuenta para formarme como tal, es lo único que le pido.

Publio Ostorio Escápula dirigió a Hortensio una mirada de incredulidad. Lucio seguía impasible.

—¿Qué estás diciendo, joven Celio? ¿Estás borracho? —le preguntó el prefecto acercándose a él para olfatearlo.

—No, señor. Solo tengo algo de resaca. En realidad, estoy muy bien. O quizás —Lucio miró a Hortensio— es lo único que se puede esperar de un cerebro de gorrión.

—Debes de haber perdido el juicio, entonces. ¿Qué necio rechazaría una posibilidad segura de hacerse rico y alcanzar la dignidad ecuestre?

—Yo te responderé, Publio —intervino Hortensio, chupándose los dedos para saborear el dulzor de las pasas—. Un idiota. O lo que es lo mismo, un hispano. La estulticia de su raza es legendaria.

—¿Y la obediencia que debes a tus mayores, cachorro ingrato? —le preguntó el prefecto, acercando su cara a la de Lucio, que enfrentó su mirada. Los surcos de la comisura de sus labios parecían esculpidos a cincel—. ¿Qué explicación voy a darle a tu tía?

—Yo mismo le escribiré.

—No eres consciente de lo que tu decisión implica. Tu familia no lo aceptará, y quizá ya no vuelvas a ser bienvenido en casa de los Domicios. En cuanto a tu padre…

—Mi padre ha pasado media vida en la legión, señor; estará orgulloso de que yo siga sus pasos.

—¿Cómo osas interrumpirme? ¡Yo te diré lo que habría hecho tu padre! —Acercó su cara aún más y Lucio creyó que sus narices se iban a tocar—. Si se le hubiera presentado esta oportunidad a tu edad, no lo habría pensado un instante. La vida de un legionario es un infierno, pasarán años antes de que puedas ser ingeniero. Y te advierto una cosa —dijo, levantando el índice de la mano derecha—: si optas por ser soldado raso, no cuentes con mi ayuda. Serás tratado como uno más.

Lucio se relajó. Ya estaba hecho. Ahora solo estaba su determinación. Con el tiempo demostraría su talento y así su familia comprendería el valor de su proceder. Deseó tener delante a su padre para explicarle lo que no se había atrevido a decirle de niño: únicamente las normas justas merecen ser obedecidas.

Salió del edificio y atravesó el patio en dirección a la oficina de reclutamiento. Una centuria estaba formada y a punto de iniciar un largo viaje, a juzgar por los carros de avituallamiento. Se acercó a un soldado y le preguntó adónde se dirigían.

—A Berenice Pancrisia, a las minas de oro.

Un sujeto pecoso de barba pelirroja, situado algo más lejos, rugió:

—¡A las puertas del Hades! ¡Allí es donde vamos!

22. CREPÚSCULO

Casa de Gayo, Barcino
Octubre
3 d. C.

Cuando hubo despachado con todos sus clientes, Gayo Celio mandó llamar a Garza, quien, como cada mañana, arreglaba los mirtos del atrio. Recogía una a una sus bayas azuladas para añadirlas al vino. Tila le había regalado túnicas de seda del estilo que ella utilizaba, pero ella se empeñaba, cuando estaba en casa, en seguir vistiendo como una indígena, con zapatillas de esparto y túnicas de lana.

Tras lavarse las manos y arreglarse el pañuelo que le recogía el pelo, se presentó en el *tablinum*.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó con semblante adusto.

—Voy a ir al grano. Las tierras de tu padre no rinden como antes. Parece que tus parientes no colaboran, mañana me vas a acompañar a las Espeluncas y vas a hablar con ellos. Les dirás que los echaré a todos si no trabajan duro. A veces pienso si no me saldría más a cuenta comprar esclavos.

—Si los tratas con el respeto debido no te darán problemas. —Garza, deseosa de salir de la casa y visitar, aunque fuera por un día, la casa de su padre, añadió con voz algo más conciliadora—: Pero hablaré con ellos, si ese es tu deseo.

—Así me gusta. Suavecita. —Gayo le regaló una de sus estudiadas sonrisas—. El atrio está precioso desde que te ocupas tú.

—La ciudad me ahoga. —Garza evitaba mirarlo. Centró su atención en la granada que Gayo tenía en un cuenco sobre su mesa. Quizás lo único que los unía era su pasión por la tierra y sus frutos—. Las plantas me recuerdan que estoy viva. Yo cuido de ellas y ellas cuidan de mí —dijo, fijando la vista en las florecillas blancas de botón negro que conformaban la única decoración del pavimento.

La chica había perdido la alegría. Gayo no recordaba la última vez que la había visto sonreír, quizá la noche de Saturnalias, cuando Barkal aún vivía. No salía de su habitación más que para comer, tejer o cuidar las plantas. Tenía prohibido ir a las Espeluncas si no la acompañaba Tila, y Tila nunca sentía

deseos de ir al campo. «Qué necias, las mujeres —pensó Gayo mientras contemplaba aquellos ojos tristes—. Solo se les pide obediencia, solo eso, y ellas parecen que disfrutan sufriendo. Hasta el más ignorante de los soldados sabe obedecer».

—Ya veo, necesitas distracción. Mi mujer me ha dicho que has tejido más tela en estos últimos meses de lo que ella puede tejer en un año.

—No soy una persona perezosa. Ni pusilánime. De eso ya te habrás dado cuenta.

Garza tenía algo que lo sacaba de quicio. ¿Su mirada insolente? ¿Su aplomo? ¿O era porque nunca se arredraba ante él? Era valiente, sí. Y terca.

—No sabes estar sin hacer nada, en eso nos parecemos. Voy a proponerte, no obstante, una distracción muy conveniente, pues más bien es un deber: atender las necesidades de tu marido. Vibio me ha comentado que no lo recibes nunca en tu cuarto. —Gayo se arrellanó en la silla y la miró fijamente con su único ojo, buscando intimidarla. Fracasó, una vez más—. Como esposa, tienes ciertas obligaciones que debes cumplir. Y lo harás. Por las buenas o por las malas.

El otoño se presentía en la brisa. Las campanillas del *oscillum* con la efigie de Baco colgado en el atrio sonaron, movidas por una ráfaga, y las hojas secas amontonadas en un rincón rascaron el mosaico agitadas por el viento. Gayo Celio estiró las piernas y deslizó ambas manos por el cabello, cada vez más blanco y ralo, dejándolas enlazadas en la nuca. Observó las manos de Garza, jóvenes y tersas, sin anillos, sus dedos largos, con las uñas sucias de tierra. En su mirada centelleaba el desafío y los labios carnosos dibujaban una boca sensual. Uno de los tirantes de la túnica se le había deslizado: Gayo se deleitó con la curva de su cuello y los hombros morenos. Treinta años atrás, habría enloquecido por una mujer como ella.

—No estoy dispuesta a tener más hijos. ¿Qué pasaría si fueran todos pelirrojos?

—¡Oh, mujer, sabes cómo sacarme de mis casillas! —bramó Gayo, poniéndose en pie—. Esa hija fue concebida antes del matrimonio, a mí nadie me engaña, y menos una chiquilla como tú, ligera de cascos. ¿Quién era el padre? ¿Un mozo de cuadra, un porquero o ese salvaje que te rozó con la verga de Cernunnos?

Sin apartar los ojos de él, Garza se aproximó y apoyó las manos sobre la mesa. El pañuelo que le cubría el cabello se le deslizó y una cascada de pelo amarillo tostado le cayó hasta la cintura. El tirante de la túnica se deslizó un

poco más, dejando entrever el aterciopelado nacimiento de sus senos. Con expresión imperturbable, alzó una ceja y le preguntó desafiante:

—¿Estás seguro de querer saber quién era el padre?

Gayo sintió deseos de agarrar su vara y azotarla. Le hacía hervir la sangre y le despertaba emociones ya olvidadas. Demasiada mujer para Vibio.

Un golpeteo insistente en la puerta les interrumpió. Herennio, el atriense, se apresuró a abrir. Tila entró como un torbellino y atravesó el atrio agitando un rollo en la mano. Entró en el despacho casi sin aliento.

—¿Pero qué te pasa, mujer? Pareces Deméter enloquecida. —Gayo se puso en pie.

—¡Hay carta de Lucio!

—¿De Lucio? ¡Por todos los dioses, ya era hora!

Gayo se la arrebató de las manos y la abrió con premura. Empezó a leer, alejando y acercando alternativamente la carta de su ojo. Desistió. Maldita sea.

—¡Que Polifemo me asista! Garza, léela tú.

Pero a Garza se le habían llenado de repente los ojos de lágrimas y negaba con la cabeza. Sin poder contenerse, se había tapado la cara con las manos para ocultar un llanto desatado.

—¿Se puede saber por qué lloras? —preguntó Gayo—. Llega carta de Lucio y en vez de alegrarte, tú…

De pronto enmudeció. El estómago le dio un vuelco y una punzada de dolor le atravesó el cerebro. Se derrumbó sobre su cátedra y se agarró a los apoyabrazos, comprendiendo de pronto el llanto de ella, las angustias, las reticencias. La tristeza. Una idea se abría paso en su cabeza con una lucidez espantosa. No, no, eso no, no podía ser. Tila, ajena a los pensamientos de su marido, cogió la carta diciendo:

—Te la iba a leer yo, no sé por qué me la has quitado de las manos. Déjame ver:

Alejandría
17 de septiembre
3 d. C.

Padre,

Deseo que cuando recibas esta carta te encuentres bien de salud. Yo estoy bien, y espero seguir estándolo con la ayuda de los dioses.

En Alejandría he descubierto que el prefecto me creía un sujeto sin escrúpulos, dispuesto a todo con tal de convertirme en caballero.

Había reservado para mí un destino indigno, el cual he rechazado. El honor debe ir por delante de la ambición. No culpes a tía Domicia, ella ha hecho todo aquello que estaba en su mano.

En Roma tuve largas conversaciones con Melampo, ¿lo recuerdas? El secretario del abuelo. Él me proporcionó la información que tú no quisiste darme. Eso me ha ayudado a tomar la decisión.

Padre, nunca he entendido que quisieras verme formando parte de una clase de personas a las que siempre has odiado. No estoy dispuesto a medrar entre patricios que se creen con el derecho a humillarme solo porque no soy uno de ellos. Yo soy plebeyo, el hijo de un centurión, y como tal me siento orgulloso. Mis ambiciones son de otra índole. Me duele que no te hayas dado cuenta.

El destino, sin embargo, no me ha hecho venir hasta aquí en vano, pues se da la coincidencia de que en las legiones de Egipto hay equipos de ingenieros trabajando en las canteras nubias. Tras superar los primeros años como soldado raso podré iniciar mi aprendizaje en uno de esos equipos. Ya que no pude permanecer en Barcino, como era mi deseo, intentaré llevar a cabo un sueño que ahora, inesperadamente, está a mi alcance.

Yo estaba dispuesto a ser el bastón de tu ancianidad, pero Vibio me ha arrebatado el puesto. ¿Qué ha hecho él para merecerlo? ¿Qué ha hecho para merecer a Garza? Una vez le prometí a Barkal que cuidaría de ella. Te ruego que lo hagas tú por mí. Dile a Vibio que no dudaré en volver y atravesarlo con mi espada si no la trata con respeto. En cuanto a ti, sé que la considerarás como a una hija, pues gracias a ella has podido unir tus tierras con las de Barkal.

Estoy enterado de que Vibio no aceptó al bebé de Garza y que este fue abandonado en el vertedero. Doy gracias a los dioses por no haber estado presente, pues ese habría sido para mí un trago muy amargo.

Que los dioses te otorguen una buena vejez,

Lucio

Tila se sentó con parsimonia. Apoyó la mano en su regazo y la carta se le escurrió, para ir a parar a los pies de Garza. Esta la cogió y fijó la vista en la caligrafía. Pasó su mano lentamente por la superficie del papel. Una lágrima cayó encima de las letras que formaban su nombre, emborronándolo.

El tiempo parecía suspendido. Gayo se había convertido en una estatua, casi no respiraba. Tila habló:

—¡Esto es intolerable! Escribiré a mi hermana, algo se podrá hacer, Lucio no será un vulgar legionario, ¡qué va a pensar la gente!

—¡Quiero saberlo! —Las palabras de Gayo sonaron como un trueno.

Tila miraba a ambos sin entender nada. Garza sollozaba en silencio. La mujer siguió hablando, con una voz fingidamente compungida:

—Ni siquiera me menciona. ¡Ni una palabra para su madre! Pero ¿qué os pasa? ¿Es que no habéis entendido? —preguntó Tila—, Lucio dice…

Gayo se levantó y se abalanzó sobre Garza. La agarró por los hombros y la zarandeó mientras le gritaba:

—¿Era él? ¿Era Lucio?

Garza aún tenía la carta en las manos. La estrechó contra su pecho y respondió:

—¡Sí! ¡Lucio era el padre de la niña que mandaste abandonar! ¡Era tu nieta!

Gayo se llevó las manos a la cabeza. Le faltaba el aire. Fuera, en el peristilo, la brisa se había convertido en un viento frío que agitaba con fuerza los arbustos, haciendo caer las flores secas. Con fortuna premeditada, Tila se desmayó sobre un escabel, aunque nadie se percató de ello.

Garza siguió hablando, con rabia:

—¡Lucio, sí! Era él a quien mi padre había elegido, y él quien vino a liberarme de mi reclusión. ¡No vuelvas a llamarme mujerzuela! Ante la ley de mi pueblo, era Lucio mi legítimo esposo. Él fue el primero y el único a quien me entregué.

Gayo le arrancó la carta de las manos y corrió hacia la puerta. Herennio, azorado, bajó la cabeza cuando pasó por delante de él. Llegó a los establos casi sin resuello. Ensilló un caballo y partió al galope hacia las Espeluncas, con el viento en contra.

⁎ ⁎ ⁎

Elbón se encontraba en los olivares con Vibio. Podía oler el granizo, que se acercaba amenazador en las nubes negras arrastradas por el vendaval. La recogida de las olivas ya estaba próxima y una tormenta podía resultar fatal. Cuando empezaron a caer las primeras gotas, vieron llegar un jinete al galope por el camino de la viña vieja. Salieron a su encuentro. Era Gayo. Había perdido el parche y presentaba un aspecto penoso. Enseguida se percataron de que algo le pasaba. Su boca empezaba a torcerse en una mueca y no paraba de repetir: «¡la niña, la niña!».

—¿Qué niña, Gayo? ¿Qué pasa? —preguntó Vibio.

—¿Qué hiciste con el bebé? ¿A dónde lo llevaste? —preguntó con un hilo de voz, sosteniéndose en los hombros de Elbón.

Los dos cayeron al suelo, arrodillados, agarrados el uno del otro por los hombros. Los ojos de Elbón reflejaron el pánico a que la hubiera encontrado. ¿Acaso lo habría seguido aquel día? Vibio los miraba, expectante. Empezó a escucharse el ruido de las gotas de lluvia impactando contra las hojas.

—¡En el vertedero, Gayo, allí la dejé, tal como me dijiste! ¡Allí se quedó, como ordenaste!

Gayo abofeteó a Elbón y lo maldijo. Él y Vibio se miraron, aterrados, sin comprender qué sucedía.

—¿No os dais cuenta? Es la venganza de la cántabra, ¡también era su nieta!

Se soltaron. Amo y esclavo se derrumbaron sobre la tierra esponjosa, recién labrada. Gayo balbuceaba algo, pero había caído de bruces y no se entendía. Elbón le levantó la cabeza y vio que algo no iba bien; tenía la boca llena de tierra y la saliva le goteaba por una comisura. Miró a Vibio implorando ayuda. Este se arrodilló por detrás de Gayo y lo enderezó, sosteniendo su cuerpo contra el suyo. La lluvia arreciaba. Antes de desvanecerse por completo, oyeron que decía:

—Era hija de Lucio.

Su puño se abrió y dejó escapar un papel arrugado. Vibio lo cogió y lo examinó. Lanzó la carta a Elbón y se retiró, dejando que el corpachón de Gayo se desplomara sobre la tierra enfangada. Empezó a caminar hacia el caballo. Elbón lo miró, estupefacto:

—¿Qué haces, desdichado? Tu tío se puede estar muriendo, ¿adónde vas? ¡Necesitamos el caballo para cargarlo!

—¿Qué me importa si muere? ¿Acaso le importó a él que esa niña pudiera ser hija mía cuando la echó a los perros sin contemplación? Solo ahora, al saber que es Lucio el padre, se arrepiente. —El tono de Vibio destilaba amargura—. ¿Qué soy para él? ¿Un muñeco de paja sin sentimientos? ¡Yo le había prometido que iba a cambiar, estaba dispuesto a ser un buen hijo! —Las lágrimas se mezclaban con las gotas que chorreaban desde su pelo.

—¡Te ha adoptado! ¡Te ha puesto al frente del negocio y te ha dado una mujer bellísima! ¿No tienes bastante? —replicó Elbón.

—¡No! Yo me pudro en este terruño mientras el niño bonito prospera en Roma. Y esa zorra… siempre despreciándome. ¡Cómo deben de haberse reído a mi espalda! ¡Me hizo creer que era virgen!

—Vibio, cálmate, necesito ayuda —dijo Elbón mientras sostenía a Gayo —. Trae el caballo, hay que llevarlo a la casa y llamar a un médico.

Vibio estalló en carcajadas.

—Pero yo no soy estúpido. Tengo muchas ideas en la cabeza. Siempre las he tenido, solo que la suerte no me ha acompañado.

—¡Trae el caballo!

—¡Tú no eres nadie para darme órdenes, esclavo! No estando mi tío, mando yo.

Vibio subió al caballo y Elbón lo vio desaparecer bajo una cortina de lluvia. El fiel esclavo acercó su cara al oído de Gayo y le susurró: «No temas, Gayo, no es granizo. Las olivas están a salvo».

23. LA CIUDAD SURGIDA DEL MAR

Berenice troglodítica
Costa del mar Rojo
5 d. C.

El númida se había quitado la túnica y luchaba desnudo contra un legionario que lo doblaba en estatura. Con las únicas armas de sus puños, se enfrentaban en combate desigual un gigante romano de cráneo cuadrado y sobrecejo prominente, y un muchacho con tez de bronce y cabellos negros recogidos en trenzas cuya agilidad era sorprendente. Entre el griterío de las decenas de soldados que se agolpaban para ver el combate en la explanada, Djedi se movía como una comadreja, recogiendo las apuestas, claramente inclinadas a favor del descendiente de Rómulo.

—Vámonos a la taberna, Lucio, prefiero ir a empinar el gaznate antes que ver cómo esa bestia le rompe el pescuezo al chico —dijo Néstor, que se había acicalado para ir a la ciudad. El cabello, negro como el carbón, y la piel del neapolitano relucían por obra del aceite perfumado.

—No esté tan seguro, señor —respondió Lucio, sin poder apartar la mirada del númida, que saltaba alrededor del romano como una liebre—. Esquiva los puñetazos de Libanio sin esfuerzo. Parece una gacela.

—¡Mira quién fue a hablar! Lo extraño es que Djedi aún no te haya propuesto una pelea. Todos hemos aprendido en la calle a dar mamporros, y tú seguramente también; sin embargo, posees algo que le falta a muchos: técnica. Todavía me acuerdo de la cara que puso al centurión Calidio cuando lo agarraste por la pierna y por poco se la arrancas. —Néstor rio, mostrando su blanca dentadura.

—Y yo me acuerdo de los tres días que pasé en el calabozo por ello —replicó el otro entre carcajadas.

Lucio agradecía poder contar con la amistad de Néstor, un veterano recién ascendido a centurión. Gracias a él había soportado con más entereza la fatiga y el rigor de sus dos primeros años como legionario. Djedi, por su parte, lo había ayudado a entender mejor el carácter de los egipcios y a interpretar sus costumbres.

Los legionarios jaleaban al bruto, mientras los auxiliares númidas, silenciosos, observaban a su compañero con ansia contenida. Una voz de trueno resonó de repente por encima de las demás. Era Mamerco Pompilio, el tribuno.

—¿Qué significa esto?

Se impuso el silencio. Los contendientes dejaron de luchar, sin desviar la mirada el uno del otro, midiendo cualquier movimiento. Lucio clavó sus ojos en Néstor, arrepentido de no haber salido de allí cuando se lo había propuesto. Quería evitarse problemas, y hasta entonces lo había conseguido. Las peleas estaban prohibidas en el campamento y fuera de él, y no deseaba que el tribuno lo relacionara con aquel grupo de energúmenos. Pompilio, un tipo de poca estatura y cabello hirsuto, lucía una sonrisa desconcertante. Nunca se sabía a ciencia cierta en qué estaba pensando, y era difícil saber si las cosas le parecían bien o mal, pues nada se podía leer en sus turbios ojos.

—¡Qué significa esto, he dicho! —repitió Pompilio—. Una pelea y nadie me ha avisado, ¿eh? —Echó un vistazo a los contrincantes, alzó la mano y señaló al númida diciendo—: ¡Diez a uno a que gana el morenito!

Se llevó la mano al cinturón y extrajo unas monedas. Antes de que se diera cuenta, Djedi estaba frente a él con su sonrisa mellada. El griterío se reanudó, ante la mirada cómplice del tribuno. Libanio, pesado como un elefante, empezó a recibir los golpes del númida, que se atrevió incluso a propinar a su adversario un cabezazo en el vientre, derribándolo como una torre de asalto. Antes de que pudiera levantarse, se sentó a horcajadas sobre su cuello. Libanio se puso en pie, pero las piernas del chico le apretaban el pescuezo como una tenaza.

—Eres Lucio Celio, el hispano, ¿verdad?

Se sobresaltó al oír su nombre en boca del tribuno, que se había desplazado sigiloso hasta colocarse a su espalda.

—Sí, señor —respondió, en voz alta por el griterío. Libanio había conseguido atrapar al númida y lo estrujaba en un abrazo que poco tenía de amistoso.

—Tengo órdenes para Néstor y para ti. Vamos a la taberna de La Cornuda, os las explicaré mientras bebemos.

Lucio miró a Néstor sorprendido. ¿Recibir órdenes en una taberna? Pompilio captó la reacción.

—Legionario, si llevaras diez años en el culo del mundo, como este centurión y yo, te pasarías el reglamento por la entrepierna. —Pompilio dio unas palmaditas en la espalda a Lucio mientras soltaba una carcajada.

La lucha continuaba. Libanio, mareado por el frenético vuelo del gorrión númida, había redoblado la intensidad de sus puñetazos. El chico los esquivaba todos y aún le sobraba tiempo para darle algún que otro tortazo. Cuando ya lo tuvo bien cansado, se elevó en el aire con un salto prodigioso y descargó una patada con los dos pies en el pecho de Libanio, que cayó hacia atrás y se desplomó, boqueando como un pez fuera del agua.

⁎ ⁎ ⁎

Con la bolsa repleta de dinero, Pompilio y los dos soldados se dirigieron a la taberna. El campamento estaba situado a pocos metros de la zona portuaria de Berenice. Era una noche clara, la luna llena se reflejaba en la superficie del agua e iluminaba los cargueros que se mecían fondeados en la bahía. Los bloques rojizos de madrépora y coral muerto con los que estaban construidas las casuchas de la ciudad resplandecían con una luz rosada, casi fantasmagórica.

Los marineros contaban que Berenice había surgido del mar una lejana y terrible noche de galerna; los más ancianos juraban haberla visto alzarse sobre las aguas chorreando sal y algas, y el paso del tiempo la había petrificado como las rocas del desierto. Pocos sabían que la ciudad había sido construida dos siglos antes por el rey Ptolomeo Filadelfo para impulsar el comercio con Oriente. De su pasado esplendoroso nada quedaba en pie, excepto el templo de la diosa cornuda. Ahora solo había chozas de madrépora en las que vivían los escasos habitantes que, por las noches, como escurridizas criaturas escamosas, se refugiaban en sus oquedades abisales.

Existía otra ciudad del mismo nombre, situada más al sur, en el corazón del desierto. Los Ptolomeos la llamaron Berenice Pancrisia, la ciudad de oro, pues de sus minas llegaron a extraerse toneladas de metal amarillo, del cual estaban formados los dioses.

Antes de llegar a la taberna, pasaron por delante de la única casa que podía denominarse así. Pompilio les contó que era la casa del poderoso mercader Harith el Hadramí. Llegaron al cuchitril, un cobertizo de cañas sostenidas sobre los consabidos bloques de madrépora. Una enseña de madera coronaba el chamizo y Lucio entendió enseguida el nombre del establecimiento. La Cornuda era Hathor, la diosa con cuernos de vaca que reinaba en el desierto junto a Gebtiu, el señor de los beduinos. Pompilio pidió vino para todos.

—He estado leyendo tu expediente, Lucio Celio. Es muy inusual —dijo Pompilio mientras se limpiaba los dientes con la uña del dedo meñique,

exageradamente larga. Ante el silencio de su interlocutor continuó—: ¿No serás uno de esos espías del emperador?

—¿Un espía? —exclamó Lucio con extrañeza—. ¡No, señor! Me alisté como soldado raso para aprender el oficio de ingeniero.

Pompilio sonrió. Dio un trago y profirió un eructo. En su rostro se dibujó una sonrisa forzada y sus ojos brillaron como los de un sapo. Observó a Lucio. Su aspecto bien cuidado, su mirada franca, la tez bronceada por el sol, la piel todavía sin una sola arruga.

—Así que rechazaste a la gran puta de Alejandría para venir al desierto a dormir entre boñigas de camello. Interesante. ¿De qué huyes?

Lucio miró a Néstor, desconcertado.

—No huyo, señor. Solo sirvo a Roma —contestó sin disimular la irritación.

—Pudiste haberla servido de otra forma más adecuada para alguien de tus posibilidades. Estoy seguro de que algo escondes. O eres un espía o un memo —dijo Pompilio—. Y me inclino más por lo segundo. ¿Tú qué opinas, centurión?

Ante la provocación, Néstor decidió terciar:

—Señor, estamos impacientes por saber qué órdenes debemos cumplir. Nuestro mayor deseo es servir al Augusto. Y, si los dioses lo permiten, demostrar nuestra valía.

Pompilio continuaba mirando a Lucio como quien observa un animal desconocido. Él le mantenía la mirada, mientras respiraba hondo para no saltarle encima.

—Como habréis podido observar, en este destacamento solo cuento con una caterva de palurdos, la mitad egipcios, y un puñado de morenitos. Necesito alguien como vosotros, gente civilizada. Mañana en la caravana acompañaréis a Harith el Hadramí y a su hija. Ambos habláis griego, ¿me equivoco?

Néstor abrió los ojos como platos. Miró a Lucio, después a Pompilio y exclamó:

—Puede estar seguro, tribuno, de que cumpliremos nuestro deber con diligencia. Yo me crie en la Magna Grecia y hablo griego perfectamente. Seremos la sombra del mercader.

—Eso espero. Lo que os ordeno no es baladí. ¿Tienes idea de quién es Harith el Hadramí? —preguntó mirando a Néstor, mientras seguía escarbándose entre dos muelas. Ante el silencio de su compañero, habló Lucio.

—Según me han contado, es el principal proveedor de productos de lujo de Roma. Varios de esos barcos que cubren el trayecto a la India son suyos —dijo señalando con la cabeza hacia la bahía—. Debe de ser un hombre muy rico.

—Estás bien informado. —Pompilio seguía examinándolo. Su húmeda mirada resbalaba por cada uno de los rasgos del muchacho—. Sin embargo, la próxima vez que hables sin permiso me aseguraré de que el centurión te ponga una falta, pedazo de estúpido. ¿Me has oído?

—Sí, señor —respondió Lucio, manteniéndole la mirada.

—La misión de nuestro destacamento es defender la caravana que atravesará el desierto hasta el valle, hasta Coptos. La vanguardia de la cohorte irá al frente, en el centro colocaré las carretas con los productos más valiosos. Esta vez llevaremos bastantes, pues la mercancía es pesada y hay que repartirla, de lo contrario las ruedas se hundirían en los trayectos arenosos. En los flancos irá la caballería númida y el resto detrás, custodiando la retaguardia, con los suministros.

Un vendedor de tortas y buñuelos se les acercó con una cesta. Pompilio lo echó con un gesto.

—¿Dónde viajará Harith? —preguntó Néstor mientras observaba con disimulado disgusto cómo Pompilio, tras haber finalizado su aseo dental, se metía con fruición el meñique en el oído izquierdo.

—Con las carretas. Harith siempre viaja en camello, no se separa de esas horribles bestias ni para dormir. Es inmensamente rico, pero no deja de ser un árabe con aros en las orejas. En cuanto a la hija, debe de ser más fea que Libanio; nunca le he visto la cara y esta es ya la tercera vez que mi destacamento los escolta. El turbante solo le deja al descubierto los ojos y viste y se comporta como un hombre. —Pompilio se sacó el dedo del oído y lo examinó mientras seguía hablando—: La cuestión es que vosotros vais a hacer de enlace entre ese pajarraco y yo. Lo ayudaréis en todo lo que necesite y seréis amables con él y su hija. Dicen que Harith es amigo personal de Augusto, tened cuidado con lo que decís y lo que hacéis.

—Muy bien, señor.

—Otra cosa: me vais a tener bien vigilados a los númidas. No me fío nada de esos hombrecitos. Hace pocos meses hubo una insurrección entre algunas tribus mauritanas y debemos tener los ojos bien abiertos.

Pompilio hizo dos chasquidos con la lengua para indicarles que se retiraran. Ambos empezaron a caminar, guiñándose el ojo. Se sentían muy afortunados.

—Este hombre me pone enfermo —dijo Néstor—, pero debo decir que he estado a punto de besarle los pies. Iremos a caballo, amigo, y no nos separaremos de ese ricachón. Me han dicho que es muy generoso con aquellos que lo sirven bien.

Lucio estaba sumido en sus pensamientos. Si cumplía bien su cometido en estas primeras misiones y se ganaba la confianza de los tribunos podría optar rápido a quedar liberado de las rutinas de los demás soldados y acceder a la condición de aprendiz de ingeniero. Era lo que más deseaba, por encima de todo. En sus marchas por el país, durante la instrucción, había podido maravillarse con las tumbas y los templos de los antiguos faraones. Atesoraba en su cilindro de madera forrado con piel de cabra, del que nunca se separaba, todos los dibujos sobre papiro que había realizado desde Roma.

También guardaba allí la última carta recibida, por la cual había sabido del ataque de apoplejía de su padre. A Lucio le corría prisa demostrar a su familia que había elegido el camino correcto. La carta no decía nada de Garza. Seguía maldiciéndose por haber aceptado mansamente el matrimonio de Vibio con ella, como se acepta el pedrisco que se cierne sobre la cosecha, por inevitable.

Su padre había sido muy hábil sembrando en su ánimo la duda de la traición de Garza y él había decidido dejarla crecer. Pero qué importaba ya. El tiempo lo iba diluyendo todo, los sentimientos, los recuerdos, las esperanzas. Ella se esfumaría lentamente de su mente, como una vana ilusión. Su hija, lo único que podía seguir uniéndolos, se había esfumado también. Se llevó la mano al colgante que Garza le había regalado. Lo arrancó de un tirón y pensó en lanzarlo al mar, pero antes de hacerlo lo contempló. La luz de la luna impactó contra la piedra metálica y un extraño halo glauco la envolvió. Y, de repente, un destello prendió en su interior el afán de conservarlo. Lo colgó de nuevo en su cuello y allí se quedó, sobre su pecho, donde guardaba el amor que, como un cachorrillo que nadie desea, se había visto obligado a asfixiar.

24. HARITH EL HADRAMÍ

Camino de Berenice a Coptos
Desierto oriental de Egipto
5 d. C.

Lejos de aborrecerlo, a Lucio le complacía hacer guardia al amanecer, cuando el firmamento nocturno se iba desvaneciendo y el silencio del desierto se alternaba con el sonido de las olas del mar cercano en un vaivén que daba alas al pensamiento. Volvía entonces a los sotos umbríos de la Sierra Oscura, al murmullo de los arroyuelos, a los recodos del río donde serpentean las anguilas, al olor de espliego de los arcones de Harmonía. ¡Estaba tan lejos de casa!

El sol invicto imponía su ley al tiempo que las recuas de asnos volvían cargadas con el agua del pozo más cercano. Al sonido de los cencerros de las bestias, la reseca ciudad se despertaba y de las casuchas salían, como bancos de pececillos, muchachas cubiertas por un velo y cargadas con cántaros y cestas para recoger el excremento de los burros, el único combustible. A esa hora el aire se llenaba de cánticos a la diosa cornuda por permitirles vivir en aquel agostado paraje.

«No me ha ido mal», pensó Lucio. Había recorrido todos los campamentos romanos de Egipto, de norte a sur. Había podido escuchar el lamento de la Aurora, llorando la muerte de su hijo Memnón, petrificado en un coloso de cuarcita, a cuyo pie Lucio había inscrito su nombre, al lado del de tantos otros antes que él, esperando quizá compartir la inmortalidad de las ruinas. Había paseado por el palacio de Osymandias y por el laberinto de las criptas ocultas. Incluso una noche, de permiso, cuando sus compañeros estaban de francachela, él se había encaramado por los bloques de la Gran Pirámide, donde había permanecido hasta el amanecer, cerca de la cúspide, extasiado ante la pasmosa visión del firmamento y de las estrellas, imperecederas. No, ciertamente no le había ido nada mal.

Su primera misión había consistido en atravesar con su cohorte el desierto de las montañas azuladas camino de la Berenice troglodítica, siguiendo los *wadis* o lechos secos de los torrentes, sendas milenarias por donde las tropas de los faraones habían desafiado la sed y las fatigas para explotar las riquezas

subterráneas. Tras aquella marcha agotadora, todos agradecieron el abrazo del mar, el que llamaban Eritreo: una inmensidad turquesa que se abría ante la costa árida con la promesa de opulentas tierras más allá del horizonte, países muy lejanos de los cuales llegaban, en enormes barcos de tres mástiles anclados en la bahía, las riquezas de la India y las sedas confeccionadas por mujeres de ojos rasgados.

Durante los días transcurridos en la ciudad marina, Lucio había descubierto que, más allá de la monotonía cromática que presentaba la superficie, ambos lugares encerraban un tesoro en sus entrañas. Había sabido por Djedi que en el desierto oriental tenían su morada favorita los dioses egipcios, seres capaces de metamorfosearse en cualquier forma, animal o vegetal. Sin embargo, su verdadera naturaleza era la de ser estrellas de luz que, al fusionarse con las piedras, producían emanaciones preciosas de muchos colores: el heliodoro amarillo, el ópalo anaranjado, el jaspe rojo con venas violáceas, el oro escondido entre las vetas blancas del cuarzo… Un arco iris mineral que, en su confluencia con el mar Eritreo, cobraba vida y se transmutaba en peces de todos los colores imaginables.

Las tubas y los cuernos le indicaron que había llegado la hora de partir. El campamento recibió la orden de abandonar Berenice y ponerse en marcha. Como un gusano perezoso, la caravana de hombres y animales se desplegó lentamente y se internó por un amplio *wadi*. El aire conservaba aún el frescor de la noche. La arena amortiguaba el ruido de las botas de los legionarios, que avanzaban a un ritmo acompasado. El polvo del camino se pegaba a la garganta y los hacía escupir con frecuencia. Ante ellos se alzaban cadenas de montañas que se sucedían, una tras otra, hasta el horizonte y que se recortaban azuladas bajo un cielo sin mácula. Lucio se ajustó el manto de lana que lo protegía tanto del frío como del sol. Por delante de él, de Néstor y de los jinetes númidas, avanzaban los dos camellos de Harith y su hija. Fijó la visión en el hipnótico movimiento de los animales y volvió a entregarse a sus pensamientos.

¡Qué alivio regresar al valle montado a lomos de un caballo! Llevaba mucho tiempo acarreando por aquellas tierras la pesada impedimenta militar, las armas, la coraza, el escudo, las estacas y herramientas para construir el campamento, los utensilios de cocina, entrenándose en agotadoras marchas.

—¡Eh, Lucio! Mi caballo está nervioso y creo adivinar por qué —gritó Néstor sin obtener respuesta—. ¡Chico! ¿En qué piensas?

—En que voy a tener suerte. Un día iré a mear por ahí y me encontraré con una pepita de oro del tamaño de tu nariz. ¿Recuerdas lo que nos contó

Djedi?

—¿La historia de los dioses que se fusionan con las piedras? Si yo fuera dios, preferiría fusionarme con las diosas. Que me crucifiquen si alguna vez llego a comprender a los egipcios.

—Dice que en Rohanu hay dos montes como los pilonos de un templo egipcio. Cada mañana, el sol ilumina el valle situado entre esos montes, indicando a los prospectores dónde tienen que hundir el pico para encontrar el oro —explicó Lucio.

—El pico te lo voy a cerrar yo como no pares de repetir las memeces de ese bobo. ¡Mira a tu alrededor! Esto es un desierto, pedregoso y seco. ¿Tú crees que si fuera tan fácil encontrar riquezas sin fin estaría yo aquí, rodeado de borricos caravaneros y sucios dromedarios? —dijo Néstor con sorna.

—¡Él es egipcio y sabe lo que dice! En los desiertos de Meroe, las pepitas de oro afloran con solo horadar la arena con el dedo gordo del pie. —Néstor miró a Lucio con expresión divertida y lo dejó continuar—. Allí los faraones construyeron la ciudad del oro, Berenice Pancrisia. Justo el día que me alisté en Nicópolis había una centuria formada a punto de salir hacia allí —añadió Lucio.

—Gracias a lo cual —dijo Néstor, alzando la mano derecha con la palma abierta imitando a Djedi—, el gran Amón de enormes orejas, aquel que escucha a todos los suplicantes, nos liberó del insufrible Rufulus. Todo Nicópolis se alegró de su marcha a Berenice Pancrisia, y allí debe de estar, martirizando a los infelices que machacan piedra.

Casi no escuchaba a Néstor pensando en los últimos dos años. Se hinchó de orgullo al recordar que en Alejandría, donde las mujeres griegas no tenían empacho alguno en invitar a sus lechos a los soldados más bien parecidos, había recibido varias ofertas de viudas jóvenes y casadas no tan jóvenes. No era su estilo. Prefería pagar por estar con una mujer y después echarse a dormir tranquilo, sabiendo que no habría un honor mancillado a la vuelta de una esquina en forma de daga envenenada.

Avanzaban a buen paso, pero sin prisa alguna porque se trataba de una ruta transitada y bastante segura, donde las estaciones y los pozos de agua, llamados *hydreumata*, se sucedían a intervalos regulares. El mismo emperador, mediante las campañas del prefecto Elio Gallo, se había encargado tiempo atrás de reconocer y controlar el desierto oriental e incluso el arábigo con el fin de estimular el comercio hacia Oriente, una actividad muy lucrativa donde la *domus augusta* participaba activamente. Las antiguas caravanas de dromedarios, cargadas del incienso de Saba y la mirra de

Hadramaut, habían dado paso a los bajeles que recalaban en la costa árabe para recoger su olorosa mercancía y se aventuraban incluso hasta la India, volviendo cargados de productos exóticos.

* * *

Los caballos estaban inquietos desde la partida. Harith se había percatado e hizo un gesto a Lucio y a Néstor para que se adelantaran hacia donde estaba él:

—Romanos, ¿es que nadie os ha dicho que a los caballos los pone nerviosos el olor a camello? Deberíais ir delante de nosotros, no detrás. Los caballos de los númidas ya están acostumbrados, pero los vuestros no.

Harith y su hija iban tapados de la cabeza a los pies con unos ropajes color marfil tejidos con un material que Lucio no identificó, no tan grueso como la lana ni tan fino como el lino. Solo los ojos les quedaban al descubierto. En los pies llevaban botas de piel. Harith se percató de que Lucio los examinaba.

—No entiendo cómo los romanos habéis podido someter la Mauritania, la Cirenaica y Egipto vestidos con faldita corta. Más que conquistadores de tierras, parecéis seductores de doncellas —dijo.

Lucio sonrió. Recordó sus primeras marchas por el país y las quemaduras de su piel hasta que se curtió. Djedi le enseñó a protegerse con un ungüento que él mismo elaboraba con las nueces del árbol de la manteca.

—Hay algo que sí os admiro: caminar por el desierto durante largas jornadas, un día y otro, con esa coraza de metal y el casco… Sois fuertes y recios, quizá tanto como nosotros, los árabes. Quién diría que sois de la misma raza que esos barrigones de Alejandría y de Roma, vestidos de togas purpuradas. Son capaces de despedazarse entre ellos en su propio provecho, ajenos al bien de su tribu.

Cabalgaron un tramo en silencio, aunque a Lucio le hervían las preguntas en la cabeza. Sin embargo, no se atrevió a hablar. Harith, como si lo hubiera adivinado, inició la conversación:

—Legionario, ¿a qué tribu perteneces?

—A la Galeria, aunque no vengo de Roma sino de Hispania.

—Yo soy de la tribu de los hadramíes, siempre enfrentados con los diablos de Saba. ¡Como romanos y cartagineses, ja, ja! —El árabe rio, dejando entrever una dentadura perfecta.

—Señor, querría hacerle una pregunta, si no lo incomodo. —Néstor lo miró con severidad—. No conozco el tejido del que están hechos vuestros ropajes.

Harith lo miró fijamente, y sus ojos, del color del ébano, se achinaron.

—Es tejido gosipino, muy común en la India. Allí la lana no sale de las ovejas, sino de unos arbustos que, cuando abren su fruto, parecido a una avellana, dan unas fibras blancas y muy suaves.

—¿Un arbusto que da lana? Oriente debe de ser un lugar prodigioso. También he observado que vuestros camellos tienen las patas negras. ¿Son de una raza especial? —preguntó Lucio, ante la desesperación de Néstor.

—¡Ja, ja, ja! No, es solo que en mi tierra, Hadramaut, solemos untarles las patas con aceite negro para evitar la sarna.

—¿Aceite negro? ¿De olivas negras?

El camello de Harith empezó a emitir un extraño sonido, como de gárgaras. Lucio calculó que Harith estaría alrededor del décimo lustro de vida. Su piel era olivácea, la nariz recta. La galena molida con que se pintaba los ojos le daban a su mirada una profundidad que infundía temor.

—Tengo la sensación de que tú no eres un soldado como los demás. ¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó Harith.

—No lo he dicho, señor. Me llamo Lucio Celio.

—Debes saber, Lucio Celio, que el aceite negro rezuma de algunas rocas. Tiene un olor muy intenso y arde con furia. En mi tierra lo llamamos alquitrán.

Lucio sonreía impresionado, ávido de conocer todas las maravillas del país de los indios y de aquellos otros hombres de ojos rasgados que trabajaban la seda del capullo de los gusanos. ¿Cuántas otras cosas aprendería? Se sintió feliz, y se convenció de que alistarse en la legión había sido lo correcto. Ser soldado le había permitido conocer Egipto, entablar amistad con el gran Androgeo, mejorar de forma notable su técnica con la espada y vigorizar su cuerpo con la disciplina física. Su mente estaba también más sosegada. Y ahora, poder acompañar a Harith era lo mejor que le había podido suceder.

—¡Eh, hispano! ¿Qué haces molestando a Harith? —bramó Pompilio, que se había acercado desde la cabeza de la columna.

—Estimado tribuno —terció Harith—, deberías saber de sobra que los caballos no pueden seguir a los dromedarios. Lucio Celio y su compañero pueden cabalgar a mi lado, de ese modo el viaje resultará más agradable para todos.

Pompilio curvó sus labios hacia arriba, intentando dibujar una de sus sonrisas ficticias, antes de dirigirse a la hija de Harith:

—Señora, he enviado un mensajero al *hydreuma* para que esta noche tengan preparada una estancia para ti y tu esclava. Tu padre me ha dicho que

él prefiere dormir a la intemperie.

Bajo el turbante, unos grandes ojos almendrados parpadearon. Entre las cejas lucía un lunar negro.

—Gracias, Pompilio —contestó Harith—. ¿Han traído alguna novedad los exploradores?

—Ninguna. Tendremos una travesía tranquila —contestó el tribuno.

—Voy a salir a cazar con mi halcón. No necesito escolta. No temas, conozco bien este desierto, volveré pronto.

Harith se dirigió hacia una de sus carretas, en la cual descansaba su halcón posado sobre una percha. Lucio deseó poder acompañarlo, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz del tribuno:

—¡Eh, vosotros! Mantenedme informado, y cuidad bien a esta dama hasta que vuelva su padre.

—No te apures, Pompilio, sé cuidar de mí misma —dijo una voz femenina apagada por los ropajes.

Pompilio se retiró después de clavar los ojos en Lucio, como una serpiente buscando intimidar a la presa.

—Es un necio —dijo la joven ante la sorpresa de ambos soldados—. Me llamo Arsínoe. —Miró a Lucio—: Me gustan tus ojos, tienen el color del lapislázuli, aunque todo tú eres hermoso.

Las palabras de Arsínoe, por inesperadas, lo ruborizaron y divirtieron a Néstor, que carraspeó y se alejó unos metros. La habían visto al amanecer cuando la caravana se ponía en marcha. Era una mujer de gestos enérgicos y poco femeninos. Bajo aquellos ropajes de hombre se hacía difícil adivinar qué aspecto tendría. Lucio recordó los comentarios de Pompilio sobre ella y le incomodó parecerle hermoso.

La caravana discurrió sin novedad. Llegaron al *hydreuma* cuando la luz del día empezaba a teñirse de naranja. Aquel momento de la jornada era la preferida de Lucio, cuando el calor menguaba y las sombras se alargaban, como si la luz, en su retirada, quisiera llevárselas por la fuerza. Los colores de las colinas y de la arena cobraban una fuerza inusitada. Todo parecía vivo, a la espera de ser bañado por el fulgor de las estrellas vespertinas.

Las carretas quedaron resguardadas dentro de las murallas del fuerte de piedra, construido alrededor del pozo de agua. Harith dispuso una fogata cerca de donde rumiaban los camellos e invitó a Néstor, a Lucio y a los jefes de la caballería númida a cenar junto a ella. Se les unieron Arsínoe y Xian, su esclava, una muchacha menuda, con un rostro redondo como una hogaza de pan a la que se le hubieran hecho dos pequeños cortes por los que asomaban

los ojillos brillantes. Del turbante se le escapaban unos mechones de pelo negro y lacio. Néstor se excusó. Había dejado temporalmente sus quehaceres como centurión y debía comprobar que su *optio* estuviera ocupándose de todo como era debido. «Felicidades, hermoso. Disfruta de la mujer barbuda», le dijo a Lucio entre carcajadas cuando se alejaba.

Las gentes del desierto entretenían sus noches contando hazañas propias o historias de héroes antiguos. Tras una exigua cena, Búcar, el jefe de los africanos, un sujeto enjuto con las mejillas devastadas por la viruela, entonó con voz profunda la triste canción de Sofonisba, la beldad cartaginesa que había hecho enloquecer a dos reyes númidas. Mientras tanto, Xian sirvió a todos los presentes una bebida muy caliente, una infusión de hierbas que había preparado echando al agua piedras calentadas en las brasas. Harith le preguntó a Lucio:

—Cuéntanos cómo es tu tierra. He oído decir que abundan los conejos.

—Así es. Mi tierra es boscosa y no recuerdo haber pasado nunca sed. Siempre hay un arroyo donde hundir la cabeza. Vivo cerca de Barcino, una pequeña colonia, a orillas del mar, junto a la desembocadura del Rubricatus. El vino es abundante, como el aceite. Raras veces nieva, y los inviernos son tan benéficos que los ancianos son robustos como los jóvenes.

—Y aparte de conejos, ¿qué animales se pueden cazar? —preguntó Búcar con su latín lleno de incorrecciones.

—En las sierras abundan los jabalíes, los ciervos y los lobos. Los primeros son fáciles de cazar, no así los lobos. Lo sé por experiencia. —Lucio hablaba con la mirada fija en las llamas del hogar, como si leyera en ellas todos sus recuerdos.

—¿Lobos? Ah, muchacho, solo el placer de rondar a una mujer es comparable con el que siente el cazador cuando sigue a una gran pieza, ¿no es así, Búcar? —intervino Harith—. La primera vez que la muerte te mira a través de los ojos de un animal no se olvida.

—Sin embargo, no fue esa la primera vez que me enfrenté a la muerte… En cuanto a la caza, desde niño tuve por maestro al mejor cazador de lobos. Barkal era su nombre. El último de los jefes layetanos. Me enseñó muchas cosas, antes de que… —Lucio dudó en continuar. Echó un vistazo alrededor y se aseguró de que no estaba Pompilio. Prosiguió—: Antes de que las togas purpuradas le pisaran el cuello.

—Entiendo. —Harith lo miraba fijamente mientras se mesaba su perilla gris. Había alcanzado la edad de los que ya han sufrido muchos azares en la vida y pueden adivinar las tribulaciones de otras almas—. A pesar de tu buena

educación, prefieres la compañía de la plebe a la de los potentados, ¿no es así?

Lucio dejó que su silencio hablara por sí mismo. Los reflejos de las llamas en sus facciones aceraban su expresión. Arsínoe, muy observadora y poco dada a intervenir en las conversaciones, dijo:

—Con el vino las lenguas se sueltan y los corazones sienten la nostalgia de la niñez. —Tendió a Lucio un trozo de caña marrón diciendo—: Toma, joven Celio, espanta tu tristeza con el dulzor de esta caña.

Llegó Néstor, atraído por las risas y la calidez de las conversaciones. Le tocó el turno de relatar una historia. Relató el prodigio que vivió cuando cumplió los catorce años y acompañó por vez primera a su padre a pescar el pez espada. Llegaron con su barca hasta el terrible estrecho entre Escila y Caribdis, donde el mar hierve de pescado y en cada caleta hay una almadraba. Se empeñó en ser él quien subiera al palo mayor para avistar los peces, a pesar de que su padre se lo había prohibido. Poseidón castigó su desobediencia y Néstor cayó al mar desde esa altura. Todos lo dieron por muerto, convencidos de que el choque con la superficie del agua habría sido mortal, hasta que dos delfines lo sacaron a flote con sus morros.

—Lucio Celio, si la caza del lobo no fue la primera vez que te enfrentaste a la muerte, ¿cuál fue? Nos has dejado intrigados —preguntó Arsínoe, sin destapar una sola vez su rostro, ni siquiera para beber.

Lucio contó cómo la cántabra lo había curado y su confusión posterior al desconocer qué dioses habían actuado realmente.

—La mujer aseguraba que el espíritu del oso se apoderaba de ella para indicarle qué debía hacer para curarme. Mi padre la temía como a la peor de las brujas de Tesalia. Pero yo sé que en su corazón solo había bondad.

—En la época de mis antepasados —dijo Harith—, cada tribu tenía un vate. Llevaba a pastar sus rebaños a las mismas tierras que los demás, y en su casa se hilaba la lana y se hacía el queso como en cualquier otra. Pero cuando alguien caía enfermo, se cubría con una piel de león montañés y, al ritmo de un gran tambor, hacía volar su alma hasta la región donde viven los muertos y los que aún no han nacido, para que los antepasados le indicaran cómo luchar contra los espíritus que provocaban el mal. Otras veces le decían dónde encontrar los pastos más verdes.

Mientras hablaba, Harith tallaba con sus manos ásperas una jabalina de madera. Lucio se percató de que en su mano derecha lucía un anillo-sello con la figura de un halcón.

—Todavía era así en la época del padre de mi padre. Después se intensificó el comercio del incienso y dejamos de salir a pastar con las cabras. Se construyeron templos para guardar los tesoros de los dioses. Grupos de hombres panzudos, afeitados y vestidos de blanco nos dijeron que ellos mantendrían a las divinidades eternamente satisfechas, pues no había hora del día o de la noche en que no se estuviera sacrificando una paloma o una liebre en el altar del templo.

—¡Los sacerdotes! —Búcar escupió al suelo tras pronunciar la palabra.

—Esos eunucos estaban tan ocupados en contabilizar sus riquezas que no se dieron cuenta de que los dioses antiguos habían abandonado Hadramaut en cuanto ellos llegaron. Nadie entiende ya los rituales y los sacerdotes ni quieren ni les importa ir a visitar el mundo de los ancestros. El oro ha hecho que todos nosotros hayamos olvidado el misterio que habita el universo.

Se quedaron en silencio. Lucio alzó la vista y vio una estrella fugaz atravesar el firmamento.

25. CERCA DEL PARAÍSO

Harith reclamaba la presencia de Lucio cada vez que salía a cazar con el halcón, no tanto por la seguridad sino porque ambos disfrutaban mutuamente de la compañía. Así supo el joven que Arsínoe era su primogénita, hija de su esposa principal, una rica heredera alejandrina. Se habían casado como parte de un pacto comercial entre Harith y su suegro, según el cual el primero pondría a disposición del segundo los servicios caravaneros de su tribu y todo su conocimiento sobre los recursos de la Arabia Felix. Harith heredó el pujante negocio, el cual, con los años, se había circunscrito al periplo del mar Eritreo.

Durante su estancia en Roma, Lucio había sido testigo de la prosperidad sin precedentes que la Pax Augusta había supuesto para la capital. El dinero corría como el vino, patricios y caballeros consumían con avidez los productos procedentes de lugares con nombres exóticos: Muziris, Podouke, Patalibothra. En los mercados se amontonaban cientos de sacos de canela y pimienta, conchas de tortuga, camas de bronce, veladores de ébano, biombos de bambú y marfil de los elefantes indios para elaborar dientes postizos. Los almacenes portuarios de Ostia estaban atestados de miles de piezas de fina tela de seda de todos los colores, en espera de que las barcas de sirga remontaran el Tíber y bombearan la mercancía hasta Roma, donde las matronas de los hombres principales competirían entre ellas para ver quién lucía la perla más gruesa, los tejidos de algodón más ornamentados o la seda más brillante. Las más pudientes se perfumaban con nardo del Ganges y otras exhibían pelucas chinas de pelo negro y lacio.

—El riesgo es muy elevado, pero las ganancias son fabulosas —le informó Harith—. Solo hay que conocer la fórmula del éxito.

—Estuve examinando los barcos en Berenice. Son los más grandes que he visto en mi vida: de tres mástiles y velas rectangulares. Me impresionaron por la solidez.

—En efecto, tienen que ser capaces de soportar los endiablados vientos monzones. Hay otro factor importante: los marinos. Esos barcos necesitan capitanes intrépidos y experimentados que no teman los embates del mar —dijo Harith, mesándose la barba mientras escudriñaba el cielo buscando a la rapaz—. Zarpan de Berenice en verano para poder aprovechar los vientos del sudoeste y llegar a la India en septiembre. En Myos Hormos fondean más de

cincuenta de esos bajeles, pero solo los míos surten directamente a la Casa de Augusto. Por eso prefiero Berenice. Está más lejos, pero allí mando yo.

—¿Cuántas veces has viajado a la India? —preguntó Lucio.

—Pocas. No me gusta el mar. Si quieres saber sobre la India debes hablar con Arsínoe, ella es quien se ocupa de todo allí.

—¿Arsínoe? —dijo Lucio sorprendido.

—Mi hija ya se interesaba por los negocios cuando las chicas de su edad aún jugaban con muñecas, está hecha para eso. No te extrañes, no es tan raro. Desde Alejandro no ha habido un solo rey de verdad en Egipto; han sido las mujeres las que han mandado en este país.

Harith hizo una pausa para recibir a su halcón, que esta vez volvía de vacío. Le puso la caperuza de piel endurecida y le acarició el pecho, cubierto de plumas moteadas. Lucio creyó notar cómo el animal se relajaba y levantaba alternativamente las patas, en una especie de singular baile de agradecimiento.

—Arsínoe ha vivido varios años en la India. En muchas ocasiones no hay tiempo suficiente de vender toda la mercancía y es necesario permanecer allí un año, hasta el siguiente monzón de invierno, entre noviembre y enero. Ah, muchacho, el viaje de vuelta sí es una delicia, el cielo se vuelve claro, el mar se dulcifica y los vientos son estables y predecibles. Pero el viaje de ida, ese no se lo deseo a nadie. Yo prefiero quedarme en la primera escala, en Hadramaut, con mi pueblo, o en la isla de Socotra, y ocuparme de la provisión de acíbar y sangre de dragón.

—¿Sangre de dragón? Arbustos que dan lana, cañas dulces como la miel, granos amargos para mantenerse despierto… —decía Lucio—, ¡qué extraordinario!

—¡Ja, ja, ja! Y eso no es nada. Lo que más me impresiona son los médicos. Los del país de Xian pueden hacer cosas asombrosas. En uno de mis viajes se desató una epidemia de viruela. Los indios de las tripulaciones caían como moscas, aunque lo más sorprendente es que aceptaban la muerte sin hacer nada. Decían que era un castigo por algún pecado cometido en las vidas precedentes.

—¡Por Júpiter! ¡Conocen el pensamiento pitagórico!

—Probablemente fue Pitágoras quien conoció a los sabios desnudos de la India. Los médicos del Oriente más remoto practican una magia muy efectiva. No te creerás lo que hacían con los sanos: trituraban las costras secas de los afectados de viruela y les introducían el polvo en la nariz. ¡Yo mismo lo probé!

—¿Lo probaste? —dijo Lucio con gesto de repugnancia—. ¿Y qué te sucedió?

—Pasé una viruela muy leve. Eso fue todo.

Lucio lo miró con intensidad durante un instante, antes de decir, con el rostro iluminado por una sonrisa:

—Es un honor y un gran placer acompañarte a cazar, Harith. Por desgracia, debemos volver ya. Pompilio debe de estar inquieto.

Harith se acercó al dromedario, que rumiaba a la sombra de una acacia. Lo montó y, con un toque de fusta, el animal se puso en pie con torpeza. Al observar sus patas, Lucio temió que en cualquier momento se fueran a quebrar.

Cabalgaron con el sol cegándoles los ojos.

—Cuando vuelva a ver a los míos tendré tanto para contar… Si es que los vuelvo a ver algún día —dijo Lucio, con un deje de tristeza.

Harith se descubrió la cara para hablarle.

—Te he observado. Por las noches te cuesta conciliar el sueño, y cuando lo haces tu alma no descansa. Otras veces, aunque estés despierto, tu mente vuela muy lejos y, cuando vuelve, tus ojos desprenden rabia. Rogaré a los dioses para que te mantengan con vida y puedas volver a tu casa sano y salvo. ¿Qué es un hombre sin su familia? Nada. Un bote minúsculo azotado por los monzones.

¿Eso era él, un bote a la deriva? ¡No! La fortuna le favorecía. Él mismo había rechazado la ayuda de su familia, de modo que solo le restaba actuar con tesón y determinación. Y procurar tener de su parte a un dios poderoso. Todos los soldados lo tenían. Él había elegido a Lug, dios de la luz, como Apolo. No en vano, Apolo era el dios preferido de Augusto. Durante su estancia en Egipto, el emperador había ofrecido constantes libaciones a las palmeras, bajo cuya sombra nació el dios. A pesar de todo, había momentos en que lo consumía la melancolía, y durante días su ánimo se cubría de una niebla de desolación que ni siquiera una borrachera podía disipar.

⁎ ⁎ ⁎

Como cada noche, Lucio se reunió con Néstor y Djedi para compartir los sucesos del día.

—Qué mala suerte, para una vez que viajamos con una mujer y resulta que tiene bigote —dijo Néstor guiñándole un ojo a Djedi mientras abrillantaba su casco.

—En todos estos días solo le he visto las manos, el resto es un amasijo de tela. Su padre me ha contado que es ella quien viaja a la India y se ocupa allí del negocio. Debe de ser una mujer… —titubeó mientras buscaba el calificativo más adecuado— enérgica.

—Quizás ese sea su único encanto. Es posible que tenga la sarna de los camellos y vaya toda untada de aceite negro —bromeó Djedi, entretenido en volver a armar su mochila de legionario con toda la impedimenta—. ¿Y qué tal ese Harith el Hadramí?

—Solo puedo decir que parece un buen hombre —respondió Néstor—. Debe de nadar en oro y, sin embargo, sigue cazando su propia cena y durmiendo bajo las estrellas pegado a su camello. Y siempre se lleva a Lucio cuando va a cazar… o al menos eso dicen que hacen —añadió con una sonrisa maliciosa.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Djedi, palmeándose un muslo mientras miraba a Lucio—. La hija se enamora de ti y el padre también… ¡Y los dos tienen barba!

Todos estallaron en carcajadas. Se oyó aullar un chacal a lo lejos.

—Es una persona sencilla —intervino Lucio—, y tampoco él soporta a Pompilio. Cada vez que habla con él acaba mascullando algo en su lengua y escupiendo al suelo. ¿Sabíais que en Arabia las caravanas hacen parte del viaje de noche para poder guiarse por las estrellas? Allí no hay ni fortines ni pozos señalizados, siempre hay que estar alerta para no perderse porque las tribus vecinas son belicosas.

—O sea, que lo nuestro es como un paseíto por la vía Canópica en primavera —dijo Djedi metiendo su escudo dentro de la funda.

—No nos vendría mal un poco de acción —añadió Néstor—. Me aburro. Se me gastará la hoja de la espada de tanto pulirla.

—¡Ánimo, muchachos! Cada día que pasa estamos más cerca de Coptos y de las termas de Neftalí —dijo Lucio poniéndose en pie.

—¡Sí, señor! Y de poner en práctica los tres preceptos del hombre feliz: comer, beber y adorar a Venus —replicó Néstor, echándose en la arena mientras cruzaba las manos sobre el abdomen.

—He ahí mi centurión —bromeó Lucio—. Amigos, buenas noches.

Echó a andar hacia la oscuridad con una anforilla en la mano. Aquel día había estado soplando el viento del desierto y se sentía polvoriento y sucio después de siete días sin asearse. El agua de los pozos era demasiado preciosa como para malgastarla en otras actividades que no fueran dar de beber a humanos y a caballerías. Allí cerca, encajonada en la montaña, había una

charca con agua de las últimas lluvias. Había descubierto el lugar en el viaje de ida, cuando perseguía a un pequeño antílope. Quizá la poza estuviera ya seca, pero había que intentarlo.

—Ave, Flavio —saludó al centinela.

—Ave, Lucio. ¿Vas a ir a cazar a estas horas? No puedo dejarte, ya lo sabes.

—No, sólo quiero darme un chapuzón. No sé tú, hermano, pero yo tengo el cuerpo magullado de la maldita arena. Se mete por debajo de la coraza y te destroza la piel.

—¿No me digas, rosita de Alejandría? Pues tendrás que aguantarte, como los demás. No puedo dejarte ir.

Lucio ya se había perdido en las sombras, desde donde gritó:

—No seas quisquilloso, Flavio, todo está tranquilo. Te debo una. Cuando lleguemos a Coptos arreglamos cuentas.

—¡Lucio, vuelve! ¡Maldito hijo de Plutón, cuando te agarre…!

La ascensión había valido la pena: quedaba suficiente agua incluso para nadar. Se desnudó sin dejar de estar alerta, con los sentidos despiertos como antes de entrar en combate. No se oía nada. Se zambulló. No acostumbraba a saltarse las normas, pero aquella noche se sentía ansioso. Había bebido más de la cuenta, pues la pena volvía a rondarlo, y un chapuzón le ayudaría a conciliar el sueño.

En el desierto la temperatura nocturna descendía con brusquedad. Al salir de la charca empezó a tiritar. Cogió un puñado de arena y se frotó todo el cuerpo, las axilas, los brazos, los muslos, la entrepierna, para deshacerse del polvo y del sudor. Le quitó el tapón a la anforilla y derramó un poco de aceite de sándalo en el cuenco de su mano. Se untó cuidadosamente la piel y después se friccionó piernas y brazos con energía.

Se sentía como nuevo. Era conveniente no demorarse demasiado, pero la tentación de tenderse unos instantes, desnudo, sobre una gran losa de piedra aún caliente pudo más que su voluntad. La fragancia del aceite era nueva para él. La aspiró profundamente mientras observaba un lucero. Fijó un rato su mirada en él y creyó ver cómo se movían las estrellas. Tras unos instantes, se oyó un chapoteo. Se incorporó rápidamente. ¿Qué había sido eso? Aguzó la vista en la oscuridad; podía ser un animal de las montañas que había bajado a beber, una gacela o un chacal. No vio nada. Se había arriesgado demasiado. No quería darle a Pompilio ningún motivo de reproche. El tribuno estaba muy puntilloso con él, esperaba con impaciencia el momento de pillarlo en alguna falta. Su sintonía con Harith, lejos de agradar al prefecto, lo soliviantaba.

Oyó unas voces. Se maldijo por no haber tenido al menos la precaución de coger la espada. Por Júpiter, si no lo mataban los beduinos lo haría Pompilio. Debía mantener la calma. Se movía como un gato, calculando cuidadosamente cada movimiento. Con la ropa en la mano, estaba a punto de echar a correr camino abajo cuando sus ojos distinguieron a dos personas que se acercaban nadando. Eran Arsínoe y su esclava.

—¡Menuda sorpresa! Mira, Xian, quien ha venido a bañarse con nosotras.

Lucio se tensó como un arco. Se puso de espaldas para no verlas y empezó a ponerse la túnica con ademanes nerviosos.

—Ya me voy, señora. Os pido disculpas si he perturbado vuestro baño. No me imaginaba que conocierais este sitio.

Las mujeres salieron del agua y lo rodearon. ¿Habría alguien más? ¿Estaría también Harith? Por Cástor y Pólux, habría debido obedecer a Flavio, aquel desliz le podía complicar mucho la vida.

—No temas. Estamos los tres solos —le dijo Arsínoe acariciándole la mejilla—. Por fin puedes saber qué había bajo los ropajes, ¿no es eso lo que estás pensando?

«Ojalá pudiera pensar», se dijo. Todas las fibras de su cuerpo se activaron antes que las de su entendimiento. Tenía ante sí una mujer bellísima de piel tostada y busto generoso. Miró sus labios, bien delineados y un poco morados por el frío. Se movían mientras hablaba, aunque él no oía nada. Solo sentía sequedad en la boca y un deseo incontenible que crecía en su interior sin poder hacer nada por evitarlo. Apartó la vista de Arsínoe y miró a Xian, la esclava, la cual parecía una frágil figurilla de alabastro. Su aspecto adolescente y andrógino contrastaba con la voluptuosidad del cuerpo de Arsínoe.

—Debo irme, si nos descubren me puede costar la vida, lo sabes. —Lucio habló con los ojos cerrados. Evitaba mirarlas. En un suspiro podía irse al garete todo aquello por lo que había estado luchando.

Arsínoe se adelantó y se abrazó a él, frotándose contra su pecho como una gata en celo. Se acercó a su oído y le susurró con una voz tan seductora que Lucio se sintió el único hombre sobre la faz de la tierra: «El peligro aumentará el placer».

La mujer se apartó de él sin dejar de mirarlo y se colocó detrás de Xian, que alzó los brazos para apoyarlos en la nuca. Arsínoe la abrazó por detrás, rozando con las yemas de sus dedos la piel casi traslúcida, deteniéndose en cada recoveco mientras Xian se contorsionaba con el vello erizado por el placer. Lucio contempló las estrechas hendiduras por donde asomaban sus

ojos. Desnuda como estaba, no parecía un ser nacido de mujer. Era fuerte y delicada a la vez, como un rebeco o una pantera. Cuando las manos de Arsínoe bajaron hasta el monte de Venus, Xian alargó sus brazos y los apoyó en el pecho de Lucio. Estaba tan cerca que este podía sentir la tibieza de su respiración. Debía irse, sin demora. Cogió las manos de Xian y las alejó de su cuerpo. Hizo ademán de echar a andar, pero Arsínoe se le adelantó y lo agarró del cuello:

—No estoy acostumbrada a que un hombre me rechace. ¿O acaso eres un cobarde?

La mención de aquella palabra decantó en la mente de Lucio la balanza. Otra vez, una mujer lo tachaba de cobarde. Allí estaba él, ávido de sentir la vida palpitando en sus venas. Sostuvo la cara de Arsínoe entre sus manos, miró sus bellos ojos de almendra y su boca entreabierta. Con un arrebato animal, hundió sus manos en la cabellera negra, la atrajo hacia sí y la besó, queriendo creer que era a Garza a quien besaba.

Y se concentró en demostrarle que él no era un cobarde. Bajo el firmamento asaeteado de estrellas, dos sacerdotisas se entregaron a un arcano ritual donde él fue el ídolo. Cada vez que creía estar alcanzando el clímax, Arsínoe y Xian lo distraían con caricias desconocidas y, lejos de sentirse disgustado, el ansia acumulada lo empujaba a empezar de nuevo, ejercitándose también él en retener las riendas de la pasión, deleitándose primero con un paso lento, como el suave balanceo de una faluca, después con un trote largo por una senda nunca antes recorrida, como una marea subiendo inevitable, hasta alcanzar la orilla con la vehemencia de un vendaval. Inmune al dolor, saturado del calor y la tensión emanada de los seres transidos de deseo, se sintió un hijo de la tierra, hermano de los antílopes y las serpientes.

26. UN HALCÓN ACECHANTE

Abandonaron el *hydreuma* de Jovis cuando despuntaba el día. Fue Néstor quien ocupó el lugar habitual de Lucio junto a Harith, pues este había preferido cabalgar entre los númidas alrededor de las carretas, con la excusa de vigilarlos.

Había dormido poco y mal. El riesgo había sido muy alto al sucumbir a los cantos de las dos sirenas. A pesar de ello, empezaba a tomarle el gusto al peligro, sobre todo cuando implicaba una recompensa como la obtenida. No habría cambiado la noche anterior por ninguna otra experiencia. Se ajustó el pañuelo del cuello para disimular las huellas de su intenso encuentro.

No había conocido hasta entonces mujeres tan hábiles para modular la intensidad del amor. Lo que había practicado hasta entonces en los burdeles le pareció una minucia, un juego de niños que solo merecía ser desaprendido para iniciarse en el verdadero arte del amor carnal.

Las cabalgaduras aminoraron el paso ante la ligera pendiente del camino. Harith aprovechó para abandonar la formación y adelantarse hasta un altozano para, desde allí, escudriñar el cielo con su mirada de ave rapaz. Lucio se adelantó entonces y se colocó al lado de Néstor, sin poder evitar echar una ojeada a Arsínoe, quien había vuelto a parapetarse tras sus ropajes ocres y sus ademanes masculinos. Ciertamente, nadie imaginaría la joya que se escondía tras ellos. Mientras tanto, Harith se había acercado al tribuno Pompilio para entablar conversación.

Al cabo de unas horas, la caravana hizo un alto para abrevar a los animales. El sol se seguía alzando con fuerza en el invierno del desierto. Durante toda la mañana habían observado una gran cantidad de inscripciones jeroglíficas en las paredes rocosas de ambos lados del *wadi*, muchas de ellas coronadas por el halcón Horus, el dios que está al acecho y vigila desde lo alto. Harith volvió a unirse a ellos y Néstor le preguntó por ellas.

—Cientos de ejércitos y de mercaderes han pasado por aquí durante siglos. Quizás esa era la forma de pedirle protección al dios halcón. Sin embargo, no es ese el halcón que me preocupa, sino el que lleva toda la mañana sobrevolándonos, muy alto en el cielo. ¿No lo habéis visto?

Lucio solo había tenido ojos para la mirada profunda de Arsínoe cada vez que sus pestañas aleteaban. Durante el trayecto habían estado conversando. Ella le había explicado el origen de la fortuna de su abuelo materno: en la

Cirenaica crecían vastas extensiones de laserpicio, un hinojo salvaje que su familia vendía a un precio exorbitado. Las mujeres ricas de Alejandría lo consumían, fueran esposas o meretrices, con el fin de evitar los embarazos indeseados.

—¡Lucio! ¿Dónde tienes la cabeza? —gritó Néstor. Todos habían descabalgado ya y se aprestaban a dar de beber a las bestias mientras él seguía montado en su caballo, con la mirada perdida.

—Vaya, vaya —dijo Harith observando a Lucio y a su hija—. Me lo puedo imaginar…

Lucio fingió no haber oído el comentario; sin embargo, sintió un escalofrío en la nuca. ¿Sabría algo del encuentro? Al escalofrío le siguió una oleada de calor que lo sonrojó y lo hizo sudar. Oyeron entonces un gañido en el cielo y todos alzaron la vista. Era un halcón, suspendido en el aire por encima de las colinas que se elevaban al norte.

—Ahí está otra vez. Lleva con nosotros desde poco después de que abandonáramos el *hydreuma*. No me gusta, no es un halcón salvaje, tiene amo. Y eso solo puede indicar la presencia de beduinos. Nos están siguiendo —afirmó Harith con rotundidad.

—Hay que avisar a Pompilio —dijo Néstor.

—Ya lo he hecho. Pero el muy necio no quiere creerme. Dice que ha recorrido decenas de veces este camino y nunca ha tenido problemas.

—Si nos estuvieran siguiendo, los exploradores se habrían dado cuenta —añadió Lucio.

—¿Los exploradores? Son númidas. Hace meses estalló una rebelión contra Roma en su tierra. Yo no me fiaría de ellos, pueden haberse aliado con los beduinos. Son pueblos hermanos.

Por unos instantes reinó el silencio. Hasta entonces, el viaje había transcurrido sin sobresaltos. Era poco probable que los atacaran. No se atreverían.

—¡Eh, amigos! —Djedi hizo acto de presencia—, me he quedado seco y tengo el odre vacío. Me preguntaba si podía servirme de los odres de los caballos…

Néstor le tendió uno de los pellejos y Djedi continuó su charla, mientras Harith y Arsínoe se encaminaban hacia una de las carretas.

—¡Qué ganas de llegar al río! Ya debe de haberse retirado el agua de la inundación. Mis hermanos estarán con la azada en las manos y los pies metidos en el fango. —Acabó de llenar su odre, le dio un trago largo y suspiró diciendo—: Que los dioses no permitan nunca que nos falte de beber.

Lucio, que había echado agua en un balde para su caballo, habló, absorto en los círculos que el morro del animal dibujaba en el agua:

—De niño me gustaba meter los pies en el barro de las orillas del río y buscar sapos. Algunos de ellos se entierran y parece que están muertos. Cuando llueve o el río crece vuelven a la vida.

Apoyó el balde vacío en la tierra, se incorporó y vio que Harith lo miraba fijamente. Lucio fingió no haberse dado cuenta y siguió con su tarea. Si averiguaba algo de lo ocurrido sería su fin. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Harith sacó un pequeño disco verde de una funda y empezó a mirar el cielo a través de él. ¿Qué estaría haciendo? Djedi habló, y sus palabras rememoraron en la mente de Lucio a Anpu, el chico alejandrino:

—El agua es misteriosa. En ella habitan dioses invisibles que pueden dar la vida o arrebatarla. A veces juegan contigo y te vacían el odre o echan a perder el agua y te provocan diarreas. Pero yo conozco un conjuro infalible para ese tipo de casos. Antes de beber de un río, pronúncialo mirando hacia el sur y en cuclillas, y las diosas de la catarata se apiadarán de ti y mantendrán a raya a los diosecillos revoltosos.

Lucio lo miró con cariño. Djedi, el hombre de la eterna sonrisa, a pesar de las fatigas, del calor, de las burlas de los romanos, de sus dientes gastados y picados que le ocasionaban un gran dolor. Había algo muy seductor en los egipcios y en su tierra. No podía describir qué era, quizás algo que contrastaba con el pragmatismo romano y con la impiedad helena. Tal vez fuese una confianza ciega en la vida o, mejor dicho, en la muerte, una contagiosa alegría vital reflejada en los rostros, permanentemente iluminados, que dulcificaba las arrugas de los campesinos, dispuestos siempre a ayudar y a ofrecer consejo. En sus largas marchas por el país se había repetido por doquier la misma estampa: enjambres de criaturas, de todas las edades, desnudos y felices, correteando como crías de gacela, tan frágiles y tan resistentes, chapoteando en el río. Revivía en ellos su infancia, cuando deambulaba por las marismas de la desembocadura de su río rojo, con Seihar, con Quinto, con Garza. Con Garza. Siempre ella.

—¡Despierta, hombre! —le gritó Néstor—. ¿Qué te pasa hoy?

—No sé, quizá tenga algo de fiebre… ¿Qué es ese artilugio de Harith?

—Es una lente de esmeralda. Si miras a través de ella lo ves todo mucho más cerca. ¿Dónde está ese mentula de Djedi? ¡Ven y ayúdame! —le gritó al legionario—. Tengo el odre seco como el ojo de un tuerto. Aunque ahora mismo, más que esta posca caliente, preferiría un traguito de ese otro líquido que revive a los muertos.

—¿Se refiere al vino, centurión? —preguntó Djedi con su inocencia habitual.

—No, ¡a la leche de una diosa, ja, ja, ja! —rio Néstor.

—¿Es que usted nunca se toma nada en serio, señor? —le regañó Lucio, presto siempre a defender al egipcio.

—No, nunca —respondió el griego—. En cualquier momento me puede partir un rayo o atravesarme la espada del enemigo, por lo tanto, mientras no me llegue la hora, procuraré reírme todo lo posible. Por cierto, ¿os habéis fijado en los caballos? Desde que salimos esta mañana están nerviosos. No dejan de oler el viento del norte. Eso solo puede significar una cosa.

—¿Una tormenta de arena? —preguntó Lucio.

—No. Dromedarios. Muchos. Debe de haber beduinos por ahí, en las montañas. Quizá sea eso lo que esté mirando Harith a través de la esmeralda.

* * *

Antes de retomar la marcha, Pompilio se acercó adonde estaba Harith. Lucio y Néstor no fueron ajenos a la discusión:

—Volvamos atrás —propuso el árabe—. Aún estamos más cerca del *hydreuma* de Jovis que del siguiente pozo.

—Esta vía es muy segura, un ataque es poco probable. Además, he enviado a los exploradores hacia el norte. Seguiremos adelante: somos soldados y estamos aquí para defender la caravana. No olvides, Harith, que llevamos a los númidas, son los mejores jinetes —respondió Pompilio en voz anormalmente alta, buscando con la vista el asentimiento de los soldados allí reunidos—. Si llegase el caso, las carretas podrían ponerse a salvo escoltadas por ellos.

Harith se descubrió la cara para hablar. Aunque era de menor estatura que los demás, no necesitaba elevar el tono para ser escuchado:

—Pompilio, ¡tantos años en Egipto y no has aprendido nada! Llevas demasiado tiempo descansando tus posaderas en Nicópolis, querido amigo —bromeó, mientras el tribuno dibujaba en su rostro una forzada sonrisa—. He combatido en el desierto desde que mi padre me presentó ante los altares del gran templo de Sabota. Déjame decirte que tu briosa caballería númida no te servirá de nada, porque cuando sus caballos estén exhaustos los dromedarios apenas empezarán a notar el cansancio. Estarán todavía frescos cuando den alcance a las carretas y a sus caballos, ya agotados. Después, esos demonios se repartirán el botín, lo acomodarán en sus alforjas y se volverán a las

montañas tras habernos hecho picadillo. Lo mejor sería volver atrás y encerrar la mercancía en el fuerte hasta que los exploradores…

—Mamerco Pompilio no huye —lo interrumpió el tribuno con semblante disgustado—, y menos aún de unos simples pastores de cabras subidos en sus malolientes bichos. Te repito que tu mercancía está segura conmigo.

Harith se acercó a su dromedario y le palmeó el costado. Sin acritud, y con una abierta sonrisa, dijo mirando a Pompilio:

—Romano, este bicho, como tú lo llamas, puede representar la vida o la muerte en el desierto. Te exijo que hables de él con respeto.

—Señor, pido permiso para hablar —intervino Lucio.

Arsínoe, hasta entonces en un segundo plano pero sin perder detalle de la discusión, se acercó. Con los brazos cruzados y las piernas separadas, se unió al círculo masculino como si se tratase de uno más. Pompilio le dedicó una mirada áspera y se separó un paso, como si le repeliera. El tribuno fue a abrir la boca para reprender a Lucio, pero Harith se le adelantó:

—Habla, muchacho.

—Las carretas no van muy cargadas, podríamos liberar algunas y enviarlas de vuelta a Jovis con algunos jinetes númidas de protección. Los beduinos pensarán que enviamos la mercancía más valiosa de vuelta y concentrarán sus fuerzas en ellas.

Se miraron unos a otros en actitud pensativa. La luz cegadora del sol del mediodía los forzaba a entornar los ojos. Ante la sorpresa de todos, fue Arsínoe quien rompió el silencio:

—Es una buena idea. Pero los beduinos sabrán si las carretas están llenas o vacías por la profundidad de las huellas. Propongo que dentro de cada carreta situemos a varios legionarios, así, cuando quieran apropiarse de la mercancía, se encontrarán con una sorpresa.

—¡No podemos tomar decisiones arriesgadas solo porque los caballos estén nerviosos o porque se ha visto volar un halcón! —exclamó Pompilio—. No voy a dividir las fuerzas. He dicho que esperaremos a los explor…

—¡Mirad! —gritó Néstor.

El grupo de exploradores bajaba a toda velocidad por la ladera de la montaña y eso solo podía significar una cosa: peligro.

—¡Hagámoslo! —dijo Harith—. Pompilio, buena parte de la mercancía es un encargo de la *domus augusta*. Si se pierde, tu nombre llegará a oídos del propio emperador. Tú verás.

—¡Está bien! —contestó el tribuno con los dientes apretados—. Hágase como tú quieras y salgamos de una vez por todas de este lugar infernal.

⁎ ⁎ ⁎

Los exploradores habían avistado un grupo de beduinos que igualaba en número a las fuerzas romanas, integradas por media cohorte mixta de infantes y jinetes, conformando una fuerza de trescientos hombres. Los soldados respiraron tranquilos. Trescientos beduinos no tenían opciones ante trescientos legionarios bien entrenados. Pero podía haber más enemigos ocultos en las montañas.

Tras despedir a las carretas supuestamente vacías, la caravana reanudó la marcha, aunque esta vez no con el paso tranquilo de los asnos y los dromedarios sino con la ligereza que imprimía el trote corto de los legionarios. Habían guardado las mochilas en las carretas con el fin de poder estar listos para entrar en combate. El trayecto entero, desde el mar hasta Coptos, era una pista de arena encajonada entre montañas. A veces, el lecho seco del torrente se ampliaba y otras se estrechaba. Por fortuna, los peores tramos los habían rebasado ya y ahora discurrían por un paisaje bastante abierto.

Llevaban un rato sin novedad, con el único ruido del crujir de los arreos de cuero y el chirriar de los ejes de alguna carreta mal engrasada. Lucio empezó a cabecear. Lo vencía el sueño. De nada le había servido el brebaje amargo que tomaban por la mañana Arsínoe y Harith. Este último no había vuelto a mencionar nada preocupante. Posiblemente, su imaginación le había jugado una mala pasada.

«Egipto es un destino tranquilo», le había dicho Quinto. Sí, había elegido bien. En poco tiempo quedaría liberado de las tareas ordinarias y podría empezar su aprendizaje con los ingenieros. Ansiaba ese momento y cada noche se imaginaba escribiendo a su familia para informarles de ello. ¿Y a Garza? No sabía si aún vivía en su casa o habría escapado hacia las espesas forestas al norte de los Montes Negros, a los poblados donde hacían el pan de castañas y clavan en las murallas los cráneos de los enemigos muertos. Allí sería donde él mismo iría si tuviera que esconderse. Y Untiken, ¿estaría con ella?

—¿Disfrutaste del baño ayer? —le dijo Harith de sopetón, despertándolo de su sopor.

Lucio aguantó la respiración. ¿Cómo podía saberlo? Nadie los había visto y, cuando llegaron Harith roncaba como un bebé bajo su manto, acurrucado al calor del dromedario. ¿Se lo habría contado su hija? ¿En qué extraño juego se había metido?

—La verdad es que… sí. No esperaba encontrar agua en esa poza, fue una sorpresa —respondió Lucio, disimulando su agitación.

Harith lo miró con los ojos expectantes. Lucio apretó las riendas dentro de los puños.

—Hablemos claro, hijo: Arsínoe es una mujer libre. Para ella, tú no eres más que el capricho de este viaje. Las alejandrinas son…, como decís vosotros, harina de otro costal. Su madre era igual. Y ese era su atractivo.

Lucio tragó saliva varias veces. Intentó decir algo, pero las palabras se agolpaban en su mente sin orden ni concierto:

—Harith, yo… Había acabado ya mi baño cuando oí que me llamaban, si hubiera sabido que estaban allí te juro que no habría ido —dijo Lucio, intentando ocultar su nerviosismo.

—No temas, muchacho. Hace tiempo que mi hija toma sus propias decisiones. Ella no es una mujer como las demás.

Siguieron un rato en silencio. La mente de Lucio era un hervidero de conjeturas, y en ninguna de ellas salía bien parado. ¿Un capricho? ¿Un juguete? ¿Un padre que consentía? Harith habló de nuevo:

—Todos los hombres sueñan con una mujer servil y sumisa. Sin embargo, pocos saben que la verdadera satisfacción está justo en lo contrario. La madre de Arsínoe era como un gato, no tenía dueño. Mis hermanos me decían que hasta que no la domeñara no podría sentirme un hombre de verdad. Pero yo sabía que una mujer así, cuando elige pareja, no lo hace por los regalos y las lisonjas. Yo sabía que me deseaba a mí, como hombre, no como protector o adulador. ¿Entiendes?

Lucio callaba. La quietud exterior ocultaba el volcán de su interior. Desde su llegada a Egipto, todas las convicciones que se había formado desde niño se habían ido difuminando como la tinta negra de las cartas cuando se derrama agua sobre ella. Debía redibujar cada idea, cada sentimiento, o quizás reescribirlos en otra lengua más rica, preñada de significados diferentes, donde la variación no radicara solo en los matices, sino en la misma manera de creer, pensar y sentir. Sintió vértigo y entusiasmo al mismo tiempo, y empezó a comprender que la arquitectura de la vida poco tenía que ver con la línea recta.

—Sé lo que estás pensando —continuó Harith—: si tu esposa no te es fiel, ¿cómo sabes que tus hijos son tuyos? Yo tengo decenas de hijos, engendrados con las concubinas de mi pequeño harén, mujeres bellas y sumisas que me han regalado en mis viajes. La madre de Arsínoe no vivía en el harén, las gallinas del corral habrían desplumado a un pavo real.

—Entonces, ¿es posible que Arsínoe no sea hija tuya? Te lo ruego, Harith, perdona mi osadía, pero no entiendo…

—Muchacho, qué más da si es hija mía o no; lo único cierto es que es hija suya y eso es lo que importa: yo la amaba a ella y cuidaré todo lo que provenga de ella.

Lucio sentía la boca pastosa y el rostro cubierto de sudor. Se desanudó el pañuelo del cuello para limpiarse la cara. Harith lo miró de reojo y sonrió:

—No entiendes nada, ¿verdad? ¡Deja de preocuparte! Eres tan joven y tienes aún tanto por aprender… Créeme, hay pocas mujeres como Arsínoe. Y pocos hombres dispuestos a amarlas. Hay que estar a la altura.

Lucio se sentía apesadumbrado. ¿Por qué le contaba todo aquello? Él era un simple soldado a quien, seguramente, no volvería a ver. ¿Estaría él dispuesto a amar a una mujer así? No estaba seguro, puesto que ya había conocido a una de ellas y la había abandonado. ¿Y si Garza hubiera tenido razón? ¿Lo había hecho por cobardía, por creer no estar a la altura?

—¡Por los *djinns* de la piedra negra! —exclamó Harith—. Ahí están.

27. INFIERNO

Bajaban en tromba por las laderas de las montañas envueltos en una nube de polvo. Solo se veían las largas patas de los dromedarios, como arañas gigantescas avanzando hacia su presa. Pompilio ordenó al portador de la tuba que tocara a carga cuando los númidas ya habían empezado a agruparse para cabalgar al encuentro de los beduinos. Necesitaban ganar tiempo para que la caravana pudiera organizar la defensa. Sin silla ni estribos, los africanos se aferraban a la montura con sus piernas y la guiaban con una pequeña tira de tela alrededor del cuello del animal. Lanzaban flechas y jabalinas, erguidos sobre el caballo, mientras los guiaban con la voz y con los movimientos de sus pies. Se lanzaron hacia ellos con furia y arrojo, entre aullidos de combate.

No había tiempo para desenganchar los caballos de las carretas, así que estas se colocaron en el centro, junto con las recuas de asnos. A su alrededor, la infantería formó un círculo de protección con sus escudos. La quietud desértica que los había acompañado desde que partieron se tornó en un caos de relinchos y órdenes dadas a voz en grito. Harith se había levantado los ropajes, dejando a la vista una imponente espada curva, y Arsínoe blandía un arco y un carcaj. No tardaron en oírse varios sonidos secos: algunos beduinos habían conseguido rebasar a los númidas y sus lanzas se habían clavado en escudos y cascos. Varios soldados cayeron.

—¡Cerrad filas! —gritaban los centuriones—. ¡Jabalinas en ristre! ¡Lanzad a discreción!

Lucio no había quitado el ojo de encima a Harith y a Arsínoe mientras acomodaba su caballo en el círculo. Temblaba tanto que las rodillas le fallaban. Era su primer combate verdadero, hasta entonces solo había participado en pequeñas escaramuzas. El deseo de combatir y el afán de sentir en las venas el ardor de la batalla quedaba ensombrecido por un pellizco de nerviosismo en el vientre. ¿Solo eso? No, había algo más.

Harith discutía con Néstor, que, espada en mano, intentaba cubrir al árabe con su escudo:

—¡Voy a defender mi mercancía! —gritaba el mercader—. ¡De ninguna manera voy a esconderme bajo la carreta!

—¡Por Júpiter Tonante! Soy el responsable de vuestra defensa y no permitiré que os pase nada —respondió Pompilio.

—¡Harith! —intervino Lucio, ante la mirada hostil de Pompilio—. Te lo ruego, deja que hagamos nuestro trabajo, Arsínoe y tú os podéis parapetar tras nuestros escudos.

Néstor se colocó delante de Harith y Arsínoe se abrazó por detrás a Lucio, dejando libre el brazo izquierdo, con el que aguantaba el arco. Unas palabras resonaron en su mente: «El peligro aumentará el placer». Excitado por la batalla que se avecinaba, percibió el cuerpo en tensión de Arsínoe contra su espalda, el silbido de las flechas por encima de sus cabezas, el sudor frío corriéndole por el pecho, bajo la cota de malla. Y entonces se sintió henchido de vigor, y experimentó en sus entrañas el riesgo y el placer de la virilidad. No cambiaría aquella vida por un puesto en la burocracia imperial por más riqueza que le reportase. Era joven y tenía en sus manos las riendas de su vida para conseguir todos sus propósitos. No obstante, la sensación de dicha se escurrió rápidamente como el agua por un sumidero, pues aquella sombra que antes no quiso saber qué era crecía como un vórtice en su estómago. Volvió a faltarle el tiempo para prestarle atención, porque los atacantes empezaron a entonar sus cánticos de guerra.

Los beduinos, completamente ocultos tras sus ropajes, cabalgaban sobre los dromedarios, pintadas sus grupas con soles negros. Emitían unos sonidos agudos, enervantes, modulados con la lengua, que desplazaban velozmente de un lado a otro de la boca. Se sabían inferiores en el combate cuerpo a cuerpo, por eso empezaron a dar vueltas alrededor de la caravana mientras sus flechas zumbaban como avispas en busca del enemigo. Una se coló entre los escudos de Lucio y Néstor y fue a clavarse en la caja de la carreta que los protegía por detrás. Arsínoe, en un movimiento rápido, extrajo una flecha del carcaj, introdujo su arco entre los dos escudos y disparó. La flecha fue certera a la pierna de un beduino.

La voz de Pompilio atronaba dando órdenes para que la tuba llamara a retirada a los númidas. En ese momento eran más necesarios en la caravana para reforzar las líneas de defensa. Algunos beduinos habían desmontado y se atrevían a acercarse a los legionarios, pero estos oponían un muro infranqueable con sus grandes escudos unidos unos a otros. Por entre ellos, las espadas romanas surgían como cuchillos para destripar a quien se arrimara demasiado. Los soldados situados en segunda línea cubrían con sus escudos las cabezas de sus compañeros más expuestos, y cada vez que se producía la baja uno de ellos taponaba el vacío. La victoria era cuestión de tiempo, se trataba de combatientes inexpertos ante las tropas más disciplinadas del mundo.

Los legionarios actuaban como un único cuerpo, con eficacia y aplomo, frente al ataque desmadejado y caótico de los bárbaros. Lucio se sintió orgulloso de ser romano. Apretó en su mano la empuñadura de la espada y se echó hacia atrás para notar el cuerpo tenso de Arsínoe, pero no encontró a nadie. Volvió rápidamente la cabeza y la vio corriendo hacia la carreta donde estaba posado en su percha el halcón de Harith. Voló tras ella, con Néstor y Harith pisándole los talones mientras intentaban esquivar las oleadas de flechas y de piedras lanzadas con las hondas, pues los beduinos habían comprendido que ese era el único ataque posible. Cuando Arsínoe se encontraba dentro de la carreta acomodando al animal, una lanza se clavó en el anca de uno los dos caballos, que seguían enganchados al pértigo. El animal se encabritó y Harith intentó calmarlo. Fue a subirse a él pero Néstor se lo impidió:

—¡Lo haré yo! ¡No puedo permitir que te expongas de esa manera! —gritó el soldado.

—¡Esta carreta lleva la mercancía más preciada! ¡Ayúdame a desenganchar el caballo! —dijo Harith.

Los proyectiles arreciaron. Una piedra fue a dar en el morro del otro animal, que se irguió sobre sus patas traseras. Lucio y Néstor lograron agarrarlo por las riendas mientras Harith, con un salto impropio de su edad, lo montó. Le fue imposible calmar a las bestias, que iniciaron una carrera frenética que las llevó a arrollar todo lo que encontraron a su paso. El cordón de legionarios se rompió y la carreta salió disparada, internándose en un *wadi* lateral.

Los atacantes, al constatar la brecha que se había abierto en las defensas romanas, entraron en tromba. Pompilio, rodeado de su guardia, bramó:

—¡Néstor, Lucio Celio! ¿A qué esperáis a coger un caballo y seguir a la carreta? ¡Responderéis con vuestra vida si les pasa algo a esos condenados árabes!

No era tan fácil. Varios jinetes habían penetrado dentro del círculo, blandiendo sus temibles espadas curvas, prestas a cortar la cabeza de quien se acercara. Lucio eligió al que parecía más inexperto y fue a por él. Mientras tanto, Néstor entró en la carreta de suministros y se hizo con una cuerda.

La agilidad de Lucio lo libró de varios sablazos mortales, pero no logró descabalgar a su oponente. De eso se ocupó Néstor, quien hizo una lazada con la cuerda y se la lanzó al cuello. Una vez en el suelo, Néstor lo inmovilizó. Lucio corrió hacia él y le pisó la muñeca para hacerle soltar la espada. En su

primer combate cuerpo a cuerpo verdadero cometió un terrible error: mirar, apenas un instante, los ojos asustados del muchacho a quien debía matar.

—¡A qué esperas, hombre! ¡Mátalo! —le gritó Néstor.

Sin apartar la mirada de aquellos ojos asustados, le hundió su espada en el pecho hasta que encontró resistencia. Lo envolvió una brumosa sensación de irrealidad. Apretó con fuerza y el arma acabó por deslizarse, suave, para hincarse en la arena, dejando al beduino empalado en el suelo mientras su cuerpo se aflojaba entre espasmos.

Empuña la espada de nuevo y la extrae, como si con ese gesto pudiera volver el tiempo atrás. Solo es un muchacho y la vida se le escapa a borbotones. La vejiga se vacía y el aire se impregna del olor rancio de la muerte. La boca curvada en un gesto de horror, los ojos fijos sobre su verdugo, clavándose en su mente para siempre, porque los muertos son muertos hasta el final de los tiempos. Un vómito agrio sube hasta la garganta y allí se detiene: la voz lejana de Néstor le grita que tiene otros dos detrás. Se da la vuelta y los mira con incredulidad, creyendo que la sangre vertida los había hecho surgir de la tierra. No es él quien lucha, sino un furor desconocido el que mueve su brazo y su espada, pues la voluntad se ha quedado atorada en el estómago, presa de la fuerza oscura, de la sombra antes desdeñada; del pánico tal vez. Comprende entonces que cuando se mata no se debe mirar a los ojos. Hundir la hoja hasta lo más profundo, sentir la tibieza de la sangre que fluye, rasgar, cortar, matar, sin más. Como los autómatas de metal, sin pensar.

A su alrededor quedaron cuatro beduinos y un gran charco escarlata. La empuñadura de la espada, bañada en sangre, se le escurría de las manos y tuvo que secárselas en los ropajes de uno de ellos. Tragó saliva para sofocar las náuseas.

—¡Lucio! ¡A tu izquierda! —le avisó Néstor mientras luchaba contra otros dos.

Un morador del desierto se abalanzó sobre él con la espada en alto. Lucio levantó el escudo para parar el golpe. En el forcejeo de ambos para desclavar el arma de la madera, Lucio pudo observar que no era joven. Posiblemente tendría la edad de su padre, y estaba herido. La sangre le manaba de la cabeza y lo cegaba, matarlo no presentaría mayor dificultad. Lucía unos tatuajes diferentes al resto de bárbaros y unas anillas de oro colgaban de sus orejas perforadas. Vestía una túnica oscura adornada con ribetes blancos. Lucio volvió a titubear. Súbitamente, el jefe beduino arqueó el pecho hacia delante y

Lucio se sobresaltó al ver que del estómago del hombre surgía de repente el filo de una espada. Lo había matado Néstor.

—¡Despierta, señorito! ¿Es que quieres morir? ¡Es tu vida o la suya! ¡Vámonos! —Néstor, montado sobre un dromedario, le señaló otro sin jinete —. ¿Sabes montarlo?

No fue necesario esperar respuesta, pues Lucio desclavó una lanza de la espalda de un soldado muerto y, usándola como pértiga, dio un brinco sobre el pescante de una carreta, desde donde se encaramó a la silla del animal. Había estado observando a Harith y Arsínoe, y no le fue difícil azuzar a la bestia, que inició la desgarbada marcha tras su congénere, sobre el cual iba Néstor, haciendo tantos esfuerzos como Lucio para no caerse. Enfilaron, tambaleantes, por donde había desaparecido la carreta de Harith. Se cruzaron con varios caballos númidas sin jinete y a punto estuvo Lucio de arrojarse al suelo y cambiar de montura. Controlar aquel animal era endiabladamente difícil, habría preferido montar uno de los caballos númidas a pelo. Se aferró con las piernas a los costados de la silla y palmeó la joroba del dromedario para tranquilizarlo. El animal empezó a galopar con brío.

Siguieron durante un tramo el rastro de las ruedas de la carreta sobre la arena. Néstor hizo una señal con el brazo, indicando un cambio de dirección en el momento en que el dromedario de Lucio aminoraba la marcha y empezaba a berrear. Echando la vista atrás, el joven se percató de que la caravana ya no se veía y de que tampoco había rastro de perseguidores. Intentó tranquilizar a la bestia, sin éxito, palpándole la giba con toques suaves. El dromedario siguió avanzando un rato, ajeno a los esfuerzos de Lucio por controlarlo. El paisaje no había cambiado, solo que los *wadis* por donde se adentraban eran cada vez más angostos. Por fortuna, el animal seguía el oloroso rastro del otro dromedario, que había desaparecido por un pequeño paso entre colinas.

Lucio inspiró profundamente varias veces e intentó serenarse. En pocas horas de diferencia había conocido el éxtasis y el espanto. Siguió respirando para calmar el corazón, que aún le latía con fuerza. Si se tranquilizaba, quizás el animal lo advertiría y se calmaría a la par que él. Cerró los ojos y levantó la cabeza, hinchando el pecho de aire. Oyó un silbido. El destino, como acostumbra, se presentó de improviso. Intuyó lo que anunciaba. Toda su vida se le apareció entonces, durante un segundo de lucidez, sin tiempo para reaccionar. Su alma, suspendida en ese segundo eterno, esperó lo que tenía que llegar. Vio la mortífera flecha, dirigida certera hacia su corazón.

Cayó hacia atrás, sobre la grupa del camello. El cinturón se le quedó trabado en los adornos de la silla y el animal, asustado, echó a correr, arrastrando a Lucio por el polvo y las afiladas piedras durante un tiempo indefinido.

⁎ ⁎ ⁎

Un dolor lacerante le martilleaba las piernas. Abrió los ojos y no se atrevió a mirárselas. Se percató de que sus puños seguían aferrados como garfios al adorno de la silla del dromedario, que se había desprendido. No había rastro del animal. Le costaba respirar y sentía en el pecho un dolor agudo. ¡La flecha! Se palpó el torso con desesperación, ¿se estaba muriendo? Se incorporó, tembloroso. Las piernas estaban en carne viva, con cortes profundos por doquier. En el pecho, la cota de malla estaba rota, y también la túnica, aunque no había sangre. ¿Se habría quedado la punta dentro? Observó huellas humanas a su alrededor. ¡Por todos los dioses! ¿Qué había sucedido? El dolor era insoportable. Tenía el cinturón desabrochado, el pañuelo del cuello arrancado y el *subligar* deshecho. Alguien había estado allí, buscando algo. El pequeño cilindro de madera que llevaba en bandolera, del que nunca se separaba, estaba abierto, con sus dibujos dentro. Sintió una molestia bajo su nalga y al comprobar qué era se encontró con la respuesta: una faltriquera de cuero carmesí, del mismo color de la silla. Estaría colgada en ella y se habría caído junto con los ornamentos. Aún podía estar en peligro, por lo que se arrastró como pudo hacia unas rocas cercanas.

La confusión tardó en desaparecer. ¿Qué era lo que le había impactado en el pecho? Fuera lo que fuese, no lo había herido, pues solo había un gran círculo azulado que se amorataba por momentos. Hizo una tira de tela con el *subligar* y se vendó la herida del muslo que más sangraba. Con el movimiento, algo se le deslizó por el pecho, yendo a caer entre sus piernas. El colgante de piedra negra se había roto por la mitad. Aún llevaba colgada al cuello la otra mitad. Y entonces lo comprendió: la flecha había impactado en el talismán y había rebotado.

El colgante que había pertenecido a la madre de Garza le había salvado la vida. Se recostó sobre un lado y se abrazó a la roca, apoyando la frente en su superficie rugosa, sintiendo el deseo de fundirse con ella, como los dioses egipcios, mimetizarse, reposar. Las lágrimas empezaron a fluir. Estaba cada vez más dolorido y respirar era un esfuerzo. Pero allí estaba, vivo, cuando debería estar muerto. ¿Qué dios se había cruzado en su camino? No, había sido una simple casualidad, la flecha impactó justo donde estaba el colgante,

nada más. Quizás Androgeo estaba en lo cierto y los dioses viven despreocupados de la suerte de los mortales.

A pesar de ello, no pudo evitar cerrar los ojos y dar las gracias, aunque fuera a la diosa Fortuna, por seguir con vida. Cogió la faltriquera y la sopesó en la palma de su mano. Desató el cordelito que la mantenía cerrada y, al abrirla, le deslumbraron los destellos de cientos de pequeñas pepitas de oro. Conque eso era lo que habían estado buscando. Indudablemente, algún inmortal estaba de su parte. Se la ató a la cintura, por debajo del faldellín. Se puso en pie con muchas dificultades; el dolor que sentía en las piernas era extremo. Anduvo hacia el otro lado del camino, que se elevaba sobre una vaguada salpicada de arbustos con flores arracimadas de un amarillo intenso. Continuó avanzando, aún confuso, siguiendo unas marcas en el polvo del camino… ¡Eran las huellas de la carreta! La situación le había hecho olvidar por completo cuál era su misión. Siguió, arrastrando los pies, por un sendero que se iba elevando cada vez más, respirando hondo para no desfallecer, hasta advertir que las huellas viraban a la izquierda y desaparecían. Alzó la vista y la vio. La carreta se había precipitado por el barranco y yacía completamente volcada.

Desanduvo un poco el camino buscando el lugar menos abrupto para descender. El sol estaba declinando y el calor había remitido. Una vez abajo, se acercó lentamente, aguzando todos los sentidos para asegurarse de que no había peligro. No le gustó nada lo que vio. Néstor yacía en tierra, atravesado por una lanza y rodeado de tres beduinos caídos. Marchó hacia él todo lo aprisa que pudo y se encontró con el horror: aún estaba vivo. Su garganta emitía un gorgoteo: se estaba ahogando con su propia sangre. Las últimas ascuas de vida en sus ojos le suplicaban lo más amargo que Lucio pudo imaginar.

Actuó sin titubeos, como su amigo habría hecho por él. Cogió la daga con las dos manos y se la hundió a la altura del corazón. Los ojos de Néstor se cerraron y el ruido de su garganta cesó. Le desclavó la lanza del costado y se sentó a su lado. Se abandonó sumiso a un llanto quedo y blando que duró poco, porque la cólera lo hizo bramar como un animal herido. Su cuerpo temblaba sin control y solo encontró consuelo apoyando la frente y las palmas de las manos sobre la arena caliente. Su amigo había muerto para proteger una carreta llena de sedas, marfil y topacios, para la mayor gloria de la casa de Augusto. Se palpó el faldellín y abrió la faltriquera. Seleccionó una pepita de oro para colocársela a Néstor bajo la lengua.

—Hoy Caronte está de suerte, *mentula* —dijo con una sonrisa amarga.

Los tres asesinos de su amigo yacían alrededor de él. Ellos habían sido los responsables de su muerte.

Recogió la espada corta de uno de ellos y se percató de que aún vivía. Néstor le había rajado el abdomen de parte a parte, y un amasijo de intestinos le sobresalía por un costado. Sus ojos no pestañeaban, pero seguían los movimientos de Lucio anegados de pánico, hablándole con un silencio que el joven comprendía, pero que no quiso escuchar.

—¿Has sido tú quien lo ha matado, perro? ¿Con qué mano? ¿Con esta?

Lucio descargó la espada y le cortó la mano derecha de cuajo. El hombre gimió con un hilo de voz, que se extinguió cuando sintió el golpe sobre la otra muñeca. Sus ojos seguían fijos en su verdugo, implorando que la rabia hiciera el resto. No le importó entonces a Lucio mirar a su víctima a los ojos, ovinos y desvaídos, mientras lo agarraba de los cabellos para rebanarle la garganta. La sangre beduina se mezcló con la que manaba de sus propias heridas y no sintió ningún consuelo en la venganza, solo la impotencia ciega de aquel a quien sólo le resta el único recurso de la muerte.

No pudo hacer más por su amigo; quizá Néstor no habría deseado aquella venganza. Pero un hombre hace lo que debe. Ni siquiera los inmortales actúan con compasión.

—¡Ayuda! ¡Por los dioses de tu familia, seas quien seas, acércate!

¡Harith! Lucio se incorporó y se dirigió hacia el lugar de donde procedía la voz. Fue hacia la carreta y allí lo encontró, con las piernas atrapadas por el pértigo. Uno de los caballos estaba muerto y el otro todavía se tenía en pie.

—¡Lucio, muchacho, hoy los dioses se han acordado de mí! Pensaba que mi cuerpo iba a ser pasto de alimañas.

Lucio se arrodilló a su lado y el árabe profirió una exclamación al contemplarlo. En un rostro cubierto de sangre y polvo relampagueaba la ira en el mar tempestuoso de sus ojos color índigo. Las lágrimas habían abierto surcos verticales en sus mejillas, como una siniestra pintura de guerra. Reprimiendo los sollozos, le contó a Harith lo que acababa de hacer.

—No te aflijas, hijo, has hecho lo correcto. Ahora no puedes venirte abajo; debemos darnos prisa, pueden venir muchos más. —Harith señaló con la cabeza hacia los caballos—. Néstor pudo desengancharlos antes de que llegaran esos tres y nos atacaran. Un caballo ha salido bien librado, el otro se rompió las patas en la caída y tu amigo lo sacrificó.

Lucio acercó el caballo y le ató una cuerda. Después Harith le pidió que mirara dentro de la carreta, pues no había noticias de Arsínoe y Xian. Se asomó y, en efecto, allí estaban. Arsínoe yacía boca abajo, sin signos de vida,

y Xian estaba sentada en cuclillas, a su lado, con los ojos ausentes. Ni siquiera se sobresaltó al verlo. Cuando se acercó para comprobar si Arsínoe respiraba, de forma inesperada la joven se dio la vuelta y lo hirió en la mejilla con una astilla de madera que escondía dentro del puño cerrado. Lucio, que aún no había recuperado por completo el control sobre sí mismo, la abofeteó con tal furia que Arsínoe perdió el conocimiento.

Xian tenía una contusión en la parte derecha de la frente. Entre los dos dispusieron unos sacos mullidos donde colocar a Arsínoe hasta que se despertara. Pudo liberar a Harith con la ayuda del caballo. Estaba bien, solo algunos rasguños, pero le costaba caminar. Quien no estaba bien era él. El dolor que sentía en las piernas era intolerable, y el tajo de la mejilla profundo. Sin embargo, no podía quedarse allí; debía localizar la caravana, o lo que quedase de ella, y pedir ayuda.

Harith, tendido a la sombra de la carreta, rasgó una parte de su vestimenta de algodón para que Lucio pudiera vendarse las heridas de las piernas, que habían vuelto a sangrar profusamente después del esfuerzo realizado.

—Néstor ha luchado como un héroe. Me encargaré de su familia. En cuanto a ti… —Harith estrechó la mano de Lucio y escrutó el rictus de dolor reflejado en su rostro—, estoy en deuda contigo, amigo. Te recompensaré como mereces.

—Queda poco tiempo de luz, el sol pronto se pondrá por detrás de las montañas y llegarán los chacales. No podemos quedarnos aquí, debo ir a buscar ayuda.

Lucio montó el único caballo vivo. Harith le aseguró que no estaban lejos de la caravana. Avanzó hasta donde lo habían atacado y pensó que lo más conveniente era subir a un lugar alto para orientarse. El caballo estaba exhausto, ya que había perdido mucha sangre por la herida de la grupa. La luz declinaba por momentos, descabalgó dispuesto a hacer la ascensión a pie. Eligió una loma con una pendiente suave pero larga que se alzaba por encima de los cerros circundantes. A media subida empezaron los mareos, las fuerzas iban menguando. En la arena vio los rastros zigzagueantes de las serpientes que salen al crepúsculo y en el cielo la silueta de los buitres. Aquellos parajes, por los que había deambulado tan confiado durante meses, le parecían ahora sombríos y funestos.

Aun así, debía seguir avanzando, arrastrando un pie detrás de otro, llorando por su amigo muerto ante un horizonte acuoso que le hacía imaginar las olas de un mar azul y un río rojo. A cada paso, el sufrimiento le impedía pensar y los sentidos lo engañaban. Le pareció oler, cálido y mohoso, el

aroma de la bodega de su casa. A pocos metros de la cima, se dejó caer. Reptó hasta arriba y oteó el horizonte. Allí estaba.

Como era de esperar, la caravana se había fortificado. Alrededor de ella se había cavado el foso defensivo correspondiente y se habían clavado las estacas. Se disponían a pasar la noche. Unos hombres cavaban fosas para los cadáveres mientras otros encendían hogueras. ¿Por qué no habían ido aún en su busca? Quizás habrían llegado ya hasta donde estaba Harith. La luz del día se escapaba y en el cielo afloraban las primeras estrellas.

¡Fuego! Sí, debía hacer fuego, desde allí arriba sería visible y llamaría la atención de la caravana. Sacó su piedra yesquera del cilindro que llevaba en bandolera, del que nunca se separaba. Miró a su alrededor en busca de combustible. Se desvendó las piernas y amontonó la tela ensangrentada. Arrancó una mata seca que quedaba al alcance de su mano, hiriéndose con las espinas, y colocó las ramas sobre el tejido, añadiendo por encima algunas hebras deshilachadas de las vendas. Extrajo del cilindro una bolsita con hojas secas de hierba yesquera y dispuso algunas. Entrechocó las piedras varias veces y una chispa prendió. Sopló con cuidado, comprobando que los hilos fueran un buen combustible, y siguió deshilachando tejido. El fuego cobró fuerza y prendió en la tela. Pero no era suficiente. Se quitó el *subligar* y lo echó a las llamas. Y el pañuelo del cuello. Él solo no podía quitarse la cota de malla, así que empezó a hacer jirones del pedazo de túnica que sobresalía por debajo del faldellín.

Solo le quedaba una cosa por quemar: sus dibujos. Abrió el cilindro y pensó por cuáles empezaría. ¿Los dibujos de Roma o los de Egipto? Sin dudarlo, echó Roma al fuego y guardó lo demás. Las lenguas azules lamieron los rollos, que se enroscaron y crujieron antes de carbonizarse.

Tendido al lado de la fogata, se le empezó a nublar la vista. Se iba. En una de las rodillas, parte del hueso había quedado expuesto. No tenía nada con qué limpiar la tierra que le rebozaba las heridas sangrantes. ¿Nada? Entonces le vino a la memoria algo que le había visto hacer a Barkal alguna vez. Por fortuna, tenía la vejiga llena. El escozor de los orines sobre las heridas de las piernas lo hizo gritar. Se acurrucó junto a la lumbre y se entregó, dócil, a las Hijas de la Noche. Nadie podía burlar a la muerte dos veces en el mismo día y salir indemne.

Imaginó su vida como aquellos papiros nuevos que acababa de echar al fuego, sin tiempo de amarillear. Un efímero chisporroteo en la bóveda celeste. Combustible del olvido. El cielo se oscureció y la noche cayó sobre la tierra con la violencia de un crepúsculo de sangre coagulándose en el horizonte.

28. ESPÍA Y TRAIDOR

Hydreuma de Compasi

Los heridos graves descansaban sobre camastros de paja en las dependencias más frescas del fortín, al lado de la cisterna. La caravana reposaría allí dos jornadas más, tiempo suficiente para rastrear y eliminar a los bandidos blemios que la habían atacado. Con la ayuda de palomas mensajeras, se había puesto en alerta a la cadena de fortines que jalonaban la ruta, desde donde llegarían refuerzos ese mismo día.

La habitación carecía de puerta; sin embargo, una liviana cortina de fibras vegetales evitaba la entrada de moscas. Lucio dormía pesadamente bajo una manta. A su lado, el médico, un sujeto de piel cetrina y espeso cabello blanco, le cerraba los ojos a un cadáver. En el aire flotaba el olor metálico de la sangre.

La cortina se levantó y apareció una joven menuda vestida de rojo. Era Xian. Harith se apoyaba en ella y en una muleta para poder caminar. Xian se tapó la boca y la nariz con la palma de la mano.

—¡Qué honor, noble Harith! ¿A qué se debe tu presencia aquí? —preguntó el médico inclinándose. Su voz sonó impostada y servil.

—Quiero ver a ese soldado —dijo Harith señalando a Lucio.

El médico levantó la manta. En el pecho presentaba un enorme redondel cárdeno y las heridas de las piernas estaban cubiertas de una pasta blanca y verdosa. Tenía los labios agrietados y su rostro se agitaba a veces con espasmos. Nadie le había lavado la cara ni los brazos, todavía cubiertos con sangre propia y ajena.

—¿Qué es ese ungüento? —preguntó Harith.

—Moho de cerveza —respondió el médico mientras miraba con curiosidad a Xian.

—No será suficiente si las heridas son profundas. Retírale la pasta ahora mismo y ponle bálsamo de mirra —habló Harith, con el tono de quien está acostumbrado a mandar.

El médico sonrió y dijo con rictus displicente:

—¿Bálsamo de mirra? ¿Y de dónde lo saco? ¿Crees que soy Antonio Musa, el médico imperial? Pompilio lo tiene a buen recaudo y solo puedo usarlo con él mismo y sus oficiales. Es demasiado caro.

—¿Eso dice? Me consta que se destina dinero suficiente para cubrir todas las necesidades de la caravana. Escúchame: me voy a llevar a este hombre, a partir de ahora queda bajo mi responsabilidad.

—No puedes hacer eso. Yo soy el oficial médico y me encargaré yo.

—De este no. Lo cuidará mi esclava, y apuesto a que lo hará mucho mejor. Haz que lo saquen al pórtico, aquí dentro no sobreviviría ni una rata. Y mejor harías sacando a todos los demás —dijo Harith.

—Se hará como tú digas. Pero no es bueno que los moribundos estén a la vista de los demás soldados. —Se acercó a Harith y masculló, en voz más baja—: Les da mal fario y se ponen mustios.

Los ojos de Harith se ensombrecieron. De su turbante dejó caer el pliegue que le tapaba el rostro y el médico dio un paso atrás. La perilla puntiaguda y su mirada oscura conferían al árabe un aire siniestro a la luz de las antorchas.

—¡Indigno servidor de Esculapio! —exclamó Harith—. El respeto que muestras por los heridos debería estar en consonancia con el valor que ellos demuestran en el campo de batalla.

Lucio fue acomodado en la zona norte del pórtico del fortín, a resguardo del sol, sobre un lecho de paja limpia y una piel de oveja. En el centro del patio se hallaba el pozo, cuyas paredes habían sido consolidadas por los ingenieros con piedra y ladrillo. Como cada día, la cisterna situada en el ángulo noroeste del pórtico había sido llenada para el uso cotidiano. Una hilera de soldados se afanaba en transportar agua en pellejos hasta los abrevaderos situados en el exterior. El martilleo de los herreros no cesaba, había que reparar cuanto antes las armas y todos los pertrechos.

Xian llenó un cubo y se aplicó en asear a Lucio. Le limpió la frente, las sienes, los párpados, se detuvo en observar la nariz recta y la mandíbula bien marcada. Todo parecía cincelado en aquel rostro cuya única concavidad era el hoyuelo de la barbilla. Lo afeitó con habilidad, aprovechando la quietud de su sueño profundo. Cuando acabó, le acarició la herida que Arsínoe le había infligido en la mejilla y se la besó. Harith trajo una jarrita de cerámica con bálsamo de mirra y Xian se lo aplicó. Entre ambos lo envolvieron en un lienzo limpio.

La chica le lavó el pelo con su ración de agua de beber. Le gustaban sus rizos, porque ella venía de una raza de pelo lacio. Tan absorta estaba que se sobresaltó cuando un soldado colocó al lado de Lucio un hato con sus pertenencias.

Durante todo el día, Harith y ella se turnaron para atender a Lucio y a Arsínoe, que sufría un fuerte dolor de cabeza debido a la contusión recibida.

En una de las ocasiones que Harith estuvo con Lucio, el árabe reparó en el hato. Lo abrió. En él estaba la ropa, un volumen de un autor llamado Marco Vitruvio Polión, una bolsita de cuero y un cilindro de madera que llamó su atención. Desencajó la tapa del cilindro y sacó los dibujos, casi todos ellos de monumentos egipcios excepto uno, que parecía el armazón de un barco. También había cartas, algunas escritas por Lucio y nunca enviadas. El enfermo empezó a agitarse y a pronunciar palabras inconexas. Su cuerpo tiritaba, la fiebre estaba subiendo.

—Bien, bien —dijo Harith—, el bálsamo hace su efecto. Ahora debes luchar por tu vida, hijo.

Se desprendió de su manto y lo cubrió con él. Al cabo de un rato, Lucio empezó a delirar:

—¡Lug, tú también eres del clan del Lobo! Hice lo que pude, Barkal… —gritaba y giraba la cabeza de un lado a otro.

—Ssshh, Lucio, tranquilo, muchacho, estás a salvo —le susurró Harith cerca de su oído.

Volvió a meter dentro del cilindro los dibujos. En cuanto a las cartas, no pudo evitar la tentación de leerlas. Lucio se fue calmando. El patio bullía de agitación pero nadie parecía reparar en él. De una bolsita que llevaba al cinto sacó unas hojas secas. Se las metió en la boca y empezó a masticarlas lentamente, y así pasó un buen rato, pensativo.

Llegó Arsínoe apoyada en Xian. Lucio volvía a estar muy agitado, deliraba y gritaba, a veces abría los ojos, pero no veía a ninguna de las personas que lo rodeaban. Solo se calmó cuando el sol empezó a decaer y cesó el golpeteo de los herreros. Un perro del desierto, de pelaje anaranjado y largas orejas, atravesó furtivamente el patio y se detuvo ante ellos, espulgándose. Avanzó hacia Lucio, asustadizo, y se echó a sus pies.

—Sobrevivirá —dijo Arsínoe cuando lo vio—. Nuestro señor Gebtiu vela por él.

Con la mirada perdida, Harith pensó en voz alta:

—Mis hijos varones son afeminados como los eunucos del gineceo en el que se criaron. Y tú sigues sin encontrar marido.

—¿A qué viene eso ahora, padre?

El árabe movió la cabeza y se puso en pie con mucha dificultad, apoyándose en sus muletas.

—Nada, hija, nada. Desvaríos de viejo.

* * *

Dos veces cruzó la luna el patio del fortín. Aún no había amanecido el tercer día cuando la caravana se dispuso ya a partir hacia Coptos. Los hombres estaban deseosos de dejar atrás el desierto y llegar al valle. La ciudad se hallaba solo a noventa millas, unas cuatro jornadas de viaje.

Pompilio se paseaba por entre las carretas y las acémilas dando órdenes. Un soldado se le acercó y habló con él. Entró en el fortín y se dirigió hacia donde estaba Lucio, el cual yacía aún en el mismo sitio. Xian, que le sostenía la cabeza sobre su regazo, dormitaba. Pompilio cogió el hato con sus pertenencias y lo examinó. Sacó la bolsa de cuero y la sopesó en la palma de su mano. Se aseguró de que Xian seguía dormida antes de abrirla. Miró el contenido y, con un rápido vistazo a su alrededor, comprobó que todos estaban atareados, cada cual en su cometido. Se ató la bolsa al cinto, cuidando que quedara oculta por el manto.

Divisó en la puerta de los almacenes al oficial responsable del fortín, que supervisaba el aprovisionamiento de víveres. Se dirigió hacia él para entablar conversación.

—Ave, Secundino. ¿Querías hablar conmigo?

—Sí. ¿A qué viene esa cara? ¿Acaso te molestan las almorranas? —bromeó entre carcajadas—. Quería hablarte sobre el legionario que lleva dos días en el patio. El protegido de Harith el Hadramí.

—Precisamente acabo de verlo —dijo Pompilio.

—¿Ha muerto ya? Lo vi ayer noche y a punto estuve de ponerle el óbolo bajo la lengua. No durará mucho.

—Verás, Secundino, ese tipo me ha dado mala espina desde el principio. Es un cachorro de la clase ecuestre que renunció a un cargo suculento en Alejandría para venir al desierto. Lo he estado observando y no ha hecho más que lamerle el culo al árabe. Lo elegí como su escolta para ver cómo se comportaba. —Pompilio se arrebujó en su manto rojizo. Los amaneceres eran fríos.

—Ni Harith ni su esclava se han separado de su lado en todo este tiempo. Y también viene a verlo a menudo un legionario egipcio —observó Secundino.

—Sí, Djedi, todo un personaje. Tiene mucha ascendencia entre la tropa. Me preocupa ese Lucio Celio.

Pompilio se acercó a Secundino y le dijo en voz muy baja:

—Me huelo que es un espía.

—¿Un espía? ¿De quién? —El oficial acercó el oído a la boca de Pompilio, como una comadre entrometida.

—¡Qué sé yo! —Pompilio, cuyas orejas empezaban a enrojecer por el frío, se sonó la nariz con los dedos y agitó la mano para librarse de la mucosidad, que se estrelló en el empedrado del patio. Se limpió la mano en el manto—. Buen luchador, muy hábil con la espada, culto y educado en extremo… Solo le ha faltado recitarnos a Terencio cítara en mano. Me pregunto por qué no vino a la caravana cuando encontró a Harith. Piénsalo, subió a un cerro e hizo señales de humo. ¿Y si estuviera conchabado con los beduinos?

Secundino lo miró con seriedad, valorando sus palabras. Pompilio siguió aportando razones:

—Hasta la hija de Harith le hace ojitos. Me huelo que ha venido aquí para granjearse la amistad del árabe y de su hija. Ya sabes que Harith trata con Augusto de tú a tú, tiene acceso directo a él.

—Entiendo. Sin embargo, está más muerto que vivo, yo no me preocuparía.

—Pero ¿y si sobrevive? Puede atentar contra Harith, ya sabes cómo se arreglan las cosas en Alejandría. Hay unos cuantos que se beneficiarían mucho si Harith deja de controlar el comercio a la India. Lucio Celio es uno de mis hombres; si le pasa algo a Harith yo acabaré criando malvas. Créeme, Secundino, nuestro deber es quitarlo de en medio. No nos podemos arriesgar. Si es un espía, como creo, nadie lo reclamará.

—Oye, hermano —respondió Secundino, algo nervioso—, a mí no me metas, eso es asunto tuyo, yo solo soy el responsable de esta cochiquera. No tengo nada que ver con él. Además, no tienes pruebas. Si hubiera querido matar a Harith lo habría hecho ya, ha tenido varias oportunidades.

—No tengo pruebas de que sea espía, pero sí de que es un ladrón.

El oficial lo miró con impaciencia.

—Explícate. Ya estoy perdiendo mucho tiempo en esta cuestión.

—Entre sus cosas he encontrado una bolsa con pepitas de oro. Una fortuna. —Pompilio levantó un poco el manto para que se viera la bolsa—. Ya sabes qué se hace en Egipto con los legionarios ladrones.

Secundino lanzó un suspiro y miró fijamente a Pompilio antes de manifestar:

—Vaya, eso cambia las cosas… De acuerdo, mitad y mitad, yo me encargo de todo. No se hable más —sentenció Secundino—. Seamos discretos, ahí viene el árabe.

Harith cojeaba todavía, pero caminaba erguido y sin ayuda. Se acercó hacia donde estaban Pompilio y Secundino, y los saludó.

—Confiaba en que Lucio Celio pudiera viajar con nosotros. Le debo la vida a ese hombre. No pierdo la esperanza de que se recupere —dijo Harith. Los tres caminaron hacia donde estaba Lucio. Djedi y Arsínoe estaban junto a él, despidiéndose.

—Descuida, noble Harith. Yo mismo me haré cargo —intervino el oficial, cruzando miradas con Pompilio.

—Hay algo entre sus pertenencias que querría llevar conmigo, es demasiado valioso como para dejarlo aquí —pidió Harith.

Secundino carraspeó y cruzó los brazos.

—No es necesario, Harith, yo me responsabilizo de que sus cosas lleguen a su familia, no faltará nada en absoluto, tienes mi palabra —afirmó Pompilio, pasándose el dorso de la mano por la nariz, que le seguía goteando.

—Insisto, Pompilio. Si se llegase a recuperar, decidle que yo lo conservo.

—Y, ¿de qué se trata? —preguntó Secundino con una sonrisa forzada.

—Es un cilindro de madera que contiene unos dibujos.

—¿Un cilindro de madera? Está bien, puedes llevártelo —dijo Pompilio —. El médico no tiene muchas esperanzas de que sobreviva.

Los tres dirigieron la mirada hacia el camastro de Lucio. De repente, pareció que su cuerpo se agitaba y, de debajo de la manta, salió una cabeza peluda con dos largas orejas.

Una hora más tarde, la caravana se alejó, dejando a Lucio en la mejor de las compañías.

29. BERENICE PANCRISIA

Berenice Pancrisia
Estación de *Peret* (siembra)
6 d. C.

—¡El siguiente!

Lucio entró caminando, apoyado en dos bastones. Las heridas de las piernas aún no se habían curado por completo y el largo viaje a pie por el desierto lo había consumido. Publio Celere, el prefecto de las tropas destinadas en las minas de oro de Berenice Pancrisia, tenía ante sí a un hombre extenuado. El pelo largo y ensortijado le enmarcaba el rostro, quemado por el sol. La barba desaliñada y una cicatriz en la mejilla endurecían su mirada de acero. Vestía la misma ropa con la que partió del fortín de Compasi hacía más de un mes y llevaba las piernas vendadas con trapos.

—Soy Publio Celere, prefecto de este campamento. Preséntate, legionario, antes de que lea tu informe. Nombre, unidad y razón por la cual te han enviado.

Se tomó su tiempo para contestar. Observó la pulcritud del despacho: decenas de volúmenes administrativos apilados en las estanterías, la madera reluciente y bien aceitada, la ropa inmaculada del prefecto y sus uñas limpias y cuidadosamente recortadas. Poseía las manos de alguien acostumbrado a empuñar un cálamo y no un arma. La estancia era un oasis en aquel lugar remoto y polvoriento.

—Necesito sentarme.

—Necesito sentarme, *señor* —añadió Publio—. Que estemos en el desierto no significa que debamos olvidar las normas elementales de respeto a un superior. El primer escalón de una vida decente es el orden. Ahí tienes un escabel, legionario. Sigo sin saber quién eres.

Lucio tomó asiento. Sentía aún tirantes las cicatrices y, a veces, sus rodillas le fallaban cuando se quedaba inmóvil. Le dirigió al prefecto una mirada adusta y habló:

—Se presenta el legionario Lucio Celio, de la cohorte mixta que custodiaba la caravana de Harith el Hadramí. Mi superior es Mamerco

Pompilio.

—¿Por qué estás aquí, Lucio Celio?

—Cuando la cohorte partió hacia Coptos yo estaba inconsciente debido a las heridas recibidas en combate. El tribuno del campamento de Compasi me comunicó que se me enviaba aquí por ladrón —Lucio hizo una pausa—, *señor*. Todas mis pertenencias desaparecieron. Supongo que me dieron por muerto antes de tiempo.

«Mis dibujos, los amuletos de mi madre, el volumen de Vitruvio, la manta que me tejió Harmonía…». No tenía nada y su aspecto era el de un mendigo miserable.

—¿Y qué es lo que robaste? —preguntó Publio Celere.

—Absolutamente nada. No soy un ladrón. Me educaron en el ejercicio de la honradez —su voz expresó una ligera vacilación, que solo él advirtió— y la justicia.

—El oficial de Compasi estaba obligado a decirte en qué pruebas se basaba esa acusación.

—Y así lo hizo. Mientras los beduinos nos atacaban, la carreta donde iba Harith el Hadramí salió de estampida. Otro legionario y yo partimos tras ella. Las monturas que estaban a nuestro alcance eran dos dromedarios beduinos. En el desierto recibí un proyectil y el animal me arrastró. Desperté inconsciente, agarrado aún a los arreos de la bestia. Entre ellos hallé una faltriquera llena de pepitas de oro. La guardé y después los hechos se precipitaron.

—Claro, tú no querías, pero te la encontraste en las manos. En ese caso sería un botín de guerra del cual estabas obligado a informar.

—¡No hubo tiempo! Cuando me encontraron ya había perdido la consciencia; al cabo de tres días la caravana se marchó y yo aún seguía debatiéndome entre la vida y la muerte. Mamerco Pompilio decidió que yo era un ladrón sin haberme escuchado. ¿Es esa la justicia romana de la que estamos tan orgullosos?

—Mamerco Pompilio, ¿eh? Bien, he oído bastante. Retírate. Aséate y ve al *valetudinarium* a que te acaben de curar. Necesito personal fuerte y sano. Mañana se te comunicará tu cometido aquí. Eres un convicto, sí, pero sigues perteneciendo al ejército, y tu aspecto debe ser el de un legionario, eso te hará creer que aún posees la dignidad que has perdido.

—Pero… ¡Se ha cometido un error! ¡Soy inocente! —Lucio se había puesto en pie, apoyando las palmas de las manos en la mesa del prefecto.

—¡Que pase el siguiente!

—¡Señor! —Lucio dio un puñetazo en la mesa—. ¡Exijo justicia!

—¡A mí la guardia! —gritó Publio. Entraron dos hombres—. Lleváoslo, y aseguraos de ponerlo en condiciones antes de enviarlo al calabozo.

Varias horas más tarde, ingresaba en una celda mucho más limpia que cualquiera de los campamentos en los que había estado. Se cruzó en el pasillo con un sujeto bermejo y lenguaraz. Le era muy familiar, y sin embargo no acertaba a averiguar dónde lo había visto. Al cabo de un rato llegó un médico para examinarlo. Le aplicó ungüentos, le vendó las heridas y le aconsejó que comiera todo lo que le llevaran. Lo proveyeron de ropa limpia y lo afeitaron. No le pesó el día y la noche allí transcurridos, pues pudo descansar la mente y el cuerpo después de la tremenda travesía a pie por el Dodecasqueno, el protectorado romano que actuaba de frontera con el reino nubio de Meroe y donde se hallaba la antigua Akita, conocida entonces como Berenice Pancrisia, la Ciudad del Oro.

Había sido un viaje interminable. Desde Coptos, el grupo de convictos había descendido en faluca hasta Syene para después seguir a pie por la orilla del Nilo con el fin de evitar las temibles cataratas, zonas de rápidos donde las barcas se hacían astillas contra las rocas graníticas. A medida que avanzaban hacia el sur, los palmerales y los campos de cultivo que bordeaban las riberas se fueron estrechando hasta que la arena del desierto y las moles de piedra dominaron el paisaje. Tras sobrepasar la ciudad de Talmis, a la altura de la antigua fortaleza de Baki, se abría la boca de un gran *wadi*. Los guías beduinos le explicaron que en Baki se almacenaba y se fundía el oro transportado desde las Montañas Cristalinas por el *wadi* que se disponían a remontar. Lucio nunca había contemplado un edificio tan magnífico, construido enteramente con ladrillos crudos. Las murallas tenían la altura de cinco cuerpos de hombre, estaban precedidas de un foso gigantesco y a ambos lados de la puerta se alzaban formidables bastiones.

El desierto allí era mucho más seco: escaseaban las acacias, había poco rastro de fauna y mucho menos de pozas. Únicamente podía encontrarse agua de forma subterránea, unos metros por debajo de sus pies. A veces, el paisaje se volvía tan falto de vida que les parecía haber ingresado en el Tártaro. En las montañas, cuando el camino se hacía incierto, contaban con los *alamat*, montículos cónicos de piedra seca, esfinges petrificadas quizás en la edad de los gigantes, cuando los hombres todavía no eran ni una sombra en la mente de los dioses aún por nacer.

Sin embargo, aquellas tierras habían sido holladas desde muy antiguo, pues de vez en cuando aparecían sobre las rocas inscripciones jeroglíficas y,

por encima de todas ellas, el omnipresente halcón. Ante él, Lucio musitaba alguna oración en voz baja, rogándole que arrojara luz sobre su inocencia. El dios de fuertes garras sabía que él no era un ladrón. Lo sabía, aunque —se atormentaba Lucio— lo más probable era que no le importase.

Solo una cosa le reprochaba a Androgeo: haber sembrado en su mente el desasosiego. Es fácil afirmar que no podemos contar con los dioses cuanto tienes una vida plena. Sin embargo, la rueda de la fortuna es caprichosa y puede llevar a un hombre inocente a la desgracia. ¿Qué es el hombre?, se preguntaba miles de veces en las noches interminables en las que el frío le impedía conciliar el sueño, ¿acaso un muñeco de trapo en manos de un destino voluble, un guijarro zarandeado por la corriente? Lejos de caer en la desesperanza, se hizo el firme propósito de escribir a Pompilio en cuanto llegara a Berenice. Todo era un tremendo error y acabaría por corregirse. Él no era un ladrón, todos sus compañeros lo apoyarían. Todos menos el bueno de Néstor.

Había iniciado aquella travesía solo con la ropa que llevaba puesta. Tuvo que acostumbrarse a vivir sin nada, por lo que aprendió a no desear ni pedir. Si tenía frío, pasaba la noche acurrucado entre los asnos; si tenía hambre, esperaba pacientemente su ración de comida, que degustaba despacio y masticaba mil veces. Sorbía su ración de agua lentamente, como si se tratase del vino más preciado de la bodega de Lúculo. En el desierto abundaban los cactus con cuya pulpa se curaba las heridas. Por primera vez fue consciente de que crecer en el campo lo había convertido en una persona austera, hábil y resistente.

Apenas había llegado, lo habían mandado al calabozo. Debía frenar su lengua e idear una estrategia. Hablaría de nuevo con el prefecto, conseguiría que lo escuchara. Celere era un hombre de orden y parecía honesto. Resolvió que llamaría su atención cumpliendo a rajatabla con su trabajo y no volvería a perder los nervios en su presencia.

En la celda había una repisa de piedra a modo de camastro y unas mantas cuidadosamente apiladas. Lejos de ser un refugio de chinches, parecían recién lavadas. También el cubo del rincón, dispuesto para las necesidades corporales, estaba vacío y limpio cuando llegó. La comida era abundante. Dentro de su desgracia, había tenido suerte.

Debía convencer al prefecto de que le permitiera escribir una carta a Harith. Disponía de algunos meses hasta la próxima caravana. Era invierno y los monzones de verano empezaban a mediados de julio. Un mes antes,

Harith y Arsínoe estarían ya camino del mar Rojo. Les escribiría y, si todo iba sobre lo previsto, en verano estaría ya libre.

⁎ ⁎ ⁎

Una semana después, algo más recuperado por la comida abundante y el descanso, un legionario joven de mirada huidiza fue a buscarlo casi de madrugada para pertrecharlo convenientemente e indicarle su puesto de trabajo. Al salir del campamento, contempló el lugar con calma. La ciudad de Berenice Pancrisia estaba organizada alrededor de una gran calle central y otras dos paralelas más estrechas. Por doquier había restos de paredes derruidas, túmulos con inscripciones, estelas decoradas partidas en pedazos y decenas de molinos de piedra fragmentados, usados por los antiguos prospectores.

Cerca de la ciudad vieja, convertida en una aldea de presidiarios, dos fortines de piedra controlaban el paso del *wadi*: uno estaba recién construido y albergaba el campamento romano y el otro parecía mucho más antiguo. Ambos eran cuadrangulares, con torres de defensa en los ángulos y en la entrada.

Los romanos se tenían que conformar con las migajas de una explotación aurífera que antaño había proporcionado toneladas de oro a Egipto. No en vano, el nombre egipcio del oro, *nub*, servía para denominar la región: «Nubia». Mientras caminaban por un *wadi* secundario, Lucio interrogó al soldado sobre su estatus:

—Estoy destinado aquí con mi unidad. Cada nueve meses nos relevan, pertenezco a la Tercera Cirenaica.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó Lucio con la más amable de sus sonrisas. Pero el soldado se rascó el pelo, ralo como el plumón de un polluelo, lo miró de reojo y calló. Él insistió.

—Yo también soy de la Tercera. Formo parte de una patrulla del desierto oriental. Me acusan injustamente de robo y por eso estoy aquí. Espero poder aclararlo todo bien pronto. Me llamo Lucio Celio, soy hispano, de la colonia Barcino.

El soldado habló haciendo caso omiso a Lucio:

—Mi deber es explicarte que aquí hay dos clases de personas: los soldados y los convictos. Dentro de los convictos hay soldados romanos y naturales del país. —Mientras hablaba, la nuez, muy prominente, se le movía arriba y abajo como un topo atrapado—. Los egipcios trabajan el mineral y los romanos convictos los vigilan. Los soldados nos ocupamos del último

paso del proceso: separar las pepitas de oro de la arenilla de cuarzo. Además, patrullamos el desierto y transportamos los convoyes con el oro hasta la fortaleza del valle, donde se funde, porque aquí no habría madera suficiente.

Llegaron a una explanada donde, bajo unas lonas, decenas de ancianos, mujeres y niños machacaban piedra sobre unas losas.

—Pero ¿dónde están los hombres? ¿Es que también castigan a las minas a los niños y a las mujeres? —preguntó Lucio, sorprendido por aquella estampa.

—Aquí envían a familias enteras que no pueden pagar sus deudas. Los hombres trabajan en las galerías, desprendiendo los bloques de cuarzo aurífero, y los jóvenes los arrastran hasta el exterior para darles el primer machacado. Cuando están reducidos a piedras más pequeñas, se traen aquí para acabar de molerlos.

En efecto, un reguero de hombres cargados con pesados cestos descendía disciplinado la montaña. Alrededor de los ancianos y las mujeres, varios legionarios convictos, armados únicamente con un látigo, se aseguraban de que todo el mundo trabajara.

—Toma. —El legionario le alargó un látigo—. Si tienes dudas, pregunta al centurión. Cuando se ponga el sol, él te indicará dónde duermes.

La desolación volvió a teñir su alma de negro. Habría preferido picar piedra desde el amanecer al ocaso, reptar por galerías y tragar polvo antes que dar latigazos a aquella pobre gente. Observó a sus compañeros. ¿Qué historia escondería cada uno de ellos? ¿Habría algún inocente, como él? Algunos llevaban la crueldad pintada en su rostro, y no dudaban en hacer restallar el látigo en la espalda de una anciana; otros se limitaban a gritar y a dar alguna patada. ¿Cuánto tiempo llevarían allí? Sintió que la mente se le enfangaba como una ciénaga.

—¡Eh, tú! ¿Quién eres? —le preguntó un legionario, fuerte e hirsuto, con las piernas arqueadas de quien ha cabalgado desde niño.

—Lucio Celio, ¿y tú?

El bruto miró a los demás, que se acercaban curiosos.

—¡Un novato! Habrá que darle la bienvenida, ¿no es así?

Todos rieron a carcajadas menos Lucio, quien a duras penas pudo dibujar una sonrisa. Sabía a lo que se referían. Era el más joven de todos ellos y no supo si eso lo ayudaría o lo perjudicaría. Deseó que existieran los dioses infernales y la tierra se lo tragara. Una imagen se coló, caprichosa, por una rendija de su mente y recordó el día que conoció a Garza, en el sacrificio a Terminus, cuando creía que la sangre y la miel de la ofrenda empaparían el

suelo y gotearían sobre la torta de pan que Dis Pater comía en su morada subterránea. Miró al suelo y le dirigió una súplica.

⁎ ⁎ ⁎

Por la noche, algunos de sus compañeros llegaron borrachos de la cantina. Él daba vueltas en su camastro hacía horas. Se preguntó de dónde sacaban el dinero. Rodearon su jergón. Resistirse solo empeoraría las cosas, eran demasiados. Pero tampoco se lo iba a facilitar, así que decidió desafiarlos.

—Venimos a darte la bienvenida, compañero —dijo una voz grave cerca de su cabeza.

Lucio se puso en pie lentamente dirigiéndoles la más hosca de sus miradas. Era consciente de que la cicatriz de su cara confería a su expresión una aspereza que imponía respeto, y más tratándose de un convicto. Se sintió otra persona, alguien que vivía una vida diferente a la del Lucio Celio que había sido hasta entonces.

—Aquí me tenéis. De vosotros depende tenerme como amigo o como enemigo.

—Te gusta la cháchara… ¡Desnúdate! —El de la voz grave era el individuo bermejo con quien se había cruzado en el calabozo. Y entonces lo recordó: ¡era Rufulus! Lo había visto en el patio de Nicópolis, el campamento de Alejandría, cuando un grupo de convictos partían para Berenice. Néstor no le había dado buenas referencias de él: era pendenciero y reacio a obedecer, por lo que se pasaba media vida encerrado.

—No me voy a desnudar. Soy un hombre de honor. Respetadme y os respetaré.

—Pues el honor se te va a caer al suelo, ¡como los cojones! —gritó Rufulus.

Entre todos lo agarraron y lo pusieron boca abajo sobre el suelo. Rufulus se sentó a horcajadas sobre él, entre las risas y las chanzas de los demás. Lo agarró del pelo y le susurró al oído:

—No te voy a violar, *mollis*, aunque sé que lo estás deseando. Te voy a dejar escoger lo que más te guste. ¿Prefieres meneármela con la mano o con la boca?

Deseó morir. Estaba dispuesto a renunciar al tiempo que le restaba de vida con tal de no pasar por aquel trance. No lo haría, aunque lo mataran a golpes.

—¡No voy a hacer nada de eso, escoria! Pelearé con todos vosotros hasta la muerte, si es necesario.

—¡Ja, ja, ja! ¡Así se habla! Has superado la primera prueba. Ahora viene la de verdad, ¡trae la soga!

Rufulus le ató un brazo a la espalda y lo puso en pie. Eran cinco contra él. Lo rodearon, dándole primero pequeños golpes aquí y allá, instándolo a luchar. Pretendían que se enfrentara a ellos solo con una mano libre.

—¡Por Cástor y Pólux! ¿Qué tienes en el pecho? —preguntó Apolonio, el de las piernas arqueadas.

A pesar del tiempo transcurrido, todavía le quedaban restos del tremendo morado que le había causado el impacto. Había adquirido una extraña forma de sol amarillo con chispas moradas alrededor.

—Un beduino me disparó una flecha. Se me habría clavado en el corazón, pero este colgante me salvó la vida.

Todos se acercaron y escudriñaron el semicírculo de piedra negra que colgaba del cuello de Lucio. Intercambiaron miradas y, al cabo de unos segundos bajaron los puños. Rufulus le tendió a Lucio la ropa para que se vistiera.

—El hilo de tu vida es resistente. No vamos a luchar contra un hombre que ha sido favorecido por los dioses. Considérate bienvenido, Lucio Celio —pronunció Rufulus, con una voz tan profunda que sonó solemne.

30. UNA OPORTUNIDAD EN EL ABISMO

La brisa que se había levantado la noche anterior había arreciado. Lucio enrolló una de las telas que le habían servido de venda y se la colocó alrededor de la cabeza, cubriéndose la boca y la nariz a la manera beduina. Como cada mañana, los soldados convictos escoltaron a los presos hasta la explanada de la molienda. Las madres cargaban con sus bebés en la espalda y las abuelas llevaban de la mano a los niños mayores. El polvo del desierto se les metía en los ojos y lloraban. Los ancianos portaban los martillos de dolerita y de hierro con los que machacaban el mineral sobre las piedras de moler.

Los ánimos estaban más excitados que de costumbre, no era fácil trabajar con el ruido del viento en los oídos y arenilla en los ojos. Apolonio, el convicto espartano taciturno, colérico y muy proclive a usar el látigo, caminaba nervioso de un lado a otro como un león del anfiteatro. Un niño de unos seis años lloraba sin consuelo, víctima de una rabieta. La abuela intentaba calmarlo, pero cada vez que dejaba su trabajo restallaba el látigo de Apolonio, fiel y eficaz como el mordisco de un perro de presa. La madre y la abuela del niño destacaban por sus buenos ropajes y porque mezclaban muchas palabras griegas con el egipcio. Habían llegado hacía poco y probablemente procedían de Alejandría. Lucio se preguntaba qué crimen habrían cometido para estar allí. La madre del niño era una bella mujer de ojos tristes. No cesaba de mirar hacia la colina, ansiosa.

Ya llevaba un mes allí. Había dispuesto de tiempo suficiente para observar y conocer a los presos. Había otro niño de la misma edad, Ameny, que intentaba consolar al que lloraba, pero la madre lo espantaba como un perro sarnoso, pues decía que era un saco de piojos. Ameny tenía una hermana mayor, Dohae, una adolescente menuda y oscura con una falda que en algún momento fue blanca. Se colocaba la cinturilla por debajo de los pechos, que llevaba al descubierto, a la manera de las campesinas egipcias. Ameny iba siempre desnudo, y Lucio se preguntaba cómo pasaban las frías noches él y su hermana. Sin embargo, a pesar de su desgracia, nunca vio desesperación en los ojos azabache de ambos hermanos, que contrastaban con unos dientes blancos como la leche de cabra.

Lucio se resistía a usar el látigo y hubo veces en que fue él quien probó el vergajo del centurión por no esmerarse en su trabajo. La determinación de

llevar a cabo con diligencia la tarea que le habían encomendado empezaba a quebrarse, no por voluntad sino por falta de ella. A veces gritaba y amenazaba a los que no trabajaban, pero se resistía a ir más allá de eso. Le resultaba difícil contemplar impasible los golpes que sus compañeros propinaban sin remordimiento alguno. Algunas ancianas, agotadas, acababan con la espalda al rojo vivo. Se machacaban las manos a propósito para que las llevaran a las celdas de castigo, donde morían al poco tiempo. Casi todos sus compañeros hacían la vista gorda con las madres que amamantaban y los niños de corta edad. No obstante, había un par de individuos que disfrutaban con la crueldad, y Apolonio era uno de ellos.

Las horas se hacían eternas y no había vuelto a ver al prefecto desde su llegada. Los pensamientos no le daban tregua, imaginaba mil maneras de llamar su atención y conseguir escribir a Harith. Únicamente él podía sacarlo de allí. Había veces en que acababa doliéndole la cabeza de tanto cavilar. Era difícil aceptar que allí solo era considerado un vil ladrón. Por suerte, su cuerpo empezaba a recuperarse. De noche ejercitaba sus piernas corriendo, subiendo a las colinas donde se hallaban las galerías y propinando patadas a unos sacos de arena que se había confeccionado para entrenarse. Nadie lo vigilaba, se daba por sentado que ningún convicto en su sano juicio se atrevería a escapar. Millas y millas de árido desierto y escarpadas montañas separaban Berenice Pancrisia del lugar habitado más próximo.

Aquel día los nervios estaban a flor de piel. El viento ululaba por entre las montañas y levantaba remolinos de polvo. El centurión a su cargo gritó a Lucio:

—¡Por los cuernos del gran morueco! ¡Quítate ese trapo de la cabeza, hispano, pareces un moro mugriento! Sigues siendo un legionario y debes llevar el uniforme reglamentario. ¡Y pon más brío en tu trabajo, haragán!

El niño seguía llorando. Su madre le ponía la mano en la boca para callarlo, pero eso aún lo encabritaba más. La mujer miraba una y otra vez hacia la colina, como esperando algo que no llegaba.

—¡Maldita furcia! ¡Haz que se calle o yo mismo me ocuparé de que no vuelva a abrir la boca! —gritó Apolonio.

El niño se asustó y redobló su rabieta. Aprovechando que el centurión estaba lejos, Lucio se fue hacia el niño. La madre se echó sobre él para protegerlo.

—No temas, levántate —le dijo Lucio en griego—. ¿Cómo se llama?

—Onofris —respondió ella, temblando.

Lucio cogió una piedra plana del suelo y, con un pedazo de cuarzo, dibujó una cabeza de gato y se la ofreció al niño. Este abandonó por un momento el llanto, mirando alternativamente al gato y a Lucio, entre hipidos. Al menos, había conseguido que callara. Intercambió rápidamente unas palabras con la abuela. Le dijo que eran de Filadelfia, en la región arsinoita. Tenían tierras muy fértiles en el gran oasis de El Payom, pero un viejo conocido de Lucio, el *Idios Logos*, se las había arrebatado con una argucia legal.

De repente, la vara del centurión se descargó sobre su espalda.

—¿Se puede saber qué haces? ¿No sabes que está prohibido hablar con ellos? ¡Vuelve a tu trabajo, perro perezoso!

Lucio se puso de pie y musitó una disculpa. Sabía que los centuriones escribían cada día informes y los pasaban al prefecto. Debía controlar sus actos y destacar por su buen comportamiento. Él no era un criminal ni un sinvergüenza, tenía que dejarlo claro.

Pasó un rato y Onofris empezó a imitar a su familia. Cogía piedras pequeñas y las machacaba. Entonces quiso averiguar si la losa en la que Lucio había dibujado el gato también se partía. La golpeó con una piedra y se fracturó en mil pedazos. Al verlo, el niño rompió a llorar de nuevo, ante la desesperación de su madre, que buscaba la mirada de Lucio pidiendo ayuda. Él la ignoró. Aquel día ya había sido amonestado dos veces.

El estridente llanto infantil se mezclaba con el silbido del viento y crispaba los nervios de cualquiera. Apolonio, con los ojos tan abiertos como los de un demente, se fue hacia el niño, a quien derribó de un bofetón. Entonces se fue a por la madre, gritándole:

—¡Zorra estúpida, te he dicho que lo hicieras callar! ¡Ahora ya es demasiado tarde!

La soltó y se arrodilló junto a Onofris. Fuera de sí, le puso las manos en la garganta. El niño boqueaba aterrorizado y la madre, descargando sus puños sobre la espalda del espartano, gritó:

—¡Hispano, ayúdame, haré lo que me pidas!

En ese instante se oyó un grito desde la colina, uno de los hombres que bajaban cargados con fardos salió de la fila, tiró al suelo la espuerta que cargaba sobre su hombro y gritó:

—¡Suelta a mi hijo!

—¡Te vas a callar de una vez, mocoso! —bramaba Apolonio mientras estrangulaba al niño.

No pudo soportarlo por más tiempo. Lucio arrojó el látigo al suelo y se fue hacia Apolonio. Aquella era una buena ocasión para practicar los golpes

prohibidos que le había enseñado Salvio. Concentró toda su rabia en el talón y lo proyectó con fuerza hacia la espina dorsal de Apolonio, quien, al recibir el golpe, soltó al niño de repente. Este cayó al suelo respirando trabajosamente, y se refugió en brazos de su madre. El padre llegó y se encaró con Apolonio, que, lejos de haberse calmado, parecía haber desatado toda su furia.

El espartano lanzó un derechazo al recién llegado, poco ducho en las artes de la pelea, y después fue a por Lucio. El centurión estaba lejos, pero en cuanto fue avisado llegó a la carrera. Lucio esquivaba limpiamente los golpes de Apolonio, guiados más por la ira que por la maña. Los demás soldados convictos habían formado un redondel y jaleaban cada golpe que Lucio eludía, ajenos a los gritos del centurión, que se perdían con el viento, y solo callaron cuando se introdujo en el círculo a empellones y descargó varias veces su vara sobre los contendientes.

Poco después, Lucio volvía a pisar el calabozo, acompañado del espartano, a quien encerraron en otra celda.

⁂

La luz se filtraba por el ventanuco que daba al patio. Miles de motas de polvo flotaban en el aire. Iban de acá para allá, ajenas a la fuerza que atraía los cuerpos hacia el suelo, quizá sujetas a una voluntad superior, o tal vez movidas por el azar. ¿Hasta qué punto podía un hombre doblegar el destino a su voluntad? ¿Cuánto decidían los dioses y cuánto la fortuna? Todo se había venido abajo en un instante. Sin embargo, no podría haber actuado de otra manera.

¿Cómo iba a salir de allí si a los quince días de haber llegado ya había estado dos veces en el calabozo? Recordaba a la perfección las palabras de Publio Ostorio Escápula: «Si optas por ser soldado raso, no cuentes con mi ayuda. Serás tratado como uno más».

Se le ocurrió que podía esconderse en uno de los convoyes que transportaban el oro *wadi* abajo hasta la fortaleza. O sobornar a alguno de los correos, pero ¿con qué? No tenía nada que pudiera ofrecer. Era necesario conseguir dinero para poder entrar en la taberna. Allí se daban cita los soldados y los convictos. Acostumbraba a agradar a los desconocidos, debía hacer amistades con gente que pudiera ayudarlo. Una voz lo sacó de sus pensamientos. Era Rufulus.

—¡Ponme en la celda del novato! —pidió Rufulus al soldado que lo acompañaba, el mismo joven de nuez prominente que Lucio ya conocía.

—¡Soldado! —gritó Lucio, ignorando a Rufulus—. Dile al prefecto que necesito hablar con él. Por favor, hermano, ayúdame, soy inocente.

—¡Ja, ja, ja! No seas patético —continuó Rufulus—. ¿A quién le importa lo que hayas hecho? Métete en la cabeza que estás aquí, y aquí estarás *ad kalendas graecas*. Como decía mi madre, el hombre no puede saltar fuera de su sombra.

Lucio se alegró de tener compañía, porque Rufulus sería una buena fuente de información.

—¿Qué has hecho esta vez? —preguntó Lucio, que se había puesto en pie para estrechar el brazo de Rufulus.

—Nada. Por eso estoy aquí. —Rufulus se le acercó y le habló en el oído —: Un asunto de dinero. El centurión quiere más, y yo no quiero dárselo hasta que me haga un favorcillo —dijo guiñándole un ojo.

—Ya veo —contestó Lucio—. Oye, amigo, ayúdame a saber cómo funciona este tugurio. ¿De dónde sacáis el dinero? No es mucho el que se puede conseguir apostando con los soldados.

Rufulus sonrió. Se sentó sobre el jergón con las piernas abiertas y colocó las manos, pequeñas y gordezuelas, sobre las rodillas. Su piel era clara y estaba cubierta de pecas. Tenía el cráneo cuadrado y el poco cabello que podía peinar era rubio con reflejos de cobre pulido. Sus cejas rojizas sobresalían sobre un reborde prominente, protegiendo unos ojos marrón oscuro que inquietaban quizá por hallarse muy juntos o porque desprendían un aire animal. Pero lo que más destacaba de su rostro era la nariz, grande y achatada como la de un púgil.

—Siempre puedes hacer trabajitos para ellos. Aquí todo se compra y se vende. Publio Celere es una rata de despacho. Presume de sus minas, dice que florecen desde que él llegó, le apasiona escribir reglamentos y normativas, con los que nosotros nos limpiamos el culo después. Quienes mandan de verdad son los centuriones, es a ellos a quienes hay que caerles en gracia.

—Necesito hablar con Celere como sea. Además, todavía no sé cuánto tiempo voy a estar en este lugar.

—Oye, chico, te seré franco. Desde el primer día me di cuenta de que no eres el tipo de soldado que debería estar aquí. Pero has de saber que, una vez ingresas en las minas de Berenice, lo más probable es que salgas de ellas con los pies por delante. Cuanto antes te lo metas en la cabeza, antes empezarás a hacer cosas útiles. A no ser que dispongas de influencias, claro está. Y yo creo que tú las debes de tener. Corre por ahí la historia de que eres nieto de un Domicio de Roma.

—¿Tú te crees que si fuera nieto de un Domicio estaría aquí? —mintió Lucio. Cuanto menos se supiera sobre él, mejor. Desde que tomó la decisión de ser soldado raso su origen solo lo había perjudicado—. Y tú, ¿cuál es tu historia?

—¿Qué más da? —Rufulus se dirigió entonces a Apolonio, que estaba en la celda de al lado—: ¡Eh, espartano! ¿Cuánto tiempo llevas en Berenice?

Nadie contestó. Rufulus se levantó y se acercó a Lucio, que estaba de pie junto al ventanuco. Su nariz estaba plagada de venitas rojas:

—Dicen que es el más antiguo. Siete años.

Siete años. Las palabras de Rufulus retronaron en la mente de Lucio, que saltó como un resorte:

—Pero habrá cometido algún asesinato, o quizás…

—Si fuera un asesino haría tiempo que criaría malvas. ¡En las legiones no hay criminales, soldado! Somos el brazo ejecutor del gran Augusto, representamos a Roma en las provincias y toda esas cosas… ¿O es que también te limpiaste el culo con el reglamento? ¡Ja, ja, ja! —Rufulus se puso serio de repente y taladró a Lucio con su mirada—. Entre los legionarios tampoco hay ladrones, porque los que pillan robando acaban en sitios como este. Por eso estás aquí, y estarás por mucho tiempo. Pero yo puedo hacer que ganes dinero, y mucho. Y hacer agradable tu estancia.

Lucio empezaba a sentirse mal. Respiraba hondo una y otra vez, pero el aire parecía no llegarle a los pulmones. Las manos le temblaban, y cruzó los brazos para que Rufulus no lo viera. El pelirrojo siguió hablando:

—Te vi pelear el otro día. No lo haces nada mal. El único entretenimiento que tenemos son las convictas y las peleas, que organizo yo, por si no lo sabías. De todo lo que va llegando tú eres de lo mejorcito, puedes dar un gran espectáculo. ¿Qué me dices?

Lucio se había puesto contra la pared, con las manos apoyadas contra el muro. Un hormigueo le subía por las piernas desde los pies. Quizá cuando alcanzase el corazón este se le pararía. Su respiración era entrecortada y se convenció de que moriría allí mismo. Pero una voz lo arrancó de cuajo de las magnéticas garras de la angustia:

—¡Lucio Celio! Publio Celere quiere verte. ¡Andando!

* * *

Era su oportunidad. No podía dejarla escapar. Se emplearía a fondo, no tenía alternativa. Cuando entró en el despacho de Publio Celere pidió permiso para hablar:

—Señor, le ruego que me permita asearme, vengo directamente del calabozo y desearía poder mantener esta conversación con una presencia digna.

Publio Celere, enfrascado en la lectura de un informe, levantó la cabeza al escucharlo. Lo miró de arriba abajo, levantó una de las comisuras del labio superior y dio órdenes al soldado que lo acompañaba para que Lucio pudiera cumplir su deseo.

No pudo hacer mucho por su aspecto, pero tenía la esperanza de que ese pequeño gesto lo hubiera predispuesto favorablemente. A su vuelta, Celere le espetó:

—¿No has leído el reglamento relativo al comportamiento de los convictos respecto a los presos y a otros convictos? —preguntó Celere.

El prefecto poseía una voz ratonil y chirriante, muy acorde con su boca, que dejaba al descubierto los incisivos superiores. Los ojos eran diminutos y grises, al igual que su cabello, muy escaso. La piel de los brazos y del cuero cabelludo mostraba ronchas cubiertas de una capa de caspa amarillenta. Respondió afirmativamente al prefecto.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en hablar con los presos y defenderlos? ¿De qué lado estás?

—¡Del nuestro, por supuesto! Señor, me eduqué leyendo a Virgilio y siempre he creído que los romanos hemos nacido para regir el mundo, imponiendo la paz, humillando al soberbio pero también levantando al desgraciado… Y estamos tratando por igual a las familias de los convictos, mujeres y niños indefensos a los que me es muy difícil maltratar.

—¡Eso no nos concierne! Nosotros solo explotamos las minas, los presos vienen remitidos por tribunales egipcios sobre los que Roma no tiene ninguna jurisdicción. Es la fuerza de trabajo con la que contamos. Además, ya redacté unas normas para el tratamiento de los más débiles. ¿Te las dieron a leer?

—No, señor. Solo me pusieron un látigo en las manos.

—¡Por Júpiter Celeste! No es así como debería funcionar. Ya me encargaré de revisar el procedimiento. Las minas de Berenice serán un infierno, sí, pero un infierno ordenado. Bien, veamos, Lucio Celio: he leído tu expediente y créeme que estoy algo desconcertado.

Lucio fue a hablar, pero se contuvo.

—Procedes de buena familia. Según parece, tu objetivo es pasar a formar parte del cuerpo de ingenieros de las legiones y ese deseo te ha llevado a desdeñar el puesto que se te ofrecía. ¿No es así?

A Lucio se le abrió el firmamento por encima de su cabeza y creyó oír la dulce música que entona Apolo con su lira. La conversación había empezado con buen pie.

—Así es, señor. Mi familia materna es de rango senatorial, pero no la de mi padre, Gayo Celio. Consiguió el grado de caballero tras una vida de servicios impecables en la Cuarta Macedónica. Yo quise seguir sus pasos, además de servir a Roma y a sus legiones, con lo que mejor sé hacer, señor.

—¿Y qué es lo que mejor sabes hacer, robar? —preguntó Publio Célere con ironía.

—No soy un ladrón, señor. Harith el Hadramí puede dar fe de mí. Fue él quien se ocupó personalmente de mi salud los días antes de que partiera la caravana. Si pudiera escribirle…

—¿Escribirle? ¡Eres un convicto! ¡Ahora mismo deberías estar alimentando a los cocodrilos del Nilo o despedazado por las alimañas del desierto! Da gracias a que en la Tercera Cirenaica enviamos a los soldados ladrones a trabajar a las minas; si estuvieras en Germania, tus huesos ya los habrían limpiado los buitres en la cruz. De todos modos, teniendo en cuenta tu origen, podría hacer una excepción si quisieras escribir a tu familia.

Lucio no perdió la compostura. Continuó erguido e inmóvil ante el prefecto. Solo un ligero temblor en el mentón revelaba la tempestad que se libraba en su interior. ¿Escribir a su familia? ¿Para decirles que su aventura lo había conducido a ser un convicto condenado a las minas? Dentro de su cabeza sobrevolaban decenas de ideas que no podía explicar. Pero lo intentó.

—Señor, con todo el respeto, cuando era niño tuve el honor de participar en la fundación de mi ciudad montado en el caballo del emperador. Crecí en el convencimiento de que la ley y la justicia son lo que diferencia al pueblo romano de los demás, pero desde que abandoné a mi familia no hago más que desengañarme. En todo momento he obrado con rectitud, y no sé por qué he venido a parar aquí.

Publio Celere juntó los labios y arrugó la nariz como si fuera a dar un beso al aire. Se rascó la coronilla y se arrellanó en la cátedra donde estaba sentado.

—Tú estás desaprovechado. Te sacaré mejor partido si trabajas para mí en las oficinas, aunque… Tito Flavio Quadrato, el ingeniero, anda falto de brazos. Pero hasta que no me demuestren lo contrario, eres un ladrón. Debo creer a tus superiores. —Apoyó los brazos sobre la mesa, se quedó mirando a Lucio con ojos miopes y añadió—: Está decidido: trabajarás con Quadrato.

Empezarás mañana mismo, y dentro de un tiempo, si estoy contento contigo, volveremos a hablar. Retírate.

Lucio lo tomó como una pequeña victoria. Dio las gracias y se dirigió hacia la puerta.

—¡Y no te metas en líos! Dedícate a tu trabajo. La próxima vez no seré tan indulgente.

31. ES MÁS FELIZ QUIEN MENOS DESEA

Tito Flavio Quadrato no era un individuo afable ni cordial, pero sí eficaz en su trabajo y muy observador. El hispano era siempre el primero en empezar y el último en acabar. Amaba las tareas complicadas y no eludía las más enojosas. Con la luz de una tea en la cabeza, recorría sin descanso el dédalo de galerías cargado con tablones y cuñas hasta donde fuera preciso apuntalar algún recodo. El ocio sumía su mente en el caos, de ahí que se entregara al esfuerzo y al trabajo duro, pues sólo así lograba conciliar el sueño.

Lucio se cruzaba a menudo con Ameny, quien formaba parte del grupo de niños que reptaban por oquedades y agujeros en busca de los mejores filones de cuarzo blanco. Allí donde aparecía, indicaba la posible existencia de una veta de oro.

Dohae aseaba al niño cada mañana: se mojaba los dedos pulgares en saliva y le limpiaba los churretes de la cara. Después, pasándose la mano por la lengua, le aplastaba un mechón de pelo rebelde. Eso era todo. Aquel día, Lucio estuvo observando el proceso y, al ver que la contemplaba, Dohae le regaló una sonrisa luminosa, a través de la cual le pareció vislumbrar la inocencia de su alma. Ameny se plantó delante de él, desnudo y mugriento como un cachorrillo travieso, le cogió la mano y le puso en la palma una piedrecilla plana. Al final del día, cuando volvieran a encontrarse, Lucio se la devolvería con un dibujo, un pájaro zancudo, un hombre con los brazos alzados o un perro de orejas puntiagudas y la cola tiesa, del estilo de los que había observado en las inscripciones del desierto.

—¡Hispano! Hoy me vas a ayudar en los lavaderos —le dijo Quadrato al verlo llegar—. Veturio, el capataz, te supervisará. Ignorar para preguntar y preguntar para saber, eso es aprender.

A Lucio le gustaba escuchar la voz del ingeniero, muy inclinado a trufar su escasa conversación de refranes, pues en eso y en otras cosas le recordaba a Néstor. Acababa de cumplir los cuarenta, era un tipo duro y moreno, como el pan de las legiones. Poseía el torso fibrado y musculoso de un atleta; solo algunas motas blancas sobre sus sienes y su pecho recordaban su edad. Se hacía afeitar cada día, se colocaba una túnica limpia y llegaba a las galerías perfumado como si fuera a pasear por el foro.

Al rato, Quadrato se presentó con Veturio, un individuo entrado en años que se había reenganchado al ejército al cumplir los veinte años de servicio

correspondientes. A pesar de hallarse en la cincuentena, el trabajo físico lo mantenía en buena forma.

—Hay que repicar y revestir de nuevo las rampas donde se separa la arena del oro, y construir un nuevo lavadero. Lucio, trae un saco de arena, uno de cal y otro de ladrillo machacado. Veturio te enseñará cómo preparar la argamasa —indicó Quadrato.

—Señor, puedo hacerla sin ayuda. En mi casa mezclábamos cinco partes de arena por dos de cal viva. Si la cal es fuerte, no tardará mucho en fraguar —observó Lucio.

—¡Por el martillo de Vulcano! Por fin me envían a alguien que sabe de qué habla. ¿Y qué me dices del depósito del nuevo lavadero? ¿Podría dejarte a cargo? He estado en las galerías y no me ha gustado nada el aspecto del sector noreste. ¿Tienes experiencia con la plomada?

Lucio miró a Quadrato y a Veturio y sonrió. Ciertamente, la vida era caprichosa, y se necesitaba temple para no sucumbir. Pero también confianza y fortaleza para atraer la fortuna sobre uno mismo. ¿Experiencia con la plomada? La pregunta le endulzó la mañana como un tarro de miel de la Cosetania.

—Déjalo de mi cuenta, yo me encargo. Quedarás satisfecho.

Quadrato era poco dado a confraternizar. Desde su ingreso en el cuerpo de ingenieros de Egipto había trabajado en las canteras del desierto oriental; durante siete años extrajo granito rosa en Syene y otros siete pórfido rojo en las canteras de Mons Porphyrites, hasta que lo nombraron encargado de los trabajos en Berenice Pancrisia. Poseía un despacho contiguo al de Publio Celere, repleto de planos, volúmenes e instrumentos de dibujo. Lucio lo había visitado una sola vez. Quadrato trabajaba sin descanso y en pocas ocasiones se le veía sonreír.

—Debes de haber tenido un buen padre, muchacho —le contestó—. Te ha enseñado a trabajar con las manos y con la cabeza. Bien, hijo, bien.

* * *

Los días eran idénticos y eternos. Sus nuevas ocupaciones lo habían salvado de la desesperanza, aunque era difícil permanecer impasible ante las lastimosas súplicas de las mujeres y de los niños, los latigazos y el ruido de los golpes de mil martillos machacando el mineral. En ocasiones cerraba los ojos y su alma volaba hasta la hierba de las riberas del Rubricatus, sobre la cual se desnudaba y sentía cómo las gotas de lluvia golpeteaban su cuerpo,

cómo repiqueteaban sobre las hojas de los fresnos y empapaban el ambiente con el olor de la tierra mojada. Hacía mucho tiempo que no sentía la lluvia.

Una noche se había despertado sobresaltado. Había soñado con Untiken. Lo había visto montado en su robusto caballo de patas peludas, plantándose delante de él para gritarle que prefería la muerte antes que pasar toda la vida subyugado. Él lo había mirado, asintiendo. La libertad. Nunca había considerado cuán importante era hasta que la había perdido. Y entonces, como un destello, una evidencia se había abierto paso en su conciencia. ¿De qué le había servido la decisión de tomar el timón de su vida si había ido a caer en otra esclavitud mucho peor? Se había metido en la boca del lobo por su propio pie. Y lo más cruel no era el deshonor de sus harapos y de sus huesos doloridos, sino la ignominia que había caído sobre su nombre. Día a día, minuto a minuto, su mente iba comprendiendo el alcance de la decisión tomada dos años atrás. Imaginaba la expresión de sorpresa de su tía Domicia, la frustración de su padre y la rabieta de Tila. Comprendió por qué Escápula creyó que había perdido el juicio, y no le faltaba razón. Era natural que Pompilio lo hubiera tomado por un espía. Había actuado como un ingenuo al rechazar un puesto en la administración. Lo quisiera o no, era hijo de Gayo Celio y nieto de Primo Domicio, con todas sus consecuencias. Contrariamente a lo que había pensado entonces, el camino elegido era el más difícil. Y no estaba seguro de poseer la fuerza suficiente para salir del atolladero.

Cortó de cuajo aquellos pensamientos que hacían naufragar la escasa esperanza de salir pronto de Berenice. Se afanó en batir las paredes del depósito con un pisón para compactar la argamasa y hacerla impermeable al agua. Entre golpe y golpe, le pareció oír unos gritos de mujer, pero estaba tan acostumbrado que continuó con su trabajo. Al cabo de un momento estaba bañado en sudor. Salió del depósito y echó un trago del pellejo de agua. Vio que se había formado un corrillo de mujeres en la zona de molienda, algunas de ellas se llevaban las manos a la cabeza.

Se acercó con la prevención de quien sabe que no va a encontrar una escena agradable: Dohae, arrodillada en el suelo, abrazaba con fuerza un fardo. Con el pellejo todavía en la mano se abrió paso. No era un fardo, sino Ameny. Había perdido la vida en un derrumbe. El cuerpecillo exangüe del niño yacía dentro de una manta con el cráneo aplastado. Se movía como un muñeco de trapo cada vez que su hermana lo soltaba y lo volvía a abrazar entre gritos y sollozos. Lucio se arrodilló a su lado y echó agua sobre la cara del niño, cubierta de cabellos y sangre, y aparecieron los ojillos negros y brillantes como el carbón, aún abiertos. Desprendían una serenidad que lo

llevó a la comprensión inmediata de una gran verdad: la dignidad es ajena a la cuna, la educación o los méritos, pues hasta el más desgraciado de los mortales puede vivir y morir investido de ella.

La madre de Onofris se acercó y se quitó uno de los tejidos que le servían de turbante. Se lo ofreció a Dohae para envolver al niño en él. Al hacerlo, una piedrecita cayó de la mano de Ameny. Lucio la recogió y, al darle la vuelta, reconoció uno de sus dibujos: el perro de orejas puntiagudas.

—Siempre lo llevaba con él, decía que le daba suerte —dijo Dohae con un hilo de voz.

—Los chacales conocen los caminos del desierto y guían a las almas, entierra la piedra con él para que lo conduzca hasta el señor Serapis —intervino Tiyi, la abuela de Onofris, que se escondía tras sus faldas como un animalillo asustado.

Dohae alzó hacia Lucio sus ojos implorantes. Él comprendió y se arrodilló para coger en brazos el cuerpo de Ameny. Había que amortajarlo y prepararlo. Aún no había dado dos pasos cuando Rufulus llegó a grandes zancadas.

—¿Qué estás haciendo? —le espetó en la cara. Miró a los otros convictos y dijo—: Este gallito se cree que todavía es bienvenido en el corral. Pero aquí no queremos a los mimados del prefecto. ¡Suéltalo! Soy yo quien debe ayudarla.

Lucio, sorprendido por la reacción de Rufulus, le entregó el cuerpo y miró a Dohae, hecha un ovillo. Se dio media vuelta, recogió el pellejo y volvió sobre sus pasos. En el lavadero lo esperaban Veturio y Quadrato, este último con el rostro muy serio. Cuando llegó, Lucio fue el primero en hablar:

—No podía hacer menos, señor. Ese niño era mi amigo. Aceptaré el castigo por haber abandonado mi puesto.

Reprimió las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Cogió una artesa de madera y empezó a hacer la mezcla para la argamasa. Quadrato no hizo mención alguna al incidente. Se limitó a decir:

—Trabajas fino, puedo fiarme de ti. En cuanto a lo demás, Veturio puede dar fe de que no tengo por costumbre castigar la misericordia.

Tardó varios días en visitar la tumba de Ameny. Se acercó una tarde cuando se ponía el sol, y encontró en ella a Dohae y otras mujeres. Rodeaban a una mujer muy vieja, a quien no había visto nunca, arrodillada al lado de la tumba. La anciana lo miró y preguntó quién era. Lucio respondió que Ameny y él habían sido amigos.

—No le digas eso —le aconsejó Tiyi—, creerá que comprabas sus favores sexuales. Le diré que trabajabas con él en las galerías.

Tiyi tradujo sus palabras. La anciana habló para agradecerle la visita a la tumba de su tataranieto.

—«La Madre» lleva en las minas treinta años —le explicaron—. No sabe la edad que tiene. Ya no trabaja, entre las presas la cuidamos y le llevamos de comer.

La anciana continuó hablando. Sus arrugas eran tan profundas que parecía que el rostro se le iba a partir en pedazos mientras gesticulaba. Cuando dejó de hablar empezó a gemir, sin lágrimas, mientras se rociaba la cabeza con arena y polvo, como si ella misma quisiera enterrarse al lado del niño.

—Dice que ha tenido más de ochenta descendientes y a casi todos los ha enterrado. No sabe por qué los dioses la castigan a vivir tanto y con tan buena memoria. Se acuerda de muchas cosas, y casi todas ellas querría olvidarlas.

La mujer añadió unas palabras mientras alzaba las manos al cielo. Lucio no necesitó traducción, pues fueron las primeras que aprendió en Alejandría: «Solo el señor Serapis conoce la razón verdadera de la vida».

* * *

Lucio tardó veinte días en acabar el lavadero, con los consejos del capataz. Consistía en un depósito de agua excavado en la tierra, a uno de cuyos lados se había construido una pared de un metro y medio. Por encima de esa pared, una pértiga de madera con un pellejo de cuero en el extremo basculaba hasta llegar al depósito con el fin de llenar de agua el pellejo. Después se alzaba y el agua se hacía escurrir por una rampa construida desde lo alto de la pared, sobre la cual se echaban las espuertas de arenilla procedente de la zona de molienda. El agua ayudaba a separar la piedra de las pepitas de oro.

—Esa madera no es buena para la construcción, pero supongo que tampoco puedo pedir unos buenos tablones de olivo —comentó Lucio a Veturio.

—Así es. Lo único de lo que disponemos por ahora es madera de manglar, de la costa del mar Eritreo. Te has desempeñado bien, muchacho. Acompáñame a la taberna, te invito a un trago. Te lo mereces.

Solo había entrado una vez en la taberna, pues seguía sin dinero. La regentaba un egipcio entrado en carnes que atendía al nombre de Neferu. A la entrada encontraron dos camellos echados en la arena, rumiando. Con una señal de cabeza, el tabernero le indicó a Veturio una mesa. En ella estaba Quadrato con dos beduinos.

La taberna era un espacio construido de estacas y barro, con diferentes espacios cubiertos con cañas. Veturio se acercó a la mesa con Lucio, pero la mirada adusta de Quadrato les dio a entender que este no era bienvenido.

—¡Es un convicto! No puedes sentarlo a nuestra mesa.

Veturio ordenó a Neferu que le sirviera una jarra de vino, invitaba él. Era una oferta demasiado tentadora como para despreciarla; se lo agradeció y se sentó en una mesa vacía. Apuró el primer vaso de una vez. El vino lo reconfortaba; tenía la virtud de transportarlo a su niñez. Degustó un segundo vaso con los ojos cerrados, saboreando el dulzor de las uvas con las que estaba elaborado, el aroma añejo de la bodega donde había sido fermentado, la arcilla de las dolias en que había reposado y el gusto ácido del cuero que lo había contenido. De niño, nunca habría imaginado que un vaso de vino peleón le hubiera despertado una nostalgia tan devastadora.

Veturio había tomado asiento junto a Quadrato, ante las reverencias de los hombrecillos del desierto. El ingeniero hablaba con ellos en un egipcio muy fluido. Eran *sementiu*, prospectores que recorrían el desierto buscando yacimientos.

Mientras apuraban sus vasos, los *sementiu* fueron abriendo unos pequeños fardos para mostrar los minerales que habían encontrado: esmeraldas y berilos azules. Un beduino sostenía uno de ellos en la mano y con la otra señalaba el cielo.

—Los marinos tienen talismanes realizados con esas piedras, las llaman aguamarinas —dijo Veturio—. ¿Por qué señala el cielo, Quadrato?

—Algunas tribus del desierto creen que la bóveda celeste está tallada en este mineral.

Apolonio entró en la taberna. Echó un vistazo y fue directo a la mesa de Lucio, justo en el momento en que el ingeniero informaba a Veturio de que, la campaña pasada, los *sementiu* habían descubierto una gran cantera de granodiorita a treinta millas de Mons Porphyrites. En los próximos años iba a haber mucho trabajo en el desierto.

Apolonio se sentó sin pedir permiso para hacerlo. Lucio lo miró con acritud; no deseaba la compañía de aquel bruto, el cual supo leer en sus ojos.

—No temas, tengo mi propio dinero. Sigue bebiendo de tu vino, ¡Neferu! ¡Tráeme cerveza! —gritó Apolonio. Miró a Lucio y dijo—: Es más barata. Con el tiempo te acostumbras.

Cuando cogió el vaso para beber, Lucio observó que le temblaban tanto las manos que derramó una parte. Dos profundas arrugas horizontales, como tajos de puñal, le cruzaban la frente de parte a parte. Sus ojos eran saltones y

le lagrimeaban constantemente, miraban a un lado y a otro con recelo, como si esperase un ataque inminente. No le gustaba nada aquel sujeto, y sin embargo había algo en él que le inspiraba lástima.

—Si vuelve a suceder algo parecido a lo del otro día actuaré del mismo modo —le advirtió Lucio.

Apolonio soltó una carcajada.

—¿No me digas? ¿Otro gallardo defensor de los oprimidos? Aún no has aprendido que aquí lo único útil es hacer algo por ti.

—Si tienes algo que decir, hazlo. Si no, vete y déjame saborear el vino en paz.

Apolonio sonrió, dejando a la vista unos dientes sarrosos. Sus labios estaban oscurecidos. Se dio cuenta de que Lucio se los miraba.

—Es el loto. La mejor manera de escapar de esta mierda. Dos o tres capullitos secos dentro del vaso y… viajas del Infierno a los Campos Elíseos.

El loto azul, las adormideras, la flor del cáñamo… Lucio había conocido todas aquellas sustancias en Egipto. Muchos legionarios las consumían. El entendimiento se les abotargaba y les hacía parecer cretinos, con los ojos vidriosos y una ridícula expresión de idiotez.

—Si hubieras dedicado estos seis años a pensar cómo escapar de aquí en vez de prostituirte para conseguir dinero, te habría ido mejor —le dijo Lucio con dureza.

Apolonio bebía su cerveza a sorbos. La ceja derecha empezó a temblarle sin que él se percatara. Miró a Lucio y sonrió.

—Intenté escaparme cuatro veces. La primera me escondí en la carreta de suministros, pero me encontraron al tercer día. La segunda soborné a un superior, y cuando ya se había hecho con mi dinero me delató. La tercera me fugué. Pero los *sementiu* me rastrearon como perros. Me dijeron que si volvía a intentarlo me darían por muerto. La cuarta también fue una fuga, aunque volví por mi propio pie. No tuve valor para morir descarnado por los chacales.

Lucio apuró el vino y, a pesar de que había bebido una jarra entera, sintió la garganta seca. Necesitaba beber más y disolver en el vino las palabras que acababa de oír. No, aquello no le iba a suceder a él.

—Yo soy inocente —dijo Lucio, pronunciando las palabras como un conjuro.

—¿Y a mí qué me cuentas? —Apolonio se levantó y fue a la barra para que Neferu le llenara de nuevo el vaso.

En la mesa de al lado, los beduinos se despidieron con grandes aspavientos, recogieron sus hatillos de muestras y se fueron con sus camellos

hacia la zona de las chozas. Veturio y el ingeniero se levantaron para irse. El primero se acercó a Lucio y le susurró en el oído: «Ten cuidado. Apolonio es venenoso como una tarántula». Quadrato le dedicó a Lucio una mirada de advertencia. A nadie le gustaba el espartano.

Volvió a sentarse con Lucio, posiblemente porque nadie más lo habría aceptado en su mesa. Acabó su cerveza, se acercó a Lucio y dijo:

—No te guardo rencor por lo del otro día. Siempre tiene que haber buenos y malos. Y yo soy de los malos. —Exhalaba el fétido aliento de las harpías—. Aborrezco a las convictas, sus miradas de pánico cuando me miran, su sumisión cuando las abro de piernas, ¡ja, ja! Si las vieras, se dejan hacer cualquier cosa para proteger a sus mocosos. —El temblor de la ceja había dado paso a contracciones involuntarias de los ojos, que se le abrían y cerraban de forma incontrolada.

Lucio sintió náuseas y se levantó para irse, pero Apolonio lo agarró por el brazo. Se lo sacudió como si se le hubiera posado un alacrán y, con los dientes apretados, le advirtió que no lo volviera a tocar.

—¡Sosiégate, no te voy a hacer nada! —le dijo Apolonio, curvando hacia arriba su boca en lo que pretendía ser una sonrisa—. Nada que tú no quieras. Necesito dinero.

Apolonio puso los labios en forma de círculo y se acercó el puño ahuecado a la boca, subiéndolo y bajándolo. Conque eso era. Lucio salió de la taberna buscando el aire puro de la noche, que aspiró a bocanadas. Sus pasos lo encaminaron hasta la cima de una colina cercana. Se echó sobre la cálida arena amarilla y observó un buen rato el magnífico espectáculo del cielo nocturno. Nut, la diosa del firmamento egipcio, vestía como cada noche su túnica de seda azul con miles de estrellas bordadas. La aspereza de la vida en el desierto regalaba, como las flores de un cactus, instantes de esencialidad durante los cuales se olvidaba de sus tribulaciones. A solas ante el cielo, se puso de rodillas y extendió las manos en oración, imitando a los seguidores de Serapis.

El llanto brotó espontáneo y sintió caer sobre él toda la soledad del universo. Hundió su rostro en la arena y lloró como nunca lo había hecho. Lloró por él, por Ameny, por su padre, por su hija muerta, por Néstor, por el amor que nunca llegó a ser y por todo el sufrimiento que los dioses infligían a los mortales. Renunció a encontrarle un sentido a la vida y entonces comprendió a Polifonte: es más feliz quien menos desea. En la frescura de la noche, sintió el pulso caliente de la sangre dentro de sus venas y se dijo a sí mismo que viviría como los pájaros y las serpientes, despreocupado del

pasado y del porvenir, aprovechando cada instante, cada bocado, cada sorbo. Viviendo revuelto con la vida y la muerte, contando únicamente con su fortaleza.

32. PANCRACIO

Berenice Pancrisia
Estación de *Shemu* (cosecha)
6 d. C.

Durante los primeros días de abril, por encima de las montañas más lejanas, se empezaron a divisar acúmulos nubosos. Se acercaba la temporada de las lluvias. Los altos picos atraían la humedad del mar, se formaban nubes de tormenta y el agua caída en las tierras altas aparecía en Berenice en forma de torrente.

Los convictos recibieron la orden de despejar el *wadi*: las máquinas, los fardos y los sacos de los almacenes fueron trasladados más arriba. Quadrato le encomendó a Lucio arreglar los muretes de piedra seca donde se guardaba el ganado, reparar un tejado con goteras y levantar un nuevo cobertizo en el campamento. En ocasiones, Rufulus lo invitaba a la taberna, pero seguía sin dinero y no quería deberle favores. Prefería ir a poner trampas, siempre caía algún jerbo o alguna víbora cornuda con cuya carne, cocinada sobre unas brasas, complementaba una dieta basada en gachas de cereal. Hacía cualquier cosa para distraerse y mantenerse prendido a las circunstancias redentoras de la vida.

Cada día se aceitaba las piernas, pues aún sentía la comezón de la piel nueva. A pesar de las cicatrices, su cuerpo comenzaba a responder. Se había recuperado casi por completo y volvía a marchar al mismo ritmo que lo había hecho con Néstor y Djedi; podía incluso levantar la misma cantidad de peso y empezó a entrenar de nuevo con la espada. Seguía vivo, y tarde o temprano contactaría con Harith, quien estaría ya preparándose para el viaje de verano.

A finales de abril llegó una caravana desde el valle, algo maltrecha, pues se había producido un derrumbamiento en un desfiladero y una carreta se había despeñado con parte del correo. Las caravanas llegaban cada dos meses, cargadas de provisiones, herramientas, ropa y todo lo necesario para la vida allí.

Las blancas y pulcras manos de Publio Celere, ayudándose de un estilete de marfil, abrían con habilidad cada uno de los rollos. Tras la primera ojeada, los iba clasificando en un lado u otro de su mesa. Había una carta dirigida a

Lucio Celio, pero no llevaba ningún sello oficial, sino el de un halcón. La dejó a un lado. Cuando hubo finalizado, pidió que le sirvieran un vaso de vino muy aguado, cogió el estilete y lo pasó suavemente por debajo del sello del ave de presa. No quería romperlo, solo desprenderlo, pues era un trabajo muy fino. En ese momento, entró Quadrato y le preguntó si podía hablar con él.

—¡Por supuesto, ingeniero, siéntese! No olvido que hoy tenemos nuestra reunión, aunque esperaba verlo por la tarde.

Quadrato no se sentó. Se quedó de pie, pisando con fuerza aquí y allá, comprobando el estado de la tablazón del suelo.

—He venido a supervisar que haya llegado toda la madera que pedí. Además, desde que tengo a ese chico… ¿Cómo se llama?

Publio Celere había abierto la carta y leía, por eso no prestaba mucha atención a Quadrato, quien continuó hablando, con la vista puesta en los tablones del suelo:

—… el hispano, Lucio Celio, voy más holgado. Ojalá llegaran más como él. —El prefecto seguía enfrascado en la lectura mientras su visitante continuaba—: Es silencioso, eficaz y se puede confiar en él. Y aprende rápido. No acierto a adivinar por qué razón está aquí.

—Mmmm… ¿Dices que trabaja bien, entonces? —preguntó Celere, con la vista puesta aún en la carta—. Pues nos convendría tenerlo en danza más tiempo, ¿no?

Quadrato se sentó, por fin, en un arcón que había junto a la pared, frente a la mesa de Celere. Su cuerpo vigoroso estaba cubierto de una túnica todavía blanca. Al final del día acabaría tan polvorienta como él mismo. El prefecto levantó la cara y le dirigió una mirada calculadora:

—Precisamente estaba leyendo una carta en la que me hablan de él.

—¿Y qué dice? ¿Es de su familia?

—No. Es extraño. Le ofrecí la posibilidad de escribir a su familia pero no la aceptó. Supongo que se avergüenza, no es un gañán cualquiera. Si nos lo han enviado, estamos obligados a pensar que no es trigo limpio. Aunque aquí diga que…

—Si pudiéramos retenerlo un año más podríamos formar otra brigada, no me importaría ponerlo al mando de una en los meses en los que yo esté en Mons Smaragdus. Y alcanzaríamos a remozar el campamento antiguo, ganaríamos espacio de almacenamiento y podríamos aceptar más presos. Y en Roma se pondrían muy contentos si incrementásemos la producción, ¿no es así? Por cierto, ¿qué dice la carta? ¿Quién la escribe?

Publio Celere escuchó al ingeniero con la mirada perdida en una mancha verdosa que había en la pared, en forma de corona de laurel.

—¡Ah, la carta! Nada importante… Por cierto, Quadrato, tengo malas noticias para ti. Si has venido a supervisar la madera, no te esfuerces: la carreta que la almacenaba se ha perdido, junto con parte del correo.

—¡Por los dioses gemelos! ¿Cómo voy avanzar en las galerías? La madera de manglar se resquebraja como el barro cocido. Esto es una contrariedad.

—En cuanto al hispano, podemos contar con él un tiempo más. Supongo que Pompilio informaría a Escápula de su situación, y este habrá escrito ya a la familia, por lo que pronto recibiremos alguna notificación para liberarlo. Los leones no dejarán que uno de sus cachorros se pudra en las minas. Hasta entonces… dispón de él. No le vendrá mal una temporadita más aquí, le dará un baño de humildad. La última vez que lo saqué del calabozo me estuvo recitando a Virgilio para decirme que estaba desengañado del genio romano, ¿qué te parece?

—Es joven e idealista, Celere, como lo fuimos tú y yo hace veinte años. Y en cuanto a humildad, no creo que le falte. No es un lechuguino, trabaja sin quejarse de sol a sol, como cualquiera de mis mejores hombres. Quizás haríamos bien trasladándolo con los soldados, no me fío de Rufulus y los suyos. Más de una vez los he visto enfrentándose.

—Tienes razón. Además, servirá para ponerlo a prueba. En el barracón de los soldados hay muchas cosas apetecibles para un ladrón. Háblale tú y dile que venga a verme hoy mismo.

* * *

Lucio llegó, sudoroso y hecho un manojo de nervios, directamente de las minas al despacho de Publio Celere. Al arrastrarse por las galerías se había desgarrado la túnica y se había quedado únicamente con el calzoncillo. El prefecto, al verlo, sacó un pañuelo y se lo llevó a la nariz.

—¡Señor! Se presenta Lucio Celio —dijo el joven con vehemencia, mientras su mirada se paseaba por entre los documentos depositados sobre la mesa del prefecto.

Publio Celere contempló un instante a Lucio, que se había detenido justo debajo de la mancha olivácea de la pared. Parecía un atleta coronado en los juegos, con la piel brillante y los músculos tensos por el esfuerzo. El prefecto se aclaró la garganta y le informó de que debía cambiarse de alojamiento.

Pero mientras hablaba, Lucio había fijado la mirada en la carta que lucía el sello del halcón.

—¿Nada más, señor? ¿Solo eso?

—Acaso te parezca poca cosa que un convicto como tú comparta barracón con los legionarios honrados. Sin embargo, Quadrato me ha dicho que trabajas bien, y quiero asegurarme de que no apareces una noche con el cuello rebanado.

—Permítame insistir, señor. —Lucio no le quitaba el ojo al águila—. ¿Está seguro de que no hay carta para mí?

—Estoy seguro, acabo de revisar todo el correo. Excepto el que venía en la carreta perdida. Puedes retirarte.

—Señor, agradezco muchísimo el cambio de barracón. Sin embargo, en vez de recibir esa atención preferiría poder escribir una carta a Harith el Hadramí; su testimonio permitirá aclarar mi inocencia.

—Se verá, soldado, se verá. Sigue trabajando como hasta ahora y quizá, dentro de un año…

—¿Un año? Pero, señor, ¡estoy cumpliendo una condena que no merezco! ¡Arriesgué mi vida para salvar otras! ¿Este es el pago que recibo?

—¡Basta! No permito que un convicto me hable en esos términos. Recoge tus cosas y vete al barracón norte antes de que me arrepienta.

Lucio se tragó la respuesta. No tenía nada que recoger, no poseía nada, ni la ropa que llevaba puesta. Solo contaba con una voluntad que, gota a gota, se iba escapando por la grieta de la desesperanza. Saludó y abandonó la estancia, absolutamente convencido de que Celere le estaba ocultando algo. El sello del halcón era idéntico al anillo de Harith.

El prefecto se levantó y salió al patio, donde reinaba un gran ajetreo de mulas y acémilas. Lo atravesó y entró en las cocinas.

—¡Prefecto! —saludó uno de los cocineros—. Me han dicho que se ha perdido una carreta, espero que no fuera la de los víveres.

Celere se acercó al fuego central, donde hervían tres grandes calderos suspendidos. Llevaba en la mano la carta de Harith. Miró al cocinero y lo tranquilizó:

—No, los víveres han llegado todos.

—¡Menos mal! Cada vez nos duran menos los sacos de avena.

En el trajín de la cocina, nadie se percató de que el prefecto echaba una carta al fuego y susurraba:

—No son los víveres, sino parte del correo lo que se ha perdido.

El sello del halcón chisporroteó y las llamas consumieron las últimas esperanzas de Lucio.

⁎ ⁎ ⁎

La cantina y la palestra eran los únicos lugares donde soldados y convictos podían relacionarse. El campo de entrenamiento estaba en la zona oriental del *wadi*, en la salida de la ciudad. Consistía en una explanada de la cual se habían retirado las piedras y los arbustos. En un cobertizo se guardaban sacos de arena y pesos de madera, armas de entrenamiento, cuerdas y otros enseres, además de aceite, espátulas y unos pellejos de agua.

Lucio nunca vio a Publio Celere ejercitarse en la instrucción diaria; sin embargo, el ingeniero Quadrato era el primero en llegar. Como si quisiera hacer honor a su nombre, había convertido su cuerpo en un conjunto armónico de ángulos y aristas, tallados como las facetas de un mineral. No le importaba competir en lucha con cualquier soldado, y más de una vez Lucio se las había tenido que ver con él.

El día siguiente del descorazonador encuentro con Celere, Lucio se entrenó con los sacos de arena, aunque rehusó participar en la lucha. No habló con nadie ni saludó a Quadrato, como habitualmente hacía. Acabada la instrucción, cuando llegó la hora de retirarse el aceite y el sudor de la piel con la espátula, Quadrato le pidió a Lucio que le limpiase la espalda. Este rehusó. Se hizo evidente para todos que algo le sucedía. Quadrato le ordenó esperar allí a que se hubieran ido todos. Deseaba hablar con él.

—¿Qué te pasa? ¿Así es como agradeces que le pidiera a Celere tu traslado de barracón?

—Me da igual donde dormir, pero si se siente mejor le daré las gracias, señor.

—¿Por qué no has querido luchar? Te habría venido bien, tus ojos están llenos de ira. Lucha conmigo.

Los expresivos ojos de Lucio aceptaron, pero sus labios pronunciaron una negativa.

—¡Ven! —lo incitó Quadrato—, ¡lucha conmigo! Saca la rabia, no quiero que la conserves dentro y trabajes mal.

—No voy a luchar con un superior —respondió Lucio mientras se desprendía de las muñequeras.

—¡Tu superior te ordena que luches, maldita sea! —gritó Quadrato dándole pequeños golpes en el pecho—. ¡Si no lo haces, te devolveré a Celere, le diré que has robado a un soldado y no saldrás nunca de aquí!

Quadrato había captado su estado de ánimo. Lucio esperaba recibir alguna carta, alguna noticia, pero al ver que nadie se había preocupado por él se había sentido desbordado por la angustia.

—Para un hombre no hay nada como una buena pelea, ¿o prefieres irte a un rincón a llorar como una niñita? —insistió Quadrato.

Con la mandíbula en tensión, Lucio arremetió contra el ingeniero, gritando con toda la furia de que fue capaz. Hundió la cabeza en su abdomen y lo tumbó de espaldas, cayendo sobre él. Dieron varias vueltas sobre sí mismos intentando agarrarse con las piernas o los brazos, pero ambos eran escurridizos. Quadrato se le montó encima como un jinete y lo cogió por el cuello, diciéndole en el oído:

—No me acabo de creer que seas luchador de pancracio. ¡Demuéstramelo!

¿Con que quería pelea? Pues eso tendría. Lucio se dejó llevar. ¿Qué más podía perder? Echó la cabeza hacia atrás con fuerza y golpeó a Quadrato en la nariz, que le empezó a sangrar. Aprovechando la sorpresa, se revolvió como una liebre y se zafó. Se puso en pie, esperando la reacción del ingeniero. ¿Pancracio? Bien. Pelea era precisamente lo que le pedía el cuerpo.

El ingeniero se fue hacia él y le propinó un derechazo, pero Lucio le cogió el brazo y se lo retorció. Lo cargó sobre su espalda y lo volteó por encima de él. Quadrato cayó al suelo como un fardo. Lejos de dolerse o encolerizarse, lo animó a continuar:

—¡Bien, chico, bien! —dijo sin perder la compostura ni su habitual ceño fruncido.

Sus palabras distrajeron a Lucio, que se acercó y le ofreció un brazo para que se levantara, pero Quadrato se lo agarró, le colocó un pie en el abdomen y, usando su pierna de resorte, lo lanzó lejos. Lucio aterrizó estrepitosamente encima de los sacos de arena. La lucha todavía se alargó unos minutos, y ello atrajo la atención de algunos hombres, que formaron un corrillo alrededor.

—¡Fuera de aquí! ¿Es que no habéis visto nunca a dos hombres pelear? ¿Os falta el trabajo, comadres curiosas? —gritó Quadrato mientras ayudaba a levantarse a Lucio, cuyo rostro empezaba a amoratarse.

Sin necesidad de palabras, los dos supieron cuándo había llegado el momento de parar. Metieron la cabeza en un cubo de agua, se limpiaron la espalda el uno al otro con la espátula, se vistieron y se encaminaron hacia las galerías.

—Buena pelea, Lucio. A veces se organizan luchas aquí y voy a verlas, pero casi siempre se trata de dos brutos que han aprendido en su pueblo a

arrear guantazos. No conocen el noble arte de Polidamante o de los campeones de las Nemeas de Píndaro: «Tú, dulce canto, en nave grande o pequeña, parte de Egina para anunciar en todas partes que Piteas, el hijo de Lampón…».

—«… ganó en los nemeos la corona del pancracio antes de que el vello apareciera en su barba» —continuó Lucio.

—Me impresionas. Quienquiera que haya sido tu maestro es muy bueno.

Lucio le habló de Quinto Salvio, su maestro de lucha, el compañero legionario de Gayo Celio. Le debía mucho a su padre, a pesar de todo. De improviso, sintió una extraña ternura por aquel centurión de Bononia. ¿Quién era él para juzgarlo? La vida es veleidosa, y uno nunca sabe cómo es mejor responder ante la adversidad.

—Es conveniente aprender las artes de la guerra temprano y de los amigos que tarde y de los enemigos —sentenció Quadrato.

—Nunca pensé que me vería recitando a Píndaro en estas circunstancias. —Lucio hizo una pausa para concentrar su atención en la sensación de sus pies descalzos sobre el suave limo del *wadi*—. De hecho, nunca pensé que me encontraría en estas circunstancias. Jamás.

* * *

El mismo día de la pelea, Lucio pudo ganar unas monedas arreglándole las sandalias a un soldado. Cuando acabó el trabajo, se lavó la túnica con ceniza y arcilla jabonosa, para eliminar las manchas de sangre de la pelea de la mañana. Tenía el rostro contusionado y los nudillos lastimados, pero había conseguido transformar la ira en una tristeza amarga y soportable. Por lo visto, iba a estar en aquel lugar más tiempo del que había esperado. No iba a pedirle ayuda a Quadrato, sabía que no podía hacer nada por él. Todavía.

Se encaminó hacia la taberna de Neferu sintiéndose extrañamente feliz por disponer de dinero propio.

—¡Mirad quién ha venido! —gritó Rufulus al verlo—. ¡Si es la novia del ingeniero!

Se levantó y fue a la mesa donde se había sentado Lucio. Tomó asiento frente a él y le tendió el brazo en señal de saludo. Lucio lo miró primero, antes de tenderle el suyo. No se fiaba de él. Rufulus lo agarró firmemente del antebrazo y le dijo:

—Le has dado una buena tunda a Quadrato. Ese es un poco rarito, a lo mejor le gusta que le zurren. ¿A qué has venido? ¿Quieres que te consiga una mujer?

Rufulus desvió la mirada. Un bulto embozado se movía detrás de Lucio. El pelirrojo se levantó y fue hacia él. Lucio se giró para ver qué sucedía y alcanzó a ver que se trataba de una mujer embarazada. No pudo verle el rostro, solo el vientre prominente asomando por entre los andrajos. Rufulus la había agarrado del brazo y tiraba de ella hacia la salida diciendo:

—¡Vete! Si necesitas dinero yo te lo daré, pero no sigas merodeando por aquí, ¿me has oído?

Después fue hacia Neferu y le pidió un vaso de vino. Con él en la mano, se volvió a acercar a Lucio, se lo puso delante y le dijo:

—No le vendas tu tierno trasero al ingeniero por tan poco, yo te puedo invitar a beber siempre que quieras, ¡ja, ja! Por cierto, la noticia de tu pelea con Quadrato ha corrido como la pólvora y muchos pagarían bastante dinero por verte luchar.

—No lucharé para divertir a convictos y rameras —dijo como si escupiera las palabras—. Todavía me queda dignidad. Te agradezco el vino, pero lo pagaré yo.

—¡Oh, por supuesto, olvidaba tu noble origen! ¡Tú solo lucharías en los juegos olímpicos! Ya veremos qué opinas cuando pasen los meses y los años.

Lucio había conseguido higos y ciruelas secas, que degustó con un vino especiado. Mientras los consumía, se sintió reconfortado. «Con qué poco se conforma un hombre sometido —pensó—. Quizá por eso hay pocos esclavos que se rebelen». Compartió con Rufulus la fruta —era preferible estar a buenas con él—, bebieron vino dulce y la lengua se les soltó.

—Los egipcios dicen que en el agua puedes ver reflejada tu cara, pero con el vino, hermano, aparecen tus mejores cualidades —dijo mientras daba vueltas a un vaso con sus dedos regordetes.

Dos mujeres pasaron, ofreciéndose. Eran dos presas que Lucio conocía, madre e hija. Alguna vez las había visto lavándoles la ropa a los soldados por alguna moneda. Iban acompañadas de la mujer embarazada. Lucio le vio la cara. ¡Era Dohae! Rufulus la agarró del brazo y la obligó a sentarse sobre sus piernas. Lucio apretó los puños, no permitiría que Dohae sufriera vejación alguna. Había hombres que emponzoñaban todo lo bueno e inocente que había a su alrededor. Rufulus era uno de ellos.

Lucio se sirvió un vaso de vino y lo apuró de golpe. Empezaba a notar el efecto del alcohol en su cabeza. Miró el vientre de Dohae. Parecía suave y cálido, y sintió ganas de alargar la mano y tocarlo. Llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer. La última vez fue con Arsínoe y Xian. ¿Dónde estarían ahora? Lo más probable es que lo dieran por muerto. Y en cuanto a

su familia…, ¿sabrían que era un convicto? Tal vez Escápula habría escrito a su tía para comunicárselo. Nunca lo perdonarían, con su proceder los había despreciado, tanto a su padre como a los Domicios. Debía resolver aquella situación él solo. No podía contar con nadie. Apuró de un trago otro vaso.

—En el fuerte antiguo aún queda en pie un arco —dijo Lucio—, ¿sabes cuál digo? Se mantiene así porque sus dovelas se dan fuerza las unas a las otras. Todo es ruina a su alrededor, pero el arco ahí sigue, porque reparte la carga entre todos sus elementos. Una familia debería ser como las dovelas de un arco. He conocido legionarios que se dormían como niños de pecho cuando recibían carta de su familia. Yo, en cambio, cuando pienso en los míos no logro conciliar el sueño. Y lo peor de todo, ¿sabes qué es?

—Estás borracho, Lucio. Deja tu cháchara para Quadrato.

—Lo peor es que yo soy la dovela caída.

Dohae iba mirando alternativamente a los dos hombres. Cada vez que se cruzaba con los ojos de uno de ellos bajaba la cabeza, sumisa. Rufulus cogió una ciruela y se la acercó a Dohae, quien abrió la boca para recibirla. El pelirrojo hizo un juego de manos, le metió el dedo en la boca y lanzó la ciruela al aire, recogiéndola con su propia boca. La boca de la chica se curvó, forzando una sonrisa.

—Sí, compañero, con las familias pasa como con las mujeres: las hay buenas y malas, unas te dan alas, otras te destruyen. Mi madre me echó de casa cuando tenía doce años. Y, ¿sabes qué te digo? Que se lo agradezco. He hecho siempre lo que me ha venido en gana, nadie ha esperado nunca nada de mí.

Lucio no lo escuchaba, estaba absorto, con la mirada fija en ninguna parte, tratando de encontrar palabras para sus sentimientos:

—Rehuí mis deberes familiares. Debería haber obedecido a mi padre. —El vino le hacía decir lo que su mente se negaba a pensar—. Él conocía lo dura que es la vida en las legiones e hizo todo lo que pudo por ahorrármela, por proporcionarme algo mucho mejor. ¿Y yo qué hice? Escupirle en la cara.

Los ojos de Dohae se cruzaron con los suyos. Lucio le ofreció una fruta. Rufulus lo cogió de la muñeca y lo miró con dureza diciendo:

—Es mía. Yo lo haré.

La chica se encogió, como un pajarillo en su nido.

—Si mi madre fuera una Domicia… —dijo Rufulus—, me tragaría el orgullo sin dudarlo, porque sería la única oportunidad de salir de aquí.

33. EXPIACIÓN

Aquella fue una noche oscura, negrísima, de luna vieja. De madrugada se oyó un estruendo, seguido de los gritos de los presos que dormían más cerca del *wadi*. Soldados y convictos saltaron de sus catres para ver qué sucedía. El ruido era atronador. Encendieron antorchas y salieron al exterior. Una tromba de agua se había presentado sin avisar y había penetrado en las chozas, anegándolas y arrastrando consigo personas y enseres. Las tormentas caídas en las cumbres habían acumulado un enorme caudal de agua que bajaba fiero por las torrenteras. Apareció a traición, cuando el niño se amamantaba del pecho de la madre dormida y el sueño impedía a los ancianos ponerse a salvo.

Quadrato tomó el mando. Celere apareció al poco, con cara de susto, y mandó a varios soldados a custodiar los archivos, las oficinas y los almacenes de víveres. Las casas y las chozas de la ciudad quedaban del otro lado del torrente, así que los soldados poco pudieron hacer por salvar vidas. Hubo que esperar a que la fuerza del agua mermara para poder clavar unas estacas y tender un puente. Los más afortunados se habían refugiado en la parte alta. Algunos de ellos estaban cubiertos de barro de los pies a la cabeza y relataban cómo sus familiares habían sido arrastrados *wadi* abajo.

Se organizaron grupos para rescatar a los ahogados. Lucio, con un odre en bandolera, fue hasta la choza de Dohae, la más cerca del agua. Estaba vacía. Alarmado, corrió a visitar a la familia de Onofris. Halló a la madre y al niño abrazados y tiritando de miedo; el agua se había llevado a la abuela Tiyi quien, preocupada también por Dohae, había ido a socorrerla. El padre y el abuelo habían salido en su busca y no habían vuelto. Lucio caminó corriente abajo, gritando sus nombres y aguzando el oído y los ojos en la oscuridad, con pocas esperanzas de encontrarlos. Bajó lo más cerca posible del cauce, pero sus pies resbalaron en varias ocasiones y estuvo a punto de ser arrastrado él también. Cuando iniciaba el camino de vuelta, oyó algo. Miró hacia atrás y vio a una criatura enlodada reptando hacia él. No había cocodrilos en el desierto, por lo tanto solo podía ser una persona. Corrió hacia ella, estaba medio ahogada. Al ver la forma de su cuerpo la reconoció: era Dohae. Cogió el odre y le echó agua en la cara para limpiarle ojos, nariz y boca. Le realizó las maniobras aprendidas en la legión para recuperar a los ahogados hasta que la chica reaccionó. Tosió y vomitó varias veces. Tenía un feo rasguño en un brazo, pero estaba viva. Temblando de miedo, pero viva.

La muchacha empezó a hablarle en egipcio, de manera atropellada. Solo comprendió que su tatarabuela había desaparecido. Entonces calló de repente y se llevó una mano al vientre. Su cara se iluminó con una sonrisa. Cogió la mano de Lucio y la depositó sobre su estómago. El niño se movía. En medio de la desolación, la vida seguía abriéndose camino. Los ojos de Dohae chispeaban de felicidad. Lucio sintió una inmensa ternura por ella y deseó con fuerza salir con vida de aquel infierno para poder sentir también a sus hijos moverse en el vientre de una esposa. La acompañó hasta la choza de Tiyi y le aseguró que volvería a verla más tarde.

El trabajo se hizo muy penoso, pues la oscuridad convertía en cadáveres fardos y troncos secos. La salida del sol coincidió con la bajada del nivel del agua. Lucio no olvidaría nunca el panorama que apareció ante sus ojos. Del lodo sobresalían piernas y manos; desde las orillas, aquellos que habían podido agarrarse a una rama o una piedra saliente proferían gritos desgarradores. Los rayos del sol iban iluminando inexorablemente el macabro espectáculo que las sombras de la noche habían ocultado.

—Este año el agua ha subido más que nunca —informó un Quadrato embarrado y sudoroso—. Hemos perdido mucha fuerza de trabajo, esto va a ser un desastre.

Lucio fue destinado a la brigada de Veturio. Por la noche, los convictos cavaron una gran fosa para enterrar a los cadáveres. Entre ellos estaban la abuela de Dohae, el padre de Onofris y sus abuelos. Pocos días más tarde se construirían cobertizos en la zona de la ciudad más alejada del *wadi* para alojar a los nuevos presos que vendrían a reemplazar a los muertos.

* * *

Llegaron a principios de junio, siguiendo penosamente a la caravana con el correo y las provisiones. No hubo carta para Lucio. Llevaba allí seis meses y no estaba dispuesto a pasar uno más. Quadrato lo había mantenido en forma y se había ocupado de él con la única finalidad de ponerlo al mando de otra brigada de trabajo. Tanto para el ingeniero como para Celere, tener allí a Lucio era muy productivo, y este empezó a dudar de que estuvieran haciendo algo por esclarecer su caso. Al contrario, sospechaba que le escondían información. Se había atrevido incluso a pedirle ayuda a Quadrato, el cual se había limitado a decir: «Cree en tu propio honor y los demás lo harán así también. Es lo único que puedo aconsejarte». Estaba claro que si él mismo no hacía nada, su destino era pudrirse en aquel rincón del mundo. Era ya mucho tiempo lejos de todo. Lejos de casa.

Veturio le había prometido que iría a ver a Harith cuando se licenciara dos años más tarde. Pero él no podía esperar tanto. En aquel lugar, hasta el mejor de los hombres se envilecía. Apolonio se había ahorcado un mes atrás con su látigo. Las únicas distracciones eran las partidas de dados organizadas por Rufulus en la taberna. Y la caza. De vez en cuando depositaba un jerbo o una serpiente a la puerta de la choza de Onofris y su madre, que ahora compartían con una Dohae demacrada y a punto de dar a luz.

Harto de tanta inacción y de la indignidad que lo rodeaba, Lucio había ideado un plan de huida: dos días más tarde, aprovechando la luna llena, la caravana partiría de noche, de vuelta al valle; él la seguiría a distancia, a pie, y cuando hicieran la primera parada para dormir se escondería dentro de uno de los sacos que transportaban el oro. Se había provisto ya de algunos víveres, un cordel y una aguja. También se había confeccionado un buen cuchillo de piedra, para poder rajar el saco y coserlo desde dentro. En las horas de oscuridad, mientras la caravana durmiese, saldría para alimentarse. En el viaje de ida había tenido los ojos muy abiertos y conocía las rutinas de los soldados. Sabía ser sigiloso como un gato y estaba seguro de poder conseguirlo.

Al día siguiente finalizó su trabajo poco antes del crepúsculo y aprovechó la última hora de luz para ir a comprobar sus trampas. Le fue difícil encontrarlas, pues desde el inicio de la temporada de lluvias el desierto se había transformado en un vergel. Florecillas de todos los colores habían inundado ambas orillas del *wadi*, cuyo lecho seguía aún lodoso. Con la vegetación llegaron los animales y, además de serpientes y jerbos, se podían atrapar pájaros, zorros y pequeños antílopes. Las hierbas le llegaban a la cintura y le acariciaban las manos mientras caminaba. Se detuvo y cerró los ojos para retener la visión de aquella belleza efímera, y se sintió feliz a pesar de todo. La tierra y sus frutos, madurados por el sol y por la luna, bañados por la luz de las estrellas imperecederas, ciclo tras ciclo, año tras año, eran lo único real e importante. Todo lo demás le pareció banal, corruptible e insignificante. Y pensó que su padre habría estado de acuerdo.

Sin duda, era la mejor época para escapar; había bastante caza y el agua afloraba en los *wadis* con tan solo cavar con las manos. Si ocurriera algún percance y tuviera que abandonar la caravana dispondría de más posibilidades de sobrevivir que en cualquier otra estación.

Las sombras caían ya sobre el poblado minero cuando pasó por delante de la zona, ya desierta, en donde trabajaban las mujeres y los ancianos. Se percató de un gran charco rojizo en la tierra y un reguero de sangre en

dirección de las cabañas. Quería llevarle a Dohae una de las dos piezas que se había cobrado. Se encaminó hacia las chozas, pero a medida que iba avanzando una terrible idea fue tomando forma en su mente. Apretó el paso y empezó a oír los lamentos. Las mujeres, arrodilladas en el suelo, gritaban y arrojaban ceniza y tierra sobre sus cabezas. No se atrevía a preguntar, aunque intuía la razón de tal tristeza. Una manita fría se agarró a la suya. Era Onofris.

—¿Qué ha pasado, Onofris? ¿Por qué lloran las mujeres?

El niño lo miró con sus grandes ojos fijos:

—El bebé de Dohae es maligno. Dicen que lo ha engendrado el dios Seth, el señor del desierto, por eso ha matado a su madre, para nacer él.

No, no, no. Aquel vientre suave, semejante a la piel de un tambor, blanco y redondo como una luna llena, no podía albergar maldad. Dohae, la dulce Dohae. Había nacido en Berenice y allí había pasado sus pocos e ingratos años de vida, como Ameny. Sin embargo, Lucio no podría decir que su existencia hubiera sido triste. Recordó el rostro, siempre alegre, de ambos hermanos, sus miradas limpias. Maldijo a las Parcas, enseñoreadas de Berenice Pancrisia, un bello nombre para un lugar siniestro, donde la muerte empleaba como heraldo una nueva vida inocente. No había nada allí que pudiera prosperar más que el dolor. Deseó como nunca alejarse, huir de Berenice, por más que pusiera en riesgo su vida.

Le dio a Onofris las dos presas diciéndole:

—Toma, dáselas a tu madre. Y no te creas lo que dicen las mujeres, son cuentos de viejas. El bebé de Dohae es inocente.

Más le habría valido nacer muerto, pensó, irse en el regazo de su madre adondequiera que se fueran los muertos, si es que se iban a alguna parte. Notó la boca reseca: necesitaba un trago fuerte. O más bien muchos. Se dirigió a la taberna. Al entrar se percató de que había más animación de lo normal. Le preguntó a Neferu cuál era la razón.

—Rufulus está invitando a todo el mundo. ¿Qué te sirvo?

—Vino. Sin agua.

Cuando Rufulus lo vio, lo llamó y lo invitó a sentarse en su mesa.

—¿Qué pasa, Rufulus, te sobra el dinero? ¿Vas a invitar también a la novia de Quadrato? —ironizó Lucio con expresión amarga.

—Pues claro. —Rufulus ya llevaba un rato bebiendo—. ¡Neferu! ¡Trae más vino para el hispano! Hoy nos vamos a emborrachar. Tengo algo importante que celebrar.

Lucio apuraba los vasos de un trago. Los gritos apesadumbrados de las mujeres, viscosos y densos como la argamasa, se le habían pegado en la

garganta y lo ahogaban. Rufulus parecía haberse contagiado de su decaimiento. Tenía la cabeza apoyada sobre los dos puños y solo la levantaba cuando llegaba alguien nuevo. Los dados repiquetearon sobre la mesa y algunos hombres empezaron a jugar.

Al cabo de unas partidas, Rufulus levantó la cabeza y dijo:

—¡Maldita sea! Todos se están divirtiendo menos yo. —Sacó de su bolsa unos dados y los plantó delante de Lucio diciendo—: Nunca he jugado contigo, y me han dicho que siempre tienes buena suerte. ¡Te reto!

—No tengo dinero para apostar —respondió un Lucio adormilado—, y no quiero que me desplumes. Seguro que tus dados están trucados.

—¿Eso crees? ¡Eh, Pertinax! Cámbiame los dados para que este gallito juegue tranquilo.

—No quiero jugar. No estoy de humor.

—Cinco tiradas cada uno.

—¡Te he dicho que no tengo nada para apostar!

—Tienes el colgante de la hechicera.

—Es mi única pertenencia, no estoy dispuesto a jugármelo.

—¡Es un trozo de piedra! A ti ya te ha servido. Puedes ganar esto.

Rufulus puso encima de la mesa una daga. Era justo lo que necesitaba para su huida. Respiró hondo. Tenía razón, el colgante ya era historia y, si se arriesgaba, podía ganar algo que le hacía mucha falta. Se sirvió otro vaso, lo apuró y dio un golpe de puño sobre la mesa:

—¡Cinco tiradas! Empieza quien saque el número más alto.

* * *

Al cabo de unos minutos, Rufulus se levantó y se fue con el colgante en la mano. Lucio examinaba la daga con discreción. Un convicto no podía tener armas, y había soldados en la taberna. Se quedó un rato más, intentando obtener alguna información de aquellos que iban a custodiar la caravana, pero tenía la cabeza tan embotada que decidió salir a despejarse al aire de la noche. Al menos, en ese sentido la velada había sido provechosa.

Nunca bebía tanto, aborrecía la idea de perder el control sobre su lengua o sobre sus actos. Se encaminó tambaleante hacia los lavaderos para meter la cabeza en el agua. El día siguiente sería el último que pasaría allí y necesitaba estar sereno. La noche era clara y, al acercarse al depósito, vio la luna reflejada en la superficie del agua. Desde las chozas, las mujeres, lejos de haberse calmado, aullaban aún con más fuerza. Percibió otro sonido, mucho

más cercano, como una respiración entrecortada. No lo identificó con ningún animal, no era el siseo de una serpiente.

Sacó la daga y se acercó con sigilo al lavadero. Observó que, en el agua, había un bulto flotando. Y entonces averiguó de dónde procedía el sonido. Era Rufulus, arrodillado en el suelo, intentando apagar el llanto con las manos sobre su rostro.

—¡Rufulus! ¿Qué haces aquí? ¿Qué te pasa?

—¡Lucio! —El hombre reptó hasta él y se agarró del borde de su túnica. Sus facciones estaban desencajadas—. ¿Qué podía hacer, hermano, qué otra cosa podía hacer? ¿Qué vida le esperaba en este infierno?

—¿De qué hablas?

Lucio miraba alternativamente al agua y al hombre, mientras su mente, abotargada por el vino, no acertaba a esclarecer qué estaba sucediendo. Rufulus se soltó, apoyó las manos en la tierra y dirigió su mirada al lavadero. Cuando Lucio metió las manos en el agua, la luna se rompió en mil pedazos. Cogió el fardo, le dio la vuelta y descubrió con horror que era un bebé. Y entonces comprendió. El hijo de Dohae. Y de Rufulus. Con el espanto dibujado en sus facciones le gritó:

—¡Lo has ahogado! ¡Has ahogado a tu propio hijo!

—¡Ellas me gritaban que lo hiciera! ¡Me decían que era el hijo de Seth, el rojo! ¿Qué vida le esperaba, hermano? ¿Qué vida le esperaba? —gritó deshecho en llanto.

Lucio observó a la criatura. Había tenido la desgracia de heredar el pelo rojo de su padre. Rufulus le había colocado el colgante alrededor del cuello. Los dioses se burlaban de su dolor, y por enésima vez sintió la opresión en el pecho; la garganta se le cerraba y le impedía respirar, los pulmones cada vez más pequeños y el corazón desbocado. La maldición de Garza. Era el espectro de su hija muerta, que lo abrazaba hasta asfixiarlo. Vio su hado reflejado en el rostro de aquel bebé de pelo cobrizo. Invisible como un fantasma, el destino había guiado cada uno de sus pasos y, cuanto más lejos creía estar de él, más cerca lo tenía. Ciertamente, un hombre no puede saltar fuera de su sombra.

Echó a andar hacia el *wadi*, apretando al niño contra su pecho, avanzando pesadamente como quien lleva el mundo sobre los hombros, arañándose las piernas con los arbustos, hundiendo sus pies en el lodo del torrente. Caminó sin detenerse un instante, salió de Berenice y continuó, *wadi* abajo, escapando del infierno con la culpa a cuestas. Cuando ya no pudo más, cayó de rodillas y le gritó al sol para despertarlo, para que lo abrasara como el fuego a un chivo expiatorio y que los dioses pudieran cobrarse de una vez su deuda.

Le quitó el colgante al niño y abrió los ropajes que lo envolvían. Miró sus miembros, tan perfectos. Lo había sentido moverse dentro del vientre de Dohae. ¿Quién movía los hilos de las vidas humanas? Un fogonazo de luz se abrió paso en su mente como una certeza.

—Estoy harto de temer a unos dioses que quizá no existan. Cada uno elige su camino. Mi padre abandonó al bebé, Rufulus ha ahogado a su hijo, Dohae eligió vivir feliz en el infierno. Yo elegí dejar Barcino y fui yo quien rechazó el ofrecimiento del *Idios Logos*.

Miró al cielo y su voz, lejos de rezumar rabia, sonó serena:

—Oídme bien: habéis dejado de importarme.

Se sentó sobre la arena y no supo cuánto tiempo pasó. El cuerpo amoratado de la criatura estaba frío ya, y rígido. Había que sepultarlo antes del alba. Con sus manos hizo un hoyo profundo en el limo y allí lo acurrucó. Le puso el colgante encima.

—Llévaselo a su dueña. Ella te espera.

Cuando el cuerpo quedó bien tapado, salió del *wadi* y buscó en la orilla un lugar mullido donde echarse. No quería volver aún, no deseaba hablar con nadie, se sentía exhausto. Se arrellanó, buscando la tibieza de la arena. Y no quiso darse cuenta de que, amorosa y solícita, la diosa Nut lo cubría con su manto estrellado.

⁎ ⁎ ⁎

El sol había triunfado sobre los peligros de la noche subterránea y se dirigía hacia el cenit en su dorada carroza. El calor lo despertó. Abrió los ojos y recordó los sucesos de la noche anterior. Se puso en pie sin perder un instante. Quadrato lo estaría echando en falta. Debía volver y preparar la huida, así que echó a andar sin titubeos hacia Berenice. Miró al cielo para orientarse; únicamente tenía que seguir el *wadi* pero ¿hacia qué dirección? Bajó la vista hacia el horizonte, acuoso por el calor. ¿Cómo había podido dormir tanto? Fuera del lecho del torrente solo había espejismos de agua entre llamaradas de calor.

Dio media vuelta y empezó a caminar. Volvió la mirada una sola vez, para retener el paraje donde había enterrado al hijo de Rufulus. Caminó un largo rato, con la lengua reseca como el esparto. No podía estar muy lejos. Se detuvo e hizo una visera con su mano, dando la vuelta a su alrededor. Le pareció divisar un punto negro que subía y bajaba entre las olas ardientes. ¿De qué se trataba? Parpadeó varias veces. De repente, el punto se alargó y se convirtió en una recta vertical que se movía ondulante. La negra aparición

bailaba a un lado y a otro a medida que su tamaño crecía. Se frotó los ojos. ¿Seguía dormido y estaba soñando? ¿O quizás estaba muerto? ¿Habría llegado a la mansión de Plutón y las larvas se acercaban para descarnarlo? Sacó la daga y se pasó el filo por la yema del dedo, que empezó a sangrar. Estaba vivo y despierto.

Dio media vuelta y siguió adelante, con toda seguridad se trataba de un espejismo. Volvió la cabeza una última vez para mirar aquella forma cimbreante que crecía por momentos a medida que emergía del fluido horizonte. El corazón le dio un vuelco. Reconoció el ritmo hipnótico del movimiento y divisó unas patas quebradizas que subían y bajaban. Era un dromedario. El dromedario de Harith.

LIBRO III

LUDI ROMANI

34. EL REGRESO DE UN ESPECTRO

Roma
Septiembre
6 d. C.

—La tuya debe de ser la única toga de toda Roma hecha de algodón —dijo Lucio admirando a Harith.

—Estás equivocado. Por esta ciudad corre más de un senador que se hace confeccionar el *subligar* de suave tejido gosipino —respondió el árabe.

En Roma, Harith no se pintaba los ojos de negro. Intentaba pasar desapercibido, de ahí que vistiera la toga y evitase el turbante y los ropajes del desierto. A pesar de ello, la gente se volvía para mirarlo. El color tostado de su piel, la brillantez de sus cabellos o la cuidada barba puntiaguda le conferían un inevitable aire extranjero.

Abandonaron el foro antiguo, enfilando por el *vicus Tuscus* hacia el Velabro. A la derecha quedó el Miliario Áureo, un gran cilindro bañado de bronce dorado a partir del cual surgían las calzadas que se extendían por todo el imperio. Frente a él se levantaba el corazón financiero de Roma, el templo de Saturno, dentro del cual se custodiaba el Erario Público.

—Los lingotes de oro y plata atestaban el tesoro del templo, por lo que se han habilitado otros espacios secretos. —Lucio lo miró, alzando las cejas. Harith respondió en voz muy baja—: Se llega hasta ellos por el dédalo de pasadizos y túneles que horadan el Capitolio.

Avanzaba sin titubeos, como si aquella ciudad fuera la suya. Lucio le seguía, ataviado con la túnica roja de los soldados. Iban acompañados de dos esclavos que los seguían a poca distancia. A la altura de la basílica Julia se abrieron paso entre el revuelo de togas. Un enjambre de abogados y clientes se afanaban en preparar las argumentaciones que escucharían los centunviros, jueces de los tribunales de las causas civiles, celebradas en el interior.

—La basílica del divino Julio ocupa el lugar donde se levantaba la casa de Escipión el Africano —señaló Harith.

—¿Quién es aquí el romano? —intervino Lucio, divertido.

No podía evitar mirar de reojo a Harith a cada instante, tan diferente con la cabeza descubierta y sin su espada curva al cinto. Aún con las sienes

canosas, conservaba un gran atractivo en su madurez. Sentía cierta sensación de irrealidad; si no hubiera sido por Harith…

En su periplo desde Coptos al mar Eritreo, Harith se había detenido en el *hydreuma* de Compasi para visitar la tumba de Lucio, pero nadie le había sabido indicar dónde estaba. No le había costado mucho averiguar la verdad: uno de los ayudantes del médico de Compasi recordaba haberlo ayudado a confeccionarse unas muletas para poder unirse al grupo que enviaron a Berenice Pancrisia. Fue así como Harith dio con su paradero. Tras la pesadilla vivida, solo deseaba zambullirse por unos días, solo unos días, en la frivolidad de la que había huido cuando abandonó Roma. Perderse entre el gentío, dejarse timar por algún curandero, sentir como un *tonsor* le masajeaba el cuero cabelludo, coquetear con las muchachas que le sonreían… Después de los años pasados en el desierto, el cuerpo le pedía pan, circo y termas.

Varias matronas se fijaron en ellos mientras paseaban. Y también varios hombres. El *vicus Tuscus* se había convertido en el centro preferido de la prostitución masculina, actividad que contrastaba con la especialidad de sus comercios, dedicados a los perfumes exóticos y a las telas lujosas.

Harith visitó varias tiendas a las que servía mercancía desde hacía años. Cuando estaban dentro de una de ellas se empezó a escuchar un sonido de trompetas y tambores en la calle.

—¡Es la pompa de los Juegos Romanos! —exclamó Longina, la propietaria de la tienda, una señora elegante y estirada—. Venid, señores, la veremos desde los balcones del piso superior.

Longina les informó de que el mismo Augusto se ocupaba de financiar los juegos más antiguos de la ciudad, dedicados a Júpiter *Optimus Maximus*. La pompa la encabezaban los miembros más jóvenes de la familia de Augusto, los hijos de los pretores y de otras autoridades, unos a caballo, otros a pie formando escuadrones disciplinados por grupos de edad. Tras ellos venían los aurigas llevando de las riendas los caballos de carreras, que precedían al grupo de los participantes en los juegos, cubiertos únicamente con un *subligar*, exhibiendo reluciente y untuoso su musculado cuerpo.

—¡He ahí los cachorros que perpetuarán el poderío de la República! —exclamó Harith—. No puedo negar que los romanos tenéis un sentido innato del espectáculo y de la propaganda.

—Oh, noble Harith, el espectáculo es alegría. Y eso necesita la ciudad. Con tantos extranjeros la criminalidad se ha disparado —informó Longina con voz de cristal, pareciendo que se iba a quebrar con cada movimiento—. Roma ya no es lo que era.

Longina les llevó unos asientos y les sirvió una copa de *mulsum* donde había sumergido unas uvas diminutas cuyo sabor recordaba a las frambuesas. La procesión era larga y difícilmente podrían escabullirse de ella, así que decidieron relajarse y disfrutar del dulzor de la bebida. Habían llegado a Roma el día anterior y aún estaban cansados de la travesía.

Cuando abandonó Berenice, Lucio se había sumido en una extraña nostalgia. No había podido hablar todavía con Harith de los sentimientos experimentados allí, quizá porque aún no era capaz de identificarlos. Había aprendido a vivir cada momento como si no hubiera un pasado y un futuro. Sobrevivir, eso era todo. Allí sentado ante el desfile, mientras oía la cháchara intrascendente de Longina y las pícaras risas de las esclavas que la ayudaban, se sintió feliz y aliviado de haber podido salir indemne. No obstante, una sombra nublaba su alma: no podía apartar de su mente a los que había dejado en Berenice. Contemplando el obsceno despliegue de riqueza y de arrogancia de sus pares romanos, algo dentro de él se rebeló y, casi sin proponérselo, se encontró relatando ante un ceñudo Harith las intolerables condiciones en las que vivían las familias de los convictos, los ancianos y los niños en las minas. Le habló de Onofris y de su familia, de Ameny, de Dohae. Las palabras le salían a raudales.

Hombres, adolescentes y niños vestidos con túnicas púrpura y tocados de colores desplegaban una danza guerrera. Los silenos y los sátiros, cubiertos con pieles de macho cabrío y mantos floridos, se movían en histriónica actitud. Los seguían citaristas, flautistas y portadores de incensarios.

—Ese incienso viene de mi tierra. Yo mismo se lo vendo a Augusto —dijo Harith.

La parada militar continuaba. Era el turno de mostrar las riquezas conquistadas aquel año: vasos de oro y plata, vajillas enteras de metal, páteras, copas y bandejas refulgentes. A continuación llegaron las divinidades: cientos de porteadores exhibían las imágenes de los dioses romanos, griegos y etruscos, de los dioses antiguos, de las Ninfas, las Horas, las Gracias, las Musas y los héroes. La muchedumbre gritaba a su paso, algunos se arrodillaban y se tapaban la cara con las manos, otros elevaban al cielo los brazos.

—¡Mis dioses son más silenciosos! —exclamó Harith con una sonrisa—. Esto es lo que menos soporto de Roma, el ruido. Por cierto, Lucio, espero que aceptes de mí una cantidad idéntica a la de la bolsa de pepitas que perdiste, en concepto de agradecimiento por haberme salvado la vida.

—No, Harith, estamos en paz. Tú me salvaste a mí después, amigo. Me doy por pagado.

—Insisto. Te vendrá muy bien cuando te licencies del ejército y quieras establecerte. Toma —Harith se sacó de la toga una bolsita de cuero y se la alargó—, aquí tienes algo de dinero. Estás sin blanca y, si quieres moverte por Roma, lo necesitarás.

Lucio miró a Harith y sonrió con amargura.

—He sobrevivido mucho tiempo sin un solo as. En meses no pude entrar en la taberna, no quería aceptar las invitaciones de otros para no deber nada a nadie. He tratado con hombres dispuestos a las cosas más abyectas por un vaso de vino. Gracias, Harith. Te lo devolveré en cuanto sea posible.

—¡Eres duro como un camello bactriano! —Harith le colocó un brazo por encima del cuello y se acercó a él para susurrarle—: El desierto te ha respetado, y eso, muchacho, pocos, muy pocos lo consiguen.

Lucio se pasó las manos por las cicatrices de los muslos. Definitivamente, su vida debía de tener un propósito, pero él no acertaba a encontrarlo. A veces, la soledad lo invadía. «Harith está orgulloso de mí. Pero Harith no es mi padre», pensó.

—Por cierto, no quiero inmiscuirme en tus cosas y ya sabes que puedes permanecer en mi casa como si fuera la tuya propia, pero no deberías demorar la visita a casa de tu tía.

Lucio guardó silencio. A su vuelta a Alejandría, después de que Harith hubiese averiguado su paradero, ambos se habían presentado ante Publio Ostorio Escápula. Por él supieron que, a partir de un informe redactado por Pompilio, a Lucio lo habían dado por muerto, de modo que la burocracia militar se había puesto en marcha y se habían enviado cartas a Roma y a Barcino transmitiendo la noticia. El prefecto Escápula se había ofrecido a escribir de nuevo a tía Domicia, pero Lucio le había dicho que él mismo lo haría. Pasaron semanas, durante las cuales escribió decenas de cartas, a su tía, a su padre, a Garza. Nunca llegó a enviar ninguna.

—Tienes razón. Debería haber escrito antes de llegar, pero quería disfrutar del placer de sentirme libre, de no tener que rendir cuentas a nadie ni explicar nada. Lo último que deseo es oír reproches. He desobedecido a mis mayores y no me lo van a perdonar.

—Hablas de tu familia como si fuera un lastre que tu alma arrastra. Escúchame bien, Lucio —Harith apoyó una mano en su hombro—: tu familia te ama, no lo dudes. Y te conoce más de lo que crees.

Lucio sonrió de manera forzada. Harith intentaba animarlo, pero él no conocía a su padre. Además, dudaba mucho de que Domicia supiera cuáles eran sus aptitudes. Todos deseaban que alcanzase la dignidad ecuestre, una buena posición y realizara un matrimonio ventajoso; en definitiva, que prosperase. ¿Qué había hecho él, en cambio? Jugarse la vida entre beduinos y presidiarios en pos de una recompensa lejana e impredecible.

—Iré hoy mismo a ver a mi tía —respondió Lucio— y afrontaré las consecuencias.

La procesión acabó de pasar. Decenas de operarios la cerraban, encargados de recoger los excrementos de los animales con espuertas y escobas de esparto. Harith y Lucio se despidieron de Longina y le agradecieron su amabilidad.

—Vamos a comer algo, me han hablado de una hostería cercana donde cocinan un guiso de calamares que no tiene desperdicio. Después iremos a ver a un amigo sastre para que te confeccione algunas prendas. No puedes ir siempre vestido de soldado.

Como siempre, Harith acertó. Era importante presentarse ante su tía con buen aspecto. Se pasó la mano por la mejilla. La barba le había crecido espesa, tapando la cicatriz. Ya no tenía, al menos, aspecto carcelario. Pero aquella guisa tampoco era la más adecuada, pues la barba era propia de extranjeros y de esclavos. Llevaba, además, el pelo más largo de lo habitual, como lo había lucido en Egipto. Le gustaba conservarlo largo. Se sentía aliviado de haber dejado atrás las minas, pero una parte de sí se resistía a dejar de ser el compañero de Néstor y de Djedi, el eficiente ayudante de Quadrato, el protector de Dohae, el hermano mayor de Onofris, el pupilo de Androgeo, el amante de Arsínoe. Sentía que, si volvía a tener su apariencia anterior, las vivencias de Egipto se esfumarían y volvería a encontrarse de nuevo en casa de tía Domicia, con la terrible carta de Garza en las manos, paralizado por la rabia.

Tras la comida y la visita al sastre fueron a las termas para refrescarse. A la salida, Harith, que nunca se aventuraba por Roma solo, insistió en que uno de los esclavos acompañara a Lucio a casa de Domicia.

Cruzaron el puente con dificultad. Mulos y asnos caminaban trabajosamente bajo el peso de los renegridos capazos, cargados con todo tipo de productos del campo y de pescado acosado por las moscas. La Cloaca Máxima vertía sus inmundicias muy cerca de allí y nubes de mosquitos pululaban cerca de las orillas. Alzó la vista hacia la isla Tiberina y contempló la ristra de peregrinos que cruzaban el puente Fabricio. Se detuvo sobrecogido

ante la visión de la trirreme de piedra con un obelisco en el centro a modo de palo mayor. En el interior de la isla, los sacerdotes de Esculapio atendían a los enfermos que arribaban de toda Italia. El gentío lo empujaba y reanudó la marcha. Avanzó seguido del esclavo hasta la otra orilla del río, donde se respiraba la frescura de los cercanos bosquecillos dedicados a las Furrinas. El sol estaba ya en su curva descendente; en casa de su tía, los sirvientes estarían afanados preparando la cena. O quizá, con un poco de suerte, Domicia habría sido invitada a casa de cualquiera de sus innumerables amigos. Mejor. Así dejaría al atriense la noticia de su visita y ella podría hacerse a la idea con menos brusquedad.

Cuando se hallaron frente a la casa, Lucio le dijo al esclavo que esperara fuera. A la derecha, clavado en la pared, había una figura de Jano bifronte, el dios que conoce el pasado y el futuro.

Pasaron unos minutos antes de que reuniera el valor de llamar al aldabón. Hacía tres años que había partido. Se había ido de allí saturado de dolor, enfurecido con su padre. Las revelaciones de Melampo lo habían sumido en la zozobra y la carta de Garza… No había vuelto a recibir noticias de ella. Nunca recibió respuesta a la misiva que él le envió desde aquella misma casa justo antes de irse a Egipto. ¿Cómo habrían sido esos tres años si hubiera seguido el camino marcado por tía Domicia? ¿Su decisión de enrolarse como soldado había sido dictada por la rabia? Tres años atrás había cerrado aquella puerta tras de sí. Estaba a punto de comprobar si Jano lo juzgaba digno de volverla a franquear.

Llamó con decisión, una, dos, tres, cuatro, cinco veces, como acostumbraba a hacer en su casa de Barcino. Se alisó la túnica nueva y colgó los pulgares del cinturón militar, del cual pendía la daga de Rufulus. Respiró hondo para disipar el nerviosismo. No era el mismo. En aquellos tres años la vida lo había transformado. Pero aún no sabía de qué forma. La puerta se abrió.

—¡Madre! ¿Qué… qué haces aquí? —balbuceó Lucio, anonadado.

Tila estaba inmóvil. Lucio solo percibió un ligero temblor en sus labios, como si se forzara a sonreír y los músculos no la secundaran. De repente, lanzó un alarido y cerró de un portazo. Lucio seguía estupefacto. ¿Su madre en casa de tía Domicia? ¿Acaso…?

La puerta volvió a abrirse y apareció Quinto, con una sonrisa irónica.

—¡Quinto! ¿Qué está pasando? —preguntó Lucio, sin poder disimular su ansiedad.

—Eso tendrás que decirlo tú. Tu madre cree que vienes de entre los muertos a llevarte a tía Domicia, ha salido corriendo como si la persiguieran todos los demonios… ¡Pero dame un abrazo!

Se abrazaron fuerte, para luego observarse cogidos por los brazos, con los ojos brillantes.

—No sabes cómo me alegro de verte, *mentula*. Pensaba que no ibas a venir, sé que llegaste ayer, pero la familia no sabe nada.

Quinto se apartó y apareció la figura menuda de su tía Cincinata. Lucio no tuvo tiempo de preguntarle a Quinto cómo se había enterado de que había llegado a Roma, porque Cincinata le echó los brazos al cuello y le cubrió la cara de besos. Después se apartó y se lo quedó mirando como si fuera un recién nacido. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras decía:

—¡Alabados sean los dioses que nos ofrecen este júbilo en medio de estos momentos de dolor!

Cincinata volvió a abrazar a un Lucio que no conseguía perder la rigidez. Había ensayado cientos de veces el reencuentro con tía Domicia, pero de nada le había servido, porque nunca se habría imaginado que encontraría allí a toda la familia. ¿Estaría también su padre? Titubeó antes de entrar en la casa. No estaba preparado para enfrentarse a su padre. Todavía no.

De la mano de Quinto y de Cincinata, caminó hasta el peristilo de las aspidistras. Todos los esclavos salieron para verlo. Algunos alargaban la mano para tocarlo, pero no osaban. Alguien dijo: «Viene para llevarse a la *domina*».

—Voy a por tu madre, Lucio; espero que se haya recuperado ya del susto, pobrecita —dijo Cincinata.

—¿Qué pasa, Quinto? ¿Por qué están aquí? ¿Y tía Domicia?

—Siéntate, primo. ¡Traed, vino! ¡Rápido! —ordenó a unos esclavos extasiados, incapaces de apartar sus ojos del recién llegado—. A ver si recuperas el color.

Lucio se sentó en el poyete del estanque y, como un rayo, la figura de Melampo le cruzó por la mente. Quinto se sentó a su lado.

—Poco después de que partieras, hace tres años, Domicia empezó a encontrarse mal. Perdió mucho peso y cada vez se sentía con menos fuerzas. Nada de lo que comía le sentaba bien, y poco a poco se fue recluyendo en casa. Te advierto, primo, te va a costar reconocerla. Desde hace unos meses sufre de fuertes dolores en todo el cuerpo y ni siquiera Antonio Musa, el médico de Augusto, ha podido hacer nada. Últimamente le cuesta dormir… Dice que teme no despertar. Mi madre y Tila llegaron hace un mes.

—¿Y mi padre? ¿También está aquí? —inquirió Lucio sin esconder su ansia.

—No, no está en condiciones de viajar —respondió Quinto. Lucio respiró hondo sin saber qué era lo que sentía, si alivio o decepción—. Garza sí ha venido.

Garza. Garza estaba allí. Le gustara o no, había llegado la hora de empezar a poner en orden ideas y sentimientos. Hacía unos momentos, frente a la puerta, se había hecho el firme propósito de hablar sinceramente con su tía, expresando con claridad sus convicciones y sus anhelos. Pues bien, quizá no pudiera hacerlo con Domicia, pero sí con Garza. Se lo debían. El uno al otro. Quinto, consciente de la tormenta que se desataba en el corazón de su primo, habló de nuevo:

—Lucio, a Domicia no le queda mucho. Intentemos hacerle agradables sus últimos días, te lo ruego.

—Pues claro, Quinto; por supuesto.

—Habrá que prepararla, no creo conveniente que te presentes ante ella de buenas a primeras. —Quinto reparó en que todos los esclavos seguían allí, mirando a Lucio como si se tratara de una aparición y sin atreverse a servirle —. ¡Qué miráis! Mi primo está vivito y coleando. Solo se trató de un error.

Un error, pensó Lucio. Un error que casi le cuesta la vida. Un tremendo error que lo había marcado tan profundamente que ya no se reconocía a sí mismo. Una cosa era cierta: ya no tenía dudas sobre lo que deseaba y lo que no.

Dos niñas bajaron la escalera. Una de ellas llevaba en brazos a un niño más pequeño, de unos dos años. Se acercaron a Lucio para tocarlo. Formaban un trío colorido: una de las mayores parecía germana, la otra era africana y el más chiquito tenía unos preciosos ojos claros.

—¡No es un fantasma! —gritaron ambas—. ¡Hay que decírselo a Garza!

Salieron corriendo escaleras arriba con el pequeño en brazos y desaparecieron, ante el estupor de Lucio y la expresión burlona de Quinto, que miraba a su primo con una mal disimulada sonrisa.

—Me alegro tanto de verte… Esta noche pillaremos una melopea para celebrarlo, ¿me oyes? De las que hacen historia.

—Oye, bribón, ¿cómo sabes que llegué ayer?

—Tengo buenos contactos en el ejército.

—Por cierto, qué fantástica causalidad que estés de permiso justo en este momento. Todo esto me sería mucho más difícil si no estuvieras aquí, te lo

confieso. Tienes que explicarme tus correrías por Germania. ¿Aún estás allí? ¿Por qué no contestaste a mis cartas?

Quinto estaba igual. Rizos rubios, perfectos como los su madre, dominando la situación siempre con un gesto desenfadado, ocurrente, elegante sin proponérselo, el vivo retrato del abuelo Primo. Lucio se preguntó qué consideración sentían los Domicios hacia él. ¿Lo tenían por un sucio hispano, hijo de un campesino, nieto de un galo greñudo? Publio Ostorio Escápula, amigo de la familia, se había expresado con claridad. ¿Quién era él para su tía, con quien había convivido escasamente unas semanas en toda su vida?

«Ciertamente —pensó—, un linaje ilustre aporta aplomo y prestancia», no había más que ver a Quinto. Sin embargo, la verdadera seguridad en uno mismo no se deriva de una parentela rica. Néstor, Djedi, hasta al mismo Anpu, el chico alejandrino devoto de Serapis, todos ellos, siendo de familias humildes, sabían cuál era su lugar en el mundo y estaban convencidos de estar en el camino correcto. Rezumaban una serenidad que él desconocía. Cuántas veces se había preguntado por qué su madre, siendo una Domicia, demostraba siempre un estado de ánimo errático y malhumorado.

Entonces la vio acercarse, con pasos vacilantes, la mirada huidiza, joven aún pero ya vieja y malcarada, llevando la tristeza como un aura oscura que la aislaba del mundo. Le colgaban del cuello varios talismanes y llevaba los puños cerrados sosteniendo otros tantos. Un sentimiento nuevo hacia ella le recorrió la espina dorsal, pero no supo identificarlo. Era la viva imagen del desconsuelo, le intentaba hablar, pero no podía articular palabra. Lucio le besó la frente, ella le palpaba la barba.

—Tranquila, madre. Estoy aquí. Todo se ha tratado de un error. Estoy vivo, muy vivo.

Tarquinia, la esclava etrusca, se acercó para decirles que podían pasar al *triclinium*. Un murmullo de risas infantiles irrumpió en la escalera. El niño más pequeño bajaba los escalones uno a uno, agarrándose a la baranda de madera oscura. Lucio lo cogió en brazos y lo observó. Solo verlo minutos antes ya había adivinado de quién era hijo. Tenía el genio de su madre, y por fortuna nada en él recordaba a Vibio. El niño se echó a llorar y alzó los bracitos hacia la escalera. Unos pies descalzos, de largos dedos y uñas muy recortadas, pies de plantas duras acostumbrados a la hierba y al rastrojo, bajaban con parsimonia. Los habría reconocido entre miles. A Garza le gustaba andar descalza. Alzó la vista y la miró, para comprobar que

conservaba el porte erguido y desafiante con que lo despidió en el puerto de Barcino.

Al verla de cuerpo entero, frente a él, Lucio se estremeció. No recordaba que fuera tan hermosa. Llevaba el pelo dorado recogido como las matronas, pero sus ojos seguían despidiendo el mismo fulgor de esmeralda. Vestía una túnica violeta ceñida bajo el pecho que le dejaba los brazos al descubierto.

—¡Ven aquí, desagradecido! —gritó Tila tras de él, sobresaltándolo. Lucio depositó el niño en el suelo y se volvió hacia ella—. ¿Has visto lo que pasa cuando uno se desvía del sendero marcado? ¡Por poco nos matas del disgusto a tu padre y a mí! —A medida que hablaba, iba recobrando su exagerado sentido de la teatralidad. Señaló el suelo con el índice y dijo—: ¡Arrodíllate y pídeme perdón!

Lucio apretó los labios y dejó que las palabras se ahogaran en su garganta. Era su madre, y sin embargo, lejos de estar deseoso de abrazarse a ella, sintió ganas de abofetearla.

—¡Mírate! Pareces un esclavo. —Tila se acercó a él y le cogió las manos. Las tenía encallecidas por el duro trabajo en las minas. Lo miró con desprecio, entre lágrimas, diciendo—: Eres una vergüenza para mi familia.

Lucio sintió cómo la furia le inundaba todo el cuerpo. Miró a Quinto, a Cincinata. Garza se arrodilló y susurró algo en el oído de su hijo. El niño echó a correr hacia Lucio, lo cogió de la mano y le dijo:

—¡Ven, ven, pez en *tanque*!

Lucio alzó al niño en brazos y lo besó. El contacto con su cuerpecito tierno lo calmó. Le contestó que antes de ver los peces debía acabar de saludar a toda la familia. Cincinata habló:

—¡Tila! Acabas de recuperar a tu hijo, a quien creías muerto, ¿y así es como lo recibes? ¿Humillándolo? ¡Basta de lágrimas, pareces una Níobe!

—¡He pasado un infierno por culpa de este hijo insensible y egoísta! —Tila, hecha un mar de lágrimas, dio una patada al suelo.

El niño echó a llorar y Lucio se lo entregó a Garza. Al rozarse sus brazos, se miraron un instante. Garza le regaló una sonrisa fugaz que le infundió ánimo.

—Querida hermana —intervino Cincinata—, ¡alguien olvidó darte algún cachete cuando eras niña! Aquí solo hay una egoísta: ¡tú! Para él tampoco ha sido fácil. ¡Regocíjate de que esté vivo!

—¿Pero es que no lo ves? ¿Qué es todo ese pelo? Parece un galo, si su padre lo viera…

—¡No sé por qué razón se disgustaría! —contestó Lucio—. Él mismo era hijo de Atisio, el galo, ¿no es así como se llamaba mi abuelo? Un galo greñudo. —Hacía esfuerzos por mantener la compostura—. Madre, los Domicios hace siglos que sois romanos, ¿y qué? Los galos hace siglos que son galos, y los árabes, y los númidas, y te aseguro que en el campo de batalla caen con la misma dignidad que los romanos.

—¡Vino! ¡Eso es lo que necesitamos! —dijo Quinto dando una palmada en el aire—. Alzaremos la copa por el regreso de Lucio Celio.

—Adelántate tú con las mujeres, aún no he saludado a Garza.

Lucio avanzó hacia ella en dos zancadas y la rodeó con sus brazos. Garza estaba rígida y contenida, pero la respiración agitada revelaba su nerviosismo. Se separaron y Lucio le cogió las manos. Se contemplaron un rato, en silencio.

—La mejor sorpresa, Garza, poder verte y conocer a tu hijo. ¿Ha venido Vibio?

No abrió la boca, apretaba los labios con fuerza. Siempre tan orgullosa, Lucio sabía que no derramaría ni una sola lágrima aunque tuviera que hacer todas las muecas del mundo. Ladeó la cabeza de un lado a otro, incapaz aún de proferir una sola palabra. A él le costaba soltarla, necesitaba convencerse de que era de carne y hueso. Estaba en Roma, con Garza y con su familia.

—Perdona, Lucio, si nuestra reacción no es la que te gustaría. Durante meses te hemos dado por muerto —dijo ella con un hilo de voz.

Su nombre le sonó extraño en los labios de Garza, y anheló con fuerza volver a ser Lug. Se llevó las manos a los labios. Garza las retiró con firmeza.

Una manita tironeó la túnica de Lucio:

—¡A mí! —dijo el niño poniéndole las manos en alto para que se las besara.

Lucio se agachó y se las besó. Luego fue él quien extendió sus manos. Cerró los ojos y el niño le dio varios besos.

—Mmmm, qué suave, ¿son las patas de una mariposa?

—¡Vamos! Nos están esperando para cenar —dijo Garza azorada.

El niño se agarró de las manos de ambos y se dirigieron al *triclinium*. Quinto ocupaba uno de los lechos con su madre, Tila y Lucio ocuparon otro. Garza prefirió sentarse en un escabel con su hijo en el regazo. Llegaron los primeros platos: repollo hervido con comino y vinagre, y huevos duros.

—¿Cómo se llama tu hijo? —preguntó Lucio a Garza.

—Aulo.

—¡Es Gayo! ¿Por qué te empeñas en crisparme los nervios? —gritó Tila —. Lucio, hijo, explícale a esta mujer tozuda que no es la madre quien decide el nombre de sus hijos, sino el padre.

—¡Vais a confundirlo! El niño debe saber cómo se llama —dijo Cincinata —. Garza, sabes que le corresponde llamarse Gayo.

—El niño tiene un genio endiablado, como Gayo —dijo Tila, tras apurar de un trago una copa de vino—, así que el nombre le viene bien.

Lucio había echado de menos muchas cosas, pero eso no: La atmósfera pesada y negra que su madre arrastraba allá donde iba. No recordaba haberla visto nunca feliz, relajada. De niño aprendió a rehuirla y desde entonces su relación había sido distante. Desde el umbral de la puerta se oyó una débil voz:

—¿Es que nadie cuenta ya con la dueña de la casa? ¡Servidme el mejor vino de la bodega! Quiero celebrar la vuelta a la vida de mi sobrino Lucio —dijo una Domicia avejentada y huesuda desde la silla de mano en que la transportaban dos esclavos.

—¡Hermana! ¿Cómo se te ocurre salir del lecho? —exclamó Tila.

Lucio se levantó y fue hacia ella. Echó una rodilla al suelo y cogió su mano entre las suyas. La oronda y risueña mujer era una sombra de sí misma.

—Querida tía, perdóname si te he ofendido. El prefecto Escápula me exigió un precio demasiado alto por el anillo de caballero. No pude aceptar su ofrecimiento.

—Levántate, Lucio Celio. —Un esclavo cogió en brazos a Domicia y la sentó en el triclinio, donde se recostó—. Eres un orgullo para esta familia. Confío plenamente en ti. Tuviste razones poderosas para rechazar a Escápula. Sé que eres un hombre juicioso. Hiciste lo correcto, y no se hable más. ¿Traéis ya el vino, panda de holgazanes? ¡El Falerno!

Lucio miró a su alrededor, a su familia patricia. ¿Qué importaba ya tanto afán, tanta preocupación, tantas noches en blanco? Su tía lo había perdonado, sin más. Y él conocía muy bien la razón. Domicia, como todo aquel que se acerca a la fosa del *mundus*, sabía que la muerte, como el desierto, todo lo borra, todo lo iguala, dejando en pie únicamente las verdades justas y esenciales.

Cuando volvió a su lecho, antes de acomodarse, se acercó al niño, aún en el regazo de Garza, y le dijo:

—Ave, Aulo. Te saluda tu tío Lug.

35. LA RED

La emoción vivida con la llegada de Lucio debilitó a tía Domicia de forma irremisible. Esa misma noche mandó llamar a sus abogados y, cuando se hubieron marchado, pidió que trasladaran su lecho al peristilo. Deseaba pasar sus últimas horas al aire libre. La colocaron en el rincón de las hortensias.

Quinto ofició las libaciones a los dioses familiares en el *lararium*, como el varón de más edad de la familia. Lucio se marchó temprano a casa de Harith para recoger sus cosas e instalarse en la casa de los Domicios, en la misma habitación que tres años atrás. Cuando volvió, el *tonsor* acababa de afeitar a Quinto, y Lucio le pidió que le cortara el cabello y le afeitara la barba. Su madre y su tía contemplaron la transformación.

—No parece que la tía esté tan mal —dijo Lucio, ante la mirada de desaprobación del *tonsor*, quien intentaba pasar la cuchilla por el labio superior—. Ha adelgazado mucho, pero ayer la vi muy enérgica.

—Nosotras llevamos un mes aquí —repuso Tila—, y ayer fue la primera vez que la vimos levantada y con esa actitud. ¡Tarquinia! —Tila llamó a una de las esclavas—. Sírvenos algo de vino, necesitamos levantar el ánimo.

—Tu presencia la alegró mucho —añadió Cincinata mientras miraba severamente a Tila.

Lucio preguntó por Quinto.

—Preparando lo que se avecina. Se ha llevado a Garza y al niño. La pobre muchacha se ahoga dentro de estas cuatro paredes —dijo Cincinata—. Lucio, hijo, sácala a pasear de vez en cuando, os conocéis desde niños y os hará bien hablar, ¿no crees, Tila? Quién sabe cuándo volverá a Roma, y ahora que es madre de una criatura romana, deberías llevarla a visitar los lugares sagrados. Si no, me temo que mis sobrinos de Barcino conocerán mejor a sus dioses peludos con cornamenta que al mismísimo Júpiter. Por más que lo intenta, Garza no consigue liberarse de la rusticidad.

—Aulo tiene un padre romano que debería ocuparse de esas cosas, ¿no crees, tía? Estos últimos años no han debido de ser fáciles para ella —contestó Lucio, intentando disimular su enojo.

—El niño no se llama Aulo, se llama Gayo. Y no estés tan seguro, hijo, de que ese haragán maleducado que tiene por marido haga nada al respecto —intervino Tila, tras apurar de un trago una copa de vino.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, madre, creo que el primer hijo de Garza debería llamarse Aulo. Barkal también era abuelo de la criatura.

—Era. Está muerto, y tu padre está vivo. Además, tiene preeminencia el abuelo paterno —replicó Tila.

Sonaron unos aldabonazos en la puerta y el atriense la abrió. Aparecieron Quinto y Garza, quien llevaba a Aulo en brazos. Lucio, ya afeitado y con el pelo corto, se acercó a ellos y Garza profirió una exclamación:

—¡Por la diosa del manantial! ¿Qué te ha pasado en la cara?

Aulo alargó sus manitas hacia Lucio y este lo cogió en brazos. El niño le pasó la mano por la mejilla, señalando la cicatriz, y dijo:

—¿Pupa?

—No, Aulo. No pupa. —Lucio le cogió la manita y le besó la palma. Después le levantó el brazo y le hizo pedorretas, arrancando de su garganta unas sonoras carcajadas que hicieron sonreír a todos. Garza recuperó a Aulo y dijo:

—Voy a estar un rato con Domicia. Vosotros tendréis muchas cosas de qué hablar.

—Gracias, Garza, por ofrecerte —dijo Cincinata—. Aunque cualquier asunto del que hablemos también te concierne a ti, eres de la familia. Vamos, sentémonos juntas un rato con Domicia.

Quinto se fue al *tablinum*, extendió varios rollos sobre la mesa y empezó a estudiarlos, ábaco en mano. Lucio invitó a Tila a sentarse junto al estanque. Estaba inquieto. Sentía la necesidad de hablar con su madre. Normalmente habría rehuido su enervante compañía, y sin embargo notaba una emoción diferente. Era la primera vez que la veía después de conocer la información que le relató Melampo.

—Madre, tú conociste a Melampo, al secretario del abuelo. Cuando estuve aquí, me contó muchas cosas sobre mi padre y sobre el abuelo. Me contó acerca de vuestro matrimonio.

Tila lo miró, impasible, y dijo:

—Tu padre casi ha perdido el habla desde el ataque que tuvo por culpa de tu carta. ¡Tarquinia! ¿Dónde estará esa necia?

—Ya lo sé, me lo recordabas en cada una de tus cartas. Madre, solo eras una niña, fue muy duro para ti vivir sola en Barcino con mi padre. No sabía nada.

—¡Tarquinia! ¡Sírveme más vino! —gritó Tila—. Si tu padre no te ha escrito es porque medio cuerpo lo tiene paralizado y se apoya en un bastón cuando camina. Sería para él un enorme esfuerzo escribir o dictar una carta

entera. —Tila se echó lentamente el manto de seda color canela por la cabeza para evitar que el sol le bronceara la cara. Se bebió un segundo vaso como si fuera agua. Lucio se sirvió un poco en la misma copa y lo probó. Era vino puro, sin rebajar.

—Madre, todo eso ya me lo has dicho; te hablo de Melampo y de las cosas que me contó. —Empezaba a irritarse. ¿Lo hacía a propósito? Dejó pasar unos minutos y lo volvió a intentar—. Nunca me has contado nada de ti.

—Nos has decepcionado tanto… —Lo dijo casi en un susurro. Lucio identificó entonces una de las razones por la que siempre acababa irritado tras hablar con ella: aquella extraña manera de clavar sus ojos en él, pero sin verlo.

—Con el respeto que te debo, déjame decirte que tú y padre también me habéis decepcionado. Muchas veces.

—¡No te imaginas cuánto he llorado, aunque tampoco te importa! —Tila gritó con rabia, estampando la copa de cristal fenicio contra el suelo.

—No hace falta que llores por mí. —Lucio se puso en pie, pero siguió hablándole—. Sé cuidarme muy bien solo. Llora por ti, por toda la ira que te impide ser feliz. Melampo me lo contó todo, madre; no quieras ocultarme la verdad. Fuiste una moneda de cambio entre dos hombres que no te querían.

—¡Lucio! —Cincinata, que no había perdido detalle, se levantó de un salto y se dirigió hacia él.

No habría querido herirla, ¿o quizá sí? Él también se sentía colmado de resentimiento y el magma que bullía en su interior hacía tantos años había encontrado una grieta por donde aflorar. Su madre se había quedado muda, con los ojos idos. Cincinata lo agarró de un brazo y se lo llevó hacia el *tablinum*.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso a tu madre delante de su hermana moribunda?

—Lo siento, tía, lo siento tanto… No ha dejado de atacarme desde mi llegada, ni siquiera me ha preguntado cómo me hice la cicatriz que me cruza la mejilla, ni cómo me destrocé las piernas. —A Lucio le temblaba el mentón. Miró a su tía con tristeza y dijo—: No recuerdo que me haya dedicado nunca un solo momento de cariño. Ni siquiera cuando era pequeño.

—Oh, querido… —Cincinata corrió la cortina del *tablinum* y ambos se sentaron—. Debes saber algo. Cuando tenía quince años, Tila era la joven más deseada de Tarraco. Todos estábamos seguros de que haría un gran matrimonio, quizá con alguien del séquito del emperador, o al menos eso le hacía creer mi padre. Un día apareció Gayo Celio por casa y… mi padre lo

presentó como el futuro marido de Tila. Ella lloró y suplicó durante días, pero mi padre la casó por la fuerza. A los pocos meses, ya embarazada de ti, murió nuestra madre, a quien Tila estaba muy unida. Algo dentro de ella se quebró. La hija menor del poderoso Primo Domicio pasó su primer embarazo sola, en una granja de cerdos y cabras, porque eso era tu casa antes de que tú nacieras, mientras tu padre pasaba los días y las noches ocupado en la construcción de la colonia. —Lucio la miró con gesto grave—. Compréndela, Lucio; tú no has sido el único que ha sufrido.

Lucio descorrió la cortina y buscó a su madre con la mirada. Garza se había levantado y le había soltado la cabellera. Se la cepillaba con parsimonia mientras ella sostenía en su regazo a Aulo. Había sido cruel al verter su rabia sobre ella. Cincinata le había confirmado lo que Melampo le había contado: su madre había sido una víctima más en aquel perverso juego de ambiciones. Era incluso posible que ni siquiera supiera el porqué de su extraño matrimonio. Se avergonzó. Tan absorto había estado en sí mismo que no había reparado en las consecuencias que el chantaje de Gayo había acarreado en el ánimo de Tila.

—No te atormentes, Lucio. Nadie tiene la culpa, ni tú ni ella —le dijo Cincinata con una amorosa sonrisa.

Lucio salió del *tablinum* y se acercó a Tila. Garza se llevó a Aulo y los dejó a solas. Él alzó la barbilla a su madre y la observó con su mirada recién estrenada. Era la más agraciada de las tres hermanas, y sin embargo en su mirada azul grisáceo había algo inquietante, algo huidizo que de pequeño lo atemorizaba. Intentó contemplarla sin acritud, sin resentimiento, y vislumbró la amargura de una vida soñada y nunca vivida, la soledad de una niña asustada. El sufrimiento había despertado en Lucio la intuición de reconocer a las almas atormentadas. La abrazó con fuerza. Una ráfaga de brisa llevó hasta ellos la fragancia del espliego en flor. Le cogió las manos y se las besó, ante una Tila completamente desconcertada. Entonces le dijo:

—Madre, no deberías beber tanto.

¿Por qué en aquel momento le vino a la mente Cleopatra, la hija de Onira, la bailarina gaditana? Lo supo de pronto: los ojos de su madre le recordaron a los de ella. Mares grises, plomizos. Naufragios humanos.

* * *

El lecho de Domicia permaneció en el peristilo. La familia se turnaba para estar con ella día y noche. Los esclavos etruscos murmuraban, juzgaban inadecuado que un moribundo estuviera expuesto a la luz del día. Según ellos,

su condición aconsejaba recluirla en el silencio y la oscuridad de su cuarto, así el espíritu se iría acostumbrando a la vida que le esperaba. Tampoco aprobaban que los niños jugasen a su alrededor, aunque hubiera sido la misma Domicia quien lo había permitido. Decían que, en el caso de producirse la muerte, el espíritu estaría tan desorientado que podría atacar a quien tuviera a su lado.

La situación se desbordó cuando las dos esclavas encargadas de lavar y peinar a Domicia se negaron a seguir haciéndolo. Tila subió a su cuarto a rebuscar en su cofrecito de amuletos. Tampoco ella estaba segura de que fuera buena idea exponer a la moribunda sin protegerse. Bajó con unas filacterias que anudó a la muñeca de cada miembro de la familia. Cuando Quinto supo del comportamiento de las esclavas, montó en cólera:

—¿Qué se han creído esas necias? ¡Habrá que golpearlas! —reaccionó Quinto muy enojado—. Ya le aconsejé hace tiempo a tía Domicia que vendiera a los etruscos y comprara esclavos más dóciles. ¿Dónde hay un látigo en esta casa?

Las niñas, que jugaban a las cocinitas con pequeños utensilios de madera, al oír la conversación se esfumaron. Garza recogió del suelo a Aulo y dirigió a Lucio una mirada entre ansiosa y enfurecida.

—Quinto, intentemos convencerlas de otra manera. En el estado de tía Domicia, deberíamos evitar este tipo de situaciones —dijo Lucio.

—Yo podría hablarles. Estoy segura de que comprenderán —propuso Garza.

—Está bien —contestó Quinto—. Pero hay esclavos que solo entienden a golpes.

Lucio y Garza entraron en las cocinas. Al verlos, los tres etruscos, dos mujeres jóvenes y un hombre mayor, se sobresaltaron. El hombre dejó de moler la harina en el molino de piedra y se puso en pie de un salto:

—¡No te acerques, joven señor! Estás recién llegado del mundo de los muertos y nadie te ha limpiado.

—No he estado entre los muertos —dijo Lucio. «Sólo entre muertos vivientes», pensó—. Mi familia creyó que había fallecido, pero he estado en el desierto, en unas minas muy remotas, y he vuelto de allí sano y salvo.

—¿En unas minas? —saltó Garza—. ¿Cuándo nos lo vas a contar todo?

—Joven señor, permíteme que te limpie, solo será un instante —dijo una de las mujeres. Al ver que Lucio asentía, cogió un huevo de una cesta, se acercó a él y empezó a pasárselo alrededor de su cabeza mientras hablaba en una lengua completamente desconocida. Prosiguió por el pecho, los brazos, el

abdomen y las piernas. Cuando acabó, estrelló el huevo contra el suelo. El mal estaba conjurado.

—Sé que no aprobáis que Domicia esté a plena luz. Ella os ha dado cobijo, os ha alimentado, vestido y ocupado de vosotros como una madre, ¿no es así?

—Sí, señor. Ha sido una buena ama —respondió el hombre.

—¿Creéis entonces que cuando su espíritu se libere atacará a aquellos que estima? No, al contrario: si nos esmeramos en hacer agradables sus últimos días, su espíritu nos lo tendrá en cuenta.

Los esclavos se miraron entre ellos y después miraron a Lucio con cierta desconfianza. Entonces habló Garza:

—Mi padre era íbero y mi madre cántabra. Ellos me decían que los espíritus nunca abandonan a la familia, cuidan de ella y la guían desde el otro mundo. Os aseguro que no ha habido un solo día desde su muerte que no los haya sentido cerca de mí. No debéis temer a los espíritus de las personas buenas. Cuidad de Domicia y ella cuidará de vosotros cuando muera.

Los esclavos se acercaron y cuchichearon. Habló el mayor, Turso:

—Hay sabiduría en vuestras palabras. Túscula y Tarquinia se ocuparán ahora mismo de la señora.

Lucio agarró a Garza del brazo cuando se retiraba diciéndole:

—No hemos hablado a solas todavía. A la hora de la siesta me quedaré con Domicia. Quédate conmigo un rato, te lo ruego.

Garza levantó la mano y la acercó a la cara de Lucio. Hizo un amago de acariciarle la cicatriz, pero ni siquiera lo rozó. A él se le erizó el vello. Era superior a sus fuerzas, a todo lo que la razón le dictaba. Deseaba con fuerza su contacto, su calor. Llegaron a su mente las imágenes de otras siestas pasadas juntos, cuando buscaban los rincones solitarios de la casa de Gayo y se acariciaban con el ansia de dos jóvenes amantes.

* * *

La comida fue frugal. A las doce en punto, los esclavos montaron una mesa sobre caballetes en el peristilo y sirvieron las sobras de la cena del día anterior. Domicia no comió, excepto algunos sorbos de caldo de gallina. Cincinata se le acercó y le puso en la boca un pedacito de torta de miel. La moribunda sonrió e intentó tragarlo, pero no pudo.

Después de la comida hubo que tapar a Domicia, pues la temperatura había descendido. El otoño se asentaba. Pidió hablar con Quinto y con Lucio.

—Sobrino —Domicia hablaba en un hilo de voz—, debes hablar con Lucio, ahora. En mi presencia. Sé breve. No me quedan fuerzas.

—Antes necesito saber cómo estabas enterado de mi llegada. Nadie excepto Harith y yo lo sabíamos —reclamó Lucio.

Quinto juntó las manos y se las llevó a los labios. Miró a Lucio y sonrió:

—No he estado en Germania, sino aquí en Roma. Fui yo quien siguió tu rastro hasta Berenice y di contigo.

Lucio frunció el ceño y puso cara de extrañeza.

—¿Cómo dices? ¿Tú sabías que yo estaba en Berenice?

—Tras la noticia de tu muerte, pedí que me enviaran tus cosas. Me dijeron que se habían perdido. Entonces exigí ver tu placa de identificación y me aseguraron que los beduinos la habían rapiñado. Todo era muy extraño, así que contacté con Harith, pues yo sabía que estabas destinado en el destacamento que acompañaba a su caravana. En el *hydreuma* de Compasi, Harith buscó tu tumba y tu placa, y Secundino solo le habló con evasivas.

—Secundino, el oficial responsable del fortín, y Mamerco Pompilio, el comandante de mi destacamento, me enviaron a Berenice. Estoy seguro de que fueron ellos quienes robaron mis cosas y una bolsa de pepitas de oro que cayó en mi poder durante el combate.

—Pompilio decía en su carta que habías muerto. Pero no contó con que un ayudante del *valetudinarium* te recordaría. Por él supimos de tu recuperación. Cuando Harith le preguntó a Secundino, este de repente se acordó de que te habías salvado, pero que habías escapado.

—Ya… y unos *sementiu* me encontraron en el desierto y me llevaron hasta Berenice. Conozco la historia.

—Harith me escribió desde Compasi diciendo que iba en tu busca. Estaba dispuesto a encontrarte vivo o muerto.

Había dado por hecho que habría sido el árabe de quien habría partido la iniciativa de buscarlo. Había llegado a pensar que los Domicios lo detestaban, cuando en realidad le debía la vida a su primo.

—Sí, pero…, ¿por qué Harith no te mencionó? Además, aún no sé cómo supiste que habíamos llegado a Roma. Ni Harith ni yo escribimos desde Alejandría. Yo estaba convencido de que, después de lo ocurrido, tía Domicia no querría volver a verme. —Se volvió hacia su tía y le tomó la mano—. Publio Celere, el prefecto de las minas, me dio la posibilidad de escribirte desde Berenice, pero yo daba por hecho que estarías furiosa conmigo, más que mi padre, y no lo hice. Intenté resolver el problema con mis propios medios. Ahora veo claro por qué Celere no acababa de creer en mi inocencia.

Era demasiado raro que no quisiera escribir a mi familia para salvarme. Todos me tomaron por un espía.

Quinto sonrió extrañamente y dijo:

—No les culpo. Yo habría pensado igual. Lucio, escucha, hay algo muy importante que debo decirte. Pompilio no es tonto. Sabe que Augusto hace tiempo empezó a formar una red de informadores. —Se acercó a él y le habló quedamente a la altura del oído—: Actuamos secretamente y solo rendimos cuentas al emperador. Harith forma parte de ella.

Lucio dio un respingo. ¿Su primo Quinto y Harith? ¿Informadores? Era lo más descabellado que había oído en mucho tiempo. ¡Claro! Por eso sabía que habían desembarcado en Roma.

—¡Por todos los dioses, Quinto! ¡Explícate!

Quinto echó un vistazo rápido al peristilo para asegurarse de que no había nadie cerca. Todos hacían la siesta. Era un buen momento para hablar.

Domicia, que parecía ausente de la conversación, abrió los ojos de repente y dijo:

—Soy yo quien debe suplicar tu perdón, Lucio. Confié… en Publio Ostorio…, los informes… Ya no es de fiar. Todo se corrompe en Alejandría.

—¿Los informes? Pero ¿tía Domicia también está metida en esto? —preguntó Lucio, sin creer lo que estaba escuchando.

—Tía Domicia colaboraba poniendo a disposición la casa para que se pudieran efectuar encuentros secretos durante las cenas que organizaba. ¿Nunca te has preguntado por qué el archivo del abuelo es tan extenso? Augusto no quiso que el archivo de la red estuviera en una dependencia oficial, por eso se guardan aquí todos los informes secretos. Melampo era el archivero.

¡Melampo! El secretario que guardaba los secretos. Sintió un estremecimiento. Podía sentir su espíritu entre los muros de la casa.

—Dile, Quinto, dile… —Domicia perdía las fuerzas por momentos.

—Se te envió a Egipto para que te familiarizaras con el país. Esperábamos que tu destino fuera tranquilo. Tía Domicia quería proponerle a Augusto que trabajaras desde allí para nuestra red. Pero la cosa se complicó.

—¿Se complicó? ¡Tú mismo me animaste a enrolarme como soldado raso!

—Es cierto. Yo no estaba de acuerdo con el plan. Ya era bastante con que fueras el peón de tu padre como para que también fueras el de Augusto.

Domicia agitó una mano para indicarle a Lucio que se acercara. Este pegó su oído a la boca de su tía:

—Perdóname, Lucio, no imaginé que tu deseo de ser ingeniero fuera tan vehemente.

—¿Qué te voy a perdonar, tía, si en nada me has ofendido? —susurró Lucio.

—Estás vivo… Me voy feliz, y orgullosa de vosotros dos. Con mi padre acabó la estirpe de los Domicios Calvinos. Habladle a vuestros hijos de nuestros antepasados, de mi padre, de mí…

Lucio cruzó su mirada con la de Quinto. Hasta entonces no había sido consciente de que no había ningún varón que continuara el linaje de la familia Domicia Calvina. Quinto era un Valerio, llevaba el *nomen* de su padre, y él era un Celio. Pero no era eso lo que alteraba su ánimo, sino otra cosa, algo mucho más importante que los apellidos. Los Domicios lo apreciaban, contaban con él como uno más de la familia. Quinto lo había tratado de igual a igual y le había salvado la vida.

No pudo evitar pensar en su padre. Despreciaba a los Domicios, y sin embargo deseaba convertir a su hijo en uno de ellos. Habían cesado sus cartas desde que supo que se había enrolado como soldado. Habría encajado mejor una reprimenda, una bravata de las suyas, o incluso que lo desheredase. Aquel silencio lo torturaba. Si en algún momento había creído que su padre se sentiría orgulloso de verlo en las legiones había estado muy equivocado. Quizá porque su ambición estaba por muy por encima de eso.

Domicia entró en un profundo sueño. Quinto se retiró y Lucio se quedó contemplando el estanque junto al cual había leído una mañana de verano la terrible carta de Garza. Pidió a Tarquinia vino aromatizado con clavos de olor. ¿Qué le explicaría, cómo le diría que había intentado sofocar su amor por ella todo aquel tiempo? Al verla, había explotado como un volcán dormido. Tenían tanto de qué hablar… Sin embargo, dudaba de saber expresar los sentimientos experimentados la tarde en que su padre les había comunicado el destino elegido para ellos. Ni él mismo sabía qué había sentido. ¿Desconcierto, rabia, decepción, envidia? ¿Celos?

⁎ ⁎ ⁎

No tuvo ocasión de hablar con Garza hasta después de la cena, cuando se quedó un rato junto a su tía, que cada vez pasaba menos tiempo despierta. Apareció cubierta con un manto de lana cruda, se aseguró de que Domicia estaba bien tapada y se sentó junto a Lucio.

—¿Dónde está Aulo? —preguntó él.

—Duerme. Túscula lo acompaña.

—Prueba este vino siciliano. Mi tía tiene una de las bodegas mejor surtidas de Roma. Aunque como el vino de nuestras tierras ninguno, ¿no crees?

Garza lo miraba con una expresión que a Lucio le costó descifrar. La maternidad no había dejado apenas huella en su figura. En ella veía a la misma jovencita que se había echado a sus brazos cubierta de ceniza la noche de Cernunnos, aunque más reposada, más madura. Y más silenciosa.

—Qué maravillosa sorpresa encontrarte aquí —dijo Lucio, observando los gestos inquietos de ella, su mirada huidiza. La humedad que hacía brillar sus ojos.

—Quiero decirte que… —Garza pugnaba contra el llanto— también para mí ha sido una gran felicidad encontrarte aquí, vivo. Cuando supimos de tu supuesta muerte, pensé en las duras palabras de mi última carta.

Garza depositó su mano sobre la de él. Lucio se acercó a ella y le acarició la mejilla con suma ternura. Le pasó el pulgar por los labios y apoyó su frente contra la de ella. Le parecía estar soñando. La besó en la frente, en los párpados, en los pómulos, en los labios. Garza lo apartó con suavidad. Con los ojos cerrados, movió la cabeza a un lado y a otro mientras decía:

—No hagas eso. Tú decidiste por los dos, estuviste de acuerdo en qué vida debía llevar yo y cuál debías llevar tú. Nuestras existencias se bifurcaron entonces. Ahora soy tu cuñada, trátame con respeto.

—No te engañes, Garza: fue mi padre quien decidió por nosotros, no yo. Yo te quería, y estar contigo era lo que más deseaba en el mundo.

—No lo demostraste. Podrías haberte negado. Podrías haber luchado.

—Y tú podrías haberme dicho que estabas embarazada.

Garza abrió la boca para hablar, pero no salió un solo sonido. Lucio también calló. Ella emitió un largo suspiro. Él endureció su expresión. Demasiado dolor. Se habían asomado al abismo de las recriminaciones que esperaban a ser dichas, y sintieron vértigo. Bebieron. Una gata atigrada se acercó a la pierna de Lucio y se restregó contra él. La quiso coger, pero la gata lo arañó. Un helado silencio se desparramaba entre ellos como el caer de los copos de nieve. Lucio no podía soportarlo más:

—¡Éramos tan jóvenes y tan inexpertos! Yo no podía enfrentarme a mi padre. ¿No lo comprendes? Yo fui el primer sorprendido. Te juro que no sabía nada de los planes que urdía. Además, no podía enfrentarme a él, tenía todas las de perder.

—Todo habría cambiado si te hubiera dicho que estaba embarazada, ¿no es así? No habrías luchado por mí, pero sí por un hijo tuyo. ¿Esa es la estima

que me tenías?

Lucio calló. ¿Qué habría ocurrido si ella le hubiera hablado de su embarazo después de que su padre le dijera que había visto a Untiken varias veces en las proximidades de la cueva? Si no confiaba en ella, quizá su amor por Garza no había sido tan intenso como él creía. Aun así, necesitaba explicarse:

—¡Eres implacable! Cuando mi padre explicó su acuerdo con Barkal, tuve que elegir entre tu palabra y la de él. Yo no podía vivir con la vergüenza de calificar a mi padre de mentiroso, delante de toda mi familia, para ponerme de tu lado. No tenía todavía edad ni experiencia para enfrentarme a Gayo. Debes comprenderlo, había unas normas que cumplir.

—¡Normas! Roma es un gran montón de ellas cimentadas con hormigón e impuestas con la espada. Y mientras vosotros dictáis preceptos, construís templos y matáis a cuantos no acatan vuestra ley, la vida de verdad la van tejiendo las mujeres. He tenido que ser madre para darme cuenta.

Domicia se agitó. Empezó a roncar ligeramente.

—Garza, escúchame. Cuando llegó tu carta quedé devastado. Desde entonces me consumo por el remordimiento de haberte dejado en manos de Vibio y de Gayo. Solo espero que mi padre te haya tratado bien.

—No te hagas ilusiones. Me ha tratado como era de esperar en alguien de su condición.

—¿Y Vibio?

—Te respondo lo mismo.

—Todavía me odias.

—No te odio ya, pero llegué a hacerlo. ¿De qué serviría ahora que te contara los detalles de mi vida en estos años? Cada uno de nosotros carga con sus sufrimientos y sus anhelos. —Se puso en pie y caminó alrededor del estanque—. ¿Te acuerdas de *Viento*, mi caballo? Tu padre me prohibió montar. A *Toro* lo solté, no podía soportar verlo como uno más en la jauría. Los primeros meses pensé que perdería el juicio. Vibio y tu padre vigilaban todos mis movimientos, los días se hacían interminables, con la única compañía de Tila. Varias veces planeé la fuga. Duermo con un cuchillo bajo la almohada para mantener a raya a Vibio. Me he arriesgado demasiado teniendo a Aulo, ¿qué habría pasado si hubiera sido pelirrojo? Sin Aulo me habría vuelto loca. Ahora tengo alguien por quien vivir y luchar.

El silencio volvió a cernirse sobre ellos. No quisieron continuar, para no extraviarse en el desolado páramo de los reproches. A pesar de todo, Lucio sentía que no todo estaba perdido. Sus miradas se buscaban y tardaban en

despegarse, enredadas en las hebras del amor que aún los unía, que todavía podía sentir latiendo entre ellos. El olor de las flores transportó a Lucio su infancia.

—¿Te acuerdas de cuando poníamos trampas bajo las matas de espliego que había al lado de la viña grande? A veces… tengo tantas ganas de volver a casa. No logro deshacerme de la añoranza y de la soledad.

Harto de dobleces y mentiras, estaba desnudando su alma a la mujer que lo había maldecido. Garza tenía que saber cómo se sentía, solo así lo perdonaría.

—¿Vas a hablarme a mí de soledad? Pasé mucho tiempo desterrada en una cueva, ¿o acaso lo has olvidado?

Lucio le cogió la mano y se la apretó con fuerza. Garza le sirvió más vino y le tendió la copa. Él la cogió y bebió.

La brisa había cesado, pero Garza se arrebujó más en su manto. Respondió:

—Aulo heredará las tierras de mi padre. Barkal tendrá un nieto romano, porque mi padre estaba en lo cierto: no hay camino fuera de Roma. He tenido que venir aquí para verlo claro. Roma es monstruosamente poderosa.

—¿Sigues viéndote con él?

Garza sabía a quién se refería. Tardó en contestar.

—Untiken está exiliado por los ancianos y por la ley romana, ¿no lo recuerdas? No puede volver a poner el pie en las tierras de Barcino.

—Untiken se jugaría el pescuezo todas las veces que hiciera falta para ir a verte. No tienes por qué engañarme. Siempre habéis sido buenos amigos. Durante mucho tiempo creí que habrías huido con él a las montañas. Incluso lo deseé.

Garza eludió el tema.

—Me consuelo pensando que la promesa que le hice a mi padre se cumplirá: sus nietos seguirían viviendo en las tierras de la familia y cuidando de los ancestros allí enterrados. Sigo siendo la sacerdotisa del manantial, y tengo una responsabilidad ante la diosa y ante el pueblo de Barkal. No puedo huir.

Lucio percibía la fuerza de sus palabras. No la imaginaba melancólica, nunca. Ella no. La admiraba. Y la deseaba con vehemencia.

—Me arriesgué a quedarme embarazada para que Vibio perdiera el interés en mí. Y en cuanto a tu padre… Algún día comprenderá que le conviene más tenerme de aliada que de enemiga. El ataque lo ha debilitado mucho.

Se había soltado el pelo para estar en casa, y bajo el manto de lana se adivinaba una liviana túnica salmón que dejaba intuir las redondeces de sus senos. Lucio sintió la necesidad de tocarla, pero se contuvo. La luz se escapaba por momentos. Se puso en pie y encendió los candiles que iluminaban el patio. Se acercó a Domicia, la besó en la frente y volvió a sentarse junto a Garza. Había una cuestión que le ardía en el alma, y necesitaba saber más. Así que insistió:

—¿Qué es lo que te unía a Untiken?

Garza cogió a la gata que rondaba por el peristilo y se la colocó en el regazo. Miró a Lucio con una sonrisa enigmática y le dijo:

—¿Me vas a decir de una vez cómo te has hecho esa cicatriz?

Lucio dio un trago al vino y de pronto lo notó avinagrado.

—Fue una mujer. Se llama Arsínoe.

—Una mala mujer, sin duda —contestó Garza—. Habrás visto mundo.

—Han sido tres años intensos, no lo niego.

—Cuando acabe tu permiso, ¿volverás a Egipto?

—Probablemente. Dime, ¿cómo están Elbón y Harmonía?

—Se llevaron un enorme disgusto cuando supieron de tu supuesta muerte. Deberías escribirles lo antes posible. Están cada vez más viejos.

—¿Cómo va el negocio? Hay vino layetano en todas las tabernas de Roma.

—El negocio no marcha como antes. El alfar se tuvo que cerrar. Es más económico transportar el vino en odres hasta Barcino y trasvasarlo allí a las ánforas que se cuecen en los alfares cercanos a la playa. Estuvimos haciendo tejas durante un tiempo, pero no era rentable.

Pasaron un rato en silencio, oyendo el sonido del agua de las fuentecillas. Lucio le preguntó por Gayo. No se fiaba de lo que le explicaba su madre.

—Tu padre sufre de perlesía, se mueve con dificultad, ayudado de un bastón. Hemos tenido que aprender a entenderlo, el ataque le dejó la boca torcida y lleva siempre encima una tablilla encerada para escribir lo que quiere.

—¿Es verdad que tuvo el ataque el mismo día en que llegó mi carta?

Garza calló y lo miró, muy seria. Su voz sonó demasiado rotunda.

—Yo estaba presente.

—Comprendo. ¿Pregunta alguna vez por mí?

—No ha vuelto a hablar de ti desde entonces.

Lucio apuró el vino. Sintió incomodidad en las piernas, no estaba acostumbrado a la inactividad. Se acercó a Garza y le acarició el pelo. Ella

colocó su mano sobre la de él y, por un instante, pareció que iba a dejarla allí. Pero enseguida la apartó y lo miró con los labios apretados. Él habló:

—Vete a dormir, amor, es muy tarde. Yo me quedaré con Domicia.

—No me llames amor.

—Lo que sentía por ti sigue intacto.

—Qué sabrás tú del amor.

—¿Y qué sabrás tú de mis sentimientos? De todo lo que he vivido y he sufrido, de la tormenta que hay en mi interior desde aquella tarde. ¡Qué fácil se te hace juzgarme!

Garza se levantó y él la retuvo, cogiéndole la mano. Ella le rodeó la cabeza con sus brazos y le besó el pelo. A Lucio se le aceleró el pulso. Pensó en levantarse, alzarla en sus brazos y llevarla a su habitación. Pero no lo haría, no era el momento. Ella aún no lo había perdonado.

—Buenas noches, Lucio Celio.

—Buenas noches, amor.

36. FUNERALES

Domicia murió la noche siguiente, en la misma casa donde había venido al mundo. En los instantes finales, la moribunda fue depositada sobre la tierra, encima de un mullido tapete de hojas de arce, ya amarillas, para ser recibida por la *Tellus Mater*.

Quinto se acercó a su rostro para recoger el último aliento, después ordenó apagar el fuego del hogar al esclavo más antiguo de la casa. Los otros salieron a comunicar la noticia a las personas que figuraban en el listado preparado por la misma difunta. Al alba, un sacerdote inmoló una cerda bien cebada. Había que asegurarse de que la diosa de la Tierra Nutricia acogiera favorablemente a la finada.

El velatorio duró tres días, durante los cuales el cuerpo estuvo expuesto en el atrio. Las familias antiguas de Roma pasaron a presentar sus condolencias: los Cornelios, los Porcios y los Licinios fueron los primeros. Los Domicios no se contaban propiamente entre los patricios, pero formaban parte de la nobleza plebeya más añeja, como los Junios, los Aurelios y los Sempronios. La cocinera se aseguró de que no faltara en ningún momento comida con que agasajar a los visitantes.

El día del funeral, los súbditos de Libitina llegaron muy de mañana para encargarse de las pompas fúnebres. Tila animaba la *conclamatio* con el desgarro de sus gritos. La falta de respuesta por parte de la difunta atestiguaba que Domicia se encontraba ya muy lejos de su cadáver. Cincinata se movía entre los presentes con palabras amables y agradecidas. De vez en cuando, alzaba la vista hacia su hermana y la miraba con reprobación. Garza intentaba calmarla, pero Tila había encontrado un auditorio ideal para su dolor y redoblaba sus lamentos. El atriense iba de un lado a otro manteniendo los pebeteros humeantes, pues el calor durante el día aún era intenso y el cuerpo empezaría pronto a corromperse.

Harith llegó a media mañana. En la puerta lo recibió una rama de ciprés, señal de que en la casa había un muerto de cuerpo presente. Anotó su nombre en las tablillas de los amigos y conocidos que habían ido a presentar los respetos a la difunta tras depositar unas varas de nardos en el cúmulo de arreglos florales. El suelo se cubrió de pétalos, muchos de ellos ya ajados, y de hojarasca entrada desde la calle. La escuchó crujir bajo sus botas cuando atravesó el atrio para dirigirse a la exedra, donde se hallaban reunidos los más

allegados. Se trataba de una habitación semicircular con suelo de mosaico y paredes decoradas con escenas de la defensa de Roma ante los galos y los etruscos por parte de Cneo Domicio Calvino Máximo, el antepasado más ilustre de la familia. Se habían dispuesto escabeles alrededor de la estancia y algunas mesitas bajas donde los esclavos sirvieron jarras de horchata fresca.

Lucio y Quinto, ataviados con togas de luto, se levantaron para recibir a Harith, el cual se dirigió seguidamente a Cincinata y Tila para expresar su pésame. Entre los presentes estaban los mejores amigos de Domicia, una rama lateral de los Cornelios Balbos a quien Lucio ya había tenido oportunidad de conocer tres años atrás. Rememoraron el desagradable suceso que había sufrido el hijo menor cuando fue atacado en la Subura y trataron a Harith con mucha reverencia. Se trataba un personaje notorio que, sin embargo, se prodigaba poco en los salones romanos.

Garza llegó para reclamar a Quinto y a Lucio. Como únicos integrantes masculinos de la familia, les correspondía a ellos presidir las honras fúnebres. Quinto, al ser algo mayor, fue el encargado de colocar una moneda en la boca del cadáver, ya perfumado y bañado en esencias olorosas. Domicia había sido vestida con finas vestimentas de seda blanca. En su cabeza, Garza había colocado una corona de flores multicolores tejida por ella. El cuerpo se depositó sobre un lecho portátil de marfil, al que todos los asistentes rodearon para dar el último adiós. Lucio y Quinto organizaron el cortejo junto a los auxiliares de los pretores, quienes se ocuparían de mantener despejadas las calles por donde pasarían.

Plañideras y flautistas anunciaban con elegíacas canciones el destino de la comitiva. Detrás de la difunta, Quinto caminaba junto a Cincinata, seguido de Lucio y flanqueado por Tila, Garza y su hijo. Parientes, conocidos y esclavos formaban detrás una larga hilera. Cerrando el cortejo desfilaban las máscaras-retrato de los antepasados, portadas por los esclavos liberados por Domicia antes de su muerte.

Un bufón se movía burlonamente entre ellos mientras iba proclamando, no sin guasa y humor —algo muy apreciado por los romanos—, las gestas de cada ancestro. Encabezando el grupo iba la antiquísima imagen del cónsul Gneo Domicio Calvino Máximo.

—¡Contemplad sin rubor al gran cónsul, el primer censor plebeyo, hoy renegrido y feo porque la familia no se ha preocupado del pobre vejestorio! ¿Acaso no merecía un busto de bronce en vez de esta máscara roída por los ratones?

La gente que se detenía a contemplar la procesión sonreía ante las ocurrencias del histrión, quien no daba tregua a la familia: continuó glosando la figura de Marco Domicio Calvino, gobernador de la Hispania Citerior, muerto en la batalla contra Quinto Sertorio en el río Ana, «porque seguramente no sabía nadar». Gneo Domicio Calvino, hermano mayor de Primo Domicio, se llevó la peor parte: dos veces cónsul, gobernador también en Hispania, celebró a su vuelta un triunfo, aunque había sido un pésimo militar, «pues los perros fieles obtienen su recompensa», refiriéndose a su apoyo incondicional a Julio César y a Octaviano durante las guerras civiles.

Las chanzas y las risas contrastaban con el luto riguroso de los asistentes: hombres y mujeres vestían de negro, los hombres llevaban la cabeza cubierta, las mujeres el cabello suelto y desordenado. A la altura del puente Emilio, Lucio cogió en brazos a Aulo para que Garza descansara.

La comitiva se abría paso entre el gentío. Caminaban a lo largo del río, entre el muelle y la antigua muralla del rey Servio Tulio. Garza, con la cabeza baja, levantaba los ojos tímidamente para admirar el templo de Portuno y la imponente edificación circular dedicada a Hércules Olivario.

—Ahora entraremos por la Porta Trigemina. —Quinto les iba informando en voz baja—. Si el difunto fuera un varón, habríamos ido hasta los *rostra*, en los foros, ante la tribuna de oradores, y allí los antepasados, sentados en sus sillas curules, habrían escuchado la oración fúnebre.

Continuaron por la vía que corría paralela al Circo Máximo. Al otro lado, sobre la falda del Aventino, se arracimaban multitud de casas humildes de madera y ladrillo. Entre ellas sobresalían las blancas moles de los templos de Flora, Ceres y Luna. Garza expresó su deseo de visitar el templo de esta última diosa antes de volver a Barcino.

Los porteadores se fueron turnando hasta que el séquito alcanzó de nuevo la muralla. Tras rebasar la puerta Capena caminaron media milla por la *Via Appia* hasta el mausoleo de los Domicios Calvinos, una anticuada construcción de travertino en forma de templete de estilo etrusco. Los jardines que lo rodeaban se habían asilvestrado, de manera que los empleados de la funeraria habían tenido que despejar un claro para colocar la pira, que despedía un fuerte olor a resina y a bálsamos olorosos.

Los *libitinarii* se cercioraron de la dirección del viento y colocaron a los asistentes en semicírculo. Antes de subir a Domicia, Lucio le cortó un dedo, como dictaba la costumbre, y Quinto le abrió los ojos, se los volvió a cerrar y la llamó tres veces por su nombre. Cada miembro de la familia depositó unas flores sobre ella y la besó, a modo de despedida. Cuando Domicia estuvo

sobre la pira, Quinto, con el rostro vuelto, la encendió con una antorcha mientras invocaba la ayuda de los vientos con el fin de que hicieran arder la madera con furia. La flauta empezó una tonada triste mientras las lenguas anaranjadas lamían, amorosas primero, furiosas después, el cuerpo de Domicia la Mayor.

Las volutas de humo denso y oleaginoso se elevaron hacia el cielo durante algunas horas. Se habilitaron bancos para las mujeres y los ancianos, y se sirvió un suave vino afrutado, el mismo con el que después se apagaría la hoguera y se lavarían los restos de huesos que quedaron sobre la pira. Mientras Quinto pronunciaba una invocación solemne, los *libitinarii* secaron los restos con un lienzo y los introdujeron en una urna de alabastro, junto con el dedo cortado, que fue colocada en uno de los nichos vacíos en el interior del templete.

⁎ ⁎ ⁎

Habían pasado tres días desde el entierro de Domicia cuando alguien golpeó la puerta con los nudillos. ¿Quién sería? No se acostumbraba recibir visitas en los nueve días siguientes a un entierro. Ningún esclavo quiso abrir la puerta por si se trataba de algún espíritu airado. Cuando Lucio abrió, se encontró con el bronceado rostro de Harith. Todos lo fueron a recibir y Tila le advirtió que podía contaminarse si cruzaba el umbral.

—No deseo perturbar vuestro dolor ni vuestra tradición, pero me quedan pocos días en Roma y necesito hablaros. Si a vosotros no os importa entraré, no le temo tanto a los muertos como a los vivos. Me he permitido traeros un regalo.

El esclavo que lo acompañaba no quiso entrar, así que fue el mismísimo Harith quien abrió una trabajada caja de madera y sirvió a cada uno de los presentes unos jugosos dátiles. Los días seguían siendo cálidos y la suavidad del sol invitaba a sentarse fuera, en el peristilo, donde Quinto quiso acompañar el manjar con vino dulce. La ocasión lo merecía. Se acomodaron bajo el arce y Cincinata se excusó por no ofrecer nada de comer excepto algún bocado frío. El fuego del hogar debía estar apagado durante esos días.

—Distinguido Harith, disculpa si no te hemos agasajado estos días como mereces. La tristeza y el recogimiento de un funeral no invitan a la charla. Domicia era nuestra hermana mayor y para Tila fue como una madre —explicó Cincinata.

—Soy yo el que debe ofrecer disculpas, señoras; a veces la rudeza del desierto me hace olvidar los más elementales modales. Si es vuestro deseo,

me iré.

—¡No, te lo ruego, noble Harith! —le rogó Tila—. Es un honor que hayas venido a visitarnos. Pero, dime, ¿en qué circunstancia has conocido a mi hijo?

Harith miró a Lucio, desconcertado.

—Lo sentimos tanto por Lucio —dijo Cincinata—. Su vuelta ha quedado oscurecida por la enfermedad y el funeral de mi hermana, y me temo que Tila está muy afectada y no recuerda…

—Señoras, Lucio Celio salvó mi vida y la de mi hija en una acción muy valerosa, y me honro de contarlo entre mis más queridos amigos.

—¿Mi hijo Lucio Celio? —preguntó una incrédula Tila.

—El mismo. Supongo que es demasiado humilde… Otro lo habría pregonado a los cuatro vientos. Por cierto —continuó, mirando a Lucio—, debido a las circunstancias, me he permitido actuar por mi cuenta. —De entre los pliegues de la toga sacó un rollo y lo entregó a Lucio—. Dispones de un mes más de permiso para organizar tus asuntos. El emperador te transmite sus condolencias.

—¿El emperador? —exclamó Tila, enderezándose en su silla.

—En efecto. Hace treinta años que nos conocemos, ayer tuve el privilegio de cenar con él. Vengo poco por Roma, y cuando lo hago me gusta reunir a mis amigos y agasajarlos como merecen. El Augusto asistirá a la cena que ofreceré dentro de diez días en mi casa de las colinas vaticanas, y espero que vuestra familia también me honre con su presencia, pues será una celebración en honor a Lucio Celio.

A Tila, sonrojada como una niña, los ojos le echaban chispas. Miró a Lucio y le dijo:

—Hablaré con el emperador y le pediré que te deje volver a casa. Te has malogrado entre soldados y extranjeros.

—Nos sentimos muy felices, Harith, y aceptamos con gusto la propuesta —dijo Cincinata, mirando de reojo a su hermana por la falta de tacto—. Lucio es un orgullo para la familia. Después de todo el sufrimiento que nos causó la noticia de su… desaparición, me parece una manera excelente de celebrar su vuelta a la vida.

—Estoy abrumado, Harith —intervino Lucio—. Solo cumplí con mi deber, nada más. Con una celebración privada habría sido suficiente.

—Lo siento, amigo. Esta vez no tendrás más remedio que dejar de lado la timidez y disfrutar de algo que tienes merecido.

—Por supuesto, Harith. Me has traído desde el infierno a los Campos Elíseos. Aún me parece estar viviendo un sueño. Tú has conocido las minas y

sabes a qué me refiero.

—Lucio, hijo, nos has contado tan poco sobre lo que te sucedió… —dijo Tila.

«Has tenido muchos días para preguntar», pensó él, intentando soslayar su aversión por el fingimiento que tanto caracterizaba a su madre. Se puso en pie y caminó hacia la fuentecilla. Mojó una mano y se la puso en la nuca. Las gotas de agua le chorrearon por la espalda y cerró los ojos para disfrutar de la sensación.

—Cuando intento explicar el horror que allí viví… ni sé por dónde empezar ni encuentro las palabras justas. Sueño con el halcón, sobrevolando las montañas azules, brumosas, el brillante mar Eritreo, y siento el deseo de volver al desierto, a su silencio. Por las noches me despiertan las pesadillas y oigo los gritos de todos los que maté. Incluido Néstor. —Harith se levantó y lo asió del antebrazo—. Nadie podrá reemplazarlo, era mi mejor amigo.

Todos callaron. Solo se oía el rumor del agua y las vocecillas de los niños, que jugaban en alguna parte de la casa.

—Vamos, primo, no te pongas dramático, ¿no te lo estarás inventando todo para impresionar a las chicas?

Quinto se levantó e hizo el amago de propinarle un puñetazo en el estómago. Ambos se agarraron de las túnicas entre risas, simulando que combatían. Quinto dijo:

—Con tanta acción, no hay más que verte: músculos y cicatrices. Teniéndote a ti, no necesitamos escolta para pasear por Roma.

Cincinata se levantó y cogió a Lucio por el brazo, diciendo:

—Cuando estés preparado para hacerlo y así lo desees, tu familia estará aquí, dispuesta a escuchar toda la historia. ¿Verdad, Tila?

—¡Entre su padre y él me llevarán a la tumba! Pudiendo estar aquí en Roma, trabajando en una oficina del Estado, alternando con la flor y nata de la *nobilitas*, haciendo un buen matrimonio. ¡Mi cabeza no comprende que prefiera estar jugándose la vida entre bárbaros! —Tila se acercó a Harith y le dijo en voz baja—: He oído decir que en Egipto se les corta sus partes masculinas a algunos hombres y se arrojan a los peces del Nilo, a los que tienen por dioses, ¿es eso verdad?

—Señora, yo no soy egipcio, soy árabe. Sin embargo, no he oído hablar nunca de esa extraña costumbre. Frecuento poco Alejandría y menos aún Roma. Intento pasar el mayor tiempo posible en el desierto. Debo decir, con el debido respeto, que comprendo a su hijo. Se está esforzando por conseguir

lo que desea y no lleva mal camino, a pesar de que a su madre le parezca lo contrario.

Lucio se deshizo del abrazo de Cincinata y fue hacia su madre. Pasó por detrás de Garza, que se había mantenido en silencio toda la conversación, rozando apenas su pelo, que aún llevaba suelto por el luto. Garza se volvió para mirarlo. Lucio se arrodilló ante su madre y le dijo, con voz pausada y serena:

—Madre, no me importa decirte esto en público y no querría volver a hablar de ello, así que escúchame bien: reflexioné mucho antes de rechazar un futuro que parecía dulce y fácil. Tomé una decisión que me ha llevado al borde de la muerte. En los momentos más difíciles dudé y me mortifiqué, y a veces me arrepentí. Ahora, después de todo, debo decir que también he gozado y he afrontado situaciones que nunca habría siquiera soñado vivir. No me arrepiento de nada. Volvería a pasar por todo. Es la vida que yo elegí. Díselo a mi padre con estas mismas palabras. Y dile también que su hijo Lucio desearía contar con su consejo y su apoyo.

—Propongo que levantemos nuestras copas —dijo de pronto Garza con los ojos brillantes—. Por la vuelta de mi valiente cuñado. —Se volvió hacia Lucio y lo miró fijamente—: Que todo el sufrimiento haya valido la pena.

Todos bebieron en silencio, conmovidos por la sinceridad de Lucio. Aulo apareció de repente, perseguido por las dos niñitas esclavas. Se detuvo ante Harith, a quien se quedó mirando con fruición. Garza fue a cogerlo en brazos cuando Aulo alzó la mano y dio un tirón de la perilla del árabe.

—¡Garza, azota a ese niño! ¡Qué vergüenza! —exclamó Tila.

—¡No, nada de azotes, por la diosa cornuda! —dijo Harith entre carcajadas. Se quedó mirando fijamente a Garza y le sonrió—. Hermosa Garza, Lucio me ha hablado mucho de ti.

—¡*Yosa conuda*! ¡*Yosa conuda*! —gritó Aulo, correteando por el peristilo con los dedos levantados a ambos lados de la cabeza, simulando unos cuernos.

—¡Aulo! ¡Ven aquí y discúlpate! —le ordenó Garza.

El niño, con el rostro compungido, se fue a refugiar en los brazos de Lucio, que lo alzó en el aire y lo hizo reír.

—No te aflijas, Garza —dijo Harith—, a la diosa cornuda le encantan las criaturas. Y a mí también.

* * *

Por la tarde, Quinto y Lucio se sentaron en el *tablinum*, rodeados por altos armarios de portezuelas que albergaban las imágenes de los antepasados y decenas de rollos empolvados. En ausencia de varones, era a Quinto a quien correspondía encarnar el papel de *paterfamilias*. El testamento de la difunta se leería una vez pasados los nueve días de luto y reclusión.

—Por cierto, ¿qué le pasó a Melampo? —preguntó Lucio—. Cada vez que paso por delante del cuarto me viene a la nariz el olor nauseabundo de su interior.

—¿Llegaste a entrar? Nadie estaba autorizado a hacerlo, ni siquiera las esclavas para limpiar. Su enfermedad y la repulsión que despertaba nos vinieron muy bien para custodiar los documentos de la red.

—Lo imagino. Sí, me invitó a entrar. Fue una experiencia sumamente desagradable. Por las noches me parece oír todavía las pezuñas de *Niso* arañando mi puerta.

—¿Y qué te contó? —preguntó Quinto, distraído.

Lucio no respondió enseguida porque tenía que pensar qué iba a decir. ¿La contaría las miserias del abuelo? ¿Los secretos entre él y su padre? Todo aquello formaba parte del pasado. No interesaba ya a nadie.

—Se aburría mortalmente y supuso que yo podría darle conversación. Es todo. ¿Qué le pasó al perro?

—Melampo tuvo la sangre fría de ahorcar primero a *Niso* y después ahorcarse él. En los últimos días sufría un dolor insoportable.

—¡Por la negra Proserpina! Su pobre espíritu debe estar apestando las mansiones de Plutón. En el próximo *mundus patet*, cuando abran la fosa, ¡saldrán miles de larvas intentando escapar de la peste! —dijo Lucio entre carcajadas.

—¡Habla con más respeto! ¿Dónde está tu *pietas*?

—La perdí en las minas, entre los muertos vivientes. —Lucio se revolvió en su escabel y la toga se le escurrió.

—No me gusta que bromees con los espíritus —dijo Quinto muy serio—. Melampo era discreto y obediente como ningún otro. Demostró mucha nobleza y valentía al quitarse la vida. Por otra parte, puedo imaginar vuestra conversación. Es muy cortés por tu parte quererme ahorrar los detalles. Sé perfectamente que nuestro abuelo no era una vestal. Y que tu padre lo estuvo chantajeando durante años.

—La próxima vez que tenga que consultar un oráculo acudiré a ti, que pareces saberlo todo y estar en todas partes, como Serapis. ¿Hay algo más que

debiera saber el patán provinciano de la familia? —preguntó Lucio mientras luchaba con los pliegues de la enojosa prenda negra.

—¿Patán provinciano? El gran Harith el Hadramí te trata como a un hijo, te recibe el emperador y quién sabe qué otras sorpresas aún estarán por llegar. No está mal para un rústico hispano. Si de esta no reconquistas a Garza…

—¿Qué estás diciendo? Nuestras vidas se han… bifurcado sin remedio. No hay vuelta atrás.

—Te lo repito: no sabes mentir, te mueres por ella. Y ella por ti. Pero os separa el orgullo: el que a ti te faltó a ella le sobra. ¿Has pensado en lo que vas a hacer?

—¿Y a ti qué te parece? —Lucio acabó por liberarse de la vestimenta, se puso en pie y se acercó a Quinto—. Soy un legionario, dentro de un mes tengo que estar en Alejandría presentándome ante mis superiores para que me den un nuevo destino.

—Augusto podría darte una dispensa para abandonar el ejército. Podrías volver a Barcino y ayudar a tu padre —dijo Quinto jugueteando con un cálamo.

—Mi padre eligió a Vibio y a mí me echó del nido. He pagado con sangre lo que ahora tengo y no voy a abandonarlo por ir a ayudar a mi padre. Lo único que estoy dispuesto a pedirle a Augusto es un destino como *discens architecti*, creo que me lo he ganado. Entré en la legión con ese objetivo.

—Me alegro mucho por ti. Hace tres años, cuando nos encontramos aquí, en Roma, eras una sombra de ti mismo. Me dejaste preocupado, por eso no he dejado de seguirte el rastro todo este tiempo. Veo con gran satisfacción que tienes las ideas claras.

—Sí, las ideas claras… y el corazón caliente —dijo Lucio, golpeando con el puño el pecho de Quinto—. Estoy deseando salir de casa, me ahogo.

—¿Sabes qué? Podríamos volver a la Subura y visitar aquella taberna…

—¿La de Cleopatra? No pienso volver a poner los pies en ese lugar. Después de haber probado la miel de Alejandría, ya no me gusta el vinagre celtíbero.

—¡Vaya con el pajarito! Ha vuelto transformado en pajarraco. Hasta se te ha pegado un ligero acento egipcio. Apuesto a que en cuanto salgas de esta casa te lloverán las invitaciones para asistir a cenas subidas de tono. No te vayas de Roma sin estar al menos en una. Parece que las leyes de moralidad de Augusto no han sido más que combustible para elevar la temperatura de los encuentros privados.

—¿Ah, sí? Te veo muy informado.

—Bueno, yo no tengo tu atractivo pero no me quejo… ¿Sabes que hay maridos que pagan por ver a su mujer fornicando con otros? Es la última moda.

—Me da igual lo que hagan en las alcobas, pero que no conviertan la virtud y la castidad en su estandarte. ¿Viste a la hija de Cornelio el día del funeral? No paró de insinuarse, ¿crees que su madre la reprendió? ¡No! Porque ella estaba ocupada haciendo lo mismo con Harith.

—¡El mundo es así! Hay que adaptarse. Tu problema, primo, es que piensas demasiado. ¡Disfruta y vive mientras tengas aliento! Insisto en volver a la Subura, conozco un par de sitios muy interesantes. Se me ocurre que, de camino, podríamos pasar a recoger los volúmenes de Vitruvio que dejaste encargados.

—¡Por los dioses! ¿Crees que van a estar allí, esperándome después de tres años?

—Lo están. Yo mismo los encargué de nuevo. Cuando llegaron las funestas noticias sobre ti, en primer lugar me convencí a mí mismo de que eras un hispano fuerte y correoso como el esparto y que no te ibas a dejar matar fácilmente. Después fui al librero, volví a encargarle los volúmenes de Vitruvio y le pagué bien para que conservara los libros el tiempo suficiente para buscarte y traerte a Roma. Y eso he hecho.

⁎ ⁎ ⁎

La primera lluvia otoñal, mansa y suave, llegó el noveno día tras los funerales. Lucio salió de su habitación como un rayo, bajó las escaleras atropellando a Tarquinia, cargada de sábanas y mantas, e irrumpió en el peristilo. Se quitó la túnica y extendió los brazos. Llovía. Las gotas caían dulcemente sobre su piel, que parecía embeberse del preciado y fresco líquido. Abrió la boca. Llovía. Con los ojos cerrados, escuchó el repiquetear del agua sobre las hojas de las aspidistras e hinchó los pulmones, aspirando el olor de la tierra mojada. Regueros de agua bajaban por su rostro, se escurrían por su cuello y resbalaban por su cuerpo. Llovía. Llovía. El pelo le chorreaba por la espalda. Se oyó la voz de su madre:

—¡Lucio, tápate!

Lucio abrió los ojos. Tila, Cincinata, Quinto y todos los esclavos lo miraban con curiosidad. Garza reía. Aulo se zafó de las manos de las esclavitas y lo imitó. Corrió hacia él y empezó a chapotear en un charco.

Lucio soltó una carcajada, cogió al niño de la mano y chapoteó con él. Volvió a levantar los brazos y gritó:

—¡Llueve! ¡Venid a disfrutarlo!

En tres zancadas se plantó delante de Tila, la cogió en brazos y la sacó a la lluvia. Su madre empezó a chillar y a patalear.

—He soñado mucho tiempo con la lluvia, madre. Si hubieras vivido en el desierto lo comprenderías. Tila, con el pelo mojado y pegado a la cara, se quedó mirando a su hijo. Le puso las manos sobre los hombros, sobre el pecho, la cintura. Dio un paso atrás y le miró las cicatrices de los muslos, pero no le preguntó nada. Se echó a llorar y Lucio la abrazó. Pensó en explicarle, pero no quería estropear el momento. Habría tiempo.

37. EL BANQUETE DE HARITH

Llegaron a casa de Harith a la hora décima, justo cuando el sol empezaba a declinar. Las mujeres iban en sillas de mano, Lucio y Quinto a caballo. Harith les había insistido en que pasaran la noche en su casa, de manera que Tila y Domicia, de luto por su hermana, pudieran hacer acto de presencia y retirarse temprano. Era peligroso moverse por los caminos fuera de las murallas cuando el sol se ponía. Los demás invitados volverían de madrugada a sus casas integrados en el séquito de Augusto, defendido por la guardia pretoriana.

La *domus* de Harith estaba situada sobre una colina de los Campos Vaticanos, en la orilla izquierda del Tíber. Rodeada de viñedos y árboles frutales, constituía un lugar primoroso, ajeno por completo al caos de la urbe. Los jardines de la villa parecían diseñados para el reposo y el disfrute. Había rincones umbríos con bancos de piedra, pérgolas que matizaban el sol cerca de estanques rodeados de narcisos y lavanda, senderos bordeados de rosales de Siria y pequeños saltos de agua entre una vegetación frondosa. Desde la parte más alta de los jardines, la vista sobrecogía: Roma se desplegaba como un cangrejo gigantesco cuyas patas eran los acueductos y las carreteras que rodeaban la ciudad de forma radial. Pequeñas columnas de humo se elevaban aquí y allá, mientras el amarronado Tíber serpenteaba perezoso bajo los puentes. Hasta se podía distinguir la mancha blanca del mármol de los foros en medio de la inmensidad parduzca de madera y barro.

Harith los recibió en el atrio, donde unos esclavos les lavaron los pies. En medio del estanque había una estatuilla de alabastro de factura india. Era una mujer de ojos almendrados, pechos orondos y figura voluptuosa. Una oleada de calor sacudió a Lucio mientras la miraba. Le recordaba a Arsínoe. En el techo, alrededor del *impluvium*, había alfombras beduinas simulando una jaima.

Harith vestía a la manera árabe, lucía un turbante azul oscuro y se había aplicado galena en los ojos. Salieron de la casa y la rodearon, admirando la vista sobre la ciudad. Se encontraron con los Cornelios Balbos, quienes habían llegado minutos antes. En los jardines, Harith había hecho colocar varias tiendas de grandes dimensiones alrededor de un lago con nenúfares. Más allá ardía una hoguera, junto a una gran superficie de arena que simulaba el desierto. Varios camellos engalanados rumiaban en uno de los ángulos.

—Venid —dijo Harith—, os voy a presentar a Augusto y a Livia; llegaron hace un rato, os esperan.

Tila, Garza y Cincinata no se habían arreglado el pelo, aún estaba muy cerca el entierro de Domicia, así que las tres lo llevaban suelto. Ninguna de ellas iba maquillada, no acostumbraban a hacerlo. Por su negro atuendo destacaban entre las demás mujeres, todas ellas lujosamente ataviadas.

—Acercaos, mi vista ya no es la que era —les ordenó Augusto—. Mira, Livia, este es Quinto Valerio, el sobrino de la difunta Domicia, y adivino que esta bella mujer es tu madre, ¿me equivoco?

—No, señor, te presento a mi madre, Domicia Cincinata, y a mi tía Domitila, de la colonia Barcino —dijo Quinto señalando a ambas, muy sonrientes y orgullosas.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Livia dirigiéndose a Garza—. Acércate, deja que vea esos ojos. ¿Eres gala?

—Es mi nuera Garza, señora —dijo Tila antes de que Garza pudiera abrir la boca—. Su padre era íbero, pero recibió la ciudadanía romana al licenciarse de las tropas auxiliares. Su madre era cántabra.

—¿Cántabra? —preguntó una dama sentada al lado de Livia—. ¿Todavía queda vivo alguno de esos demonios?

Garza la miró con dureza. Lucio apretó los dientes. De todas las apreciaciones que podía haber hecho, había ido a dar con la menos indicada. Por fortuna, Garza se mantuvo callada.

—Tú debes de ser el héroe de esta noche —dijo Augusto dirigiéndose a Lucio—. Ven aquí, muchacho; siéntate a mi lado y deja que vea al salvador de este zorro del desierto. No recuerdo tu nombre.

—Lucio Celio, señor. Soy nieto de Primo Domicio Calvino.

—El viejo Calvino, lo recuerdo. Traté mucho con él en Tarraco, su hermano Gneo fue uno de los más fieles a nuestra causa. Murió sin descendientes, la casa familiar se la quedó Primo, ¿no es así? Qué lástima que los Domicios Calvinos hayan sido poco fértiles, ¿verdad, Livia?

—Todo lo contrario que la otra rama de la familia —dijo la aludida dirigiéndose a una pareja sentada a su lado que estaría en torno a la treintena —. Seguro que conoces a Lucio Domicio Aenobarbo, sois parientes lejanos, y a su esposa Antonia la Mayor. Sentaos, os lo ruego.

Lucio los saludó con una inclinación de cabeza. Tenía ante él a *barba de bronce*, como se le conocía vulgarmente, y a su esposa, la hija del denostado Marco Antonio. Aenobarbo había enviado flores al funeral de Domicia, pero no había hecho acto de presencia. Entre los invitados también estaban los

consabidos Cornelios Balbos, padre e hijo. Por suerte, la madre y la hija se habían sentado más allá, en la tienda contigua, donde se acomodaron Cincinata y Tila. Todos los asistentes se sentaron sobre las alfombras, recostándose en grandes almohadones cilíndricos y otros más pequeños y mullidos. Livia, cuya madura belleza sorprendió a Lucio, reclamó la presencia de Garza y la invitó a sentarse junto a ella. Lucio le imploró con la mirada que se mostrara sumisa y solícita.

A una indicación de Harith, varios muchachos indios sirvieron una bebida fría a base de leche de cabra. Augusto la rechazó:

—No creo que deba probarla. Antonio Musa me controla todo lo que como. Acabo de pasar una temporada de las malas, mi intestino no retiene nada. Si me viera beber otra cosa que no fuera agua graznaría durante días como una vieja urraca. —Augusto se dirigió a Lucio—: Muchacho, ¿te ha contado Harith la fiesta que me preparó cuando llegué a Egipto? ¡Ah, jamás he visto nada igual! Al bajar del barco me encontré con un grupo de panzones vestidos de blanco y ni un solo pelo en todo el cuerpo: sacerdotes y eunucos —dijo ante las risotadas de Aenobarbo—. ¿De qué te ríes? Son ellos los verdaderos dueños del país. Me insistieron en que fuera a presentarle mis respetos al buey Apis. ¡A un buey! ¿Podéis creerlo? Ante esa perspectiva, y con la posibilidad de acudir a la fiesta que Harith había organizado con los comerciantes de Alejandría, no lo dudé. Dicen que desairé a no sé qué dios suyo que habita en el cuerpo del buey.

—Quién pudiera volver a tener aquella edad —dijo Harith.

—Este árabe quería deslumbrarme para que contratara sus servicios, y lo consiguió. ¡Por Júpiter Tonante! Mujeres de todos los colores bañándose en fuentes de vino y leche, otras que nos ofrecían frutas desconocidas y bebidas que embriagaban a mis hombres, bailarines haciendo acrobacias con afiladas espadas curvas. Aquella noche di permiso a la tropa para que disfrutara de aquellas criaturas deliciosas, mientras él y yo cabalgamos de noche hasta las pirámides, ¿te acuerdas? Si Alejandro supo en Siwa que era hijo de un dios, Júpiter Amón me reveló aquella noche el glorioso destino que se abría ante Roma.

—No nos ha ido mal, gran Augusto —dijo Harith con una sonrisa pícara.

—Sobre todo a ti. Mírate, ¿acaso es el calor del desierto lo que te conserva como a las momias? Cuéntame, amigo, ¿cómo está Arsínoe, tu bellísima hija?

Al oír el nombre, Garza se puso en guardia. Arsínoe se llamaba la mujer que había causado la cicatriz de Lucio. ¿Se trataría de la misma mujer?

—Bien, gracias. Ahora mismo debe de estar camino de la India, si no ha llegado ya.

—He de decir que te envidio en eso, amigo. Yo no he tenido suerte con mi descendencia. Se me han muerto todos los varones, y de mi hija… mejor no hablar —se lamentó Augusto—. Por cierto, Quinto Valerio, ¿se ha leído ya el testamento de tu tía?

—Sí, señor. Esta misma mañana.

—¿Y podemos saber cuál va a ser el destino del patrimonio de los Domicios Calvinos? —preguntó Livia con la voz exenta de emoción que la caracterizaba.

—Por supuesto, señora. El patrimonio dinerario se repartirá a partes iguales entre mi primo Lucio Celio y yo, y en cuanto a las tierras y a los inmuebles yo soy el heredero de las que hay en Italia, la mayor parte, y mi primo Lucio de las que se hallan en Hispania.

—Es justo, puesto que tú eres el mayor, ¿no es así? —preguntó Livia. Quinto asintió—. ¿Estáis casados?

—No, señora —contestó Lucio, mientras admiraba su peinado ondulado y perlado de finas hebras plateadas. El tono de voz de Domicio Aenobarbo, estruendoso e impertinente, lo sobresaltó.

—Sabréis, pues, que disponéis de cien días para hacerlo si queréis recibir la herencia —indicó con cierto matiz burlón—, si no, pasará al pariente más cercano. Y a juzgar por los pocos Domicios Calvinos vivos… ¡es posible que sea yo! ¡Ja, ja, ja!

Lucio miró a Quinto, que parecía tranquilo ante la pulla del hombretón.

—Marcando el territorio como un mastín, no esperaba menos de nuestro ilustre pariente. No te inquietes, Aenobarbo; antes de cien días estaré casado… ¿Quién sabe?, quizás encuentre esposa esta misma noche —dijo Quinto, sonriendo pícaro a una de las Sempronias.

—¿Y nuestro héroe? ¿También le veremos pronto al trasluz del flamígero velo de Himeneo? —preguntó Livia.

—No lo creo, señora —contestó Lucio algo nervioso—. Pertenezco a las legiones acantonadas en Egipto, no puedo casarme. Harith mantendrá la herencia en fideicomiso hasta que pueda heredar.

Se notaba agitado por dentro. Aquella situación superaba sus expectativas. Lamentó que su padre no pudiera estar presente. Miró a Garza, sentada al lado de Livia, con las manos sobre el regazo, silenciosa y contenida. Barkal estaría orgulloso de ella. A su vuelta, la había encontrado más serena y prudente, pero también muy distante. Él no era el único que había cambiado; sin

embargo, seguía sin soportar aquellas situaciones, plagadas de conversaciones resbaladizas. Llegaron otros invitados, Nerón Claudio Germánico y su esposa Agripina la Mayor. Se trataba de una pareja joven que esperaba su segundo hijo. Agripina se sentó junto a Livia y Germánico a la derecha de Augusto.

—¡Señores, por favor! Reclamo vuestra atención un momento. —Harith se dirigía a los presentes—. He organizado esta reunión en honor a Lucio Celio, un joven romano a quien debo la vida. Mi caravana, con todos los costosos productos traídos de la India con gran esfuerzo, fue atacada en el desierto, y mi valeroso amigo, junto con uno de sus compañeros, se ocupó de mí y de mi hija cuando fuimos atacados.

—¡Queremos el relato completo! —gritó Cornelio hijo.

—¡Sí, primo, deléitanos! —dijo Quinto—. Ahí donde lo veis, hace tres años se cargó él solo a tres bribones que nos atacaron en Subura. ¿Lo recuerdas, Cornelio?

—Sal ahí fuera, hijo, y cuéntanos todo lo que pasó. Estamos deseando escucharte al calor de la lumbre de este desierto improvisado —intervino Augusto.

—Es una excelente idea —apuntó Harith—. Mientras tanto, mis esclavos os servirán un refrigerio: bocados de carne de cabrito adobada al estilo hadramí, tortas de miel anisadas y leche cuajada con salsa de dátiles. Los manjares de los pastores del desierto.

—También los romanos descendemos de pastores, has elegido la comida adecuada, amigo. Si me lo permites, yo solo tomaré unas cuantas hojas de lechuga, mis cenas son frugales —dijo Augusto—. Os escuchamos, pues.

Lucio miró a Harith con los ojos muy abiertos. Aquello había sido una encerrona. No sabía nada del espectáculo, y menos aún de que él fuera a ser el centro. No le quedaba más remedio que tragarse la vergüenza. Respiró hondo y dijo:

—Los pastores del desierto beben leche, pero los legionarios preferimos el néctar de Baco. Necesitaré una jarra de buen vino romano si queréis que hable —dijo Lucio dirigiéndose al público. Buscó la complicidad de los demás con una sonrisa franca, abierta, que le iluminaba los ojos y ahondaba el hoyuelo de su barbilla. Se oyeron unos suspiros en la jaima de las mujeres. El truco le había vuelto a funcionar.

Los esclavos empezaron a servir vino aguado, aromatizado con canela y cardamomo. Fue Harith quien empezó el relato y, antes de pasarle el testigo a Lucio, levantó una mano e hizo un gesto. En ese momento, varios beduinos montaron en los camellos; al ver la extraña forma en que se ponían en pie,

como si sus patas se fueran a quebrar, los asistentes expresaron su sorpresa y aplaudieron.

—¡Qué animales más atolondrados! —observó Livia.

—¡Harith, siempre tan impredecible! —exclamó Germánico.

Lucio y Harith acabaron subidos en sendos camellos, divisando con la lupa esmeralda a los atacantes que venían a lo lejos. Un grupo de númidas apareció de repente montando sobre sus caballos sin riendas y los invitados aullaron de excitación. Se estableció una lucha fingida entre beduinos y númidas, los cuales mostraron sus habilidades ecuestres. También hubo una carreta con caballos que se encabritaron, y una lucha entre Lucio y los beduinos. Todo estaba perfectamente preparado, todo menos Lucio. Sin embargo, la sorpresa y la improvisación le otorgaron a la actuación una estimulante verosimilitud.

Tila rompió a llorar al saber que una flecha había ido directa al pecho de su hijo.

—Me salvó la vida un talismán que había pertenecido a una hechicera cántabra. —Lucio miró a Garza. No revelaría que se trataba de su madre, aunque Tila, al oírlo, cesó de repente el llanto y se quedó inmóvil como una estatua—. Estaba labrado en una piedra tan dura que detuvo la flecha, pero acabó partido en dos. —Garza se había cubierto la cara con las manos—. Perdí el sentido y me caí del camello, con la mala fortuna de quedar enganchado. Me arrastró, y así fue como me destrocé las piernas.

El relato continuó y hasta a Livia se le escaparon unas lágrimas cuando Lucio acabó el penoso relato de la muerte de Néstor y de sus atacantes.

—¡Levantemos nuestras copas por un héroe romano! —exclamó Harith.

—Por ti, Néstor, amigo —lo secundó Lucio—, dondequiera que estés. Tú mereces más que yo el honor de esta celebración.

Todos los imitaron y bebieron.

Cuando Lucio explicó cómo Arsínoe lo había herido en la mejilla, Garza se removió inquieta.

—Augusto ha hablado de la belleza de Arsínoe, pero en eso destaca tanto como en su carácter —prosiguió—. En la caravana, se viste y se conduce como un hombre, cubierta de pies a cabeza a la manera de los beduinos. Monta y dispara el arco mejor que cualquiera de nosotros. —Los ojos de Garza y Lucio se encontraron irremediablemente, como si estuvieran imantados—. Verdaderamente, es una mujer excepcional.

Al hablar de las minas de Berenice, Lucio escogió cuidadosamente las palabras. No deseaba dejar traslucir su decepción por el vergonzoso papel de

Roma en aquel lugar. Contó que lo habían confundido con un ladrón —omitió deliberadamente la palabra espía— y que como tal lo habían tratado. Habló de la inundación y de la dureza de las condiciones de vida. Describió a Rufulus y relató cómo se había librado de la novatada. Deleitó a las mujeres cuando retrató a Néstor, a Dohae, a Ameny y las conmovió con el relato del bebé ahogado en la misma pileta que él había construido y de cómo lo había tenido que enterrar con sus propias manos. Cincinata y Tila lloraban en silencio, y el semblante de Garza había adoptado una expresión pétrea. Sus ojos estaban clavados en las llamas de la hoguera.

—Lucio Celio, ha sido una narración estremecedora —intervino Antonia.

—Debo decir que pocas cosas hay más gratas para mí que felicitar y condecorar a un buen soldado —dijo Augusto—. ¿Dónde está mi secretario?

Un liberto imperial se acercó con una cajita de madera y se la ofreció a Augusto, quien se incorporó con alguna dificultad. El emperador tenía el pelo casi enteramente blanco y Lucio observó que no era muy alto de estatura. Su nariz se curvaba como el pico de un águila y, al sonreír, mostraba una dentadura irregular. ¿Qué habría en aquella caja? Augusto lo miró a los ojos antes de tomar la palabra y Lucio no supo si el fulgor que vio procedía de sus pupilas o del diente de oro que relucía en su sonrisa.

—Lucio Celio, favorito de la fortuna, los dioses te han arrancado de los brazos de la muerte y te han permitido volver con tu familia. Acepta la dignidad de caballero como un premio a tus servicios a Roma.

Mientras hablaba, Augusto había sacado un anillo de la caja. Lucio recibió el anillo de caballero en la palma de la mano. Lo había conseguido con su esfuerzo, su sudor y su sangre. Y con la conciencia intacta. Sintió que su corazón se ensanchaba y una agradable sensación lo invadió de repente. Por fin había realizado algo que complacería a su padre. Augusto prosiguió:

—A petición del ciudadano romano Harith el Hadramí, a quien salvaste la vida en batalla, así como la de su hija, tras haber eliminado a los enemigos que os amenazaban y haber puesto en riesgo tu vida con el fin de ir a buscar ayuda, por el poder que me otorga el senado y el pueblo de Roma, yo, Gayo Julio César Augusto, te concedo la corona cívica. Lúcela con honor y con orgullo, pues representa los valores de la República Romana: valor, clemencia, justicia y piedad.

Todos se pusieron en pie y se hizo el silencio, roto únicamente por los sollozos de Tila. Augusto colocó sobre la cabeza de Lucio una corona trenzada con hojas de roble y un pequeño lazo rojo.

—Gracias, señor. Esto supera en mucho mis expectativas.

—Llévala esta noche, hijo, junto con el anillo. Y ahora acompáñame un rato, necesito estirar las piernas y que me hables de cómo están las cosas por Egipto.

Augusto le hizo señas a Germánico para que los acompañara. Pasearon con parsimonia por los frondosos jardines, iluminados con antorchas.

—¿Dónde está tu padre, Lucio Celio? —preguntó Germánico, un hombre joven muy bien parecido, de una edad aproximada a la de Lucio.

—En Barcino. Hace un tiempo sufrió un ataque y tiene medio cuerpo paralizado. —Lucio se dirigió a Augusto y dijo—: Te gustará saber, señor, que tuviste la oportunidad de conocernos, a mí y a mi padre, e incluso al padre de mi cuñada Garza, en la *consecratio* de la colonia Barcino. Tú mismo me subiste a tu cabalgadura siendo yo un niño.

—Mi memoria empieza a flaquear. Solo recuerdo una estampa de la colonia Barcino: al desembarcar me estaban esperando un grupo de jinetes íberos que me acompañaron hasta la ciudad. Iban engalanados a la antigua, y recuerdo a su jefe, pues me impresionó su porte; se me figuró un guerrero de los que describe Homero. Quién sabe… A veces los recuerdos se funden y nos engañan.

—Era Barkal, el padre de Garza. Adoptó el nombre de Aulo Asedilo Layetano. Pertenecía al clan del Lobo, y le gustaba creer que íberos y romanos no eran pueblos tan diferentes, puesto que fue una loba la que amamantó a Rómulo. Admiraba a Roma, pero al final de su vida sufrió una gran decepción. Los ciudadanos de Barcino nunca lo aceptaron como a uno de los suyos.

—Eso sucede incluso entre romanos. Yo mismo sufrí el desprecio por mi origen; mi padre pertenecía al orden ecuestre, como el tuyo. No hay mejor dignidad que la que se gana a pulso, hijo. Ahora, escúchame, Lucio; necesito que transmitas un mensaje a tu primo Quinto Valerio, no es conveniente que me vean hablando con él. Debe elegir entre las candidatas propuestas y contraer matrimonio lo antes posible. Habitará junto a su esposa en casa de su tía. Los documentos se quedarán donde están. ¿Has entendido?

—Sí, señor —dijo Lucio, poniéndose nervioso por momentos. Así que Quinto sería la tapadera de la red de espías. Necesitaba tiempo para saber qué terreno estaba pisando.

—Bien. Por supuesto, confío en tu absoluta discreción. Si alguien te preguntara, dirás que me has pedido consejo sobre tu futuro. Por cierto, redacta un informe detallado de todo lo acontecido desde que pusiste los pies en Alejandría. Sé sincero, no habrá represalias contra ti de ningún tipo. Egipto

es muy importante para Roma y me interesa conocer con exactitud el desempeño de todo el personal allí destacado: desde el prefecto hasta el último convicto de Berenice. Tu informe será secreto, solo lo leeré yo y se archivará en casa de los Domicios.

Augusto pretendía que fuera un informante más y eso le hizo estar intranquilo. ¿Qué pasaría si Augusto moría? Quienquiera que lo sucediera leería los informes y su contenido podría utilizarse en contra de quien lo hubiera escrito. Debía andar con pies de plomo. Añoró las tardes cálidas e interminables pescando junto al río, sin más preocupación que elegir el cebo correcto. La nostalgia de Barcino lo llevó a considerar la idea de dejarlo todo y volver. Al menos, estaba convencido de que evitaría que su vida transcurriera cerca de los ingratos y peligrosos senderos del poder.

—Y ahora, después de haber vuelto a la vida, ¿hacia dónde encaminarás tus pasos? —Germánico lo sacó de sus pensamientos.

—Señor, esperaba volver a Nicópolis para recibir órdenes de mi tribuno. Para mí ha sido una sorpresa recibir parte de la herencia de los Domicios, y aún más haber recibido la dignidad ecuestre. —Lucio abrió la palma de la mano, que estaba blanca de tan fuerte que la había mantenido cerrada. Miró el anillo—. Podría dejar las legiones y volver a casa, formar una familia y ayudar a mi padre en el negocio del vino.

—Lamentaré, Lucio Celio, que las legiones pierdan a alguien como tú. Yo no pude dedicarme a la vida militar como hubiera deseado, Agripa lo hizo por mí. ¡Ah, Germánico! Tu suegro, Agripa, fue para mí el más fiel de los amigos. No hay día que no lo eche de menos. Habréis oído decir que éramos amantes, qué estupidez. Si algo he detestado siempre es el trato carnal entre hombres. Nadie puede decir que me haya visto retozando entre barbudos como un reyezuelo oriental.

Lucio sonrió. Le desconcertaba y tranquilizaba al mismo tiempo la campechanía del emperador. No sabía cómo tratarlo.

—Ingresé en las legiones porque era la única manera de aprender el arte de la construcción, y creo que lo más conveniente sería continuar por esa senda. Confío en que, a mi vuelta al campamento, pueda convertirme en *discens* y empezar mi formación.

—Si es eso lo que deseas, tendrás mi recomendación. Germánico se unirá en breve a las legiones en Panonia. Aprenderá de los mejores, allí tengo a Tiberio, Cecina Severo y Valerio Mesala. —Augusto se detuvo y alzó los brazos para apoyarse en los hombros de ambos—. Ah, quién pudiera volver a tener vuestra edad… Pero volvamos, ya deben de estar cuchicheando como

comadres. Agripa decía, y con razón, que en el campo de batalla todo es más simple: o matas o te matan, y eso saca lo mejor de ti. No hay artificios ni engaños, estáis tú y tus hermanos de armas frente a la muerte. La vida civil es el verdadero avispero.

Augusto volvió a detenerse para soltar una sonora ventosidad. Lucio contempló a aquel hombre anciano, cansado y enfermo. Su padre y él solo se llevaban cuatro años. Por más que buscó, no vio por ninguna parte el aura divina, la luz cegadora. Únicamente humanidad e inteligencia. Y poder.

Cuando llegaron al estanque de los nenúfares, las señoras estaban absortas en un grupo de danzarinas egipcias que se movían al ritmo de los sistros. Iban vestidas con recato y sus movimientos poco tenían que ver con los que se acostumbraba a ver en las tabernas alejandrinas. Lucio divisó a su madre, que se acercaba a ellos con la expresión atribulada de siempre y algo tambaleante. Pidió a los dioses que Tila se comportara con la debida discreción. Augusto inició la conversación.

—Te felicito, Domitila. Tienes un hijo excelente. Es una verdadera lástima que no pueda estar presente su padre.

Tila estaba tan nerviosa que no pudo articular palabra. Germánico le ofreció su brazo con caballerosidad y la llevó junto a Cincinata. Las tañedoras del sistro acabaron su recital. Todas las mujeres fueron a felicitar a Lucio. Augusto lo rescató del tumulto y se lo llevó a la tienda donde estaban sentados los hombres. Livia, acompañada de Garza, se unió a ellos.

—Lucio Celio, tu tía me ha pedido que te despidas de todos en su nombre. Las Domicias se retiran. Estando de luto por su hermana, es lo más indicado —informó Livia—. Garza se quedará conmigo, abrigo la esperanza de que me transmita algo de su juventud y de su belleza.

Garza desplegó una encantadora sonrisa e hizo una pequeña inclinación de cabeza.

Lucio respiró hondo. Todo estaba desarrollándose como la seda. Había sido un día muy intenso y deseaba retirarse para rumiar y saborear en familia el hecho de haber pasado de ladrón a héroe en tan poco tiempo. Se arrellanó en los cojines, dispuesto a relajarse y disfrutar.

38. LA DAGA DE RUFULUS

Tras la actuación de las bailarinas, empezó la exhibición de lucha frente a la tienda donde estaban sentados los hombres. Los esclavos de Harith sirvieron pastelillos de sésamo y dátiles rellenos. Livia y Garza se unieron a las mujeres. La esposa de Augusto tomó asiento junto a Agripina la Mayor, visiblemente embarazada. Garza prefirió acomodarse cerca de las Cornelias, a quienes ya conocía. Ambas llevaban túnicas marfil con preciosos bordados geométricos de tonos azulados y se cubrían con un manto. Antonia, Sempronia y todas las demás completaban un coloreado cuadro en el que destacaba ella, con su túnica enlutada y el dorado pelo suelto. Siempre había tenido dificultad para hallarse a gusto en aquellos ambientes refinados, por eso decidió hablar solo cuando le preguntaran.

—Estando Augusto presente, hoy no habrá más vino para nosotras —se quejó Antonia, haciendo una mueca de disgusto. Alargó la mano y cogió un dátil relleno de avellanas de una fuente cercana—. Dime, Garza, ¿cómo consigues esa tonalidad de cabello? ¿Con manzanilla?

—Es mi color, no hago nada especial —contestó Garza. Le llamó la atención cómo los labios de Antonia, gruesos y carnosos, se despegaban lo justo para articular las palabras. Su boca era pequeña, el rostro en forma de corazón, enmarcado por un cabello negro y rizado. Toda ella desprendía sensualidad.

—Pues Claudia Quartula se pone ruibarbo, vinagre y canela. Me dijo que a Titio le enloquece el olor a canela —intervino Cornelia hija, una joven larguirucha de ademanes nerviosos que se movía como una comadreja distrayendo a su presa.

—¿Titio? ¿Pero no dijo que cuando se casara dejaría de verlo? ¡Le prometió a su abuela que sería una matrona respetable! —exclamó Antonia.

—¿Y te lo creíste? —preguntó Cornelia hija, tendiendo las manos hacia el esclavo del aguamanil—. Se casó con Bíbulo porque a los dos les convenía. Ella había cumplido ya los veinte y él tenía veinticinco y prisa por empezar la carrera política. La cabra que se ha criado libre… no acepta el redil. —Antonia la miró con extrañeza—. Quiero decir que nuestras abuelas no hicieron más que hilar y parir, pero los tiempos han cambiado. Nosotras queremos divertirnos, por más que Augusto se empeñe en ponernos cadenas. —Hizo una pausa para sacudirse un insecto—. ¡Qué horror! Y no es que yo

quiera casarme enamorada, eso es de plebeyas. Estoy dispuesta a darle hijos a la República, siempre que yo pueda tener mis alegrías, como las tendrá mi marido.

Garza se aburría entre aquel coro de gallinas. Echaba de menos a Aulo. Ojalá acabara pronto la cena. ¿Por qué estaba allí? Era la noche de Lucio y, lejos de encontrarse feliz, se sentía ajena al boato. «Deberías alegrarte por haber encontrado a Lug vivo», se decía. Cuando Tila le propuso acompañarla a Roma se había mostrado reacia. Después pensó que quizá Domicia y Quinto conservaran sus cosas. Secretamente, anhelaba hallar alguna carta o algo suyo entre las pertenencias. Pero encontrarlo de repente, vivo… El muchacho cariñoso y ardiente que le había roto en pedazos el corazón se había convertido en un hombre cautivador. A su lado, se sentía confundida y desorientada. Ojalá pudieran olvidar todo lo sucedido entre ellos. Se habían hecho tanto daño… Ambos habían sufrido. Lucio tenía razón en estar dolido, habría debido hablarle de su embarazo. Se había dejado llevar por la rabia y la sed de venganza contra los Celios. Cada uno debía continuar su camino, por separado.

—Señoras, el mercado masculino está difícil —dijo Cornelia—. Y, por si eso fuera poco, mi hija es una remilgada. —Cornelia hija fue a hablar, con la indignación reflejada en su rostro, pero su madre la hizo callar—. Tu padre y yo nos estamos impacientando, y llegará pronto el día en que deberás aceptar a nuestro candidato y darnos nietos, no vas a ser joven eternamente.

—Lucio Celio ha vuelto de Egipto muy cambiado —dijo Cornelia hija con una sonrisa traviesa—. Cuando lo conocimos hace tres años, recién llegado de Hispania, era ceñudo y tosco, pero ahora…

—Aún me acuerdo de cuando me manchó la túnica —añadió su madre.

—¿Que te manchó la túnica? ¿Y qué es lo que derramó sobre ti? —preguntó con picardía Sempronia Tertia, una mujer de pequeño tamaño y piel cetrina que había estado muy callada toda la noche.

—¿Qué insinúas? ¡Lucio Celio tiene la edad de mi hijo! Lo que pasó es que tumbó una copa de vino y goteó sobre mi vestimenta. Fue en una cena en casa de Domicia Calvina, que la tierra le sea leve. Yo, si pudiera elegir, preferiría al árabe. Es tan… ¡exótico!

Garza suspiró. ¿Cuánto más iba a tener que escuchar?

—¿Sabéis qué me ha contado Marcia? Como sabéis, su marido fue procónsul de Asia. Dice que allí las mujeres se perfuman sus partes sentándose encima de un ánfora agujereada.

—¡Sí! Sé de qué hablas, Antonia. Mi esclava licia me lo contó. Queman bálsamos perfumados, después ponen una bacinilla honda cubriendo las brasas, agujerean el fondo y se sientan encima —explicó Cornelia hija.

—¿Y no se queman? —preguntó su madre.

—Pues parece que no… ¿Te quemas tú cuando aspiras por la boca el humo del cáñamo?

—¡Hablad más bajo! Os va a oír Livia, siempre tiene la oreja dispuesta —dijo Antonia—. ¡Mirad! Va a haber combate, por allí veo un luchador griego preparándose.

—Mi hermano tomará parte encantado —dijo Cornelia hija—. Desde que lo atacaron en la Subura toma clases de pancracio.

—¡Por Venus! También mi marido —observó Antonia—. Entrena cada día en la palestra cercana al Trigarium. Antes estaba mal visto todo lo griego, y ahora mataríamos por tener en casa una estatua de Lisipo. ¡Ay! Me voy con Livia. Conozco esa mirada. Agripina se ha retirado y ella se ha quedado sola.

—Pues yo espero que luche Lucio Celio, estoy deseando verlo sin túnica. Sigue siendo poco refinado pero ¿quién quiere otro lechuguino? —dijo Cornelia hija—. Además, ahora que es caballero necesitará casarse si quiere la herencia de su tía. Creo que hoy empiezo a buscar marido. Y esa cicatriz… —dijo dejando la frase inacabada mientras se mordía el labio inferior con fruición—. Le da un aspecto tan… salvaje.

La cicatriz de Arsínoe. Garza se moría por saber qué tipo de relación la habría unido a Lug. Notó en el pecho la negra punzada de los celos, pero también un atisbo de admiración, pues parecía una mujer muy diferente a las de aquel coro de lechuzas.

La excitación de los hombres la despertó de sus pensamientos. Un esclavo llegó con unas correas de cuero y una urna, que presentó a cada uno de ellos. Uno a uno, introdujeron la mano en ella. Los que sacaran la piedrecita de igual color serían contendientes en la lucha. Hubo bromas sobre quién iba a ser el que luchara contra Aquiles, el pancraciasta griego. Cornelio padre fue el elegido, pero declinó —su vientre prominente apenas le permitía dar un paso sin saber dónde ponía el pie—, y su hijo se presentó voluntario para luchar en su lugar.

Se trataba de un joven bien parecido, de modales excelentes y costumbres extravagantes. Se quitó la túnica, se ajustó bien el *subligar* y empezó a envolverse los nudillos con las correas de cuero que le protegerían las manos de los golpes. Cuando hubo terminado, fue hacia al griego, ya en la arena. Empezaron la lucha dando pasos en círculo como si se tratase de una danza,

intimidándose con la mirada. Cornelio fue el primero en atacar. Aquiles lo agarró por el tronco sin dificultad, lo mantuvo unos segundos en vilo y lo lanzó contra el suelo. La contienda había empezado mal para el romano.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó Cornelia madre, ansiosa.

—Solo hay una cosa prohibida: matar al contrario —informó Garza—. Y también meter los dedos en los ojos, la boca o la nariz del contrincante.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Cornelia, sin apartar los ojos de su hijo, derribado en el suelo con las piernas del griego alrededor de su abdomen mientras este lo estrangulaba con un brazo.

—Lug entrenaba en Barcino con un maestro y a veces mi padre practicaba con él.

—¿Lug? ¿Te refieres a Lucio Celio, tu cuñado? —preguntó Cornelia hija.

—Oh, sí, perdonad, Lucio Celio —se disculpó Garza—. ¡Vaya, lo siento! Creo que el combate ha finalizado para Cornelio.

En efecto, el romano había levantado el dedo índice, lo cual significaba su rendición. Las Cornelias respiraron aliviadas. Domicio Aenobarbo sustituyó a Cornelio frente al heleno. La lucha prometía, pues ahora los rivales estaban más igualados: ambos lucían un cuerpo robusto y musculado, a pesar de que el romano fuera algo más alto. La lucha empezó cuando Aquiles alzó su pierna para dar una patada y Aenobarbo le agarró el pie para derribarlo. Los hombres gritaron dándole ánimos. El griego reaccionó rápido: cogió de los brazos a su oponente, apoyó el pie en su pecho y forcejeó hasta que el romano lo soltó. En ese momento impulsó su pierna contra Aenobarbo y, sosteniéndolo de los brazos, lo hizo volar y estrellarse contra las bandejas de dátiles, que quedaron derramados por el suelo.

—¡Uf! Eso le va a doler. Y no precisamente en las carnes —dijo Antonia, impasible, mientras saboreaba un pastelillo.

Aenobarbo se levantó tambaleante. Se había hecho un corte en la ceja y su rostro se cubrió de sangre rápidamente. Un esclavo se acercó con un paño limpio para que se limpiara y el romano, cegado por la ira y la sangre, le arrancó el paño de las manos con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo. Después le propinó una patada para que se apartara de su camino.

—¡Ja, ja, ja! ¿Es que no hay ningún romano que le plante cara a la cólera del pélida Aquiles? —bramó Augusto—. Quinto Valerio, ¿te atreves?

—¡Por supuesto que no! Mi piedrecita es roja, como la de Cornelio. Debería luchar con él y no con este mirmidón. ¿Cómo voy a encontrar esposa con la cara partida?

—¿Y nuestro héroe Lucio Celio? —dijo Harith acercándose a Lucio—. Vamos, demuéstrale a Augusto que eres merecedor de tu condecoración. —Le susurró en el oído—: Lucha, hijo, como un hombre del desierto. Impresiona a estos engreídos.

Lucio dio un paso al frente. Garza se puso en pie y se acercó. Se sentó junto al estanque de los nenúfares, desde donde la perspectiva era mejor. Ojalá saliera vencedor. Se había jurado a sí misma tratarlo con desinterés, pero no podía negar que en aquella situación ambos estaban del mismo bando. Él pareció leerle el pensamiento, pues se acercó al estanque y depositó su túnica cerca de ella. Le tendió su daga, y Garza la guardó bajo su manto. Sus miradas se encontraron fugazmente. No hacía falta más.

Las demás mujeres no querían perderse el combate, así que se aproximaron y rodearon a Garza, para su contrariedad. Cornelia se colocó a su lado y le preguntó:

—Estás casada con el hermano de Lucio Celio, ¿no es así? —preguntó Cornelia a Garza—. ¿Cómo es? ¿Fogoso? ¿Pasivo?

—¡Cornelia! —dijo Antonia, falsamente escandalizada—. Garza no ha abierto la boca en toda la noche, y no creo que la vaya a abrir para contestarte eso. Seguro que ella se casó enamorada.

—No, en absoluto. Mi padre murió y el padre de Lucio se convirtió en mi tutor. Fue él quien decidió casarme con el hermano adoptivo de Lucio Celio.

Domicio Aenobarbo exigió ser él quien luchara contra Lucio, pues ambos habían sacado las piedras del mismo color. Augusto accedió.

—Me compadezco de él. Cuando mi marido tiene el orgullo herido es como un animal —dijo Antonia.

La lucha comenzó. Tras unos primeros momentos de tanteo, Aenobarbo se abalanzó sobre Lucio, lo agarró del tórax y lo echó al suelo. Se sentó sobre él y empezó a golpearle a ambos lados de la cabeza. En un movimiento rápido, este alzó las piernas y enroscó los pies por debajo de las axilas de su oponente. El rostro de Lucio se enrojecía por momentos y le costaba respirar con aquella mole sentada sobre sus costillas. Sin embargo, levantó de golpe la cabeza y la estrelló contra la nariz de Aenobarbo, que se desplomó hacia un lado.

Lucio se puso en pie y respiró hondo. Garza oraba para que el combate acabara rápido. Antonia seguía el combate sin apenas emoción, degustando un melocotón con parsimonia. Aenobarbo se levantó y gritó de rabia, la herida de la ceja se le había abierto y la sangre no le dejaba ver bien. Volvió a arremeter contra Lucio, pero este saltó a un lado y su oponente se fue contra

el suelo, dio una voltereta y volvió a levantarse. Lucio se lanzó hacia él y, cuando estaba irguiéndose, le propinó una patada en la parte anterior del muslo con la espinilla. La pierna de Aenobarbo se dobló y cayó de nuevo. Lucio no le daba tregua. Se echó de espaldas y, antes de que el otro pudiera darse cuenta, tenía sus piernas alrededor del cuello y le hacía una tijera. Aenobarbo intentaba zafarse del abrazo mortal, sin éxito. Antonia ya se había puesto en pie cuando Lucio aflojó, sin esperar a que su contrincante alzara el dedo.

—¡Bravo! —Augusto dio varias palmadas alzando los brazos—. Bravo por los dos. ¡Quizás Lucio Celio quiera medirse con Aquiles!

—Querido —intervino Livia—, ¿no crees que ya ha habido suficiente lucha por esta noche? A nosotras nos aburre… Además, los hombres estáis ridículos en calzoncillos con los ojos morados y los labios partidos. Basta, por favor. Estoy segura de que nuestro querido Harith nos reserva alguna sorpresa más.

Los esclavos colocaron una palangana de agua sobre un trípode para que los luchadores se lavaran. Garza vio que Aenobarbo se acercaba a Lucio para decirle algo. Después, este se dirigió hacia el estanque para recoger su túnica. Germánico y Quinto fueron a felicitarlo.

Cuando se dirigía a Garza para recuperar la daga, se oyó la voz de Antonia:

—¡Lucio Celio! No imaginaba que fueras tan fuerte —dijo con voz aterciopelada desde el almohadón en el que se había vuelto a recostar—, dime, ¿seguirás en el ejército?

Lucio la miró desde arriba y sonrió. Garza, de pie a su lado, se percató de que los ojos de él se habían posado en los abultados senos de Antonia. Sintió un aguijonazo en el estómago y calor en su rostro.

—Depende.

—¿Depende de qué? —Sin apartar la mirada de él, Antonia cogió un higo de una bandeja cercana y lo mordió. Unas pequeñas perlas granates se quedaron prendidas en una de las comisuras.

Quinto, siempre atento a los lances de la seducción, se agachó, cogió uno de los paños depositados al lado de la bandeja y alargó la mano para limpiársela mientras respondía:

—De si encuentra una buena esposa en los próximos días. ¿Se te ocurre alguien, bella Antonia?

Antonia, con la mirada fija en Lucio, acarició la mano de Quinto antes de que la retirara. Garza tuvo suficiente. Dio media vuelta y fue a sentarse cerca

de las dos Cornelias, quienes miraban embelesadas la escena.

—Si Lucio Celio y tú os criasteis juntos, lo debes conocer bien —le preguntó a Garza Cornelia hija—. Cuéntame, ¿sería un buen marido?

—No te puedo ayudar en eso. —Garza se percató de que Lucio podría estar escuchándola y alzó ligeramente la voz—. Conocí al Lucio niño y al muchacho. Pero no conozco a este bruto en el que ha venido transformado. Hace años que no nos tratamos.

Harith siguió actuando de maestro de ceremonias. Mandó servir más bandejas de dulces y a un gesto suyo aparecieron unos hombrecillos desnudos y flacos de piel muy oscura. Llevaban unas grandes cestas que depositaron en el lugar donde antes se había desarrollado la lucha. Otros cargaban con unas antorchas y unas jarras de metal. Los primeros retiraron las tapaderas de las cestas con cuidado y metieron sus brazos en ellas. Sacaron varias serpientes, cosa que provocó un gran revuelo. Todas las mujeres se apartaron excepto Garza, asombrada por el movimiento de sus cuerpos sinuosos, brillantes a la luz de las antorchas. Nunca había visto serpientes de ese tamaño. Sintió un irresistible deseo de tocarlas.

Lucio se colocó a su lado, un paso por delante de ella.

—Las serpientes son consideradas divinidades en Arabia y en la tierra de los faraones —dijo Harith con una pitón en las manos—. ¿Qué valiente se atreve a sostener una en sus manos?

Garza dio un paso al frente.

Harith la miró sonriente y después dirigió su mirada a Lucio:

—Además de hermosa, audaz.

Ante las exclamaciones de las mujeres, Harith le colocó el animal por encima de los hombros. La serpiente se le enroscó en la cintura y en uno de los brazos. Augusto y Livia se acercaron a tocarla.

—Delicada y letal —dijo Livia rozando la escamosa piel.

—La diosa de los hadramíes es una serpiente. Los niños aprenden desde pequeños a distinguir las serpientes venenosas de las que no lo son. Esta no lo es, pero no te confíes, encanto —dijo Harith acariciando la barbilla de Garza —. Este bello animal podría asfixiarte.

—Sin duda, Garza nos ha dado una lección de valor a todos —intervino Livia—. Probablemente algún hombre de los aquí presentes esté deseando hacer lo mismo.

De repente, se produjeron varios fogonazos de luz alrededor. Unos esclavos con turbante acababan de encender teas mientras otro había abierto una de las cestas. Empezaron a asomar de ella otras serpientes más pequeñas,

con la cabeza triangular. Domicio Aenobarbo, con la cara hinchada y la barba aún llena de arena, dijo:

—No creas, Livia Drusilla, que siento gran deseo de acercarme a estas bestias. Las alimañas me repelen, como a todo buen romano. Sin embargo, estoy seguro de que nuestro héroe hispano está muy familiarizado con todo lo que se arrastra. ¿No es así, Lucio Celio?

Garza fulminó a Aenobarbo con la mirada. Lucio sonrió y se agachó hacia la cesta por donde asomaba una víbora cornuda. Con un rápido movimiento, la cogió por detrás de la cabeza.

—No me acobardo ante las serpientes, sean del tamaño que sean, si es a eso a lo que te refieres. —El ofidio abrió la boca y enseñó dos finos colmillos. Todos se apartaron—. Tampoco me asustan las que arrojan veneno a la cara de la víctima.

—Se dice que con una como esta se dio muerte Cleopatra —dijo Harith —. Hay que caminar con cuidado de noche por el desierto, pues se entierran en la arena, acechantes.

Lucio la soltó y la víbora cayó al suelo, culebreando de costado y friccionado sus escamas. Todos pudieron oír el peculiar sonido. Uno de los hombres la detuvo con un palo en forma de garfio y la volvió a meter en la cesta. Garza suspiró aliviada. Lucio se acercó a ella y le susurró:

—Te encantaría el desierto. Quizás algún día…

—¿Quién desea meter la mano en esta otra cesta? —exclamó Harith destapándola—. ¿Nadie? Solo hay… culebras. —Había introducido la mano y la estaba sacando repleta de serpientes enroscadas de todos los tamaños. Las mujeres gritaron y se apartaron. Uno de los animales cayó al suelo y se onduló rápidamente hacia los pies de Augusto, ante los gritos histéricos de las mujeres, que encubrieron las palabras de Harith—: ¡No temáis! ¡Es inofensiva!

Una daga se clavó en el suelo, a pocos centímetros del pie del emperador, seccionando en dos el cuerpo de la culebra. Lucio había intentado detener a Garza, pero ella había sido más rápida y había lanzado la daga de Rufulus.

Aenobarbo, como un rayo, inmovilizó a Garza.

—¡Maldita seas! ¡Podías haberlo matado! —le gritó con su voz atronadora.

—¡Suéltala! —dijo Lucio.

—¡Es una culebra inofensiva! —gritó Harith.

—Aenobarbo, suéltala —dijo Augusto—. Esta mujer ha demostrado tener más agallas que todos vosotros.

—¡Pero es una cántabra! ¿No has visto con qué destreza usa la daga? ¡No permitiré que pase un momento más cerca de ti! —exclamó sin soltarla.

—Garza es hija, esposa y madre de ciudadanos romanos —dijo Lucio—. Estás insultándome a mí y a mi familia.

Quinto lo respaldó:

—Conozco a Garza desde niño y defenderé su honor como si fuera mi propia hermana.

—¡Basta ya! —ordenó Augusto—. Estoy seguro de que esta mujer ha actuado con buena intención. Aenobarbo, soy yo quien decidirá qué hacer.

La soltó, finalmente. Quinto y Lucio la abrazaron, pero Garza se deshizo de su abrazo. No deseaba la compasión de ningún romano. Se sentía furiosa al notar sobre ella todas las miradas. Se arregló la túnica y enfrentó su mirada verde y centelleante a la de Aenobarbo. Había aguantado estoicamente toda la noche en actitud sumisa y respetuosa, había soportado la charlatanería de aquellas hienas, había matado a una serpiente que iba hacia el emperador, pero no había sido suficiente. No para una cántabra. Un torrente de ira subió por su columna vertebral y estalló en palabras:

—¡No soy una criminal, pero parece ser que por mi origen ya me habéis sentenciado! Harith no se merece este espectáculo lamentable en su casa.

Lucio levantó su mano hacia ella, suplicándole que se calmara, pero la mecha ya estaba prendida. Estaba harta de bajar la cabeza mansamente. Le traían sin cuidado las consecuencias, lo que iba a decir era justo. Caminó hasta Augusto y se colocó frente a él:

—No soy una asesina, señor, a pesar de poseer una razón poderosa para buscar venganza. ¿Deseas conocerla?

Cesaron las murmuraciones. Las Cornelias, cogidas de la cintura, dejaron escapar una exclamación ahogada. Augusto la miró largamente, muy serio. Al final asintió.

—Mi madre fue la única superviviente de la masacre que las legiones romanas cometieron contra su pueblo. Cuando yo tenía diecisiete años se suicidó. ¡No podía hablar con nadie en su lengua más que conmigo! Su mundo estaba muerto. —Quinto miró a Lucio con aire alarmado—. Mi padre, Barkal, el último de los nobles layetanos, admiraba a Roma. Ya moribundo me hizo prometer que sería una buena romana y que criaría hijos romanos. —Clavó una tristísima mirada en Lucio—. Le juré que mis hijos conocerían la grandeza de Roma, pero que también sabrían que las legiones exterminaron al pueblo de su abuela. Y es mi deber defender su memoria.

Lucio escuchaba con los ojos cerrados y el gesto tenso. Garza se sentía, por el contrario, ligera y tranquila. Había liberado su corazón de un gran peso.

—¿Vas a permitir esto? ¡Es una afrenta a nuestra patria! ¡Esta mujer debe morir por lo que ha dicho! —gritó Domicio Aenobarbo.

Livia se adelantó y cogió a Garza del brazo. Miró a Aenobarbo y después a Augusto, instándolo a hablar.

—Nadie va a morir aquí, Aenobarbo. Si tantas ganas tienes de sangre, mañana mismo te envío al limes germánico. Garza es sincera y no teme expresar delante de mí lo que guarda en su corazón, y eso es algo que agradezco y valoro por encima de todo. Estoy harto de aduladores que solo me dicen lo que quiero oír. Oídme bien: esta mujer está bajo mi protección y si algo le sucediera averiguaré quién está detrás.

Lucio y Quinto cruzaron miradas de alivio. Augusto pidió un asiento, se le veía fatigado. Nadie se movió hasta que los esclavos de Harith le acercaron una cátedra.

—Sin embargo, muchacha, ya que tú te has expresado con franqueza, yo también lo haré. Las tribus cántabras traicionaban repetidamente los acuerdos pactados. Miles de soldados romanos perdieron sus vidas debido a ello en aquellos barrancos infernales, soldados que podían haber sido Quinto Valerio o Lucio Celio. He respetado y perdonado en todo momento a los pueblos pacíficos que querían compartir la gloria de Roma y no ponían en peligro la paz.

Un esclavo se acercó a él con una copa de agua fresca, que consumió a pequeños tragos. Pidió que le llevaran su manto y prosiguió:

—Los layetanos son un ejemplo, tú deberías saberlo bien. Los cántabros y los astures habitaban tierras ásperas y difíciles, es verdad, pero teniendo la oportunidad de bajar al llano y convertirse en agricultores prefirieron seguir viviendo hacinados en sus chamizos montañeses para bajar de vez en cuando a visitar a sus vecinos del sur. Robaban, rapiñaban y asesinaban a los que trabajaban la tierra con esfuerzo. No vi nunca en ellos un atisbo de querer cambiar. Tras siete largos años de guerra y tanta sangre derramada, la única salida era aniquilarlos. Comprendo tu amargura y celebro que Roma cuente con mujeres valientes como tú para criar a nuestros ciudadanos. *Acta est fabula*! —Augusto dio un par de palmadas al aire y dio por zanjado el asunto —. ¿Con qué delicias nos vas a deleitar ahora, querido Harith?

Una marea de emociones tomó a Garza desprevenida. Empezó a temblar de los pies a la cabeza. Se cubrió el rostro con las manos. Se habría desplomado si Lucio y Quinto no hubieran acudido a sostenerla. Harith

aprovechó para anunciar la última actividad de la noche: un paseo en camello regado con la última exquisitez, un granizado de suave vino egipcio de Mareotis.

39. EL RÍO DE LA VIDA

Livia se retiró y se llevó con ella a todas las mujeres, excitadas por poder montar una de las bestias. Augusto ordenó que las acompañaran también los varones, él deseaba descansar unos instantes. Harith dejó a su cargo a dos esclavos de confianza y se fue a organizar la cabalgata. El emperador se acercó a la tienda donde Garza todavía se deshacía en llanto, se recostó en los almohadones que había junto a Lucio y, mientras lo hacía, le dijo en voz baja:

—Si tu familia la aprecia, no te separes de ella hasta que la metas en el barco de vuelta a Barcino. Duerme a los pies de su puerta si es necesario. Domicio Aenobarbo es un fanático y es capaz de cualquier cosa. Busca un capitán de confianza.

Lucio lo miró sorprendido. No encontró palabras adecuadas, así que asintió sin más.

—¡Sosiégate, mujer! —dijo Augusto—. Aún no te he dado las gracias por haber matado a esa culebrilla. Obedece a tus cuñados y vuelve a tu casa cuanto antes. —Garza se secó las lágrimas y dejó que Lucio la ayudara a levantarse—. Retiraos ya, necesito un poco de descanso. Estas cenas me agotan.

Se metieron en la casa y Lucio los condujo hasta una acogedora habitación alfombrada, donde podrían descansar hasta que los invitados se fueran. Garza se disculpó ante Quinto. Este la miró, muy serio, sin responder, aunque sí se dirigió a Lucio, resoplando:

—¡Menuda nochecita, primo! —Se notaba que reprimía su enojo. Hizo una pausa para respirar hondo y elegir las palabras—: En cuanto a ti, querida, si fueras mi mujer te estaría dando una zurra en este preciso momento. Has sido muy imprudente, te has puesto en peligro y has dejado en evidencia a toda la familia.

Garza temblaba. Sabía que había traspasado los límites. Y no entendía por qué las palabras de Augusto la habían desmoronado por completo. Se sentía abatida.

—Me avergüenzo de mi proceder. He sido muy torpe, se trataba de una fiesta dedicada a ti, Lucio, en casa de Harith, y la he estropeado. Os pido perdón. No os causaré más problemas, en cuanto sea posible querría regresar a Barcino.

—Mejor no comentemos nada a Tila y a mi madre —observó Quinto—, las preocuparíamos inútilmente. Ahora voy a unirme a los demás. Es preciso restarle importancia al incidente. Me divertiré un rato con las Sempronias, ¡son tan bobas!

Garza y Lucio se quedaron a solas. La habitación era exquisita y había sido construida con forma hexagonal. Los ventanales dejaban pasar el resplandor de las antorchas del jardín. Tapizaban el suelo unas gruesas alfombras con motivos coloridos. Se sentaron entre unos almohadones esparcidos por toda la habitación.

—Mañana mismo iré a Ostia, a concertar la vuelta a Barcino —dijo Lucio —. Ya lo has oído, no me voy a separar de ti hasta que embarques ¿lo has entendido? Y me da igual si quieres o no quieres.

Garza no respondió. No sabía callar ante una situación injusta y ello siempre le había acarreado muchos problemas.

—Quinto está muy molesto contigo, es cierto, sin embargo… —Lucio le cogió las manos y la atrajo hacia sí—, no te arrepientas. Sobre todo si en tu interior sabes que has hecho lo que debías. Me siento orgulloso de ti, pero piensa que has tenido suerte. Tu sinceridad podría haber acabado muy mal. —Le acarició el rostro, contraído por el llanto—: ¿Qué te ocurre? ¿Dónde se esconde mi chiquilla valiente?

Garza no podía articular palabra, notaba un nudo en la garganta que se lo impedía. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan atribulada. Lucio continuó hablándole con suavidad, sin dejar de mirarla intensamente a los ojos:

—En todos estos años no he podido dejar de pensar en nosotros. Imaginemos que volvemos a ser los de antes…

Había leído en su alma. Eso era justamente lo que deseaba, cerrar los ojos y volver atrás, a aquel recodo del río en el que se bañaban sin ser vistos, a las veredas escondidas de la Sierra Oscura por donde cabalgaban siguiendo el rastro de los jabalíes, a la cueva donde se amaron con vehemencia. Se acurrucó contra él, aspirando la fragancia de su piel, deslizando las manos por su espalda, refugiándolas en el pecho de vello ensortijado… Él la acunó como a una niña. La memoria de su cuerpo le decía que recalara allí y se dejara mecer por el dulce oleaje.

Pero Garza no podía. Las cosas habían cambiado. Ya no eran los mismos, era incapaz de actuar como si nada hubiera pasado, algo dentro de su cuerpo se rebelaba. Una sombra le impedía acercarse a Lucio. Lo rechazó y se separó de él.

—No quiero imaginar que somos los de antes, porque ya no lo somos. Tú te has convertido en un caballero y yo en una mujer insignificante. Solo recibo halagos cuando me muestro sumisa y callada. ¿No te das cuenta de que todo es una gran mentira? Cantabria es rica en metales, Roma quería apoderarse del oro, la plata, el hierro…

—Garza, Garza… ¿Y qué vamos a hacer ahora que ya están todos muertos? ¿Enfrentarnos al emperador? —reaccionó Lucio—. ¿Me tomas por un ingenuo? Por supuesto que los romanos iban detrás de las riquezas. Pero así funciona el mundo. Y si no vamos con pies de plomo, podemos acabar muertos en un callejón en cuanto salgamos de aquí. No eres consciente aún de lo que acabas de hacer: te has enfrentado al hombre más poderoso del mundo y te has puesto en contra a uno de los más violentos, Aenobarbo. No veo la hora de abandonar Roma, esta gente me asquea tanto como a ti.

La abrazó de nuevo. Ella se lo permitió, mientras escuchaba su voz en un susurro:

—En el desierto he estado muy cerca de perder la razón y la vida, y eso me ha enseñado que si quieres vivir en paz hay que aguantar, resistir y callar en muchas ocasiones. Si aceptas un consejo de este bruto en el que, según tú, me he convertido, te diré que la verdad se puede defender de muchas maneras sin necesidad de poner tu vida en riesgo.

Se oyó un ruido de carruajes. Los invitados se marchaban. Garza lo alejó de ella de un empujón. No podría volver a acercarse a él si antes no dejaba aflorar lo que la reconcomía:

—¿Cómo puedes hablar de defender la verdad si eres el primer mentiroso? ¡Prometiste que te ocuparías de mí! ¡Se lo juraste a mi padre! —La rabia era tanta que volvió a sentir cómo se estremecía todo su cuerpo a cada palabra—: Primero fue mi madre. No le importó dejarme. ¡Yo la admiraba, creía que era fuerte y sabia! Me demostró que no me amaba lo suficiente, porque prefirió la muerte. Después se fue mi padre. Abrazado a mí, noté cómo su aliento se desvanecía, me abandonaba. Sin embargo, me quedé tranquila, porque estabas tú. —Se encabritó de repente y empezó a golpear a Lucio en el pecho—: ¡Mi vida estaba en tus manos! Y tampoco te importó… Tú también te fuiste y ya no me quedó nadie. —Se derrumbó. Siguió hablando con un hilo de voz, abandonada de nuevo al llanto—: Ni siquiera mi hija. También me la arrebataron.

—¡Garza, mi amor! —Lucio tenía la mirada turbia—. ¡Imploro tu perdón! ¡He sido tan necio! —No pudo evitar que las lágrimas afloraran—. Estaba tan

ocupado con mi propio dolor que no pude ver el tuyo. Ambos hemos sufrido… ¿De qué me sirve ser un héroe si no logro que me perdones?

Se quedaron en silencio. Retirada la coraza, sus corazones estaban tan tiernos que hasta un suspiro podía herirlos. Garza fue a abrir la boca, tenía que decírselo, no podía aguantar más. Lucio debía saber que Luna, su hija, estaba viva. Pero no hubo tiempo porque Harith y Quinto entraron en la habitación.

Garza se disculpó con Harith y de nuevo con Quinto.

—Necesito aire. Saldré a caminar por tus jardines, si me lo permites, Harith.

—Será con mi compañía —le advirtió Lucio—. A partir de hoy voy a ser tu sombra.

Quinto arqueó las cejas con expresión divertida:

—Qué terrible esfuerzo, primo.

—Tras los establos hay un camino que baja al río —les informó Harith—. Llevaos una antorcha, cerca de la orilla encontraréis una tienda. No temáis, nadie os molestará. Me imagino que tendréis mucho de qué hablar. Toma. Guárdala. —Harith le acercó su daga a Lucio, aún con restos de sangre de la víbora—. Aunque no la necesitarás aquí, mi casa es segura.

Caminaron a lo largo de un camino oscuro y de espesa vegetación. Lucio llevaba la antorcha baja. El fuego arrancaba reflejos brillantes de la túnica de seda negra de Garza. Se escucharon a lo lejos unos ladridos.

—Qué daría por volver a tener a mi lado a *Toro*. A veces me lo encuentro merodeando por los alrededores de la cueva del manantial, me quedo un rato con él y va a desenterrar los animales que ha cazado y me los pone a los pies, medio podridos…

—Qué buen perro, yo también lo echo de menos. ¿Y *Viento*?

—Creo que *Viento* podía sentir mi frustración, porque no consintió que nadie lo montara; todos los mozos que lo intentaban acababan derribados. Le dije a Seihar que se lo llevara y lo soltara en las montañas, con los cimarrones.

Lucio la tomó de la mano. Llegaron a un recodo del río donde se había formado una reducida playa de guijarros y limo. Harith había construido allí una tarima de madera sobre la que se alzaba una tienda beduina. La luna rielaba en la superficie del agua. La vegetación cubría por entero el lugar.

—Debe de ser el escondrijo de Harith, se ahoga dentro de las casas. —Lucio miró Garza y le sonrió diciendo—: Como tú.

—Me gusta Harith —dijo Garza—. Desearía conocer el desierto.

Lucio colocó la antorcha en el soporte de un tronco, junto a la tienda, y tomó a Garza de la mano. Se quedaron mirando fijamente el fluir del río.

—Mi vida habría sido muy diferente con un padre como él —murmuró Lucio.

—Y la mía si en vez de nacer mujer hubiera nacido hombre. Pero ese tipo de conjeturas no llevan a ninguna parte. Debemos vivir con lo que tenemos. No hay más —dijo Garza, ya más serena.

Lucio la abrazó por la cintura y le habló, con su rostro muy cerca del de ella:

—Escúchame, Garza. Nos une un sentimiento fuerte todavía, y si no nos perdonamos ahora acabará por destruir cualquier relación que tengamos en el futuro. Cuando se vive con miedo o con rabia es difícil ser justo. Yo te perdono. Sé que actuaste movida por el amor que me tenías. La vida nos puso a prueba cuando aún éramos demasiado jóvenes. Perdóname tú a mí.

Garza lo miraba con los ojos enrojecidos.

—Mi madre decía que estamos unidos por hilos invisibles los unos a los otros, los vivos con los muertos y con aquellos que están por llegar. Solo podemos aspirar a vivir sin perjudicar a los demás, buscando la armonía a nuestro alrededor. —Lo asió fuertemente de las manos y lo miró diciendo—: Te perdono…, Lucio.

Observó el surco parduzco que le corría desde la comisura del labio hacia la parte superior del pómulo. Maldita Arsínoe.

—Cuando te creí muerto sentí que mi juventud entera se moría. Una terrible tristeza se apoderó de la casa y Aulo era lo único que me animaba. Si no hubiera sido por él habría huido.

Él la abrazó con fuerza, susurrándole en el oído:

—¿Qué nos reserva la vida, amor? ¿Lo sabes tú?

Las hojas de los árboles sonaron mecidas por la brisa. Hacía frío, pero sus cuerpos ardían. La soltó y empezó a desnudarse.

—Te gustaría el desierto. Allí se necesita tan poco para vivir…

Se adentró en el río para limpiarse el aceite y la tierra de la pelea. Garza encontró mantas, paja, leña seca y una piedra de lumbre en un rincón de la tienda. Junto a la entrada había un empedrado redondo cubierto de cenizas, donde hizo fuego. Lucio salió del agua sacudiéndose el pelo como un perro. Garza se le acercó y lo cubrió con una de las mantas. Se abrazó a él. Necesitaba amarlo. Aquella noche tendría sus propias leyes. Fantaseó que había vuelto por ella y que se quedaría a su lado.

Entraron en la tienda y se tendieron sobre los cojines y las pellizas de lana, ya tibios por la fogata. Lucio se apoyó sobre un brazo y dejó que el fuego lo calentara. Garza lo observó. Su cuerpo era firme y duro, pero carecía de la corpulencia de los brutos. A pesar de las cicatrices que le desfiguraban la piel de los muslos, estaba en la flor de la belleza. Las redondeces de la juventud se habían atenuado en su rostro, cuya expresión había ganado en determinación. Lo había espiado cuando jugaba con Aulo o cuando bromeaba con Quinto. En los pocos momentos en que se le veía tranquilo, volvía a aparecer el semblante risueño que la había enamorado. Tenía los ojos fijos en las llamas y sus rizos aún desprendían gotas de agua cuando se atrevió a preguntarle:

—¿Conociste el amor con Arsínoe?

Lucio no apartó la mirada de la hoguera. Sonrió antes de contestar:

—No. Entre ella y yo solo hay deseo.

A Garza no le pasó por alto que Lucio había utilizado el tiempo presente. «Pues que se la lleven las Furias —pensó—. Nada nos va a estropear este momento».

Lucio se acercó a ella y jugueteó con uno de sus mechones. Entonces le dijo al oído con voz ronca:

—El amor lo reservo para ti.

La besó en el cuello lentamente, desde los hombros hasta la raíz del cabello. Después le acarició con la punta de la lengua el lóbulo de la oreja. Garza cerró los ojos, notando cómo su respiración se disparaba con tal fuerza que brotó un jadeo. Aún recordaba qué era lo que le gustaba. Lucio le deslizó por los hombros la túnica negra. Toda ella tembló. Había imaginado aquel momento centenares de noches, así que se dispuso a disfrutarlo. Ella misma se deshizo de la banda que le sostenía el pecho.

—¿Recuerdas cuando nadie te podía tocar? —le susurró él.

Le levantó el antebrazo y le pasó la mejilla por la cara interior. A ella siempre le había gustado sentir sobre la piel el roce de su barba incipiente. Se pasó la lengua por los labios secos, muriendo por los de Lucio, pero él demoró el encuentro. Se colocó detrás y le lamió el finísimo vello dorado que le arrancaba de la nuca y se perdía por su espalda. Garza se arqueó.

—Yo fui el único que se atrevió. Desafié a los dioses por estar a tu lado. Me gané el derecho a ser tu hombre. —La abrazó desde atrás y le acarició los senos, rodeó con los dedos índices las aureolas de los pezones erizados y posó las manos abiertas sobre su vientre.

—Los hijos te han hecho aún más bella. Eres redonda y jugosa como una naranja.

—¿Qué es eso?

—Una fruta india. —La agarró de los cabellos de la nuca y tiró hacia atrás. Sus lenguas se entrelazaron—. Dulce y ácida a la vez. Como tú.

Ella se sintió inundada, asió las manos de él y se las llevó al pubis. Sin embargo, él las retiró hacia la cintura. Ya no era el chico atolondrado e inexperto. Sabía cómo inflamarla y postergar el placer.

La última brizna de despecho ardió dentro de ella y se dio cuenta de que lo necesitaba como el aire, que había estado boqueando como un pez fuera del agua todo el tiempo que habían estado separados. Se dio la vuelta y fue a besarlo. Él no la dejó. La agarró de las muñecas y se las inmovilizó detrás, su boca cerca de la de ella, apenas rozándola, prolongando la agonía, respirando uno el ardiente aliento del otro.

—Arsínoe debe de haber sido una excelente maestra.

Garza aflojó sus brazos y él la liberó. Respiró hondo y cogió una de las manos de Lucio. Sin apartar sus ojos de los de él, se llevó el dedo índice a la boca y le rozó la yema con la punta de la lengua. Después hizo lo mismo con el dedo corazón. Lucio cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, respirando pesadamente. Ella pasó a la otra mano, pero esta vez, en vez de rozarle las yemas, le lamió el dedo corazón. El índice lo introdujo en su boca y lo chupó lentamente.

El deseo de ambos se desbocó.

El río transcurría manso, ajeno a la tempestad que se desataba dentro de la cabaña.

40. LA AMARGA VERDAD

En el desayuno, Harith los invitó a probar una decocción amarga hecha con los frutillos marrones que quitan el sueño. Lucio ya la había conocido en la caravana y se sirvió dos veces. Les explicó que procedían de unos arbustos de flores blancas y bayas rojas que crecían en la Arabia Felix. Completaron el desayuno con rebanadas de pan mojado en aceite, queso de cabra, olivas, pepinos y dátiles.

Cincinata se mostró encantada con la hospitalidad de Harith y con la fiesta de la noche anterior, mientras que Tila solo tenía ojos para Lucio. Le pidió que llevara puesta la corona y el anillo durante el desayuno, y como él se negó, se los puso ella. No había comido nada, solo había bebido vino y la lengua se le enredaba cuando hablaba.

—Lucio, mi hermana tiene razón: he sido muy injusta contigo. No me he dado cuenta de que ya eres un hombre. Estoy deseando que volvamos a Barcino para ver qué cara pone Gayo al verte aparecer condecorado por Augusto y con el anillo de caballero.

Le preocupaba el cambio que se había operado en ella en aquellos tres años. Su madre alternaba periodos explosivos en los que se manifestaba su amargo carácter y otros, más calmados, en los que entraba en una especie de abulia. Pero nunca la había visto beber como lo estaba haciendo aquellos días.

—Madre, aún no he decidido qué voy a hacer, pero te ruego que si no volviera a Barcino aún le lleves la corona de hierba a mi padre, en mi nombre.

Tila frunció el ceño y fue a abrir la boca para hablar, pero Cincinata le hizo una señal. Ciertamente, Lucio aún no sabía qué iba a hacer, y lo que menos deseaba era ser presionado. Los momentos de intimidad con Garza le habían demostrado la profundidad del sentimiento que aún los unía. Sentía que se había ganado el derecho de volver a Barcino y poner las cosas en su sitio. Sin embargo, era consciente de todos los frentes en los que tendría que luchar al mismo tiempo: Garza todavía albergaba mucho resentimiento dentro de ella, y en cuanto a su padre… No sentía el menor deseo de enfrentarse a un hombre lisiado que no podía expresarse. Sería demasiado doloroso para ambos. Si regresaba no sería para echar tierra sobre todo lo sucedido y volver a ponerse bajo el yugo del viejo Gayo. No, si regresaba era para tomar las riendas. Y Vibio… ¿Qué haría con Vibio?

Además, la Garza que había amado hacía unas horas no era la niña ingenua que había conocido, sino una amante experimentada, y no habría sido con Vibio con quien habría guerreado en las lides del amor. ¿Y él? ¿Realmente estaba dispuesto a abandonar su incipiente carrera como ingeniero por un cúmulo de problemas y de incertidumbres? Le había costado demasiado llegar adonde estaba como para echarlo todo por la borda.

Partieron tras el desayuno y, al llegar a la casa de los Domicios, se encerró con Quinto en el *tablinum*. Allí, Lucio le transmitió el mensaje del emperador.

—La *Lex Iulia de Maritandis Ordinibus* lleva ya años en vigor, y está causando no pocos problemas entre el patriciado. Gran parte de los matrimonios son pura ficción —le informó Quinto.

—Lo siento, no sé nada de esas cuestiones; en las minas no estábamos muy al día en efemérides sociales ni en jurisprudencia —manifestó Lucio en tono irónico—. Vaya, vaya, mi querido Quinto: así que dispones de una lista de candidatas al tálamo nupcial.

—Sí. En los próximos días me espera la terrible tarea de concertar entrevistas con todas ellas y elegir. Después formaré una familia respetable con una mujer respetable y seguiré ocupándome de gestionar la información generada por la red.

Lucio se cruzó de brazos y lo miró con expresión seria. Emitió un silbido mientras sacudía la mano derecha.

—El *mentula* de mi primo se ha convertido en un individuo importante, quizá tanto como el mismísimo Augusto. La información es poder. —Lucio estiró las piernas, levantó los brazos y los cruzó por detrás de la nuca—. No me cambiaría por ti ni por todo el oro de Atalo. Por cierto, tengo que escribir mi informe cuanto antes. Augusto me lo pidió ayer en la cena.

—No me hables de la cena. Por Dionisio el borracho, cuando vi a Garza encarada a Augusto con la daga en la mano yo también pensé lo peor. No me extraña que Aenobarbo perdiera los nervios. Esa mujer podría llevar a la ruina a cualquier hombre juicioso. Escúchame, primo, me alegro de que sea Vibio quien esté casado con ella.

—Fue una noche movida para todos, yo me convertí en el bufón de la fiesta y sin aviso previo. Ese bribón de Harith… Cuando me vi forzado a luchar con Aenobarbo mi primer impulso fue echar a correr. No me apetecía dejarme ganar, pero tampoco me convenía humillarlo en público. Detesto exhibirme en la lucha. En Berenice pude haber ganado mucho dinero con las peleas, pero me negué.

—Ay, Lucio. Mi padre decía que la humildad excesiva es de tontos y un camino seguro hacia el patíbulo. Déjate de remilgos y vela por tus intereses.

—Hablando de Garza, ¿sabes qué es una eolípila? —preguntó Lucio. Quinto levantó los hombros y alzó las cejas—. No, veo que no. Es una esfera de metal movida por la fuerza del vapor. Me enseñaron una en el museo de Alejandría. En cuanto la vi funcionar apareció en mi mente una cabellera dorada. Garza es una eolípila. Cuando se contiene demasiado, acaba por expulsarlo todo a presión y en el momento más inesperado. Debes comprenderla: por su origen, aquí siempre será la primera sospechosa de cualquier fechoría. Le tenéis más miedo a los cántabros que a los catafractos.

—Esperemos que lo de ayer no tenga consecuencias. Aenobarbo es un cretino engreído, cree que con esas bravatas va a conseguir más favores de Augusto. ¿Entiendes por qué debo casarme? No voy a permitir que ese energúmeno nos deje sin herencia, ya es suficientemente rico. ¿Y tú? ¿Has pensado qué vas a hacer?

—Ayer me lo preguntó Augusto, esta mañana mi madre y ahora tú. Aún no he tenido tiempo para pensar y poner en orden mis ideas.

—Si no hubieras visto a Garza no necesitarías tiempo para pensar, lo sabrías sin dudar. Os oí llegar de madrugada. Toma tu decisión en frío, querido.

Lucio se levantó y se quitó la toga. Nunca se acostumbraría a aquel ropaje pesado y caluroso. En eso se parecía a su padre. Tuvo que ser difícil para un campesino convertido en soldado amoldarse a la vida civil después de veinte años de servicio. Y más aún tratar con alguien como Primo Domicio, quien, con toda probabilidad, habría sido un peligroso tiburón dentro de las procelosas aguas de la política de Roma.

—No sé cómo te puedo agradecer que siguieras tras mi pista. Si no hubiera sido por ti, quién sabe si ya me habría echado la soga al cuello en Berenice. Te debo la vida.

—¿De verdad quieres compensarme? Pues quítame de en medio lo antes posible a Garza y a tu madre. No creo que Aenobarbo intente nada, pero Augusto es gato viejo, y yo me tomaría en serio sus advertencias. Barcino está muy lejos, allí estará a salvo tu… belleza bocazas.

—Hoy trasladaré mis cosas a la habitación de tía Domicia. No voy a echarme a dormir frente a su puerta, pero al menos estaré más cerca, por si acaso.

Se oyó la voz del atriense desde el otro lado de la cortina. Había llegado correo: varias cartas para Quinto y una para Lucio procedente de Egipto. Era

de Publio Ostorio Escápula, el prefecto. Lucio se volvió a sentar y rompió el sello con un estilete. A medida que leía, su rostro se iba iluminando por momentos. Quadrato lo reclamaba como ayudante en las minas de granodiorita descubiertas al sur del Mons Prophyrites. Se trataba de una explotación nueva, llevada solo por profesionales del ejército. Nada de convictos.

—Por tu cara deben de ser buenas noticias —dijo Quinto.

—Las mejores. Se me reclama para ayudar a poner en marcha una nueva explotación minera en el desierto.

—Suena horrible.

—Y lo mejor de todo: nada de convictos, solo trabajarán los ingenieros de las legiones. ¡Una montaña entera de granodiorita me está esperando!

—¡Qué emoción! Estoy al borde de las lágrimas —bromeó Quinto.

—Alguien tiene que hacer el trabajo duro, mi dulce sílfide. Cada vez que tus exquisitas sandalias pisen las losas del foro o tus ojos se regocijen con las aguas coloreadas de un mármol elevarás una plegaria por el bienestar de tu humilde primo, que estará arrancando la materia prima en el desierto. Y tú, ¿qué noticias tienes?

—Después de la fiesta de ayer, eres el hombre del que todos hablan. Aenobarbo nos invita a pasar una mañana con él y sus amigos en la palestra del *Trigarium*. —Lucio arrugó la frente—. Sí, hombre, uno de esos agradables encuentros masculinos para arrearse mamporros amistosamente. Podemos excusarnos, estamos muy atareados preparando mi boda y tu marcha. —Miró a Lucio, quien asintió guiñándole un ojo—. Por otra parte, ha escrito Cornelia hija, la comadreja insaciable, invitando a las Domicias, y a ti, por supuesto, a pasear por el Campo de Marte. Qué curioso, no menciona a Garza. Dice que también ha invitado a Harith y a Antonia. ¿Acepto?

—Acepta. Nos vendrá bien salir de esta casa. Pero Garza no saldrá sin Aulo, espero que eso la refrene un poco. Esa mujer es un pulpo, en cuanto menos lo espero noto sus fríos y escurridizos dedos en el lugar más inesperado. Además, en el futuro podré presumir ante mis compañeros de armas de haber paseado por el Campo de Marte con la hija de Marco Antonio. Los legionarios lo siguen venerando.

—Se hace tarde, debe de ser ya la hora quinta. Le diré a Turso que te acompañe a Ostia. No deberíais tardar en partir. ¡Ah! No compres pasaje para mi madre. Ella se queda. No quiere perderse mi boda.

⁎ ⁎ ⁎

El día fue provechoso. En Ostia, Lucio pudo localizar a los agentes de Julio Aniceto, el comerciante de vinos que conoció en su primer viaje a Roma. Julio acababa de llegar de Cartago y al cabo de unos días se embarcaría con Adad el babilonio hacia Barcino y Tarraco. No podían demorarse, faltaba poco para que declararan el *Mare Clausum*.

Dieron con Adad en una de las tabernas del puerto. Se sentaron a compartir con él un buen plato de sepia con guisantes, condimentada con *liquamen* y un vino de incierto origen. Les relató sucintamente su peripecia durante aquellos tres años y el incidente entre Garza y Aenobarbo. El babilonio se comprometió a cuidar de Garza y de su madre mientras estuvieran en su barco y Julio a dejarlas sanas y salvas en la misma casa de Gayo Celio. Lucio les pagó por adelantado generosamente.

—¿Y tú, joven Celio? ¿Tú no vienes? —preguntó el comerciante.

Lucio respiró hondo y dio un trago largo.

—El problema es que uno de mis anhelos está en las legiones y el otro en Barcino.

—Y seguro que uno de los dos tiene nombre de mujer —dijo Adad, tras taparse la larga y rizada barba con una mano y llevarse a la boca con la otra un trozo de pan con ajo y aceite.

—Cierto. Una mujer casada. Con mi hermano adoptivo.

—¡Por Neptuno! —exclamó Adad—. Cualquier otra alternativa será mejor.

—Pero, hijo, arriesgaste demasiado desobedeciendo a tu familia para conseguir lo que tienes ya en la punta de los dedos. ¿Vas a despreciarlo simplemente por una mujer? —le preguntó Julio.

—Si me permites una opinión, Lucio Celio, te diré que las piedras, sean mármol o granito, no tienen sentimientos, no se quejan, ni hablan, ni chillan. Por el contrario, las mujeres son un saco de emociones incomprensibles. En cuanto a las casadas…, prefiero enfrentarme a Escila y Caribdis que a un cornudo, y menos aún si se trata de mi hermano adoptivo. Mala cosa, chico, mala cosa.

—Ya la dejé escapar una vez. Si la dejo escapar una segunda quizá la pierda para siempre.

—Las decisiones de la vida son demasiado importantes como para tomarlas teniendo solo en cuenta el amor. Eros es mudable y caprichoso, sí, señor —afirmó Julio Aniceto—. Las pasiones de los comienzos se disipan como la niebla. Cuando decidas casarte con una mujer, asegúrate de que te unen a ella otro tipo de lazos.

⁎ ⁎ ⁎

Al día siguiente, tras el desayuno, Lucio se sentó en el *tablinum* a escribir su informe. Quinto, Cincinata y Tila estarían toda la mañana visitando a las familias de algunas de las candidatas a madre de los hijos de Quinto. Garza se quedó en casa con Aulo y se dedicó a arreglar las plantas del peristilo. Al oírla canturrear y jugar con el niño, Lucio no pudo evitar que su imaginación se desbordase. ¿Podrían, alguna vez, Garza y él…? Se rascó la cicatriz con fruición. Iba a ser una decisión difícil.

Necesitaría muchos rollos en blanco y varios días de trabajo, así que bajó de las nubes y se puso a rebuscar por los anaqueles uno en el que poder escribir. En una de las estanterías vio una pila de cartas que le llamó la atención, pues reconoció su escritura en la primera. La cogió y la observó. Iba dirigida a Garza. ¿Qué hacía allí? No podía ser otra que la carta que le escribió antes de irse a Alejandría. El sello estaba violado. Alguien la había leído y, por alguna razón, no se había enviado. La abrió y la leyó. En ella le pedía perdón por cómo habían ido las cosas, le aseguraba su inocencia y le expresaba su desolación ante el hecho de haber perdido a su hija de aquella manera. Era una carta de amor. «Si me amas como yo te amo a ti, no dudaré en desertar para acudir a tu lado. Necesito saberlo de tu puño y letra. Espero tu respuesta con ansia». Solo habían pasado tres años, pero le costaba reconocer al muchacho que la había escrito. En su vida se habían sucedido muchos acontecimientos desde entonces. Se había endurecido y, sin embargo, aquel dolor antiguo todavía lo sentía bien vivo.

Garza nunca recibió aquella carta. Al no recibir ninguna respuesta de ella, Lucio decidió en Alejandría que no le volvería a escribir. Y eso había hecho. Garza tenía derecho a mostrarse tan dolida y tan furiosa. Tal como habían ocurrido las cosas, parecía que a Lucio le había importado bien poco el destino de su hija y que se había olvidado de ella y de Garza por completo. Se le encogió el estómago al recordar el llanto de la otra noche, y el desamparo sentido por ella cuando él se fue. Qué importaba ya. Por más vueltas que le daba a la cabeza, no encontraba la manera de que pudieran estar juntos. Y no la iba a presionar. Ella no pediría nunca el divorcio, ante la perspectiva de perder a su hijo en favor de Vibio. ¿Y Vibio? ¿Se avendría a un divorcio pactado? Nada se podría hacer sin el consentimiento de Gayo. Y en todo ese maremágnum, ¿en qué situación quedaba él?

Siguió examinando las demás cartas. La siguiente llevaba la escritura su madre y era de la misma época. Iba dirigida a tía Domicia. Empezó a leerla. A medida que avanzaban las líneas, su cara se fue descomponiendo. Se sentó.

¿Se trataba de una broma? Volvió a leer de nuevo, una y otra vez. Miró la fecha: 5 de agosto del verano que él pasó en Roma. Había llegado cuando él estaba allí, probablemente junto con la durísima carta que Garza le había escrito a él y que había quedado grabada en su memoria, palabra por palabra. La repasó mentalmente, por enésima vez. Garza había omitido deliberadamente la información más importante, no cabía duda. No solo la había omitido, sino que le había mentido. No podía creerlo.

—¡Oh, mujer cruel! —gruñó con los dientes apretados. Se levantó de golpe y la cátedra cayó al suelo con estruendo. Salió del *tablinum* y llamó a Túscula, que apareció de inmediato.

—Ocúpate de Aulo, necesito hablar con su madre a solas. ¡Garza! Acompáñame a tu habitación, ¡ahora! —El rugido de Lucio hizo que a Garza se le escurriera de las manos una maceta. Permaneció estática, mirando las cartas que sostenía en las manos. Los ojos de Lucio, de un azul tempestuoso, centelleaban de ira.

—¿Voy a tener que arrastrarte?

Garza se lavó las manos en la fuente y se las secó en la túnica. Pasó por delante de Lucio sin mirarlo y subió las escaleras deprisa, seguida de él.

Una vez arriba, se encerraron en el dormitorio.

—¿Me puedes decir qué está pasando? Me estás asustando.

La respiración de él era agitada. Sentía ganas de abofetearla y apretó los puños para no hacerlo.

—¡Soy yo quien está asustado! —Avanzó hacia ella y la agarró del brazo, apretando hasta hacerle saltar las lágrimas. Se sentía hervir de cólera—. Asustado por haber abierto mi corazón a una arpía inhumana y calculadora. Asustado porque he estado a punto de tirar mi vida por la borda con el único fin de estar contigo.

Tiró sobre la cama una de las cartas.

—¿Recuerdas aquella carta en la que expresabas tu deseo de que el espíritu de nuestra hija muerta me persiguiera allá donde fuera? La leí aquí, en este mismo cuarto, donde duermes tú ahora. Creí morir cuando supe que la hija a la que habías dado a luz era nuestra y que mi propio padre la había mandado al estercolero. Tú ya sabías que Elbón la había puesto a salvo y no me lo dijiste. Acabo de leerlo en la carta que mi madre le envió a tía Domicia. Al contrario, me hiciste creer que la niña ya estaría muerta.

El rostro de Garza adquirió el tono cerúleo de un papiro. A tientas, retrocedió hasta el arcón y se sentó. Miró a Lucio con aire suplicante, pero eso solo exacerbó su ánimo.

—Y aquí tengo otra carta. —Se la lanzó a la cara—. Esta la escribí yo, como respuesta a la tuya. No sé por qué razón nunca llegó a salir de esta casa, la escribí el día después de recibir la tuya. Un muchacho inocente y enamorado, con el corazón destruido, imploraba tu perdón. Se iba al ejército a cumplir con su deber familiar, pero dispuesto a dejarlo todo y volver si tú se lo pedías.

Las lágrimas se escurrían por el rostro de Garza, mientras balbuceaba que lo sentía.

—Tu altivez te sirvió entonces para humillarme. Por suerte, ya no soy el Lucio que conociste. Y ahora, dime, ¿dónde está nuestra hija?

—Con Seihar. Él y su mujer la acogieron. Elbón lo buscó para entregársela.

Elbón, Seihar. Amigos del alma que nunca lo traicionarían. Dio gracias a los dioses de que estuviera con Seihar. Deseó tanto estar con ellos y abrazar a su hija… Lucio se sintió al mismo tiempo apesadumbrado y feliz. Su hija estaba viva. Se sentó en la cama.

—Ahora tendrá tres años. ¿La has visto?

—Sí. Voy a menudo a Castrum Bergium. Vibio nunca está y tu padre no puede desplazarse, así que yo me ofrecí para visitar a los clientes del interior, me acompaña un esclavo. La veo a menudo. Es… —Garza lloraba como una niña— tan bonita. Se parece mucho a ti. Es tranquila y alegre.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lucio, sin levantar los ojos del suelo.

—Luna.

—¿Cuánto tiempo ibas a esperar a contármelo?

—No quería interferir en la vida que habías elegido.

Entonces comprendió. Su tía Domicia, al leer la carta de Tila y verlo tan abatido aquella mañana de *Mundus patet*, había adivinado que él era el padre del bebé. Y también había decidido callar ante el temor de que embarcara de regreso a Barcino. De ahí que insistiera tanto en obtener su perdón en el lecho de muerte. De repente sintió un gran deseo de estar lejos de allí, de encontrarse ya en el desierto, entre legionarios, entre hombres, donde todo era mucho más fácil, donde las verdades se presentaban desnudas como la piedra, sin posibilidad de artificios ni disfraces.

—¿Por qué me mentiste? —Lucio se levantó y dejó caer su toga al suelo. De una patada, envió lejos el pesado bulto—. Me dijiste que estaba muerta, ¿por qué? ¡Que se te lleven ahora mismo los dioses infernales si no me das una buena razón!

—¡Estaba furiosa! ¡Te odiaba! —Garza también se puso en pie. Los ojos enrojecidos resaltaban con más fuerza el verde de sus pupilas. Se enfrentó a Lucio, hablándole a pocos centímetros de su rostro—: Tú te marchabas a hacer tu vida, libre, con el horizonte abierto y sin ataduras, y yo me esclavizaba de por vida al lado de Vibio y de Gayo. ¡Te odiaba con todas mis fuerzas porque no te rebelaste! Porque aceptaste mansamente el capricho de tu padre como si nada hubiera pasado entre nosotros. ¡Me sentí abandonada y traicionada!

—¿No comprendes que no tenía alternativa? Mi padre nos habría molido a latigazos hasta hacernos entrar en vereda. No lo habría permitido.

—Si tú te hubieras mostrado en contra yo habría revelado el embarazo. ¿De verdad crees que tu padre se habría deshecho de su primer nieto, del hijo de su hijo? Habría sido un escándalo, sí, pero habría accedido, porque en realidad lo que le interesaba a Gayo eran mis tierras, y las hubiera obtenido casándome con Vibio o contigo. Ante la perspectiva de tener un nieto que fuera hijo tuyo, se habría ablandado. Pero, en el fondo, deseabas salir y ver mundo, no lo niegues, siempre has sido curioso y despierto. Quizá fue lo mejor. Barcino se te habría quedado pequeña.

—Yo te amaba —dijo Lucio en un susurro mientras le cogía un mechón de pelo y lo enredaba entre sus dedos—, solo deseaba estar contigo, hacer carrera en mi ciudad, heredar el negocio de mi padre… —Se alejó de ella y se sentó sobre el arcón. Apoyó los codos en las rodillas y se sostuvo la cabeza entre las manos—. De repente me sentí perdido, solo en esta urbe inabarcable e inhóspita. Tus palabras fueron devastadoras. He llorado a nuestra hija muerta todo este tiempo y he llegado a pensar que era su espíritu el que me había castigado. Creí que todo lo que me pasaba era el tormento que me enviaba la diosa del manantial por haber cometido el sacrilegio de tocarte aquella noche en la cueva. —Se volvió para mirarla—. Me has causado tanto dolor, Garza, tanto dolor, que no puedo perdonarte.

—Por lo tanto, puedes entender como me sentí yo cuando tú te fuiste. —La voz de Garza sonó gélida.

Lucio se tapó la cara con las manos. ¿Es que no había tregua en su sufrimiento? La congoja hacía que no sintiera los latidos de su corazón. Quizá se estuviera muriendo. Pensó en su hija. Luna. Levantó de golpe la cabeza. Un momento. Había algo más que debía saber. Cuando habló solo se movieron sus labios. El sonido de su voz se oyó lejano y amortiguado, como el oráculo de un autómata alejandrino:

—Mi padre. ¿Sabe que Luna está viva?

—No. —Garza habló con un hilo de voz—. Por el bien de ella y por el de Elbón no podía permitir que lo supiera.

Lucio se levantó de nuevo y se cruzó de brazos. Miró a Garza con rostro severo.

—Me sorprendió verte dudar cuando me dijiste que mi padre había sufrido el ataque al recibir mi carta. Tú estabas presente. ¿No te parece extraño? Un centurión, acostumbrado a la dureza de la vida militar, sufre un ataque solo porque su hijo ha decidido ingresar en el ejército. Sospecho que hubo algo más. Algo que tú le contaste. ¿Me equivoco?

Garza se cubrió la boca con una mano y empezó a sollozar. Los hipidos le dificultaban el habla. Cuando lo hizo, fue con voz entrecortada:

—Le dije que la niña era tuya.

Lucio se levantó y le puso una mano en la garganta, haciéndola retroceder hasta la pared. Levantó un puño e inmediatamente la soltó, como si su tacto le quemara.

—¡La rabia habló por mí! —gritó Garza—. ¡Me arrepiento tanto!

—Otro hombre te habría golpeado, y habría tenido razones para hacerlo. Yo, sin embargo, he aprendido que dejarse arrastrar por la ira solo acarrea males mayores. Quizá, con el pasar del tiempo, aprenderás a vivir como tu madre te enseñó. —Lucio se dirigió a la puerta y la abrió, diciendo—: Dormiré en el cuarto de al lado, por si me necesitas. El barco zarpa dentro de tres días, prepárate.

—¡Lug! —Garza se levantó y se echó a sus pies—: ¡Perdóname, amor, perdóname!

—No me llames «amor». Y borra de tu rostro esa expresión apesadumbrada. No es tu estilo.

LIBRO IV

GERMANIA

41. EL HORROR DE PUENTES LARGOS

Puentes Largos (Germania)
Verano
15 d. C.

El pantano yacía amortajado en una algodonosa neblina cuando las legiones iniciaron la marcha, justo antes del amanecer. La vanguardia y el *aquilifer* de la Primera Legión encabezaban la columna. Tras el águila, el *signifer* llevaba el estandarte con el león. Detrás seguían los carros con las herramientas de los ingenieros; las mulas con las estacas para la construcción del campamento y las tiendas de piel de becerro aceitadas, una por cada contubernio; la maquinaria de guerra; el equipaje de los oficiales; el carro médico con los heridos y los carros con la cebada y los aprovisionamientos. El flanco derecho estaba custodiado por la Quinta Legión, mientras que la Vigesimoprimera y la Vigésima protegían el flanco izquierdo y la retaguardia respectivamente.

Los soldados que defendían los costados avanzaban penosamente por el fango, con los pies hundidos a veces hasta medio muslo. Las *furcae*, de las que colgaba el hatillo con toda la impedimenta, las habían dejado en los carros, pues preveían que no sería una marcha tranquila. El casco les protegía la cabeza del frío y de la humedad, y el escudo lo llevaban desenfundado, pues debían estar listos para un ataque repentino. Algunos lo apoyaban sobre la cabeza para no correr el riesgo de que se mojara y fuese aún más pesado. Por la larga y estrecha pasarela de madera que atravesaba las zonas pantanosas traqueteaban los carros. A ambos lados de la ciénaga, como un muro impenetrable, se alzaban colinas densamente arboladas. Los queruscos, tras dos días y dos noches de hostigamiento, no habían perdido fuelle. Confundidos entre los árboles, golpeaban sin tregua sus escudos multicolor, pintados con extraños símbolos sinuosos y criaturas fantásticas, y de sus gargantas salían sonidos tan aterradores que parecían emitidos por criaturas infernales.

A unas millas de distancia por delante de la columna, el ingeniero Lucio Celio bregaba junto a sus hombres acabando de reparar la tablazón de la pasarela, podrida en algunos tramos. Trabajaban entre la neblina y la oscuridad, con el aliento del enemigo en la cerviz y sus alaridos taladrándoles

el cerebro. De vez en cuando, se oía un zumbido y un hombre caía. Lucio, con una maza en la mano, golpeaba con fuerza las estacas para hundirlas en el lodo. En cada silbido sus músculos se tensaban aún más, pues en la memoria de su cuerpo había quedado grabado el funesto sonido de la flecha que lo había derribado del camello. Dejaba hablar a sus hombres libremente, para mantenerlos entretenidos y que no notaran el temblor de sus manos cada vez que paraba para descansar.

—¿Por qué no admiten su derrota? Les hemos arreado bien este verano, ¿es que quieren más? —dijo un legionario de nariz ganchuda.

—¡Solo hemos vencido a los marsos y a parte de los queruscos! Esta tierra está infestada de hordas de salvajes.

—Los hombres de Germánico deben de estar ya a medio camino de Frisia, y nosotros aún aquí, viendo cómo nos masacran mientras chapoteamos en este repugnante lodo. Espero que Aulo Cecina sepa lo que hace. Reparar los Puentes Largos nos puede salir caro, ahora que ya estábamos de vuelta tras una victoria.

—Es un buen general —repuso un soldado de acento griego—, pero los dioses están con Germánico. Si regresamos vivos a Castra Vetera, pienso sacrificar tres palomas a Venus para que me ayude a encontrar una buena mujer que me esté esperando a la vuelta de la próxima campaña.

Lucio apoyó la maza en uno de sus hombros y escudriñó la neblina. La tímida claridad se abría camino apenas. Ya había perdido demasiados hombres en aquella condenada obra de ingeniería que atravesaba las extensas zonas pantanosas del río Amisia. Ninguno de ellos sabía que había sido el mismísimo Lucio Domicio Aenobarbo, su pariente lejano, quien había mandado construirla quince años atrás.

—No entiendo, ingeniero, cómo has preferido venir a esta tierra tan áspera y dejar Egipto. ¡Qué hembras debe haber allí! Dicen que Cleopatra era fea, ¡pero que sabía volver loco a un hombre!

—¿Y lo dices tú, Druso? —respondió el soldado de más edad, mientras ambos aserraban una tabla—. Me han contado que las hispanas te hacen hervir la sangre. Tú vienes de allí, ¿no?

—Druso es hispano, como yo —dijo Lucio—. Sí, son tiernas y cariñosas…, pero duras de pelar, ¿verdad, muchacho? Dejad ya la sierra. Las legiones no pueden estar lejos. Ajustad esos tablones.

«Tardan demasiado —pensó Lucio—, esto no me gusta».

—¿Cuánto tiempo has estado en Egipto, ingeniero? —preguntó Druso con la curiosidad propia de la juventud. Desde que lo conocía, no dejaba de

mirarle la cicatriz de la mejilla, sin atreverse a preguntar cómo se la había hecho. Algún día se lo contaría.

—Once años. Junto a mi maestro Tito Flavio Quadrato aprendí todo lo que un ingeniero necesita saber…

«… en las minas del desierto, no en las selvas germanas». Lucio continuó hablando para sí mismo. Había arribado a Germania desconcertado y furioso al mismo tiempo. Nadie lo había instruido en el uso de las maderas locales ni en la resistencia de los materiales en situaciones de humedad extrema. A los pocos días de llegar, las órdenes fueron unirse a la Primera Legión, sin tiempo para formarse en aquel ambiente bélico. En otra época lo habría considerado un reto estimulante.

—¿Y qué hiciste en Egipto? —Druso insistía con una sonrisa, y jugueteando con el vaho que salía de su boca.

—Apuntalar las pirámides. Estaban a punto de caerse —contestó Lucio muy serio.

Los demás se miraron entre ellos con una media sonrisa. Lucio les guiñó un ojo. Rompieron a carcajadas y Druso se enfurruñó. Se lo había creído.

—En realidad estuve trabajando en explotaciones mineras en el desierto oriental. ¿A qué estáis esperando, señoritas? ¿A que Arminio os pinche el culo con la frámea? *Macte animo*!

No les contó que había dispuesto de largos permisos dedicados al estudio en la biblioteca de Alejandría junto a Androgeo. Tampoco les relató el asombroso viaje a la India con Arsínoe, en uno de los barcos de Harith, o las misiones desempeñadas para la red de informadores en Judea y en Mauritania. Entonces disfrutaba del favor de Augusto y sabía que en cualquier momento podía decidir dejar el ejército y volver a casa. Era un caballero, una sustanciosa herencia le esperaba, ¿qué más podía desear?

Aquella vida, privilegiada para un militar, se había truncado con la muerte del emperador. De manera inesperada, le había llegado una carta del nuevo prefecto para Egipto, el antiguo jefe de los pretorianos Elio Estrabón, comunicándole su nuevo destino: Germania. Debía partir de inmediato. Quadrato no había podido hacer nada, la orden venía de muy arriba. Egipto era un destino codiciado y probablemente colocarían en su lugar a alguien del círculo de Tiberio, alguien a quien debieran un favor. El nuevo emperador se estaba revelando como un hombre desconfiado, e incluso cruel. Una desagradable sensación resbalosa en los dedos de los pies, hundidos en el légamo, lo sacó de sus pensamientos.

Miró la pasarela, que se perdía en el horizonte. No estaba en absoluto satisfecho del trabajo realizado allí. Con los bárbaros hostigándolos desde el bosque no podían talar árboles, disponían de pocas planchas de madera y debían elegir qué lugares presentarían una mayor debilidad estructural. Las pasarelas constaban de dos hileras de estacas clavadas en el fondo del pantano. La superficie de paso la formaban planchas de madera que la falta de tiempo impedía ensamblar. Trabajaban a destajo, temiendo que de un momento a otro aparecieran las bestias germanas y los ensartaran con sus larguísimas lanzas.

—Esto no va aguantar, maldita sea —masculló Lucio entre dientes—. Podrá pasar un carro, dos a lo sumo, pero cuando pase el tercero algunas planchas se hundirán.

No comprendía cómo se le había podido ocurrir al general enviar a cuatro legiones por esa ruta. Después de varios años sin mantenimiento, era de esperar que los llamados Puentes Largos estuvieran en mal estado. Era imposible hacer un buen trabajo en aquellas condiciones.

Dentro de todo, había sido una suerte volver a encontrarse con Germánico después de tanto tiempo. Lucio lo había dejado muy impresionado años atrás, en la fiesta de Harith, adonde había acudido con su esposa embarazada, Agripina. En aquella época, todo el mundo apostaba por él como sucesor de Augusto. Aún era joven y con seguridad sucedería a Tiberio, su tío y padre adoptivo. El general Germánico había integrado a Lucio desde el primer día en el Estado Mayor de las legiones —sus años de experiencia en Egipto lo hacían muy valioso— pero la muerte y la indisposición de varios ingenieros lo habían obligado a trabajar sobre el terreno. Hasta ese momento todo había discurrido razonablemente bien. Estaba por ver si la vuelta por los bosques con la intención de reparar los Puentes Largos acabaría de manera tan satisfactoria. Lucio presentía que las cosas podían complicarse. Y mucho.

Alzó la vista hacia las telarañas que cubrían los bosques de abetos, oscuros como el antro de un cíclope. En su interior, afilando lanzas, picas y hachas, cubriendo sus cuerpos desnudos con pinturas de guerra, profiriendo chillidos intimidatorios en el hueco de su escudo, el enemigo se preparaba. Hacía ya horas que debía haber llegado el pelotón encargado de su protección. Algo estaba mal. Salió del agua y subió a la pasarela. Una tabla cedió y se rompió, algo que lo hizo desesperarse. Solo habían podido hacer una chapuza. No, no podía enviar a más hombres a cortar árboles, era una muerte segura. Los que quedaban vivos eran unos valientes.

De repente se escuchó un fragor y un gran chapoteo que se acercaba.

—¡A las armas! —gritó Lucio—. ¡Formación en testudo!

Maniobrando penosamente en la ciénaga, los hombres empuñaron sus espadas y se protegieron bajo los escudos, colocados a imitación del caparazón de una tortuga. Los segundos se hicieron eternos. Lucio fue más consciente que nunca de las penurias que habría pasado su padre en Cantabria. Los años en Egipto, excepto la estancia en Berenice Pancrisia, habían sido excitantes, pero pocas veces había estado en riesgo de muerte durante tanto tiempo.

La sorpresa fue mayúscula cuando vieron aparecer por la pasarela a la vanguardia de la Quinta y la Vigesimoprimera, cientos de soldados marchando por el pantano como una desbandada de aves zancudas.

—¡Por Marte Vengador! ¿Qué significa esto? —exclamó Lucio.

La formación se deshizo rápidamente y sus hombres se fundieron con los demás, preguntándoles qué sucedía. Lucio localizó por su crinera a un centurión y le exigió una explicación:

—Va a ser una masacre peor que la de Quintilio Varo en Teutoburgo, ingeniero. Allí se perdieron tres legiones, aquí se pueden perder cuatro —afirmó con inquietante seguridad.

—¡Pero estáis huyendo! ¿Qué pasa con los carros? —gritó Lucio, golpeando con la mano abierta el pecho del centurión, que a punto estuvo de caer de espaldas.

—¡No estamos huyendo! El general Cecina dijo que había una explanada seca a pocas millas de aquí. La Primera y la Vigésima se encargarán de defender los carros, mientras tanto nosotros iremos hasta esa llanura a construir un campamento donde poder refugiarnos esta noche —dijo el centurión con la mirada huidiza.

—¿Dónde están los legados? —preguntó Lucio.

No fue necesaria la respuesta. Los legados y tribunos de ambas legiones pasaron a toda velocidad por la pasarela, cabalgando al galope y haciendo caso omiso de los requerimientos de Lucio.

—¡Ingeniero Celio! ¿Qué hacemos? —le preguntaron sus hombres.

—Esta situación no me gusta nada. Hay que volver. Si las órdenes son correctas, estas dos legiones alcanzarán la explanada en breve, pero me huelo que los legados han decidido por sí mismos. No voy a tomar ninguna decisión aún, necesito ver al general Cecina. Podéis marchar tras estos o acompañarme a la batalla. Traedme mi caballo.

Los hombres se miraron unos a otros.

—¡Yo te acompaño, ingeniero!

Era Druso, el joven oscense siempre dispuesto para la acción. Se acercó con el caballo, que caracoleaba nervioso tras haber pasado unas horas en una pequeña isla de limo cercana a la pasarela. Ambos montaron en el mismo animal, se ajustaron bien el barboquejo del casco, acomodaron sus armas y partieron al galope. Un sol velado y frío empezaba a despuntar por detrás de las cimas de las colinas.

No pasó mucho tiempo hasta que llegaron al escenario del desastre. Tal como Lucio había temido, la pasarela había cedido bajo el peso de los carros y varios de ellos se habían precipitado al agua. Los hombres de la Primera habían vuelto atrás para levantarlos, momento que los queruscos aprovecharon para salir en tropel desde los bosques. La batalla había sido cruenta: las mulas despanzurradas aún relinchaban con lastimosa cadencia, se oían mugidos y lamentos por doquier, cientos de hombres habían caído bajo las frámeas germanas y los heridos transportados en uno de los carros habían muerto ahogados al no poder salir del agua.

—Druso, quédate aquí. Pon el caballo a cubierto, quién sabe cuántos animales vivos nos quedarán. Intentaré localizar al general. Si no he vuelto en un rato, regresa con tus compañeros y ponte a salvo. Esto no pinta bien.

—¡Pero, señor! ¡Deja que te acompañe! Nos defenderemos mejor si vamos juntos.

Lucio le había tomado cariño al chico. No pasaba de la veintena, pero tenía agallas y ganas de aprender. Sus ojillos oscuros chisporroteaban de vida y no merecía morir en aquel pantano infecto. Le ordenó quedarse.

Desenvainó la espada y avanzó con el escudo cubriéndole el cuerpo. El combate seguía vivo más adelante. Observó con horror que el agua se había vuelto roja. Se le aceleró la respiración y puso todos sus sentidos en alerta. Celebró no haber descuidado en ningún momento su forma física y el dominio de las armas, Quadrato no se lo habría permitido: «No lo olvides nunca, Lucio: antes que ingeniero eres soldado». Sorteó algunos ataques de germanos aislados que saqueaban a los caídos.

—¡Auxilio! —gritó un soldado medio hundido en el agua.

Lucio corrió hacia él, luchando contra un fango que le succionaba los pies a cada paso, e intentó levantarlo. No pudo: el chico tenía roto el espinazo y sus piernas no respondían. A duras penas podía mantener la cabeza fuera del agua y era cuestión de minutos que acabara ahogado.

—Voy a sacarte del agua, soldado, antes de que nos cacen como conejos. ¿Como te llamas?

—Marco Celio, como mi padre.

—Yo también soy un Celio. ¿De dónde eres?

—Nací en Castra Vetera. Mi padre era centurión de la Decimoctava, murió en Teutoburgo, y los dioses han querido que yo muera aquí —dijo con las pupilas dilatadas de terror.

Lucio apretó la mandíbula sin saber qué decirle. El chico estaba completamente lúcido y era muy consciente de su situación.

—Por favor, quítame la identificación y llévasela a mi tío. Vive en Castra Vetera, es herrero, se llama Publio Celio y tiene su taller en el pórtico norte del foro. ¿Lo harás?

Lucio se colocó al cuello la placa y asintió. Miró al chico a los ojos. Celio, como él. Hasta se le parecía un poco, qué extrañas coincidencias se presentaban en la vida. ¿Cuántas veces se habría encontrado su padre en aquel trance? Marco Celio seguía hablando sin cesar, intentando alargar el fatídico momento. Lucio miraba nerviosamente hacia todos lados, pues allí agachado era un blanco fácil. El muchacho perdió la compostura y empezó a llorar.

Se puso en pie de un brinco con el escudo en alto y hundió la espada en el estómago de un germano que se abalanzaba sobre ellos. Se dio la vuelta con rapidez y propinó con el canto del escudo un golpe seco a otro, privándolo de la consciencia y haciéndolo caer de espaldas al agua. No, la situación no pintaba bien. Se arrodilló de nuevo y vio que Marco respiraba ansiosamente por la nariz, pues el agua le había cubierto ya la boca. Lo levantó. El chico escupió agua marrón y miró a Lucio con ojos desesperados. De su rostro se había esfumado cualquier atisbo de juventud.

—¡No quiero morir ahogado! ¡Por favor, ingeniero!

Lucio rechinó los dientes. De nuevo volvía a verse en la amarga tesitura de tener que enviar a un compañero a la barca de Caronte. Desde el inicio de la campaña había visto los ojos aterrados de Néstor en cada soldado moribundo. Y ahí estaban de nuevo. No había tiempo para las emociones, de modo que agarró con fuerza la empuñadura de su espada y dijo:

—No necesitas moneda. El barquero es solícito con héroes como tú. Eres un orgullo para tu familia y para Roma, Marco Celio.

El muchacho cerró los ojos para recibir la estocada. Lucio no tuvo tiempo de cerrarle los párpados, pues justo cuando extraía la espada del cuerpo otro par de bárbaros, desnudos como su madre los había traído al mundo, lo atacaron por detrás. Como casi todos los germanos, mostraban una magnífica condición física; sin embargo, a pesar de su fortaleza y envergadura, les faltaba la disciplina del legionario. Atacaban a espadazos, blandiendo sus armas de derecha a izquierda, dejando muchos huecos por donde podía

colarse fácilmente el *gladius* romano. Mientras se desembarazaba de ellos, oyó un tumulto a lo lejos y el silbato de un centurión. Dos legionarios llegaron en su ayuda.

—¡Soy el ingeniero Celio! ¿Cuál es la situación?

—Desesperada. ¡Por Júpiter! ¿Qué está pasando allí? —dijo uno de los soldados, alargando la cabeza hacia el tumulto—. ¡Es el general! Lo han descabalgado y está rodeado de germanos, ¡vamos!

Por el camino desclavaron unas cuantas frámeas y atacaron con ellas al grupo de queruscos que cargaban contra la guardia de Aulo Cecina, que había sido derribado y pugnaba en el barro por ponerse en pie, agarrándose al asta del estandarte que sostenía el *signifer*. Espalda contra espalda, Lucio y los dos soldados se hicieron un pasillo hasta los defensores romanos, que abrieron el círculo para acogerlos. Un muro de escudos protegía al general, los germanos cargaban contra los defensores, recibiendo estocadas fulminantes y mortales. Cuando caía un romano, el círculo se volvía a cerrar, cada vez más estrecho, entorno a Cecina. Los atacantes los triplicaban en número, pero solo contaban con esa ventaja. Cuando los romanos casi se los habían quitado de encima, se oyó el retumbar de un cuerno que rebotó por todo el circo de colinas. Los queruscos cesaron la lucha y salieron en estampida, ante el desconcierto de los legionarios.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó en voz alta un *optio*.

—¡Se retiran! ¡Por Júpiter Victorioso, se retiran! —gritó un tribuno.

—¡No te engañes, tribuno! —habló Cecina, ya puesto en pie, con voz grave y extrañamente tranquila—. No se retiran, se abandonan al pillaje, como los ladrones y saqueadores que son.

Efectivamente, hordas de guerreros de larga cabellera trenzada, con el cuerpo tan pintarrajeado como sus escudos, acudían como moscas hacia los carros de intendencia, mientras los romanos se miraban estupefactos.

—¡Rápido! —dijo Cecina, colocándose el casco sobre la cabeza embarrada—, que cada uno cargue con un herido, los carros los podemos dar por perdidos. Mientras los buitres germanos se sacian, recuperad todos los animales que podáis y marchad por la pasarela hacia la explanada. ¡A qué esperáis! —La voz de Cecina, general experimentado y de edad demasiado avanzada para aquel infierno, tronó por toda la ciénaga—. ¡Saldremos vivos de esta, somos las águilas romanas y ellos una bandada de alimañas!

La orden se transmitió como un rayo y enseguida una columna de legionarios agotados avanzaron por la pasarela cargando a un compañero. Los que estaban en peores condiciones eran transportados sobre un escudo a modo

de camilla, y aquellos que aún conservaban las fuerzas se encargaron de la protección de los flancos. Otros formaron grupos de defensa, mientras que Lucio ayudaba a localizar a los animales de carga. Se reunió con Druso, que le dijo que algo andaba mal en uno de sus pies. Y tenerlo constantemente sumergido en el fango no era lo más conveniente.

* * *

Miles de hombres se apiñaban dentro del campamento construido por la Quinta y la Vigesimosegunda. Se ahorraron el trabajo de montar las tiendas, pues solo habían salvado lo que llevaban encima. La Primera y la Vigésima habían perdido muchos de sus efectivos, aunque el desastre podía haber sido peor. Quienes antes maldecían a las legiones rebeldes les agradecían ahora que hubieran construido un campamento y les estuvieran esperando con hogueras donde calentarse, heridos y hambrientos como estaban.

No había víveres. Hubo que compartir los escasos mendrugos y las tiras de carne salada. Lucio apenas comió, estaba ocupado en reforzar las defensas en los puntos más débiles. Solo cuando todo estuvo en orden acudió a una de las pocas tiendas que había en pie: la del personal médico. Encontró a Druso sentado en una silla de tijera, esperando a ser atendido.

Lucio localizó a Filomeno, uno de los médicos griegos de la Primera Legión. Druso se quitó la cáliga del pie izquierdo. Los dedos meñique y anular estaban hinchados y las puntas de los dedos se veían negras. El médico se arrodilló ante él para examinarlo.

—¿Desde cuándo tienes así los dedos?

—Me cayó un tronco encima hace unos días, justo cuando iniciábamos las reparaciones de la pasarela. El tiempo apremiaba, así que no le hice mucho caso, aguanté el dolor y un compañero me dio esas hierbas que sirven para mantenerte despierto y no pasar hambre —explicó Druso como pudo.

Lucio, sentado en un rincón, cabeceó. Las fuerzas le estaban abandonando. Ni recordaba la última vez que había comido o descansado.

—Esas hierbas también evitan que se sienta dolor. Por eso has aguantado tanto tiempo así —dijo Filomeno.

Lucio se despabiló e intervino:

—El cuerpo de ingenieros ha perdido muchos efectivos y los que quedamos hemos trabajado a destajo.

—Lo sé, ingeniero Celio. Las circunstancias no han podido ser más adversas. Yo mismo atendí al prefecto de los zapadores cuando cayó al río Lupia. Y después a Patérculo, con flujo de vientre. Lo envié de vuelta a

Castra Vetera en los barcos que transportaban a las tropas de Julio César Germánico. Y otros dos ingenieros cayeron en batalla.

Los tres callaron de repente. Allí estaban de nuevo, cánticos de guerra, bramidos espeluznantes que no parecían humanos se elevaban por encima de la selva negra e impenetrable, una pesadilla como ninguna otra conocida.

—¿Pero es que no descansan? —dijo Lucio frotándose los ojos.

—Deben de estar bebiéndose nuestro vino y comiéndose nuestro grano. Y a saber qué uso le darán a mis escalpelos —respondió el médico, forzando una sonrisa que se quedó en mueca.

—Creedme —Lucio hablaba apoyando la cabeza en la pared, desmadejado—, he estado en lugares terribles, en minas de convictos olvidadas por los dioses, pero esto es mucho peor.

—Descansa, ingeniero, estás exhausto. A ver, chico, déjame ver ese pie.

Lucio suspiró y hundió la cabeza en el pecho. Recordó a su padre hablándole de las campañas cántabras, el desánimo, el frío, el lodo. ¿Por qué seguía en el ejército tras once años? Pertenecía a la clase ecuestre, podía abandonarlo en cualquier momento. Sentía su vida detenida, empantanada. Cada vez que pensaba adónde iría, qué haría, la tristeza se apoderaba de él. Ya no luchaba contra ella, la consideraba una antigua compañera de viaje que reaparecía de vez en cuando. La tristeza. La melancolía. La soledad. Garza y su engaño. Garza y la pequeña Luna. Siempre Garza. Al principio recurría al vino o a las caricias de Arsínoe para espantarla. El caso era que cada vez se le presentaba con más frecuencia y era difícil de ocultar. Aun así, se esforzaba en hacerlo, pues nadie se arrimaba a un legionario triste, se tenía por ave de mal agüero.

En un rincón había varias tablas de madera sobre dos tocones y Lucio se echó en ellas como si fuera un catre. Se quedó dormido al instante. Sentía frío, estaba en una cueva con el suelo tapizado de pieles de lobo. Podía oler la fragancia de los ramos de tomillo y ajedrea que pendían del techo. Por la abertura de la cueva se colaban los rayos de sol. Sintió un deseo intenso de salir y calentarse. Una figura se recortó en la luz. No lo veía, pero sabía que era Barkal. «Ve —le decía—, cumple tu promesa».

La voz de Druso interrumpió su sueño:

—No, no, no lo permitiré. ¿No te das cuenta de la situación? ¡Nos quedan cuatro días de marcha hasta el Rhenus, los queruscos nos pisan los talones, estamos sin carros ni pertrechos! Si me amputas los dedos… ¡no podré caminar!

Lucio se incorporó de un salto. ¿Amputar? Sacudió la cabeza para acabar de despertarse.

—El chico tiene razón, Filomeno. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Es posible que haya inicio de gangrena. Si no actuo rápido puede perder el pie. Debería amputarle los dedos pero mis herramientas se han quedado en los carros.

Lucio miró a Druso, derrumbado sobre sí mismo. Se arrodilló y le examinó el pie. Se pasó las manos por la cabeza, notó los cabellos enredados y sucios del fango negro. Estaba muy cansado. Si lograban llegar vivos al Rhenus sería un milagro. Herido no lo conseguiría, se quedaría por el camino, como Marco Celio. Clavó sus ojos en el médico.

—Ingeniero —dijo el médico arrodillándose a su lado—, si tuviera conmigo mis ungüentos y mis medicinas podría arriesgarme a esperar unos días. Si la gangrena avanza, entonces quizá sea el pie entero lo que tengamos que amputar.

—¿Ves estas cicatrices? —Lucio mostró las piernas a Druso—. Un camello me arrastró por el desierto. Las heridas eran tan atroces que todos me dieron por muerto y, sin embargo, me recuperé. Si yo lo logré, tú también puedes.

El chico miró a Filomeno y movió la cabeza de un lado a otro:

—Esperaré a Castra Vetera. Véndame con lo que tengas. Esta noche me haré unas muletas, quizá las necesite por el camino.

—¡Así me gusta! —dijo Lucio palmeándolo en la espalda—. Filomeno, con los dedos negros o blancos… ¡estos recios hispanos van a trotar como mulos hasta ver las torres renegridas de Castra Vetera!

⁎ ⁎ ⁎

Lucio acudió a la tienda de oficiales. Cecina, sentado frente a una improvisada mesa de tablones, lo invitó a unirse a la reunión con los legados y los tribunos. El olor a moho que desprendían las pieles mojadas de sus capas se amalgamaba con el hedor de la grasa con las que se impermeabilizaban, haciendo el ambiente irrespirable. Lucio escudriñó los rostros de todos los presentes, exhaustos y crispados, y se percató de que al fondo de la tienda había tres individuos siendo interrogados por Cecina. Estaba algo oscuro pero le pareció verlos vestidos como germanos. Eran informantes. *Speculatores*.

Cecina seguía cubierto de barro seco y en un brazo se le veían dos tajos con sangre coagulada. Se trataba de un hombre admirable. Había cumplido

los sesenta años hacía pocos días y allí estaba, con más presencia de ánimo que cualquiera de los congregados. Dio la palabra a uno de los *speculatores*, el cual explicó que llevaban varios meses siguiendo de cerca a los queruscos, haciéndose pasar por mercaderes itinerantes. En varias ocasiones habían pasado información a Germánico. Aquella tarde habían estado muy ocupados comprándoles parte de las mercancías arrebatadas al ejército romano. Gracias a ello disponían de información fiable sobre las deliberaciones del consejo de Arminio, el líder de los queruscos.

—Nuestros carromatos están escondidos muy cerca del campamento. Uno de nosotros puede acompañar ahora mismo a un pelotón a buscarlos. Hemos recuperado unas cuantas cosas que os vendrán muy bien para el camino —dijo uno de los falsos germanos.

—¡Estatilio! Llévate a unos cuantos hombres y traed esos carros al campamento lo antes posible —ordenó Cecina—. Sigue, te lo ruego. ¿Qué otras informaciones habéis recabado?

Uno de los *speculatores* se levantó para guiar a Estatilio. Al pasar por su lado, el fingido querusco le puso una mano en el hombro. Lucio levantó los ojos y lo miró. Su pelo era rubio y rizado, lo llevaba muy largo, recogido en varias trenzas, incluso la barba la llevaba trenzada. Se había tiznado la cara y el cuerpo de barro negro para pasar desapercibido en la noche. Vestía un sayo pardo e iba cubierto de un manto de lana marrón. Unas botas de cuero le cubrían las piernas hasta las rodillas. Por un segundo se cruzaron las miradas, y a Lucio le dio un vuelco el corazón.

«No puede ser, estás tan cansado que te parece estar viendo visiones», se dijo a sí mismo. Se esforzó en poner atención a las explicaciones del *speculator*:

—Inguiomero, el tío de Arminio, es quien tiene más influencia. En el fondo, los queruscos no acaban de fiarse del todo de Arminio, no dejan de verlo como un colaboracionista, el comandante de una cohorte de auxiliares germanos. Y a su padre Sigimero como a un traidor que entregó a su hijo para que fuera criado por los romanos.

—Mejor así. No olvidemos que Arminio piensa como un general romano y conoce perfectamente nuestras debilidades —intervino el legado Cetronio.

—En efecto, legado —dijo uno de los *speculatores*—. Arminio es partidario de dejarnos ir para caer sobre nosotros en los bosques, como hizo con Varo. Sin embargo, Inguiomero está tan inflamado que los ha convencido para atacarnos cuando aún no hayamos abandonado el campamento, poco antes del amanecer.

—¡Por Júpiter! Eso sería mucho más ventajoso para nosotros, aunque disponemos de pocas horas para prepararnos —exclamó Cecina.

—Sus palabras textuales fueron: «Entraremos en su corral y le cortaremos el pescuezo a las gallinas».

El general rompió en carcajadas.

—¿Con que eso dijo el bastardo? ¿Qué te parece, ingeniero Celio?

Lucio sostenía un cuenco de vino caliente entre sus manos. Respiró los vapores que se elevaban hasta sus fosas nasales y respondió:

—Cualquiera sabe que las gallinas les picotean los ojos a los zorros ladrones, señor. —Todos los reunidos sonrieron, demasiado cansados como para reír abiertamente—. Si logramos hacerles creer que estamos aterrorizados y los dejamos entrar en el campamento podremos acabar con ellos. Cualquier cosa antes que el bosque —dijo con voz firme.

—Estoy de acuerdo, Lucio —respondió Cecina—. ¡Saldremos de esta con honor, señores! —Se puso en pie y empezó a dar órdenes—: Reuniremos todos los caballos disponibles, incluso los de los oficiales, y se los ofreceremos a los legionarios más hábiles para que se unan a la caballería. Los mantendremos ocultos mientras permitimos a los germanos escalar los muros y entrar en el campamento. Masacraremos a los que entren mientras la caballería se ocupa de los que estén esperando para entrar.

⁎ ⁎ ⁎

Lucio dormía en un rincón de la tienda de oficiales. Los más descansados se ocupaban de preparar el asedio. De improviso, un revuelo de voces sorprendió a todos los que aún estaban despiertos:

—¡Germanos en el campamento!

Se despertaron sobresaltados. Lucio alargó la mano debajo del catre y cogió su espada. Se empezaron a escuchar grupos de hombres corriendo a toda prisa. Se ajustaron con premura los cascos y los tahalíes mientras se dirigían a toda prisa a la tienda del general. En ese momento, un tribuno informaba de la situación:

—¡Señor, solo se trata de unos caballos desbocados, pero los hombres quieren huir! ¡Están intentando abrir la puerta decumana!

—Alguien debe de haber visto a los *speculatores* y los ha confundido —dijo Cecina—. ¡Todo se puede ir al traste por esta menudencia! Los hombres están agotados y una chispa puede hacerlos arder con facilidad. Iré en persona a hablar con ellos.

Lucio sintió que las piernas le flaqueaban. La falta de descanso y de comida estaba haciendo mella en él. Escupió al suelo para quitarse de la boca el mal sabor que le había dejado el vino. ¿Y si realmente los germanos habían iniciado el ataque? Debía ir a ver a sus hombres para darles explicaciones. Salió de la tienda espada en mano. Oyó el ulular de un búho muy cerca de él. «Mal asunto», pensó. No había recorrido ni cincuenta pies cuando alguien le tapó la boca. Dos fuertes brazos germanos lo pusieron en pie y se lo llevaron en volandas hasta la tienda vacía de los oficiales.

42. SIZGUNTO

Castra Vetera
Otoño
15 d. C.

—¡Oh, vamos! ¡Mírate, primo! Engañarías a la mismísima Cincinata —dijo Lucio con voz guasona—. ¡Eres uno de ellos! ¿No has pensado en instalarte en una granja con una Sigimonda o una Thunsnelda?

—Deberíamos reclutarlas también a ellas para las legiones: de un manotazo se pueden llevar por delante a tres mauritanos —contestó Quinto entre carcajadas.

Tras la fatigosa campaña allende el Rhenus, con el peligro ya conjurado, la suprema felicidad consistía en compartir una jarra de vino con el bien hallado Sizgunto, nombre ficticio de Quinto en Germania, en una taberna de Castra Vetera, en medio del bullicio de los legionarios apiñados alrededor de un gran fuego donde se asaba un ciervo desmembrado y atravesado por espetones. Afuera llovía y el mejor lugar para matar los ratos libres era la taberna del loco Sigifredo, un pequeño local situado en el poblado de cabañas de turba y troncos surgido junto al campamento romano. Siempre olía a pan recién horneado y en cualquier momento del día se servían suculentos guisos de las calderas que borboteaban a la vista de todos. La atmósfera era tan densa que se podía cortar, y, sin embargo, cada vez que alguien se dejaba abierta la puerta un coro de insultos en todos los acentos conocidos del latín obligaba al recién llegado a cerrarla inmediatamente.

—Déjalo ya, no vas a conseguir alterarme —respondió Quinto—. ¡Por los cuernos de Ziu! Estaba tan seguro de que no saldríamos vivos… ¿Sabes qué les hacen los germanos a los *speculatores* capturados?

—Sí, por desgracia. Estuvimos enterrando los restos de los nuestros en el bosque de Teutoburgo. Lo que vi allí no lo olvidaré mientras viva. Una inmensidad de bosque sembrada de huesos blanqueados, cráneos clavados en los troncos de los abedules, fosas llenas de esqueletos y altares de piedra con cadáveres quemados. —Lucio se estremeció al recordarlo—. Por cierto, ¿quién es Ziu?

—Es el Marte de los germanos. También tienen a Júpiter, pero le llaman Donar, y un Mercurio al que llaman Wotan.

—Te veo muy metido en tu personaje, Sizgunto.

—En el fondo, me encanta cambiar de personalidad. En estos años he descubierto que puede ser excitante vivir en el filo de la navaja. Dime, ¿cómo está Druso?

—Esas cortezas que me diste…, ¿de dónde las has sacado? Filomeno quiere saber dónde encontrarlas. Siguió tus instrucciones y los dedos se han recuperado. Le salvaron la vida.

—No te engañes: si hubiera habido gangrena no lo habría salvado ni Wotan bajado del cielo. En los caminos se aprende mucho: comerciamos con todo lo que cae en nuestras manos, desde hierbas y raíces curativas hasta caballos, arreos, utensilios y ropa. Hablamos con gente que viene de todos los lugares, es una manera muy eficaz de obtener información.

Se sonrieron sin dejar de mirarse un largo instante. Los años se empezaban a marcar en sus rostros.

—Sabía que te habían destinado a la Primera —dijo Quinto, mesándose el pelo trenzado de la barba—, por eso te busqué en cuanto tuve ocasión. Llegaste a Germania pocos días después de que yo iniciara mi misión.

—Te envié muchas cartas y todas me las han devuelto. Harith no soltaba prenda, decía que cuanto menos supiéramos de ti mejor. Con mi madre me he carteado poco… Ya la conoces, todo lo que escribe solo le interesa a ella: la lista interminable de sus dolencias y un poco de crónica social de Barcino. Nada más. —Su rostro se ensombreció de repente, pero enseguida miró a Quinto, forzó una sonrisa y dijo—: Venga, nenita de largas trenzas —propuso —, ¡brindemos por nosotros!

—¿Sabes por qué las llevo? —Quinto dio un sorbo largo—. Son muy útiles para limpiarse el morro después de beber —dijo, ante el desdén divertido de Lucio—. Además, a las mujeres las vuelvo locas cuando me destrenzo el pelo. Se agarran a él como posesas en el momento de…

—De acuerdo, lo capto; el gran macho tarraconense deslumbra a las queruscas. Mientras estés por aquí las mujeres estarán intratables. —Lucio le tironeó de una trenza mientras chascaba la lengua—. Tanta cháchara y aún no sé qué estás haciendo en Germania con esta pinta.

El loco Sigifredo se acercó con dos humeantes pedazos de carne y una mujerona de busto generoso depositó sobre la mesa dos grandes recipientes de cerveza. Ambos bebieron, hincaron el diente a la carne y le hicieron una seña con la mano de que estaba deliciosa. Acto seguido, el loco Sigifredo inició su

baile, una costumbre del lugar. De vez en cuando, el tabernero bailaba y todos los legionarios lo jaleaban a palmas. El individuo era alto y huesudo, aunque lucía una barriga prominente. De perfil parecía una serpiente que se hubiera tragado un lirón. Su cara, larga y estrecha, era toda arrugas, pero los labios carnosos y las grandes orejas le daban un aire divertido. Cuando finalizó el baile inició una perorata que solo entendieron los nativos.

—Al escucharlos, tengo la misma sensación que tenía en Hispania con los íberos —dijo Quinto.

—¿Cuál, si puede saberse?

—Que no hablan una lengua de verdad, como el latín. Mírales: más que hablar parece que te van a lanzar un salivazo. —Lucio se rio con ganas—. Aunque no lo creas, me defiendo bastante bien en esa especie de jerigonza.

—Cuando los tratas son buena gente —dijo Lucio mirando a Sigifredo.

—Simplones, pero buena gente —remachó Quinto.

—Pues como en todas partes, hombre. Romanos, germanos, nubios, sirios, layetanos. Las mismas pasiones, las mismas alegrías y las mismas penas.

Quinto lo miró, serio. Le guiñó un ojo y le propinó un puñetazo suave en el brazo.

—Venga, desembucha. A ti te pasa algo.

—¡Estoy perfectamente! Solo que el reencuentro me ha puesto algo melancólico. —Lucio miraba a su alrededor, con los brazos cruzados, apoyado en la mesa. Miró a Quinto y dijo, haciendo una seña con la cabeza —: Se te va a enfriar la carne.

—A ti también. Por cierto, me han contado que perteneces al círculo más íntimo de Germánico y que no da un paso sin consultarte. —Miró a Lucio y le guiñó un ojo.

—Ha llovido mucho desde que tía Domicia nos buscaba un destino favorable, ¿te acuerdas?

—¡Claro! Era más o menos cuando parecías un Orfeo habiendo dejado a tu Eurídice en los infiernos. ¿Quizá por eso le regalaste la compensación que te dio Harith antes de que subiera al barco? Nunca lo comprendí.

—Le devolví su dote, Quinto, la que mi padre le arrebató —dijo Lucio con vehemencia—. Se la di para ella y para mi hija, por si en alguna ocasión se veían en un aprieto.

—Todavía te escuece hablar de ella…

Lucio respiró hondo. Agarró el pedazo de carne con una mano y le dio un mordisco.

—Está bien, tienes razón. No estoy bien. Son las cucarachas, ¡las hay por todas partes! ¡Me dan un asco…!

Quinto le sonrió, mirándolo de reojo.

—No tienes remedio, *mentula*. Mírate, ingeniero Celio, las matronas te desearían como yerno y como amante, tan inteligente, tan serio, tan cortés, y tan… atascado.

—He escrito a mi padre una carta cada cambio de estación, ¿sabes cuántas son desde que me reincorporé? Treinta y siete. No me ha respondido una sola vez. Cuando llega el correo y veo a los legionarios limpiando las letrinas gozosos porque han recibido las noticias de su familia, te aseguro que me cambiaría por uno de ellos.

Quinto volvió a hablar, ya sin chanzas:

—Yo no puedo comunicarme con frecuencia, ya lo sabes. Las últimas noticias que tuve por mi madre son que Gayo no llegó nunca a recuperar el habla, pero sigue ahí; y que Vibio pasa mucho tiempo en Tarraco, parece que se ha aficionado a los combates de gladiadores.

Lucio lo miraba con ansia, esperando más información.

—No sé nada más.

Lucio apretó los labios y movió la cabeza de un lado a otro. Intentó sonreír.

—Mi padres están vivos y, sin embargo, me siento huérfano hace años.

—¡No pienses más en ello! Tus hombres están aquí y no querrás que se te caiga una lagrimita delante de ellos. —Quinto se acercó con expresión divertida—. Echarías por tierra esa reputación de tipo duro que no comprendo cómo te has ganado.

En la mesa de al lado, un grupo de auxiliares frisios jugaba ruidosamente a los dados. Más allá, unos galos borrachos cantaban en su lengua una tonada nostálgica. Quinto prosiguió:

—Teniéndolo todo en contra, te has labrado una carrera intachable. Te admiro, primo, y mucho. Cuentas con hombres poderosos entre tus amigos, eres listo, no lo niego, y guapo, aunque no tanto como yo, claro. No dejes que el pasado te siga amargando la existencia. —Lucio rehuía su mirada—. En Roma creí que dejarías el ejército y volverías a tu casa, a poner las cosas en su sitio. Me alegré de que no lo hicieras, te habrías metido en un avispero. —Quinto lo agarró por la muñeca—. ¡Mírame! ¿Cuándo te vas a sacudir de encima una culpabilidad que no te corresponde? Las cosas son como son y a veces no se puede hacer nada. Podrías ser feliz, pero has elegido exiliarte de ti mismo.

Como de costumbre, Quinto había sido capaz de leer en su alma mejor que él mismo. Odiaba mostrarse melancólico. Dio un manotazo en la mesa y los cubiletes de vino temblaron. Apareció Sigifredo, Lucio sirvió más vino y volvieron a brindar por el reencuentro.

Comieron y bebieron, mientras espantaban a las busconas que revoloteaban por las mesas esperando una invitación.

—Aún no me has dicho cómo diste con tus huesos en Germania, querido Sizgunto.

—De la misma manera que tú. —Quinto se golpeó suavemente el pecho con el puño cerrado y emitió un sonoro eructo—. Nos quitaron de en medio, primo.

—Entonces es lo que me temía —contestó Lucio.

—¿Sabes quién está detrás de todo?

—Déjame adivinar… —dijo Lucio con sorna—. ¿Nuestro pariente, el experto pancraciasta?

—El mismo. Lucio Domicio Aenobarbo, el defensor a ultranza de Augusto, el heredero de los efectos personales del emperador, ahora bebe los vientos por obtener el favor de Tiberio. —Quinto se acercó a Lucio para hablar en voz baja—. Debemos ir con pies de plomo, Tiberio no es Augusto. Cuando subió al poder dejó en manos de Aenobarbo el control de la red de informadores. Las cosas se pusieron feas para mí, así que me ofrecí voluntario para pasar de la administración al terreno.

—O sea, pasaste de general a soldado raso… Y seguro que fue Aenobarbo quien eligió tu destino: no habría podido encontrar uno más peligroso.

—Exacto. Conocía Germania a fondo, ya sabes que él y Tiberio fueron los primeros romanos en llegar hasta el gran río Albis. De ahí viene su amistad, supongo. Aenobarbo sabía adónde me enviaba. Lo vistió con argumentos como «necesito gente de mi entera confianza», etcétera. Le estorbo, pero no a él sino a su amo, Tiberio. Ambos tienen un carácter irascible y retorcido, y ven conspiraciones donde no las hay. Yo sé demasiado, y sus enemigos podrían tentarme para que me pasara de bando. ¿Lo comprendes?

—Por supuesto. Antes de ser desplumado preferiste meterte tú solito en el horno. —Lucio bajó la voz—. Aenobarbo ocupó el consulado, es muy poderoso. Ándate con cuidado.

—Lo único que me reconforta es que me acosté con su mujer. Y varias veces.

—¿Con Antonia? ¿Esa loba?

—La misma. Aúlla de maravilla.

—¿Y qué hay de tu esposa?

—¿Mi esposa? Durante años hicimos vidas separadas, hasta que se acabó divorciando de mí. No estoy hecho para el matrimonio.

—Vaya. Yo esperaba tener quintitos sentados sobre mis rodillas en mi próxima visita a Roma. —Lucio respiró hondo—. En cuanto a mí, puedo imaginarme lo que esa sabandija habrá pensado: quién mejor que un pariente ingeniero para restaurar su magna obra. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Dejar que nos asen a fuego lento?

—Deberíamos seguir sumergidos en el Leteo. Fue una buena idea nombrar a Harith administrador del patrimonio de los Domicios. Ha vendido la casa de Roma. Nuestro dinero está en buenas manos. Hemos de intentar mantenernos con vida, y dentro de dos o tres años… puede que Tiberio y Aenobarbo se olviden de estos dos pollos chamuscados y podamos licenciarnos sin contratiempos.

Lucio reparó en un hombre corpulento que acababa de entrar en la taberna acompañado de varios soldados jóvenes. Parecía nativo, pues tenía los ojos muy claros y llevaba el pelo castaño largo y trenzado. Sin embargo, su apostura y su vestimenta eran romanas. No era militar, vestía una túnica oscura, un cinturón muy ancho de cuero rojizo y un manto de lana de buena calidad, prendido con una magnífica fíbula en forma de caballo. Se miraron fugazmente y, como un fogonazo, a Lucio le vino a la memoria dónde lo había visto antes: justo a la vuelta de Puentes Largos, cuando una multitud jaleaba la llegada de las legiones que daban por perdidas. Agripina, la esposa de Germánico, y su hijo, el pequeño Calígula, subidos encima de un carro a modo de estrado improvisado, saludaban y aplaudían a los maltrechos soldados. El hombre estaba justo debajo del carro de Agripina, mirando con ansiedad entre las filas de legionarios, como si buscara a alguien. Lucio, sediento como estaba, se fijó en él porque llevaba un pellejo de agua en las manos.

—La muerte de Augusto nos descolocó a todos —dijo Quinto—. Conviene que nuestro nombre no vuelva a oírse por los despachos de Roma en mucho tiempo.

—Supongo que tienes razón —respondió Lucio, sin poder apartar la mirada de aquel hombre. Había algo familiar en él, pero no sabía qué. Por un instante, sus miradas se volvieron a encontrar—. Solo espero que no me hagan reanudar la restauración de esas horrendas pasarelas.

—Primo, en estas tierras todos los lugares son horrendos. He oído rumores sobre la próxima campaña.

—Germánico quiere construir una gran flota para volver contra los queruscos el verano próximo. Si eso es verdad, ya puedes imaginar cuál va a ser el trabajo de los ingenieros en los próximos meses. Mejor eso que las pasarelas. ¿Y tú?

—Seguiré camuflado entre los otros *speculatores* y enviando algún informe de vez en cuando. Me hago pasar por mestizo, hijo de un rehén germano y una romana. He aprendido a escabullirme cuando la situación lo requiere. Si me llegases a necesitar, habla con el loco Sigifredo, no está tan loco como quiere hacer creer. Sabe dónde encontrarme. Dile que buscas al mestizo Sizgunto.

* * *

Lucio sabía que en Puentes Largos había salido de nuevo bien librado. No había querido darle muchas vueltas a la cuestión, aunque una mañana dejó el campamento bien temprano, cubierta la cabeza con la capucha de su manto, y se internó en el bosque. Lo acompañaba Druso, que se había aficionado a su compañía. El joven llevaba entre las manos algo delicado, que sostenía con sumo cuidado.

Caminaron en silencio durante un rato, siguiendo el camino marcado por una hilera de avellanos. Con las capas recogidas para que no se engancharan en los acebos y los espinos, sortearon troncos caídos cubiertos de un espeso musgo verde y resbaladizo, atravesaron cursos de agua cristalina, siguiendo una senda hollada durante siglos en medio de la alfombra de hojarasca. Justo cuando parecía que la fronda se espesaba amenazadoramente, un enorme abeto, con las ramas levantadas hacia el cielo como un orante, les indicó la entrada a la foresta sagrada de Nerthus. Las hojas acumuladas durante cientos de estaciones crujían bajo sus sandalias.

Llegaron a un claro donde la luz penetraba a través del follaje de las hayas y los castaños. La bóveda vegetal que los acogía presentaba toda la gama cromática del otoño. En el centro del claro había unas piedras colocadas en forma de pasadizo: pesadas losas horizontales tapizadas de verdina reposaban sobre otras hincadas en la tierra esponjosa y húmeda. El corredor de piedra desembocaba en un gran túmulo sobre el cual crecía la hierba.

—Debe de ser una entrada a los infiernos, ingeniero. Vayámonos de aquí, la selva no es un lugar seguro —dijo Druso casi en susurros.

Lucio sonrió y le pasó un brazo por los hombros.

—Los romanos le tenemos miedo al bosque porque estamos demasiado acostumbrados a movernos en zonas cuadriculadas, acotadas, moldeadas por

nuestra mano. Párate a pensar, ¿cómo son las ciudades? Cuadradas. ¿Y nuestras casas?

—Cuadradas o rectangulares —contestó Druso.

—Exacto. ¿Y nuestros campos centuriados? Rectangulares. Nuestra vida transcurre en las termas, en el foro, en la casa, en el atrio, nos asusta lo silvestre porque necesitamos tenerlo todo medido y controlado. Nos asustan los bosques porque no podemos dominar las fuerzas que hay en ellos. Sin embargo, los germanos viven aquí. Y son personas como nosotros.

—Señor, a veces, más que un ingeniero, diría que eres un filósofo.

Lucio recordó con añoranza las largas pláticas con Androgeo en los jardines de Alejandría. En cierto modo, Druso le recordaba un poco a él cuando era joven.

—El mundo es inmenso y variado, Druso, y son múltiples las maneras de vivir y pensar. Solo hay que atreverse a abandonar los límites.

Cientos de setas, blancas, lilas, amarillas, crecían alrededor de la explanada, y otras de color marrón anaranjado se encaramaban por el tronco de los árboles. Ajeno a los temores del chico, Lucio se sintió acogido al escuchar el rumor de los árboles. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No estaban solos. Aquel era en verdad un lugar santo.

—En Alejandría, hace mucho tiempo, un muchacho me dijo que nuestros ojos no pueden ver todo lo que existe. No le entendí entonces.

Tomó en sus manos la paloma blanca que llevaba Druso, se la llevó a los labios, musitó unas palabras y la soltó. Permanecieron unos minutos en silencio, hasta que Druso no pudo aguantar más y preguntó:

—¿Ha sido una ofrenda?

—Supongo que sí.

—¿Por qué no le has cortado el cuello? Aquello que más agrada a los dioses es la sangre de una víctima.

—¿Ah, sí? ¿Alguien ha hablado con los dioses para saberlo?

Druso se encogió de hombros y lo miró extrañado.

—El bosque huele a vida, por eso quiero que mi ofrenda esté viva, palpitante, y que vuele hacia cielos abiertos. En los altares de los templos solo veo muerte.

—Ingeniero, ¿no tienes miedo de que el padre Júpiter se enoje? No deberías hablar así.

Lucio sonrió antes de responder.

—El padre Júpiter tiene cosas mejores de las que ocuparse. —Druso miró alrededor, temeroso. Lucio continuó—: Y si está escuchando, le diré que he

matado ya a demasiados hombres que vivían, soñaban y amaban como tú y como yo. Soy un ingeniero, me complace escuchar el crujir de la madera cuando se comba, oler su savia aromática, encontrar la veta que desgajará la roca, aliarme con la naturaleza para crear construcciones útiles y bellas. Mi corazón no quiere más muerte. Entré en las legiones porque era el único camino para aprender el oficio. Cuando tenía tu edad la sangre me hervía al entrar en batalla. Ahora… las pesadillas no me dejan dormir. Ya he derramado demasiada sangre.

De repente, un rayo de sol iluminó el arbusto que estaba a su derecha. Las hojas brillaron y se agitaron. Druso abrió la boca como si fuera a aparecer un dios. Se agitaba cada vez con más fuerza: un gran oso pardo se incorporó para olisquear el aire. Druso desenvainó su espada y Lucio lo detuvo:

—No te muevas. Envaina la espada despacio, baja la cabeza y agáchate. Haz lo que yo haga y no te pasará nada —dijo Lucio en un susurro.

No sentía miedo, no en aquel lugar. Todo el vello de su cuerpo se erizó, y percibió en su interior una fuerza por la que se dejó guiar. Druso, tenso como la cuerda de una lira y con los ojos fuera de las órbitas, se lo quedó mirando, incrédulo ante la tranquilidad que demostraba. El oso se puso a cuatro patas y avanzó hacia ellos. Lucio se echó al suelo y se hizo un ovillo. Druso lo imitó, temblando de pies a cabeza.

—Respira hondo y sosiégate. Los osos pueden sentir tu pánico, pero solo atacan si se ven en peligro.

El animal se aproximaba cabeceando de un lado a otro. Se colocó frente a ellos y los olió. Podían verle una a una las garras color marfil amarronado sobresaliendo del pelaje oscuro, moviéndose a un palmo de sus rostros. Con parsimonia, les dio la espalda y se alejó. Dejaron pasar un buen rato antes de moverse.

—¡Por Cástor y Pólux! —exclamó Druso—. ¿Cómo lo has hecho?

Lucio sonrió, se sacudió la tierra y las hojas de las rodillas y comenzó a caminar, sin responder.

—¿Y si nos lo volvemos a encontrar? —preguntó Druso mientras seguía a Lucio mirando en todas direcciones.

—No temas. Solo era una vieja amiga que ha venido a saludarme, el espíritu de una hechicera que una vez me salvó la vida.

43. EL ABUELO ATISIO

Castra Vetera
16 d. C.

El invierno del año anterior había transcurrido rápido. Todo el cuerpo de ingenieros se había trasladado a las tierras de los bátavos, a una isla en el brazo meridional de la desembocadura del Rhenus. Allí, bajo las órdenes del general Aulo Cecina, se construyeron más de mil embarcaciones para la campaña de verano. No entraba en los planes de Germánico volver a Roma sin haber acabado antes con Arminio. Hasta el último de los reclutas sabía que la máxima debilidad de las tropas romanas eran los desplazamientos por los vastos territorios boscosos, por eso necesitaba encontrar la manera de enfrentarse al enemigo en una batalla a campo abierto, situación en la que las legiones no tenían rival.

Tras varias reuniones con el cuerpo de oficiales, se resolvió que las naves debían ser de varios tipos: algunas cortas y ventrudas, con la proa y la popa estrechas, de manera que surcaran las olas sin peligro; otras serían de quilla plana, para los desplazamientos por la baja mar, y también habría unas cuantas con timón en ambos extremos, con el fin de contribuir al viraje rápido. Lucio dirigió al grupo que se ocupó de los pontones, las embarcaciones grandes y seguras que transportarían las máquinas de guerra, las vituallas y los animales. Le fue de gran ayuda haber trabajado algunos meses en los astilleros de Harith, donde pudo aprender y poner en práctica las ideas que sobre construcción naval le habían rondado en la cabeza desde joven.

El trabajo se realizó a destajo, así que la mente de Lucio no tuvo oportunidad para enfrascarse en cavilaciones. Llegado el buen tiempo, se consultó a los pollos sagrados, que picotearon con fruición los bizcochos remojados y bailaron el tripudio. Los auspicios no pudieron ser más favorables. Lucio, junto con la mayor parte del cuerpo de ingenieros, se unió a las ocho legiones que se dirigieron, bajo el mando del aclamado Germánico, hasta la desembocadura del Visurgo. Los acompañaban los auxiliares germanos comandados por Flavio, el hermano de Arminio que se había

mantenido fiel a Roma, y un contingente de la guardia pretoriana, enviada por el desconfiado Tiberio para vigilar cualquier movimiento de su hijo adoptivo.

Apenas desembarcaron, los *speculatores* llegaron a tiempo para informar a Germánico de los planes del enemigo. Un Sizgunto cada vez más entregado a su papel pudo saludar a Lucio y regalarle un manto peludo, negro y brillante, de marta cibelina.

—Lo he guardado para ti durante meses. Vas a ser la envidia del campamento.

—Gracias, Quinto, es espléndido. ¿A cambio de qué lo conseguiste?

—Le hice ciertos favores personales a la esposa de un jefe. Las damas aprecian mucho el exotismo de los mestizos —respondió Quinto guiñándole un ojo.

—¡Maldito fauno! Vigila que tu furor teutónico no te meta en líos —bromeó Lucio—. ¿Cómo te ha ido este invierno?

—Nada mal, le empiezo a tomar el gusto a vivir como un escita errabundo. Estoy reuniendo una pequeña fortuna con el comercio. ¿Y tú, qué tal?

Lucio sonrió y se rascó la barba incipiente.

—Me he acordado de ti muchas veces, granuja. ¿No eras tú quien afirmabas que Egipto era tedioso y que preferías un destino movidito, al estilo de Germania?

Quinto estalló en carcajadas:

—¡Por las furcias borrachas del circo, primo! ¿No me digas que te aburres?

Ambos se abrazaron, había que despedirse. Quinto se quedó serio de repente, se acercó a Lucio y le dijo al oído:

—Un poco más, querido, aguanta un poco más y nos vamos de este infierno.

* * *

Los legionarios lucharon con ánimo al saber que los auspicios habían sido favorables desde el inicio de la batalla, cuando ocho águilas, una por cada legión, habían volado hacia los bosques, guiando a la caballería romana hacia Arminio. Este, viendo la contienda perdida, logró escapar de nuevo. El resultado fue una extensión verde de más de diez millas enrojecida por miles de cadáveres germanos. Fue una gran victoria, aunque el recuerdo de aquella visión aterradora acompañaría a Lucio durante años.

Julio César Germánico tenía prisa por capturar al jefe germano y acabar de una vez por todas. Se decía que Tiberio presionaba al general para que volviera a Roma, temía que su ascendiente sobre las ocho legiones a su cargo le sirviera para cruzar el Rubicón y derrocarlo. Con el aliento de los pretorianos en la nuca, Germánico no detuvo la maquinaria de guerra tras el verano. Afortunadamente, Lucio fue destinado a Castra Vetera para reforzar el lienzo de muralla que se asomaba al río.

Desde la visita a la familia de Marco Celio, el soldado a quien había tenido que dar muerte en la batalla, no dejaba de pensar en ellos. Lucio había estado con el tío del chico, Publio Celio, el herrero, poco después de su vuelta de Puentes Largos. En la herrería, uno de los aprendices lo había dirigido hacia la casa de Publio, donde lo había encontrado sentado a la puerta, en un banco de piedra, jugando al *latrunculus* con Numitorio, otro veterano. Publio era un hombre mayor, apenas pisaba ya el taller. Encajó la noticia con tristeza. Sabía que su sobrino había muerto en Puentes Largos porque le habían entregado su placa identificativa, pero no esperaba conocer el relato de sus últimos momentos. Lucio, ante el estado en que se sumió el anciano, se despidió y se dispuso a marchar. Aún no había dado tres pasos cuando una voz femenina lo llamó. Al volverse, vio a una anciana acompañada de Numitorio, que le hacía de lazarillo. Era Arpinia, la esposa de Publio, una mujer ciega.

Arpinia se disculpó por no haberlo podido atender como se merecía y le pidió poder reconocerlo con el tacto. Lucio no pudo negarse. Mientras le pasaba las manos por la cara con suma suavidad, observó aquellos ojos opacos y desvaídos. Arpinia le repasó el pelo, que no se cortaba hacía semanas, la forma del óvalo facial, la profundidad de las cuencas oculares, la nariz recta, los pómulos y el hoyuelo de la barbilla, la altura del cuello y la anchura de los hombros.

—Vuelve otro día, ingeniero. Hoy el entendimiento de mi marido está velado por el dolor.

Hubo algo en la familia que lo desconcertó y lo atrajo al mismo tiempo, un sentimiento nacido mucho antes, cuando se había visto reflejado en los ojos del muchacho atrapado en el pantano.

La excusa perfecta para volver a verlos se la proporcionó el mismo ejército: los utensilios de los albañiles y los carpinteros necesitaban ser renovados, así que una mañana tibia de otoño atravesó los tenderetes del foro, pasó por delante del altar del templo de la diosa Roma y se personó de nuevo en la herrería.

—Ave, soy el ingeniero Lucio Celio, de la Primera Legión.

El negocio había prosperado a todas luces. Varios auxiliares martilleaban todo tipo de guarniciones metálicas. Uno de los hombres soltó el martillo y se dirigió hacia Lucio con una gran sonrisa. Era el desconocido de la fíbula del caballo que había visto en la taberna de Sizgunto.

—¡Ave, ingeniero! Soy Lucio Celio, hijo de Publio.

«¿Lucio Celio?», se dijo Lucio. No era la primera vez que conocía a un hombre con su mismo nombre, bastante común; sin embargo, aquella vez, al oírlo pronunciado por el herrero, se había sentido turbado. Ante su desconcierto, Lucio Celio prosiguió:

—¡Qué alegría! Mi padre fue a preguntar por ti al pretorio el invierno pasado, pero le dijeron que no estabas aquí.

El individuo parecía sincero y afable. A pesar de su apariencia germana, hablaba como un romano. Como Lucio no reaccionaba prosiguió:

—En esta casa siempre serás bienvenido. Hace una mañana agradable para el paseo, ¿te apetece acompañarme? —Se limpió las manos en un trapo, se quitó el mandil y dio un par de órdenes a los aprendices—. Mi padre está en el cementerio, va a visitar la tumba de su hermano cada día. Vayamos a buscarlo.

—¡Claro! ¡Por supuesto! —Lucio salió de su ensimismamiento—. De todos modos, me gustaría dejar antes cerrado el trato que vengo a proponer.

Tras los negocios, que le arreglaron la temporada a la herrería, salieron. Lucio alzó la vista para recibir en la cara los rayos de un sol inexistente. Se había colocado su manto de marta, lo cual le daba un aspecto imponente, en contraste con la desnudez de los esclavos y de los obreros germanos con los que se cruzaba. Hasta los niños pequeños resistían mejor la humedad: vestían únicamente un collar de pequeñas cuentas rojas que parecían coral. Nada más.

—Hay que nacer aquí para soportar este clima. Yo no creo que me acostumbre nunca —le dijo al herrero para romper el hielo.

El hombre lo miró y le dedicó una sonrisa amable. No dijo nada, él también se encontraba algo cohibido. «Quizá no debería haberme puesto este manto —pensó Lucio—, me hace parecer presuntuoso».

Se encaminaron por la Via Principalis hacia la puerta que daba a la necrópolis. Castra Vetera hervía de actividad. El campamento propiamente dicho, ya más parecido a una ciudad que a un asentamiento militar, se fundía con un gran poblado donde vivían gentes de todo pelaje y oficio. Tabernas, carnicerías, talabarterías, burdeles, lavanderías malolientes, termas, todas ellas al servicio de los miles de soldados allí reunidos: itálicos, hispanos,

griegos, galos. Muchos de los veteranos se quedaban a vivir allí una vez licenciados, como había hecho Publio Celio.

Caminaban rápido por la calzada que salía del campamento. Se apartaron para dejar paso a un grupo de carretas de ruedas macizas que llevaban suministros y a un pelotón de reclutas que salía al trote para completar su instrucción. Se internaron entre las tumbas. El olor a bosta de caballo y el ruido de los vivos fue quedando atrás. Los pies se les hundían en la hierba mojada y el silencio solo era rasgado por los cantos de los pájaros. Tras caminar por una zona de tumbas humildes, apenas marcadas con una piedra, llegaron al área de los mandos militares, retratados dentro de sus altas lápidas mediante esculturas de medio cuerpo o de cuerpo entero, pintadas de colores. Divisaron a Publio, sentado junto a una de esas tumbas. No estaba solo. Lucio reconoció al mismo amigo con quien lo había encontrado a la puerta de su casa.

—Bienvenido, ingeniero. Esperaba esta visita hace tiempo —respondió Publio.

Lucio saludó mientras observaba con detenimiento sus facciones: las cejas pobladas, el mentón partido, el brillo de aquellos ojos que compartían la extraña alegría que él mismo sentía. Las preguntas se le agolpaban en la garganta; no obstante, le era difícil articular palabra. En lo más profundo de su corazón se abría paso una certeza, una verdad que lo fascinaba y lo repelía. Quizá por ello había estado demorando demasiado una visita también por él esperada.

—Este es el cenotafio del padre de Marco, mi hermano —le informó Publio—. Por desgracia, ni él ni su hijo pueden descansar aquí. Sus huesos quedaron esparcidos por el bosque.

Lucio apenas escuchaba, pues la lectura de la inscripción aumentó su estupefacción:

A Marco Celio, hijo de Tito, de la tribu Lemonia, de Bononia,
primer centurión de la Decimoctava Legión,
de 53 años. Cayó en la Guerra de Varo.
Sus huesos deben ser enterrados aquí.
Publio Celio, hijo de Tito, su hermano,
erigió ese monumento.

Se apoyó sobre una estela cercana. No se fijó en los brillantes colores del cenotafio, la coraza dorada, el fondo azul, ni en la corona cívica del difunto, cargado de condecoraciones, ni en los bustos de los dos libertos que lo

acompañaron en la muerte, ni en la vara de vid que el centurión sostenía en su mano. Solo tenía ojos para una palabra: Bononia. Era un Celio de Bononia. Como su padre.

—Señores, creo que necesito un trago de buen vino itálico —dijo Lucio —. Permitidme que os invite…

—No, no, por Cástor y Pólux. Somos nosotros quienes invitamos. Sería un honor que aceptases venir a nuestra casa y conocieras a mi familia. Guardo unas ánforas de vino de Bononia para las grandes ocasiones —respondió Publio, que se puso en pie con ayuda de un bastón y se agarró del brazo de Lucio.

Caminaron todos en silencio. Al entrar en la ciudad, Lucio informó a su padre del encargo que acababa de hacer Lucio en la herrería, pero no comentaron nada más. Los tres sabían que de aquel encuentro podían salir a la luz asuntos delicados, y eso no debía suceder en la calle, en el barro, entre las tumbas o en una taberna.

Poco después llegaron cerca de la Puerta Decumana, donde se había formado un vecindario de casas modestas, pero construidas con zócalo de piedra y los inevitables adobes de turba. Constituían el hogar de los veteranos más antiguos, establecidos allí de por vida. Cerca de la casa, unos niños jugaban con sus peonzas y varios de ellos se acercaron a saludarlos. Lucio se dejaba guiar mansamente, sin hacer preguntas. El amigo de Publio, Numitorio, se despidió.

Dentro de la casa, Lucio observó que en el lugar que habría correspondido al *impluvium* ardía un gran fuego, alrededor del cual se hacía la vida.

—Los romanos vivimos alrededor del agua, los germanos alrededor del fuego —dijo Publio.

Los recibieron Arpinia, la esposa de Publio, a quien ya conocía, y Berona, una de sus nueras, ambas nativas. Publio, tras hacer una libación a los dioses lares en el altar situado en una hornacina, se sentó junto al fuego en una cátedra revestida con la piel de un zorro blanco. Ambos primos lo hicieron en sendos taburetes. El suelo alrededor del fuego estaba tapizado de pieles de oso, y las paredes lucían los usuales motivos pictóricos itálicos: columnillas, nichos y entablamentos que daban una sensación de perspectiva fingida. Algún artista local había intentado reproducir sobre algunos paneles escenas mitológicas, aunque con escasa habilidad.

—Hijo, saca las ánforas. Esta es la primera vez que puedo recibir en mi casa a un Celio de Bononia —dijo Publio—, y tú, hija, atiza el fuego, hecha un buen tronco. Asegúrate de que el ingeniero Celio salga de esta casa

habiendo comido y bebido abundantemente, así quizá quiera volver más veces.

—Yo nací en Hispania —dijo Lucio—, mi padre es de Bononia. Publio, ¿cuánto tiempo hace que abandonaste tu tierra? —preguntó, dando un rodeo a lo que realmente le interesaba saber.

—Más de cincuenta años. Nuestra familia nunca fue rica, pero vivimos de nuestras tierras sin estrecheces hasta que los terratenientes hundieron a los pequeños propietarios como nosotros. En Bononia habitaban etruscos, galos y latinos, pero todos acataban la ley de la República Romana.

—Hasta que la riqueza la corrompió —añadió muy serio su hijo mientras servía el vino en cubiletes de fina cerámica aretina.

—Así es. Mi madre procedía de una antigua familia etrusca y mi padre era de origen galo. Cuando se casó con mi madre se cambió el nombre. Dejó de llamarse Atisio y adoptó el nombre romano de Tito.

A Lucio le dio un vuelco el estómago. ¿Atisio? Entonces no había ninguna duda. Apoyó las manos sobre los muslos para que los demás no advirtieran el temblor. Preguntó, intentando disimular la agitación:

—Publio, aparte de Marco, ¿tienes más hermanos?

—Sí, una hermana, Celia Clauda, y el mayor de todos, Gayo. Con dieciséis años se fue de casa y se enroló en la Cuarta Macedónica. Me dijeron que, como Marco y como yo, también él había alcanzado el grado de centurión. La última carta que me escribió llegó desde Hispania, desde una pequeña colonia en la costa, al lado de un río. No recuerdo el nombre.

—Barcino. Es la Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino —Lucio pronunció lentamente cada palabra, haciendo una pausa entre cada una de ellas, y entonces se puso en pie—: Y yo soy Lucio Celio, hijo de Gayo, nieto de Atisio de Bononia.

Publio se puso muy recto en su cátedra mientras escuchaba la presentación de Lucio. Los ojos se le nublaron de lágrimas. Lucio, en dos zancadas, se colocó delante de él, se arrodilló, le cogió la mano y se la besó.

—Señor, creo que soy tu sobrino.

Publio lo abrazó con fuerza diciendo:

—¡Hoy es un día grande para mi corazón! Los dioses magnánimos han encaminado tus pasos hacia nosotros, Lucio. Nos arrebatan a Marco, pero nos traen al hijo de mi hermano Gayo. —Publio puso sus manos a ambos lados de la cabeza de Lucio y le besó la frente—. Mi hermano Gayo…

Lucio se vio sacudido por un torrente de emociones. Ambos dejaron que las lágrimas fluyeran sin vergüenza. Arpinia, desde su rincón, habló:

—Supe que eras de la familia desde el momento en que puse mis manos sobre tu rostro.

Los primos se abrazaron. Brindaron por el reencuentro e hicieron pasar a los niños para presentarles a su nuevo tío. Publio tenía más hijos, todos soldados con base en Castra Vetera. Se envió a los niños a llamar a las nueras, y todo fue alegría hasta que llegó Berona, una mujer muy delgada, con ojeras profundas y el invierno en la mirada.

—Ven, Berona, siéntate al lado del ingeniero —dijo Publio—. La fortuna decidió que fuera un primo suyo quien asistiera a tu hijo Marco en su último suspiro.

Berona se acercó a Lucio y le agarró la mano, reteniéndosela entre las suyas. Le escudriñaba el rostro como si pudiera ver en sus ojos el reflejo de su hijo aún vivo. De su fino cabello corvino, recogido con un rodete, sobresalían ingobernables muchas hebras blancas. ¿Qué iba a decirle? ¿Que él mismo lo remató? No. No podía. Miró a Publio y obtuvo su permiso tácito para mentir:

—Marco murió defendiendo al general Aulo Cecina y a las águilas, a mi lado, codo con codo, pero los germanos nos triplicaban en número y… una frámea encontró el hueco entre los escudos y se clavó en su corazón. Murió rápido, en mis brazos.

Berona se llevó la mano de Lucio a la mejilla y se abandonó a un llanto suave y lastimoso, sin fuerza, propio de alguien a quien ya no le quedan lágrimas. Se abrazó a él, buscando la tibieza que la última brizna de vida de Marco habría dejado impresa en sus brazos.

—¡Berona! Deja de llorar y sirve más vino, y ve a ayudar en la cocina. Eres viuda y madre de guerreros, no lo olvides —le ordenó Publio.

La mujer se escabulló, llorosa.

Lucio se mordió los labios para no llorar. Había matado a su primo. Marco Celio demostró una valentía encomiable hasta el final, así que él no permitió que de sus ojos cayera ni una sola lágrima.

—Hijo, ¿acaso sabes algo de mi hermana Celia Clauda? Estaba establecida en Neápolis —preguntó Publio.

—Celia murió en el gran terremoto y su hijo Vibio vino hasta Barcino en nuestra busca. Desde entonces vive en mi casa, mi padre lo adoptó.

—¡Alabados sean los dioses! —exclamó Publio—. Mi pobre hermana… no tuvo una vida fácil, ninguno de nosotros la tuvo. Ya te habrá contado tu padre.

Lucio respiró hondo. Debía elegir las palabras, lo último que deseaba era hacer sufrir a su bien hallada familia, no permitiría que el rencor y la tristeza

tiñeran sus palabras.

—Mi padre me ha contado muy poco sobre su familia. Supongo que le dolía demasiado recordar.

—Habrá tiempo para hablar. Ya ves, Lucio. Aquí tienes una humilde familia, pero orgullosa de contar con un ingeniero entre sus filas.

⁂

Pasó con ellos todo el día. Berona lo invitó a abandonar los barracones y a dormir en su casa, en el lecho de su hijo Marco. ¡Qué paradoja haber ido a encontrar tanta calidez en una tierra lejana y fría! En el transcurso de aquellos meses había comprendido a qué se debía el vacío que tantas veces lo hacía fluctuar entre la tristeza y la ira: la soledad. Toda su vida había deseado contar con una familia grande y afectuosa, una familia donde sentirse acogido y respaldado. Lucio disfrutaba de cada reunión, de cada celebración, de los logros de los niños y de sus parientes jóvenes, de los consejos de los ancianos y de la serenidad de sus mujeres. Su alma se reconfortaba cuando sus primos le pedían consejo o su tío le sonreía transmitiéndole su alegría por haberlo encontrado. Sospechaba incluso que Berona pretendía ejercer con él de casamentera, y se divertía con ello. No querían perderlo. Había conocido hombres que transitaban por la vida como lobos solitarios. Él no deseaba ser uno de ellos.

Fueron las mejores Saturnalias desde que abandonó su hogar. Cada primo organizó una cena y durante varios días durmió en casa de Publio. La única sofisticación de aquellas jornadas festivas consistió en los gorros frigios de color escarlata con los que se disfrazaron el tercer día. Las reuniones se realizaban alrededor de la lumbre, echados sobre pieles o sentados en taburetes, con la comida dispuesta en mesillas bajas que se desplegaban y se guardaban en cada ágape. Coles, carne de venado y quesos acompañados de pan negro integraban la mayoría de las comidas. Lucio compró varias ánforas de aceite de la Bética, una de vino cécubo y unas cuantas de vino layetano.

Cuando llegó el momento de intercambiar las *strenae*, Lucio le regaló a Publio un manto de marta como el suyo; a su primo Lucio una toga de lana fina de primera calidad, con pantalones y calcetines, y otro juego idéntico para Numitorio, el cual, al no tener familia, había sido acogido como uno más entre los Celios. Las señoras recibieron lujosas túnicas de seda, enviadas directamente desde Alejandría por Harith. Los niños tuvieron todos ellos un par de botas de suave cuero y una tablilla encerada, los mismos regalos que él

había recibido de su abuelo Primo. Lucio no quiso aceptar ningún regalo: el mejor que había podido recibir era haber descubierto a su gran familia.

Aquella noche, al calor del hogar, con los pequeños dormidos en el regazo de sus madres, cuando los hombres habían bebido lo suficiente como para abrir su corazón sin reservas, Lucio conoció por boca de Publio todo lo que su padre nunca le había contado.

Atisio se había visto obligado a vender sus tierras a los patricios que deseaban extender sus latifundios. Una noche, alguien provocó un incendio en las últimas tierras que les quedaban. Ardió el granero y se perdió toda la cosecha. Su hermana Celia se quemó una pierna y quedó coja. Por eso la llamaban Clauda.

—Tu padre, por ser el mayor, fue quien más sufrió. Él y tu abuelo encontraron trabajo como braceros en una finca. Labraban las tierras que antes les habían pertenecido, mano a mano con los esclavos, por una miseria de jornal. Mi madre se ocupaba del huerto y de las gallinas, y también iba al mercado a vender, pero nunca era suficiente. Pasábamos hambre. Un día llegaron a Bononia unos cómicos. Clauda aún no había cumplido catorce años, pero decidió unirse al grupo y marcharse con ellos. Ningún hombre querría casarse con ella, así que se fue, dejando a mis padres desconsolados. Era su única hija.

La madre de Vibio, una cómica, una titiritera que vagaba por los caminos. Por un instante, Lucio sintió lástima por él.

—Mi hermano Marco era un bebé cuando yo también empecé a trabajar con Gayo y tu abuelo. Había otros dos hermanos menores que murieron tras unas fiebres. Tu padre había acumulado tanto rencor contra los patricios que empezó a robarles. Por las noches se internaba en las fincas de los latifundistas y robaba terneros, corderos, un saco de habas…, cualquier cosa valía, aunque fuera poco. Eso lo ayudaba a continuar, para él era como una venganza. Cierto día lo descubrieron, fueron tras él con jaurías de podencos. Se echó al río Reno y lo cruzó a nado. La siguiente noticia fue que se había enrolado en la Cuarta Macedónica.

Lucio se levantó, incapaz de hablar. Necesitaba salir y respirar, ocultar sus lágrimas. Se cubrió con el manto y salió al frío cortante de la noche. El cielo estaba despejado, millones de estrellas titilaban lejanas, ajenas a los afanes de los mortales. Se abrazó a un pino joven que crecía a la entrada de la casa, acercó la frente al tronco y empezó a darse golpecitos. Oyó sonar la trompeta de la primera guardia.

La puerta de la casa se abrió y Lucio vio a Numitorio, que se acercaba.

—Te traigo unas castañas asadas. Aquí fuera te vas a helar.

—Necesitaba estar un rato solo. Gracias por pensar en mí, Numitorio.

—Ingeniero, yo conocí a tu padre, y tengo la sensación de que hay cosas que prefieres no contarle a Publio para no herirlo.

Lucio lo miró con incredulidad. ¿Cuántas otras sorpresas le esperaban en Germania? El hombre continuó.

—Cuando acabó la guerra en Cantabria y los veteranos fueron destinados a las nuevas colonias, yo pedí el reenganche. Gayo Celio era mi centurión, él mismo me sugirió que viniera a la Vigesimoprimera, donde servían sus hermanos.

Se sentaron en el banco de piedra y observaron en el cielo el triángulo de invierno y la Vía Láctea extendiéndose desde Orión hasta la constelación del Águila.

—Tienes razón, no quiero entristecer a Publio con mis inquietudes. Un hijo debería estar orgulloso de su padre… Sin embargo, hay demasiadas sombras en su proceder. Y hace años dejó de escribirme… Creo que lo decepcioné.

—Gayo era el mejor centurión, duro y firme, pero siempre estaba al lado de sus hombres. Nadie osaba contradecir sus órdenes, era implacable con la desobediencia. Agripa lo adoraba por su efectividad. Cuando aquella piedra le alcanzó el ojo todos creímos que moriría, pero Gayo era el más resuelto de todos nosotros, su orgullo lo mantuvo con vida. Y su odio hacia los cántabros.

—Su orgullo…

Lucio no acabó la frase. Levantó la vista hacia el firmamento. ¿Qué movía las estrellas? ¿Quién o qué lo había llevado hasta allí? Tal vez la misma fuerza que hacía subir y bajar las mareas encaminase a los hombres hacia uno u otro destino, sin que su voluntad o la razón tuviera nada que ver. Como las aguas de un río, incapaces de decidir el curso que van a tomar, quizá la vida fuera solo un dejarse fluir mansamente hacia su inevitable desembocadura. El anciano interrumpió sus pensamientos.

—¿No te ha contado Publio que tu padre estuvo enviando dinero a sus hermanos hasta que alcanzaron el grado de centurión? Gayo se ha ocupado siempre de todos.

«Excepto de mí. Así me hace pagar la desobediencia», pensó Lucio con amargura. Un perro flaco se les acercó con miedo. Lucio lo atrajo hacia sí y le dio una castaña caliente. El animal se la tragó entera y le metió el hocico entre las manos buscando más. Cuando ya no quedaron, se sentó entre sus piernas, lo miró con inocencia y gratitud y apoyó la cabeza en sus muslos. Lucio lo

acarició y el perro se estremeció, feliz por haber encontrado un poco de cariño.

—No desesperes, el tiempo todo lo cura. Quizá cuando vuelvas a casa…

—¿A casa? Aquí me siento en casa. Nadie me echa de menos en Barcino.

Una ráfaga de viento helado hizo que sus cuerpos temblaran. El perro se acurrucó entre las piernas de Lucio.

—He aprendido a luchar y a pelear, a construir puentes, barcos y máquinas de guerra. En Alejandría incluso conocí a un sabio que me enseñó a crear autómatas, unos muñecos de metal que se mueven y hablan. Todo ello es relativamente sencillo en comparación con el intrincado engranaje del corazón humano.

⁎ ⁎ ⁎

La primavera llegó temprano, y un verde claro cubrió los bosques, tapizados de las explosiones de color de los espinos blancos y las zarzarrosas. Las legiones se prepararon de nuevo para la acción.

El estío llevó consigo una nueva expedición, la última, antes de que Germánico volviera a Roma. En la batalla junto al muro Angrivario, los ingenieros trabajaron duramente con las catapultas y los onagros, mientras el general, con la cabeza descubierta para ser reconocido, se ponía al frente de las ocho legiones y de los pretorianos. Roma volvió a aplastar a los germanos sin piedad, pues no se hicieron prisioneros, pero Arminio escapó de nuevo. El acerbo regusto de aquella victoria se dulcificó cuando en una incursión se pudo recuperar otra de las águilas de Varo.

Los Celios habían acogido a Lucio como a un hijo. Casi sin pretenderlo, se había convertido en el líder de sus primos más jóvenes, a los que había empezado a adiestrar en la lucha y a acompañar en las batidas de caza, en las que nunca faltaba Druso. Una noche, sentado frente al fuego en la casa de Publio, observó a uno de sus sobrinos abrazado a su cachorro de perro lobo, dormidos ambos entre los pies del abuelo. Cerró los ojos y anheló con fuerza poder llegar a viejo rodeado de una gran familia. Fantaseó incluso con la idea de establecerse allí y casarse con una buena mujer deseosa de tener hijos. Había varias muchachas que buscaban con afán su compañía. Su hija Luna debía de tener ya quince años y empezaba a hacerse a la idea de que nunca llegaría a conocerla.

Además estaba Druso. El muchacho había sufrido un accidente en la última campaña, cuando al encender la antorcha para prender los proyectiles incendiarios se le derramó brea sobre la mano y el brazo izquierdo. Las

cicatrices de las quemaduras le habían restado tacto y algo de movilidad, y estaban a punto de licenciarlo. Su angustia era evidente. ¿Cómo se iba a ganar la vida? ¿Sería uno más entre la masa de soldados tullidos deambulando por Roma, viviendo de la munificencia estatal? Lucio le prometió que hablaría con sus parientes, quizá pudiera ayudar de algún modo en la herrería. En cierta forma, se sentía responsable del chico, con el cual había congeniado mucho. Druso confiaba en él como si fuera una especie de hermano mayor.

En el siguiente encuentro con Quinto le comentó las ideas que le corrían por la cabeza. Su compromiso con la legión flaqueaba. Cada vez le molestaba más el acostumbrado repertorio de frases hechas y chanzas que se intercambiaban los militares. Aquellas ocurrencias masculinas que tanto le habían divertido durante años las encontraba ahora zafias y ordinarias. Ya no era un muchacho y estaba cansado del olor a brea, sudor y orín de los cuarteles, de verse obligado a mantener la moral de sus hombres alta a base de bravatas y de las mismas palabras gastadas, de los rituales y las supersticiones sin sentido cada vez que se entraba en combate. Se replegaba cada vez más en sí mismo y pasaba largas horas leyendo y releyendo las decenas de volúmenes que había reunido en Egipto.

—Me atormenta la idea de seguir construyendo máquinas de guerra para matar a hombres que defienden su tierra, Quinto. No aguantaré otra campaña.

Se habían citado en una taberna nueva, regentada por un lusitano que cocinaba el pescado como nadie.

—Germánico me ha dicho que te propuso como ingeniero en jefe de sus legiones en Oriente y te negaste. «No, por obtuso que sea mi primo Lucio, no habría rechazado compartir el poder y la gloria que le espera a Germánico en Oriente», me dije a mí mismo.

—Germánico puede convertirse en el próximo emperador, y para ello necesita rodearse de un grupo de colaboradores leales. En estos meses hemos compartido muchas horas de conversación y no te niego que me puedo contar entre sus amigos. Pero el poder y la gloria los dejo para él. Yo soy un hombre de campo. Estoy cansado de esta vida y lo último que me apetece es seguir a Germánico a Oriente.

—¡Por los faldones de la diosa frigia! Nunca he conocido a alguien con menos ambición que tú.

Lucio se enfureció. Agarró a Quinto de la pechera de la túnica y le dijo con la más dura de sus expresiones:

—¡No te permito que me humilles! —Lo soltó enseguida, como si las manos le quemaran—. Tú y yo somos distintos, Quinto. Después de tantos

años, no me conoces. Mis ambiciones poco tienen que ver con las de un patricio como tú o como Germánico. No vuelvas a decir algo así.

—¿Pero qué te pasa, hombre? No era mi intención humillarte, tú también deberías saber que yo nunca haría algo así —respondió Quinto, molesto.

—Está bien, te pido disculpas —dijo Lucio muy serio—. Últimamente pierdo los nervios con facilidad.

El tabernero les sirvió un cuenco con guiso de pescado que consumieron en silencio. Quinto comía con extremo cuidado para no mancharse la barba. Aunque seguía disfrazado de Sizgunto, conservaba los exquisitos modales de un patricio. Cuando acabó, fue él quien rompió el hielo:

—Está bien, te comprendo. Yo también estoy harto de esta vida.

Lucio proyectó sobre su primo el mar sombrío que se agitaba en sus ojos:

—Tengo treinta y dos años, y tú uno más que yo. La vida militar es el precio que he debido pagar por aprender y ejercer la ingeniería. Hace años que podría estar fuera de todo esto, tengo posición y patrimonio.

Quinto le escuchaba con los brazos cruzados, mientras con una mano se mesaba el bigote.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo que deseo es simple: una esposa, amigos con los que conversar ante un vaso de vino, una casa hecha con mis propias manos donde crezcan mis hijos. Voy a pedir la licencia, tanto si es el momento adecuado como si no. He pensado que quizá podría establecerme aquí, podría poner una carpintería que complementase el negocio de mi tío. Al fin y al cabo, cuando te acostumbras, Germania no está del todo mal…

—¡En el nombre de Tifón! La humedad te debe estar reblandeciendo el cráneo —le espetó Quinto—. Tienes dinero suficiente como para vivir el resto de tu vida sin hacer nada más que rascarte la barriga debajo de una higuera, ¿y me dices que quieres dejar la legión para trabajar de carpintero? ¿Te has vuelto loco?

—¡Deseo llevar las riendas de mi vida de una vez por todas! No quiero seguir estando a merced de los caprichos de emperadores y burócratas.

Quinto profirió un largo suspiro sin dejar de mirarlo a los ojos. Se pasó la mano por la barba varias veces.

—¿Sabes, *mentula*? Es posible que tengas razón y ya sea hora de hacernos valer. Gran parte de las tribus germanas estarán fuera de combate durante mucho tiempo. Después de las palizas de Germánico, el baile aquí ya se ha acabado. —Quinto se echó sobre la mesa para acercarse más a su primo. Lucio hizo lo propio para escucharle, pues su voz bajó de intensidad hasta

convertirse en un susurro—: Pronto, muy pronto, querido, llegará el momento en que tú y yo volvamos a la civilización, ¿me has oído? Eso de quedarte aquí se te ocurriría durante una borrachera, ¿no? Esto no es vida, ¿quién en su sano juicio preferiría Germania a la dulce y luminosa Barcino?

⁎ ⁎ ⁎

Pocos meses después de esa charla, Publio murió. Su hijo Lucio recibió con dignidad su nuevo estatus de *paterfamilias*. Se cortó las trenzas y se rasuró todo el pelo de la cara. Hasta entonces había sido ciudadano romano, pero desde aquel momento también quiso que su apariencia fuera acorde a su nuevo papel. Intuyendo las cuitas que bullían en el ánimo de su primo, él mismo lo invitó a permanecer en Castra Vetera cuando se licenciara. Cada vez más proclive a esa posibilidad, un día en que disfrutaba de un permiso invitó a Druso a desayunar en la taberna del loco Sigifredo.

Reservó una mesa apartada y pidió el mejor vino. El muchacho estaba abatido. Malvivía en un cuartucho mientras veía cómo se le escapaba el dinero que le daba Lucio.

—¡Ánimo, legionario! ¿Dónde está el valiente que luchó contra los germanos? Mira. Ahí viene Sigifredo con la carne. Comamos y bebamos, Druso, poco a poco todo se irá poniendo en orden.

¿A quién se lo decía? ¿A Druso o a sí mismo? El loco sirvió dos grandes pedazos de corzo asado. Se introdujo la mano en el pecho y sacó una carta.

—Ingeniero, han venido los chicos del correo en tu busca. Me han dejado esto.

—Gracias, Sigifredo. —Al observar la escritura, el corazón se le agitó. Era la letra de Garza. Inspiró con fuerza y golpeteó varias veces la carta contra la mesa, mientras su mirada se perdía—. ¡Sigifredo! Trae otra jarra de vino. Con una no habrá suficiente.

La miró largo rato antes de decidirse a abrirla. Incluso llegó a pensar en romperla sin haberla leído y fingir que nunca había llegado. Olvidar que una vez tuvo una vida feliz en un cálido lugar bañado por las aguas de un río rojo.

—¿No la vas a abrir?

—Hace años que espero y temo a la vez la llegada de esta carta, Druso.

No pudo evitar que le temblaran las manos al abrirla. No era muy larga, y empezaba así: «Lucio, te escribo para comunicarte la muerte de tu madre. Tu padre te ruega que vuelvas para darte su bendición y su abrazo. Presiente su fin. Todos aquí desean tu vuelta».

Lucio aspiró una bocanada del aire viciado de la taberna. Se pasó la mano por barbilla, áspera por la incipiente barba. Trabó su mirada con la de Druso, quien lo miraba expectante.

—Cuando la necesidad nos arranca palabras sinceras, solo entonces cae la máscara y aparece el hombre.

—¿A qué te refieres?

—A que deberías leer a Lucrecio.

—Pero ¿son buenas o malas noticias?

—No sabría decirte… Aunque una cosa sí te puedo asegurar: llegan en el momento adecuado, querido amigo.

LIBRO V

BARCINO

44. VUELTA A CASA

Costa de Barcino
Primavera
18 d. C.

Despuntaba el día cuando el barco arrió sus velas y se preparó para echar la pesada ancla de hierro frente a la colina de Hércules. Lucio miraba con fijeza cómo la gúmena se desenrollaba rapidísima, y ni siquiera se inmutó cuando la soga lo golpeó ligeramente en un pie. Momentos antes, el capitán había refunfuñado ante la petición de Lucio de desembarcarlos, a Druso y a él, en el antiguo puerto.

—¡Ya nadie va allí! —dijo con cierto malhumor—. Hace años que solo se utiliza el fondeadero de Hércules o bien los espigones de la colonia. Aunque…, quizá Mucio quiera llevarles en el bote, siempre que haya de por medio una buena propina. ¡Mucio!

Un viejo marinero saltó desde el flechaste, desplegando una agilidad envidiable.

—Nadie se conoce el puerto antiguo como Mucio —dijo golpeándose el pecho varias veces—. En él me crie y cerca de él querría morir, ¡si los dioses lo permiten! —Alzó las manos al cielo y abrió sus ojillos simiescos, dos desgarrones en un trozo de cuero arrugado.

Descolgaron un bote. Druso y Mucio se pusieron a los remos. Lucio escudriñaba la costa como si la descubriera por primera vez. Se alejaban del fondeadero, dirigiéndose río adentro. Divisó los farallones bermejos, con la vieja torre íbera en su cima. La sierra a este lado del Rubricatus era pedregosa y de vegetación escasa, excepto en la zona oriental, donde las encinas se enraizaban en la tierra arcillosa y roja, que se mezclaba con la arena aportada por el mar en los temporales.

Avanzaron rápido, empujados por el viento del sur, el predominante en las madrugadas. En un cierto punto, Mucio hizo virar el bote ligeramente hacia el este. Atravesar la desembocadura no fue fácil, y Druso y Lucio se fueron turnando en los remos. Mucio parecía conocer al dedillo todas las corrientes y las aprovechaba en su avance. Ya al otro lado del río se internaron en la marisma, donde cada año el Rubricatus iba depositando más y más limo.

Lucio observó que la tierra firme aún estaba lejos. Desde la antigua playa, bajo el *oppidum* de Barkeno, las zonas pantanosas se iban extendiendo hacia el suroeste.

A lo lejos se divisaba la taberna de la Gorgona. Lucio se puso de pie, la playa estaba muy cerca. El torreón de señales del promontorio de Júpiter había sido reconstruido. Habían pasado quince años desde que embarcara allí. La osamenta negruzca del antiguo espigón asomaba, engullida ya por la arena.

—Esto está muerto, dudo que encuentren a alguien para que los ayude con el equipaje —dijo Mucio tras saltar de la barca. Entre los tres hicieron una cadena para trasladar los bultos a tierra. El marinero no paraba de charlar—: ¡Cuántos bastonazos recibí en el costillar, cuando era un rapaz, por desembarcar la mercancía antes de tiempo! En el verano se juntaban aquí decenas de barcos, se ganaba mucho dinero, no importaba tu origen o que fueras rico o pobre, había trabajo para todos. Ahora, con el debido respeto —miró el anillo de caballero de Lucio antes de continuar—, solo los aguiluchos romanos se llenan los bolsillos.

Le pagaron y se despidieron. Por doquier sobresalían del sablón las costillas verdosas de las antiguas barcazas de quilla plana que remontaban el río. Algunos de los antiguos almacenes cobijaban ahora barcas de pescadores. Lucio estaba impresionado por el silencio del lugar. Había conocido aquel paraje en plena actividad, con chalupas yendo y viniendo, hileras de estibadores cargados con sacos y ánforas, puestos de comida, montañas de fardos de tejidos, pero lo que más recordaba eran los golpes de mazo y cincel de los picapedreros de la cantera del promontorio, y los gritos de los mozos que trasladaban los bloques de piedra hasta los barcos. Durante la construcción de la colonia, la cantera había estado a pleno rendimiento. Los sillares se trasladaban por mar a la ciudad y, en alguna ocasión, Lucio y su padre habían realizado el corto trayecto en una de las naves. De eso hacía más de veinte años.

Se acercaron a un grupo de pescadores que aprestaba una barca para hacerse a la mar. Lucio les propuso pagarles el doble del equivalente a la pesca del día si lo ayudaban a transportar el equipaje en su carreta. Hecho el trato, le pidió a Druso que se adelantara.

—Busca a Elbón o a Harmonía. Si ellos no estuvieran, dile al capataz que vas en nombre de Lucio Celio, hijo de Gayo y de Domitila. Yo iré andando.

—No te preocupes, sabré desenvolverme —respondió el joven.

—E-eh, señor, he oído tu nombre y debo advertirte de algo —dijo el joven pescador muy azorado. Lucio lo instó a hablar con un gesto—. Se me encoge el corazón por tener que decírtelo: hace poco hubo un funeral en tu casa, según creo.

—Ya sé, amigo, mi madre murió hace unos meses. Estoy enterado.

El pescador se rascó la coronilla y empezó a hablar de nuevo, tartamudeando:

—Sssí, e-e-e-s cierto, pero… Yo digo otro funeral, hace unos quince días, señor. Yo… Mejor que lo sepas antes de llegar a tu casa. Tu padre, señor. Mi abuelo lo conocía, fueron compañeros de la Cuarta.

Lucio frunció el ceño. No había llegado a tiempo.

—¿Estás diciendo que Gayo Celio ha muerto?

El pescador asintió. Lucio apoyó una mano en el hombro de Druso y desvió su mirada hacia el mar. La interminable burocracia romana lo había entretenido durante unos meses preciosos. Se consoló al pensar que en los últimos tiempos había dispuesto de mayor tranquilidad para escribir a su padre con más frecuencia. No obstante, había seguido sin obtener respuesta.

Avanzó unos pasos y se agachó. Cogió un puñado de arena y la desplazó de una mano a otra. Se le fue escurriendo entre los dedos hasta que ya no quedó nada. Maldita sea. La condenada carta había llegado justo cuando se había hecho a la idea de no volver a ver a su padre. Le quería dar su bendición antes de morir. El abuelo Atisio no pudo dársela a su hijo Gayo. Un buen hijo debía acudir a tal petición.

Desde entonces, había soñado cada noche con el abrazo que le daría al anciano Gayo, al implacable centurión. Había sentido sus grandes y callosas manos sobre su cabeza. Al fin y al cabo, era su padre, y deseaba ser bendecido por él, a pesar de todo. Oyó los pasos de Druso sobre la arena.

—Los dioses son veleidosos, señor. Nos ponen a prueba —dijo Druso.

—Los dioses tienen tanto… —contestó Lucio con desgana—. Y los hombres solo nos tenemos a nosotros mismos. Pongámonos en marcha.

Se despidieron. Lucio oteó la parte del antiguo poblado indígena que se asomaba hacia el sur. Gran parte de los habitáculos, escalonados en la pendiente de la montaña y organizados en calles, estaban en mal estado. En algunos lugares se veían paredes desventradas, con los adobes derruidos y las vigas caídas, como los mástiles de un naufragio. En las faldas de la colina, fuera de la muralla, un par de casas de labranza romanas, distinguibles por sus tejados de tejas y sus paredes de mortero, habían plantado vides allí donde antes había bosquecillos de pinos. Titubeó entre subir por el camino

empedrado que desde el pie del promontorio enlazaba con la Vía Augusta o bien avanzar por la ribera del Rubricatus. Prefirió pasear cerca del río.

Las marismas se habían ampliado y bullían de aves acuáticas. Se topó con un grupo de mujeres que remojaban plantas de lino en el agua. Lo miraron con recelo y volvieron a su quehacer. Llegó hasta las grandes choperas, a la orilla misma del río. Después del esfuerzo del remo, se sentía sudoroso y no quería presentarse en su casa con mal aspecto. Buscó un lugar escondido entre los carrizos. Se despojó de la ropa y se metió en el agua. Las corrientes eran impetuosas, así que se agarró fuerte a unas cañas y se dejó mecer por la corriente.

La incertidumbre rodeó su pecho con envolventes alas. Le costaba respirar hondo. Las cosas habrían cambiado mucho en su casa y en su mente revoloteaba el temor de haber idealizado los recuerdos. Por fortuna, ya no era el muchacho tímido que había abandonado su hogar con el corazón roto, sino que volvía dispuesto a cerrar las heridas que pudieran quedar. Quizá la muerte de su padre lo facilitaba todo. Había pasado meses cargándose de argumentos y razones para enfrentarse al viejo Gayo.

La suya no había sido una vida previsible. Cuando era más joven buscaba el sentido de los sucesos aparentemente azarosos, hasta que se cansó. Mejor no esperar nada de la vida, ni bueno ni malo. Lo menos doloroso era adecuarse, adaptarse a lo que iba aconteciendo, porque cada vez que se convencía de estar forjando su propio destino, la antojadiza fortuna desbarataba sus expectativas. Como ahora. No obstante, empezaba a vislumbrar una dirección, una trayectoria. Quizá los hados no fueran tan volubles como pensaba, sino más bien testarudos, se empeñaban una y otra vez en encaminarlo obstinadamente hacia lo que más temía y también más deseaba. ¿Sería, pues, verdad, que la providencia rige los destinos humanos? En algo estaba de acuerdo con los estoicos: las adversidades cimentan la reciedumbre de las personas.

Muchos bosquecillos de ribera habían desaparecido, roturados para extender las vides hasta la orilla misma. Su piel recibía con alegría la caricia del sol a medida que avanzaba: nada podía semejarse a la luz de la primavera de Barcino. Escuchó el grito de las gaviotas remontando el río y se deleitó con el estallido de vida en los campos, alfombrados de florecillas. La sangre de las amapolas salpicaba los trigales, festoneados con el verde claro de las euforbias. Llegó enseguida a las tierras de su padre, giró a la derecha y empezó a ascender hasta el límite de la viña grande. Una mancha rosada llamó la atención en un extremo: alguien había plantado cerezos.

Se adentró en las vides. Los pámpanos empezaban a brotar sobre los sarmientos desnudos, despertando con brío del letargo invernal. La tierra estaba recién labrada para enterrar las malas hierbas. Su padre podía saber cuándo rompían los primeros brotes porque decía escuchar el rumor de la savia circulando de nuevo por las ramas leñosas. Asió los pámpanos con sus manos y cerró los ojos, pero no fue la savia lo que sintió, sino su misma sangre corriendo por las venas, como si él también despertara, por fin, de su largo invierno. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza, recargándolo de energía. La vida fluía, caliente, como cada año, después de una ilusoria y fría muerte, como en un eterno retorno.

Los abrazos de Harmonía y de Elbón lo llevaron muy cerca de la felicidad completa. Se habían convertido en dos ancianos, aunque Elbón conservaba todavía un porte vigoroso. Harmonía, que siempre había sido una mujer corpulenta, había perdido mucho peso y se había encorvado, pero la bondad y la entrega seguían intactas en su mirada. Los tres lloraron como niños, por los que habían muerto, por los años que habían pasado separados, por la intensa emoción del reencuentro. Harmonía hizo servir vino y desapareció en la cocina para preparar los platos preferidos de Lucio.

En comparación con las lujosas *domus* de Roma y de Alejandría, la casa —que había pertenecido a Barkal— le pareció más bien una granja. El reloj de sol seguía marcando las horas sobre su fachada. Por doquier colgaban ramos de plantas secándose al sol y el aire olía a romero, a ajos tiernos, a madera de higuera y a los añorados aromas de su niñez. Sentados bajo la parra, degustando el vino con frutas que solo Harmonía sabía preparar, Elbón contestaba con evasivas a todas las preguntas de Lucio.

—Gayo dejó una carta para ti. Garza es quien ha estado más unida a él estos últimos años, ella es la más indicada para responder a tus preguntas. Yo solo soy un esclavo, ingeniero Celio.

—¿Bromeas, verdad? ¡Soy Lucio! No vuelvas a llamarme así. Hace años que mi padre debía haberte emancipado. Esta familia se habría venido abajo si tú y Harmonía no hubierais estado aquí, habéis sido los pilares maestros. —Lucio posó su mano sobre la mano del esclavo y se acercó a él—: La pena por no haber llegado a tiempo para despedir a mi padre y a mi madre queda mitigada por vuestro abrazo.

—Estoy deseando que Seihar sepa de tu llegada —dijo Harmonía, incapaz de dejar de mirarlo, de acariciarle el pelo, las manos—. Lucio, hay algo muy importante que debes saber. —Harmonía miró a Druso, sopesando sus palabras—. La hija que tuvo Garza cuando te fuiste…

—Lo sé todo, la misma Garza me lo contó. Y no os preocupéis por Druso. Hemos tenido mucho tiempo para hablar en el barco. —Lucio colocó una mano sobre el hombro de Elbón, percatándose de que su espalda se empezaba a combar—. Salvaste a Luna. Eres un buen hombre. Cuentas con toda mi gratitud y mi amor. Y tú también, Harmonía. —Sintió en su interior una intensa emoción. Entonces cogió la mano de los ancianos y dijo—: Todos en esta casa merecemos una vida tranquila.

Le dijeron que Garza se encontraba en la casa de Barcino con su hijo Aulo, donde se quedaría unos días. Vibio había vuelto a Tarraco el día del funeral, por lo que Garza se había visto obligada a adoptar el papel de representante de la familia y a recibir a todos los clientes. En cuanto al testamento, los abogados habían insistido en no abrirlo hasta la vuelta de Lucio.

Tras un buen baño en las pequeñas termas que Barkal había construido a un lado de la casa y una larga charla en remojo con Druso, durante la cual le acabó de relatar los pormenores de la familia, Lucio insistió, sordo ante las quejas de Harmonía, en que todos cenaran en el *triclinium*, incluida ella. Druso justificó su presencia antes de empezar a cenar:

—El ingeniero Celio cree que aquí puedo ser de utilidad. Las quemaduras me inhabilitan para hacer trabajos duros, pero soy muy bueno con los números.

—Así es —confirmó Lucio mientras untaba con *garum* un pedazo de atún asado—. Druso es honesto y trabajador, podría echarte una mano, Elbón. ¿Qué opinas Lucio?

—¿Yo? —preguntó Elbón—. Lo que cuenta es lo que opine Garza. Debes saber, Lucio, que ella es la patrona ahora —dijo guiñándole un ojo.

¿La patrona? Lucio sonrió. Siempre había admirado a Garza por su inteligencia, por su fuerza interior, pero difícilmente habría imaginado que acabaría convertida en la patrona de la casa y del negocio. Agallas no le faltaban. En verdad, la situación que encontraba era muy diferente de la esperada. Elbón continuó:

—Por mi parte, Druso es bienvenido, y si hubiera tres o cuatro como él también los aceptaría. Ya soy viejo. Aquí sobran brazos que trabajen, pero faltan manos que escriban y cabezas que planeen.

—Hemos estado rezando a la diosa durante años pidiendo tu regreso —añadió Harmonía—. Garza y Aulo se han convertido en el corazón de esta familia. Ella ha intentado por todos los medios mantener al chico alejado de su padre, pues solo hace que meterle malas ideas en la cabeza. Con Tila y con

Gayo se ha comportado como una hija durante estos últimos años. ¿Quién lo hubiera dicho de aquella muchacha alocada, verdad?

¿Cómo una hija? No daba crédito. Sin embargo, todo se había desarrollado de la mejor manera posible. Garza finalmente había conseguido la posición que le correspondía. ¿Y él? ¿Cuál iba a ser su posición en la familia, en la casa, si ella se había convertido en la patrona? Lucio se levantó. Se había desacostumbrado a comer acostado.

—Tendremos que volver a adaptarnos a la civilización, muchacho —exclamó mirando a Druso—. Estoy hecho a comer sentado en la taberna del campamento.

—Cuando volvieron de Roma, tu madre y Garza nos contaron todo lo que te pasó en el desierto —dijo Elbón, señalando las cicatrices de las piernas—. Y cuando le entregaron a tu padre la corona cívica que recibiste de manos de Augusto… —Druso abrió los ojos como platos, pero no preguntó—. Gayo lloró. Tu madre quiso ponérsela, pero ya conoces su genio, le agarró la mano y la obligó a depositarla en la caja. «Es de mi hijo y solo él la puede llevar», dijo, o eso creímos, porque cuando se enfadaba era difícil entenderlo. Desde entonces está en el armario del *tablinum*, con sus objetos más preciados.

¿Su padre orgulloso de él? El desconcierto se mezclaba con la alegría del reencuentro. ¿A qué había estado jugando su padre? Debía hablar con Garza. Hervía en deseos de saber. La vida empezaba de nuevo. Y esta vez las cosas iban a ser diferentes.

—Mañana a primera hora iré a Barcino a ver a Garza y a los abogados. De vuelta, pasaré por el cementerio a visitar la tumba de mi padre —dijo Lucio.

—Hijo, tu padre insistió en sus últimas horas en ser enterrado en la necrópolis layetana del camino del manantial —le reveló Elbón.

—¿Mi padre? ¿Es que perdió el juicio al final de su vida? —dijo Lucio sentándose de nuevo. Se sirvió más vino en una de las copas de vidrio azulado de las grandes ocasiones.

—No, hijo. Estaba muy lúcido. El amo cambió mucho en los últimos años —dijo Harmonía.

Lucio, ensimismado, movía en círculos la copa, como si tratase de leer el poso.

Acabada la cena, Elbón acompañó a Druso a su cuarto y Harmonía desapareció en la cocina. Lucio agradeció ese momento de soledad. Teniendo en cuenta su inesperada y estrecha relación con Garza, era posible que su padre hubiera testado en favor de Vibio, Garza y Aulo, considerando, quizá,

que Lucio, después de heredar parte de la fortuna de los Domicios y habiendo pasado tantos años lejos, querría seguir alejado de Barcino.

Saboreó el vino y masticó con parsimonia un trocito de cereza que se había deslizado en su boca desde la copa. Observó su anillo de caballero. Nunca había valorado el dinero y el estatus social. Durante su última estancia en Roma había tomado conciencia por primera vez de que se había convertido en un hombre muy rico. Harith había invertido bien su dinero y lo había llegado a triplicar. Le había cedido a Quinto la casa de Tarraco y habían vendido la de Roma. Ese gesto debía dejar claro ante Aenobarbo que se iban a mantener al margen de la política.

Se recriminó a sí mismo por cobijar aquellos pensamientos cuando debía estar de luto por su padre y por su madre. Sin embargo, sentía su ánimo ligero y burbujeante: estaba de regreso en su casa, sano y salvo, habiendo cumplido parte de sus sueños y disponiendo de un patrimonio familiar suficiente para hacer lo que quisiera. Su interior era un volcán de emociones contradictorias. No deseaba cometer ningún error, así que intentó como nunca aplicarse en la serenidad y en la virtud de los estoicos.

* * *

Desayunaron poco antes del amanecer. El pan recién horneado, untado con el aceite de los olivos de su padre, elevó su alma y lo reconfortó. Druso y él comieron como leones, acompañando el pan con huevos, varias tiras de jamón ceretano del que traía Seihar y un buen vaso de vino afrutado. Elbón les presentó a todos los esclavos y los trabajadores que aún no habían salido a los campos. Eran muchos, el negocio había crecido considerablemente. Algunos recordaban a Lucio de pequeño y se emocionaron, sobre todo Belaiska, la niña que a veces les había hecho de correo a él y a Garza cuando se veían en secreto. Se había convertido en una belleza morena que se sonrojó cuando Lucio le cogió las manos para saludarla.

—¡Amo Lucio, qué alegría que hayas vuelto a casa! Todos pensábamos que te quedarías en Roma para ayudar al emperador.

—¿Al emperador? ¡No, por los dioses! —Lucio lanzó una carcajada—. ¿Por qué creías eso?

—No sé… —Belaiska acabó de encenderse como una antorcha—. Después de todo lo que el amo Gayo nos contaba, yo creía que aquí te aburrirías.

Lucio miró a Elbón con ojos de interrogación.

—Gayo nos leía todas tus cartas.

—¡Ojalá vuelva pronto Sizgunto! ¡Digo-o el amo Quinto! —exclamó Belaiska.

Lucio rompió en carcajadas. No salía de su asombro. Se quedó con los brazos en jarras y la boca abierta mirando alternativamente a Elbón y a la chica. Tantos años pensando que en su casa lo habían dado por muerto y enterrado… ¡Y hasta los esclavos habían estado al tanto de sus andanzas! Agarró a Belaiska por la cintura y la alzó en el aire.

—¡Ja, ja! ¡Sizgunto va de camino a Tarraco, preciosa! —La depositó en el suelo y ella lo miró con arrobo.

—Amo Lucio, ¿quieres que te afeite antes de irte? —Belaiska poseía una voz aterciopelada y una mirada incitadora. Estuvo fuertemente tentado de aceptar.

—Mañana, Belaiska, te lo agradezco. ¡Druso! Quédate con Elbón —dijo mientras montaba para encarar el camino hacia Barcino.

—Te aconsejo que vayas armado —le advirtió el esclavo—. Barcino empieza a ser muy rica y hay bandoleros por los caminos.

—¿Bandoleros? He escapado a las flechas beduinas y a las frámeas de los germanos. Me las arreglaré con unos ladronzuelos. Llevo mi daga.

—No te lo tomes a la ligera, esos ladronzuelos se atreven con los correos imperiales y con las carretas que transportan los impuestos hasta Tarraco.

Lucio lo oyó a medias, pues ya había partido al trote. A medida que avanzaba por la Vía Augusta comprobaba la fiebre del vino que se había apoderado de aquellas tierras. Los viñedos ocupaban todo el espacio cultivable, y solo aquí y allá estaban salpicados por pequeños olivares, algún trigal y árboles frutales. Divisó las antiguas casas de labranza indígenas, algunas abandonadas o convertidas en establos y graneros de las nuevas explotaciones romanas.

El sol naciente iluminaba las murallas de la colonia. Se detuvo en el cuarto miliario a contemplar el espectáculo. La barba le picaba, quizás habría debido aceptar la invitación de Belaiska y arreglarse un poco antes de presentarse ante Garza. Llevaba una túnica militar escarlata ceñida a la cintura con un cinturón ancho de piel. De un estrecho talabarte pendían la daga de Rufulus y su bolsa de cuero. Se quitó la capa, deseaba sentir en su piel la brisa del mar. El caballo se impacientaba. La vía estaba bastante despejada, así que lo espoleó y partieron al galope.

Aminoró la marcha al acercarse al collado de la encrucijada. Recordó la vez en que Vibio y sus amigos habían maniatado al sacerdote del santuario de la piedra hincada para robar los exvotos. Era un alivio tener lejos a su primo.

Los establecimientos se habían multiplicado: tabernas, establos, burdeles, canteros que tallaban lápidas funerarias, herreros… Del collado en adelante eran pocos los tramos de la vía libres de edificaciones. Cobertizos, almacenes y depósitos se alternaban hasta que empezaron las tumbas.

Llegó ante la Puerta Rubricata y rodeó la muralla hacia el sur. La ciudad ya estaba despierta. Como en Castra Vetera, los suburbios eclosionados alrededor de Barcino acogían las más variadas actividades. Por las vestimentas y las conversaciones reparó en que Roma había acabado por engullir a la cultura indígena. ¿Qué era lo que atraía a tantas personas hacia la vida urbana? En el campo, las personas son todas diferentes unas de otras, pero en las ciudades se convierten en una turba informe. Como en la legión. Fácilmente prescindibles, reemplazables. La imponente mole de la Puerta de Mar lo sacó de sus pensamientos.

En quince años había cambiado por completo la fisonomía de la zona. Desde un dique de hormigón, dos espigones se proyectaban hacia el mar en forma de «L» formando un pequeño abrigo para las embarcaciones que iban y venían de las naves onerarias, fondeadas frente a la costa. Hileras de estibadores hormigueaban entre las barcas y las carretas tiradas por mulas. En efecto, toda la actividad que antes se desarrollaba a los pies de Barkeno se había desplazado ahora frente a la colonia romana. De la derecha le llegó el olor penetrante de la pez de los calafates: los astilleros habían ocupado todo el espacio hasta la reducida playa arenosa que se extendía hasta los pies del promontorio. Dejó el caballo en un establo y siguió a pie.

Por doquier pudo ver tinglados y cobertizos. Una barca acababa de ser cargada de fardos de lino y de esparto, y en un rincón, el olor a pescado podrido le hizo distinguir las ánforas de *garum* y de salazones que esperaban a ser estibadas en otra embarcación. Más allá se amontonaban cientos de sacos, quizá llenos de lana o legumbres secas, y otros tantos jamones colgados, envueltos en aceitosos trapos de lino.

Admiró la magnífica Puerta Marina, acabada, según le había contado Elbón, gracias a la munificencia de su padre. «La herencia de Garza», pensó Lucio en voz alta. Semejaba un gran arco de triunfo, que sin duda impresionaba a los viajeros llegados por mar. Una abertura central quedaba flanqueada por otras dos más pequeñas. Se acercó para examinarlas. Calculó que toda la construcción tendría unos cuarenta pies de anchura y quince de espesor. En cada uno de sus extremos se alzaba una torre redonda, y ambas fachadas, la exterior y la interior, eran idénticas. El paso de ronda que unía ambas torres conformaba una galería de arcos que recorría por la parte

superior la puerta trífora. Era una obra bella. Pasó la mano por la piedra de gres y se acercó para observar su grano grisáceo, matizado según los bloques con pinceladas amarillas y violáceas.

Alzó la vista y reparó en una inscripción: «Gayo Celio, hijo de Atisio, duunviro quinquenal, hizo construir las murallas, las torres y las puertas».

—¡Por todos los dioses! —exclamó en voz alta, sin poder reprimir una risa emocionada que acabó en sollozo—. No está mal para un centurión tuerto. —Respiró hondo y musitó en voz baja, sin apartar los ojos de las letras —: Tu nombre en una lápida de piedra, viejo. Como un potentado.

Se apoyó contra la muralla con ambas manos sintiendo el frío de la piedra en las palmas, y allí lloró por su padre muerto. Sabía que su regreso le iba a ser más fácil sin él, pero debía aceptar que lo echaba de menos. A pesar de todo.

A la derecha de la puerta, fuera de la ciudad, había una construcción en marcha. Se acercó y observó las columnillas de ladrillo propias de los hipocaustos y la bóveda que conformaría un horno. Se estaban construyendo unas termas. Sin duda, los viejos baños cercanos al foro se habrían quedado pequeños. Se preguntó quién las estaría financiando. Desechó la idea de subir por el *decumanus* y decidió rodear la muralla para echar un vistazo al otro lado de la ciudad. A juzgar por el movimiento comercial, Barcino se estaba transformando en un lugar pujante y atractivo. Sintió en el pecho una punzada de orgullo.

Atravesó el puente sobre el foso que corría paralelo a la muralla en su parte noreste y un tufo desagradable le invadió: se había convertido en un estercolero. La sorpresa fue mayúscula al encontrarse con un suburbio densamente poblado. Bajo multitud de tenduchas y construcciones ligeras de madera y cañas se hacinaban curtidores, carpinteros, herreros, carniceros y tabernas. Sin embargo, abundaban sobre todo los alfares de ánforas y tejas. Solo la Vía Augusta estaba empedrada, y la única ordenación allí eran los callejones que nacían de ella. Los pescadores apuraban su desayuno de pie en las cantinas, algún herrero madrugador empezaba a martillear sobre su yunque y unos chiquillos con ojos somnolientos correteaban tras un perrillo cojo.

Un carro se introdujo en una de las calles. Iba lleno de odres de vino. Lucio lo siguió y se apostó en la taberna que había justo enfrente del tejar donde se detuvo. Unos operarios descargaron los odres y los llevaron a un cobertizo donde había cientos de ánforas sobre trípodes. Con gran habilidad,

fueron llenando las ánforas una a una con el contenido de los odres. El olor a vino impregnó todo el lugar. El capataz, de aspecto mauritano, gritó:

—¡Antes de que el sol esté alto, doscientas de estas tienen que estar estibadas en el barco de Onésimo! ¡Perpenio! Empieza a cerrarlas. Y tú, Balbino, coge la pintura roja y a escribir.

El capataz cogió un trozo de ánfora rota y escribió con un yeso unas indicaciones, antes de dárselo a Balbino:

—A ver, estas cien son mosto cocido dulce y van para Narbona, el comerciante es Marco Porcio. Y en las otras cien lo mismo, pero en vez de Narbona pones Roma. ¡Y escribe claro, cabeza hueca! No vaya a pasar como con las de Julio Aniceto, que en vez de ir a Ostia acabaron en Olbia. ¿Estamos?

El tal Perpenio arrastró un saco que contenía los tapones de corcho y empezó una tarea que Lucio conocía muy bien: los untó uno por uno de una mezcla de resina y cal y los fue ajustando al cuello de cada ánfora. Allí donde el tapón era algo más pequeño de diámetro, lo rodeaba con un trapo de lino empapado en la mezcla y así sellaba el recipiente.

Lucio pagó al tabernero y se encaminó hacia la ciudad. Entró por la Puerta Romana, también trífora pero sin torres y mucho más sencilla… Seguía siendo el acceso del antiguo campamento, y la Puerta Marina ya era digna de una ciudad. Las humildes casas de madera que dominaban el espacio urbano cuando él se marchó empezaban a escasear en favor de las casas de ladrillo y piedra. Todavía quedaban algunos espacios libres donde picoteaban las gallinas y comían piaras de cerdos.

A medida que se acercaba al foro empezó a escuchar el gorgoteo del agua. Efectivamente, sobre el *castellum aquae*, la cisterna subterránea desde donde se distribuía el caudal del acueducto, se había erigido una fuente semicircular con varios caños.

Un enjambre de moscas revoloteaba por encima del altar de mármol del templo, manchado de sangre por el sacrificio matinal. Subió las escaleras del *podium* para contemplar la parte baja del foro. La Curia se había remodelado. Ya no era la casona de madera de antaño, sino un elegante edificio de piedra con entrada columnada, en consonancia con la pequeña basílica que se alzaba frente a él. Ambos edificios se hallaban englobados en los pórticos que encerraban la gran plaza. Se sentó en el primer escalón. Un grupo de escolares, con sus tablillas enceradas en la mano, se pararon en un puesto de tortas y rosquillas a comprar el desayuno camino de la escuela. Cuando pasaron por su lado, Lucio los llamó:

—¡Eh, chicos! ¿Cómo se llama vuestro pedagogo?

—Epígono, señor. Tiene su escuela justo ahí, bajo los pórticos, detrás del templo —contestó el más despierto.

—¿Sabéis si enseña en la ciudad un gramático llamado Polifonte?

—¡Sí! —gritó el más pequeño—. Polifonte viene a casa todas las mañanas a enseñar a mi hermano mayor.

¡Polifonte aún vivía! El foro era un ir y venir de hombres togados que se apresuraban en ser los primeros en visitar a sus patronos. Unos llevaban cestos de esparto con la esperanza de que su benefactor se las llenara de comida para alimentar a su familia. A cambio, un voto a favor en los comicios, un comentario favorable en las termas o en las letrinas en pro de su señor, y un par de manos dispuestas a apalear a los partidarios de otro patrono que osara hacer sombra al suyo.

Se levantó y paseó por los pórticos. Una taberna exponía en grandes bandejas de mimbre ostras recién pescadas, por las cuales era famoso el litoral de la colonia. Un grupo de lictores apuraba su desayuno antes de que llegaran los magistrados. Desde la parte baja del foro, la vista del templo era impresionante. Sobre el podio, las columnas de fuste acanalado alcanzaban los treinta pies de alto. El revoco, de un color crema amarmolado, conseguía el efecto de que parecieran cilindros de piedra de una sola pieza.

Rostros desconocidos, múltiples colores de piel: Barcino ya no era el pequeño campamento de madera de la Cuarta, el hogar de un puñado de veteranos itálicos, excombatientes de las guerras civiles y del gran Augusto. ¿Quién recordaría a Gayo Celio, a Barkal, a los fundadores?

Con el ánimo algo más sosegado, reunió valor para dirigirse a casa de su padre. Descendió por el *decumanus maximus*, dobló la primera esquina a la derecha y la vio. La puerta estaba abierta. Al entrar, aspiró el olor de los mirtos recién florecidos en las viejas dolias del patio. Herennio le cerró el paso. No lo había reconocido. Le preguntó su nombre para escribirlo en la tablilla, debía aguardar su turno pues todavía había un cliente con la señora.

—Dile que soy amigo de Sizgunto. Me espera desde hace días.

Se sentó en uno de los taburetes preparados para la espera de los clientes. Todo estaba igual en el vestíbulo: las paredes anaranjadas, el pavimento marrón decorado con teselas blancas y negras formando florecillas donde tantas veces había jugado a las canicas con Quinto, los arcones de madera, incluso el gran *oscillum* que pendía entre dos columnas, con la colorida imagen de Baco que tanto lo impresionaba cuando era niño.

Se descorrieron las cortinas del *tablinum*, situado al otro lado del patio, y salió a toda prisa un individuo encapuchado con una espuerta cargada de víveres en una mano. Al pasar cerca de Lucio, se le deslizó la capucha hacia atrás y pudo verle la cara. Era Sabino, un antiguo amigo de su padre. Cruzaron sus miradas pero el anciano tampoco lo reconoció. ¿Tanto había cambiado?

—Puedes pasar.

Herennio, quien no había dejado de vigilarlo desde su llegada, escondía un arma tras la espalda. Desempeñaba su trabajo con diligencia, y eso lo satisfizo. Atravesó el patio, bordeando el estanque, y entró en el despacho seguido de cerca por el esclavo. Garza lo esperaba de pie, tras la mesa. Sonreía. Iba vestida de luto, con una estola negra de seda.

—Herennio, no has reconocido al hijo del amo. Suelta el arma, hombre. Es Lucio.

Se oyó el sonido del metal al caer sobre el mosaico.

—¿El amo Lucio? ¡No es posible! ¡Doy gracias a los dioses por tu regreso! —El hombre se deshacía en reverencias y gesticulaba nerviosamente con las manos.

—Déjanos a solas, Herennio —le ordenó Garza—. Si viene alguien más, despáchalo para su casa. Que vuelva mañana.

El atriense desapareció. Garza se cruzó de brazos y enseguida los descruzó, como si le estorbaran. Se apoyó en la mesa con las yemas de los dedos. La humedad en sus ojos provocaba destellos de un verde brillante. Llevaba el pelo recogido en alto como las matronas, cayendo en una cascada de ondulaciones que le enmarcaban el óvalo del rostro.

—Lo siento, Lucio. Lo siento tanto…

—Llegué ayer. He pasado la noche en las Espeluncas.

Ambos se escrutaban con ojos anhelantes y ávidos.

—Lo sé. Esta ciudad es pequeña y las noticias corren. ¿Y Quinto?

—Va camino de Tarraco.

Lucio se le acercó. El olor del mirto impregnaba el ambiente y se mezclaba con el aroma de ella, envolviéndolo en una marea de sensaciones que agitaron su respiración. Estaba en casa. Mientras se limpiaba las lágrimas de sus mejillas con las manos, Garza se fijó en el tatuaje que Lucio llevaba en el brazo. Era un tronco retorcido, partido en dos grandes ramas en su parte superior; una crecía hacia la derecha y otra hacia la izquierda.

—¿Qué significa?

—Es el árbol de la vida, como lo imaginan los germanos.

Ella levantó una mano y se lo resiguió con el dedo. A Lucio se le erizó el vello. Solo ella era capaz de ejercer sobre él ese poderoso efecto. Solo ella. Ni siquiera Arsínoe, con toda su ciencia amatoria, sabía alborotarle la sangre con su sola presencia. Tras tantos años, esperaba haber superado esa debilidad. Pero el corazón difícilmente se aviene a razones. Sintió el deseo de abrazarla, de sentirla más cerca.

—¿Vienes para quedarte?

¿Quedarse? Lucio se puso rígido. No podía dejarse llevar por las emociones. No, ya no era el muchacho que dejó aquella casa quince años atrás. Tragó saliva y se centró. Ella había manejado en su provecho todos esos años de silencio y ahora era la patrona. Como si él no importase, como si hubiera muerto. Pero él se sentía vivo, más que nunca.

—Depende.

—Esta familia necesita un hombre que pueda tomar decisiones. Tu padre tenía la mente nublada, y Vibio…

—Digamos que no entra en la categoría de hombre —completó Lucio.

—Exacto —contestó Garza, dejando escapar una media sonrisa. Una corriente de simpatía centelleó entre los dos.

Rápidamente, el rostro de ella intentó volver a componer una expresión impasible, pero no pudo resistir la mirada fija de Lucio. Garza tampoco podía esconder lo agitada que se sentía. Se mordió los labios, carnosos y delineados. Él la observaba de arriba abajo, sin importarle su azoramiento. Se detuvo en sus hombros, en su cintura, en sus sencillas sandalias. Los años la habían convertido en una mujer aún más hermosa en su madurez. «Como un racimo de uvas, piel suave y jugoso interior», pensó Lucio. Y su voz, por más que quisiera evitarlo, desprendía una suavidad desconocida. En otro tiempo, Garza no habría soportado el descarado escrutinio al que él la estaba sometiendo, se habría quejado, habría gritado o se habría ido. Sin embargo, allí estaba, sonriendo, bajando la cabeza como una doncella avergonzada. Podrían haber pasado mucho más tiempo así, imaginando de qué otra manera podrían haber sido sus vidas, percibiendo el corazón del otro, la tristeza y el gozo concentrados en cada latido.

Lucio se acercó aún más, desplegando una sonrisa franca que expresaba el júbilo por su retorno. La absorbía con la mirada.

—¿Qué opina la patrona? ¿Debería quedarse el hijo del amo?

Incapaz por más tiempo de seguir controlándose, le correspondió con una sonrisa luminosa diciendo:

—Eso, querido Lug, es algo que deberás decidir tú.

45. EL TESTAMENTO DE UN PADRE

—¿De dónde ha salido este individuo? ¿Dónde está Emilio Antoniano? —preguntó Lucio en voz baja a Vibio.

—El viejo Antoniano trabaja ahora en Tarraco. Terencio Mus es un pasante de su despacho, viene de la Narbonensis. Barcino anda escasa de abogados.

El letrado ofrecía un inquietante aspecto de roedor en un rostro barbilampiño. Como era habitual, la lectura del testamento debía hacerse en un lugar público, de ahí que en la basílica hubiera escribanías habilitadas a tal efecto. Garza, Vibio y Lucio esperaban con impaciencia a que el jovencísimo letrado desplegara sus rollos, el tintero, los cálamos y todos los adminículos necesarios. Lucio había insistido ante Vibio en que Elbón y Harmonía también estuvieran presentes. Aulo estaba de pie junto a su madre. Se había convertido en un robusto mozalbete de catorce años. Todos los varones, excepto Elbón, vestían la toga *pulla*, teñida de negro en señal de luto. Lucio llevaba, por primera vez en su vida, la corona cívica. Vibio ponía la nota de color vistiendo a la griega, como era la moda de los gladiadores y los actores de teatro. Su túnica amarilla carecía de mangas y se cubría con un suntuoso manto brillante negro sujetado con una fíbula de oro.

Se había presentado en la casa de Barcino dos días después de la llegada de Lucio y desde entonces parecía rehuir su presencia. El reencuentro había sido muy frío. Su deterioro físico era evidente: una red de capilares púrpura le cubría la nariz y las mejillas. Las ojeras se habían convertido en bolsas violáceas. Todavía lucía su melena negra, pero a todas luces teñida. Caminaba algo encorvado, aunque seguía siendo más alto que Lucio, y también más delgado. Los músculos de sus brazos dejaban claro que se ejercitaba en la palestra.

La tensión en la casa se había ido incrementando hasta ese día, a pesar de que nadie osaba decir una palabra de más o enrarecer el ambiente antes de conocer las últimas voluntades del abuelo. Fuera cual fuese el resultado, Lucio le había pedido a Garza que, tras la lectura, lo acompañase a la necrópolis del manantial. Necesitaba hablar con ella a solas y sentía la necesidad de hacerlo frente a la tumba de su padre.

Mus tomó asiento con parsimonia. Se arregló los pliegues de la toga y sacó de una pequeña funda de cuero un grueso vidrio que colocó ante uno de

sus ojos, después de ofrecer un amplio repertorio de muecas para poder sostenerlo dentro de la cuenca ocular mientras desenrollaba el testamento. Su prominente dentadura hacía justicia a su *cognomen*.

En pocos minutos se congregó un grupo de veteranos alrededor de ellos, amigos y antiguos compañeros de armas de Gayo Celio. Le expresaron a Lucio el orgullo de verlo con la corona cívica, y aún más sabiendo que la había recibido de manos del mismísimo Augusto. Había crecido como uno más entre los hijos de aquellos viejos soldados, a quienes su padre llamaba «hermanos», y recibir sus felicitaciones y su calor suplió la bendición que su padre no pudo darle. Se oyó una voz aflautada. Era Terencio Mus.

—Reclamo la atención de los presentes para la lectura pública al testamento del finado Gayo Celio.

La voz nasal del abogado y el mohín al que le obligaba el anteojo habría despertado la hilaridad de los presentes si no se hubiera tratado de tan triste situación. Lucio intercambió una mirada con Aulo y ambos compartieron una sonrisa cómplice. Terencio Mus seguía con los prolegómenos:

—«Habiendo dictado este testamento en plena posesión de mis facultades ante cinco testigos de probada reputación, veteranos de la Cuarta Legión, siendo sus nombres Appio Genucio Bestia, Servio Curiacio Cornuto…».

Estaba decidido. Si Vibio heredaba, Lucio se iría, volvería a Germania, al calor de su familia, o con Harith, quien estaría encantado de tenerlo a su lado. Permanecer en Barcino sería demasiado doloroso. Garza pareció sentir su desasosiego y le rozó el brazo con el dorso de la mano.

—«… lego todos mis bienes a mi hijo Lucio Celio. Si algo le sucediera, puesto que se halla actualmente luchando valerosamente frente a los germanos, dichos bienes pasarían a mi nieto Gayo Crispio, quien queda autorizado a cambiar su nombre por el de Aulo Celio, puesto que he procedido a su adopción, tras obtener su consentimiento».

Aulo reprimió una sonrisa. Había mantenido el secreto del abuelo. Los rostros de todos se iluminaron y una corriente de felicidad unió a los presentes dejando a Vibio excluido. Este se cruzó de brazos y clavó los ojos en su esposa.

—«Concedo la manumisión a mis leales esclavos Elbón y Harmonía y les ofrezco la cantidad de doce mil sestercios como legado testamentario. Si así lo desean, podrán seguir habitando en casa de los Celios y nadie deberá privarles de ese derecho».

Los sentimientos se desbordaban. Harmonía sollozaba consolada por Aulo y Elbón se mantenía erguido e imperturbable, aunque el temblor de su mentón

lo delataba.

—«En cuanto a mi sobrino Vibio Crispio, es repudiado como hijo mío adoptivo, quedando extinguido desde este mismo momento ese vínculo. Perderá por tanto cualquier derecho que se derivara de tal condición. Mi hijo y heredero, Lucio Celio, decidirá si Vibio Crispio puede seguir conviviendo en la casa familiar. En cuanto a su esposa Garza, a quien he llegado a estimar como una hija, podrá seguir habitando en la casa familiar de los Celios como madre de mi hijo adoptivo Aulo. En caso de divorcio, mi hijo Lucio se convertirá en su tutor legal».

Vibio se puso en pie con tanta furia que el taburete cayó al suelo y el estrépito retumbó por toda la basílica. Sin echar la vista atrás, se alejó a grandes zancadas.

Terencio Mus, sorprendido ante tal reacción, abrió los ojos como platos y el vidrio ocular se le cayó. Después de un buen rato de búsqueda, pudo localizarlo entre los innumerables pliegues de la toga.

—Prosigamos pues: «Ordeno que se disponga la cantidad de veinte mil sestercios para que se destinen, del interés al seis por ciento de ellos, mil en cada aniversario de la Legión Cuarta Macedónica, con el fin de celebrar en la colonia Barcino una competición de pugilato, y otros doscientos para regalar el aceite de las termas públicas durante ese mismo día. ¡Viva la Cuarta!».

—¡Viva! —gritaron al unísono un coro de voces masculinas.

La Cuarta Legión, sus hermanos de armas, con quienes había luchado, llorado, reído, comido y dormido durante veinte años. Los vínculos que los unían eran tan fuertes que oscurecían a los de sus propios consanguíneos. Lucio no lo comprendió hasta ese momento, mientras los demás se abrazaban y él apretaba los puños y los ojos. La Cuarta había sido la verdadera familia de su padre. Debía aceptarlo, y perdonarlo, por su propio bien.

* * *

La cabalgata hacia las Espeluncas fue excitante. Una vez fuera de Barcino, Garza lo condujo por los senderos más alejados del bullicio de la Vía Augusta, olvidando por un momento el motivo del desplazamiento. Como antaño, seguía siendo una excelente amazona, cabello al viento y galope impetuoso. Sobre sus monturas, divisando el promontorio de Júpiter y la bahía, volvieron a sentirse muchachos, con la brisa agitando sus rostros y la sangre bombeando en sus sienes.

La necrópolis se hallaba en una elevación cercana al camino que llevaba al manantial. Un tupido carrascal la envolvía, por lo que era difícil encontrarla

si se desconocía su existencia. Las tumbas de Barkal y de su esposa se distinguían de las demás por el aspecto nuevo de sus monumentos. Las antiguas apenas disponían de una pequeña piedra en forma de pilar. Las estelas funerarias de los hombres eran más grandes y algunas llevaban un jinete o una lanza incisa en la parte frontal. Bajo las piedras reposaban las urnas de los antepasados de Barkal.

Garza ató su caballo y se situó frente a la estela de su padre. En ella figuraba un jinete ataviado para la guerra y, debajo, su nombre escrito en letras íberas.

Gayo reposaba cerca de la tumbas antiguas, al pie de un viejo roble. Sobre una estela a la manera ibérica, un *lapidarius* había inscrito:

D. M.
C. COELIVS ATISI F.
H. S. EST
STTL

Garza y Lucio se arrodillaron frente a ella. Lucio sacó de su bolsa la carta que le había entregado el abogado. La letra era de Garza y estaba dirigida a él.

—Tu padre me la dictó para ti —se levantó y dio media vuelta para alejarse.

—No te vayas. No quiero leerla solo. Quizás haya detalles que debas contarme. Elbón me ha dicho que en los últimos años tú te convertiste en su mano derecha y en su voz. La verdad, Garza, me cuesta creerlo.

Ella tardó en responder.

—Has estado tanto tiempo lejos que es difícil que lo entiendas. Compréndelo: llegó un momento en que solo estábamos él y yo. Tu madre… Desde que volvimos de Roma siguió bebiendo cada vez más. Hace dos años cayó en uno de sus períodos de tristeza y dejó de comer. Harmonía se fue a vivir con ella a tu casa de las Espeluncas y la cuidó hasta que murió. No expusimos su cadáver. Fue muy penoso.

—¿Dónde está su tumba? —preguntó, echando un vistazo a su alrededor.

—Tu padre quiso que lleváramos su urna a Tarraco, al mausoleo de los Domicios.

Lucio se puso en pie y apoyó las manos en una gruesa rama que pasaba por encima de su cabeza. Se llevó el puño cerrado a la frente y después lo descargó en la rama. Toda ella se estremeció:

—¿Por qué no he sabido nada de todo esto? —Escupía las palabras con cólera—. ¿Por qué se me ha mantenido apartado de mi familia, como un desterrado, como si no mereciese la pena contar conmigo?

Los caballos se sobresaltaron. Una ráfaga de viento agitó las hojas del roble. Era uno de aquellos días de primavera en que el sol calentaba con fuerza, pero la brisa aún erizaba el vello.

—Tu padre no quería que supieras nada, quiso mantenerte al margen, decía que tu familia no iba a ser un lastre para ti.

Lucio desgarró el sello y desenrolló la carta. Garza le advirtió que cuando se la dictó casi no podía hablar y menos aún escribir. La letra era de Garza, pero la escuchó en su cabeza con la voz profunda del centurión:

«Muchacho, presiento que moriré sin verte, y eso me da el coraje para escribirte. Has demostrado valor y dignidad, y estoy orgulloso. Como yo, te has hecho hombre tú solo. Ahora, a las puertas de la muerte, lamento no haber estado a tu lado. Me equivoqué al enviarte lejos pero, una vez echada la suerte, los dados ya no retornan a la mano.

No quería que volvieras por lástima, ni que nos vieras a tu madre o a mí en un penoso estado. Habría debido hundirme una daga en el vientre hace años y acabar con esto, pero la vejez me ha vuelto cobarde. Tus cartas me han mantenido atado a la vida.

Cuida de toda la familia. Recuerda, hijo: la tierra es lo único que perdura, trabájala y consérvala para Aulo, Luna y tus descendientes. Esta necrópolis acogerá mis huesos y los de mi familia, y los Celios honrarán así a la estirpe de guerreros y nobles a la que antes perteneció. Despídeme de mis hermanos. Que los dioses guíen tus pasos por los caminos del honor y de la virtud».

Lucio arrojó la carta al suelo. La rabia le impedía llorar. Su rostro se tornó sombrío y violento. Levantó un puño hacia la tumba y gritó:

—¿Honor? ¡Y eso qué más da cuando se vive a la intemperie, padre! ¡De qué sirven el honor y la gloria cuando el alma vive en una noche oscura, cuando se te niega el amor de los tuyos y la única compañía con la que se cuenta es la de la soledad!

Se dejó caer de rodillas mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Garza, conmovida, se le acercó, pero cuando quiso hablarle, Lucio no le dejó:

—¡No se te ocurra abrir la boca! Sí, ya sé que tú también has sufrido, que no he sido el único. Pero he pasado quince años, ¡quince años alejado de lo

que más amaba! Y tú tampoco me has escrito una condenada carta. —Lucio arrancó un puñado de hierba y la arrojó hacia la tumba. Alzó la mirada y la clavó en Garza—: Sí, escribiste una, la recuerdo bien. Palabra por palabra. ¿Consideras que ya te has cobrado tu venganza contra los Celios? Necesito saberlo.

Garza, con el rostro descompuesto, quiso abrazarlo pero él la apartó. Se puso de pie, y la señaló con el índice amenazadoramente. Toda la ira acumulada salía por fin:

—¡Quince años convencido de que mi familia me detestaba, que se desentendía de lo que pudiera sucederme! ¡Esgrimís vuestro maldito orgullo como una daga y después pedís perdón! Ahora entiendo por qué acabasteis siendo aliados. Mi padre y tú erais almas gemelas.

La miraba sin verla. Un dolor helado y azul le nublaba las pupilas.

—Es bueno que te saques la rabia. Yo enterré mi pena hace años, por el bien de mis hijos.

—Tus hijos… Has sido afortunada, los has tenido a tu lado, has honrado a tus padres, has habitado la casa en que naciste y has seguido rodeada de los tuyos. Yo no he tenido nada ni a nadie por quien luchar. He esperado durante años unas líneas de mi padre, saber si esperaba con ansia mi regreso a casa, una carta asegurándome que mi hija seguía viva, conocer el color de sus ojos, saber si preguntaba alguna vez por mí. Así que ahora no me des lecciones de supervivencia.

Garza se acercó a él de nuevo, lentamente, como quien se acerca a un potro desbocado. Le rozó el tatuaje del brazo con los dedos y prosiguió:

—Has vuelto. Para nosotros tampoco ha sido fácil, pero has de saber que no ha habido día en que tu nombre no haya sido pronunciado en esta casa con orgullo y añoranza. —Garza quiso asir su mano, Lucio se apartó—. Una vez conocí a un muchacho alegre y noble, y sé que sigue ahí, escondido. Que sea a ese padre a quien conozca Luna, no al hombre adusto y resentido que tengo ante mí.

Él, con expresión hosca, hizo ademán de irse. Pero entonces su mano se agarró al brazo de ella y sus labios buscaron sus sienes. Garza se quedó quieta con la mirada baja, esperando. Tras unos instantes, él se arrodilló y se abrazó al vientre de ella.

—Nunca he tenido más ambición que vivir en mis tierras, cerca de mi ciudad, amar a una esposa y criar a unos hijos, sentirme orgulloso de ellos. Algunos dirían que es poca cosa…

Garza se arrodilló frente a él y le cogió el rostro entre las manos:

—Eres Lucio Celio, el superviviente de las minas, el ingeniero, el combatiente en las legiones, condecorado por Augusto, el confidente del gran Germánico. Todo eso ha hecho de ti el hombre que eres. Para mí sigues siendo Lug, y mientras has estado fuera he cuidado de tus tierras, de tu hija, de tu casa. Tu vida, finalmente, recupera su antiguo cauce. De ti depende que fluya con fuerza. Dejemos a los muertos en su tumba, Lug, y ocupémonos del presente. Sin rencores.

Se quedaron frente contra frente, con las manos enlazadas. Garza se apoyó en sus hombros para ponerse en pie y alejarse. Tras unos pasos, se volvió un momento hacia él:

—Tu padre murió sabiendo que Luna estaba viva. Se fue tranquilo.

Lucio asintió. Rebuscó en su alforja y extrajo un pequeño cilindro metálico envuelto en piel. Era una lámina fina de plomo enrollada. Sacó también una anforilla. Se agachó ante la tumba de Gayo, descorchó el recipiente y lo vació por el agujero de un tubo de cerámica que encontró hincado en la tierra, al lado de la estela.

—Disfruta de este vino, padre. Es de Bononia. Te lo envían tus sobrinos de Castra Vetera.

Pasó unos minutos en silencio, sin saber qué decir. Qué importaba ya. Se sentía extrañamente sosegado.

—Te traía esta carta, la escribió para ti tu hermano Publio antes de morir. —La deslizó por el tubo—. Comparte el vino con tus hermanos, centurión. Y con mi primo Marco. Y no te olvides de Barkal.

El caballo pateó varias veces la tierra. Lucio se puso de pie y, cuando ya había dado la vuelta para irse, volvió sobre sus pies y se cuadró ante la tumba, como lo habría hecho un soldado ante un superior.

—Has tenido que morir, padre, para que yo pueda ocupar mi lugar. Que la tierra te sea leve y encuentres la paz.

* * *

Desde la llegada de Lucio y Druso, el ambiente de la casa había cambiado. Ambos formaban un buen equipo junto a Garza, Elbón y Harmonía, libres ya de la severidad de Gayo y los caprichos de Tila. Se respiraba un aire nuevo, excepto cuando volvía Vibio.

Druso le puso empuje y ganas a su nueva actividad y Lucio se alegró de haber pensado en él para ayudar a Elbón. Garza y Lucio decidieron que la antigua casa de Gayo en las Espeluncas, usada como almacén y alojamiento de trabajadores, se convirtiera en el hogar de los dos ancianos libertos.

Aceptaron a regañadientes, aunque ambos siguieron trabajando en la casa principal.

Una mañana, Elbón los acompañó a visitar todas las tierras para presentarle los trabajadores a Druso. Lucio saludó a los antiguos compañeros de juegos, convertidos ya en padres de familia. Barkal estaba muy presente en las conversaciones.

Avanzaban por un camino fresco, abovedado por el denso follaje de los plátanos.

—En Germania observé que el vino que llegaba desde Iliria no venía almacenado en ánforas sino en toneles de madera impermeabilizados con pez, ¿lo recuerdas, Druso? —intervino Lucio—. El otro día, mientras veía en Barcino cómo trasvasaban el vino de los odres a las ánforas, se me ocurrió que podríamos hacer una prueba y envejecer el vino en uno de esos toneles.

Una bandada de palomas torcaces elevó el vuelo desde unos arbustos cercanos.

—Tú y tus pruebas. Aún recuerdo cuando, de pequeño, te empeñaste en llenar un ánfora de leche y dejarla reposar meses en la bodega, a ver qué pasaba —contestó Elbón.

Pero Lucio no lo escuchó, centrado como estaba en sus pensamientos.

—¿Todavía le vendemos el vino a Julio Aniceto?

—Entre otros, pero él es quien se lleva la parte del león —respondió Elbón.

—He pensado en fletar nuestro propio barco.

—¡Eso es muy arriesgado, ingeniero! —dijo Druso.

—Si se hunde lo perderíamos todo —intervino Elbón.

—Y si no ganaríamos mucho —contestó Garza—. ¿Qué tienes en mente, Lucio?

—Pienso en un barco mediano, donde pudiéramos colocar la mitad de nuestro vino, unas cuatrocientas ánforas, y rellenarlo con mercancía de Seihar. Y, quién sabe, si sale bien podríamos llegar hasta Alejandría y comerciar con Harith —dijo Lucio.

Druso se ofreció a hacer cuentas y averiguaciones. Lucio propuso además dedicar la viña vieja al cultivo de la vid a la manera itálica, con plantones de álamos a modo de rodrigones.

—Si sigue así la tendencia —añadió—, el mercado del vino barato se saturará y los precios bajarán. Sin embargo, el vino de calidad siempre se venderá bien.

Druso y Elbón continuaron la inspección, mientras que Garza y Lucio volvieron por el camino del río. Desmontaron y siguieron a pie. El día era soleado y caliente, los vilanos de los chopos flotaban en el aire y se sentía la primavera aleteando por doquier.

—Es reconfortante oír tus planes para el negocio —dijo ella con una gran sonrisa—. Y Druso será una buena ayuda. ¿Cómo fue tu reunión con los decuriones?

—Vinieron a verme los Pedanios, padre e hijo. Con las acostumbradas palabras resbaladizas de los que llevan demasiado tiempo en política, me sugirieron continuar con la labor benefactora de mi padre y proponer mi candidatura como duunviro en las próximas elecciones. Están dispuestos a pasar por alto que no he vivido en Barcino en los últimos cinco años. Por supuesto no soy yo quien les intereso, sino mi dinero.

—Entre los decuriones ya quedan pocos veteranos… Ha llegado mucha gente nueva, de la Narbonense, de la Mauritania Tingitana, de la misma Roma. ¿No te has fijado en la cantidad de nuevas *domus* en Barcino? Ahora mismo hay varias en construcción, de libertos relacionados con los grandes de Roma. Están echando con malas artes a muchas familias de veteranos que recibieron su parcela como tu padre. Poco antes de tu llegada se quemó la casa de la viuda de Nonio Felix. Los decuriones le pagaron una miseria para que pudiera irse a vivir cerca de su parcela junto al torrente, y ahora malvive en la barraca de los aperos de labranza. Han sucedido ya varios incidentes de ese tipo. A este paso, solo los libertos podrán vivir dentro de las murallas. Si ellos viven con ese lujo, me pregunto cómo vivirán los amos para quienes trabajan.

Se detuvieron ante la playita escondida donde acostumbraban a bañarse cuando eran jóvenes. Permanecieron en silencio, contemplando el agua. Sobre las estacas para amarrar las barcas batían sus alas los cormoranes. Se les escapó una mirada furtiva, una sonrisa a medias. La última vez que se vieron, en Roma, su relación se había hecho añicos. Intentaban actuar como si nada hubiera sucedido, pero los silencios entre ellos se hacían tensos. Garza reanudó la conversación:

—Uno de los duunviros actuales es un Cornelio de veinte años que nunca ha pisado la Curia. Lo llaman «cargo honorífico». Su familia es quien está financiando las termas de la Puerta Marina.

Lucio se agachó, cogió un guijarro y lo lanzó al agua.

—Si decido quedarme tendré que participar en la vida política de Barcino con mayor o menor intensidad. Estoy dispuesto a ser generoso con las arcas

municipales, pero voy a controlar el destino de cada uno de mis denarios.

—Yo no frecuento demasiado los círculos sociales romanos, pero apuesto a que muchas familias desearán darte caza. Eres un buen partido.

—¿Quién me va a querer con estas cicatrices y estas manos de albañil? —contestó burlón.

Llevaba el pelo muy corto e iba bien afeitado. Se quitó la túnica y se tendió al sol. Todas las líneas de su cuerpo parecían talladas por la mano de un escultor.

—Ya sé, no es apropiado desvestirse delante de una matrona decente. —Lucio le guiñó un ojo a Garza, que sonreía divertida—. Pero tras varios años en Germania, tenderse al sol es un sueño hecho realidad.

—¿Te acuerdas de cuando te desnudaste bajo la lluvia en casa de tía Domicia? Nunca olvidaré la cara de Tila cuando la cogiste en brazos y la llevaste bajo el aguacero.

—¡Por el buen Júpiter! Y pensar que años después, en Germania, llegaría a aborrecer la lluvia.

Garza se echó cerca de él, agradeciendo el momentáneo deshielo. Lucio, apoyado sobre un brazo, reanudó la conversación:

—Voviendo a los decuriones, los noté nerviosos respecto al tema del bandidaje. Si siguen los ataques, algunos comerciantes podrían variar sus rutas y dejar Barcino. Y eso no nos interesa a ninguno de nosotros.

—Yo no le daría mucha importancia, acabarán por irse a otro lugar. Quizá sea una banda de esclavos huidos —dijo Garza.

—En Tarraco ya han tomado cartas en el asunto —informó Lucio—. Van a enviarnos una centuria de la Sexta Victoriosa para ponerse bajo las órdenes del pretor.

—¿Cómo has dicho? ¿Legionarios? —Garza había girado la cabeza súbitamente y lo miraba con expresión alarmada—. Creo que se está exagerando con este asunto. —A Lucio le pareció que su rostro se había endurecido antes de cambiar de tema—. Esta noche hay luna llena, mañana será día de mercado en Ad Fines.

—Olvidé decirte que mañana viajaré a Castrum Bergium. No puedo esperar más a conocer a Luna.

—Estamos hablando de lo mismo, Lucio. Seihar y Luna vendrán al mercado y los podrás ver aquí, en Barcino. Siempre se hospedan en casa cuando vienen a vender la mercancía en el puerto.

* * *

Al día siguiente continuaron con el recorrido por los campos. Fueron hasta los cenagales construidos para la monta de los gorrinos y eligieron el lugar adecuado para la pajarera que Lucio tenía en mente justo antes de que su padre decidiera enviarlo a Roma. La cría de tordos y mirlos era un negocio en auge que complementaba muy bien los trabajos del campo.

A mediodía, Aulo y Belaiska llegaron a caballo con una cesta de comida enviada por Harmonía. Aulo desmontó rápidamente y les enseñó algo que llevaba en la mano:

—¡Tío Lucio! ¡He cazado una liebre!

—¡Bravo, zagal! —exclamó Lucio—. ¿Te gusta cazar? Si no me equivoco, tu madre te habrá adiestrado en las trampas de tu abuelo Barkal. Un día te mostraré cómo se caza en el desierto.

Druso y Elbón cogieron algo de pan y queso y continuaron con sus quehaceres. Los demás bajaron al río a comer bajo los fresnos. Lucio saboreó la comida con sumo placer. Nadie preparaba el *moretum* como Harmonía ni aliñaba las olivas como ella. Un poco de pan de nueces y los restos de un cochinillo asado completaron el ágape. Tras la comida, Aulo, Belaiska y Lucio metieron los pies en el río en busca de ranas para la cena.

—¿Sabes, Aulo? Apenas salí del vientre de mi madre, Gayo Celio me sumergió en las frías aguas del Rubricatus para que me criase fuerte —dijo Lucio muy serio.

—¡Eh! ¡Tu tío es un embustero! —se quejó Garza con una sonrisa pícara —. Fue mi madre quien hizo eso conmigo, es una costumbre cántabra.

Aulo empezó a salpicar agua a Lucio y la cosa acabó en una lucha acuática. Mientras bajaba a la orilla, Belaiska resbaló y se mojó por completo. Lucio la ayudó a levantarse y no pudo evitar mirar cómo la túnica liviana que llevaba se le había pegado al cuerpo, haciendo muy evidente su esbelta figura. Garza no perdía detalle.

—Mamá, ¿también lo hiciste conmigo? —preguntó Aulo.

—¿El qué? —preguntó Garza—. ¡Ah! ¿Bañarte cuando naciste? Sí, pero no fui yo. Gayo y Elbón lo hicieron.

—¿Mi padre hizo eso? —preguntó Lucio con extrañeza.

—Sí. Yo se lo pedí.

—Echo de menos al abuelo —dijo Aulo—. Ojalá hubiera muerto mi padre en vez de él.

—No vuelvas a decir eso en mi presencia, Aulo —dijo Lucio con voz firme.

—¡Es lo que pienso!

—Si todos dijéramos abiertamente lo que pensamos en todo momento el mundo sería una selva. Es tu padre, y merece tu respeto —insistió Lucio.

—Hijo, tu tío tiene razón —intervino Garza. Carraspeó antes de continuar —: Además, Lucio Celio es el *paterfamilias* y le debes obediencia, por encima incluso de tu padre. —Garza miró a Lucio y se sonrieron—. ¡Siempre que yo esté de acuerdo, claro!

—Hazle caso a la patrona, zagal —dijo Lucio con sorna—; tiene un genio endemoniado, ¡te lo digo por experiencia! —Aulo rio. Lucio se levantó y se desabrochó el tahalí con la daga de Rufulus—. Toma, quédatela. Pronto serás un hombre y los hombres han de poder defenderse. Úsala con la cabeza, algún día sabrás cómo llegó a mis manos.

Aulo se quedó estupefacto. Cogió el tahalí y se lo colgó del cinturón. Miraba a Lucio y a su madre con los ojos muy abiertos y solo acertaba a decir:

—Gra-gracias…

* * *

Lucio propuso subir hasta el poblado viejo. Belaiska se excusó y volvió a sus labores en la casa. Una vez arriba, treparon hasta la cima de la antigua torre. La vista abarcaba todo el Rubricatus, que se perdía a la altura de la Montaña Sagrada. Enfrente, la sierra que lindaba con las tierras de los cosetanos estaba cubierta de un tupido bosque, excepto las faldas de varias de las colinas, donde aún se divisaban los restos de los antiguos poblados íberos y sus corrales. En algunos puntos despejados, el humo de los rastrojos incendiados formaba remolinos de pavesas.

—Tío Lug, ¿cuántos días de navegación habría desde aquí hasta Alejandría?

El sol se reflejaba en su pelo castaño y le arrancaba reflejos rojizos, como los de la cáscara de una avellana. El rostro cuadrado, pecoso, y sus ojos color miel, algo rasgados, le conferían un toque de fiereza que le era muy familiar. Barkal, eso era. La mirada de Aulo rezumaba la bravura de su abuelo.

—¿Alejandría? Unos veinte días, con buen tiempo.

—¿Y de Barcino hasta la Germania Superior?

—Unos cincuenta. Viajar por tierra es mucho más difícil y lento. Siempre que haya mar o un río navegable, es preferible.

—Me gustaría tanto viajar… Pero Elbón y Harmonía dicen que hay que buscar siempre la seguridad de tu hogar y de tu ciudad. Creen que viajar es

muy peligroso porque los romanos se han creado muchos enemigos, gente que nos odia. Como la abuela cántabra.

Lucio tardó en responder. Necesitó tiempo para dar forma a una masa de sentimientos contradictorios. Había sido educado para creer que Roma era la culminación suprema de los dioses. Había luchado por ella y, de joven, había llegado a creer en la divinidad de César y en la de Augusto. Pero aquellas convicciones se habían ido fragmentando con cada golpe de maza. Los arcos de triunfo, el mármol de los foros y las losas de las calzadas escondían cimientos podridos, empapados de la sangre de miles de inocentes cuyo sacrificio alimentaba el hambre de poder y riqueza de un escogido grupo de familias sin escrúpulos. ¿Qué le iba a decir a Aulo? ¿Que muchas veces se había avergonzado de ser romano? Solo tenía catorce años y una cabeza repleta de sueños. Debía descubrirlo por sí mismo.

—Siéntete orgulloso de tu abuela cántabra, hijo. No he vuelto a conocer una mujer como ella, podía hablar a los dioses cara a cara. Yo soy romano y, sin embargo, siempre me mostró su afecto.

—¿Te vas a quedar con nosotros? Quiero decir, ahora que ya no estás en el ejército, ¿qué lugar de todos los que has conocido te parece mejor para instalarte?

Miró a Garza, absorta en el horizonte azul.

—Desearía quedarme aquí, Aulo; esta es mi casa, he soñado muchos años con volver a ella. Barcino es mi ciudad, la vi nacer y aquí desearía morir. Pero si por alguna razón no pudiera ser, creo que volvería a Egipto.

En el río, una barcaza descendía con lentitud. Antes de llegar a la desembocadura viró a estribor y recaló en el fondeadero al pie de la colina de Hércules, donde Julio Aniceto poseía su lujosa villa. Alguna vez lo visitaría.

Aulo bajó de la torre y se entretuvo con la honda. Garza abandonó su silencio:

—He hablado con Vibio. Le he dicho que quiero divorciarme.

Ambos dejaron vagar la mirada, como si al fingir indiferencia pudiera desaparecer de repente algo que iba a ser difícil de afrontar.

—Hace años que debieras haberlo hecho —contestó Lucio—. Cuenta con mi apoyo.

—Se lo pedí cuando Aulo era aún muy niño. Desde entonces me ha estado amenazando con llevárselo y desaparecer si sigo insistiendo. Afirma haber conocido a personas importantes en Tarraco, que le habrían ayudado a deshacerse de mí, y entonces, ¿quién habría buscado a Aulo? —A medida que hablaba su voz iba acelerándose y el tono era cada vez más enervado—. ¿Mis

parientes indígenas? No son ciudadanos romanos y no tienen derecho a pleitear en los tribunales. ¿Tu padre? ¿Un tullido que apenas podía hablar?

Lucio la miró apesadumbrado, haciéndole saber que había sentido sus palabras como un puñado de sal sobre una herida aún abierta.

—Podrías haber recurrido a mí.

—¿A ti? ¿Ya no recuerdas lo que me dijiste en Roma? Nunca había implorado el perdón de nadie, y tú me lo negaste.

En verdad, había sido muy duro con Garza. Había estado tan ocupado lamiéndose las heridas que no había reparado en los padecimientos y privaciones que habría debido de soportar ella. La observó, con su orgullosa belleza y ese temperamento desafiante que constituía su mayor atractivo, pero que podía convertirse en su peor defecto. Su venganza había acarreado a todos mucho sufrimiento, incluso a ella misma. Sin embargo, ese sacrificio, que había sacado en él lo mejor de sí mismo, disipando su inseguridad y otorgando solidez a su carácter, en ella había diluido la impulsividad, matizando su proceder con un sosiego desconocido.

—Vibio es un cobarde —prosiguió—. Si nunca ha cumplido sus amenazas es porque, de haberlo hecho, se habría interrumpido el suministro de dinero de Gayo. Es un canalla. Durante un tiempo planeé su muerte.

—Aulo debe aprender a defenderse —afirmó Lucio cambiando de tema súbitamente—. A su edad, yo ya tomaba clases de lucha con Salvio. Quién sabe si aún…

—Quinto Salvio murió hace años. Pero podría empezar contigo hasta que encontremos a alguien. Te admira. Es reservado y poco hablador, excepto contigo. No sé cómo logras evaporar en él su timidez.

—Es un buen muchacho. Quizá sólo necesita alguien que lo escuche y lo guíe. Por fortuna, no veo nada en él que me recuerde a Vibio. Es nervudo y fuerte, se nota que se ha criado en el campo.

—No tiene nada en absoluto de Vibio —dijo Garza con un aplomo exento de toda duda—. Elbón ha sido su maestro hasta ahora. Con tu padre pasaba horas garabateando en las tablillas. Quiero buscarle un gramático. Vibio empieza a insistir con llevárselo a Tarraco con él.

—Yo mismo lo entrenaré en la lucha y le buscaré un gramático. Hablaré con Vibio y le dejaré claro que Aulo tiene prohibido abandonar la casa sin mi consentimiento.

Un águila culebrera voló por encima de sus cabezas. En su despliegue nupcial, cayó en picado, precipitándose sobre alguna viborilla desprevenida.

—No quiero interferir en tu vida. Aulo y yo nos instalaremos con Elbón y Harmonía. La casa de las Espeluncas y la de Barcino quedarán libres para que puedas vivir en ellas con tu futura esposa y formar tu propia familia.

Lucio respiró hondo. El sol del mediodía apretaba, pero no era suficiente para derretir el hielo que aún los separaba. Ninguno de los dos era el mismo ya.

—No he vuelto aquí para habitar dos caserones vacíos. Tú seguirás viviendo en la casa de Barkal, que es tu casa, y Aulo podrá ir y venir por donde le plazca. Sin embargo, lo más conveniente, por el momento, es mantenerlo alejado de su padre, así que Vibio y yo nos instalaremos en Barcino.

—Pero Lucio…

—Ya sabrás que heredé una considerable fortuna. No necesito los ingresos del negocio de mi padre para vivir. Si lo desearas, podrías recuperar las tierras de tu padre y encargarte tú. Yo las pondría a tu nombre. Es justo que recuperes lo que es tuyo.

Ella no supo qué responder. Se hacía tarde. Bajaron de la torre cuidando de no apoyar los pies en las piedras desprendidas. Después del ofrecimiento de Lucio, Garza seguía muda. Antes de salir por el estrecho agujero de la entrada, lo agarró de un brazo y estalló:

—¡Debes perdonarme! ¡Debes perdonarnos a todos! Hemos vivido tantos años en la desesperanza que no nos dimos cuenta de lo mucho que nos necesitabas. Tu madre se pasaba el día borracha, Vibio no se cansaba de amenazarme y tu padre… Él y yo nos aliamos para que la familia no se desmoronara, por Aulo. A veces la vida se hacía tan insoportable… ¿Qué podíamos decirte en nuestras cartas? ¿Que vivíamos constantemente al borde del naufragio? Tú eras libre y llevabas una vida envidiable, eras ingeniero de las legiones, como habías deseado siempre. No queríamos estropeártela. Además, tenías a Harith, a Arsínoe, a Quadrato… Tu padre hizo un sacrificio a Júpiter cuando supo que habías sido destinado a Castra Vetera, con sus hermanos.

Lucio sintió deseos de abrazarla, de besarla con furia, de hacerle el amor allí mismo, contra la pared de piedra. Ella podría haber huido de aquella vida infame. Pero sus raíces estaban bien agarradas a la tierra y había sabido adaptarse como una caña cimbreada por el viento. Le acarició el pelo con una mano, fue descendiendo hasta su mejilla y allí se quedó. Ella posó la suya encima.

—Era aquí donde yo quería estar, a tu lado. No te he de perdonar nada. Ya no estás sola. Deja que sea yo quien se ocupe de Vibio. Hallaré la manera de deshacerme de él y tú serás libre para hacer lo que te plazca. Cualquier cosa, por difícil que sea, te ayudaré a afrontarla. Pero olvidemos los rencores, te lo ruego.

Le gustaba verla así, vulnerable, suplicante. Ambos habían madurado. El peinado se le había deshecho y unos mechones le caían sobre la cara. Él se los apartó. Ansiaba que dejara de llamarlo «Lucio», que volvieran los tiempos en que solo eran Lug y Garza.

—Hay algo más, pero aún no quiero contártelo. Es posible incluso que no tenga que hacerlo nunca. Algunas cosas es mejor enterrarlas.

Lucio no pudo resistirse más. La abrazó con fuerza y notó que ella temblaba.

—Todo a su debido tiempo, cielo.

46. LUNA

—¿Estáis seguras de que vendrán aquí, a las Espeluncas? ¿No habrán ido a Barcino? —preguntó Lucio irrumpiendo en la cocina.

Garza lo había oído caminar por la casa durante gran parte de la noche. Estaba a punto de conocer a Luna y los nervios lo traicionaban. No pudo evitar sentir ternura por él. Eran pocos los momentos en que conseguía relajarse y volver a ser el de antes. Abundaban más las ocasiones en las que se sumía en el silencio, sentado bajo la parra con la mirada fija en ninguna parte o se recluía en el *tablinum* de la casa de Barcino tras recibir a los clientes de su padre. Solo necesitaba tiempo. Lo veía feliz cuando asistía a las clases de Polifonte, pues las lecciones se convertían en diálogos chispeantes entre el anciano maestro y su exalumno, ante un Aulo extasiado imaginando la cerveza egipcia que se come con cuchara, las costumbres de los greñudos germanos, los cínicos errantes de Alejandría y la exaltación de los judíos ansiosos por la llegada inminente de un mesías.

Harmonía se movía entre los fogones con una soltura envidiable para una septuagenaria. En los últimos tiempos, la cocina la dirigía la madre de Belaiska, pero aquel era un día especial y Garza también ayudaba en lo que podía, aunque los trabajos domésticos no eran su fuerte. La anciana había preparado algunas de las comidas preferidas de Lucio, que no dejaba de destapar ollas y oler los efluvios que emanaban de las viandas: puré de habas secas con aceite de tomillo, albóndigas de calamares, gambas al ajillo, guiso de calabacitas, puerros y cebollas moradas…

—¿Y los pastelillos de mora? ¿Has podido prepararlos? ¿Y las ciruelas con vino?

—¡Lucio! ¡Déjame trabajar! Tendrás todo lo que pediste, cariño. Anda, ve y vístete con tu mejor túnica, tienes que causar buena impresión —dijo Harmonía.

—¡Esta es mi mejor túnica!

—¡Ya no vives en un campamento! —intervino Garza—. Estás en boca de todo Barcino, debes parecer un señor. Créetelo. Necesitas ropa elegante.

—Pero hoy no quiero parecer un señor, voy a ver a Seihar y a conocer a Luna, y quiero parecer… yo, Lucio.

¿Qué habría sido de ellos si las cosas les hubieran sido favorables? Garza no cesaba de preguntárselo, a pesar de ser pensamientos que no llevaban a

ninguna parte. Lo hecho, hecho estaba, y los puentes entre ellos se habían desmoronado sin remedio. Ahora, solo Luna los unía. Lucio estaría deseoso de tener hijos varones, buscaría una esposa joven y por fin empezaría la vida que debió haber iniciado hacía años. ¿Y ella?

Aulo entró en la cocina, atraído también por el olor.

—¡El que faltaba! —exclamó Harmonía—. Vigílalos, Garza, o se comerán las tres ollas entre los dos.

Hacía años que Garza no sentía aquella calidez a su alrededor, aquel sentimiento que le desbordaba el pecho, le subía por la garganta y se transformaba en alegría. Sus ojos se encontraron con los de Lucio y supo que él estaba sintiendo lo mismo. Tila y Gayo parecían haberse llevado con ellos la sombra de tristeza y pesadez que había reinado siempre en aquella casa.

Lucio rodeó a Aulo por los hombros y se lo llevó consigo. Salieron fuera y se sentaron en el banco de piedra bajo el reloj de sol. Druso se les unió.

—Seihar fue uno de mis mejores amigos —dijo Lucio—. ¿Lo conoces, Aulo?

—¡Claro! He acompañado a mi madre muchas veces a Castrum Bergium. Cuando vamos, nos quedamos a dormir en su casa. Seihar y Bastia, su mujer, son muy divertidos.

—¡Bastia! Acabó por cazarlo, la bribonzuela… —Lucio sonreía al recordar—. Y dime, ¿qué tal es su hija? ¿Cómo se llama…? —preguntó con disimulo.

—Luna. Es muy guapa, aunque un poco rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido rara?

—En las noches de luna llena sale y nadie sabe dónde va. A veces se abraza a los árboles para que le transmitan fuerza. Y afirma poder hablar con los animales.

Lucio se quedó serio y no volvió a preguntar más. Pasó poco tiempo hasta que oyeron ladrar a unos perros y vieron dos carretas avanzando por el camino de cipreses. Entraron en la era y allí se detuvieron, mientras un hombretón de cara colorada saltaba del pescante y se fundía en un abrazo con Lucio. Se miraron, se palmearon la espalda y las mejillas, se tiraron del pelo y recurrieron a todas las estrategias masculinas que conjuran la imperiosa urgencia de derramar lágrimas de gozo.

—¡Amigo mío! —exclamó Seihar—. ¿Eres realmente tú? ¿Y esa cicatriz?

—¡Hoy tú y yo vamos a emborracharnos, hermano! —Lucio echó una ojeada a las carretas y emitió un silbido—. Vas de vacío, debes de haber ganado mucho dinero.

—¡Ja, ja! No me quejo. Garza es mi agente comercial. Se asegura de que los barcos que parten de Barcino repletos de ánforas vinarias lleven también colgados en las bodegas unos cuantos perniles. El jamón siempre será un buen negocio.

Garza se acercó a abrazar a Seihar, que se había vuelto un hombre corpulento. Un vello rizado y dorado le cubría brazos y piernas, y su rostro tenía el color de aquellas personas que, a pesar de pasar muchas horas al sol, nunca se broncean, sino que enrojecen sin llegar a quemarse. Lucio no dejaba de echar miradas de soslayo hacia la otra carreta.

De pronto apareció una mujer rechoncha alisándose la túnica. Carraspeó, se llevó las manos al moño para arreglárselo y se puso delante de Lucio, el cual, tras mirarla unos segundos, la reconoció.

—¡Bastia! ¡Ven aquí, mujer! —Lucio la cogió en brazos y la levantó, ante la risa exaltada de la mujer—. ¡Aún no te he perdonado que me tirases al río en pleno invierno para poder quedarte a solas con el tunante de Seihar! ¿Cuántos años teníamos?

—¡Ja, ja! ¡Éramos jóvenes entonces, como este pájaro más o menos! —dijo Bastia, pellizcando fuertemente la mejilla de Druso—. Por cierto, ¿tú quién eres? Bueno, qué más da. Sí, Lucio, al final pesqué a Seihar, y el resultado son esos cachorrillos. —Tres niños de varios tamaños, subidos a una de las carretas, observaban la escena con ojos traviesos—. A ver, enséñame el anillo de caballero. —Le agarró la mano y le cogió el dedo en que lo llevaba —. ¿Y las piernas? ¿Cómo las tienes? Quiero ver todas tus cicatrices.

—¡Bastia! ¡No soy un caballo en una feria! ¿Te enseño los dientes, también?

—Si insistes en enseñar… —Bastia le estampó una mano en la entrepierna. La mujer tenía una risa profunda y contagiosa—. ¿Pero habéis visto qué pedazo de hombre? ¿Cuándo te casas? ¡Te vas a hacer viejo!

Lucio se arrodilló a su lado y le besó la mano diciendo:

—¡Búscame una mujer sin remilgos, alegre y cariñosa como tú, dulce Bastia!

—Pudiste elegirlo a él y te quedaste conmigo, bella flor. —La hermosa voz masculina de Seihar, que tanto había alabado Barkal, resonó por toda la era.

—¡Si hubiera sabido que el muchacho tímido y un poco enclenque se convertiría en… esto! —exclamó Bastia palpándole los pectorales.

Lucio reía a gusto, como todos los demás. Garza agradecía poder vivir lejos de Barcino. Entre los indígenas la vida era mucho más libre y distendida,

y las mujeres se desenvolvían sin el recato —o la hipocresía— que se exigía a las romanas.

—¡Y quién me habría dicho a mí que tú te convertirías en una gallina desvergonzada! —bromeó Seihar.

—¿Y Luna? —preguntó Lucio con ansiedad—, ¿es que no ha venido?

—¡Estoy aquí!

De detrás de una de las carretas apareció una chica menuda, descalza, vestida con una túnica de lana fina sin teñir y con dos canastos en las manos. Lucio la admiró, pasmado: alrededor de un rostro ovalado, aterciopelado y claro, flameaba una cabellera de bronce bruñido, sujeta con cintas color malva. Sus ojos eran una mezcla de verde y azul, había heredado la barbilla partida de los Celios y la nariz griega de Lucio.

Se adelantó para ayudarla con los canastos, uno lleno de hierbas aromáticas y otro de esas rosas enormes que solo crecen en la montaña. Seihar fue el primero en hablar:

—Luna, este es mi amigo Lucio Celio, de quien te he hablado tantas veces. Aunque estoy seguro de que él prefiere que le llames Lug.

La chica se acercó y lo abrazó con fuerza, lo cual cogió a Lucio por sorpresa. No era usual que una muchacha romana abrazara a un desconocido. Pero Luna no era romana. Lucio hundió la cara en su pelo fragante y, a pesar de sus esfuerzos, las lágrimas asomaron a sus ojos. Luna se separó de él, lo miró con intensidad y le acarició la mandíbula y la barbilla partida.

—No llores. Este es un día de alegría. Por fin has vuelto a casa.

Lucio respiró hondo forzando una sonrisa y se dio la vuelta. Garza fue hacia él y lo abrazó diciendo:

—Disculpadle. Esperaba llegar a tiempo para ver su padre con vida y todavía está haciéndose a la idea.

Lucio le cogió la mano a Garza y se la apretó, en señal de agradecimiento.

* * *

Seihar y Bastia habían llevado carne de jabalí escabechada, pan de bellotas y dos ánforas de vino. Comieron bajo la parra, donde trasladaron los *lecti conviviales* del comedor. Lucio quiso que Elbón y Harmonía ocuparan los lugares de honor. Él se colocó flanqueado por Luna y Garza, y Seihar por Elbón y Bastia. Aulo comió en un banquillo junto a Elbón y Druso en otro banquillo al lado de Luna.

La comida fue suculenta. Belaiska rellenó varias veces los morteros donde se sirvió el *garum* de erizos, una especialidad de la colonia y el favorito de

Lucio. Sin embargo, apenas probó bocado, quizá porque fue quien más habló, para responder al sinfín de preguntas que todos le hicieron.

—¡Aulo! No has probado el vino que he traído —dijo Seihar.

—¡Es muy fuerte ese vino que bebéis los montañeses! —se quejó Garza.

—¡Ya tiene catorce años y cuerpo de hombre! —intervino Lucio—. Y más vale que lo beba con su tío Lug y su tío Seihar que con sus amigos.

—¡Así se habla! —exclamó Seihar levantando su copa—. Además, ya le debe de faltar poco para consagrar su primera barba en el templo.

—¿Y Vibio? —preguntó Bastia—. ¿Sigue en Tarraco?

—Pues claro que sigue en Tarraco, Bastia, si no estaría aquí —dijo Seihar, algo molesto con ella—. Lug, dejemos un rato solas a las mujeres. Acompáñame a las carretas, aún tengo cosas que descargar.

Los dos amigos se alejaron caminando. Pero no fueron hacia las carretas, sino que continuaron por el sendero hacia los corrales.

—Seihar, amigo —ambos se tomaron por el antebrazo—, ni en sueños habríamos podido imaginar que compartiríamos una hija. He soñado durante años con este momento y ahora estoy paralizado. Es preciosa y tan… diferente. Por más que lo intento, no concibo cómo Vibio y mi padre… No puedo perdonarles lo que hicieron.

—Luna es inteligente. Y fuerte. A veces me asusta con sus respuestas de persona mayor, es muy intuitiva y serena. Con el tiempo, es de justicia que Garza y tú le contéis la verdad… si es que no la imagina ya.

—Hermano, no sé si Garza y yo podremos pagarte de algún modo. Te debemos la vida de mi hija. A ti y a Elbón. ¿Cómo te puedo compensar? Seihar, ahora soy muy rico, pídeme lo que quieras.

—Pues ahora que lo dices… —Seihar arrancó una ramita de romero, la peló y se la colocó en la boca—, sí, te voy a pedir algo. Quita de en medio al gusano de Vibio y cásate con Garza. Ella no ha dejado de pensar en ti en todos estos años, a pesar de lo que tú puedas pensar. ¿A qué esperáis? Ya no sois unos niños. Aún puede darte hijos, eso es lo que necesita esta casa. Los niños traen alegría y, por desgracia, aquí se ha sufrido ya demasiado. El dinero te va a servir de poco si no empiezas a tomar decisiones.

—Menos mal que ese bastardo de Vibio se mantiene alejado, porque su sola presencia me pone enfermo —dijo Lucio con los puños apretados.

—Siempre me dio mala espina. No es trigo limpio. Tu padre se arrepintió amargamente de haberlo adoptado y de haberte enviado lejos, y pagó su error con creces. Garza es una mujer animosa, pero aún no ha conocido la felicidad. Su vida junto a Vibio ha sido poco menos que un infierno. ¿Sabes a qué se

dedica él, entre otras cosas? A explotar a tres esclavas en una casucha de Tarraco. Es un mal hombre. En cambio, cada vez que hablábamos de ti, a Garza se le ponían los ojillos brillantes.

Se detuvieron ante el palomar, que ya estaba casi terminado. Algunas aves revolotearon ante ellos y se posaron en el suelo a picotear lombrices.

—¿Es cierto eso? Por los dioses que averiguaré más sobre las actividades de Vibio. Pero ahora necesito pensar, Seihar. Todo ha sucedido muy rápido. En Roma, Garza y yo nos dijimos cosas demasiado dolorosas. No estoy tan seguro de que podamos volver a querernos como antes. Hay demasiado dolor, demasiado rencor guardado.

—Está bien, amigo. El tiempo lo dirá. En cuanto a Luna, debes saber que es… especial. Presiente las cosas. Es posible que haya heredado el don de su abuela cántabra.

—No sé si alegrarme o preocuparme.

—Una anciana sanadora de Castrum Bergium la tomó a su cargo como aprendiza cuando tenía ocho años. Se la llevaba todos los otoños por las ciudades de la costa para vender hierbas y remedios. Cuando venían a Barcino pasaban por aquí, para que Garza pudiera verla, y Harmonía les compraba ungüentos y pócimas. Un día se cruzaron ella y Gayo en la entrada de la casa. Tu padre iba apoyado en Elbón y, al verla, se acercó a ella y la observó. Todos se temieron lo peor. Sin embargo, ocurrió algo extraño. Luna se adelantó y le dijo: «No debes temer. Todos están bien». Aquella noche Gayo preguntó dónde se alojaban la curandera y la niña. Elbón mintió y dijo que no lo sabía. Gayo ordenó que fueran a buscarlas y les preparasen un lugar en su casa. Desde entonces, en cada visita a Barcino durmieron calientes en los establos. Y Gayo nunca más habló del tema, hasta que Garza le dijo la verdad. ¿Y sabes qué respondió? Que ya lo sabía.

Caminaron un rato sin hablar.

—He vivido suficiente como para no creer en los dioses, Seihar. Pero tengo el convencimiento de que existen fuerzas invisibles que escapan a la voluntad y al entendimiento humano. Se mueven en la sombra, obran en nuestro interior y nos transforman. No las he visto nunca con mis ojos, y sin embargo sé con absoluta certeza que dirigen nuestras vidas. Quizá tengan que ver con nuestros antepasados o con los que están por nacer. Y creo que son esas mismas fuerzas las que se alían con los hechiceros.

Sin darse cuenta, habían vuelto a la casa. Las mujeres estaban en la era, donde habían extendido pieles y mantas mientras degustaban un poco de *mulsum*.

—¡Os estábamos esperando! Ha llegado el momento de que Luna reciba algo muy especial —dijo Garza. Se puso en pie y fue a buscar una talega grande de piel gastada que le traía Aulo.

—Toma, Luna. Te lo prometí.

Luna la abrió y se tapó la boca con las manos, sorprendida. Después, con sumo cuidado, extrajo una piel de oso pardo de un tamaño considerable. La dejó sobre el suelo, encima de una manta. A continuación, sacó una sonaja pintada de rojo y negro, y una cajita de madera con frascos de ungüentos. Lucio adivinó enseguida de qué se trataba. Era la piel de oso de su abuela cántabra, con la que se cubría cuando visitaba a los espíritus. Luna se la colocó por encima de la cabeza. Druso la miraba con los ojos muy abiertos.

—Como te decía, Lug, Luna se ha estado ejercitando con una anciana que domina el arte de la curación —informó Seihar—. Murió el invierno pasado y Garza ha localizado a un hechicero layetano con quien Luna puede continuar su aprendizaje.

—Es uno de las tres hermanos ciegos que vivían en las cuevas de la Montaña Sagrada —dijo Garza—. Ya no vive nadie allí, todos sus parientes habitan ahora en las casas abandonadas de Barkeno.

—El pobre hombre malvive preparando filtros de amor para los palurdos de la ciudad —intervino Elbón—. La suya fue una familia muy respetada. Es una lástima verlos ahora viviendo de la caridad de las matronas romanas.

—Los nietos se pasan el día borrachos en las tabernas del puerto —dijo Seihar—. Pertenecen a aquella clase de íberos… ¿Cómo los llamaba Barkal?

—Los que «se perdieron» al salir del poblado —recordó Garza—. Los íberos ya no pueden vivir como tales, algunos se adaptan, pero otros… Por desgracia le ha pasado a muchos. La mayoría han acabado convertidos en esclavos de los romanos.

—No continuéis —dijo Luna—. Quizás estamos incomodando a Lucio y a Druso, ellos son romanos y estamos en su casa.

—No, Luna, no me incomodáis en absoluto, al contrario. En mi casa podéis hablar libremente. Además, yo también participé en la iniciación de los jóvenes layetanos, así que soy romano e íbero a partes iguales —respondió Lucio, ante la mirada arrobada de Garza.

Todos rieron y volvieron a sentarse sobre las pieles. Belaiska volvió a llenar los cubiletes con el vino dulce preparado por Harmonía. Garza seguía a la joven esclava con la mirada. Se sentía atraída por el amo, era muy evidente. Siempre que él dormía en la casa de las Espeluncas, era ella quien lo afeitaba. «¿Y qué mujer podría sustraerse a su atractivo?», pensó. A diferencia de los

otros hombres, a Lucio no le importaba mostrarse vulnerable y afectuoso en público, y cuando ello sucedía la desarmaba. Su aspecto rudo y su mirada gélida confundía a quienes no lo conocían. Ella sabía que se trataba únicamente de una máscara. El hielo azul de esos ojos se derretía ante la calidez de su sonrisa.

—Levantad vuestras copas, no demos paz al ánfora que guarda este excelente *mulsum*. ¡Bastia, muévete! Trae pasas, higos… ¿Dónde estábamos?

—Desearía pedirte algo, Lug —dijo Luna de repente.

—Lo que quieras, cielo.

—Necesito continuar con mi aprendizaje y ese anciano que vive en Barkeno podría ser un buen maestro. Pero necesito un lugar donde dormir y Seihar me ha dicho que quizá tú…

El rostro de Lucio se iluminó. La miró y le dijo:

—¡Ven a vivir con nosotros! No habría nada en el mundo que me hiciera más feliz. ¿Tú qué opinas, Garza?

Garza, sentada en el suelo con las piernas dobladas, se las abrazaba y sonreía.

—¡No se hable más! —exclamó Lucio—. Vivirás aquí con Garza y Aulo. Vibio y yo habitaremos en la casa de Barcino. Os asignaré un buen caballo a Aulo y a ti, y los primos de Belaiska os acompañarán a todas partes para que os sintáis seguros.

* * *

Seihar y Bastia se quedaron a dormir. Debían partir al amanecer y se acostaron temprano. Lucio daba vueltas en su cama, incapaz de conciliar el sueño. No estaba acostumbrado a la felicidad y sentía un miedo atroz a que el destino volviera a jugarle una mala pasada. Su hija, a quien había estado a punto de renunciar, iba a vivir con ellos. Después de su encuentro, ya no concebía la idea de estar lejos de ella. Reflexionó sobre las palabras de Seihar. Garza aún tenía por delante algunos años fértiles. ¿Cómo sería un hijo varón de él y Garza? Pasaban los minutos y, lejos de serenarse, su ánimo se turbaba más.

Se levantó. La noche era calurosa y salió a tomar el aire vistiendo solo el *subligar*. En la era divisó dos figuras, sentadas en el murete de ladrillo que la rodeaba. La luna llena las iluminó: eran Luna y Garza. Empezó a volver sobre sus pasos, estaba medio desnudo y no era adecuado presentarse así ante ellas.

—¡Lug! Somos nosotras, ven.

Él dudó, pero ¡por Júpiter!, eran su hija y la madre de su hija, y él estaba en su casa. Hacía calor y era agradable sentir el frescor de la brisa en la piel. Fue hacia ellas y se sentó, y pensó en lo dulce que era encontrarse en ese tipo de tesituras.

—Luna se ha despertado gritando y la he acompañado a tomar el aire. Quédate con ella mientras traigo un poco de agua —le pidió Garza.

Él se sentó a su lado y la rodeó con sus brazos. No era apropiado, lo sabía, pero ¡era su hija!

—Luna, preciosa, estás temblando, ¿qué tienes?

—A veces tengo sueños muy reales y me despierto asustada. Me sucede desde pequeña. Solo necesito aprender a controlar el don.

—Háblame de ese don, Luna. ¿Qué es exactamente?

—Los muertos me hablan, vienen a mí. A veces soy yo quien va hasta donde están ellos.

La claridad lunar le otorgaba a su cabellera un halo resplandeciente. Luna poseía una belleza fuera de lo común. Sintió cómo su corazón se enternecía y, al mismo tiempo, lo asaltó un temor enorme a que pudiera pasarle algo.

—Ojalá estuviera viva tu abuela, ella podría enseñarte. ¿Te han contado que me salvó cuando yo era niño? Todos esperaban sin remedio mi muerte, pero ella se puso esa piel de oso y empezó a tocar la sonaja… Yo estaba inconsciente, Garza me lo contó.

—Lo sé. Mi abuela a veces me habla. Es un espíritu poderoso. Otras veces tengo visiones, como me ha pasado esta noche. He visto dolor y muerte muy cerca, y yo no sé cómo ayudar.

Así que sus temores eran fundados. Algo negro se cernía sobre ellos.

—No has de temer, Luna. Estoy aquí, y lucharé si es preciso contra vivos y muertos para que seas feliz. Pienso defenderte como si fueras mi propia hija.

Se miraron con intensidad. Luna se acercó a su mejilla y le besó la cicatriz. Después se acurrucó contra su pecho.

—Soy tu hija. Tuya y de Garza. Ya lo intuía, pero cuando te vi lo supe.

Lucio la apretó contra él. No dejaría que nadie le hiciera daño. Le besó el cabello, las sienes, la frente, buscó palabras para describir la profundidad de su emoción, pero no las halló. Se trataba de un sentimiento que no se parecía a ningún otro experimentado antes, y que fundió como la cera el último rincón helado de su alma porque, en realidad, se estaba abrazando a sí mismo.

Garza los encontró así y no quiso hablarles. Se sentó a su lado, apoyó el cántaro de agua en el suelo y esperó. Pasaron unos minutos y Luna se excusó,

ya estaba más tranquila. Bebió y les dio las buenas noches. Garza y Lucio se quedaron solos.

—Sabe que somos sus padres, me lo ha dicho.

—Lo suponía. Ha heredado el don, no cabe duda.

Lucio se levantó, con las manos entrelazadas en la nuca. Se notaba agitado por dentro en aquel nuevo papel. ¿Habría sentido lo mismo su padre por él? Se volvió y se arrodilló ante Garza.

—Ten paciencia conmigo, te lo ruego. Tú hace muchos años que eres madre, yo… tengo que acostumbrarme poco a poco a esta sensación. Siento una gran felicidad y una enorme angustia al mismo tiempo. Y no es solo la paternidad…, es que ahora me siento responsable de todos vosotros.

—Toma, bebe. Conozco bien ese sentimiento. A medida que Gayo fue empeorando, me empecé a sentir responsable de todo lo que pasara en la familia y en el negocio, pero debía dejar bien claro que el amo seguía siendo él. Ha sido difícil.

—Una carta, Garza, una sola palabra escrita por ti, y yo habría vuelto.

—Estaba convencida de que me odiabas. Lo siento, así era.

Lucio la cogió de la mano y la llevó hasta las sombras del emparrado. La abrazó y ella no lo rechazó. Conteniendo el ansia, la besó lentamente en el cuello, en los hombros, en la frente. Las manos de Garza recorrían su espalda, deteniéndose en cada hondonada, en cada valle. Posó su boca sobre la de ella con suavidad y ella se inflamó. Allí seguía, el deseo que los había unido estaba intacto. Se besaron con furia, agarrándose del cabello, mordiéndose los labios hasta hacerse daño. Quince años de distancia y de reproches que se hicieron añicos.

—Estamos juntos de nuevo, amor, y nuestra hija está aquí con nosotros. Vayamos al manantial, a la cueva. Ven conmigo —le propuso Lucio casi con un suspiro.

Garza se tensó.

—No, al manantial no. La cueva lleva abandonada mucho tiempo y estará llena de alimañas.

—Y qué más da, nos quedaremos fuera. —La voz de Lucio se enronqueció. Con una mano atrapó un seno y notó la cúspide endurecida—. Que la luna sea testigo de nuestra reconciliación.

—No, Lug. Quedémonos aquí.

Él se apartó.

—¿Qué pasa? Creía que tú también…

—Sí, lo deseo tanto como tú, pero necesito tiempo…

—De acuerdo, Garza —respondió él con sequedad—. Avísame cuando estés preparada. Buenas noches.

Con el cuerpo y la mente incendiados, dejó a Garza en medio de la noche y se refugió en su habitación, desconcertado.

⁎ ⁎ ⁎

A los pocos días apareció Vibio. Garza había empaquetado sus pertenencias en un baúl y las había enviado a la casa de Barcino. Le transmitió las órdenes del amo y él las acató con fingida indiferencia. Se presentó en la casa de la ciudad cuando Lucio acababa de despedir al último cliente.

Entró en el *tablinum* y se dejó caer pesadamente sobre la cátedra de Gayo. Lucio lo miró con severidad. El uso de aquella silla estaba reservado al *paterfamilias*.

—Tenemos que hablar de muchas cosas, Vibio, y no quiero demorarlo más.

Lucio estaba de pie frente a él, con los brazos cruzados, vestido con una sencilla túnica escarlata. Vibio lucía una vestimenta muy costosa, bordada con hilo de oro y teñida de un color granate a imitación de la púrpura de los patricios.

—Cuéntame, ¿qué negocios tienes en Tarraco que te ocupan tanto tiempo?

—Primero deberías preguntarme por qué tuve la necesidad de irme a Tarraco. Solo cuentas con la opinión de Garza. Llevas demasiado tiempo fuera como para saber que mi querida esposa ha resultado ser una entrometida. Necesita sentirse poderosa en todo momento, y no dudará en hacerte a ti lo mismo que hizo conmigo. Ándate con cuidado: Garza no es lo que aparenta.

—¿Y qué es lo que te hizo, si puedo saberlo?

—Me arrebató el lugar que me correspondía, quién sabe con qué propósito… Aunque es fácil de imaginar. Me quitó de en medio, se ganó a Gayo, ¡que los dioses bendigan su buen nombre! Lo puso en mi contra y lo mismo hizo con Aulo. ¿Qué podía hacer yo aquí? Me busqué ocupaciones lejos, y Tarraco es un buen lugar para hacer negocios.

—Hablemos claro: nunca te ha interesado el bienestar de esta familia, has vivido como un parásito a costa de mi padre hasta su muerte. Me he informado y sé a qué te dedicas. Mientras los demás trabajamos honradamente la tierra, ¿qué haces tú? Explotar en un cuartucho del puerto de Tarraco a tres esclavas que compraste con la asignación de mi padre.

Vibio se revolvió en su silla. Dio unas palmadas al aire y pidió vino. Lucio seguía frente a él, de pie, al otro lado de la mesa.

—También sé que mantienes allí a un joven gladiador con quien juegas a espaditas. Una ocupación entretenida, y te agradezco la delicadeza de haberte ido a Tarraco para ahorrarnos la vergüenza.

Una esclava entró con una jarra de vino y dos cubiletes. Lucio le ordenó que se lo volviera a llevar todo a la cocina.

—No tengo nada en contra de los hombres que prefieren estar con hombres, he estado demasiados años en la legión para escandalizarme, pero sí me cuesta comprender que hayas elegido llevar esa vida tan vacía. ¿Lo sabe Garza?

—¡No, por los dioses! No querría herir su… sensible corazón. Guárdame el secreto, hermanito. Disfruto de la vida, ya sea con hombres o con mujeres. Si algún día decides abandonar por unas horas tu *aurea mediocritas*, para ti habrá servicio gratis.

Lucio avanzó hacia él y dio un puñetazo en la mesa. El tintero se derramó y goteó sobre la toga de Vibio.

—¡Levántate ahora mismo de esa silla, miserable! ¡Deja ya de tomarme por un necio! —Lo agarró de la túnica y lo sacudió para que se apartara. Se sentó en la cátedra y le dijo muy lentamente—: No vuelvas a llamarme hermano. Podrás vivir en esta casa hasta que resuelva qué voy a hacer contigo, pero ni se te ocurra acercarte a Garza o a Aulo. Y cada vez que salgas me informarás de qué vas a hacer y con quién. ¿Entendido?

—¿Me alejas de mi esposa y de mi hijo? —dijo Vibio, sentándose teatralmente en un escabel y arreglando con cuidado los pliegues de su toga —. Déjame adivinar… Has vuelto, quieres recuperarla y yo te estorbo, ¿no es así? Sigues siendo el mismo ingenuo, crees que has cambiado solo porque impresionas a quien no te conoce con esas cicatrices de guerra… Garza no ha dudado en satisfacer sus necesidades, ¿o te crees que ha sido casta como una vestal?

—¿Cómo osas hablar así de la madre de tu hijo?

Vibio alzó las cejas ostensiblemente y profirió una carcajada. Después dijo:

—*Mater semper certa est, pater…* —De repente, se puso muy serio y adoptó una expresión desafiante—. Si me atacas acudiré a los jueces.

Lucio se levantó y se encaró a él. Se palmeó el pecho con ambas manos y dijo:

—¡Mírame, Vibio! ¿Crees que aún soy el muchacho obediente y sumiso? ¡Dime! ¿Te parezco el mismo?

—Por fuera has cambiado, eso es evidente. Pero por dentro, ingeniero Celio, sigues bebiendo los vientos por mi mujer. —Vibio se recreó en las dos últimas palabras—. Y eso hace que sigas tan ciego como antes.

—Fuiste muy afortunado, te cedí sin rechistar el puesto que me correspondía, ¿y tú qué hiciste? —Lucio hablaba con los puños apretados, conteniéndose. El cuerpo le pedía golpearlo hasta matarlo—. Lo pisoteaste. Has dilapidado toda tu suerte. Se acabó, Vibio.

Respiró hondo y volvió a ocupar su sitio. Apoyó los codos en la cátedra y juntó sus manos por las yemas de los dedos. Vibio lo enervaba, lo estaba provocando desde su regreso. Solo que ahora la correlación de fuerzas había cambiado. Sentía un vivo deseo de hacerlo desaparecer.

—Otra cosa más. Como tienes ingresos propios, dejarás de recibir tu asignación. Ahora, sal de mi vista.

* * *

Al amanecer del día siguiente, alguien aporreó la puerta. Era uno de los administrativos de la Curia. Lucio y Vibio salieron de su cuarto a medio vestir para ver qué sucedía:

—¡Lucio Celio! Los duunviros requieren tu presencia en la Puerta Pretoria. ¡Ha ocurrido algo muy grave!

Se vistió con celeridad y salió con Vibio pisándole los talones, vestido con una ridícula túnica morada tan larga que lo hacía trastabillar a cada paso. Cuando llegaron había una multitud concentrada frente a la puerta.

—¡Ah, ingeniero! —lo llamó uno de los decuriones—. ¿Qué te parece? ¡Qué barbarie! —dijo señalando al suelo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Lucio, dando un respingo—. ¿Quiénes son?

Sobre un saco ensangrentado, dos cabezas cortadas lo miraban con ojos desvaídos. En su frente alguien había clavado un larguísimo clavo de hierro que sobresalía por la nuca.

—Aurelio y Vulpex, los guardias desaparecidos en la última batida contra los bandidos —dijo uno de los cuestores.

—Es el ritual de las cabezas cortadas —murmuró Lucio—. Solo que esta vez no las han clavado en la muralla del poblado.

—¡Esto es una provocación intolerable! —exclamó Pedanio, uno de los duunviros—. Roma les trae la civilización, y aun así estos animales se

empeñan en seguir con sus bárbaras costumbres. ¡Señores, esto ha llegado demasiado lejos! Dentro de unos días llegarán los soldados. Nadie entre nosotros posee tu experiencia militar, Lucio Celio. Tengo entendido que conoces bien el territorio. Convendrás conmigo en que eres la persona más indicada para acompañar a la centuria y organizar su despliegue.

—En ese caso, me pongo a disposición de los decuriones —respondió Lucio sin vacilar.

Cuando volvían hacia la casa, Vibio no paraba de canturrear mientras lo miraba con una extraña expresión de triunfo.

—¿Cómo puedes estar tan contento? Han decapitado a dos hombres.

—Los dioses deben de estar aburridos, ¡ja, ja! —Vibio le pasó la mano por los hombros y le habló cerca de la oreja—: Querido primo: cuando atrapes a esos bandidos, si es que lo consigues, ni te imaginas lo que nos vamos a divertir.

47. EL OCASO DEL GUERRERO

El campamento legionario se estableció cerca de las Piedras Albas, una llanura situada al pie del Monte Ursa. Desde Tarraco habían enviado a dos centurias de la *Cohors I Nova Tyronum*, para enojo del pretor, pues se trataba de reclutas con poca experiencia.

Los campesinos estaban deseosos de celebrar la fiesta de primavera después de los funestos presagios ocurridos en los primeros días del mes dedicado a *Februus*: en los campos de Ratumedio había nacido un cabrito con dos cabezas y Docilón había llevado a los augures un polluelo con cuatro patas. Como los duunviros debían asistir a los rituales, fueron el pretor urbano y el mismo Lucio los encargados de organizar la batida, con la supervisión del centurión.

A partir de los mapas realizados por los agrimensores que habían centuriado las tierras de la colonia, se resolvió confeccionar otros, más detallados, para ser entregados a cada uno de los grupos de búsqueda. Lucio propuso celebrar las reuniones preparatorias en su casa de las Espeluncas, así podrían contar con la experiencia y el conocimiento de los layetanos que trabajaban en sus tierras. Era preciso trazar con la máxima fidelidad todos los caminos y los escondrijos de la Sierra Oscura. Se procuraron finas pieles de becerro, cálamos y tinta, y dos de los escribas más habilidosos de la Curia empezaron a dibujar. Garza sería igualmente de gran ayuda, no se le ocurría nadie mejor para señalar todas las torrenteras y las grutas.

—Esta mañana ha ensillado su caballo y ha salido temprano —informó Elbón a Lucio—. No ha dicho adónde iba; últimamente ha andado muy ocupada preparando la iniciación de algunas muchachas. —Lucio arrugó la frente y Elbón le dijo—: No le exijas que se comporte como una romana, ella es diferente.

Lucio sonrió y le puso una mano en el hombro.

—Lo sé de sobra, Elbón. Iré al manantial. Quizás esté allí.

Dejó al pretor y al centurión con Neitinbeles, uno de los capataces íberos y experto cazador, que también podía serles de ayuda. Se encaminó hacia la cueva con paso ligero. Sentía presión en las sienes debido a la pesadez del ambiente, el día había amanecido nublado. Arrancó un tallo de hinojo y se lo puso en la boca. Tras tantos años, volvía a subir al manantial en busca de

Garza. Un cosquilleo le recorrió el estómago al recordar la noche en que ascendió a oscuras disfrazado de centurión.

Rodeó la poza frente a la cueva y se acercó hasta la entrada. Alguien la había utilizado recientemente, a juzgar por las huellas sobre la tierra. Desatrancó la puerta, entró y esperó a que sus pupilas se adecuaran a la oscuridad reinante. Encima de los bancos de piedra había orzas con carne en aceite, sacos de trigo y otros víveres. En un rincón se amontonaban arreos de caballos y algunos arcones. Abrió uno de ellos. Aparecieron capas oscuras con capucha y ropajes masculinos de los que utilizaban los nativos. Algo metálico tintineó mientras removía la ropa. Introdujo la mano hasta el fondo y palpó dos hojas largas y curvas. Eran falcatas.

Abrió otro baúl y su sorpresa fue enorme cuando descubrió más armas, romanas y nativas, de todos los tamaños. Había espadas, dagas cortas, dardos, flechas y moharras para ensartar en astas de madera. Un verdadero arsenal. ¿Qué significaba todo aquello? Cerró la puerta y empezó a descender. Quizá Garza hubiera guardado allí las antiguas armas de Barkal… Sin embargo, se trataba de armas bastante nuevas que parecían haber sido afiladas recientemente. ¿Y las provisiones? ¿Con qué objeto, además, se guardaban allí ropajes masculinos? ¿Tendría Vibio algo que ver?

Se detuvo cuando una idea cruzó por su mente como una centella. ¿Y si…? No, no. Todo tenía una explicación lógica que Vibio o Garza le proporcionarían. Se sintió algo decepcionado por la ausencia de ella. Le había enviado recado con antelación de que la reunión con el pretor se celebraría en las Espeluncas. Espantó con decisión las dudas de su cabeza y siguió su camino hasta que volvió a reunirse con los militares.

—Sí, la presencia de tu cuñada habría sido muy útil para nosotros —dijo el pretor—. Está muy apegada a los indígenas y podría ofrecernos pistas. Siempre que estuviera dispuesta a ayudarnos, claro.

—¡Por supuesto que lo estaría! —exclamó Lucio—. ¿Acaso lo dudas?

—No sé qué decirte. Vibio Crispio, su marido, no la deja en muy buen lugar con respecto a su adhesión a la causa romana. La madre era cántabra, ¿no es así?

Lucio sintió la ira subir por su espina dorsal. Se contuvo. Cruzó los brazos y asentó bien los pies en el suelo. Intentó responder de manera desapasionada:

—Pretor, estarás enterado de que mi padre desheredó a Vibio por su conducta… inapropiada y por dejadez de sus obligaciones familiares. No es el más indicado para sembrar dudas sobre la honorabilidad de nadie. Si en algún

momento necesitas alguna información, dirígete a mí. Yo estoy a cargo de todo ahora.

—Lo celebro. Entre los decuriones se comentó mucho el hecho de que una mujer como ella se hubiera hecho con el mando de la familia.

—¿Una mujer como ella? ¿A qué te refieres? ¿Acaso no es hija, esposa y madre de ciudadanos romanos?

—¡Por supuesto! Pero también sigue ejerciendo de sacerdotisa del manantial, y sabemos que realiza rituales de iniciación de doncellas en las cuales las autoridades romanas tienen la entrada vetada. Y eso es inadmisible, sobre todo ahora, con estos malhechores yendo y viniendo a su antojo. Alguien podría llegar a pensar que…

—¿Qué? —inquirió Lucio con firmeza—. Di todo lo que tengas que decir.

—Que Garza y todos esos parientes suyos que trabajan en tus tierras les han estado ayudando.

El semblante de Lucio se contrajo. Le dirigió al pretor una mirada helada y se acercó más a él.

—No te consiento que hables así de Garza. Su padre fue uno de los fundadores de la colonia y uno de sus primeros magistrados. Es bueno que les permitamos a los layetanos conservar algunas de sus costumbres si deseamos evitar el surgimiento de más rebeldes y bandidos, ¿no crees?

El pretor lo miró con severidad, pero acabó inclinando la cabeza. Llegó el centurión y se unió a ellos. Les explicó cuáles eran los planes.

—Una centuria se adentrará en la Sierra Oscura, cuya vertiente norte será peinada de un lado a otro. Sin embargo, no me extrañaría que esos bandidos hubieran huido hacia el interior. Si son despiertos, sin duda habrán detectado ya nuestra presencia. Por eso la otra centuria ascenderá por el Rubricatus y establecerá un campamento al pie de la Montaña Sagrada. Si yo tuviera que elegir un lugar donde esconderme, sería ese.

—Estoy de acuerdo. No creo que nos estén esperando tan cerca —intervino Lucio.

—Cuando marchábamos hacia la colonia, los guardias de Ad Fines nos informaron de que encontraron hace unos días un bote camuflado en la espesura, varias millas más arriba del puente.

—Eso no significa nada —dijo el pretor—. Muchos indígenas cruzan el río en botes. Rehúsan pagar el impuesto del puente.

—Algo debe de significar, porque al lado del bote también hallaron un silo con provisiones y armas.

La preocupación de Lucio iba en aumento. Provisiones y armas, como en la cueva del manantial. ¿Se trataría de aquello de lo cual Garza no quiso hablarle? Desechó la imagen que empezaba a formarse en su mente. Se emplearía a fondo en capturar a esos bandidos y limpiaría la imagen de Garza.

—El terreno por donde se van a mover los hombres es escarpado y difícil, y probablemente ellos lo conocen mejor que nosotros, la situación ideal para el ataque de guerrillas, donde de poco sirven las habilidades de la legión —dijo Lucio.

—Pareces saberlo muy bien —afirmó el centurión.

En efecto. Había acompañado a Barkal en varias ocasiones siguiendo rastros de lobos. Quizá podría llegar a recordar algunas sendas. Pero no convenía que lo supiera el pretor, podría desconfiar de él como lo hacía de Garza.

La situación de los indígenas había empeorado desde su marcha. Excepto los que habían podido emparentar con romanos o enriquecerse durante la construcción de la colonia, había escasas posibilidades de que un íbero accediera a cierta prosperidad. No eran romanos los niños andrajosos del puerto de la colonia. En las puertas de los burdeles, decenas de jovencitas layetanas se ofrecían por una moneda y otros tantos nativos se presentaban cada semana ante Elbón ofreciéndose como esclavos. La sociedad layetana se desmoronaba ante la arrogancia y el desprecio de los conquistadores. Hasta cierto punto, eran comprensibles los brotes de rebeldía.

Un *optio* se acercó con varios cubiletes en la mano. Les sirvió vino de una jarra y se unió a la conversación.

—Señores —dijo el centurión—, lo más indicado será llevar dos guías. Uno me acompañará a mí y a la mitad de mis hombres a la Sierra Oscura y el otro irá con el ingeniero. Espero, Lucio Celio, que aceptes hacerte cargo del grupo que peinará la Montaña Sagrada. El pretor permanecerá en la ciudad, no se descarta que esos malhechores puedan intentar algún otro golpe de efecto como el de las cabezas cortadas. Preparémonos, partiremos al alba.

⁎ ⁎ ⁎

Lucio esperó el retorno de Garza hasta el atardecer. Mientras tanto ayudó a los escribas y a Neitinbeles a completar los planos de todos los caminos y abrigos que recordaba. Detectó cierta reticencia en el viejo cazador cuando le pidió que los acompañara, pero no era para menos. La acción era muy arriesgada y se podían perder vidas. Si esos bandidos eran los mismos que habían cortado las cabezas de los guardias, se iban enfrentar a gente peligrosa.

Quedaba una hora de luz cuando llegó Garza, despeinada y con la ropa manchada del polvo del camino. Lucio estaba ya montado en su caballo, a punto de partir hacia Barcino. Ella desmontó y se acercó. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado. Los días ya eran calurosos y el polvo del camino se metía en los ojos y los inflamaba. Dijo que había ido a Ad Fines para concertar con un tratante de ganado la entrega de un mulo para Seihar en la siguiente luna llena, tal como le había pedido en la última visita. Lucio la puso al corriente de los planes de la centuria. No le comentó nada de la cueva del manantial, no era el momento adecuado.

—Aulo podría acompañarnos, sería una buena experiencia para él participar en la batida.

Al oír la propuesta, Garza saltó de pronto, con un ímpetu exagerado:

—¡Ni se te ocurra! ¡Aulo no! ¡Aún es un niño!

—Dijiste que necesitaba aprender a defenderse.

Garza, muy nerviosa, negaba una y otra vez con la cabeza. Lucio no insistió, se la veía alterada. El instinto le decía que su comportamiento no era normal. ¿Ocultaba algo? ¿O quizá fuera la reacción de una madre asustada? Lucio sospechaba que algo pasaba. A su vuelta la interrogaría. No toleraría más secretos entre ellos, así lo habían acordado.

—Está bien. Hablaremos cuando vuelva. No sé cuánto tiempo estaré fuera. Por favor, cuida de todo mientras yo no esté.

Garza se agarró a su pierna, con la expresión crispada:

—Ten mucho cuidado, Lug, por lo que más quieras. Ya te perdimos una vez.

* * *

La columna de legionarios, encabezada por Lucio y Neitinbeles, desfilaba silenciosa por la Vía Augusta cuando la aurora empezaba a acariciar el horizonte con sus rosáceas yemas. A pesar de tratarse solo de cuarenta hombres, lucían magníficos con los mantos escarlata y los cascos bien lustrados. Los quince jinetes que los acompañaban cerraban la retaguardia.

Lucio no había sentido placer alguno en volver a colocarse los pertrechos militares. Aun así, teniendo en cuenta que debía mandar a unos soldados que le eran desconocidos, no descuidó ningún detalle que lo ayudara a ganarse su respeto. Llevaba un casco empenachado de oficial y una coraza musculada de cuero endurecido, sobre la cual colocó sus condecoraciones. Libre de las calzas del atuendo militar en Germania, llevaba los muslos al descubierto. Sus cicatrices habían impedido que creciera el vello en algunos lugares, por lo que

se hacían muy evidentes. Por suerte o por desgracia, serían la mejor carta de presentación ante los legionarios.

Varios de los colonos veteranos que habían combatido con su padre esperaban a ambos lados del camino, muy erguidos, con la mirada al frente y la mano derecha sobre el pecho. Al pasar Lucio, dirigieron la mirada hacia él y seguidamente bajaron la cabeza en señal de respeto. Le fue difícil disimular la emoción. No era adecuado detenerse a saludarlos. Una parada justo cuando aún no había recorrido una milla habría sido interpretada por los soldados como un signo de mal agüero. Los miró uno a uno desde la altura del caballo, asintiendo varias veces con la cabeza.

Cuando se acercaban al camino que desde la Vía Augusta enfilaba hacia su casa, observó que su familia lo esperaba para despedirlo. Un fogonazo rojo le indicó que Luna también estaba. Dio órdenes al *optio* de continuar mientras él se adelantaba al trote.

Druso se irguió en su caballo y le dedicó un saludo militar, que fue correspondido por Lucio. Aulo, boquiabierto, imitó a Druso. Elbón le alargó un hatillo:

—Toma, hijo, Harmonía te lo envía. Que los dioses os acompañen.

—¡Padre! —lo llamó Luna.

Al oírla, el mundo se detuvo. Durante unos instantes no oyó más que esa palabra retumbando en su cerebro. Padre. Era la primera vez que Luna se dirigía a él así. El corazón le latía desaforadamente, pugnaba en deseos de bajarse del caballo y abrazarla. Le hormigueaba en todo el cuerpo la emoción reprimida, pero la columna se acercaba y habría sido un espectáculo lamentable que lo vieran llorar abrazado a su hija. Respiró hondo, le guiñó un ojo, se enderezó y recobró el porte marcial. Los ojos se le fueron hacia Garza. Intuyó que dentro de ella también se desataba una tormenta. Le temblaban los labios, pero mantenía la cabeza alta y la mandíbula apretada. Sin duda, estaba angustiada por él. Aún lo amaba. ¿O quizá solo lo necesitaba?

Antes de ponerse otra vez en marcha para encabezar la columna, Lucio no pudo resistirse a agarrar un mechón de la cabellera de Luna y sentir su suavidad en la palma de la mano. Le dio un pequeño tirón mientras le dedicaba su mejor sonrisa. Se alejó con una única idea en mente: cuando todo hubiera terminado, irían a Tarraco, con Quinto, y disfrutarían de unos días todos juntos. Se moría por estar con Luna y con Aulo, por volver a cortejar a Garza, por bromear con su primo y con Druso. Deseaba vivir y agradecer a los dioses que, finalmente, la felicidad parecía querer instalarse de nuevo en su corazón.

⁎ ⁎ ⁎

Sorteadas las primeras estribaciones, la montaña se presentaba ante ellos con toda su majestuosidad. La envolvente densidad pétrea hacía que el ambiente se notara más pesado. Por fortuna, la brisa se encajonaba por el Rubricatus y contrarrestaba el calor de mayo. Las ginestas estallaban por doquier, tiznando de amarillo intenso la falda de la montaña, matizada con el tono lila de las malvas.

Neitinbeles era de pequeña estatura, y montaba un caballo de raza íbera tan pequeño como él. A pesar de sobrepasar la cincuentena, conservaba una buena mata de pelo negro y brillante, y su cuerpo era nervudo y fuerte como el de un íbice. Unos ojillos vivos, tan oscuros como su pelo, refulgían en su rostro moreno y arrugado. Lucio y él se habían conocido hacía años, pero aquella era la primera vez que entablaban una relación más estrecha. Conocía bien la Montaña Sagrada y todas las historias mitológicas relacionadas con ella.

—Solo los layetanos de las granjas más aisladas siguen transmitiendo a sus hijos las historias de nuestros dioses —dijo el cazador, escupiendo al suelo desde su montura.

—¿Qué historias son esas? —preguntó Lucio, aun conociéndolas ya desde que Barkal se las contó a él y a Garza.

—¿Has visto alguna vez cuántas conchas marinas hay incrustadas en las rocas de la montaña? Eso es porque la Señora creó a los seres vivos a partir de un gran barrizal que se formó cuando se retiraron las aguas del mar. La diosa moldeó las formas en el interior de su seno, como si se trataran de mantequilla, y luego las fue pariendo una a una.

—Siendo niño, Barkal me llevó a la Roca Agujereada. Los pastores creían que aquel era el útero petrificado de la diosa, por donde nacieron todos los animales. Fuimos muy de mañana, cuando al otro lado del agujero solo se veían brumas. Pensé que me encontraba en una de las puertas del Averno.

—Y en cierta manera lo es. Cuando nacía un niño deforme, los sacerdotes lo arrojaban a través de la Roca Agujereada para devolvérselo a la diosa.

Cabalgaron un rato en silencio. Neitinbeles era un hombre de pocas palabras, aunque lo más probable fuese que hablar de las antiguas historias lo entristeciera. Al cabo de un rato, retomó la explicación:

—Pasó el tiempo, tanto como el que tarda un olivo en vivir. La matriz de la diosa se agotó, pero en su seno aún quedaban muchos seres por crear. Pugnaban por salir, alzando sus manos hacia el sol, rogándole que los ayudara a nacer. Por eso nuestros ancestros la llamaban la Montaña de los Mil Dedos.

—¿Y qué hizo el sol, los ayudó? —Lucio sintió que había vuelto a la infancia.

—El padre Sol es un guerrero, no una partera. Solo pudo enviarles sus rayos ardientes, que endurecieron tanto el barro del que estaban formados que acabaron convertidos en piedra.

Avanzaban por una senda que bordeaba el curso de agua. En un par de ocasiones tuvieron que meterse en la corriente, pues las lluvias de primavera habían desmoronado los caminos. Por suerte, el lecho del río era rocoso en aquella parte y no les costó continuar.

—Es una lástima que tu pueblo no haya tenido escritores —dijo Lucio.

Neitinbeles se encogió de hombros.

—¿De qué serviría? —replicó, escupiendo de nuevo—. ¿Quién se interesaría por lo que ya está muerto?

⁎ ⁎ ⁎

Establecieron el campamento a la orilla del río, en la zona noreste de la montaña. Los hombres se dividieron en grupos pequeños, cada uno acompañado por dos jinetes. Los días transcurrieron sin novedad, exploraron todos los torrentes, buscaron rastros y escudriñaron cuevas. Tras una semana se centraron en la zona de las Agujas de Piedra, situada en el extremo opuesto. Lucio resolvió no mover el campamento aunque tuvieran que hacer marchas más largas. Si los estaban observando, el cambio de ubicación les habría dado demasiadas pistas.

Se cumplió otra semana y, si bien encontraron restos de hogares y algunas señales que los llevaron a albergar esperanzas, el resultado fue nulo. Quizás el otro grupo los hubiera capturado ya en la Sierra Oscura. No obstante, de haber sido así habrían enviado un mensajero para comunicárselo. Lucio dio órdenes de levantar el campamento. Cuando los hombres estuvieron preparados, habló con Neitinbeles:

—No me voy a dar todavía por vencido. Nos vamos, sí, pero sólo en apariencia. Nos esconderemos en las colinas al este del río. Esta noche no encenderemos ni una hoguera. ¡*Optio*! Elige diez hombres, los mejores rastreadores, yo mismo encabezaré el grupo. Avísales de que mañana iremos sin coraza. Los días son muy soleados y los reflejos metálicos nos delatan. Nos untaremos la piel y la túnica de barro. Solo llevaremos la espada y el escudo.

—¿Y el casco? —preguntó el *optio*.

—Nada de casco.

—Pero, señor, esos bandoleros disponen de hondas y de flechas. Seremos un blanco fácil.

—No si somos sigilosos y nos mantenemos fuera de su vista.

—¡Sí, señor! Si hay que jugar al ratón y al gato —dijo el *optio*—, asegurémonos de ser el segundo.

Lucio sabía que había enviado a los muchachos más inexpertos a aquellas zonas donde existían los mejores lugares para esconderse. ¿Por qué? Temía encontrar lo que ya presuponía, pero no podía demorar más lo inevitable: iría él, acompañado de los mejores hombres, camuflados de barro y ramas.

Durante días comieron carne seca y no encendieron fuego, se arrastraron con sigilo por torrentes y despeñaderos, bebieron el agua de las cubetas rocosas, husmearon rastros aún calientes y observaron ramas rotas en los arbustos hasta que, en la tarde del cuarto día, dieron con un escondrijo habitado por tres hombres indígenas armados hasta los dientes. La cueva debía de ser su arsenal secreto, pues durante varias horas acarrearon armas y víveres que almacenaron dentro, con la ayuda de teas. El pequeño grupo de soldados esperó a que llegara la noche, ocultos bajo el manto de follaje y bellotas en un pequeño encinar cercano. Podía haber más hombres dentro de la cueva. Lucio esperaba que la sorpresa del ataque decantara el enfrentamiento hacia el bando romano.

La luna se alzó en el cielo y las voces en íbero se apagaron. Un buen rato después se oyó un ululato y varias cabezas se alzaron entre el follaje. Se pusieron en pie sigilosamente, sin poder evitar el crujir de ramas secas. Uno de ellos imitó el rebudio del jabalí. Lucio, con una vara, removía la hojarasca como se si tratara de un puerco salvaje hozando la tierra. Un tercero, mientras tanto, ya se acercaba a la boca de la cueva. Junto a una pequeña hoguera, el centinela indígena, alertado por los ruidos, escuchaba con atención. No tuvo tiempo de más, pues el legionario se le echó encima y le golpeó en la nuca, dejándolo inconsciente.

El soldado ahuecó la boca y se golpeó una mejilla. Era el sonido acordado para que sus compañeros se aproximaran. Con las teas encendidas, resolvieron entrar todos a la vez para aprovechar el desconcierto. Casi no tuvieron tiempo de acostumbrar sus pupilas a la luz cuando dos individuos se levantaron rápidamente de sus camastros y se lanzaron contra ellos. Fue fácil reducirlos. Se quedaron inmóviles al sentir el filo helado de un *gladius* romano en la yugular.

Los peores presagios de Lucio se cumplieron aquella noche. Allí estaba Untiken, con sus fieras pupilas refulgiendo frente al fuego de las teas.

Al cabo de unos días, la columna volvió a la ciudad con tres prisioneros atados a la carreta de los suministros. Neitinbeles y Lucio la encabezaban. La gente se agolpaba a ambos lados de la Vía Augusta para abuchear a los bandoleros. Les lanzaban piedras y verduras podridas. Fueron muchos más, sin embargo, los que se limitaron a verlos pasar, observándolos con el semblante adusto. Algunas mujeres lloraban, otros apretaban los puños y dirigían miradas de ira hacia los soldados. La vestimenta y las alpargatas de esparto los delataban: eran indígenas, como los bandidos. Algunos incluso se acercaban a ellos para darles de beber o tocarlos.

Al pasar por sus tierras, Lucio no vio a nadie esperando. Mejor. No sabía cómo iba a recibir Garza la noticia de que Untiken era el jefe de los rebeldes. El encuentro con él había sido cortante. Al principio, el íbero no lo había reconocido, pero él sí. Untiken ya destacaba cuando era joven, pero durante aquellos años había desarrollado un físico impresionante. Llevaba el pelo largo, recogido en una coleta, y lucía una barba poblada.

La noche anterior, Lucio se había ofrecido a hacer la primera guardia para poder hablar con él. Había luna llena, y Untiken lo taladró con la mirada cuando se acercó hasta la estaca donde estaba atado.

—¿Quieres beber? —Lucio le acercó un pellejo de vino.

El indígena asintió. Abrió la boca para recibir el chorro. Parte del vino se le derramó por la barba. Tenía un labio partido y la mejilla amoratada. Los soldados no habían sido particularmente cuidadosos al capturarlo. Untiken no le quitaba los ojos de encima.

—¿Qué miras? —le preguntó Lucio, algo molesto.

—Has cambiado. No creí que volvieras. No te reconocí hasta que te lavaste la cara. En cualquier caso, habría esperado un señorito de manos suaves y mucha labia.

—Pues ya ves, te has equivocado.

No podían dejar de evaluarse el uno al otro.

—Estaba seguro de que un puñado de reclutas imberbes no nos podría encontrar. Pero tenías que estar tú al mando. Nos has rastreado como un condenado íbero.

—Aprendí contigo y con Barkal, ¿o ya no lo recuerdas? Fuimos compañeros de iniciación.

—Nunca me gustó que Barkal te tratara como a uno de nosotros. Eres nuestro enemigo. —Permanecieron un rato en silencio, sin poder evitar que las imágenes del pasado revolotearan por su mente. Untiken reanudó la charla

—: Después de esto serás un héroe. Te voy a confesar algo: prefiero que hayas sido tú, y no ese engreído del pretor, quien me haya capturado.

—Pues yo preferiría que fuera otro, y no tú, el que acabase en la cruz. No mereces morir así. Maldita sea, Untiken, ¿por qué no te fuiste bien lejos cuando podías hacerlo?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Quién se habría ocupado de Garza si yo me hubiera ido? Le hiciste una promesa a Barkal, y no la cumpliste —masculló Untiken con los dientes apretados.

Eso dolió. Pero no iba a caer en la encerrona. Estaba harto de cargar con culpas que no le correspondían. Untiken se había buscado su final.

—Garza ha demostrado con creces que no necesita protección, sabe cuidarse sola. Sin ti se las habría arreglado igual de bien. Lo único que has hecho es ponerla en peligro.

Untiken cerró un puño y entornó los ojos. Los clavó en Lucio diciendo:

—Tú y yo tenemos una pelea pendiente, romano. Hace años que la espero.

—Yo no peleo con quien me salvó la vida.

—Fuiste tú quien salvaste la mía. Y ahora me la quitas, negándome la posibilidad de morir en combate. Por eso deberíamos pelear.

—Tendrá que ser en el Más Allá. Mis tiempos de layetano quedaron atrás y ahora soy el comandante romano de este pelotón. ¿Algún otro deseo?

A pesar de la oscuridad, Lucio pudo ver los fieros destellos de sus pupilas:

—Sí. No la dejes ir. Enciérrala bajo llave si es preciso. No quiero que me vea morir. No de esa manera.

—Dalo por hecho.

Cuando ya se alejaba, escuchó que lo llamaba:

—¡Lucio!

—¿Qué?

—Cuida de ella y de sus hijos. No le falles otra vez.

⁎ ⁎ ⁎

La columna llegó al collado de la encrucijada, donde unos carpinteros estaban preparando las cruces. Desde allí enfilaron hacia el norte por el camino de Piedras Albas. En el campamento, los esperaban el pretor y algunos decuriones. Los bandidos fueron llevados ante ellos.

—¡Los dioses te han sido favorables, Lucio Celio! Después de esto, en los comicios de este año tienes asegurado uno de los duunviratos —dijo el pretor —. Así que, ¿estos son estos maleantes?

El centurión golpeó con la *vitis* la espalda de Untiken para que se arrodillara. En un arrebato de rabia, el indígena proyectó con furia sus manos atadas contra la cara del romano, que cayó hacia atrás con la nariz rota. El *optio* le propinó al íbero un golpe en la cabeza con el pomo de la espada, pero fueron necesarios más soldados para reducirlo. Finalmente, cayó al suelo bajo una lluvia de golpes y perdió el conocimiento.

—El líder se llama Untiken, hijo de Artabeles —dijo Lucio—, uno de los pocos layetanos que nunca dudó en mostrar en público su animadversión hacia Roma. Los demás son renegados de otras tribus del interior.

No quiso añadir más información. Cuanto menos lo relacionaran con Untiken mejor para todos. Un sexto sentido le advertía de que se hallaba en arenas movedizas.

—Mañana se celebrará la reunión en la Curia —informó el pretor—. Nos detallarás entonces las circunstancias del apresamiento. Tras la reunión, el orden de los decuriones al completo se dirigirá a presidir la crucifixión. Los cuerpos de esas bestias se mantendrán expuestos para que sirva como escarmiento.

* * *

A pesar de ser requerido por los duunviros para un baño en las termas privadas del liberto Porcio, Lucio se excusó alegando cansancio. Lo último que deseaba era recibir las adulaciones de aquellos hipócritas. Pidió permiso al centurión para conservar un día más la indumentaria militar con el fin de poder devolverla pulida y reluciente.

Llegó a las Espeluncas cuando se estaba preparando la cena. Desmontó y el repiqueteo de los tachones metálicos de sus sandalias resonó en la era. Aulo salió corriendo hacia él y dentro de la casa se oyó una voz llamando a Garza y a Luna. Apareció un mozo para llevarse su caballo. Druso y Belaiska salieron a su encuentro. La esclava se llevó una mano a los labios.

—¡Oh, amo Lucio! ¡Parece el mismísimo… Marco Antonio!

—¿Y qué sabes tú, si nunca lo has visto? —exclamó Aulo—. Tío, ¿es verdad que has atrapado a los bandoleros?

Lucio asintió, forzando una sonrisa. Era incapaz de compartir la alegría general. Aquel sería un trago amargo para Garza, y él debía estar a su lado. Apareció por fin, seguida de Elbón. El anciano lo miró, y por su expresión supo que estaba enterado de todo. Se quitó el casco y Aulo se lo arrebató de las manos.

—Puedes probártelo todo, Aulo, si así lo deseas, pero mañana al amanecer quiero que el metal esté bien reluciente y las correas engrasadas. ¿Entendido, soldado? Druso te enseñará a hacerlo.

—¡Sí, señor! —respondió Aulo.

Belaiska se arrodilló para desatarle a Lucio las grebas y las correas de la coraza.

—Amo, las termas están preparadas. Pensé que te gustaría darte un baño cuando llegases —le dijo con su acostumbrada voz meliflua.

Lucio, con aire cansado, se desprendió de la coraza, se quitó el tahalí y miró a Garza, que esperaba de pie, retorciéndose las manos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó él con la voz rota.

—¿Qué habría cambiado? —contestó ella.

Elbón se le acercó con un vaso de vino fresco. Lucio se apoyó en su hombro mientras Belaiska le quitaba las sandalias. Finalmente, se desprendió del cinturón y de la túnica polvorienta. No escuchó el parloteo de Aulo, de Belaiska, de Druso. Caminó hacia las termas y maldijo a los dioses por haberlo elegido a él para semejante hazaña.

* * *

Antes de meterse en la cama, Lucio salió a tomar el fresco de la noche. Fue a la cocina y la madre de Belaiska le sirvió una jarra de vino caliente con miel. Le pidió que no lo mezclara con agua, necesitaba beberlo puro para poder conciliar rápido el sueño y disolver la desazón que lo envolvía como una tela de araña.

La luna derramaba su luz plateada sobre la bahía, con su belleza siempre ajena al sufrimiento. Se sentó en uno de los bancos bajo el emparrado y bebió un largo trago. Entre el chirrido de las primeras cigarras distinguió unos pasos sigilosos detrás de él. Se puso en alerta y, cuando lo juzgó conveniente, se volvió con la rapidez de un gato, agarrando al intruso con una mano mientras que con la otra le colocaba la daga entre las costillas.

—¡Garza, por lo que más quieras! ¡No vuelvas acercarte a mí de esa manera!

Ella ni siquiera se inmutó. Sus ojos estaban enrojecidos y en el rostro se reflejaba un inmenso abatimiento. Tomó asiento a su lado.

—Bebe —Lucio le ofreció su jarra—, ambos lo necesitamos. No te atormentes, él se ha buscado este final. Sabía a lo que se enfrentaba y no hizo nada por evitarlo.

—Siempre ha sido testarudo. Pero también noble y valiente. No merece ese final, lo sabes. Y por eso tú tampoco puedes conciliar el sueño. Debes hacer algo.

—Estoy atado de pies y manos. La crucifixión es lo que dicta la ley.

—¡Tienes que impedirlo! —Garza empezó a sollozar—. ¡No dejes que muera así, te lo pido por favor! —Se arrodilló a su lado—: Te lo imploro. Una vez te oí decir que solo las leyes justas merecen ser obedecidas. ¿Qué hay de justo en esa muerte atroz? Untiken es un guerrero, ha luchado hasta el final por su pueblo. ¿No te das cuenta? La diosa ha querido que esto sucediera estando tú aquí, de regreso. Nadie más que tú puede luchar por él.

Un fuerte vínculo la unía a Untiken. Nunca la había visto así. Garza, la altiva, la desafiante Garza, no se arrodillaba a implorar. Las palabras de Vibio, insidiosas, cobraron todo el sentido: «Garza no es lo que parece». Se sintió estúpido al haber pensado que se angustiaba por él al verlo partir hacia la Montaña Sagrada. Ahora comprendía su nerviosismo, su renuncia a ayudarlos a confeccionar los mapas. Untiken había sido su hombre desde que él se fue, ¿cómo podía haber vivido tan confundido? Se sintió un verdadero ingenuo, un hombre engañado. Bebió un trago largo de vino. Sintió deseos de emborracharse. Debía arrancársela del corazón para acabar de una vez con aquel trabajo de Sísifo que duraba ya media vida.

—Lo amas, ¿no es así? ¿Es ese el secreto que aún guardabas? ¿Lo que no quisiste contarme? Ahora entiendo por qué razón me rechazaste la otra noche. ¿Cuándo dejarás de jugar conmigo?

Garza lo miraba y negaba con la cabeza:

—Nunca he jugado contigo. Pero debes entender que él fue el único con quien pude contar durante los primeros años. El único amigo, el único aliado…

Lucio se levantó, proyectando sobre ella toda la dureza metálica de sus ojos. Ella se puso en pie, y él le deslizó el dedo índice por el óvalo del rostro, desde la oreja hasta el mentón.

—Dime que las armas y los víveres de la cueva no pertenecen a Untiken. —La sostuvo por la barbilla—. Mírame a los ojos y dime que la cueva no ha servido de refugio de esos bandidos.

Garza le sostuvo la mirada, pero no dijo nada. Lucio volvió a llenar la copa y la apuró de un trago.

—¿Alguien más lo sabe?

—No.

—¡Podrías haber sido tú quien acabara clavada en una de las cruces, acompañando a tu temerario amante! ¿Es que no piensas en tus hijos? ¿Tanto le amas?

Garza tenía la mirada perdida, el cabello alborotado. En un susurro dijo:

—No lo amo. Pero es el padre de Aulo.

Aulo, hijo de Untiken. Ahora entendía de dónde salía ese particular y fiero brillo en la mirada del chico. Ahora entendía muchas cosas. Lucio miró a Garza como si no la conociera. En un arrebato, arrojó el vaso contra el suelo. Se pasó las manos por el cabello y las dejó unidas en la nuca. Debió haberlo imaginado; Untiken y Aulo eran muy parecidos, pero Lucio siempre relacionó esos rasgos físicos con Barkal, no con el layetano. Echó a andar, alejándose de la casa para dirigirse hacia el río. Se quitó las sandalias y atravesó la viña grande, hundiendo los pies en la tierra esponjosa y caliente. Algunas vides empezaban a florecer, pero la cosecha aún no estaba asegurada. Era el momento de arrancar los pámpanos estériles y de hacer sacrificios a Juno para que retuviera la lluvia en los cielos. Se desprendió de la túnica cuando llegó al borde de la alameda. El vino empezaba a hacerle efecto. Se introdujo entre los cañaverales y avanzó hasta la playa escondida. Se desnudó y entró en el agua. Justo en aquel punto, el río se remansaba y permitía la zambullida.

Garza apareció a los pocos minutos. Le gritó que saliera, que no estaba en condiciones de nadar. Pasaron unos instantes, sin que Lucio apareciera por ninguna parte. El río era traicionero, los remolinos podían arrastrar sin remedio a un buen nadador. Ella se quitó la túnica y se metió. Unos brazos la agarraron por la cintura. Sin tiempo para reaccionar, él surgió ante ella, agarrándola del cabello y acercándola hacia sí. La banda pectoral se le deslizó y sus senos se apretaron contra el pecho de él. Lucio le cogió la cara con una mano y la miró. Su rostro era una mezcla de tristeza y cólera.

—Le dije muchas veces que se fuera lejos, que me olvidara…

—Cállate. —Lucio la silenció con un beso cargado de rabia. Le introdujo la lengua en la boca con furia, se fundió en ella con besos salados que le supieron amargos—. Durante meses —le susurró en el oído sin soltarla— estuve a tu lado sin poderte tocar, ¿lo recuerdas? Ahora que puedo hacerlo, déjame comprobar que eres de carne y hueso, aunque tengas el corazón de piedra.

La atravesó con una mirada cargada de rabia y decepción. Mientras la sostenía en vilo, con los pulgares le acariciaba los pezones, erectos por el frío de la noche.

—¡Suéltame! —gritó ella zafándose—. Nunca he permitido que un hombre me menosprecie, ni siquiera tú.

—¿Sabes lo que más me duele? —Lucio, ajeno a sus palabras, la volvió a agarrar por los hombros—. Que Vibio tuviera razón.

—Estás borracho, deja de hablar antes de que te arrepientas. Ven, sal conmigo, no estás en condiciones de nadar.

Lucio no la soltaba. Su rostro estaba contraído y sus ojos, entrecerrados, centelleaban como los de una fiera a punto de atacar. La cogió de las nalgas y la apretó contra su cuerpo. Le habló en la oreja:

—En la cueva engendramos a Luna, con todo el amor de que fuimos capaces. Fue un amor inocente y limpio. ¿Es allí donde te veías con él?

—¡Déjame! ¡Qué más da dónde nos viéramos! A mí también me corre la sangre por las venas, y han sido muchos años viviendo en la sombra, despreciada, viendo cómo el río bajaba negro un año tras otro, llevándose mis días y mis noches. Untiken era mi refugio, sí. Gracias a él tuve a Aulo, y eso me dio la fuerza para seguir adelante, me hizo recuperar la esperanza. Estoy orgullosa de mis dos hijos, cuyos padres yo elegí, y feliz de haber sobrevivido a mi desgracia.

La soltó. Las palabras de Garza lo desarmaron. Resonaban en su mente, pronunciadas con la voz de Harith: «¿Qué más da de quién sean sus hijos? Yo la quiero a ella y amo todo lo que provenga de ella. Hay pocos hombres dispuestos a amar a mujeres así».

Salieron, tiritando de frío. Garza se vistió ante un Lucio sumido en sus pensamientos. Cuando ella hizo ademán de marcharse, él la cogió de una mano y la abrazó. No había rabia ya. Ella se dio cuenta enseguida de que algo se había desbloqueado dentro de él y se dejó hacer. De pie sobre el limo, resguardados por los cañaverales, se quedaron un rato en silencio, abrazados dándose calor. Entonces Lucio se separó de ella y le habló con voz calmada y firme, poniendo su alma en cada sílaba:

—No podré continuar aquí si tú no me amas. Necesito saber qué sientes por mí. Perdona mis arrebatos de hombre herido, no me importa que Aulo sea hijo de Untiken; al contrario, me alivia saber que no hay en él nada de Vibio, que su padre es un guerrero, como su abuelo Barkal. —Garza le puso una mano en el pecho y empezó a juguetear con su vello, evitando su mirada. Pero él le levantó la cara guiando su barbilla con el dedo índice y le obligó a mirarlo—. Yo te quiero por encima de todo, y creo que los dioses me han mantenido con vida por algo. Si no estás a mi lado no me bastaré para hacer de esta familia un orgullo y un motivo por lo que vivir. La vida nos brinda de

nuevo una oportunidad. Yo quiero tener más hijos, pero solo si también son hijos tuyos. —Las lágrimas de ella afloraron. Hundió su rostro en el pecho de Lucio—. Si hay algo más que debas contarme hazlo ahora, porque si oigo más mentiras o más secretos me iré lejos. Y esta vez ya no regresaré nunca más.

Las palabras salieron de los labios de Garza a borbotones:

—¡Cada noche de estos quince años le he implorado a la diosa del manantial que me permitiera volver a verte! De entre todos los hombres te elegí a ti, y si vuelves a dejarme cogeré a mis hijos e iremos a buscarte allá donde estés.

Se besaron entre lágrimas, susurrándose todo lo que habían guardado dentro de sí todo aquel tiempo. La pena, la impotencia, la añoranza, el recuerdo intensísimo de los momentos de pasión compartidos… El amor que sentían contra todo y contra todos, un amor que había sobrevivido al tiempo y al dolor. Siguieron abrazados hasta que el frío de la noche los obligó a volver. Lo hicieron cogidos de la mano, como cuando eran jóvenes. Lucio la soltó cuando llegaron.

—Hay una posibilidad de salvar a Untiken —dijo Lucio de repente—, pero debo pensar en ello con detenimiento. Te prometo que mañana intentaré por todos los medios convencer a los decuriones. Aunque quizá no lo consiga.

—Gracias. Al menos lo habremos intentado. No soporto estar esperando mano sobre mano sin poder hacer nada por él. Lug, Untiken es un buen hombre. No merece ese final.

—Nunca te das por vencida.

—Excepto cuando me tocas.

—En ese caso prepárate, porque voy a derribar tus defensas una a una.

—No deseo otra cosa, ingeniero Celio.

Regresaron a casa y Lucio la subió hasta su habitación. Sacó de su arcón el manto de marta cibelina y lo extendió sobre el lecho. Garza se tendió y Lucio la envolvió en él.

—¿Y tú? ¿No vienes?

—Duérmete. Necesito pensar. Untiken dispone solo de esta noche, nosotros tenemos toda la vida.

48. *PATERFAMILIAS*

Los decuriones en pleno clamaban venganza. Apenas había huecos en las gradas de la Curia, nadie quería perderse el relato de la captura de los bandidos. Excepto los veteranos fundadores de la colonia, vestidos con la ropa hilada y tejida por sus propias esposas, eran bastantes los que exhibían túnicas de seda de colores exóticos y cuidadas barbas recortadas al estilo griego.

Lucio, consciente de lo que había en juego, eligió un austero atuendo militar: cinturón decorado con remaches dorados, la capa escarlata bien planchada prendida con una fíbula germana en forma de rueda solar y sus sandalias claveteadas. No llevaba armas: la costumbre prohibía que un soldado armado atravesara el *pomerium* de la ciudad, el recinto sagrado protegido por los dioses y por el genio de la colonia. Sin embargo, antes de subir al caballo, deslizó su pequeña daga dentro de la caña de una de sus sandalias, tal como Néstor le había enseñado años atrás.

Esperó el inicio de la sesión sentado en la grada. Se pasaba nerviosamente la mano por la mejilla, temía que la grasa de ganso con la que el *tonsor* había untado su cicatriz para darle relieve fuera demasiado evidente. Había conseguido, en verdad, un aspecto rudo: nadie debía creer que un militar experimentado como él pedía clemencia para un bandolero. Varios argumentos le corrían por la mente, aunque dudaba cuál sería el mejor orden para concatenarlos. Reparó en una bella estatua de Luperca situada tras la cátedra de los duunviros. ¡Por los Dióscuros! Al admirar la escultura de la loba amantando a Rómulo y Remo el discurso tomó forma en su cabeza.

Los veteranos que lo habían saludado en la Vía Augusta lo reclamaron. Se levantó y se acercó hacia donde estaban. Recibió las felicitaciones de todos ellos. Lamentaron que su padre no siguiera con vida para verlo.

El decurión de mayor edad abrió la sesión e invitó a Lucio a situarse en el centro. Había tenido poco tiempo para ensayar su discurso y aún sentía la cabeza pesada por el vino y la falta de sueño. No podía negar que hablar en público seguía produciéndole inquietud. Desempolvó de su memoria las clases de oratoria de Polifonte, que tanto fastidio le habían causado, y comprendió entonces por qué razón su padre había insistido en que las tomara: «Para poder hacer, primero debes convencer», le machacaba su maestro.

Desgranó su relato con precisión arquitectónica, evitando expresiones superfluas, eligiendo las palabras como si fueran cuñas de madera que después golpeaba con voz marcial, para desbastar el bloque del discurso y desgajarlo de la roca informe. Utilizó las frases cortas y precisas de un informe militar para explicar el cambio de estrategia ante la falta de resultados. Los bandoleros estaban en su terreno y no iban a ser una piedra fácil de tallar. Había que seguir golpeándola, sintiendo sobre el movimiento de las ondas para tomar una decisión. Solo cuando los mejores hombres, cubiertos de barro, mimetizados con el terreno, rastrearon la dirección de las vibraciones entre las pedregosas sendas, solo entonces pudieron dar con ellos.

El discurso causó el efecto esperado. Ante los aplausos, Lucio no permitió una sola vez que las comisuras de su boca se curvaran por efecto de la adulación. Al contrario, continuó impertérrito, sin abandonar la expresión grave y severa de aquellos que conocen los sacrificios orientados a la efectividad. Los aplausos aún no habían finalizado cuando añadió:

—Debo decir, sin embargo, que no comparto vuestro júbilo por la inminente ejecución de los rebeldes.

Una oleada de rumores se elevó en el aire, las cabezas de los congregados se movían de un lado a otro conjeturando el motivo de las palabras de Lucio.

—A medida que la columna se acercaba a la colonia, oí pocos vítores y gritos de alegría. Al contrario, al conocer la identidad del cabecilla de los bandidos, las gentes bajaban la cabeza y miraban a nuestros soldados con recelo. ¿Quién de los aquí presentes —dijo, elevando la voz y dirigiéndose hacia los más ancianos— recuerda al gran Barkal? Gracias a él, el último de los nobles layetanos, comandante de las tropas auxiliares layetanas en Cantabria, condecorado por el divino Augusto, esta colonia pudo nacer en paz y prosperidad. Él aseguró la colaboración de su tribu y trabajó con nosotros, sentándose en esta misma curia, para que nuestra Barcino se convirtiera en la potente heredera del antiguo *oppidum* ibérico.

—¿Y qué tiene que ver eso con los bandoleros, Lucio Celio? ¡Explícate! —reclamó una voz.

Lucio cogió el borde de su capa y se la enrolló en el brazo como si se tratara de los pliegues de la toga, en un gesto propio de los ciudadanos de pleno derecho.

—Los layetanos trabajan ahora en nuestros campos, en nuestras casas, en nuestros mercados, algunos de ellos se han mezclado con nosotros y la concordia siempre ha presidido la vida de esta ciudad. Nací y me crie en esta colonia. ¿Recuerdas, Nonio, cuando el foro no era más que un descampado

polvoriento? Tuve el honor de presenciar su consagración desde las rodillas del divino Augusto, cuando solo tenía cuatro años. Desde el puerto antiguo me embarqué hacia Roma para servir en las legiones durante quince años.

Se volvió hacia la otra grada y la repasó con la mirada.

—Veo muchas caras nuevas en esta curia, y eso me enorgullece, pero es necesario que los fundadores de la colonia, los héroes que lucharon contra los cántabros, expliquéis a los nuevos ciudadanos que la prosperidad de la que ahora disfrutamos se debe al buen entendimiento con los layetanos.

—¿A dónde quieres ir a parar, Lucio Celio? —preguntó el pretor.

—Conozco a Untiken, el cabecilla de los bandoleros, también desde que éramos niños. Yo mismo participé con él en la última iniciación de jóvenes guerreros layetanos. Barkal, de la estirpe del Lobo, fue nuestro maestro. De todos ellos, Untiken y yo fuimos los únicos que matamos a una de esas nobles bestias con nuestras propias manos, salvándonos la vida mutuamente. Me siento unido a él por un lazo de sangre.

—¿Y te sientes orgulloso de ello? —dijo un pisaverde—. ¡Es un apestoso nativo que nos ha robado y saqueado!

—¿Cómo te llamas? —le reclamó Lucio.

—Valerio Frontón.

—Dime, ¿has luchado en las legiones?

—No.

—¿Te has enfrentado alguna vez a un oso?

—¡No, por los dioses!

—Apuesto entonces a que tampoco sabes qué se experimenta cuando la mirada amarilla de un lobo se clava en ti. Por lo tanto, no sabes de lo que estoy hablando. Ellos sí lo saben. —Con el dedo índice señaló a los más ancianos, los colonos con una renta suficiente para pertenecer al senado—. Y también saben el valor de los lazos de sangre que se establecen entre guerreros. No sería yo un buen romano si no reconociera la valentía y la bravura de Untiken en la defensa de los suyos.

—Lucio Celio, te ruego que seas claro y prosigas —dijo Pedanio, el duunviro—. Nos tienes intrigados en grado sumo.

—La superioridad de la civilización romana, conciudadanos, está fuera de toda duda. Sin embargo, la raíz de nuestra Roma se hunde en la *pietas*, el cumplimiento del deber hacia nuestra patria y hacia nuestros ancestros. ¿No es eso lo que defiende Untiken ante los suyos? ¿Acaso no procedemos también los romanos de la estirpe del Lobo? —dijo, señalando la escultura de Luperca.

La sala estalló en murmullos.

—¡Decuriones! Si estos argumentos no son suficientes, os ruego que toméis en consideración una última cuestión, nada desdeñable: me temo que estamos a punto de convertir en héroe, ante los ojos de los layetanos, al último de sus defensores. ¿Es eso lo que deseamos?

Se hizo por fin el silencio.

—¡Lucio Celio! ¿Acaso estás proponiendo que los soltemos? ¿Que les perdonemos sus fechorías? —exclamó Pedanio.

—¡Por supuesto que no! ¡Yo mismo los he capturado y deben pagar por lo que han hecho! Pero merecen enfrentarse a la muerte con la dignidad de un guerrero, no ahogándose en la cruz como perros. Está fuera de toda duda quién manda en Barcino, pero presentémonos ante los vencidos como clementes y justos. ¿No era ese el ideal de nuestro amado Augusto?

—¡Propongo un combate! ¡Que se enfrenten entre ellos como gladiadores! —gritó uno de los veteranos.

—¡Excelente idea! —remachó Lucio—. Démosles la oportunidad de morir con honor. Sin embargo, se me ocurre algo mejor, algo que nos beneficiará también a nosotros: vendámoslos como esclavos gladiadores a los lanistas de Tarraco. Ellos tendrán la posibilidad de morir en la gloria del combate y nosotros podremos sacar una buena suma, de manera que las arcas de la colonia se vean incrementadas.

Un coro de aprobaciones se elevó desde todos los sectores de la grada. Uno a uno, los decuriones se fueron poniendo de pie para dar su consentimiento. Lucio respiró hondo, su propuesta había sido aceptada.

* * *

El calor de julio llegó con las Nonas Caprotinas. Los días anteriores, Harmonía había organizado el trabajo de la cocina para que hubiera suficientes pastelillos de higos y cebada para todos. Tuvo que explicarle a Luna a qué se debía aquel revuelo: la celebración de las Nonas Caprotinas otorgaba durante un día la libertad a las esclavas, que podían vestirse con las ropas de sus amas, y estas estaban obligadas a cubrirse con pieles de cabra.

—¿Y yo qué soy? ¿Ama o esclava? —preguntó Luna a Garza.

—Ni una cosa ni la otra, mi niña. Tú eres íbera y esta es una celebración romana.

—Pero mi padre es romano, ¿qué puedo hacer para complacerlo?

—Mi hija no necesita hacer nada especial para complacerme. —Lucio había oído la conversación desde lo alto de la escalera—. Se me está

ocurriendo algo: guardaba desde mi llegada los regalos que pensaba daros en la próximas Saturnalias, pero aún falta mucho tiempo, así que os los daré hoy mismo. Creo que es más indicado: las mujeres de mi casa van a ser las más elegantes de toda Barcino.

—¡Creo que hoy quiero ser esclava! —dijo Luna—. Voy a llamar a Belaiska y a las demás.

—¡Qué escándalo! —exclamó Vibio, saliendo de la cocina—. No he podido dormir con tanto ajetreo. Los dioses deberían haber creado mudas a las mujeres.

—¿Qué haces aquí? ¿No te había quedado claro que no pondrías los pies en esta casa? —dijo Lucio con aire de disgusto.

—Tengo que atender mis negocios en Tarraco, ¿sabes? No puedo esperar eternamente a que el hombre más reclamado de la ciudad se digne a reparar en mi presencia. Por eso he venido, dijiste que querías hablar conmigo. Además, hoy es un buen día para deleitarse la vista con tanta juventud femenina… alborotada.

—Está bien. Espérame en el *triclinium*, voy enseguida —respondió Lucio.

Tras llevarles a Luna y a Belaiska los lujosos ropajes que había adquirido en la India, avisó a Garza de su encuentro con Vibio. Ella quiso estar presente. Había estado muy ocupado en Barcino saludando antiguos amigos y atendiendo las peticiones de los nuevos ciudadanos y de los ricos libertos que deseaban conocerlo. Si querían contar con él como duunviro, debía hacerles saber el tipo de persona con la que tendrían que lidiar. Los pocos momentos de ocio los dedicaba a la familia: entrenaba a Aulo en la lucha y el manejo de las armas, y en una ocasión habían visitado a Quinto en Tarraco. La charla con Vibio la había estado demorando, y no solo por falta de tiempo.

Lucio tomó asiento en la cátedra de Barkal. Vibio, con rostro displicente y huellas evidentes de resaca, esperaba sentado en un escabel, apoyando su espalda contra la pared. Garza se sentó sobre un arcón, cerca de Lucio. Más que un *tablinum*, Barkal se había hecho construir una pequeña biblioteca. La estancia estaba amueblada con anaqueles donde se almacenaban volúmenes en griego y en latín, a cuyo estudio había dedicado sus últimos años. Allí también estaban las obras que Lucio había conseguido reunir, los volúmenes de Vitruvio y algunos tratados de ciencia y de ingeniería que hacían de aquella biblioteca una de las más completas de la colonia.

Lucio miró a Garza y la instó a hablar con la mirada.

—Le he contado a Lucio que hace tiempo te pedí el divorcio. Ahora que las cosas han cambiado, te vuelvo a hacer la petición. —Garza había apoyado

las manos en el arcón y, con la cabeza baja, se miraba los pies, bronceados y descalzos. El cabello, recogido en la nuca de manera descuidada, dejaba al descubierto el cuello, todavía joven y terso. Los años, o quizá la maternidad, habían limado las aristas de su carácter, otorgándole a su fortaleza un velo de serenidad que en absoluto podía considerarse mansedumbre.

—El divorcio no entra en mis planes. Ya te lo dije —respondió Vibio.

—El caso es que sí entra en los míos —dijo Lucio mientras colocaba las manos abiertas sobre la mesa—. Ahora soy el *paterfamilias* y me debes obediencia. Te vas a divorciar de Garza. Te asignaré una cantidad de dinero, suficiente para que puedas iniciar una nueva vida donde desees. Puedes quedarte en Tarraco o volver a Neápolis. En un plazo máximo de tres meses habrás abandonado mi casa. ¿Me he explicado con claridad?

A Vibio se le borró de pronto la sonrisa. Se enderezó en la silla, pero solo logró estirar el cuello. Miró a ambos alternativamente. Se le veía tan delgado que su perfil recordaba al dios de una moneda.

—Esta es mi casa. Tu padre me acogió en ella. Soy tu pariente. No puedes hacerme eso.

—Claro que puedo. Yo no soy Gayo. —Lucio respiró hondo. La musculatura se le marcó bajo la fina túnica de lino crudo. Su rostro estaba exento de cualquier emoción que no fuera dureza y autoridad—. Mi padre sentía lástima por ti. Yo solo siento desprecio.

—¡Esta mujer te tiene hechizado! Después de todo lo que te ha hecho sigues defendiéndola, ¡en vez de creerme a mí, que soy de tu sangre!

Lucio batió las palmas varias veces.

—¡Qué excelente comediante habrías sido! Se nota que frecuentas actores e histriones. —Se levantó de pronto y le espetó—: ¡Me importa bien poco si eres o no mi pariente! No voy a permitir que siga viviendo en mi casa un parásito, un cobarde que solo sabe amenazar a una mujer y un niño para seguir a flote.

—¡No puedes alejarme de mi esposa y mi hijo!

—¡Tu esposa te detesta! En cuanto a tu hijo…, no te necesita. Lo has ignorado desde su nacimiento, no finjas ahora que te importa —dijo Garza controlando su ira.

Lucio se puso en pie, pidiéndole a Garza con la mirada que midiera sus palabras. Tanto él como Vibio sabían de quién era hijo Aulo, y ese podía ser un argumento de peso para acusar a Garza de adulterio. Con una persona como su primo, el único camino era la firmeza:

—Soy el *paterfamilias* ahora y ya has escuchado mis órdenes.

Vibio se veía cada vez más incapaz de conservar la sonrisa petulante. Lucio se inquietó al vislumbrar la expresión de ruindad que emergía bajo la máscara de insolencia.

—Tengo buenos amigos; ¿te acuerdas de Nonio Felix? Es abogado. Aún conserva en el muslo la dentellada de *Toro*, y no ha olvidado la paliza de Untiken.

—¡Me intentó violar! —exclamó Garza—. Ese infame puede dar gracias a los dioses de estar vivo.

—¡No estoy hablando contigo! ¡Una mujer solo habla cuando le preguntan! —Vibio se dirigió a Lucio—: No le gustó nada que salvaras de la cruz al amiguito de Garza. Me sería fácil conseguir testigos que pondrían a mi mujercita en un aprieto. ¡Qué espectáculo! Garza haría un papel muy digno en la cruz, al lado de su amante.

Garza, enfurecida, se fue contra Vibio. Lucio la detuvo. La agarró por el brazo y la miró con los ojos entornados. Debían actuar con la misma frialdad que su primo. Nunca había que subestimar el poder del adversario. Volvieron a sentarse.

—Nadie de esta casa declararía contra Garza, y lo sabes.

—No estés tan seguro… Te sientes fuerte, ¿verdad? Lucio, el virtuoso, el valiente. A veces dudo que hayas sido soldado, quizá todas esas cartas eran patrañas para conseguir el reconocimiento de una familia que te echó de casa sin miramientos. —Lucio se agarró a los brazos de la cátedra con tanta fuerza que le dolieron las manos—. Porque si realmente hubieras visto el lado más descarnado de la muerte, como yo hice cuando era niño, sabrías que la vida hay que vivirla, y disfrutarla, y estrujarla. Si no, cuando menos te lo esperas, ¡zas!, te vas al hoyo, y no importa nada: tus afanes, tus logros, tu honor… Todo acaba roído por los gusanos.

—¡Es tu alma la que está roída por el odio y el resentimiento! —gritó Garza—. Dudo que hayas abierto la boca alguna vez para decir algo bueno.

—Por desgracia tuve que abrir la boca muchas veces para otros menesteres en el barco que me trajo hasta aquí, tras enterrar a mis padres con mis propias manos porque nadie quería acercarse a los apestados. ¡Sacrifiqué a mi perra, y a todos sus cachorros, y los dioses no movieron un dedo por mí! Ni siquiera cuando en el barco los marineros hacían cola ante mi trasero.

Lucio no se conmovió. Conocía sus artimañas. Había oído ya antes esa historia. Con su padre le habría funcionado, con él no.

—Fuiste afortunado al encontrar una familia que te acogió como a un hijo. Pudiste elegir una vida digna, pero preferiste dejarte llevar por los malos

sentimientos. Ahora se te acabó el tiempo.

—Me echáis como a un perro. Os vais a arrepentir de esto.

—No me asustan tus amenazas. —Lucio sacó la daga de su sandalia y la depositó encima de la mesa—. Yo no necesito amigos para deshacerme de ti.

⁎ ⁎ ⁎

A media mañana, todas las esclavas y las esposas de los trabajadores de la finca estaban ya vestidas y arregladas con túnicas y estolas al estilo de las matronas romanas. El arsenal de ropa que guardaba Tila en sus arcones alcanzó para todas. Cuchicheaban entre ellas, explicándose unas a otras el significado de la fiesta. No querían desaprovechar una ocasión de vestirse elegantemente y olvidarse de las pesadas tareas habituales. En Barcino lo celebraban subiendo en procesión hasta el promontorio de Júpiter, donde se comía y se bebía bajo las higueras.

La alegre procesión de muchachas, acompañadas de sus familias, se puso en marcha bajo las bromas y las chanzas de los jóvenes. Algunas llevaban apoyado en la cadera un cesto repleto de pastelillos, otras lo llevaban vacío, a la espera de poder llenarlo de higos y cerezas. Bajaron a las tierras cercanas al río, donde había un grupo de higueras salvajes justo en la linde de las tierras de Gayo y Barkal. Lucio había hecho traer de las canteras del promontorio dos gruesas losas para construir un altar provisional en medio de los árboles. Las mujeres lo habían cubierto con manteles tejidos por ellas mismas. Las muchachas depositaron sobre él pastelillos de fruta como ofrenda a la diosa Juno. Aunque los hombres podían participar en la celebración, Lucio prefirió quedarse en la casa. La charla con Vibio le había dejado mal cuerpo.

Garza se cruzó con él cuando salía del *tablinum*. Iba ataviada con un traje confeccionado de pieles, como le correspondía. La casa estaba desierta, todo el mundo había ido a la fiesta. Lucio la cogió en brazos y la llevó en volandas hasta las termas, dos pequeñas piscinas alimentadas por un canal que recogía el agua que bajaba del manantial. Cerró la puerta tras de sí y la aprisionó con su cuerpo contra la pared.

—¿Cuándo te vas a bañar conmigo? —le susurró mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. De repente se apartó de ella—. ¡Que los dioses me asistan! ¡Hueles a cabra!

Garza rio mientras se pasaba las manos por el peludo vestido.

—¿Qué culpa tengo yo? Tengo que ir vestida así para hacer la ofrenda a Juno. Son vuestras extrañas costumbres. —Entonces la sonrisa se le desdibujó

y dijo súbitamente entristecida—: Lug…, ¿qué vamos a hacer si Vibio cumple sus amenazas?

Su cara se avinagró.

—Siempre le ha gustado provocar, llamar la atención. No soporta vernos felices a los demás. Es un cobarde. No temas, dudo que haga algo. —Lucio se reservó sus temores para él. Pasó suavemente su incipiente barba por la mejilla de Garza, que ronroneó como una gata—. Tú y yo dejamos algo pendiente la otra noche. —Las manos de Lucio descendieron por las caderas de ella. La apretó contra él, arrancándole un jadeo, pero ella se deslizó de entre sus brazos.

—Ten paciencia. Debemos ir con pies de plomo hasta que no esté divorciada. Las leyes de adulterio que promulgó tu divino Augusto…

—No va a pasarnos nada, Garza, yo no lo permitiré. Anda, bésame.

—¡Me están esperando! —Ella posó sus labios sobre los de Lucio y le mordisqueó el labio inferior. Él se inflamó al sentir su aliento.

—¿Y yo, preciosa? ¿Cuántos años más debo esperar yo?

Garza depositó un beso fugaz en sus labios y se escabulló, dejándolo apoyado con un brazo en la pared y otro extendido hacia ella.

Lucio salió unos minutos más tarde. Calculó que era el momento adecuado. Vibio se había encerrado en un cuarto y todos los demás estaban en la fiesta. Se fue a los establos y le puso las alforjas a tres mulos. Subió con ellos hasta la cueva del manantial y vació los arcones. Dejó las armas y las vestiduras disimuladas entre unos arbustos de la necrópolis y fue a la casa a guardar las provisiones en la despensa. Devolvió los mulos al establo y regresó a la necrópolis. Cavó un gran agujero, en el cual enterró la ropa y las falcatas. Tras varias horas de trabajo, llegó a la casa sudoroso y hambriento.

Al dirigirse a la cocina, oyó unos lamentos ahogados. Se detuvo a escuchar. Le pareció que, en alguna parte de la casa, una pareja de novios se habría escondido para hacer el amor. Sonrió para sus adentros y decidió hacer oídos sordos. Se suponía que aquel día los jóvenes tenían ciertas licencias. Comió varios pastelillos de cebada. Se sirvió un vaso de vino y, mientras lo bebía, sintió añoranza por la vida despreocupada de la juventud, de la que tan poco había podido disfrutar. De repente, apareció Aulo con la cara crispada.

—¿Qué sucede?

—Es mi padre —respondió el chico—. Sé que puede hacerlo pero ¡yo no quiero que lo haga!

Un sexto sentido le hizo comprender. Siguió a Aulo a toda prisa hasta el cuarto donde Vibio estaba forzando a Belaiska. Le había arrancado la túnica

de seda dejándole el pecho al descubierto. La tenía sobre una mesa, de espaldas, y la penetraba a empellones. Lucio lo agarró por detrás y lo arrastró fuera de la habitación, mientras Aulo cubría a la chica con una manta.

Salieron y se dirigieron a la era.

—¡Es una esclava y puedo hacer con ella lo que me plazca, ya que mi mujer te prefiere a ti! ¿O es que el garañón reclama para él a todas las yeguas? —dijo Vibio, desafiante, enfrentándose a Lucio.

—¡Tú aquí ya no eres nadie! ¡No tienes derecho a nada! Te dije que no pusieras los pies en esta casa. Coge un caballo y vete.

—¿Eso es todo? ¿No me vas a pegar? Lo estás deseando desde que llegaste, no puedes negarlo.

No, no deseaba golpearlo. Deseaba matarlo. Sabía que todo era una estrategia. Presentarse ante Nonio Felix con magulladuras reforzaría la causa de Vibio. Sin embargo, debía impedir como fuera que continuara con aquel comportamiento desafiante. Los sirvientes, encabezados por Luna y Garza, empezaban a llegar desde la viña. La celebración había acabado. Aceleraron el paso al oír las voces alteradas de Vibio y Lucio. Aulo salió de la casa en ese momento y se unió a ellas, contándoles qué había sucedido. De acuerdo, si Vibio quería pelea, la tendría. Sería una oportunidad única para demostrar a todos que el nuevo amo no iba a seguir tolerando aquel estado de cosas.

—Está bien, ¿quieres ganarte el derecho a visitar los cuartos de las esclavas? Deberás pelear por ello.

Vibio miró a su alrededor y vio a toda la gente congregada. Dirigió a su primo una sonrisa vacía y, sin darle tiempo a reaccionar, sacó una daga oculta en su cinto y se abalanzó sobre él con el brazo derecho extendido, haciendo un movimiento amplio de un lado a otro. A todas luces le faltaba agilidad. Lucio lo esquivó sin problemas.

—De joven eras bueno con la daga, lo reconozco, dejaste marcados a muchos. Después mi padre les pagaba a tus víctimas para que no te denunciaran.

—Tu padre era un caballero, me apreciaba. Tú no vales ni la tira de una sandalia.

—La única arma que dominas ahora es tu lengua bífida. —Lucio sacó su daga de su escondite habitual y la lanzó lejos—. Te doy ventaja. Voy desarmado.

Vibio volvió a echarse sobre él con la intención de clavarle el arma en el abdomen. Lucio le agarró la muñeca derecha, levantó la pierna y le golpeó la mano contra su rodilla. La daga cayó al suelo. Vibio fue derribado por el

derechazo de Lucio, que recogió la daga, lo asió por detrás y le colocó el arma en el cuello.

—Si esas son todas tus habilidades, puedo dormir tranquilo. ¡Escúchame bien! —La afilada hoja rasgó la piel bajo la mandíbula y un fino reguero de sangre le recorrió el cuello—. Vuelve a ponerle la mano encima a cualquier miembro de esta familia, sea libre o sea esclavo, y te juro que te mato. Me sobran razones para hacerlo. ¿Y sabes lo mejor de todo? Que nadie encontrará tu cuerpo, porque lo echaré a los cerdos.

* * *

Un buen baño, eso era lo que necesitaba, pero no en las termas. Iría a la desembocadura. El agua fría le aplacaría la ira que no había podido descargar. Tras asegurarse de que Vibio había vuelto a Barcino, ensilló una montura y cabalgó hasta la orilla. Aún había grupos de muchachos alrededor de una hoguera. Reconoció a algunos trabajadores de sus tierras. En cuanto vieron aparecer al amo, lo saludaron, recogieron sus cosas y se fueron.

Se metió en el agua con decisión. Le gustaba el efecto que causaba en su cuerpo el choque con la temperatura fría, lo tonificaba. Braceó hasta cansarse. Pasó unos momentos haciendo el muerto mientras observaba cómo unos operarios encendían la fogata de la torre del promontorio. En los periodos de *mare apertum*, la torre funcionaba como un faro para los pescadores y las embarcaciones de cabotaje que se atrevían a navegar de noche.

Al salir del agua, divisó otro caballo junto al suyo. Quizás era de Garza. Se alegró de que lo hubiera seguido, disponían de muy pocos momentos para estar juntos en soledad. Pero no era Garza, sino Belaiska.

—¿Qué sucede, Belaiska? ¿Acaso ha regresado Vibio?

—No, amo Lucio. He venido porque yo he querido.

—Siento mucho lo que ha pasado. Le he prohibido que aparezca por las Espeluncas, espero que no vuelva a ocurrir, pero si molestara a cualquiera de las mujeres de la casa quiero saberlo.

—Sí, amo. Es una lástima que esa túnica tan bonita haya quedado destrozada. Quizás algún día podrías volver a la India a buscar otra.

Lucio sonrió. Vibio había elegido bien. Belaiska se había convertido en una mujer deliciosa.

—¿Cómo está el agua?

—¡Buena! —Lucio agitó la cabeza y las gotas de agua fría hicieron chillar a la esclava.

Belaiska se levantó y se quitó la ropa con naturalidad. Era menuda y morena, con un cuerpo redondeado e incitante. Caminó hacia la orilla, volviéndose para levantar los brazos hacia Lucio e invitarlo a acompañarla.

—¿Recuerdas cuando me enseñaste a nadar? —le gritó desde lejos.

Aún no era consciente del efecto que podía causar en los hombres. ¿O quizá sí? Lucio afirmó con la cabeza, sonriendo. No caería en el influjo de la tentadora Venus, siempre al acecho de los hombres atolondrados.

Pasaron pocos minutos antes de que volviera.

—Está demasiado fría para mí, solo he metido los pies.

Se arrodilló detrás de él y empezó a masajearle los hombros y el cuello, hundiendo sus dedos pulgares entre las escápulas y la columna vertebral. Era justo lo que necesitaba, descargar la tensión y relajarse. No pudo evitar un suspiro de satisfacción. Con un suave empujón hacia atrás, Belaiska hizo que él quedara tendido boca arriba. A cuatro patas, con movimientos perezosos como los una gata, se desplazó por un costado y se colocó a horcajadas sobre él.

—¿Qué estás haciendo?

—Complaciendo a mi amo. Te estoy agradecida y quiero demostrártelo.

Lucio se levantó. Sus labios quedaron a la altura de los de ella, mientras sentía el cosquilleo de su vello público en el vientre.

—Belaiska, cualquier hombre perdería la cabeza por ti. Pero ahora debes vestirte y escucharme.

La muchacha hizo un puchero, le acarició el rostro y se levantó para ponerse la túnica. Después se sentó cerca de él. Lucio le dijo:

—Cuando el amo de una casa muere y el hijo pasa a ser el nuevo *paterfamilias*, se acostumbra a liberar a todos los esclavos o bien se venden para comprar otros. ¿Recuerdas que os ofrecí a ti y a tu madre la libertad?

—Sí, pero nosotras estamos bien así. ¿Qué haríamos, dónde iríamos dos mujeres solas? Esta es nuestra casa, por favor, no nos vendas.

—No lo voy a hacer. Solo quiero hacerte comprender. ¿Quién es tu padre?

—N-no lo sé. Mi madre nunca habla de él.

—Bien podría ser Gayo, ¿no? Sé que mi padre visitaba los cuartos de las esclavas con frecuencia. ¿No te das cuenta de que podrías ser mi hermana?

—¡Amo Lucio! —Belaiska se tapó la boca con las manos.

Los sonidos del día iban dejando paso a los de la noche. La brisa llevaba a tierra los gritos de unos pescadores faenando cerca.

—Vete antes de que acabe de oscurecer —dijo Lucio—. Yo iré más tarde.

La esclava desapareció con presteza, con la sorpresa todavía estampada en los ojos. Lucio caminó hacia la orilla y el agua lamió sus pies. Las nubes grises, que habían ido cubriendo el cielo, se encendieron de repente en el horizonte. Contempló los últimos minutos del día, convertido ya en ruinas ardientes. Se oyó un ladrido. El chapoteo de un avefría. El croar de una rana. Y después nada. Solo el monótono vaivén de las olas, cada vez más débil. La vida parecía haber muerto como el día. Lucio contuvo la respiración, como si presagiara que su corazón también se pararía. Sintió frío. Se vistió rápido y volvió a casa galopando. Al llegar, la negrura ya había cubierto el mundo.

49. LUG, EL LAYETANO

Polifonte llevaba días sin aparecer para las lecciones de Aulo. Aunque no lo aparentaba, su edad era avanzada, y probablemente el calor de un verano que se resistía a acabar lo habría retenido en la costa, cerca de Baetulo, en la casa familiar de su compañera, Valeria Coloba, donde a veces se retiraba a pescar ostras. En la última lección con Aulo se había sentido mal y el chico había tenido que acompañarlo a su casa.

Lucio barruntaba algo, pero no se atrevía ni siquiera a mencionarlo. En la ciudad se respiraba un ambiente diferente desde hacía algunas jornadas. El foro, sin los corrillos habituales, aparecía inusualmente desierto. Varios clientes llevaban días sin presentarse y por las calles la gente caminaba rápido, con aire receloso.

Aulo y Lucio aprovecharon las horas de la mañana para ir a la palestra que la sociedad de jóvenes había habilitado en un descampado, entre los arcos del acueducto y la necrópolis del norte. El lugar acostumbraba a estar atestado a esas horas, y sin embargo lo encontraron casi vacío, por lo que pudieron entrenar a placer con las espadas de madera. De vez en cuando se podían escuchar los berridos de los ciervos en las densas florestas de la Sierra Oscura. Como cada año, había llegado la época de apareamiento del rey del bosque.

Después del ejercicio entraron en la ciudad por la Puerta Pretoria. Les sorprendió ver a un grupo bastante numeroso de hombres alrededor del templo, esperando a que el sacerdote sacrificara los animales que llevaban en jaulas.

—Aquí está pasando algo —dijo Lucio, pasando un brazo por encima de los hombros de Aulo—. Vamos a comer a la taberna de Plautio. Si alguien tiene información es él.

En efecto, Plautio confirmó los peores pronósticos: hacía más o menos una quincena había llegado un barco con varios marineros enfermos de flujo de vientre. Volvieron a embarcar al día siguiente sin que nadie los atendiera. Al cabo de unos días cayeron enfermos algunos estibadores, justo los mismos que habían ayudado a descargar la embarcación de los afectados.

—Nadie quiere hablar de ello abiertamente, pero niños y ancianos están cayendo como moscas. Mucha gente no sale de sus casas —dijo el posadero

mientras hundía un cazo en una *dolia* del mostrador y les servía un vino del color de las cerezas maduras.

—¿Y el senado municipal? —preguntó Lucio—. Hoy mismo debía reunirse.

—¿El senado? Hace días que parte de los decuriones se embarcaron, unos dijeron que iban a Tarraco y a Ampurias en busca de médicos, otros deben de estar en Iluro, en sus casas de recreo. En cuanto a los libertos, pusieron rumbo a Roma en cuanto oyeron la palabra «epidemia». Solo quedan los ediles.

—¿Y los estibadores que enfermaron? ¿Cómo están? —preguntó Aulo.

—Cubiertos de costras. No soy matasanos pero, por lo que cuentan, parece viruela.

El pánico asomó por los ojos del chico.

—¿Es tu primera epidemia? —le preguntó el posadero—. No te apures, pareces fuerte. ¿Ves estas marcas en mis mejillas? Son las cicatrices que deja la viruela, tenía más o menos tu edad cuando la pasé, en Aquae Sextiae, donde nací. Era el más robusto de mis hermanos. Por desgracia, los dos más pequeños…

—Gracias, amigo —dijo Lucio, depositando unas monedas sobre el mostrador—. Espero verte pronto. Y con buena salud.

Caminaron en silencio hasta la casa. Al llegar vieron a Luna en la puerta, acompañada del esclavo que Lucio había designado para acompañarla en todos sus desplazamientos.

—Padre, debo decirte algo grave.

—¿La epidemia? —Luna asintió—. Acabo de saberlo. Ahora veníamos a buscar nuestras cosas para irnos a las Espeluncas.

—He venido a avisarte, pero Vibio le ha dado órdenes a Herennio de que no deje entrar a nadie… —Lucio miró hacia la puerta y apretó los labios—. Mi maestro y Garza están en el manantial, han empezado a llegar muchos íberos pidiendo la curación a la diosa. Debo ir con ellos cuanto antes. Tenemos los caballos en el establo de Caprinio.

—¡No, Luna! ¡Ni tú ni tu madre debéis mezclaros con los afectados! No os dejaré ir —exclamó él con angustia.

—¡Padre, soy la ayudante del curandero! Debo acudir, sé los riesgos que corro, pero es para lo que he nacido. No temas, mi abuela nos protege.

Lucio se frotó la cara con las manos, desesperado. No soportaba la idea de que Luna o Garza enfermaran y muriesen o quedaran desfiguradas.

—No podrás detenerlas, tío Lug. Son las mujeres más tercas que conozco. —Lucio suspiró. No podía hacer nada. Si Luna quería ayudar, debía dejarla ir.

—De acuerdo, no os demoréis más, nos veremos más tarde. —Lucio cogió entre sus manos la cara de su hija y la besó en la frente—. Tened cuidado. No os detengáis hasta llegar a casa.

De improviso la puerta se abrió y apareció Vibio, cubierto de cabeza a pies con una gasa fina. Parecía una virgen vestal.

—¡Llevadme con vosotros, por los dioses! —exclamó, con los ojos fuera de las órbitas—. ¡No quiero quedarme aquí!

—¡Has dejado en la calle a Luna! ¡Apártate! —Lucio le dio un empujón e hizo entrar a los demás.

Subió con Aulo a las habitaciones. Mientras recogían sus cosas, Lucio pensó qué iba a hacer con Vibio. No podía negarle que fuera con ellos, al menos no delante de Aulo, quien todavía lo creía su padre. Si se quedaba en Barcino tenía muchas posibilidades de contraer la enfermedad. El chico había presenciado cómo Lucio lo humillaba delante de todos el día de las Nonas Caprotinas, y estaba seguro de que sufría por la situación. Tenía que hablar de ello con Garza. Aulo debía saber que él no había sido engendrado por aquel ser detestable. Pero ¿qué le dirían cuando quisiera saber quién era su verdadero padre? ¿El bandolero que Lucio había vendido como esclavo para que muriera en la arena de Tarraco? Por el momento, se llevarían a Vibio a las Espeluncas.

Tras atrancar bien la puerta de la casa, Herennio y su mujer, Annia, los ayudaron a llevar sus cosas hasta el establo donde guardaban la carreta y los caballos. Pasaron por delante de la gran *domus* de los Pedanios, construida durante su ausencia. Estaba cerrada a cal y canto. Según les habían contado, poseía un exuberante peristilo y una sala de exquisita decoración pintada que recreaba el mito de Ganímedes donde el hijo mayor del duunviro celebraba picantes encuentros lúdico-musicales en los que nunca faltaban los más bellos efebos de la colonia. Salieron por la Puerta Rubricata y llegaron a los establos de Caprinio. Cuando ya estuvieron todos montados en la carreta, Lucio dictó las órdenes:

—Id directos a las Espeluncas por la Vía Augusta, no por los caminos. Yo iré después.

—¿Por qué? —preguntó Aulo, alarmado.

—Voy a ver a los ediles para saber cómo se está haciendo frente a la situación.

Aulo fue a replicar, pero se contuvo. Lucio los vio partir y volvió sobre sus pasos. Cuando llegó a la Curia se encontró con que solo unos pocos decuriones se hallaban reunidos. Efectivamente, el duunviro Pedanio había

ido a Tarraco en busca de médicos que tuvieran experiencia en tratar la enfermedad.

—Desde que era niño no he vuelto a vivir una epidemia de viruela —dijo uno de los veteranos—. Muchos la superamos, pero recuerdo que murieron bastantes niños y ancianos.

—Es la primera epidemia de viruela en Barcino —afirmó uno de los ediles—. Ruego a los dioses que sea de las leves, de lo contrario podría ser la ruina de la ciudad. Deberemos estar preparados para una hecatombe. Enviaremos mensajeros por toda la Layetania, los propietarios de reses las donarán de buen grado para congraciarse con los dioses y evitar que la epidemia se extienda.

—¡Habrá que avisar a Baetulo! —dijo el pretor urbano.

—Y cerrar el puerto —añadió Lucio.

—¿Cerrar el puerto? ¿En pleno *mare apertum*? ¡Perderemos mucho dinero! Los comerciantes no lo permitirán —intervino Nonio Felix.

—¡Lo que no podemos permitir es que la epidemia se extienda! En cualquier caso, yo debo partir para ver cómo están las cosas en mi casa.

—Gracias, ingeniero Celio —respondió el edil—. Te estaríamos muy agradecidos si continúas asistiendo a las reuniones de los decuriones. Somos pocos, y deberemos hacer frente a algunas decisiones.

—Por supuesto. Volveré en cuanto pueda, señores.

Abandonó la Curia con cierto remordimiento. Aún no pertenecía al Senado, pero su opinión siempre era consultada. Sin embargo, le urgía visitar a Polifonte. Necesitaba asegurarse de que estaba bien y no necesitaba ayuda. Había, además, otra idea que rondaba por su cabeza.

Se encaminó hacia la casa del gramático, situada cerca de la Puerta Romana, en una de las pocas manzanas donde todavía se conservaban intactas gran parte de las *insulae* originales. El maestro vivía en el primer piso de una lavandería donde también teñían paños. El olor era nauseabundo a todas horas debido a las cubetas de los orines donde se ponían en remojo las prendas, por eso Polifonte y su mujer se escapaban siempre que podían a la costa, a la casa de sus sobrinos pescadores.

Los postigos de la ventana de Polifonte aparecían abiertos, así que gritó su nombre. Una anciana se asomó a la ventana, tapándose la boca con un manto descolorido. Cuando vio que era él cerró uno de los postigos.

—¡Valeria! ¿Qué sucede? ¿Dónde está Polifonte?

—Tiene la enfermedad, Lucio. ¡Vete! ¡No entres!

—¡Déjame subir, te lo ruego! Necesito verlo. No me acercaré, descuida.

—¡No, Lucio! Está muy mal —dijo entre sollozos.

—¡Voy a subir! ¡Y no me iré sin verlo!

El anciano maestro reposaba boca arriba sobre su lecho. Lucio quedó sobrecogido. No era la primera vez que veía enfermos de viruela, pero en aquella ocasión se trataba de su querido Polifonte. No había una sola pulgada de su piel libre de pústulas. La viruela era muy temida, no solo por los muertos que causaba sino por el sufrimiento de los enfermos. Algunos arrastraban secuelas toda la vida. Las calles de Roma estaban repletas de mendigos invidentes cuya ceguera había sido causada por la viruela.

—¿Por qué no me has avisado, Valeria? Habría hecho traer a un buen médico.

—No hay médico que valga contra la viruela, lo sabes. Las vecinas me van dejando la comida en la puerta y así nos hemos alimentado. El buen Apolo ha permitido que yo me mantenga sana para poder cuidarlo. Ahora sólo le rezo para que se lo lleve rápido —dijo, limpiándose unas lágrimas inexistentes bajo sus ojos enrojecidos.

La visión de Polifonte moribundo aterró a Lucio ante la posibilidad de ver a alguien de los suyos en aquellas condiciones. Cerró los ojos y recordó el tiempo en que él también veneraba a Apolo y le sacrificaba los pequeños animales que capturaba en el desierto. Qué lejos quedaba Berenice, le parecía haber vivido allí en otra vida. Berenice, sus años en Egipto, las minas… Y entonces, como si un rayo de luz iluminara sus recuerdos, le vino a la memoria lo que le contó en una ocasión Harith acerca de un posible remedio para la viruela: en la India, él había inhalado polvo extraído de las costras de los enfermos. No perdía nada por intentarlo, así que, mientras Valeria se dedicaba a sus quehaceres y dejaba al enfermo a su cuidado, raspó con suma delicadeza algunas de las costras de su maestro y las guardó en una pequeña bolsa. Antes de irse, depositó sobre la mesa todas las monedas que llevaba encima y le dijo a Valeria:

—En cuanto pase la epidemia te prometo que mi maestro tendrá el funeral que merece. Toma, este dinero te ayudará hasta entonces en lo que necesites. Y rézale a Apolo por todos nosotros.

* * *

Lucio, Elbón y Druso reunieron a todos los esclavos y a los trabajadores de la hacienda. Algunos hombres habían empezado a mostrar síntomas, aunque eran malestares que podían ser debidos a cualquier otra afección. Hasta la

aparición de las pústulas no se tenía la certeza de haber contraído la enfermedad.

Se retiraron a hablar en la cocina, sentados alrededor de la vieja mesa de pino donde acostumbraban a comer los esclavos de la casa. Harmonía les sirvió arrope caliente y pan duro para mojar. Garza se reunió con ellos y les informó de la situación. En el bosque que rodeaba al manantial había bastantes enfermos, la mayoría niños y ancianos. El hechicero había preparado para ellos un brebaje de plantas, hervidas en agua del manantial, y se había encerrado en la cueva con Luna. Ella tocaba un tamboril de piel de oveja mientras él, ataviado con una piel de lobo negro, volaba al mundo de los espíritus en busca de su consejo.

—Garza, ¿te acuerdas de Harith? —preguntó Lucio.

—¡Claro! Perfectamente. ¿Por qué lo dices?

—¿Confiarías en él, por más descabellado que fuese lo que te propusiera?

Garza lo miró con extrañeza. Lucio reparó en que le había salido una pequeña rojez cerca de la comisura de la boca. Un repentino pánico le invadió, pero disimuló como pudo. Superarían aquel trance como habían superado todos los demás. Cortó de cuajo sus temores y, ante la expresión confundida de ella, continuó:

—Harith me explicó en cierta ocasión cómo tratan la viruela los médicos de Oriente. Él mismo recibió ese remedio en una epidemia en la India. Y fue efectivo. Te confieso que cuando lo escuché me pareció algo criminal y digno del peor de los charlatanes. Sin embargo, Harith parecía muy convencido de la bondad del tratamiento y, tratándose de él, debo creerle. Es un remedio que se da a todos los sanos, de modo que les provoca la enfermedad pero de forma muy leve.

—¿De qué se trata, hijo? —intervino Elbón—. Por los dioses, ¡explícate!

—Se arrancan las costras secas de los primeros infectados, se reducen a polvo y se introducen en el interior de la nariz de la persona sana.

—¡Que Apolo Averrunco nos asista! ¡Eso es de bárbaros! —exclamó Druso, entre las miradas de incredulidad de los presentes—. ¡Sería temerario intentar algo así sin la opinión de un médico reputado! Si realmente fuera efectivo, los médicos romanos lo aplicarían.

—Sí, Druso, comprendo tu extrañeza, lo mismo pensé yo. Posiblemente no lo conocen, o desconfían. Pero me sentiría muy mal si no lo pusiera en práctica. Yo confío en Harith. Si él me lo contó será cierto. Yo voy a probarlo el primero.

—¡No! —dijo Harmonía—. ¡Elbón y yo lo probaremos! Somos los más viejos. Aunque lo mejor sería encomendarse a la diosa del manantial, ella nos ayudará.

—Sí, Harmonía —dijo Garza—, la diosa del manantial nos ayudará, pero quizá no pueda mantenernos con vida a todos. Las epidemias son muy crueles. No hay tiempo para hacer pruebas, ya son muchos los afectados. —Miró a Lucio y puso su mano encima de la de él—. Yo también lo tomaré y se lo daré a mis hijos. Confío en lo que Harith te contó, pero ¿cómo vamos a conseguir el remedio?

—Fui a ver a Polifonte antes de dejar Barcino. Lo encontré a las puertas de la muerte. Ni siquiera se enteró cuando le raspé las costras. No hay suficiente para todos, pero podríamos localizar a otros enfermos y conseguir más. Empezaremos a suministrarlo a quienes lo deseen, aunque quizá no haya para todos.

Garza se puso en pie y abrazó a Harmonía, que se cubría las mejillas con las manos. A Lucio le gustaba verla vestida de indígena, con su tez bronceada y pecosa, el dorado pelo suelto y los pies descalzos. Era la viva imagen de la salud. Y así continuaría. Ella, Luna y Aulo serían los primeros en recibir el remedio. No quería pensar en nada que no fuera administrar el tratamiento y encontrar para ellos un lugar apartado donde estuvieran a salvo.

Lucio notó que alguien le ponía la mano en el hombro. Era Elbón. Posó la suya sobre la mano del anciano y escuchó sus palabras:

—Todo irá bien, hijo. Has adquirido mucha sabiduría, y agradezco a los dioses que te hayan enviado de nuevo con nosotros para ayudarnos.

Harmonía se acercó y Lucio le besó la frente, surcada de arrugas y manchas. Y pensó que era a ella a quien debía haber llamado «madre». Se quedó un rato solo, sentado en la cocina. Apoyó los codos en la mesa y se sostuvo la cabeza entre las manos. Allí estaba la muerte de nuevo, llamando a la puerta con sus nudillos descarnados. Esa era la razón de las pesadillas de Luna y de sus premoniciones. ¿Qué otros obstáculos deberían sortear? Se sentía aterrado. La vida le volvía a presentar su lado más crudo. Quizá los médicos orientales mezclaron alguna medicina junto al polvo, y fue eso lo que los curó. Sintió que la existencia de su gente pendía de lo que resolviera hacer. Miró a Aulo, distraído en un rincón, afilando un palo con la daga de Rufulus. Cuando tenía su edad se preguntaba en qué consistía ser un hombre. ¿En actuar con justicia? ¿En proteger a tu familia? ¿En estar en paz con los dioses? Sí. Ser hombre era todo eso. Pero sobre todo consistía en tomar decisiones como aquella.

Garza apareció cargada con una alforja. Adivinó sus pensamientos.

—Confiamos en ti. Si le funcionó a Harith será bueno. Haremos lo que esté en nuestras manos. El resto se lo dejaremos a la Diosa. —Se acercó a él y lo besó en la mejilla—. Debo irme ya, me esperan Luna y el hechicero, pero antes quiero hablar contigo a solas. Solo será un momento.

Salieron a la era. Garza le contó que aquella noche se celebraría un ritual en el manantial para que los afectados recibieran la ayuda de los dioses. Era necesario que él participara para que su cuerpo recibiera a Cernunnos. Lucio la miró extrañado y se negó. Entonces, sin decir nada más, la dejó allí, ceñuda y enfurecida.

* * *

—¡Lucio! —Vibio llegó a toda carrera, con su ridículo atuendo. Bajo la gasa que le cubría todo el cuerpo se había puesto un pañuelo que solo le dejaba los ojos al descubierto—. ¿Qué es ese polvo que le habéis dado a Aulo?

Lucio estaba desnudo en las termas, frotándose el cuerpo enérgicamente con aceite.

—Las costras molidas de un infectado moribundo. De Polifonte, para más información.

—¿Qué sandez estás diciendo? No te quedarán ganas de broma cuando veas a tu querida Garza cubierta de pústulas. ¡Yo también quiero esa medicina! —Vibio rompió a llorar. Lucio, impasible, empezó a retirarse el aceite del cuerpo con el rascador. Vibio se acercó a él y lo zarandeó del brazo —. ¡No quiero morir como mis padres!

Lucio se deshizo de él. Se agachó, apoyó una mano en el suelo y brincó de un salto dentro de la piscina.

—Te comprendo. Podrías ir a Tarraco a cuidar de tu negocio, es posible que allí no llegue la epidemia —dijo Lucio friccionándose los hombros con el agua fría—. Vas a necesitar dinero cuando te establezcas por tu cuenta. Al término de todo esto iremos a ver a Terencio Mus. Ya está preparando los documentos del divorcio.

—¡Yo también tengo derecho a tomar esa medicina!

—Se ha acabado. Teníamos muy poca, no ha habido para todos. Elbón y Harmonía tampoco la han tomado.

—Vuestros desprecios os van a costar caros. ¿Pensáis que voy a quedarme de brazos cruzados? —dijo Vibio. Su voz sonaba deformaba bajo el pañuelo, y a Lucio le corrió un escalofrío por la espina dorsal cuando le escuchó decir

—: Cuídate, Lucio, no sea que la enfermedad se te lleve al otro mundo y yo me quede con todo.

⁎ ⁎ ⁎

Aquella noche todos se fueron a dormir muy temprano. Lucio se quedó despierto, bajo la parra, caminando de un lado a otro como una fiera enjaulada. La petición de Garza lo había alterado en lo más hondo. Oyó pasos que se acercaban, seguidos de un silbido. Era ella. Lucio le salió al paso y le preguntó:

—¿Seguís adelante con esa idea descabellada?

Garza asintió.

—No voy a hacerlo, Garza, ya te lo he dicho. Ningún dios se va a encarnar en mí, y menos aún voy a poseer a la sacerdotisa, o sea, a ti, delante de todos esos carcamales.

—Tú eres el único, aparte de Neitinbeles, que puede hacerlo, y lo sabes. ¿Acaso Zeus no visitó a Leda, a Dánae, a Europa?

—¡Son leyendas, cuentos! En todo caso, mi respuesta sigue siendo no. ¿Por qué siempre tienen que estar los dioses de por medio?

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Así que es un cuento que te salvara la vida el talismán de la diosa? Dos veces le debes la vida, tú mismo me lo dijiste.

—Y aún me pregunto por qué me salvó a mí, ¿por qué no a Néstor, o a Barkal? ¿Merecían vivir menos que yo?

Garza suspiró. Los dos estaban cansados. ¿No habían pasado ya suficientes tribulaciones? Sin embargo, insistió en que la acompañara al manantial.

—¡Oh, vamos, ya no soy un muchacho, ahora tengo una reputación como *paterfamilias*! ¡Soy Lucio Celio, hijo de Gayo, uno de los fundadores de la colonia! Si me presto a ello, mañana mismo toda la ciudad sabrá lo que he hecho.

—¿Qué importa tu reputación si podemos salvar aunque sea a una sola persona? Has olvidado que mi padre te inició como layetano. Desdeñas nuestras creencias.

—Eso no es cierto, Garza; es solo que hay cosas que yo no puedo hacer. No soy sacerdote ni hechicero, solo un ingeniero. He aplicado un remedio efectivo, y sé que funcionará.

—También eres un layetano. Eres Lug y perteneces a la estirpe del Lobo. Tú eres el elegido. En el fondo de tu alma lo sabes.

Lucio la miraba con la respiración agitada. ¿Por qué se sentía tan malhumorado? Ya estaba harto de luchar contra todo. Cada vez que su vida parecía mejorar, un obstáculo se interponía. Ahora la epidemia. Estaba enojado con su destino, que parecía ponerlo a prueba constantemente. Garza continuó:

—Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por Luna. Ella me sucederá como sacerdotisa del manantial. ¿Qué pensará de ti cuando sepa que pudiste ayudar y te negaste? —Dio media vuelta y se volvió a internar en las sombras de las que había salido. Se detuvo de repente y su voz le llegó nítida a Lucio—: Quizá la diosa te reservó con vida para este momento.

* * *

Cuando Garza llegó a la cueva, los ancianos lo tenían todo preparado. El viejo hechicero llevaba la cabeza completamente afeitada, dejando al descubierto una piel rosada como la de un cachorro. Vestía un manto color hueso, bordado de rosetas y palmetas carmesíes. Hizo un gesto y de las sombras surgió Neitinbeles masticando unas hierbas. La escupió y miró a Garza con gravedad. El hechicero los condujo hasta la gran losa de piedra que había encima de la poza. Prendió fuego, entrechocando un pedernal y un eslabón. Las chispas rasgaron la oscuridad y abrasaron los filamentos de un manojo de estopa colocado bajo un haz de leña. Pequeñas lenguas azules arrancaron chasquidos de la hojarasca con la que el anciano alimentó la lumbre y enseguida aparecieron decenas de caras alrededor donde antes solo había sombras.

Garza y Neitinbeles se despojaron de sus ropas y se sumergieron en el agua. Una anciana los esperaba con lienzos de lino. Se acercaron al fuego para calentarse. El hechicero habló con voz quebradiza:

—Yo era un adolescente la última vez que se realizó este ritual. Acababa de empezar mi formación. La enfermedad de los pantanos hacía estragos entre los niños pequeños, decenas de bebés morían en los brazos de sus madres. Los sacerdotes temían que la diosa quisiera arrebatarnos a una generación entera. Cada día y cada noche, mi maestro se enfundaba su piel de lobo y yo tocaba el tambor tantas horas seguidas que me sangraban las manos. Los dioses se resistían a revelarle qué era lo que habíamos hecho mal para recibir semejante castigo.

Hizo una pausa. La gente guardaba un silencio absoluto. El fuego crepitaba con fuerza y consumía los troncos resecos. El anciano reanudó el relato:

—Una madrugada me despertaron unos berridos en el lindero del bosque. Salí fuera de mi casa y vi un ciervo majestuoso pateando la tierra mientras me miraba. Cernunnos me decía que estaba dispuesto a ayudarnos. Corrí, descalzo como estaba, hasta la casa de mi maestro. Aquella misma noche se llevó a cabo el ritual. Y la enfermedad remitió.

Una mujer ahogó unos sollozos. Garza no apartaba la mirada de Neitinbeles, cuyos ojos expresaban turbación. En ausencia de Untiken y de Lucio, era a él a quien correspondía participar en el ritual, pues solo aquel que hubiera matado un lobo podía hacerlo. Había otros, claro, pero se trataba de hombres demasiado ancianos, o de indígenas que habían decidido trasladarse a las pocas zonas donde aún no habían llegado los recaudadores romanos.

—Esta noche te imploramos, oh, Cernunnos, que vengas a nosotros y te encarnes en este hombre, Neitinbeles. Es digno de ti, en su juventud mató a un lobo negro con sus propias manos, merece recibirte, él, que se enfrentó a tu enemigo. —Abrió los ojos y miró al viejo cazador—: A través de tu cuerpo, la semilla del ciervo vivificará a la diosa líquida. Sus aguas sagradas acrecentarán su poder sanador.

El hechicero se dirigió entonces a Garza:

—Sacerdotisa del manantial, hoy te harás una con la diosa y recibirás a Cernunnos, para que las aguas del manantial transmitan la fuerza y la vitalidad del dios a todo ser que las beba o se bañe en sus aguas, y nuestro pueblo sanará, pues quedará libre de toda culpa.

Apareció Luna con un tambor en las manos. Miró a su madre antes de cerrar los ojos y empezar a tocar. Garza adivinó sus pensamientos. El ritmo monótono del instrumento revoloteó en el ambiente y lo cargó de vibraciones. Dos ancianos avanzaron con la cornamenta sagrada, que una vez había adornado la cabeza de Untiken, y fueron a colocársela a Neitinbeles.

—¡Un momento! —Una voz masculina sobresaltó a los presentes. Luna interrumpió el repiqueteo. Lucio salió de las sombras y se acercó diciendo—: Si no te importa, Neitinbeles, seré yo quien reciba a Cernunnos.

El cazador emitió un sonoro suspiro de alivio, antes de farfullar, con la boca llena de un nuevo bolo de hierbas:

—¿A qué estabas esperando, hombre? Ya soy viejo para esto.

Lucio miró al hechicero, que asintió con indulgencia, diciendo:

—Lug el layetano, sé bienvenido. Llevábamos horas esperándote.

Garza respiró hondo y cerró los ojos. Solo Luna sonreía. Debido a la interrupción, el ritual se inició desde el principio. El rostro de Lucio se mostraba inexpresivo, aunque bajo aquella adustez bullían el nerviosismo y el

recelo, además del enardecimiento y la expectación. En realidad, temía no ser capaz, no estar a la altura de lo que se esperaba de él. No ser digno de Cernunnos. Al fin y al cabo, era un romano.

Todo aquello era muy diferente a lo que él conocía. Los sacerdotes del templo de Augusto desempeñaban su cometido durante un tiempo, como si se tratara de un cargo político más. En el caso de los rituales, se limitaban a seguir fielmente los pasos descritos en un libro. Nada que ver con lo que estaban a punto de consumar Garza y él. Sintió un remolino en el vientre.

El tocado de Cernunnos le encajó como un casco hecho a medida. Le sorprendió sentirlo mucho más ligero de lo que esperaba. Lo despojaron del blanco lienzo que lo cubría y le pusieron la capa de vellón de carnero negro. Una mujer se acercó con un cuenco de cerámica, mojó un palito en la sustancia azul que había en su interior y le dibujó un árbol en la frente. El árbol de la vida. La cabeza de Lucio empezó a espesarse. Todo el vello de su cuerpo se erizó. Reconoció la sensación, pues había sentido lo mismo en la foresta sagrada de Nerthus, cuando Druso y él tuvieron el encuentro con el oso. Aflojó todos sus músculos y se dejó llevar.

A Garza la ataviaron con un vestido de redecilla azul que dejaba al descubierto su desnudez. La respiración de él se aceleró al verla, con las redondeces de su cuerpo recortadas contra las llamas del altar. El rítmico sonido del tambor le retumbaba en el cerebro. Cerró los ojos y creyó sentir que los latidos de su corazón se acompasaban con cada golpe. Oleadas de escalofríos lo recorrían de arriba abajo y se preguntó si Garza estaría experimentando lo mismo que él. Notó que su espíritu se hallaba al borde de un abismo y lo asaltó el pánico a no poder controlarse. Entonces entró por sus fosas nasales un intenso olor a humedad, como cuando se remueve en otoño el follaje del bosque. Sin saber cómo, bajó la vista hacia sus propios pies descalzos, que hollaban la tierra como si tuviera pezuñas. Un chisporroteo lo sobresaltó: la madera de pino del altar espumeaba.

—¡Los dioses han descendido! —exclamó el anciano alzando los brazos hacia ellos—. Permitidles, sin reservas, que tomen posesión de vuestro cuerpo.

Mientras el hechicero se cubría con una piel de lobo, Garza cogió a Lucio de la mano y lo llevó hasta la entrada de la cueva. Antes de cerrar la puerta tras ellos, la misma mujer que los había vestido les ofreció un cuenco a cada uno. Le dieron un sorbo. Era un líquido oscuro, fuerte y dulce. Lucio reconoció el sabor del enebro y de la endrina.

Dentro de la cueva ardía un pebetero de arcilla con la efigie de Deméter, como el que Lucio recordaba haber visto alguna vez en casa de Barkal. El ambiente, cargado por el humo del incienso, era cálido. Unas colgaduras de lino teñido de azul pendían desde arriba, tomando la forma de un tejado a dos aguas sobre la tarima de madera que servía de lecho, cubierta de mullidas pieles. Depositaron los cuencos sobre una repisa. Lucio hizo el ademán de quitarse el tocado. Garza lo detuvo:

—Eres Cernunnos, y un ciervo no se desprende de su cornamenta para copular.

—Entonces no te podré besar.

—Los ciervos no besan.

Lucio quiso replicarle, pero ella le puso un dedo sobre los labios y lo hizo callar.

—Cierra los ojos. Respira y siente al dios dentro de ti. Permite que se una a la Diosa a través de mi cuerpo. Olvidémonos de nosotros mismos.

—¿Por qué estás tan segura de que es la Diosa y no tu voluntad la que actúa?

—Cuando mi madre murió me recluyeron en esta cueva. Al principio me costó aceptarlo y sufrí mucho. Pero así aprendí a ver en la oscuridad. ¿Acaso no has visto como Cernunnos movía tus pies? He notado tu desconcierto. Deja que el dios actúe.

—No sé si voy a poder hacer esto, Garza. Al menos no como Cernunnos. Soy Lucio Celio, y te deseo demasiado como hombre, mi cuerpo no puede olvidarse de ese sentimiento.

—Hace quince años dijiste en esta misma cueva que deseabas sentir y escuchar a mis dioses, comunicarte con ellos. Pues bien, aquí están. Solo que los dioses no hablan. Se manifiestan de otra manera. Confía, igual que todos esos enfermos confían en nosotros para superar la enfermedad. Nos debemos a ellos. Ya habrá tiempo para Garza y Lug. Toda la vida, mi amor.

Las palabras cayeron sobre el alma de Lucio como el rocío en la hierba. Cerró los ojos. El tambor seguía sonando, incansable. Una voz rasgó la cadencia.

—Es el hechicero. Su cántico te ayudará —dijo Garza.

Se tendieron sobre el mullido lecho. Lucio acarició el cuerpo de Garza a través del vestido de redecilla. A pesar del calor del ambiente, su piel estaba fresca, igual que sus manos, que recorrían la espalda de Lucio con movimientos fluidos y sinuosos.

Él se incorporó un momento y cogió el cuenco con la bebida. Sintió el deseo de derramar el líquido sobre el vientre de ella, dejando caer las últimas gotas sobre el monte de Venus. Entonces se arrodilló a los pies del lecho y tiró de las caderas de ella hacia el borde. El vestido se le deslizó hacia la cintura, liberando sus piernas. Colocó las manos en las rodillas de ella y la abrió. Su sexo se desplegó ante él como los pétalos de una flor. Unas gotas de licor resbalaron desde el pubis hacia sus rincones más íntimos.

—Quizá los ciervos no besen —dijo Lucio con la voz enronquecida por el deseo—, pero yo los he visto beber del manantial.

Acercó la boca y lamió el líquido de su vientre. Los dulces regueros le indicaron el camino. Con la punta de la lengua recorrió los pliegues, que se humedecieron al instante. El cuerpo de ella se ondulaba como cuando se lanza un guijarro a un estanque. Aquel vaivén y los suspiros de Garza provocaron en Lucio una explosión de potencia que se abrió camino entre las pieles que lo cubrían. Sintió en su vientre un estremecimiento que le erizó el miembro, el vello de la espalda, le atravesó los brazos y le cosquilleó en las manos, que fueron a posarse en los pechos de ella. Tras unos instantes gozando de su plenitud, bajaron por el estómago hasta el abdomen y se quedaron allí, transmitiéndole el hormigueo.

—Cernunnos, la diosa está preparada —dijo ella en un susurro.

Lucio nunca había sentido nada igual. Se dejaba llevar por una intuición nueva, pues sus decisiones no pasaban por su cerebro ni era él quien las tomaba. Su cuerpo fluía al ritmo de una fuerza mayor, que lo inundaba por completo. Se acercó a ella para acariciar la cálida entrada con el extremo de su verga, suavidad con suavidad. Garza lo asió con fuerza por las caderas y lo reclamó. Él intentó franquear la entrada con delicadeza, pero la energía que sentía en su interior lo forzó a entrar con un enérgico envite. Todas las fibras de su ser se tensaron en un solo órgano, que se hundía cada vez más, una y otra vez, al compás del tambor, en una danza cósmica que lo hizo rememorar la mágica noche de amor en el desierto con Xian y Arsínoe.

Cernunnos vivificaba a la diosa, pero fueron Lug y Garza los que perdieron el resuello buscando afanosamente una muerte dulce como el sabor del licor que conservaban en su boca. Llegaron a la cumbre y perdieron el mundo de vista. En aquel instante se detuvo el tiempo en la Tierra y el hombre depositó su semilla dentro del femenino remanso.

50. NÉMESIS

Podium Aquilae
Sierra Oscura
Octubre

El sol del mediodía había secado por completo la humedad de la hierba. Torrentes y manantiales gorgoteaban por doquier, henchidos por el agua de las tormentas de otoño, y el Rubricatus volvía a enrojecer la desembocadura. En el pequeño prado detrás de la cabaña, Lucio y Garza dormitaban entre el zumbido de los abejorros.

Aulo descansaba dentro, casi recuperado de la enfermedad. Había sufrido una leve erupción y la fiebre había remitido enseguida. Durante el mes que llevaban en la montaña del Águila, la cumbre más alta de la Sierra Oscura, se habían refugiado en la antigua cabaña de caza que utilizaba la familia de Barkal desde tiempos inmemoriales. Lucio descendía con frecuencia a la ciudad y a las Espeluncas para ayudar a Druso a organizar la vendimia. En cuanto a Vibio, alguien lo había visto embarcar hacia Tarraco el día del ritual de Cernunnos. Lucio aguardaba ansioso el final de la epidemia para poder ocuparse de preparar y firmar los documentos oficiales del divorcio.

Afortunadamente, la viruela no fue de las peores. Las lluvias llegaron puntuales y contribuyeron a limpiar el ambiente. Tal y como había pronosticado Lucio, los que habían sido rociados con el polvo pasaron la enfermedad de forma leve, aunque algunos bebés murieron, a pesar del remedio. Y Elbón. Desde los primeros síntomas, Harmonía y él se habían encerrado en la antigua casa de Gayo. Solo Lucio y Luna, que prefirió quedarse a ayudar en el manantial, los visitaban cada pocos días. El azar quiso que Elbón muriera en los brazos de aquella a quien había salvado siendo bebé. Sus cenizas fueron enterradas cerca de las de Barkal y Gayo.

Desde su privilegiada situación, Garza, Aulo y Lucio habían podido contemplar, día tras día, los remolinos de humo causados por las múltiples piras funerarias en las necrópolis. Habían muerto también algunos de los veteranos más ancianos, que no pudieron superar la última batalla de sus vidas. Tras las jornadas más virulentas, la colonia empezó a recuperar el

pulso. Los casos nuevos iban cada día más a la baja y, tímidamente, algunos decuriones se dejaron ver por la Curia, cada uno con su excusa.

En cuanto a Garza y a Lucio, la felicidad les llegó aquellos días inciertos como el fruto de un trabajoso alumbramiento. Durante las horas en que Aulo dormía, ella se sumergía en los ojos de él y él lo hacía entre las frondas de su cuerpo, viviendo en un hechizo como dos adolescentes, lejos de todo lo que habían conocido antes, como en otra existencia donde solo les alcanzaban los ecos de un pasado lejano. Vaciaron su alma el uno en el otro, e imaginaron que podían moldear el futuro entre sus manos como una pella de arcilla.

—No sabía que fueras tan dormilona —susurró Lucio. Garza se desperezó sobre la hierba y sonrió, sin abrir los ojos. Él admiraba su piel dorada mientras le deslizaba el pulgar por el labio inferior. Ella abrió la boca y se lo atrapó, para hacerle cosquillas en la yema con su lengua. Se lo soltó de pronto y dijo:

—Qué rápido han pasado las semanas desde el encuentro con Cernunnos. —Él la besó con ternura, acariciándole la mejilla con la barba, como a ella le gustaba, y Garza lo miró con los ojos brillantes antes de susurrarle—. No sé por qué razón los embarazos me dan siempre tanto sueño.

Lucio se incorporó y su cara pasó de la sorpresa a la alegría, para sumirse enseguida en la aprensión. Le puso una mano en el vientre y le susurró:

—¿Estás segura? Pero… No digas nada. Tengo miedo de que el aire, los árboles o el cielo sientan envidia de nosotros y quieran arrebatárnoslo.

—¿Es que no te alegras? —dijo ella, hundiendo los dedos en sus rizos.

Lucio la abrazó, aspirando la fragancia de su cuerpo.

—¡Por supuesto, cielo! Pero me he convertido en un hombre receloso. Todas las alegrías de mi vida han llegado acompañadas de duras pruebas, como si tuviera que ganármelas a pulso, una a una.

Apareció Aulo, pertrechado con el carcaj y el arco que Seihar le había regalado en su última visita. Había pasado la mañana practicando puntería contra un tronco seco.

—Estoy aburrido. Voy a salir un rato a ver si cazo algo.

Lucio y Garza se miraron y rieron al unísono.

—¿Qué? ¿No me creéis capaz?

—Hacer puntería es una cosa, Aulo, cazar con arco es diferente. Y nada fácil —le advirtió Lucio—. Sin embargo, eres fuerte y tengo la sensación de que vas a ser un buen cazador.

—Prefiero que salgas más tarde con tío Lug, hijo —dijo Garza.

—Está bien. Entonces iré a ver si ha caído algo en las trampas.

El chico dejó el arco y las flechas apoyados contra un montón de leña y desapareció entre los árboles. Lucio y Garza volvieron a mirarse. Él desplazó su mano desde la cintura de ella hasta uno de sus pechos, notando cómo el pezón se encabritaba a través del tejido. Habían perdido muchos años, el deseo contenido les quemaba como cuando eran jóvenes, y por eso ambos apreciaban tanto aquellos pocos momentos de soledad. Garza volvió a adormecerse con una expresión de placidez en su rostro. Lucio bajó su mano al vientre de ella. Un hijo. La alegría lo invadió. Pero la paternidad era una moneda de dos caras, pues se mezclaba a partes iguales con el desasosiego.

Tras el ritual, una extraña intuición se había despertado en su interior. Algo le decía que no debía desdeñar la inquietud que lo había embargado al conocer el estado de Garza. Ansió el momento de que fuera libre para poder alzarla en sus brazos y cruzar juntos el umbral de la casa. Con el embarazo en marcha, habría que acelerar los pasos: iría a Tarraco al día siguiente en una de las embarcaciones de cabotaje que aún se atrevían a salir, buscaría a Vibio y lo traería a rastras ante Terencio Mus. Estaba dispuesto a darle mucho dinero para que se fuera lejos y los dejase en paz. Y si no aceptaba, encontraría algún método más expeditivo. Defendería a los suyos con uñas y dientes, y solo los dioses sabían a lo que estaba dispuesto.

Se oyó un berrido cercano. Los ciervos continuaban en celo. Ya había advertido a Aulo que se alejara de ellos si los veía, pues se convertían en animales violentos durante la berrea. Una nube tapó el sol y el ambiente refrescó de pronto. Lucio se entretuvo en quitarle a Garza las briznas de hierba que se habían quedado prendidas en su cabellera. Ella abrió los ojos.

—Vamos dentro, no quiero que te enfríes —dijo Lucio.

—Mi amor —susurró Garza, pasando el dorso de sus dedos por la incipiente barba—. Olvidaba que es tu primer embarazo. Te lo advierto: no me gusta que me traten como a una enferma.

—No es la primera vez que vivo de cerca un embarazo, Garza.

La tristeza turbó su semblante al recordar a Dohae y a su hijo, y a todas las mujeres que vivieron la preñez en las terribles condiciones de Berenice. Había visto dar a luz en la misma cantera y cómo algunas mujeres perdían a sus bebés y eran obligadas a seguir trabajando mientras se desangraban.

Garza, intuyendo la tormenta que los recuerdos amenazaban con desencadenar dentro de él, se incorporó y lo besó.

—Ya pasó, amor. Cuando estés preparado me podrás hablar del infierno que viviste. Solo cuando tú quieras.

Se levantaron y pasearon abrazados hasta el borde del prado, asomándose al despeñadero que había a sus pies. De repente, los pájaros interrumpieron su canto y el bosque se tornó extrañamente silencioso. Ambos se pusieron en alerta.

—Debe de haber ciervos cerca. Voy a buscar a Aulo. Entra en la cabaña.

Lucio se puso las sandalias y se adentró en la espesura, buscando huellas. Algo serpenteó a su paso. Aguzó el oído mientras avanzaba. Tras tanta lluvia, los níscalos habían empezaban a aparecer al pie de los árboles, inundando el bosque con su aroma. Continuó un poco más y llegó hasta un claro. El asno con el que Lucio subía y bajaba del monte ramoneaba entre los arbustos. Eso era todo. Aspiró el olor a humedad y pensó que aquella era una buena tarde para recoger setas. Se había sobresaltado sin razón.

Fue en busca de Aulo por un sendero que llevaba hasta un soto en el que abundaban las conejeras. Se abandonó a sus pensamientos. En realidad, no le había sorprendido la noticia del embarazo. La noche del ritual había tenido la certeza de que estaba engendrando un hijo. Desde entonces, el temor refrenaba su júbilo, porque la misma fuerza que lo envolvió entonces le transmitía que el peligro aún acechaba.

Al lado de la senda divisó marcas de cuernas de ciervo sobre la corteza de un árbol joven. Se acercó para tocarlas. La savia del tronco aún estaba fresca, las marcas eran recientes. Un chasquido de ramas le hizo atisbar un movimiento entre el follaje y entonces lo vio: un majestuoso venado lo contemplaba. Alzó la testa y berreó con fuerza. Lucio recibió el mensaje directo en el corazón, como el silbido que precede a la flecha. Echó a correr con todas sus energías hacia la cabaña, rasgándose la túnica y la piel entre las ramas, imprimiendo a sus piernas toda la potencia de que fue capaz. Entró en la cabaña y la encontró desierta. Se quedó escuchando, pero solo oyó el tumulto de su cuerpo dominado por el pánico. Abrió un arcón y cogió su espada.

—¡Lug!

Era la voz de Garza desde el prado. Rodeó la casa lo más deprisa que pudo y, cuando vio la escena, la sangre se le heló en las venas. Garza estaba atada al tronco de un árbol y Vibio retenía a Aulo por detrás, apoyando el filo de un cuchillo contra su garganta. Frente a ellos estaba Untiken, reclamándole a Vibio que lo liberara.

—¡Suéltalo, Vibio! ¡Me aseguraste que no les harías nada!

—¡Maldito gusano! ¡Déjalo ir! —le gritó Lucio a Vibio—. ¿Y tú? ¿Tú qué haces aquí? —Reparó en que Untiken también iba armado con una

espada.

—¡Untiken es ahora mi esclavo! —exclamó Vibio—. Se lo he comprado al lanista de Tarraco. Él me ayudará a poner las cosas en su sitio de una vez por todas.

—Me creías ya muerto, ¿verdad, romano? —Untiken emitió una carcajada feroz—. Pues nada de eso. Las puertas del infierno no quieren abrirse para mí.

Lucio se acercó a él con cautela mientras le decía:

—No te engañes, Untiken. Nuestro enemigo común es Vibio. No dejes que te enrede en su juego.

—No, Lucio, ¡eres tú quien me enredaste! —gritó Untiken, señalándolo con el dedo—. Yo esperaba una muerte digna, luchando contra fieras y gladiadores, pero solo me enfrenté a bufones, a los que ensartaba en mi espada para el regocijo de las putas y los ociosos que acuden a la arena.

—Te salvé de la cruz. ¡Untiken, escucha! —Lucio se contenía, pero el corazón se le salía del pecho—. No caigas en su trampa, ayúdame a liberar a Garza y a Aulo… Después podrás escapar, te daré caballos y dinero, podrás establecerte lejos.

—¡Silencio! ¡Basta de charla, ahora soy yo quien pone las reglas! —gritó Vibio—. Querido primo Lucio, te diré lo que va a suceder: Untiken te va a matar, él se quedará con tu tortolita y con su hijo y yo con toda la herencia, la de los Domicios y la de los Celios. ¿Qué te parece? ¿Quién es ahora el gusano inútil?

El íbero se abalanzó hacia Lucio con un mandoble en vertical, con tal fuerza que la espada se clavó en la tierra.

—¡Untiken! —gritó Garza—, ¡te lo pido por tu hijo! ¡Baja la espada! Podemos arreglarlo.

—El único arreglo aquí es que Untiken mate a Lucio —dijo Vibio, con sus ojos acuosos más saltones que nunca—. Os llevará lejos, a las tierras de los vascones si es necesario. Las autoridades romanas os darán por muertos, yo mismo testificaré que os vi caer por un barranco si es preciso.

La lucha se reanudó. Lucio pudo esquivar los potentes envites del layetano hasta que se vio acorralado contra la pared de la cabaña. Se escabulló con un ágil movimiento y en su huida propinó una patada hacia el brazo de Untiken, haciendo volar su espada por los aires.

—¡Untiken! —gritó Vibio, forcejeando con un Aulo blanco como la leche —, ¡o matas a Lucio o mato a tu hijo! Te recompensaré, recuérdalo.

—¡No! —gritó Garza—. ¿Cómo has podido aliarte con Vibio? ¡No puedes hacernos esto! ¡Lucio y yo nos arriesgamos por ti!

El íbero se volvió hacia Garza antes de recoger de nuevo la espada:

—No me conoces si creías que me iba a dejar morir para divertir a los romanos. —La voz del guerrero sonaba quebrada—. Voy a luchar por ti y por Aulo. ¿No lo ves? Ya no me queda nada más. —Untiken, con el pecho hundido y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, cubiertos de laceraciones mal curadas, era una sombra de lo que había sido—. Solo me quedáis tú y Aulo. Lucio te abandonó, ¿no lo recuerdas?

Sus ojos eran dos finas líneas en cuyo interior espejeaba aún alguna esperanza, pero su voz sonaba lastimosa, implorante. Garza rompió a llorar. Untiken recuperó la apostura, recogió la espada y gritó:

—¡Te estoy retando, Lucio Celio, hijo de Gayo! —Caminó hacia él haciéndole señas con la mano de que se acercara—. Una vez te dije que teníamos una pelea pendiente. Pues bien, el momento ha llegado. ¡Demuestra cómo lucha un romano!

—¡Oh! ¡Mira, querida, con qué gozosas escenas nos están deleitando! —dijo Vibio burlón—. Yo os voy a decir cómo se va a resolver esto. ¡Le rebanaré el cuello al niño si no empieza el baile!

El íbero volvió a lanzarse contra Lucio, espada en mano. Este luchaba con desgana, a la defensiva, hasta que recibió un pequeño desgarro en un brazo.

—Somos hermanos de sangre. No voy a luchar contigo, y aún menos delante de tu hijo. —Lucio tiró la espada al suelo y clavó sus ojos en Aulo, tomando conciencia de que el muchacho acababa de enterarse de quién era su verdadero progenitor.

—¡No te creía tan cobarde! Te entregas mansamente a la muerte. Soy mucho más fuerte que tú y desarmado caerás pronto bajo mi espada.

—Podemos llegar a un acuerdo en el que los dos salgamos beneficiados —dijo Lucio con las manos en alto, mientras un hilo de sangre le resbalaba por el antebrazo y caía en la hierba.

Se aproximó a Untiken. Ambos empezaron a dar vueltas, uno frente a otro, acercándose cada vez más. Lucio se arriesgaba a que el íbero lo matara de una estocada, de tan próximos que estaban.

—El único acuerdo —dijo Untiken en voz baja— es que me dejes huir con Garza y con mi hijo. Tú conservas la vida, juntos nos ocupamos de Vibio y yo recupero lo que es mío. ¿Estás dispuesto?

El rostro de Lucio se ensombreció. Estaba claro que no tenía ninguna otra salida excepto luchar con Untiken.

—Garza lleva en su vientre un hijo mío.

—¿Qué estáis cuchicheando? —gritó Vibio.

El íbero sonrió con amargura. Sus ojos centelleaban. Agarraba tan fuerte la empuñadura de la espada que sobre los músculos de sus brazos asomaron unas palpitantes venas azuladas.

—Ya ves, no hay alternativa. O me matas o te mato. —Su voz sonaba extrañamente serena—. Este cabrón lo ha urdido muy bien.

—¡Basta de charla, Untiken! —gritó Vibio—. ¡Haz lo que has venido a hacer y acabemos con esto!

—¡Que los dioses sepan que estoy dispuesto a morir! —gritó Untiken alzando al cielo la espada.

Lucio respiró hondo. Había que ir a por todas y participar en aquella inesperada pero inevitable última escena. Tensó los músculos y gritó:

—¡En la manada solo puede haber un rey lobo!

El mismo Untiken recogió su espada de la hierba y se la lanzó.

Intercambiaron varios mandobles. Lucio seguía sin atacar a fondo, esquivando al contrincante, lo cual le causó algunos rasguños más. Untiken manejaba bien la espada, pero carecía de la práctica necesaria para vencerle. Un bárbaro más, todo fuerza y coraje, pero falto de técnica. Decidió que lo cansaría mientras pensaba qué hacer con Vibio. Miró a Garza y, en ese descuido, el íbero le rasgó la túnica a la altura de las costillas. Lucio sintió la calidez de su propia sangre empapándole la piel.

Aulo empezó a patalear, hundiendo los talones en la tierra y haciendo que Vibio retrocediera hacia el risco. Arriesgándose a que lo degollara, asió con las dos manos el brazo que lo retenía intentando alejarlo de su cuello mientras profería frases en cántabro que solo Garza comprendió. Siguió empujando con los pies hasta que estuvieron al borde del despeñadero.

—¡Estate quieto, estúpido! No me costaría nada lanzarte al vacío —lo amenazó Vibio.

Lucio estaba herido. No podía bajar la guardia ni una vez más. Si alguien tenía que morir allí no iba a ser él. Emitió un gruñido y se abalanzó sobre el íbero, que eludía como podía los certeros estoques del romano. Era demasiado pesado para moverse con ligereza, por eso a Lucio no le costó acorralarlo contra la pared de la cabaña, de espaldas al prado. Esperó a que se cansara, buscando un hueco por donde clavarle la espada.

Entonces se oyó un grito desgarrado de Garza:

—¡Aulo, no!

Untiken desvió la mirada más allá de su contrincante y se quedó rígido. Lucio aprovechó la ocasión para pincharle con su espada el abdomen, sin atreverse a clavarla. Tras un instante, Untiken volvió en sí y dedicó a Lucio

una mirada helada. Después sonrió: se estaba despidiendo. De un empellón, se arrojó sobre la espada romana, de forma que esta se clavó profundamente en su vientre. Sus miradas no se despegaron ni aun cuando Lucio soltó la empuñadura como si le quemara. Cayeron de rodillas.

Lucio extrajo la hoja y su nariz se inundó con el hedor acre de la sangre. Hasta ese momento no fue consciente de los gritos de Garza. Se volvió entonces hacia el despeñadero y no vio a nadie. Vibio y Aulo habían caído al vacío.

—¡Desátame, Lucio! ¡He de ir a buscar a Aulo! ¡Rápido!

Lucio se asomó al barranco horrorizado. Más abajo, sobre un saliente, divisó la túnica brillante de Vibio, pero no había ni rastro de Aulo. Garza gritaba y él no reaccionaba. La miró y caminó hacia ella, sacó la daga de su sandalia y cortó las cuerdas. Ella corrió hacia un extremo del risco y desapareció.

—¡No! ¿Qué haces? ¡Garza! —El bramido de Lucio sonó desgarrador. ¿Acaso deseaba arrastrarse ella también hacia la muerte, llevándose a su hijo no nacido al más allá? ¿Habría perdido el juicio? El mundo entero dejó de tener sentido. Se agarró la cabeza entre las manos, pensando que las sienes le iban a explotar. Sintió la sangre manando de la herida de su costado mientras empezaba a sentir un cansancio extremo. Debía aceptarlo: la felicidad le estaba vedada, quizá no la merecía.

—No te apures por ellos, romano —oyó decir a Untiken, que seguía con vida—; ese extremo del despeñadero está lleno de cavidades y salientes donde anidan las águilas. Son íberos, trepan como linces. ¿O es que ya no te acuerdas?

—¡Maldita sea, Untiken!

Lucio corrió hacia la cabaña y volvió con una soga enrollada. La ató al árbol en el que había estado Garza y el otro extremo se lo ató a la cintura, empapada de sangre. Se asomó al risco, dispuesto a bajar, cuando oyó la voz de ella.

—¡Lug! ¡Ayúdame!

Miró por donde sonaba la voz y vio un pequeño saliente donde Garza y Aulo se hallaban agarrados. La sangre le bombeaba en las sienes y, mientras les lanzaba las cuerdas, le dio las gracias a Cernunnos por haber conservado aquellas vidas que tanto significaban para él. Tensó la soga con todas sus fuerzas, rodeando el árbol y clavando los talones en la hierba. Los dos pudieron subir ágilmente. Estaban cubiertos de rasguños y Aulo se había dado un fuerte golpe en la frente, pero estaban bien.

Aulo miró a Untiken con los ojos exageradamente abiertos, como si estuviera viendo a un fantasma. El íbero intentaba tapar con una mano la herida, por la que sobresalía parte del intestino. Lucio se quitó la túnica y lo tapó. Después abrazó a Garza, mientras Aulo corría hacia su padre. Ella profirió un quejido:

—El tobillo izquierdo, creo que me lo he torcido.

Lucio posó una mano en el vientre de ella, mirándola con ansiedad.

—No te preocupes, aún es muy pequeño. Estará bien, es fuerte, como nosotros. —Lucio le acarició la mejilla. Garza miró hacia donde estaba Untiken. Aulo lloraba abrazado a él. Lucio y ella se acercaron.

—¿Por qué has permitido que sucediera, Untiken? —Garza se arrodilló a su lado. Su voz sonaba dura, aunque sus caricias eran dulces. Le retiró con delicadeza el pelo de la cara y juntó su frente con la de él.

—Me aseguró que no os tocaría y yo… ¡necesitaba creerle para poder salir de aquel lugar! —dijo un Untiken con el rostro contraído por el dolor. Aulo le sostenía una mano y se mecía mientras emitía sollozos ahogados—. ¡No quiero lágrimas! Lucio ha sido un buen contrincante. Los dioses me lo tendrán en cuenta cuando, dentro de poco, me siente a su mesa para compartir su cerveza.

Garza le golpeó el brazo con un puño diciendo:

—¿Por qué has sido siempre tan terco? ¡Nos has puesto a todos en peligro y has encontrado la muerte! Debías haberte ido a las montañas…

—¿Y huir como un cobarde, como tantos otros? ¡Mi hijo se sentirá orgulloso de mí! —dijo agarrando a Aulo por la nuca. De súbito, le sobrevino un vómito de sangre. Lucio lo ayudó a incorporarse para que no se ahogara.

Aulo explotó, gritándole a su madre:

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué preferiste que creyera que esa rata era mi padre?

—Hijo, respeta a tu madre y cuídala. Ha demostrado ser la más inteligente de todos nosotros. Mi mundo está muerto, como yo. —Casi no le quedaban fuerzas. Su potente voz se había convertido en un lastimoso jadeo—. Y no le guardes rencor a Lucio. Respétalo como a un padre. —Aulo sollozaba sin control. El íbero posó su mano ensangrentada sobre la de Lucio—: Y tú, romano, enséñale a mi hijo a ser digno de sus antepasados. Haz de él un hombre.

Sobre la hierba se había ido formando un gran charco rojo. Untiken murió tras varios espasmos. Aulo se abrazó a Garza y ambos sollozaron sobre el

cuerpo inerte. El silencio del bosque era rasgado de vez en cuando por los berridos, cada vez más lejanos, de los venados.

Súbitamente, se oyó un ligero sonido de piedras desprendidas. El llanto de Aulo cesó de pronto. Se pasó las manos por la cara para secarse las lágrimas y solo consiguió embadurnarse con la sangre de Untiken, como si se adornara con una macabra pintura de guerra. ¿O quizá lo había hecho a propósito? Se incorporó y miró a Garza. De una zancada, alcanzó el montón de leña donde había dejado su carcaj. Cogió una flecha y la colocó en el arco. Su rostro se había transformado, había perdido la última brizna de niñez. Con la mandíbula apretada y los ojos clavados en el risco, tensó el arco.

—¡No, zagal! ¡Deja que lo haga yo! —gritó Lucio yendo tras él.

—Déjalo —dijo Garza con voz serena.

El iris de sus ojos había adquirido la tonalidad amarilla de un lobo dispuesto para el ataque. Lucio le dejó hacer, pues vio a Untiken asomado a los ojos achinados de su hijo. Una figura encorvada y oscura apareció por entre las rocas. Aulo apuntó.

La flecha pasó rozando el costado de Vibio, que, malherido y con media cara ensangrentada, estalló en una carcajada.

—¡Maldito bastardo, cómo osas…! —exclamó Vibio—. ¡Mira a esa zorra! ¡Ninguno de los hijos que ha tenido son de su marido! ¡Yo soy la verdadera víctima!

Lucio arrancó el arco de las manos a Aulo, que extrajo otra flecha del carcaj y se la tendió.

—¡Lucio! ¿Qué vas a hacer? ¡Soy tu primo, sangre de tu sangre! Espera, podemos llegar a un acuerdo; me iré lejos, no os molestaré. —La voz de Vibio había perdido el tono desafiante y sonaba falsamente desgarradora. Cayó de rodillas.

Lucio tensó el arco con determinación. De la herida de su abdomen, la sangre manó con más fuerza.

—¡Por la memoria de tu padre, no lo hagas! Haré lo que tú quieras.

—Untiken habría debido matarte hace años. Me habría ahorrado la molestia —rugió Lucio.

Soltó la flecha al tiempo que cerraba los ojos y sentía el escalofrío provocado por el silbido. Oyó cómo el cuerpo de Vibio se desplomaba hacia atrás, sobre la roca, y el sonido sordo de su cabeza golpeándola. Se acercó y se topó con aquellos ojos de batracio muy abiertos, mirando hacia ninguna parte.

Garza se abandonó al llanto, arrodillada junto a Untiken. Aulo se quitó la túnica y la rasgó para vendar las heridas de Lucio. Después fue a abrazar a su madre, quien, ya más calmada, les dijo:

—Nadie debe saber lo que ha pasado aquí hoy. Ni siquiera Luna. Quedará entre nosotros tres.

Lucio, presionándose la herida con la palma de la mano, se echó en la hierba. Las nubes corrían muy arriba en el cielo, en forma de cabritillas.

—Aulo, te has arriesgado demasiado. Vibio te podía haber degollado o podíais haber caído al vacío —dijo Garza.

—Conozco bien el risco. Hay muchos salientes y a veces me descuelgo para llegar al nido de las rapaces. Ha sido una suerte que me enseñaras a hablar en cántabro. Vibio era un cobarde, no se habría atrevido nunca a matarme. Sabía que, si lo hacía, cualquiera de vosotros tres lo despedazaría tarde o temprano. Por eso me arriesgué.

—Mañana lloverá —dijo Lucio, incorporándose con esfuerzo. Se fue hasta la pila de leña y cogió el hacha—. Hay que cortar más leña para incinerar los cuerpos.

—Lo haré yo —repuso Aulo—. Tú debes descansar…, padre.

Lucio lo miró extrañado. ¿Qué estaba diciendo? Había perdido sangre y a su cabeza le costaba pensar con claridad. ¿Padre? Solo podía referirse a él. Renqueando, pero con el pecho henchido de orgullo, se fue hacia Aulo y lo tomó por los antebrazos, saludándolo como hacían los soldados. Y oyó a Garza decir:

—¿Entiendes ahora por qué los dioses te dejaron con vida?

* * *

El crepúsculo empezó a envolver la llanura con sus sombras. Mientras Aulo apilaba otro montón de leña, Garza había lavado las heridas de Lucio, les había aplicado ungüentos y las había vendado. Asomados al saliente, contemplaron cómo una sábana violácea iba cubriendo el mar y la colonia. De pronto, el último rayo de sol derramó su arrebol sobre el mar y encendió los muros de Barcino.

Los gañidos de un halcón rompieron el silencio. Lucio siguió al majestuoso animal con la vista, sintiendo en el corazón la ligereza de su vuelo.

EPÍLOGO

Promontorio de Júpiter
Septiembre
48 d. C.

He esperado a que todos se fueran para desembarazarme de la toga. Con los años he aprendido a lucirla con la prestancia de un senador, pero pocos sospechan que nunca he acabado de acostumbrarme a esta engorrosa prenda. Mi nieto Gayo y Drusilla están escondidos en las ruinas del templo de Júpiter y creen que no los veo. Buscan mi compañía en todo momento, y yo la de ellos. Celia, la hija de Aulo, se hace la remolona admirando las guirnaldas de la ofrenda a Barkal. Como cada año desde mi regreso a casa, todos los Celios subimos hasta la cúspide del promontorio y honramos a nuestros antepasados íberos.

Avanzo por los jardines que rodean el monumento. En el otro extremo de la rosaleda, el sol calienta las piedras de la gran exedra. Fue Aulo, cuando alcanzó el duunvirato, quien sufragó los gastos. Nunca se podrán reparar las injusticias sufridas por los layetanos —¡y por tantos otros bajo el yugo de Roma!—, por eso le apoyé frente a aquellos que denostaban la idea: una exedra en la cima de Barkeno, para el recuerdo de los primeros decuriones de origen íbero, Aulo Asedilo Layetano el primero de todos ellos. «Porque el Tiempo es envidioso —decía mi padre—, y todo lo corroe».

A mi edad, estoy preparado para el reencuentro con el viejo centurión en las mansiones de Proserpina. Me sentaré a la mesa con él, con el abuelo Atisio y el tío Publio, y con mi primo Marco, a quien di muerte yo mismo. Compartiré su pan y su vino, y les gustará saber que el nombre de nuestra familia permanece escrito en una lápida de piedra en la muralla de una colonia lejana y cálida, donde prosperan la vid y el olivo y donde el mar es fecundo y la tierra está empapada de agua dulce.

—¡Mira, Lug! —grita Celia, señalando hacia el puerto y poniendo la otra mano por visera—. ¿No es aquel el *Arsínoe*? No sabía que hubiera vuelto ya.

—Llegó ayer de Roma, sin novedad. Esta misma mañana lo habrán descargado.

Ella y Aulo son los únicos que se dirigen a mí con ese nombre. A pesar de mi edad, al oírlo siento aún cierto cosquilleo infantil, como la primera vez, cuando, junto al puente de *Ad Fines*, se lo oí decir a Barkal. Hace años que dejé de temer a los dioses y empecé a respetarlos. Desde entonces, ellos también me respetan. Pocos recuerdan al poderoso Cernunnos y a la diosa sin nombre, ya nadie los reclama ni los venera, por eso, cada primavera me uno a la procesión de ancianas que suben al manantial para arrojar ofrendas a las aguas.

A Celia le gusta arrodillarse frente a mí y mirarme las manos, callosas y ásperas. Los carpinteros del astillero intercambian miradas de extrañeza cuando bajo al taller a ensamblar las espigas en las mortajas, a martillear clavijas y embrear las quillas. He desempeñado todas las magistraturas y recibido todos los honores, y, sin embargo, sé que mi lugar está junto a la madera y la piedra. La fragancia del pino, de las tablas de roble y de ciprés, me recuerdan a Garza, al bosque donde encontró la muerte mientras trepaba con Celia y Luna al lugar secreto donde crece la belladona.

Garza, mi compañera, mi amor, mi amiga, me mantenía unido a la tierra, a la casa. ¿Cómo fui capaz de pasar tantos años lejos de ella? Por las noches siento que mi alma podría dejarse caer al vacío de un momento a otro. Todo lo que yo sabía y conocía dejó de tener sentido sin ella. Mi propia casa, mis propias tierras, empiezan a serme ajenas, como si ya perteneciera a ese lugar donde habita el olvido.

—¡Abuelo! —Drusilla, el vivo retrato de su madre, Belaiska, me llama—. ¡He encontrado una moneda!

—¡No tienes derecho a llamarlo abuelo! ¡Es *mi* abuelo! —Gayo llega trotando, sin la toga, con la cara tiznada y un tajo en la pierna.

—Pues claro que tiene derecho, Gayo. Druso es como un hijo para mí, así que yo soy como un abuelo para Drusilla, y también para Celia. ¿Dónde está tu toga?

—¿Y la tuya? —responde con picardía—. Bueno, eres el abuelo de todos, pero solo a mí me llevas a pescar sargos —dice mirando desafiante a las niñas.

Caminamos juntos hacia el faro. El viento cálido de levante desprende algunos mechones de la cabellera dorada de Celia Plácida. No ha heredado ni

una brizna de la agresividad de su abuelo Untiken. Sé que su madre ha empezado a buscarle marido mientras ella pasa los días inmersa en la lectura en la biblioteca de Barkal. Ella era la preferida de Garza, me consuela pensar que mi amor murió en sus brazos. Sin embargo, desde entonces la placidez de la niña se ha trocado en gravedad. Se entrega a la lectura con circunspección, como si buscara con afán la respuesta a los porqués del destino. En eso se parece a mí.

Las gaviotas chillan por encima de nuestras cabezas y el padre Rubricatus fluye rojizo, invulnerable, hacia el mar. Rememoro el día en que volví a casa: remonté su orilla con paso firme, dispuesto a tomar posesión de lo que me correspondía. Ahora sé que el río siempre ha fluido dentro de mí, ofreciéndome su fortaleza. Las vidas siguen cauces secretos a través de los cuales recalamos en uno u otro lugar. Hasta el día en que la nave parte sin retorno.

Una voz blanca y tersa viene a rescatarme del abismo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Lug?

Le sonrío. Celia necesita saber, como yo a su edad. La rueda de la vida gira una y otra vez, por eso el pasado no finaliza nunca. Lo llevamos dentro.

—¿Mi abuelo Untiken era realmente tan fiero como lo describen?

Tardo en responder, embelesado con su serena belleza.

—Sí, lo fue. En realidad, todos lo fuimos. Jóvenes, bellos y buenos. ¿Te he contado cuando matamos a un lobo con nuestras propias manos?

Celia sonríe, me toma una mano y me la besa. Probablemente le he relatado la historia cientos de veces, como hacen los viejos. Respiro hondo, noto cómo el aire fresco penetra en mis pulmones. ¡Por todos los dioses! Estoy vivo y no tengo quebrantada la salud. Conservo el porte marcial, todavía puedo derribar en la palestra a los jovencitos que se inician en la lucha. En invierno, cuando atravieso el foro cubierto con el manto de marta cibelina, todos bajan la cabeza ante mí.

Celia mira el mar con una sonrisa enigmática. Es joven, bella y buena, como nosotros lo fuimos, resuelta, intensa y calmada al mismo tiempo. Odio imaginarla encerrada entre las cuatro paredes de una *domus*, sometida a un marido. Quiero verla libre, a bordo de uno de mis mercantes, en las orillas del mar Eritreo, o galopando por el desierto sobre un dromedario.

Drusilla me tira de la túnica, insistente:

—Es una moneda de Pegaso, pero tiene unas letras extrañas, debe de ser griego.

La examino. En una de sus caras observo una cabeza femenina y en la otra un caballo alado. La froto contra mi túnica. Sigue ennegrecida, aunque reconozco de inmediato el tacto de la plata. Es una dracma. Y las letras no son griegas, sino íberas. Celia se acerca a verla:

—Las tres primeras letras se parecen mucho a las de la estela de Barkal.

—¡Mira! ¡Y esta es una «N»! —añade Drusilla.

—¡Barkeno! —grita Gayo—. Estamos en Barkeno, ¿no? Debe de ser una moneda antigua, de los layetanos. ¡Abuelo! ¿Crees que habrá más debajo de estas ruinas?

—Debajo de estas ruinas hay una gran ciudad, Gayo, la primera Barcino. Y sí, hay monedas, y penas y alegrías, vidas enteras enterradas. —Los tres me rodean y me miran con extrañeza—. Mantened siempre viva la memoria de los antiguos, honradlos y recordadlos porque, en realidad, habitan en vosotros.

Es hora de irse. El viento arrecia y el mar empieza a cabrillear. Gayo también quiere una moneda. Rebusco en mi bolsa de cuero y saco una. La efigie del emperador Claudio me arrastra de nuevo al pasado, a los fríos bosques del *limes* superior, donde combatí junto a su hermano, el gran Germánico. Y siento a la Madre Roma desamparada porque los buenos hombres se fueron ya: Julio César, Augusto, Agripa, Germánico. Ahora es el tiempo de los idiotas.

Bajamos con cuidado bordeando las bocas de los grandes silos de cereal, hoy escombreras. En uno de ellos sobresalen las patas rígidas de un asno muerto. Tanto poder, tanta riqueza, tanto orgullo y tanto esfuerzo desvanecido. Como mi vida.

Los niños corretean a mi alrededor. Seguirán su camino, soñarán, sufrirán, aprenderán y amarán. Debería enseñarles, advertirles y explicarles tantas cosas… Pero ¿con qué palabras podría transmitir mi gratitud por unos esclavos a quienes quise como a unos padres, la profunda admiración por los guerreros que murieron por mi espada, la fortaleza de Garza, la indestructible amistad de Harith, la reciedumbre de una vida cargada de heridas y esperanzas, la indefectible tentación del poder y la gloria, el gozo de la vuelta a casa?

Cada hombre está solo ante su vida. Con los brazos abiertos y el corazón en la mano, recibimos las señales de los dioses. Solo entonces se nos revela el destino.

Y dejamos nuestra huella sobre el polvo del olvido.

NOTA DE LA AUTORA

A principios del siglo XX, en unas obras realizadas en Montjuïc, se encontraron unos materiales que desconcertaron a los investigadores del pasado romano de la ciudad de Barcelona. Se trata de una lápida —ya célebre — donde se nos informa de que un tal Gayo Celio, hijo de Atisio, se hizo cargo de la construcción de las torres, puertas y murallas. También reza que desempeñó el cargo de duunviro quinquenal, es decir, que se ocupó de elaborar el primer censo de ciudadanos.

Junto a ella se encontraron cuatro bloques fragmentarios de lo que parecía una exedra, con otras inscripciones onomásticas romanas. Algunos estudiosos creen que los nombres en ella inscritos (L. LICINUS / C. IULIUS A / A / SEDILLUS) corresponden a magistrados de la época fundacional de la ciudad.

¿A qué se debió el desconcierto? Al lugar de los hallazgos. Era de esperar que un material epigráfico de este calibre hubiera estado emplazado dentro de la ciudad romana, no en la montaña de Montjuïc, donde estaría ubicado el poblado ibérico que algunos identifican con el nombre de Barkeno. No vamos a detallar las interminables discusiones que se produjeron entonces sobre la posible existencia allí de una ciudad republicana previa a la del llano, pues el lector podrá hallar en las bibliotecas toda la información al respecto.

Justo al cierre de esta novela, una tesis doctoral apunta lo que quizás sea la explicación a ese enigma. En realidad, la lápida de Gayo Celio habría sido hallada entre el material de derribo de una finca de la calle Avinyó. Después habría llegado a manos de Josep Laribal, el cual la habría expuesto en su finca de Montjuïc, justo donde en la actualidad se hallan los jardines que llevan su nombre.

A la vista de los hechos, es muy probable que la exedra de Asedilo (a quien identifico con Barkal en esta obra) fuera objeto de un trasiego parecido. Sin embargo, y hasta que no se demuestre lo contrario, me gusta imaginar que ese monumento se erigió sobre la antigua Barkeno.

Quiero pensar que una vez existió un Lucio / Lug, deseoso de aunar la secular herencia layetana materializada en el *oppidum* de Barkeno con la savia nueva de los colonos romanos establecidos en el llano. El promontorio de Júpiter sería, para nuestro amigo, un gran Jano, guardián del pasado y del presente, con su doble rostro vuelto hacia lo que acaba y hacia lo que empieza. Voy más allá e imagino que ese poblado, del cual, por desgracia, sabemos tan poco, se convirtió en una especie de bisagra entre su vocación comercial, radicada en el tráfico marítimo-fluvial del Rubricatus, y la proyección mercantil que, desde su inicio, tuvo la colonia Barcino.

Tal vez Lucio Celio tuviera una visión de continuidad, y contemplara la dicotomía Barkeno/Barcino como una sola entidad, siendo nuestra Barcelona actual la heredera de la colonia romana y también de aquel poblado indígena. Es bello creer que esta Barcelona moderna y cosmopolita se halla enraizada en los pueblos protohistóricos que se proyectaron hacia el Mediterráneo a través de los comerciantes fenicios, griegos y etruscos.

La fantasía, pues, me guía hacia la cúspide del promontorio, y veo la exedra construida por Lucio y Aulo a la vera de las ruinas de un vetusto templo, sobre una senda inmemorial que partía del antiguo puerto y atravesaba el poblado, serpenteando plácidamente entre bosquecillos y campos, y bajando hasta el llano, alejada del tráfico y del ruido de la flamante vía romana. Así es la literatura. Permite crear allí donde la historia enmudece.

Algunos de los nombres que aparecen en esta novela los encontrará el lector escritos sobre las lápidas de los museos. No se sabe nada de ellos, más allá de lo que nos informa la epigrafía: Quinto Salvio, Annia Layetana, Nonio Felix, Gneo Ratumedio Vatia, Lucceyo Quilón y los Pedanios, entre algunos otros. Por su excepcionalidad, debido a su género, quiero llamar la atención sobre Fabia Tertula, el ama de cría, o *nutrix*, tal como podemos leer en su lápida funeraria de la necrópolis de la plaza de la Villa de Madrid, en el centro de Barcelona. En cuanto al comerciante de vinos, Julio Aniceto, se trata de un viejo conocido de los arqueólogos dedicados al estudio de las ánforas del Baix Llobregat. Ha sido un gran placer y un honor devolverlos a la vida.

La casualidad quiso que, durante la escritura de esta novela, llegara a mi conocimiento la existencia de una preciosa lápida en Xanten (Castra Vetera) que utilicé para hilvanar el argumento: con toda probabilidad, los Celios de Barcino nada tuvieron que ver con los Celios de Germania, pero para un escritor es bello e inquietante descubrir hilos, en la trama de la Historia, que combinan armoniosamente con la urdimbre creada por la ficción.

He querido conservar la denominación actual del *turó* de la Rovira, que se documenta desde la Edad Media, cuando el lugar perteneció a la familia Sarrovira. La vegetación del llano de Barcelona en la época romana estaba dominada por las encinas y los robles; por lo tanto, antes que inventar un nombre, he preferido llamar «poblado de la Robleda» al que se levantaba en la cima de la colina. En cuanto al «poblado viejo», así es como he querido denominar a la Penya del Moro (Sant Just Desvern), donde viví gratos momentos en mi juventud, aprendiendo las técnicas de excavación arqueológica con el añorado Josep Barberà y su equipo. Existe aún la torre en la cúspide y restos del poblado.

Aquellos interesados en conocer más sobre el fondeadero situado a los pies del promontorio de Hércules (nombre inventado por mí para denominar a la colina donde se yergue el pueblo antiguo de Sant Boi) deberán buscar la estimulante bibliografía de Pere Izquierdo referente a los yacimientos de Les Sorres, además de visitar el Museu de Gavà. Este mismo investigador reexcavó y realizó un excelente trabajo sobre el Pont del Diable de Martorell.

La casa de los Celios en Barcino está inspirada en la *domus* de Sant Miquel, el registro de cuya excavación se puede consultar en la bibliografía publicada. El pavimento de florecillas blancas y negras del atrio, donde Lucio recuerda haber jugado a las canicas con Quinto, y el *oscillum* que pende entre las columnas existieron en la realidad. En cuanto al testamento de Gayo Celio, está inspirado en el que otro ciudadano de la colonia dejó explicitado en una famosa inscripción epigráfica: hablo concretamente de Lucio Cecilio Optato, un centurión de la Legión Séptima *Gemina* que eligió Barcino como lugar de residencia.

El Ayuntamiento de Barcelona está llevando a cabo una magnífica tarea de estudio y documentación de la Barcelona romana. Para obtener información fiable y científica de los trabajos que se llevan a cabo, nada mejor que consultar la carta arqueológica, disponible por Internet (cartaarqueologica.bcn.cat), además de la publicación periódica Quarhis (*Quaderns d'Arqueologia i Història de la Ciutat de Barcelona*). Sigue siendo indispensable, además, el tomo primero de la Història de Barcelona, publicado por Enciclopèdia Catalana. En lo que respecta a la cultura layetana, Joan Sanmartí y Joan Santacana escribieron hace unos años una excelente síntesis en su obra *Els ibers del Nord*.

En cuanto a los combates de gladiadores a los que se aficiona Vibio en Tarraco, tendrían lugar en anfiteatros improvisados, pues el monumento de piedra que aún hoy está en pie en Tarragona data de la época Flavia.

Gran parte de los hechos que ocurren durante la estancia de Lucio en Germania los relata el historiador romano Tácito: la batalla de Puentes Largos; el incidente nocturno en el campamento; el recibimiento de Agripina, la esposa de Germánico, con su hijo de dos años, el futuro Calígula; la construcción de la flota en tierras bátavas, y las idas y venidas del escurridizo Arminio (posteriormente conocido como Hermann).

Mi condición de historiadora me ha impuesto la prioridad de escribir una novela bien documentada. Sin embargo, hay multitud de aspectos de los cuales se dispone de poca información, y ello supone un inconveniente para el investigador. El escritor, por el contrario, se complace en poder suplir con su invención esos vacíos. Es el caso de los rituales, los dioses y las historias mitológicas de los layetanos. Más difícil ha sido dibujar el fresco de una sociedad en pleno cambio, con todas las convulsiones económicas, culturales y personales que ello implica. Llega Roma y se impone a un pueblo ya acostumbrado a su presencia pero ¿hasta qué punto? Lo mismo sucede con el marco geográfico en el que se mueven los personajes: el delta del Llobregat no existía aún, por lo que imaginar los lugares donde vivieron y por los que se movieron ha sido uno de los puntos que más dificultad ha entrañado.

Pido disculpas por las inevitables inexactitudes que, sin duda alguna, aparecerán en la obra. No obstante, debo apuntar que algunas de ellas son intencionadas, licencias poéticas de mi ardorosa fantasía. Ese sería el caso de la *lustratio* que precede a la consagración de la colonia. En los sacrificios romanos no era el magistrado a cargo quien realizaba el acto físico en sí, sino varios asistentes —*victimarius, popa, cultrarius*—, según el tipo de muerte que se aplicaba al animal. Yo, y solo yo, he puesto el cuchillo en manos de Gayo, aun sabiendo que las cosas habrían sido de otra manera.

Soy consciente de que escribo sobre el momento fundacional de la colonia y de que algunas de las obras que aparecen en la novela (la Puerta de Mar, las pinturas de Ganímedes de la supuesta *domus* de los Pedanios, y las termas del puerto) aún estarían siendo proyectadas, o quizás ni eso. Lucio Celio vuelve y se encuentra una ciudad muy diferente, pero seguramente no tanto. Me he permitido acelerar los acontecimientos con el fin de presentar una colonia pujante que empieza a monumentalizarse.

Muchos lectores habrán quedado sorprendidos por la mención a la horchata de chufa. Se trata, en efecto, de una bebida muy antigua. «Horchata» procede del término latino *ordeata*, es decir, bebida de cebada, y «chufa» es un término del egipcio antiguo, *tjuf*, llegado al castellano a través de los árabes.

Acerca de la viruela, existe una interesante literatura relativa a la variolización antigua en China.

En fin, solo me resta agradecer, con el corazón en la mano, a todos mis maestros, los que están y los que se fueron. Ellos infundieron en mi ánimo no solo las ansias por saber qué ocurrió sino también por imaginar de qué manera pudo haber pasado. No habría podido escribir esta novela sin la enseñanza y la inspiración de Antonio Figueroba Figueroba (*sit tibi terra levis*), Adolfo Sotelo Vázquez y Josep Cervelló Autuori, el triunvirato que supo despertar en mí el amor por la Literatura y la Historia.

AGRADECIMIENTOS

Ha habido muchas personas, en el pasado y en el presente, que me han ayudado a materializar esta obra. Sin ánimo de ser exhaustiva, debo empezar por Juan Carles Alay, con quien recorrí a pie la Layetania y muchos de sus yacimientos en mis años universitarios; a mis amigos Rafel Sospedra e Isabel Boj, modelos y fuentes de inspiración; a Joaquín Ruíz de Arbulo, sabio consejero y siempre disponible; al infatigable Pere Izquierdo, por sus sugerentes investigaciones y su amabilidad; a Oriol Granados, Lola Ángeles y Núria Capdevila, gracias a los cuales pude conocer a fondo Barcino y entusiasmarme con la divulgación de su patrimonio; a Edward C. Harris, por su genial trabajo, por creer en mí y brindarme su amistad.

Estoy en deuda de gratitud con mi amiga Mila Maestro, quien ha seguido capítulo a capítulo la escritura de la novela, realizando certeras aportaciones y animándome desde el principio; a Cisco Bosch por ser mi «conseguidor» de documentación difícil; a Maria Àngels Herrero y sus decisivas sesiones de constelaciones familiares; a mis profesores de la Escola d'Escriptura: Rosa María Prats, Enrique de Hériz, Olga Merino y María Antonia de Miquel, excelentes maestros y aún mejores personas.

Por supuesto, debo expresar también mi agradecimiento a Daniel Fernández, a mi editora Penélope Acero y al equipo de Edhasa por su confianza y por haber puesto su prestigio y experiencia a mi disposición.

Y, finalmente, a mi marido y a mi familia, de ellos surge mi caudal inspirador. Gracias por el apoyo y por vuestro amor incondicional.

DRAMATIS PERSONAE

Los personajes históricos o documentados por la epigrafía se presentan en negrita. En el caso de los personajes de Barcino, sólo conocemos su nombre y la escasa o nula información que ofrecen las inscripciones epigráficas en los que aparecen. Sus vicisitudes en la novela son pura ficción.

ADAD, el Babilonio, capitán de barco.

AMENY, hermano pequeño de Dohae.

ANDROGEO, *mechanikós* del Museo de Alejandría.

ANNIA LAYETANA, esclava personal de Garza.

ANPU, chico de la taberna de Alejandría.

ANTONIA, la Mayor (39 a. C. - 25 d. C.), hija de Marco Antonio y Octavia la menor. Tuvo tres hijos. Aparece, junto a su marido, en los relieves del Ara Pacis.

APOLONIO, el convicto espartano en Berenice.

ARMINIO (17 a. C.-21 d. C.), caudillo querusco criado en Roma como ciudadano. Vencedor de la batalla del bosque de Teutoburgo.

ARSÍNOE, hija de Harith, el Hadramí.

ARTABELES, talabartero layetano, contrario a los romanos.

AULO CECINA, destacado general romano que luchó en Moesia, Panonia y Germania.

BARKAL, hijo de Bilistages, del clan del Lobo. Padre de Garza Layetana. Su nombre romano es **AULO ASEDILO LAYETANO**.

CLEOPATRA, chica de la taberna de la Subura.

CORNELIOS BALBOS, prestigiosa familia hispana en Roma.

DJEDI, el Egipcio, compañero de Lucio Celio en las legiones.

DOHAE, muchacha egipcia convicta en las minas de Berenice Pancrisia.

DOMITILA, a quien llaman Tila, madre de Lucio Celio. La menor de las tres hermanas Domicias, hijas de Primo Domicio Calvino.

DOMICIA CALVINA, tía de Lucio Celio, la mayor de las hermanas Domicias.

DOMICIA CINCINATA, tía de Lucio Celio y madre de Quinto, la mediana de las hermanas Domicias. Vive en Tarraco.

DRUSO, legionario bajo las órdenes de Lucio Celio.

ELBÓN, esclavo personal de Gayo Celio y administrador del negocio.

FABIA TERTULA, *nutrix* (ama de cría). Su tumba se puede visitar en la necrópolis de la plaza de la villa de Madrid, en Barcelona.

GARZA LAYETANA, hija de Barkal y de la hechicera cántabra. Casada primero con Vibio y después con Lucio Celio.

GAYO CELIO, hijo de Atisio. Es el C. Coelius de la lápida hallada en Montjuïc y expuesta en el Museo de Arqueología de Catalunya en Barcelona.

GAYO CRISPIO, después Aulo Celio, supuesto hijo de Garza y Vibio.

GLAUCO, dueño de la taberna de la Subura.

HARITH, el Hadramí, comerciante árabe, natural de Hadramaut, amigo personal de Augusto, armador de barcos.

HARMONÍA, esclava doméstica de Gayo Celio. Compañera de Elbón.

HECHICERA CÁNTABRA, madre de Garza, esposa de Barkal.

JULIO ANICETO, comerciante. Viejo conocido de los expertos en ánforas, pues su nombre aparece impreso en multitud de ellas.

JULIO CÉSAR GERMÁNICO, ver Nerón Claudio Germánico.

LUCIO CELIO, a quien llaman Lug, hijo de Gayo Celio y Tila.

LUCIO CELIO, hijo de Publio Celio y primo de Lucio Celio, herrero en Castra Vetera.

LUCIO DOMICIO AENOBARBO, edil, pretor y cónsul (16 a. C.), primer general romano en penetrar en Germania. Suetonio hace una descripción de su carácter.

LUNA, hija de Lucio Celio y Garza.

MAMERCO POMPILIO, tribuno de la cohorte que acompaña la caravana de Harith.

MARCO CELIO (hijo), primo de Lucio Celio, muerto en la batalla de Puentes Largos (15 d. C.).

MARCO CELIO (padre, 44 a. C. - 9 a. C.), hermano de Gayo Celio, nacido en Bononia y muerto en el desastre de Varo siendo centurión *primus pilus*. Su cenotafio fue hallado en Castra Vetera y está expuesto en el Rheinisches Landesmuseum en Bonn.

MELAMPO, secretario albino de Primo Domicio.

NEITINBELES, capataz layetano y cazador.

NERON CLAUDIO GERMANICO (15 a. C. - 19 d. C.), cambiará su nombre por Julio César Germánico. Nieto de Livia y de Marco Antonio, adoptado por Tiberio, padre de Calígula, hermano de Claudio y abuelo de Nerón. Aclamado general, desaparecido en extrañas circunstancias.

NÉSTOR, el neapolitano, compañero de Lucio Celio en las legiones.

NONIO FELIX, decurión de Barcino.

NUMITORIO, veterano amigo de Publio Celio.

OCTAVIANO, Octaviano Augusto (63 a. C. - 14 d. C.), considerado el primer emperador de Roma.

ONOFRIS, el niño llorón en Berenice Pancrisia.

PEDANIO, duunviro de Barcino.

POLIFONTE, maestro de Lucio Celio en Barcino.

PRIMO DOMICIO CALVINO, padre de las tres Domicias, procurador de finanzas de la Tarraconense y abuelo de Lucio Celio.

PUBLIO CELERE, prefecto de Berenice Pancrisia.

PUBLIO CELIO (padre), hermano de Gayo Celio, aparece en el cenotafio de Marco Celio como dedicante de la estela. Herrero en Castra Vetera.

PUBLIO OSTORIO ESCÁPULA, prefecto de Egipto y primer comandante de la guardia pretoriana.

QUINTO SALVIO, maestro de lucha de Lucio Celio en Barcino.

QUINTO VALERIO ALBO, hijo de Domicia Cincinata, primo de Lucio Celio.

RATUMEDIO VATIA, duunviro de Barcino.

RUFULUS, convicto revoltoso de Berenice Pancrisia.

SECUNDINO, oficial romano responsable del fortín de Compasi.

SEIHAR, sobrino de Elbón, padre adoptivo de Luna.

SERVILIO PULCRO, supervisor de la fundación de Barcino, enviado por Roma.

SIGIFREDO, tabernero bailarín de Castra Vetera.

SIZGUNTO, ver Quinto Valerio Albo.

TITO FLAVIO QUADRATO, ingeniero jefe de las minas de Berenice Pancrisia.

TITO HORTENSIO MÉRULA, el *Idios Logos* en Alejandría.

TURSO, TÚSCULA Y TARQUINIA, esclavos etruscos de tía Domicia.

UNTIKEN, hijo de Artabeles, amigo de la infancia de Garza y Lucio.

VALERIA COLOBA, esposa de Polifonte.

VETURIO, capataz de Tito Flavio Quadrato.

VIBIO CRISPIO, sobrino de Gayo Celio, hijo de su hermana Celia Claudia. Casado con Garza.

XIAN, esclava oriental de Arsínoe.

TOPÓNIMOS

En negrita, los documentados en la edad antigua. En el resto se especifica si está inspirado en una denominación medieval.

ACTIUM, Accio (Grecia).

AD FINES, Martorell.

ALBIS, río Elba (Alemania).

ALFAR DE CELSO, posible yacimiento de Can Pedrerol (El Papiol, Barcelona).

AMISIA, río Ems (Alemania).

AMPURIAS, colonia griega de Emporion (Gerona).

AQUAE CALIDAE, Caldes de Montbui (Barcelona).

ARABIA FELIX, parte de la península Arábiga.

ARGILETUM, Via Leonina y Piazza della Madonna del Monte (Roma).

BAETULO, nombre romano de Baitolo, núcleo layetano romanizado situado bajo la actual Badalona (Barcelona).

BARCINO, la Barcelona romana. Su nombre completo era *Colonia Julia Augusta Faventia Paterna Barcino*.

BARKENO, en la novela se identifica con poblado layetano ubicado en Montjuïc.

BATAVIA, Países Bajos.

BERENICE PANCRISIA, antiguo poblado minero llamado Wawat o Akita, según el periodo, ampliado y convertido en ciudad por Ptolomeo II Filadelfo.

BERENICE TROGLODÍTICA, también llamada Baranis, puerto del mar Rojo fundado por Ptolomeo II.

BONONIA, Bolonia (Italia).

CAESARAUGUSTA, Zaragoza.

CASTRA VETERA, Xanten (Alemania).

CASTRUM BERGIUM, Berga (Barcelona).

CLIVUS SUBURANUS, Via in Selci y Via di San Martino ai Monti (Roma).

COLINA DE HÉRCULES, Puig del Castell, Sant Boi de Llobregat (Barcelona).

COPTOS, capital del V nomo del Alto Egipto.

EGARA, Terrassa (Barcelona).

ESO, población ibérica, actual Isona (Lérida), llamada Aeso en época romana.

ESPELUNCAS, Esplugas de Llobregat (Barcelona), documentado en época medieval.

ESTRECHO DE ESCILA Y CARIBDIS, estrecho de Mesina (Italia).

FILIPOS, antigua ciudad de Macedonia (Grecia).

FORTALEZA DE BAKI, la Kubban de época faraónica.

GALIA CISPADANA, la Galia romanizada, al sur del río Padus (Po, Italia).

HADRAMAUT, antiguo reino del sur de Arabia (hoy en Yemen), con capital en Sabota.

ILDURO, precedente indígena de la Iluro romana (Mataró), probablemente identificada con el poblado ibérico situado en Burriac (Cabrera de mar).

ILERDA, Lérida.

LA ROBLEDA, poblado ibérico del Turó de la Rovira (Barcelona).

LAGO MAREOTIS, Birket el-Mariut (Egipto)

LAGO PAYOM, lago Fayum.

LAS TRES HERMANAS, las colinas que conforman el Parc dels Tres Turons (Turó de la Rovira, el Carmelo y la Creueta del Coll, Barcelona).

LAYETANIA, zona habitada por los íberos layetanos. En la actualidad correspondería a las comarcas del Barcelonés, Baix Llobregat, Maresme, Vallés Oriental y Vallés Occidental.

LUPIA, río Lippe (Alemania).

MAR ERITREO, para los antiguos griegos, la denominación abarcaba el mar Rojo, el golfo Pérsico y el Índico.

MONS PORPHYRITES, Gebel Dokhan (Egipto).

MONS SMARAGDUS, Gebel Zabareh (Egipto).

MONTAÑA BLANCA DE KARDO, montaña de sal de Cardona (Barcelona).

MONTAÑA SAGRADA, macizo de Montserrat (Barcelona).

MONTE URSA, montaña de Sant Pere Màrtir (Barcelona).

MONTES NEGROS, macizo del Montnegre (Barcelona).

MYOS HORMOS, Quseir al-Quadim (Egipto).

MUZIRIS, puerto del sur de la India no identificado.

NEÁPOLIS, Nápoles (Italia).

NUMIDIA, antiguo reino bereber, después provincia romana. Ocuparía la actual Argelia y parte de Túnez.

OASIS PAYOM, oasis del Fayum (Egipto).

OLORDA, poblado ibérico situado en la montaña del mismo nombre, dentro de la Sierra de Collserola (Barcelona).

OSTIA, puerto de la Roma antigua.

PATALIBOTHRA, Patna (India).

PIEDRAS ALBAS, Pedralbes (Barcelona).

POBLADO VIEJO, yacimiento layetano de la Penya del Moro, en Sant Just Desvern (Barcelona).

PODIUM AQUILAE, montaña del Tibidabo (Barcelona).

PODOUKE, identificado con el yacimiento de Arikamedu (India).

PROMONTORIO DE JÚPITER (*mons Iovis*), Montjuïc.

PUENTES LARGOS (*pontes longi*), calzada de madera construida por Lucio Domicio Aenobarbo en los pantanos germanos entre el 7 y el 1 a. C.

RAKOTIS, poblado de pescadores sobre el que se edificó Alejandría.

RENO, río Reno (Italia).

RHENUS, río Rin (Alemania).

ROCA AGUJEREADA, zona de Les Agulles (Macizo de Montserrat, Barcelona).

RUBRICATUS, río Llobregat (Barcelona).

SIERRA OSCURA, sierra de Collserola (Barcelona).

SIGARRA, Prats de Rei (entre Barcelona y Lérida).

SOCOTRA, archipiélago situado en el Cuerno de África y perteneciente a Yemen.

SYENE, Asuán (Egipto).

TALMIS, Kalabsha (Egipto).

TARNUM, río Tordera (Barcelona).

TARRACO, Tarragona.

TEUTOBURGO, bosque germano donde tuvo lugar el «desastre de Varo», cerca de Osnabrück (Alemania).

TRIGARIUM, terreno de entreno ecuestre ubicado cerca del Campo de Marte (Roma).

VELABRO, valle entre el Tíber y el foro romano (Roma).

VIA AUGUSTA, el principal eje viario romano en Hispania.

VIA LATA, Via del Corso (Roma).

VICUS TUSCUS, Via di San Teodoro (Roma).

VISURGO, río Weser (Alemania).



ISABEL GARCÍA TRÓCOLI (Barcelona, 1965). Licenciada en Historia Antigua y Arqueología por la UB. Ha traducido importantes libros de historia, entre los que destacan el trabajo del Dr. Edward C. Harris, con quien trabajó en el Museo Marítimo de las Bermudas, *Principios de estratigrafía arqueológica; Historia del pensamiento arqueológico*, del Prof. Bruce G. Trigger, o *Momias de Egipto*, de Bob Brier, y, recientemente *El juramento de Aníbal* de John Prevas. Su primera novela histórica es *Rubricatus*.

Como educadora de museos, ha colaborado en el Museo de Historia de Barcelona, el Museo de Arqueología de Cataluña y el CaixaForum, y ha enseñado lengua egipcia antigua.

Índice

Libro I. Rubricatus
1. Una niña de pelo azafrán
2. La colonia Barcino
3. Sombras de sospecha
4. Justicia
5. A salvo
6. El puente de Ad Fines
7. Orbis terrarum
8. El poblado viejo
9. Las Espeluncas
10. La noche de Cernunnos
11. Una carta desde Hispania
12. La promesa de Lug
13. Tras la cortina
14. Saturnalias
15. El que guarda los secretos
16. Una cruel encrucijada
17. Una taberna en Subura

Libro II. Egipto
18. La llegada a Alejandría
19. El Idios Logos
20. La erudición de Androgeo
21. A las puertas del hades
22. Crepúsculo
23. La ciudad surgida del mar
24. Harith el Hadramí
25. Cerca del paraíso
26. Un halcón acechante
27. Infierno
28. Espía y traidor
29. Berenice Pancrisia
30. Una oportunidad en el abismo
31. Es más feliz quien menos desea
32. Pancracio
33. Expiación

Libro III. Ludi romani

34. El regreso de un espectro
35. La red
36. Funerales
37. El banquete de Harith
38. La daga de Rufulus
39. El río de la vida
40. La amarga verdad

Libro IV. Germania
41. El horror de Puentes Largos
42. Sizgunto
43. El abuelo Atisio

Libro V. Barcino
44. Vuelta a casa
45. El testamento de un padre
46. Luna
47. El ocaso del guerrero
48. Paterfamilias
49. Lug, el layetano
50. Némesis

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Dramatis personae

Topónimos

Sobre la autora